

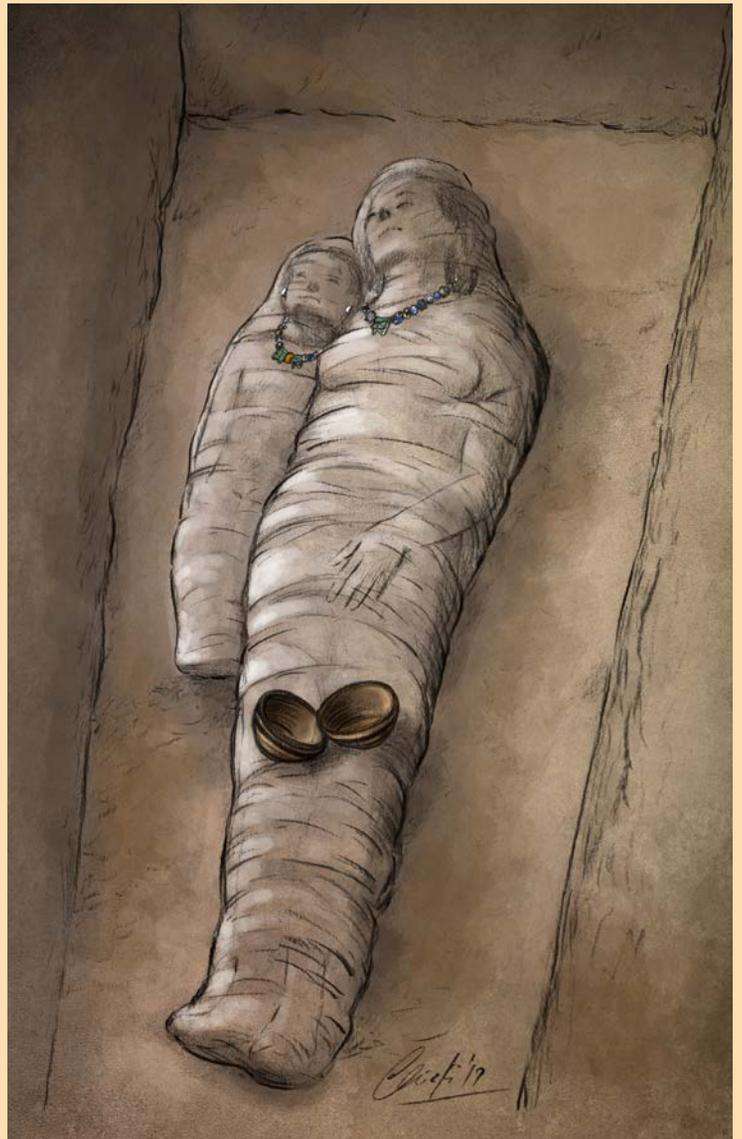
SAGVNTVM

PAPELES DEL LABORATORIO DE ARQUEOLOGÍA
DE VALENCIA
EXTRA - 24

LOS OTROS NIÑOS

**Infancia(s) y prácticas funerarias en las comunidades
fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza**

AURORA RIVERA-HERNÁNDEZ



SAGVNTVM. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia

Extra-24

2024

Informació i intercanvis:

Departament de Prehistòria, Arqueologia i Història Antiga
Facultat de Geografia i Història
Av. Blasco Ibáñez, 28 - 46010 València (Espanya)
Tfn: (+34) 963864031
e-mail: dep.paha@uv.es

Subscripció i vendes:

PUV-Servei de Publicacions de la Universitat de València
C. Arts Gràfiques, 13 - 46010 València
Publicacions@uv.es

Consulta on-line: <http://ojs.uv.es/index.php/saguntumextra>

Esta publicación ha sido financiada en el marco del proyecto *Dietas, formas de consumo y movilidad en zonas de contacto* (PID2019-105659GB-I00)



La presente publicación se enmarca en el contrato postdoctoral Margarita Salas (Ref. 2021UPF-MS-07), financiado por la Unión Europea-NextGenerationEU, el Ministerio de Universidades y el Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia, mediante convocatoria de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona)



© Universitat de València
Departament de Prehistòria, Arqueologia i Història Antiga
Facultat de Geografia i Història

Imprimeix: LAIMPRESSA

I.S.B.N.: 978-84-9133-705-8

Dipòsit Legal: V-2707-2024

En portada: reconstrucció idealitzada de la T.120 de la necròpolis de Tuvixeddu (Cerdeña).
Il·lustració realitzada per Iñaki Díéguez Uribeondo

Índice

PRÓLOGO	9
Ana Delgado Hervás	
AGRADECIMIENTOS	13
ABREVIATURAS	21
1. INTRODUCCIÓN	23
1.1. La necesidad de estudiar a “los otros niños”	25
1.2. Marco histórico, geográfico y cronológico	26
1.2.1. ¿Por qué Sicilia, Cerdeña e Ibiza?	29
1.3. Objetivos principales y estructura del trabajo	31
2. EL (MAL)TRATO A LOS NIÑOS EN LAS NARRATIVAS HISTÓRICAS Y ARQUEOLÓGICAS	33
2.1. La pretendida indiferencia ante la muerte de los niños	37
2.2. El infanticidio	39
2.3. El sacrificio infantil	44
2.4. ¿Muertes prematuras, infanticidio o sacrificio infantil? La ambigüedad del registro arqueológico	46
3. LOS ESTUDIOS SOBRE INFANCIA EN ÁMBITO FENICIO Y PÚNICO	53
3.1. Los tofets y la cuestión del sacrificio infantil	54
3.1.1. Teorías y clichés sobre el sacrificio infantil	55
3.1.2. Arqueología, epigrafía y antropología de los tofets	59
3.2. Tópicos y estereotipos sobre “los otros niños”	67
4. LO QUE LAS TUMBAS PUEDEN CONTAR SOBRE LOS NIÑOS: CUESTIONES TEÓRICAS Y DE MÉTODO	73
4.1. La arqueología de la infancia en los espacios funerarios: perspectivas de estudio	74
4.2. Lo que pueden contar los cuerpos	76
4.2.1. La edad	78
4.2.2. El sexo	79
4.2.3. La salud y el trabajo	80
4.2.4. Dieta y movilidad	81
4.2.5. El tratamiento funerario del cuerpo	82
4.2.6. La protección del cuerpo	84
4.2.7. La posición del cuerpo	87
4.3. Lo que pueden contar los objetos	88
4.3.1. Los objetos como marcadores de la edad social	88
4.3.2. Los objetos que hablan sobre cuidados	88
4.3.3. Los objetos, el aprendizaje y la socialización	92
4.3.4. Los objetos y los rituales funerarios	93
4.4. Lo que puede contar el espacio	94
4.4.1. Los enterramientos infantiles en los cementerios	95
4.4.2. Los enterramientos infantiles en áreas funerarias especializadas	95
4.4.3. Los enterramientos infantiles en los hábitats	97

5. ESTUDIAR A LAS NIÑAS Y NIÑOS EN LAS NECRÓPOLIS FENICIAS Y PÚNICAS	99
5.1. ¿Sabemos quiénes eran las niñas y los niños?	99
5.2. Limitaciones del presente trabajo	100
5.3. Metodología y presentación de la documentación	106
6. INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN SICILIA	113
6.1. Sicilia durante el período fenicio y púnico (finales del s. IX-241 a.C.)	113
6.2. Las necrópolis sicilianas	117
6.2.1. Mozia	117
6.2.2. Birgi	136
6.2.3. Palermo	142
6.2.4. Solunto	167
6.2.5. Lilibeo	175
6.3. A modo de conclusión: los rituales funerarios de los individuos no-adultos en Sicilia	191
7. INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN CERDEÑA	197
7.1. Cerdeña durante el período fenicio y púnico (finales del s. IX-238 a.C.)	197
7.2. Las necrópolis sardas	201
7.2.1. San Giorgio di Portoscuso	201
7.2.2. Monte Sirai	203
7.2.3. Pani Loriga	230
7.2.4. Nora	232
7.2.5. Bitia	240
7.2.6. Othoca	244
7.2.7. Tuvixeddu	251
7.2.8. Las necrópolis rurales del Campidano	264
7.2.8.1. Monte Luna y San Sperate	264
7.2.8.2. Su Fraigu	266
7.2.8.3. Villamar	270
7.3. A modo de conclusión: los rituales funerarios de los individuos no-adultos en Cerdeña	283
8. INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN IBIZA	287
8.1. Ibiza durante el período fenicio y púnico (ss. VII-II/I a.C.)	287
8.2. Las necrópolis ibicencas	290
8.2.1. El Puig des Molins	290
8.2.2. Santa María	317
8.2.3. Las necrópolis rurales	318
8.3. A modo de conclusión: los rituales funerarios de los individuos no-adultos en Ibiza	324
9. CONCLUSIONES: LO QUE LAS TUMBAS CUENTAN SOBRE LOS NIÑOS EN LAS COMUNIDADES FENICIAS Y PÚNICAS DE SICILIA, CERDEÑA E IBIZA	327
9.1. Lo que cuentan los cuerpos	328
9.1.1. ¿Están los individuos no-adultos de todas las edades incluidos en los cementerios?	329
9.1.2. El tratamiento funerario de los cuerpos	330
9.1.3. El último lugar de descanso para los cuerpos: las tumbas	333
9.1.4. La posición y colocación de los cuerpos	336
9.2. Lo que cuentan los objetos	339
9.2.1. Los cuidados para el Más Allá	340
9.2.2. Los cuidados en el Más Acá y en el Más Allá	344
9.2.3. Los procesos de socialización	351
9.3. Lo que cuenta el espacio	355
9.3.1. Sectores destinados a los enterramientos infantiles	356
9.4. Infancia(s) en Sicilia, Cerdeña e Ibiza: identidades individuales y percepciones sociales	357
10. BIBLIOGRAFÍA	361

Prólogo

Este es un libro dedicado al estudio de la infancia y de los más jóvenes en diversas comunidades fenicias y púnicas del Mediterráneo central y occidental. La investigación sobre las personas no adultas y sobre las primeras etapas del curso de la vida es un campo novedoso y de creciente interés en la arqueología. En los estudios fenicios y púnicos, esta línea de investigación ha empezado también a dar sus primeros y prometedores pasos, anunciando un ámbito que será un seguro centro de atención en los próximos años.

En sus comienzos, sin embargo, el estudio de las infancias fenicio-púnicas no estuvo exento de ciertas dificultades. No podía ser de otro modo en una disciplina como la nuestra donde las tradiciones culturalistas han tenido y tienen un importante arraigo y donde las miradas sociales son todavía hoy marginales en las perspectivas dominantes. Basta con recordar el modo en que transcurrió la presentación pública del primer esbozo de lo que hoy es este libro para darse cuenta de ello. Fue durante un conocido congreso internacional que contaba con una sesión de presentación de las tesis doctorales que se estaban realizando por aquel entonces en el ámbito de los estudios fenicios y púnicos. ¡El futuro de la disciplina!

La presentación de la autora, entonces una jovencísima doctoranda, fue excelente y tuvo una acogida magnífica por parte del público. Sin embargo, dos académicos

de renombre, dos hombres maduros, reaccionaron con indignación al conocer que la autora estaba realizando una tesis sobre... ¡la infancia! Expresaron vehementemente su desaprobación de manera ostensible y pública. ¿Cómo podía considerarse un tema aparentemente tan trivial como la niñez y los niños un objeto de investigación serio, digno de una tesis doctoral? La reacción mayoritaria del público y de muchos académicos de prestigio fue contraria a estas dos opiniones, poniendo de manifiesto que los estudios fenicios y púnicos estaban maduros para incorporar miradas y temáticas propias de la arqueología social, y en particular la de la infancia, como una de sus líneas de futuro.

Esta anécdota nos introduce en el terreno de la teoría de la infancia. La reacción de nuestros académicos no es en absoluto un hecho singular o excepcional. Simplemente expresaba una idea del estudio del pasado, y por ende del presente, consolidada y hegemónica en nuestra tradición académica, que percibe a los niños y jóvenes como sujetos irrelevantes en las comunidades humanas y, por tanto, en el análisis del devenir histórico. Estas son ideas que empezaron a ser cuestionadas largo tiempo atrás, hace ya más de dos décadas, por parte de la denominada arqueología de la infancia, una corriente nacida en el mundo académico de corte anglosajón, que cuenta con magníficas y tempranas aportaciones de la

arqueología española. Las investigadoras que han trabajado en esta dirección, prácticamente son todas ellas mujeres, han puesto el foco de atención en el análisis del curso de la vida, en cómo transcurren, se definen y perciben social y culturalmente sus distintas etapas y en las experiencias que las enmarcan. Se han centrado principalmente en la niñez, pero han abierto el camino al estudio de otras etapas del curso de la vida que también habían sido tradicionalmente olvidadas por la arqueología, como son la madurez y la vejez o la pubertad y la adolescencia. Su atención a los niños y niñas, a su cuidado y socialización, pero asimismo también a su papel en la vida ritual, social, económica y política de las comunidades humanas, ha llevado a visibilizarlos como actores y sujetos históricos. Sus aportaciones han demostrado que la investigación centrada en los más jóvenes no es trivial para nuestro conocimiento del pasado. De hecho, demuestran que no es posible entender esas comunidades humanas sin incluir en nuestros estudios a los más jóvenes.

Niños y niñas han permanecido largo tiempo atrapados en ese amplísimo cajón que Eric Wolf llamó “la gente sin historia”. Los niños salieron de él de la mano de otras silenciadas, las mujeres, en especial gracias a la atención dedicada por parte de la arqueología del género y, en particular, de la arqueología feminista a las prácticas de cuidado y a las experiencias y escenarios cotidianos. La crítica feminista puso en evidencia las premisas que habían convertido a mujeres y niños en sujetos históricos pasivos en las narrativas tradicionales, en especial a través de la desvalorización de la denominada “vida cotidiana”. Esta vida cotidiana se definía bajo estereotipos decimonónicos y se ubicaba en espacios residenciales de carácter privado, donde se anclaba la vida de las mujeres y niños. Se entendía como un escenario del todo trivial e irrelevante en la vida social, ritual, política y económica de las comunidades humanas y, por tanto, también en el devenir histórico. Las visiones tradicionales sostenían que la atención a la vida cotidiana, y a las mujeres y niños, llevaba a reconstrucciones anecdóticas y de escaso interés en nuestro conocimiento del pasado, del todo opuestas a las que otorgaba el estudio de “la vida pública”, el “mundo de los hombres adultos”, que imaginaban como el centro de la vida social, económica, religiosa y política de las sociedades humanas y, por tanto, el nodo constructor de la historia.

A la hora de cuestionar estas viejas miradas y estereotipos, la crítica feminista encontró una gran aliada en la sociología constructivista y en el valor que ésta otorgaba

a las prácticas y contextos cotidianos, entendidos en un sentido amplio. La cotidianidad pasó a ser el nodo en el que se construía la vida social de los grupos humanos, el escenario por excelencia donde se tejían relaciones y construcciones sociales, ideológicas, políticas y económicas. Este cambio de paradigma permitió y exigió que mujeres, niños y niñas, y otros grupos y minorías sociales tradicionalmente silenciados se convirtieran en sujetos esenciales en la reconstrucción del pasado de las comunidades humanas.

Rescatar del silencio a estos grupos y colectivos no constituye, sin embargo, una tarea fácil. Esta dificultad se acentúa en ámbitos como los mundos fenicios y púnicos, donde las producciones iconográficas y textuales que han llegado hasta nosotros son escasas y, en su mayoría, han sido modeladas bajo ideologías profundamente patriarcales y elitistas. En este tipo de contextos el registro material se convierte en el elemento esencial que tenemos para dar voz histórica a estos grupos y minorías.

En el estudio de la infancia y de los miembros más jóvenes de las comunidades humanas el registro material ofrece perspectivas ciertamente limitadas. Niños y niñas pueden ser particularmente invisibles a través de las culturas materiales, ya que a menudo comparten espacios y objetos con los adultos. Sin embargo, como veremos a lo largo de las páginas de este libro, la arqueología de la infancia ha sabido poner atención en algunos elementos materiales vinculados a los primeros años del curso de la vida, focalizándose en el estudio de ciertos objetos que parecen adaptados a sus pequeñas manos y cuerpos y que pudieron ser utilizados por individuos infantiles en ámbitos como el juego, el aprendizaje, el vestido, la alimentación, el ritual o el trabajo. Todos ellos, junto a las huellas materiales que sus cuerpos generaron al manipular el mundo material, constituyen protagonistas de excepción para el estudio arqueológico de la infancia en el pasado.

Sin embargo, es en el ámbito funerario donde encontramos los estudios arqueológicos actualmente más relevantes para el análisis de la infancia. Los contextos mortuorios son un campo de estudio con un importante potencial para investigar las expectativas, experiencias y formas de vida vinculadas a los más pequeños, tal como ejemplifica el presente libro de manera excelente. Mediante el análisis de prácticas rituales y mortuorias, así como de los cuerpos de los infantes muertos, la arqueología de la infancia ha profundizado en nuestro conocimiento de los cuidados brindados a niños y niñas, ha explorado cómo eran percibidos socialmente por sus

respectivos grupos y comunidades o establecido concepciones culturales ligadas a la niñez, a la adolescencia y al paso a la vida adulta. La asociación entre prácticas, objetos y cuerpos que encontramos en sus tumbas, permite trazar vínculos entre el mundo material y la infancia, y explorar a través de ellos la vida de los niños y niñas, así como sus actividades y modos de participación en la vida ritual, social y económica de sus grupos y comunidades. Los propios restos esqueléticos de los infantiles son asimismo un tesoro de información sobre su salud, su alimentación, los cuidados recibidos, la edad de muerte, su sexo o ciertas actividades que realizaron durante sus cortas vidas. Su estudio permite radiografiar las infancias de aquellos y aquellas que fueron enterrados, explorando en qué medida sus cortas vidas transcurrieron de modos distintos en función de su sexo, de su condición o estatus social, o de su origen o background cultural.

La arqueología social y en concreto la arqueología de la infancia ha sido la luz que ha iluminado este libro, que constituye un excelente estudio sobre los individuos infantiles y la niñez en las comunidades fenicio-púnicas mediterráneas. El libro analiza y define los roles, experiencias, identidades, materialidades, percepciones y cuidados asociados a los niños y niñas en estas comunidades a partir de un riguroso análisis del registro funerario de los cementerios fenicio-púnicos de las islas de Ibiza, Cerdeña y Sicilia.

En su investigación, la autora no solo incorpora perspectivas metodológicas y teóricas innovadoras nacidas de esa arqueología de la infancia a la que me he referido, sino que asimismo integra enfoques interseccionales en su estudio de las infancias y las adolescencias en las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas, contemplando la interacción de la edad con otras categorías sociales, entre las que destaca el sexo y el género. El trabajo de Aurora Rivera Hernández rompe con estereotipos tradicionales en los estudios fenicios y púnicos, poniendo de manifiesto hasta qué punto los niños y las niñas constituían actores sociales esenciales en estas comunidades. A través de su análisis, que minuciosamente expone a lo largo de estas páginas, nos da a conocer algunos de los roles sociales y rituales de los más pequeños en estas sociedades y pone en evidencia la relevancia que tenían los individuos infantiles enterrados en estos cementerios para sus grupos domésticos y comunidades, que percibe a través de las atenciones y cuidados que recibieron, reflejados arqueológicamente en sus propios cuerpos y en los distintos rituales y prácticas que les acompañaron en el

momento de su muerte. La perspectiva teórica y el tema de estudio que aborda lo convierten en un libro original y enormemente innovador en nuestro campo de estudio y en segura referencia en los trabajos sobre la infancia y el género en la arqueología mediterránea.

El libro analiza el concepto de infancia, que la autora entiende como un constructo cultural, y explora perspectivas y evidencias arqueológicas y antropológicas sobre la muerte infantil y sobre las prácticas mortuorias dedicadas a los niños y niñas en distintas comunidades del pasado. A través de este análisis define conceptualmente la perspectiva de su investigación y establece y explicita la metodología de estudio. El corpus del libro lo constituye un análisis sistemático de las sepulturas infantiles de las necrópolis fenicias y púnicas de Cerdeña, Sicilia e Ibiza, encuadradas cronológicamente entre los siglos VIII y II a.C. Analiza más de una veintena de cementerios procedentes de estos contextos y más de 500 enterramientos asociados a individuos no adultos, examinando cuerpos -edad, sexo, dietas y paleopatologías-, modos de deposición, contexto y ubicación, gestos rituales y objetos y materialidades relacionadas con tumbas de niños y adolescentes.

El libro rebate ideas profundamente arraigadas en los estudios fenicios y púnicos sobre la infancia, formuladas a partir de los espacios funerarios. Contrario a la tesis tradicional que afirma que los cuerpos de niños y niñas fueron excluidos de los cementerios, una práctica que se asocia en narrativas tradicionales con la pasividad emocional hacia la muerte de los infantiles y su falta de relevancia social, esta monografía demuestra que, en realidad, muchos fueron enterrados junto a sus mayores, compartiendo paisajes y prácticas mortuorias. Los rastros materiales y bioarqueológicos asociados a los cuerpos de estos niños y niñas denotan que eran objeto de atención y cuidados no solo en su vida, sino también en su muerte. A partir de estas evidencias el libro reivindica a los miembros más jóvenes de estas comunidades como sujetos sociales y pone de relieve el rol y relevancia social que tenían para sus grupos domésticos y comunidades, así como el significado social y emocional de sus muertes prematuras.

El libro asimismo explora las diferencias que se aprecian en prácticas funerarias, rituales, objetos y materialidades asociados a individuos infantiles y adolescentes cuyos cuerpos fueron depositados en los espacios funerarios comunitarios de estos tres ámbitos insulares. Esta atención a la diferencia le permite romper con visiones

estáticas y esencialistas sobre la infancia, apreciando dinámicas cambiantes a lo largo del tiempo, y pautas diferenciadas asociadas a sexo/género, edades, situaciones sociales y tradiciones culturales y étnicas diversas, que se dieron en los diferentes territorios analizados.

El trabajo de Aurora Rivera Hernández marca un punto de inflexión en los estudios convencionales sobre prácticas mortuorias e infancias en los contextos fenicio-púnicos, los cuales han tendido a centrarse de forma casi exclusiva en los santuarios tofets. La autora dirige

finalmente la atención hacia los que se han denominado “los otros niños”, aquellos que fueron sepultados en cementerios convencionales junto a otros miembros de sus comunidades. Esta elección le permite zafarse del viejo debate centrado en el tofet, que ha mantenido atrapados durante décadas a los niños y a las infancias fenicias y púnicas en el limbo de su singularidad ritual.

Su foco en “los otros niños”, nos permite explorar las infancias cotidianas y rescatar así del silencio académico las vidas sociales de los más pequeños.

Ana Delgado Hervás
Universitat Pompeu Fabra
Barcelona, diciembre de 2023

Agradecimientos

Esta monografía constituye una versión actualizada de mi tesis doctoral, originalmente titulada *Infancia(s) y prácticas funerarias en las comunidades fenicias y púnicas del Mediterráneo centro-occidental*. Ésta fue defendida públicamente en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona el 18 de junio de 2021 y ha recibido, recientemente, el premio extraordinario de doctorado. Este libro, de hecho, materializa la consecución de todo lo logrado durante ese período predoctoral, gracias a un contrato FPI asociado al proyecto *Hestia. Comidas, cocinas y prácticas de consumo en espacios coloniales mediterráneos (ss. VIII-V a. C.)* (HAR2015-69842-P), liderado por Ana Delgado Hervás, quien también supervisó mi tesis doctoral. Agradezco sinceramente a Ana la confianza que ha depositado siempre en mí, incluso antes de comenzar esta aventura, cuando codirigió mi TFM, junto a Margarita Sánchez Romero, y me ayudó a adentrarme en el fascinante mundo de la arqueología social en las comunidades fenicias y púnicas. Además, quiero expresarle mi gratitud por sus consejos, comentarios, por el tiempo que ha invertido, y todavía invierte en mí, no solamente en lo profesional sino también en lo personal, y por el apoyo financiero para la publicación de esta monografía, la cual se enmarca en el proyecto *Dietas, formas de consumo y movilidad en zonas de contacto* (PID2019-105659GB-I00).

También quiero expresar mi profundo agradecimiento a Margarita Sánchez Romero por haberme introducido en el campo de la arqueología de género y feminista y por haberme demostrado la importancia que tiene el estudio de la infancia y de las niñas y niños en el pasado, así como lo mucho que pueden hablar sobre estas pequeñas personas algunos objetos y sus diminutos cuerpos. Su acogida durante mi etapa postdoctoral en la Universidad de Granada y sus comentarios durante la defensa de la tesis han sido fundamentales para mejorar este trabajo. Una mención especial se merecen los otros dos miembros del tribunal: Carlos Gómez Bellard y Michele Guirguis. A Carlos le agradezco el tiempo que ha dedicado a revisar no solo este, sino también otros de mis trabajos, y el haberme ofrecido este magnífico sitio para la publicación del presente libro. Además, le estoy enormemente agradecida por haberme cedido la primera parte del título de esta monografía *Los otros niños*, que es como bautizaron él y su hermano Francisco a los que serán los protagonistas principales de esta investigación. A Michele le quiero agradecer el haberme abierto las puertas de Cerdeña, cuando él junto a su profesor Piero Bartoloni, me dieron la oportunidad de excavar en los sitios de Monte Sirai y el Cronicario de Sant'Antioco. A ambos también les agradezco los comentarios y la ayuda que me han prestado a lo largo de este proceso de investigación.

En el territorio sardo, quiero reconocer de una forma especial el apoyo de Rosana Pla Orquín, Elisa Pompianu y Donatella Salvi, con quienes comparto inquietudes e intereses de investigación. A Rosana le doy las gracias por ayudarme a entender mejor la necrópolis de Monte Sirai y por nuestras conversaciones telefónicas que, aunque esporádicas pero infinitas, siempre me hacen ver que lo que hacemos tiene un gran valor. A Elisa quiero expresarle mis agradecimientos por la enorme paciencia de responder a mis larguísima mails sobre los enterramientos de los individuos no-adultos de Villamar y por enviarme algunos trabajos que aún están en prensa para poder incluirlos en esta publicación. A Donatella Salvi también quiero agradecerle la ayuda que me ha prestado a la hora de estudiar a los individuos no-adultos de Tuvixeddu y el haberme enviado documentación inédita sobre algunas de las sepulturas de esta necrópolis, como la planimetría de la tumba 120 excavada en el año 2000. Sin su ayuda y sin la de Iñaki Diéguez Uribeondo la portada de este libro no sería la misma.

Durante el período predoctoral realicé diversas estancias de investigación en la Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC de Roma. Quiero mostrar mi gratitud a todo el personal de esta institución por la calurosa acogida que me brindaron, así como por la ayuda que me ofrecieron para poder avanzar con mi proyecto en las diversas bibliotecas romanas, pero también por las recomendaciones más cotidianas que me permitieron conocer mejor y disfrutar de *la città eterna*. En este contexto, estoy especialmente agradecida a José Ángel Zamora López por sus consejos y comentarios, no solo sobre mi tesis sino también sobre otros trabajos, tanto anteriores como posteriores. Su generosidad al compartir su tiempo y conocimientos, así como su constante apoyo e interesantes conversaciones, han sido fundamentales para mi desarrollo académico. Aparte de mis estancias en Roma, también tuve la oportunidad de pasar diversos períodos en el *Biblisches-Archäologisches Institut* de la *Eberhard Karls Universität* de Tübingen, donde estoy especialmente agradecida a Jens Kamlah por haberme ofrecido un entorno tan idílico para trabajar y por su ayuda para acceder a las maravillosas e históricas bibliotecas de esta encantadora ciudad alemana.

No puedo dejar de reconocer la ayuda que me prestaron otros investigadores e investigadoras, durante el período predoctoral, como Jacopo Bonetto, Massimo Botto, Elisabetta Garau, Emanuele Madrigali y Alessandro Mazzariol, quienes con sus comentarios me han permitido

conocer mejor los cementerios fenicios y púnicos de la isla de Cerdeña. También quiero mostrar mi gratitud a Benjamí Costa, a María Bofill Martínez, a Ana Mezquida y a Elena Sintés por permitirme estudiar, personalmente, los materiales relacionados con la esfera de la infancia en el Puig des Molins (Ibiza), y por recibirme siempre con tanta amabilidad en el *Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera* (MAEF). En el territorio ibicenco, también estoy especialmente agradecida a Joan Ramon y a Rosa Gurrea, por cederme las imágenes sobre la pequeña necrópolis urbana de Santa María, y a Andrea Torres Ferrer, por ayudarme a buscar y a encontrar a los niños y niñas en las casas. Mis agradecimientos también se extienden a Paola Sconzo y Francesca Spatafora por los consejos e indicaciones sobre sus excavaciones en los cementerios sicilianos de Mozia y Palermo. Asimismo, quiero agradecer de manera especial a Nicolás Márquez-Grant por su enorme disponibilidad, bondad, simpatía y por ayudarme a entender algunas cuestiones vinculadas al estudio de los cuerpos de las niñas y de los niños desde una perspectiva biológica. Tampoco puedo dejar de citar a Ida Oggiano y Ana Margarida Arruda, quienes leyeron y amablemente comentaron el primer manuscrito de este trabajo, y a Ana Niveau y Fernando Prados, por haberme ofrecido su ayuda siempre que lo he necesitado.

Más allá del campo de estudios fenicios y púnicos, también quiero mostrar mi gratitud a diversos especialistas en arqueología de la infancia en otros ámbitos culturales del Mediterráneo, por haberme proporcionado documentación gráfica sobre algunos objetos y sitios arqueológicos de los que se habla en este libro. De forma particular, quiero dar las gracias a Reine-Marie Bérard, Raffaella Bianucci, Chryssa Bourbou, Maureen Carroll, Olivier de Cazanove, Henry Duda, Julie Dunne, Maria Liston, Maria Michalaki-Kollia, Katharina Rebay-Salisbury, Susan Rotroff, Carmen Rueda Galán, Helena Seidl da Fonseca, Petros Themelis y Stefano Vassallo.

Meritxell Ferrer Martín merece un reconocimiento especial. Gracias por demostrarme que en la universidad se pueden hacer amistades realmente sinceras, por tu apoyo, ayuda incondicional, disponibilidad y por formar parte de mi cotidianeidad, incluso ahora en la distancia. De mis años en la Universitat Pompeu Fabra también me gustaría mostrar mis agradecimientos a otras grandes amigas: a Vero, Laurita, Laura, Carmen, Rocío y Enrique, quienes comenzaron siendo compañeras de despacho y, actualmente, constituyen los pilares fundamentales de mi vida barcelonesa. Fuera de Barcelona,

pero cerca, no puedo dejar de mencionar a Mireia López-Bertran, quien también se ha convertido en una amiga tanto en lo académico como en lo personal: entre otras cosas, gracias por hacerme sentir como en casa cada vez que visito València.

La publicación de este libro, sin embargo, no recoge exclusivamente las vivencias y los resultados de la etapa predoctoral, sino también de la postdoctoral, durante la que el primer manuscrito de la tesis se fue transformando en el actual trabajo. Durante este período, concretamente en noviembre de 2021, tuve la oportunidad de poder participar en un curso organizado por el *Institut National du Patrimoine de Tunisie* y *l'Ecole Française de Rome*, que tenía como objetivo la excavación de las urnas del tofét de Cartago procedentes de las intervenciones dirigidas por Imed Ben Jerbania. Aparte de permitirme mejorar mi formación en el campo de la bioarqueología de la infancia, esta experiencia en Túnez me dio la oportunidad de conocer a dos personas maravillosas: Victoria Peña Romo y María Molina Moreno. Gracias a las dos por dejarme aprender tanto de vosotras. Posteriormente, llegué a Granada en el marco de un contrato Margarita Salas (2021UPF-MS-07). De esta ciudad merece una mención especial Francisco Contreras Cortés por haberme abierto las puertas del Departamento de Prehistoria y Arqueología. Asimismo, quiero dar las gracias, especialmente, a mi “ser de luz granadino”, Eva Alarcón García, y al resto de amigos/as y compañeros/as: Luis Arboledas, Alberto Dorado, Yaiza Hernández, Ricardo Basso, Elena Sánchez, Lucía Tinoco, Victoria García, Carlos Rellán,

Paloma de la Peña, Mar Castro, Ana Herranz, Ana Luna, Manu (Purre) y, particularmente, a Andrés Adroher por haberme hecho sentir, desde el primer momento, como en casa. A Andrés también le estoy muy agradecida por haber hecho de mis segundas “manos y ojos” en la revisión del manuscrito final de este trabajo.

En último lugar, aunque no por ello menos importante, quiero mostrar mis agradecimientos a otras personas, que no solo han estado presentes a lo largo de este camino, sino incondicionalmente durante toda mi vida, a esas personas que han hecho que, hoy en día, sea quien soy. A mis amigas y amigos de siempre: Sonia, Antonio, Natalia, Alba, Sofí, Tania, Raúl, Coria, Machi, Mancu e Iván gracias por ser mis “personas brújula”. De manera especial, a mis padres, Feli y Luis, a mi hermano, David, a mis tíos, Eugenio, Pepi, Mari Geni y Emma, y a mis primos, Sergio, Cris y Gael. Gracias por vuestro apoyo y cariño ilimitados, por leerme poesías de Gloria Fuertes, Antonio Machado y Federico García Lorca antes de dormir cuando era niña, y por haberme hecho descubrir el maravilloso mundo de la arqueología. También siento la necesidad de demostrar mis agradecimientos a mis abuelos, a quienes este trabajo ha robado mucho más tiempo del que me habría gustado. Prometo que muy pronto volveremos a tener tardes infinitas de mesa camilla, brasero, faldillas y dominó. Para finalizar, me gustaría dar las gracias a Adriano por su enorme cariño, su infinita paciencia y su gran generosidad y, sobre todo, porque en los últimos años se ha convertido en una de las personas más importantes de mi vida.

Granada, 9 de diciembre de 2023

*A mis abuelos,
porque, todavía hoy, hacen que me sienta una niña*

El niño mudo

*El niño busca su voz.
(La tenía el rey de los grillos).
En una gota de agua
buscaba su voz el niño.*

*No la quiero para hablar;
me haré con ella un anillo
que llevará mi silencio
en su dedo pequeñito.*

*En una gota de agua
Buscaba su voz el niño.*

*(La voz cautiva, a lo lejos,
se ponía un traje de grillo).*

Federico García Lorca

Abreviaturas

AAC	Anales de Arqueología Cordobesa. Córdoba: Universidad de Córdoba.
AArchSlov	Arheološki vestnik. Ljubljana: Slovenska akademija znanosti in umetnosti.
AJ	The Archaeological Journal. London: Royal Archaeological Institute.
Antiquity	Antiquity: an International Journal of Expert Archaeology. Cambridge: Company of Biologists.
ArchClass	Archeologia Classica. Roma: L'Erma di Bretschneider.
ASNP	Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa, Classe di Lettere e Filosofia. Pisa: Scuola Normale Superiore.
ASSard	Archivio Storico Sardo. Cagliari: Deputazione di Storia Patria per la Sardegna.
BABesch	Babesch: Bulletin Antieke Beschaving = Annual Papers on Mediterranean Archaeology. Leuven: Peeters.
BCTH	Bulletin archéologique du Comité des travaux historiques et scientifiques. Afrique du Nord. Paris: Éd. du C.T.H.S.
CArchJ	Cambridge Archaeological Journal. Cambridge: Cambridge University Pr.
EAZ	Ethnographisch-archäologische Zeitschrift. Berlin: Humboldt-Universität, Ethnographisch-archäologische Zeitschrift.
Empúries	Empúries. Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya.
ETF(arqueol)	Espacio, tiempo y forma: revista de la Facultad de Geografía e Historia. Serie 1, Prehistoria y Arqueología. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia, Facultad de Geografía e Historia.
Gerión	Gerión. Madrid: Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones.
G&R	Greece and Rome. Oxford: Clarendon Pr.
Habis	Habis: Filología Clásica, Historia Antigua, Arqueología Clásica. Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones.
Italica	Italica: cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. Roma: CSIC, Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.
JA	Journal Asiatique. Paris: Société asiatique; Leuven: Peeters.
JRA	Journal of Roman Archaeology: an International Journal. Portsmouth (R.I): Journal of Roman Archaeology.
Kokalos	Κώκαλος: studi pubblicati dall'Istituto di Storia Antica dell'Università di Palermo. Roma: G. Bretschneider.
Ktema	Ktema: civilisations de l'Orient, de la Grèce et de Rome antiques. Strasbourg: Université Marc Bloch, Centre de Recherches sur le Proche-Orient et la Grèce Antique.
Latomus	Latomus: revue d'études latines. Bruxelles: Latomus.
Mainake	Mainake: estudios de arqueología malagueña. Málaga: CEDMA.
MDAI(R)	Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Römische Abteilung = Bullettino dell'Istituto Archeologico Germanico, Sezione romana. Mainz: von Zabern.
MEFRA	Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité. Rome: École française de Rome; Paris: de Boccard.

<i>MHR</i>	Mediterranean Historical Review. London: Cass.
<i>Munibe</i>	Munibe: (antropologia, arkeologia). San Sebastián: Sociedad de Ciencias Aranzadi.
<i>NSA</i>	Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Notizie degli scavi di antichità. Roma: Accademia Nazionale dei Lincei.
<i>OJA</i>	Oxford Journal of Archaeology. Oxford: Blackwell.
<i>Pallas</i>	Pallas: Revue d'études Antiques. Toulouse: Pr. Universitaires du Mirail.
<i>PBSR</i>	Papers of the British School at Rome. London: British School at Rome.
<i>Phoenix</i>	Phoenix: Journal of the Classical Association of Canada = revue de la Société canadienne des études classiques. Toronto (Ont.): University of Toronto Pr.
<i>Pyrenae</i>	Pyrenae: revista de Prehistòria i Antiguitat de la Mediterrània occidental. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona.
<i>RHR</i>	Revue de l'histoire des religions. Paris: Colin.
<i>RStudFen</i>	Rivista di Studi Fenici. Roma: Consiglio Nazionale delle Ricerche, Istituto per la Civiltà Fenicia e Punica Sabatino Moscati.
<i>Saguntum</i>	Saguntum: papeles del Laboratorio de Arqueología de València. València: Universitat de València, Departament de Prehistòria i Arqueologia.
<i>ScrTheol</i>	Scripta Theologica: revista de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Pamplona Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
<i>SS</i>	Studi Sardi. Cagliari: Istituto per gli Studi Sardi.
<i>Zephyrus</i>	Zephyrus: revista de Prehistoria y Arqueología. Salamanca: Ed. Universidad de Salamanca.

INTRODUCCIÓN

As archaeologists we delude ourselves if we suggest that children are invisible. Women were never invisible, merely ignored by scholars who tended to view men as the generic gender, representing what was important in a society.

(Kamp 2005: 115)

He decidido comenzar la introducción a este libro con esta cita de Kathryn Kamp, pues sintetiza muy acertadamente el punto de partida de la presente investigación. Este no es otro que la invisibilización a la que han estado sometidos, por un lado, las niñas y niños y, por otro, la infancia en los estudios sobre el pasado. Esta falta de interés por la niñez y los individuos infantiles, principalmente, ha sido consecuencia de tres fenómenos fundamentales. El primero de ellos es el marcado carácter androcéntrico que ha definido las investigaciones históricas y arqueológicas. Estas, generalmente, han presentado como protagonista principal de sus relatos al hombre blanco, adulto, heterosexual, sano, libre y de clase media/alta y han dejado, como consecuencia, “sin voz” a todas aquellas personas que no encajaban en este estereotipo dominante, como las mujeres, los homosexuales, los ancianos y las personas enfermas o con discapacidades físicas y/o mentales (Lillehammer 1989: 89; 2010: 15; Scott 1999: 12; Kamp 2001b: 1-3; 2005: 115; Alarcón García 2010: 195; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 57-58).

Entre estos colectivos tradicionalmente silenciados, uno de los grupos peor parados ha sido el de las niñas y los niños, pues estos han sido directamente relegados –junto a las mujeres– al ámbito doméstico y privado, tradicionalmente considerado como un espacio improductivo y

exclusivamente dedicado a la reproducción y al cuidado familiar (Picazo 1997; Sánchez Romero 2006: 124; González Marcén *et al.* 2008: 3-6; Delgado 2016b: 67). De este modo, la ausencia de individuos infantiles en las narrativas arqueológicas podría explicarse a partir de su asociación exclusiva al género femenino, que ha llevado a una “feminización” de los pequeños, que sólo han sido percibidos en relación con las mujeres. Esta percepción, al mismo tiempo, ha provocado que estos hayan sido subsumidos al concepto problemático de la pareja mujer/madre-niño/hijo que, generalmente, ha sido concebido como un componente estático y unidimensional de las sociedades pasadas. Así, esta visibilidad de los niños, dependiente de la voz silenciada de las mujeres, ha motivado que la infancia se haya convertido en un interés marginal dentro de un tema marginal (Oakley 1994: 13; Scott 1999: 6; Sánchez Romero 2006: 119-123; Baxter 2008: 163; Sánchez Romero y Cid López 2018: 7).

Aparte de este marcado carácter androcéntrico, el segundo factor que ha provocado la invisibilidad de las niñas y niños en las narrativas históricas y arqueológicas ha sido la traslación al pasado de una concepción universal y natural de la infancia. Dicha concepción enfatiza el desarrollo fisiológico y biológico distinguiendo una serie de categorías ontológicas definidas por la medicina

y la psicología —neonato, lactante, niño, adolescente, joven, adulto y anciano— comunes a todos los seres humanos. De este modo, la imagen del niño biológico como un adulto en potencia, como un ser humano inmaduro e incompleto, ha motivado que los individuos infantiles hayan sido únicamente percibidos en una relación de dependencia respecto a los adultos y sus actividades (Sánchez Romero 2007: 190). De hecho, la idea de infancia universal y natural ha provocado que las niñas y niños, concebidos siempre como seres inferiores e incompletos biológicamente, también hayan sido considerados como seres inferiores e incompletos socialmente en relación con sus mayores (Chapa Brunet 2003: 115; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 57-58). Esta concepción de los más jóvenes como seres subalternos, a su vez, ha motivado que se alcance cierto consenso sobre que en las sociedades antiguas los niños interesaban relativamente poco. Esta circunstancia se ha manifestado a través de la reiteración de una serie de tópicos, que se han trasladado al estudio de la infancia de manera general y sin tener en consideración la idiosincrasia de cada sociedad. Entre estos destaca la creencia en la existencia de una pasividad emocional ante la muerte de los pequeños y/o la suposición de que algunas prácticas, como el infanticidio y el sacrificio ritual de niños, estaban generalizadas en las sociedades pasadas (entre otros, Dubois 2012; Gowland 2016; Carroll 2018; Sneed 2021).

En último lugar, el tercer fenómeno que ha contribuido a la invisibilización de los individuos infantiles como sujetos históricos ha sido la traslación al pasado de las construcciones contemporáneas de los “niños y la infancia” en contraposición de los “adultos y la madurez”. Éstas derivan de un fenómeno relativamente reciente e históricamente rastreado, que se gestó en torno a las nociones burguesas de familia, hogar, individualidad y privacidad, emergidas a lo largo de los ss. XVIII y XIX. Según dichas construcciones, los niños estarían asociados a la inocencia y la dependencia y la infancia se identificaría como una etapa de juego y aprendizaje, de preparación para la vida adulta, en la que los pequeños no tendrían obligaciones económicas ni responsabilidades sociales. Conforme a ello, estos serían sujetos pasivos que deberían ser atendidos, controlados y mantenidos seguros y felices durante esta “etapa liminal” entre el nacimiento y la edad adulta (Kamp 2001b: 3). Como consecuencia de la imposición directa de este imaginario sobre la naturaleza y el cuidado de los niños, propio de la sociedad moderna occidental, estos han sido invisibilizados como

sujetos históricos en los procesos económicos, sociales y políticos de las comunidades pasadas (Sofaer Derevenski 1997: 193). De hecho, ha sido esta teórica pasividad de los individuos infantiles en el pasado lo que ha provocado que sea muy fácil para los arqueólogos descartarlos como sujetos de estudio viables pues, al considerar que no habrían hecho contribuciones específicas en sus grupos sociales, supuestamente no serían rastreables a partir del registro arqueológico (Baxter 2005: 50; Lucy 2005: 43; Lillehammer 2010: 16).

No obstante, desde que Grette Lillehammer llamó la atención sobre la necesidad de estudiar a los niños en el pasado como seres humanos por derecho propio (1989), diversas investigaciones sociológicas, etnográficas y arqueológicas han demostrado que la infancia no debería ser considerada como una simple fase pasiva y de transición lineal a la vida adulta, sino como un proceso activo, una práctica social y un fenómeno empírico que también deja su huella en el registro arqueológico (Politis 1999: 263; Chapa Brunet 2003: 117; Sánchez Romero 2004; Kamp 2005: 115-116; Baxter 2008: 162). No podemos olvidar que la infancia es el período en que las niñas y niños adquieren habilidades y conocimientos, aprenden el uso de la tecnología y asumen los sistemas de creencias, valores y actitudes del mundo que les rodea. De este modo, los individuos infantiles como protagonistas principales y activos de esta etapa representan el futuro de la comunidad y son los garantes de la reproducción física, ideológica y social del grupo. De hecho, son los responsables de asegurar la continuidad familiar, de proporcionar mano de obra cuando adquieren su autonomía, de ofrecer cuidados a otros niños y a las personas mayores y desvalidas y de crecer para tener sus propios hijos/as y así comenzar, de nuevo, el ciclo (Chapa Brunet 2003: 117; Sánchez Romero 2010b: 9; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 58; Garroway 2017: 118-119).

Si bien este primer período de la vida constituye un proceso activo en que niñas y niños son los protagonistas principales, diversas investigaciones transculturales reflejan que el trato otorgado a los pequeños, sus obligaciones, responsabilidades y las creencias, principios y valores “transmitidos a” y “aprehendidos por” los mismos difieren tanto espacial como temporalmente, e incluso pueden mostrar variaciones considerables dentro de una misma sociedad. Dichos estudios, por tanto, han demostrado que la infancia no es un fenómeno único y universal, sino que es un concepto dinámico y fluido que se mueve entre lo biológico y lo cultural y que está

condicionado por otras identidades interseccionales de los niños, como su género, su origen étnico y/o su clase social (James y Prout 1990: 8-9; Meskell 1994: 36; 2001: 188; Kamp 2005: 115-116; Baxter 2008: 163; Lillehammer 2010; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 57). De este modo, la infancia podría entenderse como la existencia de una conciencia particular sobre la naturaleza del niño en un periodo y un lugar concreto (Ariès [1960] 1987: 178); es decir, como un constructo cultural determinado tanto por el contexto social como por el desarrollo biológico y otras identidades de los individuos infantiles que interseccionan con la edad.

Esta definición de la infancia como constructo cultural también consiente dibujar una línea de separación entre las experiencias de los niños, como sujetos, y la construcción que los adultos han hecho de este periodo como objeto. Esto se debe a que la definición de la niñez, en el seno de una comunidad específica, forma parte de un discurso dominante reconocido por todos los miembros del grupo y, generalmente, elaborado y controlado por los adultos. En otras palabras, cada sociedad tiene una definición o definiciones de una trayectoria del ciclo de vida “normal”, así como unas concepciones sobre cómo deben ser las personas a medida que pasan por las diferentes etapas de la vida (Gittins 2009: 36; Lillehammer 2010: 36-38; Gowland 2018: 104). Aunque la existencia de este discurso dominante puede ser útil para regular y establecer las expectativas hacia los niños y las normas que regulan su crianza y educación en una sociedad determinada, es probable que este no constituya una descripción perfecta, que se corresponda con la realidad social que vivieron los pequeños. Debido a ello, es importante establecer una distinción entre la infancia normativa, como etapa culturalmente definida del ciclo de la vida, y las experiencias, realidades e identidades –individuales y colectivas– de las niñas y niños. Partiendo de esta conceptualización, la infancia –como constructo cultural– será el objeto de estudio del presente trabajo y las niñas y niños –como sujetos históricos por derecho propio– sus protagonistas.

1.1. LA NECESIDAD DE ESTUDIAR A “LOS OTROS NIÑOS”

Durante las últimas dos décadas, las mujeres, los niños y las relaciones de edad y género se han convertido en un atractivo campo de análisis para diversas investigadoras

y algunos investigadores especializados en ámbito fenicio y púnico, publicándose diversos trabajos realizados desde diferentes perspectivas conceptuales y fuentes documentales. Así, algunas investigaciones han ofrecido una visión global sobre la infancia, mediante la integración de evidencias arqueológicas, iconográficas y textuales (Marín Ceballos 2003; 2016), otras se han centrado en estudiar este primer período de la vida en un sitio específico (Orsingher 2018c), mientras que otros trabajos han prestado atención al estudio de diversas materialidades tradicionalmente asociadas a los niños, como las campanitas (Fariselli 2012-2013; 2019; López-Bertran 2019b; López-Grande *et al.* 2022), las miniaturas cerámicas (Bartoloni 1992; 2022; Rivera-Hernández 2020b; Oggiano 2022) o los juguetes (Orsingher y Rivera-Hernández 2021; Rivera-Hernández y Orsingher 2023; Rivera-Hernández *ep*). Este creciente interés por la infancia también se advierte en ciertas investigaciones que se han centrado en estudiar algunas cuestiones como las prácticas de paternidad y maternidad (Delgado 2016a; Zamora 2016; Pla Orquín 2017) o determinados momentos cruciales en la vida de las mujeres y las criaturas, como el parto, la lactancia y el período de destete (Oggiano 2012; Delgado y Rivera-Hernández 2018; Ferrer y López-Bertran 2020b; Ryan *et al.* 2020). A estos estudios se suman otras investigaciones que han focalizado su interés en realizar un análisis comparativo entre la situación observada en los tofets y en las necrópolis (Bénichou-Safar 2005; 2012; Mazzariol y Gigante 2022).

Si bien estos trabajos han logrado romper con el largo silencio historiográfico sobre las niñas y niños en estas comunidades, han tenido un efecto relativamente limitado en las narrativas dominantes sobre la infancia en ámbito fenicio y púnico, pues el principal foco de atención ha continuado siendo el tofet y la discusión interpretativa existente en torno a este tipo de santuarios. Como se verá con más detalle en el tercer capítulo de este libro, los tofets son áreas sagradas a cielo abierto, que se caracterizan por presentar urnas cerámicas que contienen restos óseos cremados de niños y/o pequeños animales, siendo interpretados por algunos investigadores/as como santuarios especiales donde recibían sepultura las criaturas que fallecían por causas naturales a una edad muy temprana y por otros/as como sitios donde se llevaba a cabo el sacrificio infantil (D’Andrea 2018a: 99).

Precisamente, ha sido la existencia de esta dualidad interpretativa lo que ha provocado que la mayoría de trabajos sobre “infancia” en las comunidades fenicias y

púnicas se hayan centrado en discernir la función de estos espacios sagrados. No obstante, dichos estudios generalmente han constituido más una aproximación al análisis de una actitud o conducta adulta que al propio concepto de infancia, ya que la cuestión principal –y todavía no resuelta– ha sido la de esclarecer si los púnicos sacrificaban o no a sus bebés. De hecho, ha sido precisamente la existencia de este debate lo que ha provocado que “los otros niños”, es decir los que eran inhumados e incinerados en las necrópolis comunitarias junto a los adultos, hayan sido prácticamente olvidados por los investigadores (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 211; Gómez Bellard *et al.* 1992: 85).

Afortunadamente, en los últimos años y como consecuencia de la influencia ejercida por el desarrollo de la arqueología de la infancia, diversos especialistas han publicado una serie de trabajos específicamente centrados en analizar las sepulturas infantiles de determinadas necrópolis. Entre estos destaca la publicación sobre los individuos subadultos de la necrópolis levantina de Khalde (Mura 2020), los estudios realizados en el cementerio siciliano de Palermo por Francesca Spatafora y en el de Mozia por Gabriele Lauria, Paola Sconzo y Giovanni Falsone (Spatafora 2014a; Spatafora *et al.* 2019; Lauria *et al.* 2017; 2018a; 2018b; 2020). A estas investigaciones efectuadas en ámbito siciliano hay que añadir las realizadas en territorio sardo por Michele Guirguis y Rosana Pla Orquín en la necrópolis de Monte Sirai y por Elisa Pompianu en la de Villamar (Murgia y Pla Orquín 2014; Guirguis y Pla Orquín 2015; 2019; Guirguis *et al.* 2018; Piga *et al.* 2020; Pompianu *ep.*). En último lugar, para el área más occidental, destacan las publicaciones sobre las tumbas de los individuos no-adultos del cementerio ibicenco del Puig des Molins (Gómez Bellard 1983; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989; Gómez Bellard *et al.* 1992; 1995; Rivera-Hernández 2020a; 2021a) y otra que recopila las sepulturas infantiles del área andaluza (Martín Ruiz 2020).

Aunque la investigación sobre la infancia en ámbito fenicio y púnico ha florecido, sobre todo, durante la última década, el estudio del tratamiento funerario que recibían los pequeños al fallecer y, por extensión, del papel e importancia que estos ocupaban en el seno de sus comunidades constituyen temas todavía muy subdesarrollados en la literatura arqueológica. De hecho, en la actualidad, no existen trabajos de conjunto ni sistemáticos sobre las sepulturas infantiles que tengan en consideración la evolución cronológica de las prácticas funerarias, los rituales

y las culturas materiales asociadas a la niñez, ni las diferencias que pudieron darse en los diferentes espacios de la geografía fenicia y púnica a nivel local, regional y territorial. Además, la ausencia de investigaciones específicas sobre las tumbas infantiles –que tomen como punto de partida las recientes perspectivas conceptuales y metodológicas desarrolladas en el campo de la arqueología de la infancia– ha motivado que, aún en la actualidad, se mantengan una serie de creencias tradicionales –como que los individuos infantiles apenas estaban representados en los cementerios y que, cuando lo estaban, recibían un tratamiento funerario descuidado y marginal– que, teóricamente, demostrarían tanto el bajo valor social de las niñas y niños en estas comunidades como la inexistencia de una sensibilidad hacia la infancia (entre otros, Wagner *et al.* 2000; Bénichou-Safar 2012; Martín Ruiz 2020).

Teniendo en cuenta que en ámbito fenicio y púnico no contamos con fuentes escritas directas, que nos informen sobre la actitud de estas gentes hacia sus hijos e hijas, el estudio de las tumbas, las prácticas funerarias, los rituales y las culturas materiales asociadas a la niñez en los cementerios constituye un medio adecuado para analizar cómo eran tratados los individuos más pequeños al fallecer y, por extensión, cómo eran concebidos en el seno de sus grupos de pertenencia. Por ello, el presente trabajo se centrará en el estudio del registro funerario, concretamente de los propios cuerpos de los individuos no-adultos, de los objetos asociados a los pequeños y de la ubicación espacial de sus sepulturas, con el objetivo de integrar los datos bioarqueológicos y funerarios con los materiales y espaciales, como un medio para evaluar las percepciones pasadas sobre la infancia en las comunidades fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza.

1.2. MARCO HISTÓRICO, GEOGRÁFICO Y CRO- NOLÓGICO

A partir de las últimas décadas del s. IX a.C. grupos de personas procedentes del Levante mediterráneo, tradicionalmente conocidos como fenicios, iniciaron su viaje hacia Occidente para establecerse en otras regiones bañadas por el Mediterráneo y el Atlántico, como Chipre, Sicilia, Cerdeña, Malta, el norte de África y la península ibérica (fig.1.1). Estos migrantes levantinos, en algunos casos, se establecieron en los nuevos territorios y convivieron como minoría con las poblaciones locales en sus

asentamientos, mientras que en otros fundaron nuevos establecimientos. Ambos procesos llevaron al surgimiento de las comunidades fenicias occidentales (entre otros, Aubet 1993; Delgado 2017; López-Ruiz 2021).

Los recién llegados al Mediterráneo occidental trajeron consigo sus culturas materiales, sus formas de entender, vivir y sentir la vida y la muerte, así como sus recuerdos ancestrales que los conectaban, de forma real o imaginaria, con sus lugares de procedencia. De este modo, estas personas –que se asentaron en territorios geográficamente muy dispersos– se mantenían fuertemente interconectadas por vínculos culturales, emocionales, religiosos, personales, sociales, materiales y económicos, que no sólo fueron el resultado de las migraciones, sino también de la experiencia, convivencia e hibridación con personas y grupos locales, así como con otras poblaciones mediterráneas. Como consecuencia de estas interacciones, surgieron nuevas identidades a través de las que estas gentes permanecieron unidas a su tierra de origen, pero también a otros grupos de migrantes dispersos en la diáspora y a otras comunidades mediterráneas coetáneas (Delgado 2017: 184).

Los lazos de unión de los migrantes levantinos con sus orígenes se manifiestan arqueológicamente a través de la arquitectura y algunos objetos cotidianos. Por ejemplo, las estructuras domésticas que reproducían en sus nuevos hogares presentan grandes similitudes con las de las ciudades fenicias levantinas, lo que parece reflejar la voluntad de los recién llegados por recrear y construir un paisaje diario que les recordara, cada día, a su lugar de origen. Asimismo, buena parte de la cultura material que utilizaban diariamente, como la relacionada con las prácticas de cocina y alimentación, es de tradición fenicia levantina. Sin embargo, estos objetos cotidianos, en ocasiones, presentaban una mezcla obvia con las materialidades de los grupos locales y/o de otras comunidades mediterráneas, lo que parece remitir a la convivencia de personas de diversas procedencias en estos asentamientos fenicios occidentales (entre otros, Delgado y Ferrer 2007b: 35; Delgado 2008: 164; 2010: 29; 2017: 190-191; Guirguis 2019: 122).

Estas gentes que emigraron hacia Occidente también trajeron consigo sus dioses, sus creencias y sus rituales religiosos, instaurando a su llegada santuarios que, en algunos casos, reproducían, con cierta fidelidad, los del área levantina mientras que, en otras ocasiones, los orígenes de algunos de estos lugares sacros parecen estar relacionados con el nacimiento de estas

primeras comunidades diaspóricas. Este último caso estaría representado por los tofets, unos espacios sagrados –presentes exclusivamente en el Mediterráneo central a partir del s. VIII a.C.– que, como ya se ha señalado, se caracterizan por presentar agrupaciones de urnas cerámicas que contenían los restos óseos cremados de individuos infantiles y/o animales (D'Andrea 2014; 2018a).

Los migrantes orientales también conservaron y reprodujeron en las nuevas tierras de acogida su ideología funeraria, sus creencias en el Más Allá y sus costumbres para cuidar correctamente a sus muertos. Los fenicios creían que la muerte no suponía el fin de la vida de una persona, sino la transformación de esta en un ser de ultratumba, en un antepasado. Asimismo, es probable que creyeran en la existencia de una dualidad del alma: por un lado, estaría la *nepshesh* –o alma vegetativa– ubicada en las entrañas del difunto y destinada a residir en la tumba, por lo que debía ser alimentada y, por otro lado, la *rouah* –o alma espiritual– que vivía en la sangre y el corazón del fallecido y abandonaba el cuerpo cuando una persona moría biológicamente para dirigirse al Más Allá (Ribichini 2004b: 44-45). Posiblemente, fue la creencia en esta dualidad del alma lo que motivaba que los rituales funerarios, desarrollados desde el momento en que una persona fallecía hasta que era enterrada, estuvieran destinados a garantizar la supervivencia de las dos almas y un paso seguro al mundo de ultratumba. No obstante, las prácticas funerarias no finalizaban con el sepelio pues, una vez los difuntos eran enterrados, también se celebraban una serie de ritos destinados a honrar a los antepasados y garantizar que su memoria no fuera olvidada entre los vivos (López-Bertran 2019a).

Durante los ss. VIII y VI a.C., el principal ritual funerario que los fenicios utilizaron en Occidente fue el de la cremación que, principalmente, se practicó en sus dos variables: primaria y secundaria. Las cremaciones secundarias consistían en quemar los cuerpos en una pira o *ustrinum* y, posteriormente, los restos óseos incinerados se depositaban en urnas, cajas de madera, cistas líticas o, directamente, en cavidades excavadas en el suelo de los cementerios. Por el contrario, en la cremación primaria los cadáveres se incineraban directamente dentro de fosas excavadas en el terreno de la necrópolis que, tras la quema de los cuerpos, se tapaban. Pese a la generalización del rito de la incineración entre las primeras comunidades fenicias asentadas en el Mediterráneo centro-occidental, en algunos asentamientos se dieron

una serie de pautas funerarias diferenciadas. Este es el caso de Cartago, una de las ciudades fundadas por los primeros migrantes orientales en la costa tunecina donde, al contrario de lo que ocurrió en el resto de centros fenicios occidentales, durante el período arcaico el ritual de la inhumación tuvo especial protagonismo (Bartoloni 1981: 13-15; 2004a: 117).

Junto a la propia heterogeneidad del ritual funerario que se dio entre los fenicios, hay que considerar que estos, generalmente, se asentaron en territorios donde convivieron con personas locales y/o con individuos de otras comunidades mediterráneas –como los griegos– que también tenían sus propias creencias escatológicas y sus modos culturalmente adecuados para dar sepultura a sus difuntos. De este modo, el estudio de las formas de enterrar a los muertos en estos enclaves, junto al análisis de las materialidades depositadas en las tumbas, en muchas ocasiones permite analizar las relaciones que se daban entre las diferentes comunidades de migrantes orientales, pero también entre estas y otras poblaciones coetáneas con las que convivieron y/o entraron en contacto.

Asimismo, el estudio de los rituales funerarios, las tumbas, los objetos y los cuerpos de los difuntos puede aportar una valiosa información sobre los cuidados que recibían los muertos, pero, como se verá a lo largo de este trabajo, también sobre la identidad cultural, el estatus social, la edad y el sexo de las personas que convivían en estos enclaves, constituyendo los cementerios lugares privilegiados para el estudio de las identidades individuales, familiares y comunitarias. Además, la reciente introducción de análisis bioarqueológicos y genéticos en el estudio de los cementerios está permitiendo cuestionar algunas imágenes tradicionales de la experiencia migratoria fenicia que, inicialmente, fue entendida como un fenómeno exclusivamente masculino, demostrando que las mujeres y, como se verá en este trabajo, también las niñas y niños jugaron un papel activo tanto en los movimientos poblacionales como en la creación y consolidación de las nuevas comunidades (Delgado 2017: 193; Matisoo-Smith *et al.* 2018).

Tras estas primeras migraciones, que unieron la cuenca oriental y occidental del Mediterráneo, algunos descendientes de las personas que habitaron en las primeras comunidades fenicias occidentales se mudaron para establecerse en nuevos lugares, más o menos lejanos (van Dommelen 2005: 149; Guirguis 2019: 118-119). Este es el caso, por ejemplo, de la isla de Ibiza a la que, desde mediados del s. VII a.C., llegaron migrantes procedentes

de otros centros del Extremo Occidente fenicio, concretamente del sur de la península ibérica (entre otros, Ramon 1981: 30; Costa y Fernández 1986-1989: 261; Gómez Bellard *et al.* 1990: 175-176).

El siglo VI a.C. representó un punto de inflexión en la historia del Mediterráneo. Durante este periodo se completó el proceso de transformación global, desencadenado por las diásporas egea y levantina, que afectó a todo el Mediterráneo y a la vida de las personas que habitaban en sus orillas (Morris 2003: 48-51; Broodbank 2013). A partir de mediados de dicha centuria y, sobre todo, desde finales de la misma, Cartago aparecerá en la escena histórica del Mediterráneo centro-occidental como una potencia militar que impulsó su dominio con el fin de mantener un papel central en la economía de esta región, haciendo frente primero a la expansión griega y, posteriormente, a la romana que amenazaban los intereses comerciales en algunos territorios donde, previamente, se habían asentado los fenicios (Hoyos 2019: 162-164). Esta situación llevó a Cartago a expandirse a través de las diferentes áreas afectadas por la diáspora fenicia, como el norte de África, los territorios insulares del Mediterráneo centro-occidental y la península ibérica. Esta expansión de Cartago, entre otras cosas, es perceptible en las necrópolis donde, con la llegada de estas gentes procedentes del territorio norteafricano, comienza a introducirse el rito de la inhumación –que como se ha señalado en Cartago ya era predominante durante el período arcaico– y las tumbas de tipo hipogeico (Bartoloni 2004a: 117).

Ya en el s. V a.C. Cartago había logrado imponer su hegemonía sobre los asentamientos fenicios de la costa norteafricana, en el sur de la península ibérica, en el extremo occidental de Sicilia y en Ibiza, Cerdeña y Malta (Dridi 2019: 150-151). Sin embargo, el modo en que las personas procedentes de Cartago y su área de influencia actuaron en los diferentes territorios fue heterogéneo, tal y como parece desprenderse de los datos históricos y arqueológicos disponibles para Sicilia, Cerdeña e Ibiza que parecen indicar que la interacción de estas gentes con las personas que habitaban los enclaves fenicios tuvo diversa naturaleza, comenzando estos contactos, en algunos casos, incluso en cronologías anteriores a la expansión que la ciudad norteafricana impulsó desde mediados del s. VI a.C.

A partir de la expansión militar y comercial de Cartago, buena parte de la historia del Mediterráneo centro-occidental, en el período que abarca los siglos V y II a.C.,

se caracterizó por la lucha por el control político y económico de los territorios bañados por este mar, primero entre púnicos y griegos y, posteriormente, entre púnicos y romanos. Los conflictos directos contra los griegos se desarrollaron, sobre todo, durante los siglos V y IV a.C. y tuvieron en la isla de Sicilia su escenario principal, mientras que las Guerras Púnicas se desarrollaron entre los siglos III y II a.C. (264-146 a.C.) y finalizaron con la derrota cartaginesa por parte de los romanos en el 146 a.C., año en que Cartago fue tomada y destruida suponiendo el colapso total del imperio cartaginés (De Lisle 2019: 170).

Los romanos en sus escritos bautizaron a estas gentes como púnicos, término que deriva del griego *Φοίνικες* –*phoínikes*– que significa «fenicio». A pesar del debate que hoy en día genera el uso de los términos “fenicio” y “púnico”, por ser más un convencionalismo académico que una realidad socio cultural homogénea (entre otros, Quinn 2018; Doak y López-Ruiz 2019; Sader 2019; López-Ruiz 2021), en el presente trabajo se utilizarán según una caracterización cronológica y geográfica. De este modo, “fenicio” se empleará para aludir a todo aquello que concierne a estas gentes, que emigraron de Oriente y se asentaron en Occidente entre finales del s. IX y mediados del s. VI a.C., mientras que el término “púnico” será utilizado para denominar todo aquello que concierne al Mediterráneo occidental “fenicio” a partir del momento en que Cartago se convierte en potencia hegemónica, es decir, entre mediados del s. VI y el s. II a.C.

1.2.1. ¿POR QUÉ SICILIA, CERDEÑA E IBIZA?

Dentro del campo de la arqueología fenicio-púnica las necrópolis constituyen uno de los contextos mejor conocidos. En parte, esto es consecuencia de que los cementerios fueron los primeros sitios en ser excavados, entre finales del s. XIX y comienzos del s. XX, porque en sus tumbas se localizaban los objetos más ricos y completos que, posteriormente, podrían ser exhibidos en los museos o incrementar las colecciones privadas. El hecho de que los trabajos arqueológicos en las necrópolis comenzaran a desarrollarse tan temprano, como consecuencia de este espíritu anticuarista, ha motivado que en la actualidad contemos con un gran volumen de datos que dificulta realizar un estudio de conjunto y sistemático sobre la totalidad de áreas funerarias excavadas a lo largo de la geografía fenicia y púnica en una única monografía.

Por este motivo, en el presente trabajo se estudiarán las sepulturas de los individuos no-adultos de tres espacios geográficos específicos del Mediterráneo centro-occidental, concretamente de Sicilia, Cerdeña e Ibiza (fig. 1.1, a-c). El hecho de realizar el estudio en varias áreas responde a la voluntad de contar con una perspectiva comparativa que permita conocer si en estas tres islas de la diáspora fenicia que, posteriormente, pasaron a formar parte del territorio púnico se daba un concepto unitario y homogéneo de infancia, perceptible a partir de las tumbas de los pequeños. Asimismo, la elección de Sicilia, Cerdeña e Ibiza, como espacios objeto de estudio, también responde a una serie de motivaciones geográficas e históricas.

En primer lugar, las tres áreas constituyen tres espacios insulares mediterráneos que eran puntos de paso en las rutas marítimas que unen la cuenca oriental y occidental de este mar, quedando estos territorios a su vez interconectados por las redes comerciales que se establecieron en el Mediterráneo centro-occidental. Al abordar el estudio de estas islas, otro de los aspectos a tener en cuenta es que las tres tuvieron ocupación fenicia, aunque la cronología y la procedencia de los migrantes que llegaron a estos territorios es diversa. Si bien Sicilia y Cerdeña se vieron afectadas por las primeras oleadas migratorias que unieron el Mediterráneo oriental y el occidental, durante finales del s. IX y comienzos del s. VIII a.C., los grupos de personas que se asentaron en Ibiza, a finales del s. VII a.C., procedían del sur de la península ibérica (Ramon 1981: 30; Costa y Fernández 1986-1989: 261; Gómez Bellard *et al.* 1990: 175-176; Costa *et al.* 1991: 794; Costa y Fernández 1997: 391).

Otro punto en común de estos tres espacios insulares es que, a partir de mediados del s. VI a.C. pero, sobre todo, a finales de dicha centuria, llegaron gentes procedentes del área de influencia cartaginesa, que mantuvieron el control territorial hasta que sus dominios cayeron en manos de los romanos. No obstante, la caída de estas tres islas bajo el control romano tampoco se dio de forma simultánea. Si bien Sicilia y Cerdeña pasaron a formar parte del territorio de la República Romana tras la Primera Guerra Púnica –en el 241 a.C. y el 238 a.C. respectivamente–, Ibiza no comenzó su largo proceso de integración en el estado romano hasta la conquista de las Baleares, *ca.* 123/121 a.C. De este modo, la cronología que se abordará en el presente trabajo incluye el período que abarca, desde que los primeros migrantes fenicios llegan a Sicilia, Cerdeña e Ibiza y fundan sus primeros enclaves permanentes hasta que los territorios púnicos caen bajo el dominio político de Roma.

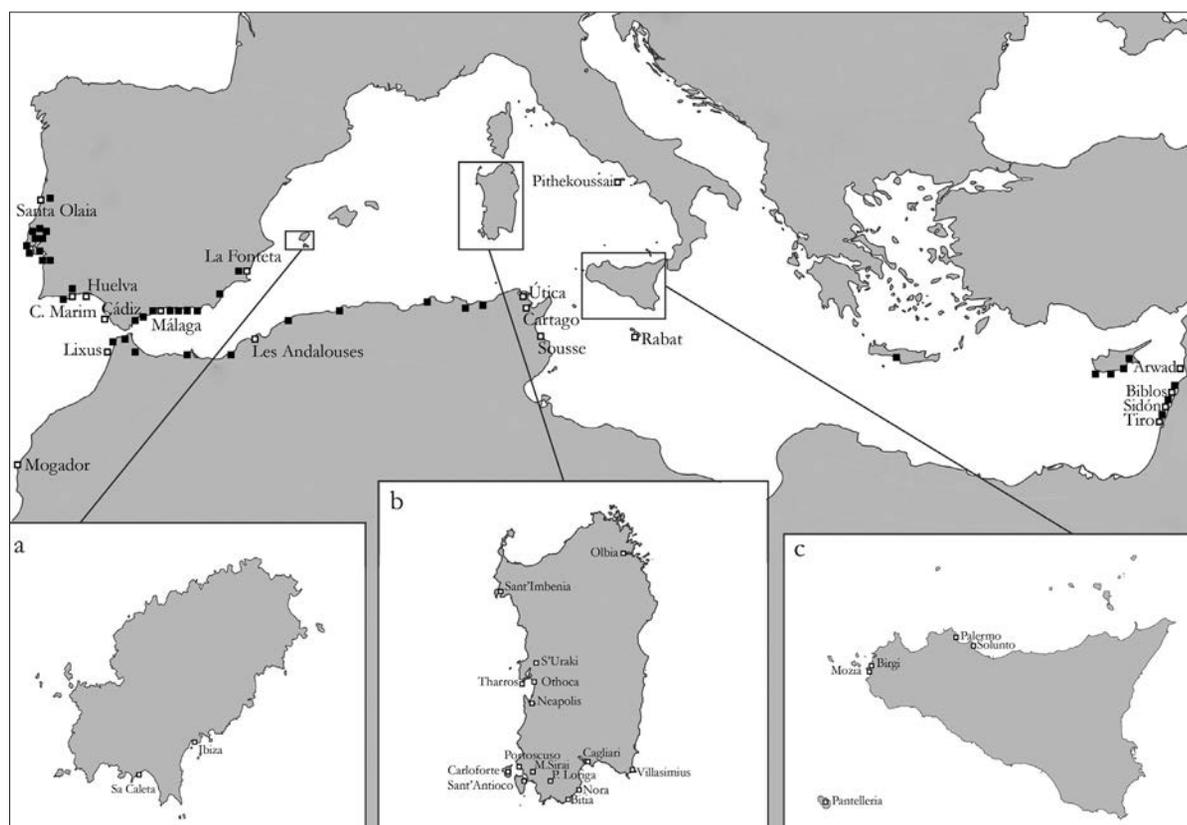


Fig. 1.1. Principales centros fenicios y púnicos en las orillas del Mediterráneo y el Atlántico. Ampliadas las áreas geográficas objeto de estudio (a partir de Delgado y Ferrer 2007a: fig. 1).

A pesar de que las tres islas se vieron afectadas por la llegada de personas durante todo el período fenicio-púnico, desde un punto de vista histórico una diferencia a considerar es que los migrantes fenicios al llegar a estos lugares se encontraron con panoramas muy diversos, entrando en contacto con personas pertenecientes a diferentes comunidades coetáneas, ya fueran gentes locales y/o procedentes de otros puntos del Mediterráneo. De hecho, en Sicilia y Cerdeña habitaban poblaciones autóctonas fuertemente jerarquizadas y organizadas en el territorio, con las que los recién llegados tuvieron que convivir. Asimismo, en el caso siciliano los migrantes fenicios y, posteriormente, los púnicos, también se encontraron con gentes griegas, que ya estaban establecidas en la isla desde finales del s. VIII a.C. Por el contrario, la cuestión del poblamiento indígena en Ibiza sigue sin estar resuelta, apoyando algunos autores que a la llegada de los fenicios la isla estaba habitada por poblaciones locales (Costa y Benito 2000: 222-229; Costa y Guerrero 2002: 494-496),

mientras que otros argumentan que estaba despoblada (Gómez Bellard y San Nicolás 1988: 223; Gómez Bellard 2003: 219; 2008: 46).

En última instancia, cabe señalar que la elección de estos espacios para desarrollar el presente estudio también ha estado determinada por algunos aspectos históricos, específicamente relacionados con el campo de la infancia y, concretamente, vinculados a la presencia/ausencia de santuarios tofet. Esto se debe a la voluntad de observar si el comportamiento funerario –representatividad, ritual utilizado, tipos de tumbas, etc.– que afectó a los miembros más pequeños de estas comunidades se vio alterado por la existencia de estos lugares sacros. Como se ha señalado, este tipo de santuarios son típicos del Mediterráneo central, situación que provoca que estén presentes en algunos asentamientos sardos y sicilianos, mientras que por el contrario en la isla de Ibiza, que constituye el espacio más occidental, no han sido documentados hasta el momento.

1.3. OBJETIVOS PRINCIPALES Y ESTRUCTURA DEL TRABAJO

A pesar de la creencia, profundamente arraigada en los estudios fenicios y púnicos, sobre la existencia de una inferioridad social de los individuos infantiles respecto a los adultos, cabe esperar que en los primeros asentamientos donde se establecieron los migrantes orientales al llegar a Occidente y, posteriormente, los púnicos, el rol de las niñas y niños como garantes de la continuidad familiar y cultural así como de la perduración y crecimiento demográfico de estos establecimientos tuviera una importancia vital. Debido a ello, el objetivo principal de esta investigación es reevaluar cómo fue concebida la infancia en las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas, a partir del análisis de las sepulturas infantiles de las necrópolis. Concretamente, con este trabajo se pretende conocer cómo eran percibidos los niños y niñas por sus mayores y el trato que se les otorgaba, tanto en su vida como en su muerte. También se busca entender cómo los pequeños pasaban por los procesos de crecimiento biológico y social y con qué personas, objetos y espacios se relacionaban, con el objetivo último de alcanzar una mayor comprensión sobre las relaciones existentes entre los niños/as, sus familias y las comunidades en las que habitaban. Para poder alcanzar estos objetivos este estudio integra, principalmente, evidencia arqueológica –procedente de las sepulturas de los individuos no-adultos de las necrópolis de los tres territorios estudiados–, pero también documentación iconográfica y paralelos antropológicos, etnográficos e históricos.

Este libro ha sido dividido en nueve capítulos, estando cada uno de ellos centrado en el desarrollo de diversos aspectos relacionados tanto con el estudio de la infancia en el pasado, desde una perspectiva global, como con el análisis específico de las niñas y niños en ámbito fenicio y púnico. Así, y con el fin de contextualizar y justificar la necesidad de realizar el presente trabajo, los capítulos 2 y 3 están destinados a analizar cómo los niños han sido (mal)tratados en los discursos históricos y arqueológicos, en general, y en ámbito fenicio y púnico en particular. De este modo, en el capítulo 2, partiendo de diversas fuentes históricas, arqueológicas y etnográficas, se analizará cómo ha ido evolucionando el concepto de infancia a través del tiempo y el espacio, según los discursos dominantes. Asimismo, se realizará un análisis crítico de algunos de los tópicos más comúnmente repetidos en los estudios sobre la infancia en las sociedades pasadas, entre los que

destacan la teórica pasividad emocional ante la muerte de los pequeños, así como la generalización de las prácticas del infanticidio y del sacrificio ritual.

Si bien el capítulo 2 ofrece una visión global de estos estereotipos, el capítulo 3 se centra concretamente en el análisis de los estudios realizados sobre la infancia en ámbito fenicio y púnico. Aunque los sujetos de estudio del presente trabajo son los individuos no-adultos que fueron enterrados en los cementerios y no en los tofets, se expondrá la problemática interpretativa que ha suscitado la existencia de estos santuarios, observando cómo muchas de las interpretaciones que se han realizado sobre las prácticas desarrolladas en estos lugares reiteran algunos de los estereotipos analizados en el capítulo 2. Asimismo, se revisará lo que sabemos sobre “los otros niños”, es decir, sobre aquellos que fueron enterrados con los adultos en las necrópolis y que son los protagonistas de la presente investigación.

En el capítulo 4 se expondrán los principales avances teóricos y metodológicos que ha proporcionado, en los últimos años, la arqueología de la infancia dentro del registro funerario y en los que se fundamenta el presente trabajo. Concretamente, se prestará especial atención a la gran cantidad de información que puede aportar el estudio de los cuerpos de los pequeños/as, de los objetos con los que eran acompañados en sus tumbas y de los espacios donde eran enterrados. Como se verá, el análisis de estos elementos no sólo permite conocer aspectos relacionados con la muerte de los individuos infantiles, sino también sobre diversas facetas de su vida y sobre su percepción en el seno de sus comunidades. Una vez analizadas las oportunidades que ofrece el registro funerario para el estudio de la infancia y de las niñas y niños en las sociedades pasadas, en el capítulo 5 se expondrá la metodología seguida en la presente investigación. Además, se plantearán de forma específica algunos problemas metodológicos y limitaciones que se presentan en los casos de estudio propuestos.

Los siguientes tres capítulos –6, 7 y 8– estarán dedicados específicamente al estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos en las necrópolis fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza. Al ser la infancia un constructo cultural, esta debe ser analizada de manera independiente en cada uno de los grupos sociales y contextos específicos que se pretende estudiar. Por ello, el análisis de las sepulturas de los individuos no-adultos se ha organizado desde una perspectiva micro a macro, partiendo de las tumbas infantiles de cada necrópolis de

forma individual hasta abordar el estudio de la infancia en la totalidad de cada territorio insular. Asimismo, estos capítulos se presentarán siguiendo un orden cronológico –de mayor a menor antigüedad– y geográfico –de oriente a occidente–, comenzando por los datos de Sicilia en el capítulo 6, los de Cerdeña en el 7 y los de Ibiza en el 8.

Tras realizar el estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos en cada área geográfica específica, en el capítulo final se realizará un análisis comparativo y global de la documentación obtenida en los tres territorios. Este capítulo de conclusiones tendrá una triple finalidad. En primer lugar, evaluar si realmente los individuos inmaduros en las necrópolis fenicio-púnicas sicilianas, sardas e ibicencas recibían un tratamiento funerario descuidado y marginal respecto al de los adultos, que refleje que eran

percibidos como seres socialmente inferiores. En segundo lugar, observar si en estos tres territorios existía un concepto de infancia unitario y global, perceptible a partir de las tumbas de los pequeños, o si, por el contrario, se daban múltiples concepciones sobre este primer periodo de la vida que pudieron variar a lo largo del tiempo, de forma local y/o regional e, incluso, verse afectadas por la existencia de otras identidades individuales de los pequeños, como su estatus social, su género y/o su ascendencia cultural. Finalmente, estudiar cómo las niñas y niños pasaban por los procesos de crecimiento biológico y social, comprender los vínculos existentes entre estos y sus grupos de pertenencia y conocer qué papel desempeñaban –como sujetos históricos por derecho propio– en el seno de las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas.

EL (MAL)TRATO A LOS NIÑOS EN LAS NARRATIVAS HISTÓRICAS Y ARQUEOLÓGICAS

[...] *si el niño moría, nadie pensaba que esta cosita que desaparecía tan pronto fuera digna de recordar: había tantos de estos seres cuya supervivencia era tan problemática [...]*

(Ariès [1960] 1987: 64)

El hecho de que la infancia sea un constructo cultural, una invención controlada y manipulada por los adultos y aceptada dentro del discurso dominante de cada sociedad concreta, ha provocado que, a lo largo de la historia, la percepción sobre esta etapa de la vida haya ido mutando. Así, según el período histórico, la región geográfica y otros aspectos, como la religión y corriente filosófica imperantes, se han construido una serie de representaciones e ideales sobre las niñas y niños que se han instaurado, reconocido y reproducido en las mentalidades de cada época de forma más o menos universal (Crawford y Lewis 2009: 11; López Díaz 2011: 86).

Una revisión global y diacrónica sobre la percepción de la infancia en Europa, desde la Antigüedad hasta el s. XX, permite observar que las imágenes proyectadas hacia los individuos infantiles han encarnado una serie de contradicciones, que han variado según el período y el contexto socio-cultural. Desde Hipócrates hasta la Antigüedad tardía, los niños pequeños fueron definidos como una categoría de seres con una morfología y fisiología especial, inferior a la de los adultos. Algunos autores griegos y romanos, como Aristóteles, Galeno y Plutarco, definieron a los bebés recién nacidos como entes defectuosos, por nacer de una forma más imperfecta que cualquier otro animal, débiles, porque sus cuerpos son tan

maleables como la cera, y feos, porque tienen la cara roja y poco cabello. Esta percepción de los niños provocó que fueran asociados con categorías de seres humanos que eran consideradas inferiores, según la mentalidad de la época, como los ancianos –físicamente más débiles, con menor memoria y menos pelo– los locos y borrachos –por su temperamento irritable y comportamiento desordenado– las mujeres –por su naturaleza irracional, cambiante y débil– e, incluso, con los enanos (Dasen 2008: 49; 2011a: 293-294).

Entre los siglos IV y V d.C., San Agustín sostuvo que los bebés nacían pecadores, desarrollando así la doctrina cristiana del pecado original, que sólo podía ser borrado a través del sacramento del Bautismo. La noción del pecado original, según la cual el niño carece de razón, es débil e inclinado al vicio, fue ampliamente promulgada por toda Europa occidental hasta el s. XIII, manteniéndose en los ambientes protestantes de los Países Bajos, Inglaterra, Alemania y Suiza hasta el s. XIX (Alviar 2009: 714-715; Dekker 2010:73-75). En oposición a esta visión del infante como pecador innato, en el s. XVIII Jean-Jacques Rousseau promulgó el ideal del niño como un ser naturalmente inocente y puro, caracterizado por su bondad. Así es como surge en el ambiente ilustrado el ideal burgués de la infancia, como un

período lleno de juego, cuidados y aprendizaje en el que el niño es percibido como un ser asexual y, como consecuencia, identificado con la naturaleza de los ángeles (López Díaz 2011: 93-94). No obstante, esta percepción cambió radicalmente con el desarrollo de la investigación psicoanalítica, especialmente con Sigmund Freud, quien popularizó la noción del niño como un ser innatamente sexual (Freud 1965: 247-248).

Cómo fueron percibidos los niños en las diferentes sociedades, en parte, condicionó el modo en que estos eran tratados a lo largo de su vida, pero también las creencias y normas que debían seguirse en el momento de su muerte. Un ejemplo cercano procede de la doctrina cristiana que, hasta hace relativamente poco tiempo, ha rechazado que los niños que morían sin ser bautizados tuvieran acceso a la salvación eterna. Según la teoría agustiniana, impulsada desde el s. IV d.C., los recién nacidos que fallecían como no-bautizados eran concebidos como pecadores y, por tanto, habrían ido al infierno. Esta situación, que principalmente afectó a los neonatos, fue mejorada en el s. XIII por Santo Tomás y sus seguidores, quienes crearon un estado escatológico intermedio destinado a los pequeños fallecidos sin recibir el primer sacramento –el *limbus puerorum*– que era distinto tanto de la bienaventuranza celestial como del tormento infernal (Walsh 2005: 109; Alviar 2009: 714-715).

La existencia del limbo en la mentalidad cristiana motivaba que los niños que morían antes de ser bautizados, en muchas ocasiones, fueran enterrados en zonas diferenciadas a las del resto de la comunidad. Los lugares elegidos para enterrar a los pequeños varían según la región geográfica y el período histórico, tal y como muestran los ejemplos documentados en el área de la cuenca media y alta del Ebro de la península ibérica, donde, durante la Edad Media, algunos bebés no bautizados fueron enterrados en las casas. Hasta el primer cuarto del s. XX, esta práctica ha presentado continuidad en ciertas localidades vascas, navarras y riojanas, donde los neonatos o los nacidos muertos fueron inhumados bajo los aleros de las viviendas, en el interior del propio recinto doméstico o en los huertos. Aparte de los espacios domésticos, los pequeños también tuvieron derecho a recibir sepultura en una sección del cementerio comunitario no bendecida –normalmente situada en una esquina– llamada limbo o *limboa*, que representaba la materialización espacial del *limbus puerorum* en el campo santo (Fernández Crespo 2008: 204-206).

Este tratamiento diferencial de las criaturas no bautizadas se documenta en otras regiones de la geografía cristiana, como ejemplifica el caso de Irlanda donde, entre los ss. XVII y XX, algunos neonatos fueron enterrados en *cillíní*. Se trata de áreas funerarias especializadas que fueron ubicadas en iglesias abandonadas, monumentos antiguos –como tumbas megalíticas y castillos–, en la orilla del mar o de lagos y en cruces de caminos. En estos cementerios no consagrados, junto a los pequeños, también fueron inhumados otros miembros de la sociedad que, según la Iglesia Católica Romana, eran considerados inadecuados para recibir sepultura en los campos santos, como los discapacitados, los extranjeros, las víctimas de naufragios, los criminales, los fallecidos por hambrunas o los suicidas. Como ocurrió en el área del Ebro, esta práctica fue abandonada de forma progresiva, entre finales del s. XIX y comienzos del s. XX, cuando se produjo una relajación de la actitud de la Iglesia ante el entierro de niños no bautizados, que permitió su inclusión en zonas determinadas y no consagradas dentro de los cementerios (Murphy y Donnelly 2010: 164; 170-171).

La existencia del limbo ha perdurado en la teología católica hasta abril de 2007, cuando este “lugar” fue abolido, alcanzando las criaturas el derecho de la salvación y de la vida eterna junto al resto de sus familiares difuntos (Alviar 2009: 714-715). No obstante, la idea del limbo ha persistido en la religiosidad popular, tal y como puede documentarse en muchos cementerios cristianos actuales, donde algunos de los niños abortados, fallecidos durante el parto, en el período neonatal o, en general, a temprana edad continúan siendo enterrados en áreas diferenciadas dentro de los espacios funerarios comunitarios (fig. 2.1).

Si bien el concepto de infancia ha variado a lo largo del tiempo y del espacio, las interpretaciones realizadas por los historiadores sobre esta primera etapa de la vida también han ido mutando. Para analizar cómo se ha tratado la niñez en las narrativas históricas y arqueológicas, es interesante acudir a los primeros estudios académicos que abordaron el análisis de este período del ciclo vital. El primero en considerar la naturaleza de los niños en el pasado fue el medievalista Philippe Ariès quien, en su *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, concluyó que el concepto de infancia no habría existido hasta bien entrada la Ilustración ([1960] 1987: 541). Según Ariès, quien basó su estudio en las representaciones infantiles a lo largo de la Edad Media, durante este período los niños habrían sido percibidos como pequeños adultos, pues estos fueron iconográficamente representados como

una versión miniaturizada de sus mayores. Asimismo, este autor consideró que la infancia habría durado muy poco tiempo, aproximadamente hasta el destete, momento en que el niño pasaba a ser el compañero natural del adulto sin pasar por las etapas de la juventud (Ariès [1960] 1987: 539-540).

En su obra, este historiador francés también concluyó que antes del período ilustrado la familia únicamente cumplía con la función de transmitir los bienes y los apellidos, pero que apenas penetraba en la sensibilidad al no existir, por ejemplo, la noción del “amor maternal”. Asimismo, afirmó que (...) *si el niño moría, nadie pensaba que esa cosita que desaparecía tan pronto fuera digna de recordar: había tantos de estos seres cuya supervivencia era tan problemática* (...) (Ariès [1960] 1987: 64). De este modo, Ariès fue el primero en relacionar las altas tasas de mortalidad infantil, características de las sociedades preindustriales, con la teórica pasividad ante la muerte de las criaturas. De hecho, según este autor, sólo a partir de la Ilustración los padres se habrían sentido responsables ante Dios del alma, e incluso del cuerpo, de sus hijos (Ariès [1960] 1987: 64; 539; 541).

Las tesis de Ariès, en un principio, fueron muy bien acogidas inspirando numerosas obras que, tanto desde la historia como desde la sociología, analizaron el desarrollo de la familia prestando especial atención al trato ofrecido a los niños en el seno familiar. Entre éstas destaca *The Making of the Modern Family* de Edward Shorter (1975), que ofrece una imagen sobrecogedora de la infancia en las sociedades pre-ilustradas. Este autor retrata a los pequeños envueltos en pañales estrechos, ahogados prácticamente en sus excrementos, siendo alimentados con productos indigestos, severamente castigados y descuidados en sus enfermedades. Aparte de la obra de Shorter, otros historiadores como Lawrence Stone (1977) han reproducido en sus discursos los argumentos de Ariès, sosteniendo que la inexistencia del concepto de infancia en las sociedades pre-ilustradas habría tenido un efecto negativo en el cuidado emocional de los niños, que se habría visto agravado por las altas tasas de natalidad y mortalidad infantil, que habrían conducido a una privación emocional severa y a una negligencia en las estrategias de crianza de los pequeños (Stone 1977: 105-119). Sin lugar a duda, el trabajo de Ariès tuvo una gran influencia en los primeros estudios focalizados en este período de la vida, siendo el verdadero valor de su obra visibilizar cómo la actitud de los adultos hacia la infancia ha cambiado a lo largo de la historia.



Fig. 2.1. Sector dedicado a los enterramientos infantiles en un cementerio actual de Tübingen, Alemania (Fotografía: cortesía de Adriano Orsingher).

Si bien las tesis de Ariès inicialmente fueron muy bien aceptadas, pronto fueron criticadas por otros investigadores e investigadoras. Entre éstos destacan Andrew Martindale (1994) y Janet L. Nelson (1994), quienes rechazaron algunos de los argumentos de Ariès por dos cuestiones fundamentales. En primer lugar, por centrarse casi exclusivamente en el estudio de las representaciones iconográficas sin tener en cuenta otro tipo de documentación y, en segundo lugar, por no considerar la heterogeneidad social que se daba en la Edad Media. No obstante, entre los críticos de Ariès destaca, sobre todo, Lloyd deMause quien, en *The History of Childhood* ([1974] 1994), rebatió varios de los postulados del autor francés al argumentar que el concepto de infancia ya habría existido en la Antigüedad, cuando los niños habrían sido considerados proyecciones del subconsciente de los adultos.

Estadios	Cronología	Manifestaciones históricas
Infanticidio	Antigüedad-s. IV d.C.	Sacrificio infantil e infanticidio entre las sociedades tribales de Mesoamérica y en las regiones asiria y cananea (fenicio y cartaginés). Los padres rutinariamente resolvían sus ansiedades acerca del cuidado de los hijos matándolos. Los griegos y romanos, menos abusivos, expusieron a la muerte a algunos de sus bebés.
Abandono	ss. IV-XIII	Aceptación del hijo como poseedor de un alma aunque se da un gran abandono afectivo y físico: entrega al ama de cría, internación en monasterios y conventos, cesión a familias de adopción, etc.
Ambivalencia	ss. XIV-XVII	Los padres "ambivalentes" toleraron el amor y el odio extremos por el niño sin que los dos sentimientos se encontraran. Se busca el moldeamiento del niño que se consideraba como cera blanda a la que había que dar forma. En este período se observa un aumento del número de manuales sobre instrucción infantil.
Intrusión	s. XVIII	Gran cambio relaciones paterno-filiales en el s. XVIII. El niño ya no está tan lleno de proyecciones peligrosas y los padres se aproximaban más a él. Control de la mente y la voluntad: los niños fueron formalmente “disciplinados” a través del uso de la culpa, de la represión de la sexualidad del niño, etc.
Socialización	ss. XIX-mediados s. XX	Socialización del niño. En el s. XIX el padre comienza, por primera vez, a interesarse de forma no meramente ocasional por el niño, por su educación y, a veces incluso, ayuda a la madre con los quehaceres que impone el cuidado de los hijos.
Ayuda	s.XX	Plena participación de ambos padres en el desarrollo de la vida del niño. Empatía y satisfacción de las necesidades particulares y crecientes. El niño no recibe golpes ni represiones y sí disculpas.

Tab. 2.1. Etapas de la *Teoría psicogénica de la infancia* según Lloyd deMause (a partir de deMause [1974] 1994: 88-90).

Asimismo, este autor planteó la “Teoría psicogénica de la infancia”, en la que analizó los cambios históricos operados en las relaciones paterno filiales (tab. 2.1). Según esta teoría, la infancia en la Antigüedad habría estado caracterizada por una ausencia de amor, maltratos y violaciones, que se manifestarían en la práctica común del infanticidio. Dicho panorama sólo cambiaría con la adopción del cristianismo en el s. IV, cuando progresivamente irían desapareciendo los abusos a menores, aunque los niños no serían considerados verdaderas personas hasta el s. XX (deMause [1974] 1994: 89-90).

Pese a que las nociones y definiciones recogidas en los discursos dominantes no son una descripción perfecta de la realidad social, algunos de los estereotipos sobre las niñas y niños, transmitidos por los autores clásicos, los teólogos, los filósofos y los historiadores modernos, han sido trasladados de forma acrítica a las narraciones sobre el pasado sin tener en cuenta la idiosincrasia de

cada sociedad. De este modo, se ha alcanzado cierto consenso sobre que en las sociedades antiguas los niños interesaban relativamente poco y que el trato otorgado a los pequeños se habría caracterizado por la existencia de una indiferencia tanto por su vida como por su muerte (Shorter 1975: 204; Stone 1977: 651-652). Esta teórica falta de atención hacia los pequeños ha provocado que ciertas actitudes, como la ausencia de sensibilidad hacia su muerte, la práctica del infanticidio y/o del sacrificio infantil se hayan considerado características comunes de la infancia en las sociedades pasadas, que sólo habrían comenzado a suavizarse con la adopción del Cristianismo. No obstante, esta idea global y fuertemente arraigada resulta paradójica mas, si como se ha visto, se tiene en cuenta que la doctrina cristiana ha rechazado, hasta hace relativamente poco tiempo, que los niños fallecidos sin ser bautizados pudieran gozar del mismo destino escatológico que sus mayores.

2.1. LA PRETENDIDA INDIFERENCIA ANTE LA MUERTE DE LOS NIÑOS

Uno de los tópicos que más se repite en las narrativas históricas y arqueológicas, que hacen referencia a la infancia, es la ausencia de dolor ante la muerte de los individuos más pequeños de las comunidades (entre otros, Golden 1988: 157; Bourbou 2013: 331; Cannon y Cook 2015: 401). Esta idea, en cierta medida, deriva de algunos escritos de diversos autores clásicos que recogen una serie de consejos para afrontar las muertes prematuras, tales como: *si muere un niño pequeño hay que soportarlo con ánimo sereno, mientras que si muere en la cuna no hay ni siquiera que lamentarlo* (Cicerón *Disputaciones Tusculanas* 1.39) o *los niños fallecidos muy pequeños deben ser recordados pero no llorados* (Séneca *Consolación a Marcia* 6.21).

Pese a que estas recomendaciones morales fueron escritas por hombres de la élite sociopolítica romana, probablemente con el fin de mostrar control público y compostura ante la adversidad que suponía la pérdida de un niño o de una niña, han sido utilizadas por los historiadores para afirmar que las madres y los padres romanos sentían poca tristeza hacia la muerte de sus hijos e hijas y que, en consecuencia, los niños tenían un valor social relativamente bajo (Carroll 2018: 4). Asimismo, algunos escritores latinos reunieron en sus obras una serie de costumbres y normas que, teóricamente, se debían seguir en los funerales dedicados a las muertes prematuras. Entre estas destaca la recomendación de no cremar a los bebés antes de que desarrollaran sus primeros dientes, recogida por Plinio el Viejo (*Historia Natural* 7.72.) y por Juvenal (*Sátiras* 15. 139), o la preferencia de celebrar los entierros de los niños por la noche y a la luz de las antorchas, para evitar que la casa se contaminara con el sepelio de una descendencia muerta antes de lo previsto (Virgilio *Eneida* XI, 43). Además, otros autores también aconsejaron que tanto el luto por los pequeños como sus funerales fueran temporalmente limitados (Plutarco *Vida de Numa* 12.3).

Aparte de estas ideas transmitidas por algunos autores clásicos que, en ocasiones, han sido tomadas como verdades absolutas por historiadores y arqueólogos (por ejemplo, Turcan 2001: 27), la elevada alta tasa de mortalidad infantil se ha citado a menudo como la principal razón por la que las madres y padres en las sociedades pasadas no habrían invertido emocionalmente en sus hijos e hijas (entre otros, Ariés [1960] 1987: 64-65; Shorter

1975: 200; Stone 1977: 105-106). Se ha estimado que la tasa de mortalidad infantil en el mundo antiguo pudo estar en torno a las 200-300 muertes por mil nacidos vivos y que los niveles de mortalidad durante la primera infancia –1-5 años– podrían haber variado entre el 350-450 por mil (Parkin 2013: 49-50). Estas elevadas cifras, por tanto, han permitido sugerir que las madres y padres debieron aceptar un pronóstico de pérdida previsible (Bradley 1986: 220). Evidentemente, esta precariedad de los niños, especialmente vulnerables entre el periodo neonatal y el destete, pudo suponer que los progenitores limitaran los vínculos afectivos con los miembros más pequeños de la familia, como mecanismo de protección frente a la potencial pérdida, sin embargo, no tuvo por qué implicar que una muerte temprana no fuera difícil o no implicara dolor (Carroll 2018: 6).

De hecho, afirmar la ausencia de emociones ante la muerte de los individuos más pequeños en las sociedades antiguas, partiendo de la elevada tasa de mortalidad infantil estimada, supone que nos tomemos una serie de libertades que, habitualmente, no nos tomamos al valorar los sentimientos de los progenitores que pertenecen a comunidades actuales, donde las tasas de mortalidad fetal, perinatal e infantil siguen siendo relativamente altas. Tal y como se verá a continuación, algunos ensayos clínicos y diversos paralelos etnográficos, muestran que las respuestas emocionales de los progenitores ante la pérdida temprana de la descendencia son muy diferentes, pudiendo estar culturalmente mediadas o ser altamente individualizadas.

Por ejemplo, un reciente estudio clínico cuyo objetivo era analizar las estrategias de afrontamiento de las mujeres afroamericanas tras la pérdida del embarazo, refleja que los mecanismos utilizados para afrontar este suceso pueden ser muy diversos. Así, mientras algunas optan por hablar del dolor que sienten, buscando apoyo entre familiares y amigos, otras evitan el duelo para prevenir el dolor físico y emocional que les provoca el recuerdo de la pérdida. En otras ocasiones, las creencias religiosas y espirituales constituyen una estrategia para las mujeres creyentes, que se refugian en la oración, mientras que aquellas que experimentaron el aborto entre el segundo y el tercer trimestre, habitualmente afrontaban el duelo a partir de los recuerdos de sus bebés, principalmente objetos que compraron para los pequeños –como su cuna o sus ropitas– e incluso recordando los servicios funerarios celebrados en honor a los mortinatos (Van y Meleis 2003).

Otro ejemplo representativo que, en este caso, muestra la existencia de una estrategia culturalmente pautada para afrontar la elevada tasa de mortalidad infantil ha sido observado en Alto do Cruzeiro (Timbaúba, Brasil), donde lo habitual era que las madres no lloraran a sus bebés muertos. En esta favela, caracterizada por la ausencia de agua corriente y electricidad, la escasez de alimentos, las epidemias y la violencia, la muerte prematura era una realidad cotidiana ante la que las madres mostraban una aparente indiferencia. De hecho, esta alta expectativa de pérdida, provocaba que las mujeres se vieran obligadas a seleccionar a los bebés que aparentaban ser más sanos y consideraban que tenían más probabilidades de vivir frente a los débiles, cuya muerte era acelerada mediante la reducción de la comida y los cuidados insuficientes, mecanismo que se conoce como infanticidio pasivo (Scheper-Hughes 1989: 10; 2013: 26-28).

En Alto do Cruzeiro los recién nacidos no-seleccionados, más que hijos, eran considerados como *angelitos que no eran de esta tierra* y si morían era porque *Dios así lo había planeado* (Scheper-Hughes 2013: 28). Esta creencia escatológica ayudaba a las madres a permitir que la naturaleza siguiera su curso sin intentar salvar a todos los bebés, actitud que no era vista como un pecado, sino más bien como una cooperación para cumplir con un plan divino. Las altas tasas de natalidad, además, motivaban que los bebés fueran vistos como ilimitados, es decir, como un suministro de almas que era constantemente recirculado, pudiendo ser los pequeños fácilmente reemplazados.

Sin embargo, esta percepción sobre los niños no implicaba que cuando los bebés morían sus entierros fueran descuidados. De hecho, cuando esto ocurría los pequeños eran introducidos en ataúdes de cartón azul y se hacían sonar las campanas de la iglesia, para comunicar a la comunidad que *otro angelito se había ido al cielo* (Scheper-Hughes 1989: 16). A la afligida madre se le decía que no llorara, porque sus lágrimas humedecerían las alas de su angelito, impidiendo que pudiera volar hacia el hogar celestial. Por tanto, en Alto do Cruzeiro mostrar dolor por la muerte de un niño pequeño no sólo se consideraba inapropiado, sino un síntoma de locura y de una profunda falta de fé. Pese a la cruda realidad que tuvieron que soportar las madres de Alto, esto no implicó la inexistencia de amor maternal. Si bien la complicada supervivencia de los niños durante los primeros meses de vida hizo que los vínculos emocionales fueran limitados, las mujeres se implicaron con gran

intensidad en la crianza de los niños y niñas que habían desarrollado fuerza y vitalidad, permitiéndose llorar la muerte de los que fallecían tras superar los primeros años de vida (Scheper-Hughes 1989: 8-12).

Los casos expuestos permiten observar que mientras las mujeres afroamericanas, a comienzos del s. XXI, tenían libertad a la hora de enfrentarse a la muerte de sus bebés, dándose diferentes respuestas individualizadas, las madres de Alto do Cruzeiro, en las décadas finales del s. XX, desarrollaron una estrategia de afrontamiento generalizada, inventándose un destino escatológico favorable para los pequeños muertos, que les ayudó a soportar la elevada tasa de mortalidad infantil. Así, estos ejemplos que reflejan diversas actitudes de las madres hacia las muertes de sus hijos e hijas, en regiones donde las tasas de mortalidad fetal, perinatal y neonatal han seguido siendo relativamente elevadas hasta hace poco tiempo, permiten suponer que la incidencia de la enfermedad y la mortalidad infantil en las sociedades pasadas pudo desencadenar una gran variedad de respuestas y estrategias de afrontamiento, que pudieron variar según el área geográfica, el contexto histórico, cultural y social, y que pudieron tener efecto, no sólo sobre la familia, sino sobre la comunidad en su conjunto.

Dentro del registro arqueológico, esta pretendida indiferencia por la muerte infantil se ha querido ver en las evidencias funerarias (entre otros, Dubois 2012: 329; Bérard 2016: 451). Aunque en algunas comunidades pasadas los individuos infantiles tras morir recibieron el mismo tratamiento mortuario que sus mayores, habitualmente, se ha supuesto que los niños y niñas más pequeños –por defecto concebidos como seres incompletos y liminales aunque no siempre lo fueron– están subrepresentados en las necrópolis comunales. Asimismo, el hecho de que en algunas sociedades se les aplicara un tratamiento funerario diferenciado, siendo enterrados en sectores determinados de los cementerios, en otros espacios –como casas y talleres– o incluso en áreas funerarias especializadas, se ha interpretado como un desprendimiento emocional ante la muerte de los pequeños, quienes no tendrían derecho a recibir los ritos de enterramiento normativos (Smith y Kahila 1992: 668). Desde un punto de vista formal, esta ausencia de emociones ante la pérdida de un hijo/a también se ha apoyado en las características arquitectónicas de las tumbas infantiles que, teóricamente, serían menos monumentales que las de los adultos, así como en sus ajuares que, por norma, serían más pobres que los de las personas que fallecían a mayor edad.

Esta serie de características han llevado a un consenso generalizado sobre que las muertes de los niños y niñas generaban estrategias emotivas más restringidas y menos compromiso social que las de los adultos, sin considerar la variedad de respuestas emocionales individuales que algunas sepulturas infantiles permiten observar (Cannon y Cook 2015: 399; 403). Si bien es cierto que en muchas culturas pasadas las criaturas que morían prematuramente, sin ser nombradas, iniciadas o, como se ha visto, bautizadas, no se consideraban personas con plenos derechos y, por ello, al fallecer eran tratadas de manera diferente (Van Gennep 1909: 229), esto no tiene por qué implicar una indiferencia emocional ante su muerte, sino que simplemente podría reflejar la existencia de una identidad o estatus particular que las diferencia de otros grupos de edad dentro de su comunidad de pertenencia (Golden 1988: 156; Scott 1999: 2; Liston *et al.* 2018: 106).

2.2. EL INFANTICIDIO

Aparte de esta pretendida falta de sensibilidad ante la elevada mortalidad infantil, otro de los tópicos impenetrables y más controvertidos en las narrativas sobre la infancia en el pasado ha sido el de la existencia de la práctica generalizada del infanticidio (Scott 1999: 12; Lewis 2007: 96). De hecho, llama la atención cómo diversas investigaciones arqueológicas centradas en enterramientos infantiles, habitualmente, han desencadenado en una discusión sobre el asesinato de bebés. Una práctica que, desde nuestra moralidad occidental actual, condenamos y calificamos como cruel, pero ¿qué pasa con el infanticidio en las sociedades actuales contemporáneas? ¿es un acto inmoral y/o criminal, una necesidad económica o puede ser consecuencia de diferentes motivos? Nuestros estándares de juicio son relativos a nuestra visión del mundo y no tienen por qué corresponderse con la forma en que percibían su mundo y la infancia las personas de las sociedades pasadas donde, como se verá a continuación, el infanticidio pudo tener diferentes motivaciones y significados culturales, que revelan una serie de realidades sociales, que van más allá de la eliminación casual de las niñas y niños no deseados (Scott 1999: 12; Lewis 2007: 96; Jenks 2009: 106).

Tal y como ha denunciado recientemente Maureen Carroll (2018: 171), a la hora de valorar esta práctica en las sociedades pasadas, no ayudan algunos titulares sensacionalistas como *The tragically common practice*

of Roman infanticide o *Infanticide Common in Roman Empire*, que parecen reflejar que el asesinato de bebés estaba normalizado en la antigüedad, aunque ni los textos griegos ni romanos recogen que fuera una práctica común ni mucho menos generalizada y, como se verá a continuación, las evidencias arqueológicas sobre este tema tampoco son demasiado claras. Otro aspecto a tener en cuenta sobre los estudios relativos al infanticidio en las sociedades antiguas es que estos han tendido a trasladar al pasado diversas pautas observadas en algunas sociedades patriarcales modernas, como la India y la China, donde esta práctica se ha dado de forma más o menos generalizada hasta hace relativamente poco tiempo. Esta circunstancia ha provocado que en las narrativas arqueológicas se hayan incluido algunas ideas preconcebidas, como que el infanticidio doméstico tendió a afectar más a la niña no-valorada, mientras que para el sacrificio infantil se prefirió como víctima al niño-valorado. Si bien es cierto que en muchas sociedades existen preferencias sobre el sexo/género particular de la descendencia, este no tiene por qué corresponderse sistemáticamente con el masculino, tal y como representa el caso de algunas comunidades jamaicanas, donde las mujeres adultas son altamente valoradas como proveedoras económicas y garantes de la estabilidad familiar, situación que provoca que las niñas sean mejor atendidas que los niños durante la infancia con la finalidad de garantizar la continuidad de la sociedad matrilineal (Scott 1999: 66-80; 2001: 143-144; Grubbs 2013: 92).

Incluso en sociedades patriarcales más próximas a la fenicia y púnica –como la del antiguo Israel– en las que el infanticidio femenino debía ser más elevado que el masculino, parece que no siempre se cumplió esta norma (Nakhai 2008). De hecho, el texto bíblico ofrece algunos ejemplos claros de infanticidio masculino, entre los que destaca el que rodea al bebé Moisés, quien se vio afectado por el decreto del faraón egipcio, que obligaba a las parteras hebreas a deshacerse de los niños varones recién nacidos (Éxodo 1:5-16, 22). En este caso concreto, la razón del infanticidio masculino puede relacionarse específicamente con el papel socioeconómico que tenían los niños varones en la continuidad del linaje en el antiguo Israel. Es decir, lo que el faraón quería evitar mediante la imposición de dicha ley era que los niños israelitas crecieran hasta convertirse en hombres adultos. Aparte de la historia de Moisés, otra de las narraciones bíblicas relacionadas con el infanticidio masculino es la de Ismael, quien fue abandonado por su madre, la egipcia

Agar, bajo un arbusto en el desierto, después de que esta fuera expulsada por Abraham y Sara de su casa, debido a que Ismael suponía un riesgo de sucesión para Isaac, el hijo de ambos (Génesis 21:14-16).

Aunque estas dos historias de infanticidio se refieren a bebés varones, en la Biblia hay otros testimonios que parecen reflejar que también se llevaba a cabo el infanticidio femenino. Un claro ejemplo es la historia de Jerusalén, una ciudad sincretizada con una niña, cuyo padre era amorreo y su madre hetea. Esta fue abandonada en el campo nada más nacer, antes incluso de que le cortaran el cordón umbilical, la limpiaran y la envolvieran (Ezequiel 16: 3-6). Otro testimonio indirecto que podría informar sobre la práctica del infanticidio femenino son las leyes de purificación de las mujeres después del parto, recogidas en el Levítico (12: 1-5), que establecen que el período de unión entre las madres y las hijas recién nacidas debía ser dos veces más largo que el de las madres con los hijos. Por tanto, estas leyes podrían estar destinadas a evitar la tragedia del infanticidio femenino, ya que las pequeñas –a las que sus madres estarían estrechamente unidas– tendrían más probabilidades de ser cuidadas, criadas y atendidas (Nakhai 2008: 261).

De las historias de infanticidio bíblicas se pueden inferir dos aspectos fundamentales. El primero de ellos es la incomodidad de los escritores bíblicos con esta práctica, que intentaban alejar de Israel, haciendo que los progenitores infanticidas fueran siempre extranjeros (Garroway 2018: 231-232). El segundo es que se refieren tanto a bebés varones como femeninos, lo que permite desechar el tópico de que el infanticidio afectaba particularmente a la niña no-valorada, a la vez que subraya la necesidad de estudiar los contextos concretos en los que el infanticidio se llevaba a cabo en el pasado.

Pese a esta necesidad de conocer las diferentes características socio-históricas de los ambientes en los que se practicaba el infanticidio, diversos estudios centrados en esta temática han continuado tomando como base algunas de estas ideas preconcebidas. Esto ha motivado, por ejemplo, que la práctica del infanticidio femenino generalizado se haya propuesto incluso en el Paleolítico, cuando teóricamente se habría utilizado como un método de control demográfico, suponiendo que las mujeres no habrían tenido acceso a otros medios para regular las elevadas tasas de natalidad infantil (Mayor Ferrándiz 2011: 5). Según diversos autores, en estas sociedades de cazadores-recolectores el espaciamiento entre nacimientos era necesario porque la madre no podría cargar con más

de una criatura en sus brazos durante las largas marchas que implicaban su estilo de vida nómada, por lo que su próximo hijo sólo podría nacer cuando el primero ya era capaz de caminar de forma totalmente independiente (Birdsell 1968: 239). Esta argumentación, sin embargo, da por supuesto que en estos grupos sólo eran las madres las que se hacían cargo del cuidado de los más jóvenes y vulnerables, sin tener en cuenta que otros miembros de la comunidad, como los padres de las criaturas, las niñas y niños de mayor edad e, incluso, otros familiares y seres queridos, podrían haber atendido y transportado a los pequeños.

Algunas voces críticas con la práctica generalizada del asesinato de bebés durante el Paleolítico, también han argumentado que podían existir otras formas para evitar la alta tasa de natalidad infantil, como la restricción sexual. Asimismo, cabe esperar que en este período se dieran elevadas tasas de mortalidad infantil, que podrían ser consecuencia tanto del estrés nutricional como de la enfermedad. Por ejemplo, es muy probable que la malaria, como principal parásito del Paleolítico, tuviera un alto impacto en la población, afectando especialmente a los ancianos, a los pequeños y a las mujeres embarazadas, pudiendo provocar abortos y partos prematuros. De este modo, no hay pruebas de que el infanticidio, y mucho menos el femenino, fuera una práctica habitual en el Paleolítico (Scott 1999: 53).

La práctica del infanticidio femenino también se ha propuesto en otras sociedades patriarcales pasadas, como en la Atenas clásica, donde, teóricamente, se habría utilizado con el fin de preservar la continuidad y la integridad del *oikos*. En esta ciudad-estado, sólo podían ser propietarios de las parcelas los ciudadanos legítimos y varones, mientras que las mujeres no tenía derecho de herencia aunque sí podían actuar como instrumento de transferencia de la propiedad a su marido. De este modo, si un matrimonio tenía muchos hijos había un riesgo real de fragmentación de la propiedad, ya que esta sería heredada por los hijos varones y también podría ser agotada por las dotes de las hijas. Esta imposibilidad de las niñas y mujeres de poseer las tierras ha llevado a plantear que el infanticidio en Atenas pudo ser un destino más femenino que masculino (Pomeroy 1997: 116-121). Sin embargo, no hay evidencias claras que apoyen que esta práctica afectaba más a las niñas, ya que las hijas mediante su matrimonio con otros familiares –como primos y tíos– podían garantizar que la dote se quedara dentro de la familia, manteniendo así la integridad del *oikos*.

Asimismo, las pequeñas también podían funcionar como importantes instrumentos que garantizaban y consolidaban alianzas con otras familias poderosas de la ciudad, mediante el establecimiento de matrimonios concertados (Ingalls 2002: 251-252; Grubbs 2013: 92).

Otro de los motivos comúnmente citados en la literatura histórica y arqueológica como principal causa del infanticidio es el de la presencia de discapacidades físicas y/o mentales, perceptibles en los niños en el momento de su nacimiento. Probablemente, el ejemplo mejor conocido a través de las fuentes literarias sea el de Esparta donde, según Plutarco (*Vida de Licurgo* 16.1-2), los bebés tras su nacimiento eran cuidadosamente examinados por los Ancianos y aquellas niñas y niños que presentaban malformaciones eran arrojados en un lugar llamado *Apothetai*, un pozo localizado a los pies del Monte Taigeto. Sin embargo, en la actualidad, no existen evidencias arqueológicas ni osteológicas que atestigüen la práctica del infanticidio en esta ciudad, lo que ha llevado a algunos historiadores y arqueólogos a considerarla más un mito que una realidad (Ducat 2006: 28; Kennell 2013: 383; Sneed 2021).

Sea como fuere, el comportamiento espartano hacia sus recién nacidos no tendría por qué ser visto como una evidencia *per se* de su crueldad, sino más bien como una regulación de la población de tipo eugenésico, similar a la observada en la comunidad de Alto do Cruzeiro en Brasil que, en este caso, habría eliminado a los niños y niñas que no tenían lugar en una sociedad guerrera, cuyo principal objetivo era el de procrear ciudadanos fuertes. De este modo, en Esparta el niño deformado podría haber sido considerado no apto para llegar a ser un soldado eficiente, mientras que la niña malformada pudo ser percibida como no válida para engendrar a un ciudadano/a fuerte (Kennell 2013: 382; Boëldieu-Trevet 2018: 215).

Sin embargo, y en relación con el infanticidio en la sociedad espartana, es interesante señalar otras fuentes escritas que parecen reflejar que la presencia de malformaciones congénitas no siempre era motivo de muerte y que, al menos, algunas niñas y niños pertenecientes a familias de la élite fueron criados. Un ejemplo de esta actitud es el recogido por Heródoto (VI, 61) en una narración en la que cuenta cómo un matrimonio adinerado, que tuvo una hija cuya cara estaba deformada, en lugar de eliminarla le proporcionaron una nodriza que asistía con la pequeña, cada día, al templo para pedir que se le curara su fealdad (Laes 2013: 133). Aparte de esta historia, que podría considerarse una versión espartana del

cuento del patito feo, es probable que en esta ciudad-estado algunos niños y niñas con discapacidades congénitas leves pudieran ser criados, sobre todo, si pertenecían a las familias aristocráticas, tal y como refleja el caso del rey espartano Agesilao que, posiblemente, era cojo de nacimiento (Scott 2001: 147; Boëldieu-Trevet 2018: 218; Sneed 2021).

Además de estas narraciones, la recomendación que hace Aristóteles en su *Política* (7.4.10), sobre promulgar una ley que prohíba la crianza de bebés defectuosos, podría implicar que en diversas ciudades-estado griegas algunas personas criaban a sus hijos e hijas discapacitados (Grubbs 2013: 88). De hecho, el propio registro arqueológico en ámbito griego ofrece la prueba material sobre la crianza de niños enfermos, tal y como se desprende de los estudios paleopatológicos realizados en el pozo del Ágora de Atenas donde, durante el s. II a.C., fueron enterrados algunos individuos infantiles con enfermedades graves, como la hidrocefalia, y otras malformaciones, que se habrían manifestado físicamente desde el momento de su nacimiento (Liston y Rotroff 2013).

Afortunadamente, las evidencias arqueológicas sobre los esfuerzos realizados por parte de algunos progenitores por cuidar y criar a sus hijos e hijas enfermos no se limitan al ámbito griego, sino que son cada vez más numerosas en diversas sociedades pasadas. Reflejo de ello son algunos casos de niños y niñas que padecieron síndrome de Down –como el documentado en el yacimiento neolítico de Poul nabrone en Irlanda (Cassidy *et al.* 2020: 387) o el procedente de la necrópolis medieval de Saint-Jean-des-Vignes en Francia (Rivollat *et al.* 2014)–, u otras enfermedades y deformidades físicas evidentes, como el labio leporino (Crawford 1999: 172-173). El hecho de que estos individuos enfermos y, en algunos casos, malformados sobrevivieran algunos meses e incluso años desde su nacimiento, implica que no se les dio muerte nada más nacer sino que, por el contrario, fueron cuidadosamente tratados con el objetivo de garantizar su supervivencia durante el mayor tiempo posible.

Otra de las causas que podrían haber conducido al infanticidio fueron las circunstancias de la concepción y el nacimiento de los pequeños, tal y como representa el caso de los bebés que nacían sanos y “normales”, pero que eran producto de nacimientos múltiples. Aristóteles en *Reproducción de los animales* señala que, en la Atenas del siglo IV a.C., el nacimiento de mellizos humanos era considerado como anormal y, por ello, los pequeños eran introducidos en la categoría de las monstruosidades,

pues se originan en contra de lo general y acostumbrado (4.4.772a35). Además de esta percepción antinatural sobre las concepciones múltiples, es probable que otro factor que pudo influir en la actitud negativa hacia los nacimientos múltiples fuera el hecho de que la madre y los fetos podrían sufrir complicaciones más graves durante el embarazo y parto que en un nacimiento único (Dasen 1997: 51).

Más allá de las dificultades obstétricas que podían implicar los nacimientos múltiples, este temor al “ser anormal o diferente” se puede entender mejor en el marco de las construcciones de género de la Atenas Clásica y, concretamente, como consecuencia del miedo del hombre ateniense al adulterio femenino. Según Aristóteles, la concepción múltiple o “superfecundación” se daba cuando una mujer tenía relaciones sexuales con diferentes hombres dentro de un corto espacio de tiempo. Así, describe el caso de una mujer adúltera que dio a luz mellizos, uno de los cuales se parecía a su esposo y otro a su amante (*Historia de los animales* 7.4.585). Igualmente, la convicción de los autores griegos sobre que los fetos masculinos y femeninos se desarrollaban a distintos ritmos en el útero materno hizo considerar a Aristóteles y, más tarde, a Plinio que el riesgo durante el embarazo y el parto de mellizos aumentaba si los bebés eran de sexos diferentes, puesto que se habrían desarrollado a diversos tiempos en el interior de su madre (Dasen 1997: 49-50).

Es posible que, en otras ocasiones, las causas que podían conducir al infanticidio en el pasado estuvieran determinadas por las acciones de los progenitores. Por ejemplo, en algunas sociedades donde la virginidad de las mujeres debía mantenerse hasta el matrimonio, es probable que para deshacerse de los niños concebidos fruto de las relaciones pre-matrimoniales, una solución fuera el aislamiento de la madre, para ocultar el embarazo, y la exposición o asesinato de la criatura tras el parto. Asimismo, los bebés fruto de relaciones adúlteras o concebidos dentro del matrimonio, pero repudiados por sus padres, también pudieron ser víctimas del infanticidio. Además, puede suponerse que los niños y niñas que nacían como consecuencia de violaciones a mujeres también estuvieran destinados a sufrir esta práctica, tal y como cuenta Plauto en *La Cistellaria*, donde narra cómo una mujer instruyó a su sirviente a abandonar al niño recién nacido, probablemente, porque el pequeño era un recordatorio para la mujer de su violación (Grubbs 2013: 85-89; Carroll 2018: 175).

La pobreza, ya fuera crónica o temporal, pudo impedir a los padres y madres criar a sus hijos adecuadamente y, por tanto, también debió de ser una de las razones más comunes por la que muchos recién nacidos eran abandonados, vendidos como esclavos o, directamente, víctimas del infanticidio. Además, las mujeres esclavas —en aquellos casos en que sus propios hijos les impidieran cumplir con sus deberes, como amamantar al hijo de su amo— también pudieron verse obligadas a exponer a sus bebés. Los hijos de los esclavos, en aquellos hogares relativamente pequeños y que no eran demasiado pudientes, también pudieron ser vistos como una carga adicional. Pero incluso los niños sanos en familias libres, que no se enfrentaban a la pobreza o a la escasez de alimentos, también podrían ser abandonados por cuestiones relacionadas con la herencia, tal y como se ha visto en el caso de Atenas (Grubbs 2013: 85-89; Gowland *et al.* 2014: 76-78), o con la línea de sucesión, como se ha señalado en la narración bíblica sobre Ismael. Por tanto, los motivos por los que los niños y niñas pudieron ser víctimas del infanticidio son muy heterogéneos y, por norma general, no implicaban el simple desecho voluntario de las criaturas no deseadas, sino que habrían estado justificados por diferentes cuestiones de índole sociocultural y/o económico.

En cuanto a las formas en que se ha llevado a cabo el infanticidio a lo largo de la historia, cabe señalar que estas han sido muy variadas. Sin embargo, al menos en el caso del infanticidio doméstico, no solían implicar el derramamiento de sangre de los pequeños, sino que normalmente se optaba por mecanismos inmediatos y efectivos. Diversos paralelos históricos y etnográficos reflejan que el ahogamiento, el estrangulamiento y la asfixia, por ejemplo mientras los pequeños dormían en la cama junto a sus padres, fueron formas sencillas de acabar con la vida de las criaturas más pequeñas. Asimismo, estos relatos también ponen de manifiesto que, en la mayoría de los casos, el infanticidio se practicaba inmediatamente después del nacimiento de los bebés, generalmente en las horas sucesivas al parto (Tooley 1983; Scott 1999: 66; Grubbs 2013: 83; Carroll 2018: 170).

Uno de los métodos de rechazo más habituales, que se ha practicado desde la antigüedad hasta la actualidad, ha sido el de la *expositio*. Esta práctica, recogida tanto en los textos mesopotámicos, como grecolatinos y bíblicos, consistía en abandonar al niño o niña en sus primeros días de vida, normalmente durante la primera semana. Sin embargo, es importante hacer una distinción entre la

exposición y la muerte pues, el hecho de que los padres y las madres no mataran directamente al bebé, sino que lo dejaran en lugares públicos, donde podría ser encontrado y rescatado, sugiere que la *expositio* albergaba una serie de esperanzas para los progenitores de que las criaturas podían ser aceptadas y criadas en una nueva familia.

Una de las historias que mejor refleja las expectativas de algunas madres sobre la supervivencia de sus hijos expuestos es el relato veterotestamentario de Moisés. Este era descendiente de Jocabed y Amram, dos esclavos hebreos que concibieron a su hijo bajo el duro régimen egipcio descrito en Éxodo 1. Cuando el faraón decretó la orden de asesinar a los recién nacidos varones, Amram –el padre de Moisés– desaparece de la historia y es su madre –Jocabed–, quien decide quedarse con su bebé, incumpliendo la orden del faraón y escondiéndolo para evitar que sea asesinado. Sin embargo, después de tres meses ocultándolo, esta estrategia se vuelve insostenible, por lo que Jocabed decide fabricar una canasta hermética con juncos y brea, donde acuesta al bebé y lo echa a navegar por el río Nilo (Éxodo 2: 3-7). Aunque el texto bíblico no afirma que Jocabed colocara estratégicamente la canasta en un sitio donde pudiera ser fácilmente encontrada, el hecho de que su hija mayor –Miriam– se quedara a ver qué pasaba con su hermano pequeño, permite pensar que el niño fue abandonado en una zona transitada del río con el objetivo de aumentar la esperanza de su supervivencia. De facto, la historia de Moisés narra que Miriam vio a la hija del faraón rescatar a su hermano, a quien se acercó y convenció para que el niño fuera amamantado y cuidado por una hebrea. Esta nodriza en cuestión fue Jocabed, la madre biológica de Moisés (Éxodo 2: 7-9).

Lejos de suponer siempre la muerte de los bebés, en Mesopotamia la *expositio* era prácticamente un requisito indispensable que precedía a la adopción, con el objetivo de garantizar que los derechos de los padres biológicos sobre los hijos se hubieran rescindido (Flynn 2018: 73). Otra muestra de que la *expositio* no siempre implicaba la muerte de las criaturas, es que la historia y la mitología están repletas de otros ejemplos de niños que fueron expuestos y sobrevivieron para convertirse en personajes importantes, como Edipo, Hércules o Rómulo y Remo. Además, como se ha visto en el caso de Moisés, es probable que algunas madres y padres que expusieron a sus bebés recién nacidos, conocieran por quién fueron recogidos y criados, e incluso pudieran reclamarlos cuando éstos se hacían mayores (Scott 1999: 71; Grubbs 2013: 93; Carroll 2018: 176).

Sin embargo, no todas las niñas y niños expuestos debieron tener esta suerte. Aunque está claro que, en muchas ocasiones, las criaturas eran abandonadas en lugares donde podrían haber sido fácilmente encontradas, cabe esperar que algunas fallecieran como consecuencia de hipotermias, por desnutrición y/o deshidratación e incluso por ataques de animales. Asimismo, se conoce que una parte de los niños no eran salvados simplemente como una obra de caridad, sino por su potencial valor económico, pues pudieron ser convertidos en esclavos, pasando en muchos casos los pequeños a ocupar una posición liminal entre el hijo adoptivo y el dependiente servil. Ejemplo de esta situación serían algunos niños que fueron salvados en la provincia romana de Bitinia pues, tras ser recogidos, fueron criados en esclavitud (Grubbs 2013: 94; Carroll 2018: 176).

Para finalizar este apartado, se quiere señalar otro tópico habitual en los relatos sobre el infanticidio. Este es el que defiende que el asesinato doméstico y privado de bebés era, principalmente, llevado a cabo por mujeres pobres y desesperadas, que habrían tomado el camino más fácil ante una situación económica o personal complicada, mientras que el sacrificio ritual y público habría sido ejecutado por los progenitores masculinos para reafirmar su autoridad. No obstante, en ambos casos la decisión sobre la vida o la muerte de los pequeños habría dependido del padre de familia. Estas interpretaciones, en las que todavía se puede apreciar la influencia de la teoría de las esferas separadas –según la cual las acciones de las mujeres estarían relegadas a la esfera privada, mientras que las de los hombres se desarrollarían en la esfera pública–, nos pueden llevar a cuestionar si estas asociaciones realmente se daban en el pasado o si, simplemente, son el resultado conceptual de nuestras construcciones de pensamiento sesgadas.

Como se ha visto, la historia de Moisés permite observar que, al menos en algunos casos, podían ser las madres quienes decidían sobre la vida o la muerte de las criaturas, incluso en sociedades fuertemente patriarcales como la israelita. Asimismo, algunas de las circunstancias expuestas anteriormente, que pudieron conducir al infanticidio, permiten replantear que los padres fueran los únicos que tenían la potestad de decidir entre la vida y la muerte de sus descendientes. Este es el caso, por ejemplo, de los niños ilegítimos, que no fueron reconocidos por su padre, o de los que nacieron como consecuencia de violaciones, ocasiones en las que debió ser la madre la que tuvo la autoridad de decidir si los pequeños podrían

continuar viviendo, tal y como ejemplifica la narración de Plauto –citada anteriormente– que cuenta como una mujer que había sido violada pidió a su esclavo que se deshiciera de su recién nacido.

Además, si se tiene en cuenta que, hasta hace relativamente poco tiempo, la participación en el parto ha estado restringida exclusivamente a las mujeres, este momento –y el lugar donde se daba– debió constituir un espacio de empoderamiento femenino. A su vez, esta circunstancia debió provocar que fueran exclusivamente las mujeres las que veían nacer a los bebés y, por extensión, las que podían tomar decisiones sobre su supervivencia durante los primeros minutos de vida. Precisamente, algunos autores griegos –como Sorano (*Ginecología*, en Temkin 1956) y Platón (*Teeteto* 149b-151c)– cuentan que la partera, que estaba involucrada durante el embarazo y el parto, era la responsable de la inspección inicial del recién nacido nada más nacer, con el fin de evaluar su viabilidad y otorgarle los primeros cuidados, pero también la encargada de atender a la madre y al bebé en los días posteriores al nacimiento y, si el niño moría, de eliminar su cuerpo (Bourbou y Themelis 2010: 116; Grubbs 2013: 85; Liston y Rotroff 2013: 76-77).

2.3. EL SACRIFICIO INFANTIL

Hasta aquí se han expuesto los motivos más comunes que pudieron llevar a provocar el infanticidio, así como las técnicas más habituales que se utilizaron para acabar con la vida de los bebés. Sin embargo, otra práctica diferente y que aparece con frecuencia en las narrativas históricas y arqueológicas sobre la infancia en el pasado es la del sacrificio ritual de los pequeños. El sacrificio infantil podría definirse como una forma de infanticidio ritualizado, que constituye la manifestación de una serie de creencias o votos que forman parte de una obligación religiosa y, como tal, implica una serie de connotaciones sociales diversas a las del infanticidio. De hecho, esta práctica podría concebirse como la ejecución de una necesidad religiosa, que provoca un cambio de escenario de la práctica del infanticidio desde la esfera privada y doméstica a la pública y ritual (Scott 1999: 81).

Precisamente, la traslación de esta práctica desde el espacio privado al público ha sido otro de los motivos que ha llevado a presuponer que los niños-valorados habrían sido víctimas preferenciales del sacrificio, mientras que a las niñas-no valoradas sólo les habría afectado

el infanticidio doméstico. Sin embargo, si recurrimos nuevamente a los relatos veterotestamentarios, se puede apreciar que incluso en una sociedad fuertemente patriarcal, como la del Antiguo Israel, algunas niñas e incluso adolescentes femeninas fueron igual de válidas que sus contrapartes masculinos para satisfacer a los dioses. Este es el caso de la hija adolescente de Jefté, quien fue ofrecida por su padre en sacrificio a Yahvé en el contexto de una crisis militar contra los amonitas (Jueces 11: 29-40).

Independientemente del género de las víctimas, también se ha planteado que los niños eran objeto de sacrificio debido a su estado marginal y vulnerable, inferior al de los adultos. No obstante, recientes investigaciones históricas, arqueológicas y etnográficas reflejan que, en la mayoría de ocasiones, los individuos infantiles no eran elegidos como víctimas sacrificiales por ser seres marginalizados, sino todo lo contrario: eran escogidos en virtud de su percepción como seres puros y liminales, características que los aproximaban a los antepasados y a los dioses, convirtiéndolos en sujetos ideales para mediar con lo divino. De este modo, el uso de bebés y niños para el sacrificio ritual, más que una manifestación del “niño marginado”, podría considerarse una expresión del “niño empoderado” (Ardren 2011: 133-134; Ceruti 2012: 97).

El estudio del sacrificio infantil ha sido especialmente fructífero en la América precolombina, donde tanto las evidencias históricas como arqueológicas han demostrado que aztecas e incas ofrecían a algunos de sus hijos e hijas a los dioses, lo que convierte este caso de estudio en uno de los mejores ejemplos para entender la naturaleza de esta práctica. Aunque la comprensión actual del sacrificio humano ha enfatizado su naturaleza cruel y violenta, esta actividad realmente implicaba la consagración o dedicación de una persona, objeto o sustancia a las divinidades. Según esta concepción, el sacrificio no sería sinónimo de asesinato, sino más bien una práctica que implicaba la colocación de la vida de un individuo en manos de las deidades o seres supranaturales. Para relativizar la crueldad del sacrificio en el caso mesoamericano, asimismo, es importante considerar que su escatología proponía una existencia continua del alma tras la muerte, por lo que el sacrificio de una persona no implicaba el fin de la vida de un individuo, sino una transmutación de su existencia, siendo otros destinos –como la humillación pública– peores que la muerte (Ardren 2011: 133-134).

El hecho de que el sacrificio infantil estuviera aceptado en estas sociedades no implica que no suscitara respuestas emocionales conflictivas entre las personas que

participaban en los rituales, tal y como refleja el relato etnohistórico sobre la ceremonia de apertura del año azteca conocida como *Atl Caualo*. Esta celebración consistía en visitar siete santuarios, ubicados en diferentes colinas dentro de un área de 120 kilómetros alrededor de Tenochtitlán. En cada santuario, para asegurar el regreso de las lluvias, se ofrecían en sacrificio algunos niños y niñas que sirvieron como alimento a los *tlalocs* o señores de la tierra. Según narra la historia, los participantes en las ceremonias sacrificiales infantiles *mostraron compasión, lloraron y sintieron un gran dolor que en muchos casos se tradujo en suspiros* (Arnold 1991: 223). Estas narraciones, por tanto, demuestran que los asistentes a los rituales sacrificiales, lejos de ser emocionalmente inmunes a esta práctica, sintieron un gran sufrimiento y tristeza, reflejando que los contratos espirituales entre humanos y deidades en Mesoamérica, a menudo, no eran cómodos o reconfortantes, sino que constituían un conjunto de obligaciones y entendimientos recíprocos que requirieron niveles de sacrificio y/o privación personal muy severos (Arnold 1991: 223-226; 228).

En el caso inca se conoce la ceremonia de la *capacocha*, en la que niñas, niños y mujeres jóvenes eran sacrificados en las altas montañas para convertirse en mensajeros hacia el mundo de los espíritus de los montes, las almas de los ancestros y las deidades tutelares. Tal y como informan las fuentes históricas, no todos los individuos infantiles eran aptos para funcionar como intercesores ante los dioses, sino que los candidatos aceptables por su pureza debían ser menores de diez años o mujeres vírgenes, entorno a los catorce años, que no podían presentar manchas o lunares en la piel y debían estar adecuadamente alimentados. Los incas compartían la creencia de que, tras la *capacocha*, los niños actuarían como intercesores y protectores de sus comunidades y del emperador. Esta convicción provocaba que los sacrificios infantiles estuvieran justificados ideológicamente en la conmemoración de eventos de la vida del soberano —especialmente en el momento de su muerte y la ascensión al trono de su sucesor—, en los rituales de propiciación de la fertilidad de ganados y cosechas, para garantizar el éxito en la guerra, así como en el apaciguamiento de catástrofes naturales (Ceruti 2018: 120-125).

La ceremonia *capacocha* consistía en realizar una peregrinación hasta una de las cimas más altas de las montañas andinas, donde las niñas y niños eran ofrecidos en sacrificio. La elevada altitud a la que los pequeños fueron sacrificados ha motivado una conservación excepcional

de sus cuerpos, consecuencia del congelamiento, que en lugar de descomponerse se han momificado. Este excelente estado de conservación ha permitido conocer, en algunos casos, diversos aspectos relativos al estado de salud de los niños y al modo en que fueron sacrificados. Así, las momias del muchacho del cerro El Toro, del niño del Aconcagua y de la niña del Nevado de Chuscha han permitido conocer las causas de la muerte de los pequeños, pues sus cuerpos presentaban evidencias de estrangulación y golpes en el cráneo, técnicas sacrificiales que, según los cronistas españoles, fueron utilizadas por los incas (Ceruti 2010).

En otros casos, como en el de las momias de Llullai-co, donde los niños fueron llevados en una peregrinación, de más de mil quinientos kilómetros, hasta una de las montañas más elevadas del continente americano (6739 m), no se han evidenciado indicadores de estrangulamiento o traumatismos craneales, aunque se ha propuesto que es probable que una niña, de seis años de edad, y una adolescente, de 15 años, murieran en la cumbre por exposición al frío, mientras que otro niño pudo fallecer como consecuencia del mal de altura durante la última parte de la ascensión. Los análisis bioarqueológicos realizados sobre el cuerpo de la adolescente de 15 años también han demostrado que, antes de ser llevada a la montaña, ingirió chicha, una cerveza elaborada con maíz, que pudo haberla hecho dormir profundamente. Además, se encontraron hojas de coca en sus labios, remedio utilizado en esta zona hasta la actualidad para combatir el mal de altura. Junto a los pequeños se recuperaron alrededor de cien objetos de ofrenda, entre los que destacan estatuillas antropomorfas de oro, plata y valvas de moluscos, algunas figurillas representando camélidos andinos, vasijas y platos de cerámica, así como vasos y cucharas de madera y bolsas tejidas conteniendo hojas de coca y otros alimentos (Ceruti 2003; 2004; 2018: 124; Reinhard y Ceruti 2005).

El caso de las momias infantiles incas también es interesante porque refleja una continuidad de la percepción de los niños en un contexto colonial ya que, actualmente, en algunos de los países donde se desarrolló este imperio, como Argentina, algunos niños y niñas —fallecidos por causas naturales y cuyos cuerpos se han conservado parcialmente momificados— han continuado siendo considerados intercesores entre la comunidad y Dios (Ceruti 2017). De hecho, los niños incas de Llullai-co, pese a que fallecieron hace más de 500 años, son objeto de culto por parte de algunas personas que, cuando los visitan en el

Museo de Alta Montaña de Salta, se arrodillan o se perignan ante los cuerpos. Es muy probable que las creencias populares actuales en torno a estas momias infantiles, consideradas como “angelitos milagrosos”, resulten del sincretismo entre el catolicismo popular andino y elementos ancestrales de raíz precolombina, constituyendo esta adoración y percepción de los niños, como seres aptos para comunicarse con los dioses, un vínculo de unión entre el pasado precolombino y el presente, así como una señal identitaria de estas comunidades (Ceruti 2018: 120).

2.4. ¿MUERTES PREMATURAS, INFANTICIDIO O SACRIFICIO INFANTIL? LA AMBIGÜEDAD DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Si bien la buena conservación de las momias infantiles incas ha permitido determinar la causa de la muerte de los pequeños y demostrar que fueron objeto de la práctica sacrificial, generalmente la identificación del infanticidio –doméstico o ritual– en restos puramente arqueológicos es muy complicada. Ello se debe a que la mayoría de métodos utilizados para acabar con la vida de los niños y niñas –ahogamiento, asfixia y estrangulamiento– no dejan huellas de violencia detectables en sus cuerpos y, mucho menos, en sus restos esqueléticos. Aparte de la general ausencia de tejidos blandos en el registro arqueológico, que normalmente impide a los antropólogos/as detectar cortes y/o contusiones en los cuerpos de los individuos infantiles, otra de las causas que dificulta la detección de anomalías físicas, que podrían apuntar al infanticidio o al sacrificio ritual, es que sus cuerpos aún están en proceso de desarrollo. Esto es claro, por ejemplo, en el caso del estrangulamiento, que en individuos adultos se puede identificar a partir de la fractura del hioides, hueso que en un bebé aún estaría en estado cartilaginoso impidiendo la documentación de esta práctica (Smith y Kahila 1992: 669; Lewis 2007: 95).

Esta habitual ausencia de evidencia directa en los cuerpos de los pequeños ha llevado a diversos arqueólogos a plantear la práctica del infanticidio en algunos contextos donde se han documentado agrupaciones de individuos infantiles, principalmente fallecidos en edad perinatal, cuyos cuerpos fueron depositados en lugares anómalos y diferenciados de las necrópolis comunitarias (Watts 1989; Smith y Kahila 1992: 669; Mays 1993; Lewis 2007: 96; Gowland *et al.* 2014: 70). Este es el caso, por ejemplo, de los pozos griegos de Atenas

y Messene, así como también de un enterramiento tardorromano realizado en una alcantarilla en Ascalón (Israel). En los tres casos, la corta edad de los individuos fallecidos llevó directamente a presuponer que los pequeños habrían sido víctimas del infanticidio. No obstante, los avances realizados en el campo de la bioarqueología, en los últimos años, han permitido proponer algunas interpretaciones alternativas, que muestran que la realidad que pudo darse en estos tres espacios, que aparentemente parecían funcionar del mismo modo, es mucho más compleja.

El pozo de Messene fue excavado en el ágora de la ciudad, en un lugar próximo a un edificio público identificado como el antiguo *Bouleion* –salón del Consejo– y a pocos metros del templo dórico de la diosa Messene. El pozo es de forma ovalada y presenta dos aberturas circulares en su boca de acceso (fig. 2.2, a). En su interior, a una profundidad de entre tres y cuatro metros, se descubrieron una gran cantidad de restos humanos y animales mezclados, así como muchos fragmentos cerámicos, principalmente pertenecientes a ánforas de fabricación local y ollas (fig. 2.2, b). El estudio de los materiales cerámicos ha permitido determinar que el pozo fue utilizado entre los siglos III y II a.C. y los estudios antropológicos y zooarqueológicos han revelado que en su interior, únicamente, fueron depositados individuos no-adultos y perros (Bourbou y Themelis 2010: 112).

Los análisis osteológicos realizados sobre los restos humanos han permitido determinar que durante su período de uso se depositaron un número mínimo de 262 individuos inmaduros, que fallecieron entre la edad fetal –desde las 24 semanas de gestación– y el período neonatal, es decir, hasta los 28 días de edad. Asimismo, el examen macroscópico y radiológico de los restos óseos no ha revelado signos de enfermedad o trauma, que pudieran haber contribuido a la muerte de las criaturas, por lo que es muy probable que este pozo estuviera destinado a albergar los cuerpos de fetos, mortinatos y bebés, que fallecieron por causas naturales durante el período gestacional, el proceso del parto y su primer mes de vida, más que a víctimas del infanticidio (Bourbou y Themelis 2010: 112; 117).

Del mismo modo que en Messene, en el ágora de Atenas se ha localizado un pozo que, principalmente, estuvo destinado al depósito de los cuerpos de niñas y niños que fallecieron a una edad muy temprana. En el caso ateniense el pozo se localiza 40 m al norte del templo de Hefesto,



Fig. 2.2. Pozo de Messene. a) Entrada al pozo; b) Reconstrucción de la mitad inferior de un ánfora (a partir de Bourbou y Themelis 2010: figs. 4-5).

en las afueras del límite occidental del Ágora (fig. 2.3, a). Aunque es probable que el pozo fuera construido durante el período clásico, para dotar de agua a un área de talleres abandonados durante el primer cuarto del s. II a.C., fue reutilizado como depósito funerario entre el 165 y el 150 a.C., tal y como parecen indicar los materiales cerámicos asociados a los restos óseos (Liston y Rotroff 2013: 63).

Los análisis osteológicos han revelado que, en este periodo aproximado de 15 años en el que el pozo fue utilizado con fines funerarios, en su interior se depositaron al menos 459 neonatos y fetos y más de 150 perros, de todas las edades y ambos sexos. Entre los restos esqueléticos también se documentó la presencia de un hombre adulto y de un niño mayor, con una edad estimada entre los ocho y los diez años, que presentaban patologías significativas que pudieron hacer que fueran considerados “seres diferentes o especiales” en vida; circunstancia que permitiría explicar su presencia en este depósito especializado tras su muerte (Liston y Rotroff 2013: 68; Liston *et al.* 2018: 27-32; 40).

Las estimaciones de edad sobre los restos óseos no-adultos han demostrado que el resto de individuos documentados en el interior del pozo fallecieron con edades comprendidas entre las 26 semanas gestacionales y los cuatro y seis meses de vida extrauterina. A pesar de que el estado de conservación de los restos óseos en el

interior del pozo ha impedido individualizar la mayoría de los esqueletos, los análisis antropológicos efectuados han permitido considerar quiénes fueron estos niños y niñas y, en algunos casos, determinar cómo llegaron a morir (Liston *et al.* 2018: 25-26).

Aproximadamente, el 15% de los individuos fallecieron entre las 24 y las 34 semanas gestacionales, por lo que es probable que estos bebés prematuros pudieran morir por complicaciones, que se dieron durante el embarazo o como consecuencia de partos pretérmino. Asimismo, se ha observado una concentración de las muertes entre las 37 y las 38 semanas gestacionales, lo que podría indicar que la mayoría de criaturas fallecieron durante el alumbramiento (Liston y Rotroff 2013: 68; 70). En el otro extremo del rango de edad, los dos individuos más mayores han ofrecido evidencias de las causas específicas de su muerte. En el primer caso, un bebé que falleció con una edad estimada entre los 16 y 18 meses de edad, presentaba un trauma *perimortem* en la bóveda craneal que pudo causar su muerte (fig. 2.3, b). El hecho de que este bebé sea el más mayor de la muestra, también ha permitido reconstruir el resto del esqueleto craneal y postcraneal, donde se han observado otra serie de lesiones traumáticas en la mandíbula, las costillas, el fémur y el húmero derecho. Algunas estaban curadas, mientras que otras se encontraban en proceso de curación, lo que parece demostrar que este individuo fue

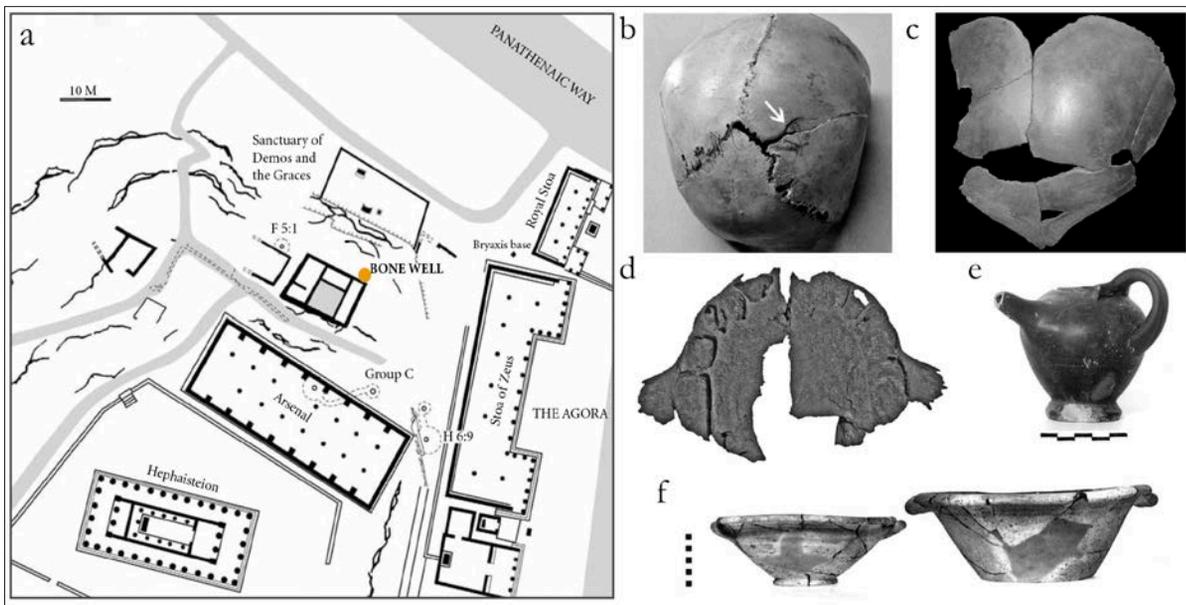


Fig. 2.3. Pozo del Ágora de Atenas. a) Ubicación; b) Cráneo con traumatismo; c) Cráneo con hidrocefalia; d) Paladar hendido; e) Vaso biberón; f) Morteros (a partir de Liston y Rotroff 2013: figs. 3.1-3.5; Liston *et al.* 2018: fig. 22).

víctima de traumas repetidos, consistentes con un caso del síndrome del niño maltratado (Liston y Rotroff 2013: 71-72; Liston *et al.* 2018: 33-36).

Los restos óseos del segundo individuo de mayor edad, por el contrario, muestran que se realizó un esfuerzo considerable para mantener al pequeño vivo durante sus primeros meses de vida. El niño, que falleció con una edad estimada entre los seis y los ocho meses, sufría hidrocefalia, una enfermedad relativamente común que presenta altos índices de mortalidad incluso en la actualidad, pues con tratamiento médico supone la muerte del 48% de niños que la padecen durante el primer año de vida (Liston y Rotroff 2013: 72). Como puede observarse en la imagen, el cráneo del bebé del Ágora es grande para su edad estimada (fig. 2.3, c), lo que debió conferirle un aspecto “diferente” desde el momento de su nacimiento, pese al cual no fue eliminado sino todo lo contrario, cuidado hasta que falleció como consecuencia de la enfermedad (Liston *et al.* 2018: 36-38).

Los datos paleopatológicos obtenidos sobre el resto de la muestra esquelética del pozo, reflejan que aproximadamente el 40% de los bebés seguramente murieron por causas naturales, ya fueran complicaciones durante partos prematuros o a término y/o por infecciones endocraneales, probablemente consecuencia de la meningitis.

También es posible que muchos murieran por causas que no dejan huella en los restos esqueléticos, pero que pudieron ser fatales durante los primeros días de vida de las criaturas, como las infecciones respiratorias –muy habituales en los bebés pre-término– o las diarreas (Liston y Rotroff 2013: 74).

Aunque parece que gran parte de los individuos depositados en el pozo murieron por causas naturales, algunas patologías observadas en la muestra esquelética han permitido sugerir que otros tenían defectos visibles, que podrían haberlos convertido en candidatos para el infanticidio. Aparte del caso del niño que presentaba un traumatismo craneal *perimortem* y otros signos compatibles con el síndrome del niño maltratado, algunos restos óseos de bebés recién nacidos a término presentaban el síndrome del paladar hendido o labio leporino (fig. 2.3, d), que dificultaría la alimentación y respiración de los pequeños y, posteriormente, afectaría al habla, provocando también la desfiguración física de su rostro. Asimismo, en un caso se ha documentado que un niño nació con una extremidad superior malformada, tal y como refleja la presencia de un cúbito y un húmero con patologías y, en otra ocasión, se ha atestiguado que un bebé tenía una costilla cervical fusionada a la primera costilla, anomalía que en los adultos es asintomática, pero que en los recién nacidos puede suponer daños

temporales o permanentes en el brazo del lado afectado (Liston y Rotroff 2013: 76; Liston *et al.* 2018: 50). Sin embargo, y a pesar de estas patologías, no hay evidencia osteológica que sugiera que ninguna de estas criaturas fuera asesinada intencionalmente. De hecho, el único factor que puede llevar a la sugerencia del infanticidio es la presencia de los impedimentos físicos anteriormente descritos (Sneed 2021: 766).

Junto a los restos óseos de los pequeños, en el interior del pozo se han documentado algunos vasos cerámicos que podrían relacionarse directamente con la esfera infantil, como los biberones (fig. 2.3, e), mientras que el 80% de la cerámica se corresponde con formas grandes y abiertas que incluyen cuencos, kráteras y morteros (fig. 2.3, f). Como se ha señalado precedentemente, algunos autores griegos destacan el importante papel que desempeñaban las parteras durante el embarazo y el parto, pero también durante el postparto y los primeros días de vida de los recién nacidos, siendo también las encargadas de deshacerse de los cuerpos de las criaturas que fallecían por causas naturales o eran rechazadas por sus madres y padres. Debido a ello, se ha interpretado que tanto los morteros, los cuencos y otros vasos de gran tamaño procedentes del pozo del ágora de Atenas como las ánforas del pozo de Messene pudieron servir como contenedores funerarios de los pequeños cadáveres, que podrían haber sido depositados por las parteras en lugares especializados y destinados a las muertes inmaduras en estas comunidades (Bourbou y Themelis 2010: 116; Liston y Rotroff 2013: 76-77; Liston *et al.* 2018: 138).

Aparte de la presencia de individuos de muy corta edad, otra de las características que llama la atención de estos depósitos especializados es la presencia de restos óseos animales, concretamente de perros. En la mentalidad griega los perros eran percibidos como seres benignos en muchas circunstancias de la vida, pero también de la muerte. En ámbito funerario eran esenciales para garantizar la seguridad de los muertos, pues escoltaban a los difuntos en su viaje al inframundo, aunque también se asociaban a ciertas prácticas médicas, ya que se creía que estos animales podían curar a los enfermos chupando o lamiendo el área infectada (Bourbou y Themelis 2010: 116). A estas características se suma la vinculación de los perros con los ritos de purificación. El sacrificio de estos animales en Grecia estuvo destinado a un número limitado de divinidades que, en muchos casos, se asociaron con el parto y el nacimiento como

Eilioneia/Eileithuia, Genita Mana, Artemis y Hécate. Se puede considerar que los niños de los pozos de Atenas y Messene pudieron constituir un caso particularmente grave de impureza como consecuencia de la asociación de dos momentos altamente impuros: el parto y la muerte. De este modo, la presencia de los perros podría haber estado destinada a absorber la contaminación causada, tanto por el reciente nacimiento como por la joven muerte. Por último, no puede descartarse que otra de las funciones de los cánidos fuera la de acompañar y proteger a los pequeños fallecidos en su viaje al Más Allá (Liston y Rotroff 2013: 68).

Aparte de los pozos de Messene y Atenas, otro de los principales sitios arqueológicos donde se ha propuesto la práctica del infanticidio, siendo muy influyente en el estudio e interpretación de otros yacimientos con restos infantiles, es el asentamiento tardo romano de Ascalón (Israel). En esta ciudad, concretamente en una alcantarilla que se situaba bajo una casa de baños datada en el s. IV d.C., fueron depositados alrededor de 100 bebés que murieron con una edad estimada en torno a los días posteriores al parto (Smith y Kahila 1992: 669). En un principio, se propuso que la mayoría de criaturas depositadas en la alcantarilla serían niñas, basándose en la suposición extendida de que estas habrían tenido menor valor social que los niños y, por ello, habrían sido víctimas preferenciales del infanticidio (Faerman *et al.* 1997: 212; 1998: 861).

Sin embargo, la realización de análisis de ADN sobre los restos óseos demostró que, de los diecinueve casos en que se pudo determinar el sexo de los bebés, catorce eran niños y sólo cinco niñas (Faerman *et al.* 1997: 213; 1998: 861; Faerman y Smith 2008). En un intento de justificar este resultado, la casa de baños fue interpretada como un burdel en el que las prostitutas embarazadas se deshicieron de sus niños no deseados, manteniendo y criando a las niñas para explotarlas como futuras trabajadoras sexuales (Faerman *et al.* 1997: 213; 1998: 864-865). Si bien esta interpretación ha sido mantenida por algunos autores hasta hace relativamente poco tiempo (Bosworth 2019), también ha sido fuertemente criticada. En primer lugar, porque no hay evidencia real que sugiera que las termas eran utilizadas como burdel y, en segundo lugar, porque todo el escenario fue conceptualizado dentro del contexto de mercantilización sexual de las mujeres, sugiriendo que el único valor de las niñas sería su posterior explotación sexual como prostitutas (Scott 2001: 146; Scheidel 2010: 8-9).

De hecho, si tenemos en cuenta que no hay evidencias paleopatológicas claras que permitan observar que los pequeños fueron víctimas del infanticidio, la explicación más probable sobre la presencia de los bebés en la alcantarilla es que este lugar fuera utilizado por los habitantes locales como un lugar de enterramiento especial para las criaturas que fallecían durante el parto o poco tiempo después. Es decir, funcionaría del mismo modo que el pozo de Messene en el que, al parecer, sólo se depositaron bebés que murieron naturalmente.

A lo largo de este capítulo se ha visto cómo las percepciones sobre la infancia transmitidas en los discursos dominantes han ido mutando a lo largo del tiempo y del espacio. Asimismo, también se ha demostrado cómo las ideas y consejos morales difundidos por los escritores greco-latinos, los teólogos cristianos, los filósofos y diversos historiadores a lo largo del s. XX, junto a nuestros propios juicios de valor hacia algunas prácticas como el infanticidio y el sacrificio infantil, han ejercido una influencia negativa en las narrativas sobre la infancia en el pasado. Todo ello ha llevado a retratar, de forma general, este primer período del ciclo de la vida en las sociedades antiguas como una etapa caracterizada por la ausencia de amor, el desapego emocional y la crueldad que, arqueológicamente, se manifestaría a partir del tratamiento funerario diferencial que recibieron los pequeños en el momento de su muerte.

No obstante, tal y como se verá en el capítulo 4 de este libro, el hecho de que las niñas y niños, en muchas sociedades pasadas, recibieran un tratamiento funerario diferenciado al de los adultos, no tiene por qué implicar un menor valor social de los pequeños, ni que su muerte fuera menos dolorosa o tuviera menos impacto social que la del resto de componentes de la comunidad. De hecho, la existencia de una serie de prácticas funerarias exclusivas para los más jóvenes, simplemente, podría reflejar su naturaleza particular dentro de su grupo de pertenencia, donde los pequeños pudieron constituir una categoría especial de vivos pero también de muertos. También es importante recalcar que la elevada tasa de mortalidad infantil estimada para el mundo antiguo no tuvo por qué determinar necesariamente las respuestas emocionales de los padres, familiares y seres queridos de las criaturas cuando fallecían. Como se ha visto, en algunas sociedades donde las tasas de mortalidad infantil han continuado siendo relativamente elevadas hasta hace poco tiempo, la expresión del duelo sentido por la pérdida de los pequeños, en algunos casos, está

culturalmente pautada, mientras que en otros los progenitores tienen libertad a la hora de afrontar las muertes prematuras.

En los epígrafes segundo y tercero también se ha comprobado que las prácticas del infanticidio y del sacrificio infantil pudieron darse por una gran variedad de razones y en circunstancias específicas, presentando una serie de implicaciones que van mucho más allá de la pura eliminación casual de los niños y niñas no deseados. Por tanto, aceptar que en el pasado el infanticidio –doméstico o ritual– pudo ser practicado, no justifica la idea de que fuera una práctica necesariamente común o sangrienta. De hecho, ni el infanticidio doméstico ni el sacrificio ritual de bebés tienen por qué ser vistos como manifestaciones de crueldad *per se*, ni implican necesariamente la ausencia de amor hacia los niños o su baja consideración social. Como se ha visto, los datos arqueológicos, históricos y etnográficos sobre el sacrificio infantil en el mundo precolombino evidencian todo lo contrario: las niñas y niños objeto de sacrificio, precisamente, fueron aquellos que, tanto por sus características físicas como por su edad, fueron considerados seres especialmente aptos e importantes, como para poder comunicarse con los dioses. Esta elevada consideración de los pequeños, como seres dotados de una naturaleza especial, lejos de hacer que el ritual sacrificial fuera indoloro para el resto de la comunidad, provocó niveles de privación personal muy severos. Tal vez, superar estas ideas arraigadas de que las víctimas del sacrificio no tenían “valor” nos ayude a avanzar en el estudio de las diversas actitudes que existían en diferentes sociedades hacia esta práctica y a comprender mejor la percepción de los niños en el pasado.

A lo largo de este capítulo también se ha demostrado que el avance de los análisis bioarqueológicos, en los últimos años, ha permitido relativizar algunos de los tópicos más habituales en las narrativas arqueológicas, que vienen a encarnar la idea de que en todas las sociedades pasadas el sexo/género masculino fue preferencial. Así, los casos expuestos sobre el sacrificio infantil en Mesoamérica reflejan que tanto niñas como niños fueron aptos para comunicarse con los dioses. Además, los análisis efectuados sobre el enterramiento tardorromano de Ascalón han revelado que la mayoría de bebés colocados en la alcantarilla fueron niños y no niñas, por lo que si en este caso hubieran sido víctimas del infanticidio doméstico –para lo que todavía no hay pruebas concluyentes– este habría afectado más a los varones.

Por último, un punto que vale la pena resaltar es que no todos los enterramientos colectivos infantiles documentados en el registro arqueológico deben ser, necesariamente, resultado de la práctica del infanticidio. Como se ha visto, incluso en los lugares donde se encuentran grandes cantidades de bebés enterrados conjuntamente, la explicación aparente no tiene por qué implicar que todas las criaturas fueran asesinadas por sus progenitores. Este es el caso de los depósitos de Atenas y de Messene

donde, gracias a los cuidadosos análisis antropológicos realizados, conocemos que el fin de la vida de los pequeños pudo darse por diversas motivaciones. Si bien el pozo del Ágora pudo albergar tanto los cuerpos de niñas y niños víctimas de maltratos y de infanticidio junto a los de aquellos que fallecieron por causas naturales, parece que en el pozo de Messene sólo fueron depositadas criaturas que fallecieron por complicaciones relacionadas con el parto o surgidas durante su primer mes de vida.

LOS ESTUDIOS SOBRE INFANCIA EN ÁMBITO FENICIO Y PÚNICO

“Los otros niños”, como creemos que pueden llamarse, es decir, los que no están enterrados en los tofets, no han recibido por parte de los investigadores la atención que merecen.

(Gómez Bellard *et al.* 1992: 85)

En el capítulo anterior se ha visto cómo en algunas sociedades pasadas las niñas y niños, que fallecieron a temprana edad, recibieron un tratamiento funerario diferenciado al de sus mayores, siendo enterrados en lugares especializados, como sectores separados de las necrópolis, pozos o canalizaciones de agua, bajo el suelo de las casas, huertos u otros espacios destinados a las muertes inmaduras. En lo que respecta a las comunidades fenicias y púnicas, los cuerpos de las criaturas que fallecieron prematuramente, principalmente, se han documentado en dos espacios diferenciados: los santuarios tofets y los cementerios.

Si la cuestión del infanticidio en general y, particularmente, la del sacrificio infantil han constituido uno de los temas más recurrentes en las narrativas arqueológicas sobre la infancia en el pasado, en nuestro campo de estudio se ha visto acentuada por la presencia de los tofets. De hecho, la existencia de este tipo de santuarios ha provocado que la investigación sobre los rituales funerarios infantiles haya llevado directamente a estos lugares sacros y, de manera específica, al debate sobre si en ellos se practicaba el sacrificio o si, por el contrario, eran cementerios destinados a las criaturas que fallecían

a temprana edad. Como ya denunciaron, a finales de la década de los 80, los hermanos Gómez Bellard: *precisamente el interés y en algunos casos podríamos decir que la obsesión por la cuestión de los tofets, de los miles de niños allí enterrados, ha hecho que “los otros niños”, los inhumados o incinerados en las necrópolis junto con los adultos, hayan sido prácticamente olvidados por los investigadores* (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 211).

Así, el tema del sacrificio infantil se ha convertido en una de las características definitorias de las culturas fenicia y púnica, impactando tanto en la opinión pública internacional que, incluso antes de que comenzaran las investigaciones arqueológicas en los tofets, ya se convirtió en una parte fundamental de la trama de algunas novelas basadas en estas sociedades, como *Salammbô* de Gustave Flaubert (1862), y películas, como *Cabiria* de Giovanni Pastrone (1914) (entre otros, Ribichini 2013; Bartoloni 2015: 162). De este modo, la cuestión del sacrificio infantil y los santuarios tofets se han convertido en un elemento arraigado en el imaginario colectivo, configurando un sello distintivo de las personas que habitaban en las comunidades fenicias y púnicas.

3.1. LOS TOFETS Y LA CUESTIÓN DEL SACRIFICIO INFANTIL

El término bíblico tofet se utiliza, convencionalmente, para denominar un tipo de santuarios a cielo abierto atestiguados, desde el s. VIII a.C. hasta el s. II a.C., en algunos asentamientos fenicios y púnicos del Mediterráneo central: concretamente en el norte de África, Cerdeña y Sicilia, probablemente en Malta e hipotéticamente en Chipre (Xella 2013: 260; D’Andrea 2018a: 8). Aunque actualmente utilicemos la palabra hebrea “tofet”, este vocablo no está registrado en la documentación epigráfica fenicia y púnica, sino que parece que estas gentes se referían a estos lugares simplemente como *bt* – santuario o templo– o con la expresión (*’šr*) *qdš* –lugar sacro– (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 176; Garnand *et al.* 2023: 158-159). Ambos términos parecen implicar que estos sitios eran considerados por sus usuarios como espacios sagrados, que tendrían unos propósitos rituales (Bonnet 2011: 374).

Este tipo de santuarios, hasta el momento, no se han documentado en Levante y parece que la fundación de los primeros tofets en Occidente fue más o menos contemporánea, hacia el s. VIII a.C., coincidiendo con el establecimiento de los primeros asentamientos. Por tanto, estos lugares parecen estar estrechamente asociados a la llegada de los primeros grupos de personas fenicias y a los orígenes de las comunidades diaspóricas en el Mediterráneo

central (Quinn 2011: 390; D’Andrea y Giardino 2013: 3). Al mismo tiempo, la contemporaneidad de los primeros tofets sugiere que el rito en sí mismo pudo existir de forma previa a los movimientos migratorios y que no fue inventado en uno de los asentamientos fenicios centro-occidentales y, desde allí, diseminado a otros enclaves (McCarty 2019: 321). Durante el período arcaico –ss. VIII/VII a.C.– en el área norteafricana se fundaron los tofets de Cartago y Susa, en Sicilia el de Mozia y en Cerdeña el de Sulky, el de Tharros y el de Bitia, destacando, en último lugar, el probable tofet de Rabat en Malta (fig. 3.1) (D’Andrea y Giardino 2013: 1; D’Andrea 2014: 20-24; 2018a: 7-8; Orsingher 2018a).

En el curso del período púnico, concretamente entre los siglos V y IV a.C., otros tofets fueron instalados *ex novo*, posiblemente, por los habitantes de los primeros enclaves, que se mudaron a nuevos lugares llevando con ellos sus creencias religiosas y ritos (McCarty 2019: 315). En esta época se dio la fundación de los santuarios de Nora, Monte Sirai y, probablemente, Cagliari en Cerdeña, así como Lilibeo en Sicilia (fig. 3.1). Cuando los territorios púnicos cayeron bajo el control político romano –ss. III y II a.C.– los tofets sardos comenzaron a ser abandonados lentamente. En cambio, después de la caída de Cartago en el 146 a.C., este modelo de santuario se afirmó ampliamente en diversos sitios púnicos y punicizados del norte de África (D’Andrea y Giardino 2013: 13-15; D’Andrea 2014: 20-24; 2018a: 7-8).



Fig. 3.1. Mapa del Mediterráneo central con los tofets seguros, probables (*) e hipotéticos (**) atestiguados entre los siglos VIII y II a.C. (a partir de Orsingher 2018a: fig. 2).

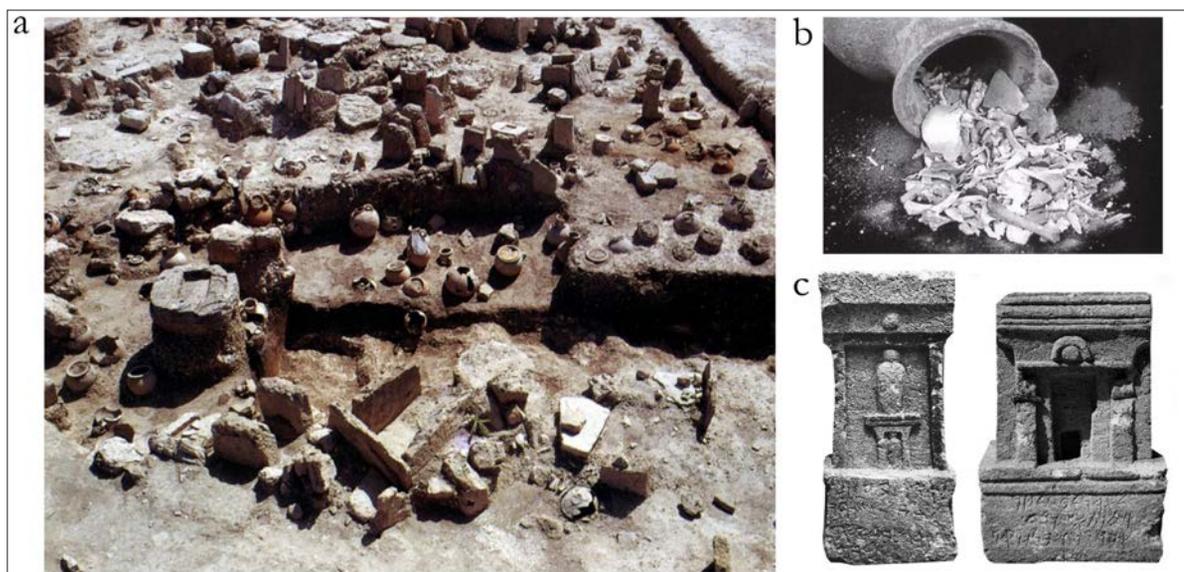


Fig. 3.2. Tofet de Mozia. a) Campo de urnas, Estrato V, ca. 625-550 a.C. (Orsingher 2018a: fig. 1); b) Urna con restos óseos cremados (Di Salvo y Di Patti 2005: fig. 3); c) Estelas (Moscati y Uberti 1981: tav. CLXXI, 731; Acquaro 2003: 91).

Los tofets se definen por presentar un campo de urnas (fig. 3.2, a-b), que contienen restos óseos cremados de niños y/o de animales, generalmente ovicaprinos, aunque en algunos tofets –como el de Cartago– aparecen en menor medida otros animales, como pájaros, lagartos, roedores, anfibios, peces, etc. (Bénichou-Safar 2012: 266). A partir del s. VI a.C., estos santuarios también se caracterizan por la presencia de estelas votivas, dedicadas principalmente a Baal Hammon y a la diosa Tanit (fig. 3.2, c) (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 170). La presencia de restos óseos cremados en el interior de las urnas hizo que algunos de los primeros santuarios descubiertos durante el s. XIX, como el de Nora, fueran interpretados como cementerios de cremación. Sin embargo, en la década de 1920, a raíz del descubrimiento del tofet de Mozia en 1919 y, sobre todo, del de Cartago en 1921, estos lugares comenzaron a ser relacionados con la práctica del sacrificio infantil, mencionada en algunos textos bíblicos y greco-latinos (D’Andrea 2018a: 60-61; Orsingher 2018a; McCarty 2019: 313-315).

3.1.1. TEORÍAS Y CLICHÉS SOBRE EL SACRIFICIO INFANTIL

Diversos autores bíblicos y clásicos recogen en sus escritos que el sacrificio infantil era una práctica distintiva de las gentes fenicias y púnicas. Así, algunas fuentes

veterotestamentarias se refieren al lugar alto del tofet en el valle de Ben Hinnom, a las afueras de Jerusalén, donde los israelitas hacían “pasar por el fuego” a sus hijos e hijas en honor al dios Moloch (entre otros, Jer. 7:30-34; 19:5-15; 32:30-34; 2 Re. 17: 16-17; 23: 10; Ez. 16:20-21; Deut. 12: 29-31; 18: 9-12). Esta práctica de hacer “pasar por el fuego” ha sido interpretada por algunos especialistas como un sacrificio cruento (Xella 2013: 265; Stavrakopoulou 2013: 143-147), mientras que otros sugieren que este “pasaje por el fuego” también podría referirse al ritual de la cremación al que fueron sometidos los niños y niñas (Bartoloni 2012: 216; D’Andrea 2018a: 38-39). Además de las referencias bíblicas, varios autores griegos y latinos afirman que la costumbre de sacrificar a hijos, niños pequeños y, en raras ocasiones, lactantes o neonatos en honor a Cronos o Saturno –dioses que a partir de los ss. II-I a.C. fueron identificados con Baal Hammon– se practicaba entre fenicios y cartagineses, en momentos de crisis personal y comunitaria (Xella 2009: 90-91).

Así, desde el comienzo de la investigación en los años 20 del siglo pasado hasta la actualidad, los datos arqueológicos y epigráficos, apoyados en las fuentes bíblicas y grecolatinas, han llevado a una multitud de interpretaciones sobre las prácticas rituales que podían desarrollarse en estos lugares. No obstante, y pese a la variedad de teorías surgidas con la finalidad de solucionar este problema interpretativo, la historia de las investigaciones se caracteriza

por la división de la opinión científica en tres corrientes principales: aquellos que defienden que estos sitios eran recintos sacrificiales, los que, por el contrario, los interpretan como necrópolis infantiles y, por último, los que buscan soluciones intermedias y consideran que en los tofets, generalmente, se daban enterramientos de criaturas muy pequeñas que habrían muerto por causas naturales y, raramente, algún sacrificio (Garnand *et al.* 2023: 150).

Desde la década de 1920 hasta la de 1980 del s. XX, los datos arqueológicos y epigráficos, interpretados en concordancia con las fuentes escritas, hicieron que la tesis mayormente aceptada fuera la de definir el tofet como un santuario, donde se llevaría a cabo el sacrificio infantil, de forma más o menos sistemática. El primero en proponer esta hipótesis fue Otto Eissfeldt ([1935] 2002) quien, en su *Molk als Opferbegriff im punischen und hebräischen und das Ende des Gottes Moloch*, interpretó el vocablo *mlk* como el tipo específico de oferta realizada en estos lugares sacros.

Entre las primeras lecturas que apoyaban la hipótesis sacrificial es interesante señalar algunos de los estereotipos, que se han visto en el capítulo anterior y que aparecen con cierta asiduidad en las narrativas arqueológicas sobre la infancia en el pasado. Estos incluyen la crueldad con que, teóricamente, se quitaba la vida a los pequeños, la ausencia de emociones ante su muerte o la preferencia de los niños varones como víctimas sacrificiales frente a las niñas, a quienes supuestamente se les otorgaba un menor valor social. La recurrencia de estos clichés, en parte, se debe a que algunas de las primeras teorías interpretativas se basaron de forma directa en las fuentes grecolatinas, donde las descripciones recogidas por los autores clásicos están repletas de detalles macabros con el fin de aumentar el impacto emocional y exaltar la barbarie con la que fenicios y púnicos trataban a su descendencia.

Un ejemplo de estos detalles macabros son las narraciones de Clitarco (FHG IIB n°137) y Diodoro Sículo (*Biblioteca storica* 20, 14), quienes hablan de la existencia de una estatua de bronce del dios Cronos, que presentaba las palmas de las manos extendidas hacia arriba, para que los niños fueran arrojados desde ellas hacia el fuego. Este tipo de descripciones tuvieron gran influencia a comienzos de la investigación, llevando a algunos autores –como Paul Pallary– a interpretar que los bebés eran quemados vivos (Pallary 1922: 209). Sin embargo, los análisis antropológicos realizados en los tofets de Susa y Cartago han permitido cuestionar la existencia de esta estatua, a partir de los patrones de cremación presentes

en los restos óseos de las criaturas. Estos sugieren que los pequeños cadáveres eran incinerados en la misma posición, lo que permitiría excluir la existencia de un mecanismo de cremación no controlado, como el que habría implicado que hubieran caído entre los brazos de una estatua (Bénichou-Safar 1988: 60). En relación con el método sacrificial, otros autores clásicos recogen que el degollamiento era otro de los mecanismos utilizados en los tofets (Xella 2009: 91).

Además de transmitir cierta crueldad en los métodos sacrificiales, algo que –como se ha visto– no era un rasgo común en otras sociedades que practicaban el sacrificio infantil, las fuentes greco-latinas también hacen referencia a la actitud indiferente de las madres que asistían a los rituales sacrificiales del tofet, pues no lloraban ni se lamentaban ya que, si esto ocurría, no recibirían el favor pedido a la divinidad y el niño sería sacrificado igualmente (Plutarco *De Superstitione* 13, 171 B-D). Aunque algunos autores han interpretado esta falta de expresión emocional como evidencia de *un contesto volutamente festoso e non tristemente funebre* en los rituales desarrollados en los tofets (Xella 2009: 91), como se ha observado en el paralelo etnográfico de las madres de Alto do Cruzeiro, la ocultación de los sentimientos ante la muerte –natural o provocada– de una hija o hijo de corta edad, puede constituir la respuesta a una creencia escatológica o una estrategia culturalmente pautada para protegerse de la pérdida. Por tanto, que las personas que acudían a las ceremonias desarrolladas en los tofets no lloraran, no tendría por qué reflejar la ausencia de emociones sentidas por los participantes en estos actos culturales, sino que podría ser consecuencia de la existencia de una obligación o creencia religiosa que lo impidiera.

De hecho, si se excluyen los aspectos crueles y morbosos de algunos textos clásicos, al leerlos se pueden conocer diversos comportamientos y sentimientos que las madres y padres pudieron experimentar en relación con la práctica del sacrificio infantil. Este es el caso de los testimonios ofrecidos por algunos autores greco-romanos, que hablan sobre la costumbre de los padres cartagineses de sustituir a sus propios hijos por otros niños que compraban en secreto (Diodoro Sículo *Biblioteca storica* 20, 14). Esta noticia, en primer lugar, sugiere la existencia de transacciones comerciales de individuos infantiles, lo que lleva a suponer que las criaturas compradas podían pertenecer a familias de esclavos y/o de origen humilde. Además, si el intercambio de los niños hubiera existido realmente, esta práctica podría leerse como un esfuerzo

por parte de los progenitores para evitar la muerte de su propia descendencia. Esto, a su vez, podría evidenciar que no todos los bebés eran ofrecidos voluntariamente a las divinidades, sino que las relaciones entre las personas y los dioses en las comunidades fenicias y púnicas habrían implicado un conjunto de obligaciones, que requerían de unos niveles de sacrificio y privación emocional muy severos, y, debido a ello, no eran fácilmente aceptadas por todos los miembros de la comunidad.

Aparte de estas interpretaciones, basadas principalmente en los textos greco-latinos, otros autores que tomaron como referencia los testimonios bíblicos, que describen los rituales llevados a cabo en el tofet de Ben-Hinnom en Jerusalén, propusieron que en estos santuarios serían sacrificados, principalmente, los primogénitos varones (Lantier y Poinssot 1923: 66). Esta teoría sobre el sacrificio del primogénito, que no se basaba en ningún dato objetivo sino más bien en la percepción de la época de que el primer hijo varón sería más valioso y adecuado para ser ofrecido en sacrificio que una hija, fue apoyada por otros autores en años posteriores (Contenau 1949: 110-112; Cintas 1970: 312). En relación con esta interpretación son significativos los análisis antropológicos efectuados en el tofet de Cartago en los que, según el equipo liderado por Jeffrey Schwartz, se ha podido determinar el sexo de algunos bebés, a partir de criterios morfológicos y métricos del ilion. Los resultados obtenidos de este estudio reflejan que, posiblemente, más de la mitad de los individuos cremados fueron niñas (Schwartz *et al.* 2010: 9; tab.1; Schwartz 2016: 121). No obstante, este dato debe ser tomado con bastante precaución debido a la dificultad que entraña, según la mayoría de especialistas, determinar el sexo de los individuos prepuberales sin realizar estudios de ADN antiguo o análisis proteómicos del esmalte dental (véase § 4.2.2).

A partir de los años 50 del s. XX, el incremento y mejora técnica de los análisis antropológicos, realizados sobre los restos óseos cremados de las urnas de los tofet de Cartago y Susa, permitió plantear la presencia de individuos fallecidos justo antes del nacimiento o muy poco tiempo después del mismo, lo que dio pie a interpretar estos lugares como necrópolis reservadas a los cadáveres de las criaturas que fallecieron por causas naturales relacionadas con el embarazo y/o el parto (Rohn 1950, citado en D'Andrea 2018a: 66-67). Esta interpretación del tofet, como área funeraria diferenciada para los más pequeños, tomó fuerza a partir de los años 80, a raíz de las observaciones realizadas en las necrópolis de Cartago

donde, teóricamente, los individuos infantiles menores de diez años estaban escasamente representados, especialmente de forma previa al s. V a.C., suponiendo sus tumbas solamente el 5% del total de sepulturas investigadas (Bénichou-Safar 1982: 340-343).

Esta hipotética subrepresentación de los niños más pequeños en las necrópolis, unida a la crítica que hicieron algunos especialistas de interpretar el tofet en función de las fuentes clásicas y veterotestamentarias por estar condicionadas por juicios negativos preconcebidos, provocó que diversos autores refutaran la tesis sacrificial (Moscati 1987; Ribichini 1987: 52; Moscati y Ribichini 1991). Estos estudiosos pasaron a definir el tofet como un área funeraria especializada dedicada a las criaturas que habían fallecido antes de pasar los rituales de iniciación y que, al carecer de identidad social, habrían sido asociadas a un mundo de ultratumba particular (Bénichou-Safar 1981: 8-9; 1982: 343; Moscati 1987; Ribichini 1987: 51). Para estos investigadores, el tofet constituía *una sorta di <<limbo>> ove venivano emarginati gli individui non ancora inseriti ufficialmente nel seno societario* (Bartoloni 1989: 77). Es decir, un espacio similar al que, como se ha visto, ocuparon los niños y niñas, que fallecieron sin ser bautizados, en algunos cementerios cristianos.

Pese a la existencia de esta interpretación del tofet como necrópolis infantil, la tesis sacrificial ha seguido siendo sostenida por varios especialistas hasta la actualidad, siendo propuestas diferentes hipótesis para justificar la realización de esta práctica. De este modo, algunos autores han planteado la existencia de un infanticidio sistemático ritualizado con finalidades de orden económico y demográfico (Stager 1980; Stager 1982: 160-162; Stager y Wolff 1984: 43; 44: 51; Lipinski 1988: 158-161; Wagner 1991: 411; 1992: 18-19; 1995: 43-47; Wagner *et al.* 2000: 613; 618). Como se ha visto en el capítulo anterior, estas interpretaciones consideran el infanticidio –doméstico o ritual– como una práctica de control demográfico, reiterando así uno de los tópicos más generalizados en la historiografía sobre la infancia en la antigüedad. Sin embargo, estas lecturas –no sólo en ámbito fenicio-púnico sino en general– no suelen tener en consideración la alta tasa de mortalidad infantil ni la existencia de otros métodos anticonceptivos y/o abortivos a los que las mujeres pudieron recurrir para controlar los embarazos (Xella 2013: 271; Delgado y Rivera-Hernández 2018: 66). Entre estos destacarían, por ejemplo, la privación sexual o el mantenimiento de la lactancia exclusiva durante un período prolongado, mecanismo que posibilitaría el control de la fertilidad

femenina, permitiendo el espaciado entre hijos y, en consecuencia, el control de las propias dinámicas demográficas familiares (Ferrer y López-Bertrán 2020: 366-368). Asimismo, cabe esperar que en los primeros momentos de la existencia de un enclave colonial, cuando el crecimiento de la población debió de ser esencial para la supervivencia de la comunidad, una elevada tasa de natalidad fuera un problema menor (McCarty 2019: 320).

Otros defensores de la tesis sacrificial no consideran que la inmolación de criaturas de corta edad fuera consecuencia del determinismo demográfico, sino más bien una práctica flexible, que pudo estar causada por diversos motivos. Aunque sus teorías presentan diferentes matices, en líneas generales, defienden que el sacrificio se daría en épocas de crisis individual, familiar y/o social –guerras, hambrunas, enfermedades etc.– o para obtener diversos favores de los dioses, tanto personales como colectivos, como la preservación de la fertilidad, el bienestar, etc. (entre otros, Brown 1991; Amadasi Guzzo y Zamora 2013: 179-180; Xella *et al.* 2013: 3; 6-7; McCarty 2019: 320; Floris 2022: 261).

Frente a esta ocasionalidad de los ritos, que estarían motivados por una serie de circunstancias concretas, la presencia de restos de ovicápridos recién nacidos –también cremados y depositados en las urnas de los tofets– ha llevado a proponer, a otros autores, la estacionalidad o periodicidad de los sacrificios. Estos, principalmente, se habrían celebrado en primavera y otoño, coincidiendo con los momentos en que las ovejas paren a los corderos (Fedele y Foster 1988: 36-38; Docter *et al.* 2003: 424; Stager 2014: 12-14 *contra* Ribichini 2020). Esta presencia de animales cremados, que en algunos casos fueron depositados en las mismas urnas que los individuos infantiles pero en otros fueron albergados en los cinerarios de forma individual, también llevó a plantear desde los primeros momentos de la investigación la existencia de sacrificios de sustitución –de animales por niños– que se habrían establecido en época tardo púnica y romana cuando, teóricamente, en los tofets se daba una tendencia de disminución de los restos óseos infantiles en favor de los animales (Carcopino 1932; Eissfeldt 1935). Sin embargo, como se verá en el siguiente apartado, los análisis antropológicos realizados en algunos tofets tardíos, de forma relativamente reciente, han permitido obtener diferentes resultados en relación a la proporción de animales/niños, que demuestran los peligros existentes a la hora de generalizar los datos procedentes de los diferentes santuarios (D’Andrea 2018a: 18).

Si bien, durante la primera fase de la investigación, algunos autores propusieron que las víctimas del sacrificio serían los primogénitos varones, a partir de la década de 1980, otros especialistas plantearon que los niños sacrificados pudieron ser aquellos que padecían enfermedades o que presentaban malformaciones físicas evidentes en el momento de su nacimiento (Aubert 1987; Ribichini 2000: 302-303). De nuevo aquí, puede observarse otro de los tópicos que, como se ha visto en el capítulo anterior, acostumbra a acompañar el estudio de la infancia en el pasado y que ve a las niñas y niños enfermos y malformados como fácilmente desechables. En relación con el estado de salud de los individuos infantiles de los tofets, algunos estudios paleopatológicos realizados en Cartago y Sulky han permitido observar que algunas criaturas presentaban ciertas patologías en el momento de su muerte, pero éstas no se habrían manifestado físicamente en sus pequeños cuerpos. En Sulky sólo dos individuos presentaban hiperostosis cortical sobre los huesos de la pelvis y en las órbitas oculares –*criba orbitalia*–, patología relacionada con estados de deficiencia o desequilibrios del sistema hematopoyético –anemia–, que no suele manifestarse físicamente en el cuerpo humano (Melchiorri 2008-2009: 265). Los análisis antropológicos realizados en el tofet cartaginés también han permitido detectar *anomalies qui sont indices de pathologies* en los restos óseos de algunas criaturas (Bénichou-Safar 2004: 50), pero no especifican a qué tipo de enfermedad se podrían referir. De este modo, aunque algunos individuos pudieron estar enfermos en el momento de su muerte –estando principalmente afectados por algunas de las dolencias más comunes de las sociedades preindustriales como la anemia– la información antropológica disponible, por el momento, no aporta evidencias sobre la presencia de niños y niñas malformados en estos santuarios. En relación con este aspecto, también se debe tener en cuenta que la dedicación a los dioses de niños enfermos o defectuosos es difícil de sostener si se considera la información que proporcionan algunas fuentes próximo orientales, según las cuales sólo lo más perfecto y precioso era ofrecido a los dioses (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 178).

Desde finales de los años 80 y comienzos de la década de 1990 se desarrollaron algunas interpretaciones intermedias que incidieron en el carácter híbrido de los tofets, proponiendo algunos autores/as que estos lugares podrían ser considerados espacios caracterizados tanto por su naturaleza votiva como funeraria (Gras *et al.* 1989: 72; Bénichou-Safar 1995; 2005: 125). De este

modo, la mayoría de especialistas –que anteriormente habían considerado estos sitios como necrópolis infantiles– comenzaron a matizar sus interpretaciones manteniendo que serían sustancialmente áreas sacras, de carácter polivalente, que también funcionarían como espacios funerarios reservados a los miembros más pequeños de la comunidad en los que, ocasionalmente, pudo llevarse a cabo el sacrificio infantil (Ribichini 2000: 303; 2020; Bénichou-Safar 2004: 170-172).

En la actualidad, el estudio de las características arqueológicas de estos lugares sacros, que serán descritas en el siguiente apartado, ha llevado a la aceptación prácticamente generalizada de que los tofets deben ser considerados santuarios y no necrópolis (Bartoloni 2012: 219). Sin embargo, la interpretación sobre las prácticas que se desarrollaban en estos lugares sigue estando dividida entre los que apoyan que los niños aquí depositados murieron principalmente por causas naturales y los que defienden el sacrificio ritualizado. En los últimos años este debate se ha basado, sobre todo, en los resultados obtenidos de los análisis antropológicos realizados sobre los restos cremados de las urnas. Así, la alta presencia de fetos e individuos que fallecieron a muy corta edad ha sido tomada por algunos autores como una evidencia determinante a favor de la tesis que niega el sacrificio ritual (Schwartz *et al.* 2012: 742-744), mientras que la constatación de individuos infantiles de diversas edades en el tofet, que no reflejan la mortalidad esperada para una sociedad antigua, ha sido interpretada como una elección deliberada de los niños sacrificados, que no serían exclusivamente elegidos en función de su edad (Smith *et al.* 2011: 871).

3.1.2. ARQUEOLOGÍA, EPIGRAFÍA Y ANTROPOLOGÍA DE LOS TOFETS

Estudios sistemáticos y de conjunto realizados en algunos tofets, como el de Mozia (Ciasca 1992), Cartago (Bénichou-Safar 2004) o Tharros (Floris 2022), han demostrado que cada santuario presenta una serie de características concretas, que implican la necesidad de abordar su análisis de forma individual. No obstante, estos espacios sacros también muestran una serie de rasgos arqueológicos comunes, que permiten clasificarlos como una categoría específica de santuarios. Desde un punto de vista topográfico, los tofets generalmente fueron ubicados en posiciones periféricas respecto a los asentamientos y en zonas ligeramente elevadas con

relación al terreno circundante. En algunos casos fueron delimitados por un recinto y en otros, como Mozia, fueron en parte rodeados por las murallas urbanas, quedando así englobados dentro del ámbito de la ciudad. Además, algunos de estos santuarios –como el de Tharros y, posiblemente, el de Cartago, el de Mozia y el de Sulky– se instalaron en “lugares con memoria”, concretamente sobre restos de estructuras precedentes: en el caso tharrense sobre un hábitat indígena, en el sulkitano y en el moziense sobre áreas funerarias previas, siendo posible que el tofet de Cartago también fuera construido sobre estructuras arquitectónicas preexistentes (Orsingher 2018b: 57; 62).

La mayor parte del espacio consagrado fue ocupado por el campo de urnas, que tendió a desarrollarse horizontalmente aprovechando la morfología de la roca madre para realizar las primeras deposiciones. Una vez se agotaba el espacio disponible, las urnas se cubrían con una capa de tierra, que permitía volver a contar con un área extensa disponible para hacer deposiciones *ex novo* (D’Andrea 2018a: 9). Aparte del campo, donde principalmente se colocaron las urnas y las estelas, dentro del recinto sacro también se han documentado diversas materialidades –altares, terracotas, máscaras, quemadores de incienso, miniaturas, etc.– y estructuras –como depósitos o *favissae*, pozos y templetos o capillas– que debieron servir para realizar actividades de servicio o prácticas de culto durante las ceremonias desarrolladas en estos lugares (fig. 3.3, a-b).

Un aspecto interesante sobre los tofets es que, hasta el momento, no se han documentado con certeza los *ustrina* donde debieron llevarse a cabo las cremaciones de los cuerpos de los individuos infantiles y los animales. Sin embargo, en algunos tofets –como Sulky y Monte Sirai– se ha señalado la presencia de marcas de combustión en algunas áreas, que podrían corresponderse con los lugares donde los cadáveres eran cremados (Orsingher 2015: 568). Asimismo, en Tharros se ha propuesto que los *ustrina* pudieron situarse al aire libre, sobre las estructuras del hábitat nurágico preexistente (Floris 2022: 102). Otro dato que parece apoyar que las cremaciones podrían darse en piras descubiertas son los patrones desiguales de cremación de los restos óseos. Además, es posible que las hogueras fueran utilizadas para realizar cremaciones sucesivas, tal y como parece desprenderse de la presencia residual de algunos fragmentos óseos, que pertenecen a diferentes individuos, en algunas urnas (D’Andrea 2018a: 12; 104).

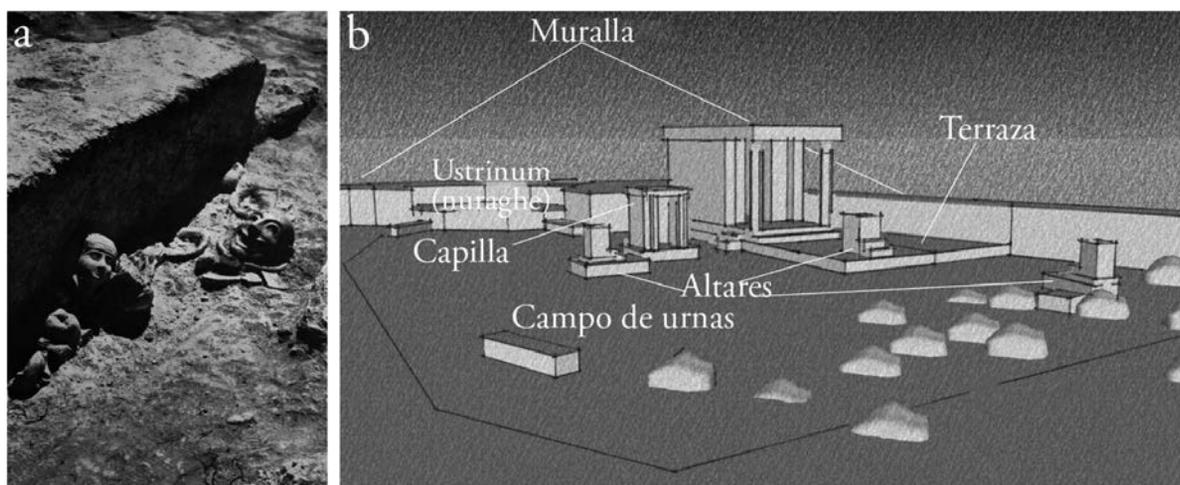


Fig. 3.3. Estructuras documentadas en los tofts. a) Favissa del tofet de Mozia, donde se hallaron algunos prótomos y una máscara de terracota (Ciasca 1964: tav. XLV); b) Reconstrucción de la segunda fase edilicia del tofet de Tharros (Floris 2022: tav. XIII).

Dentro del campo de urnas los vasos que contenían los restos de los niños y/o animales fueron depositados, tanto de forma individual como formando agrupaciones, en hoyos artificiales excavados en la roca o aprovechando las irregularidades naturales del terreno, siendo también, en algunos casos, protegidos por cistas líticas. Los vasos utilizados como cinerarios, normalmente, eran recipientes domésticos –cerámicas de cocina, mesa y almacenamiento– de diversas tradiciones. Estos fueron inicialmente cerrados con piedras o losas y, en periodos posteriores, con diferentes formas– como cuencos, platos, quemadores de incienso, ungüentarios y lucernas– cuya elección parece haber estado condicionada, principalmente, por el diámetro de la boca de la urna (Orsingher 2015: 567). En el interior de los vasos, sobre todo en las fases más arcaicas, se depositaron también algunos objetos como amuletos, joyas, miniaturas cerámicas, etc. (fig. 3.4, a-b) que, generalmente, han sido interpretados como elementos personales y/o de acompañamiento asociados a los niños/as y/o a los animales (D’Andrea 2018a: 12; Garnand 2022: fig. 5.8; Floris 2022: fig. 52).

Aparte de ser colocados en el interior de los cinerarios, en ocasiones, algunos de estos objetos –como los vasos cerámicos de pequeño tamaño y miniaturizados– fueron depositados en el exterior de las urnas, asociándose tanto a deposiciones singulares como a grupos de urnas (Bartoloni 1982a: 289; Melchiorri 2008-2009: 286). Estos vasos en miniatura, interpretados por algunos especialistas como juguetes (Bartoloni 1992: 145

contra Bénichou-Safar 2012: 266), reproducen a menor escala una amplia variedad de recipientes de uso doméstico y ritual, como ollas, platos, cuencos, quemadores de incienso, lucernas, jarras de boca de seta y trilobulada, etc. (Bartoloni 1992; 2022; Melchiorri 2008-2009: 328). En cuanto a su fabricación, las miniaturas documentadas en los tofts fueron elaboradas tanto a mano como a torno (fig. 3.4, b). Para algunas de las piezas elaboradas a mano, se ha sugerido que fueron manufacturadas por personas no expertas, posiblemente niñas y niños, como indican ciertas características, como su calidad mediocre, el escaso grado de estandarización y otros rasgos, que coinciden con los criterios utilizados en otras culturas arqueológicas para identificar las producciones cerámicas creadas por los individuos infantiles. Entre estos últimos se incluyen que los pequeños vasos no siempre están cocidos y que presentan asimetría no intencional, errores en la manufactura y paredes con grosores irregulares, lo que, en ocasiones, dificulta el establecimiento de analogías formales con sus prototipos de dimensiones normales (Rivera-Hernández 2020b: 398; figs. 3-4).

Además de la posibilidad de que fueran fabricadas por individuos infantiles, quienes mediante la observación y seguramente manipulación de algunos vasos y materias primas –como la arcilla– pudieron comenzar a adquirir los conocimientos y gestos relacionados con la artesanía cerámica, la ubicación de algunas miniaturas en el exterior de las urnas permite suponer

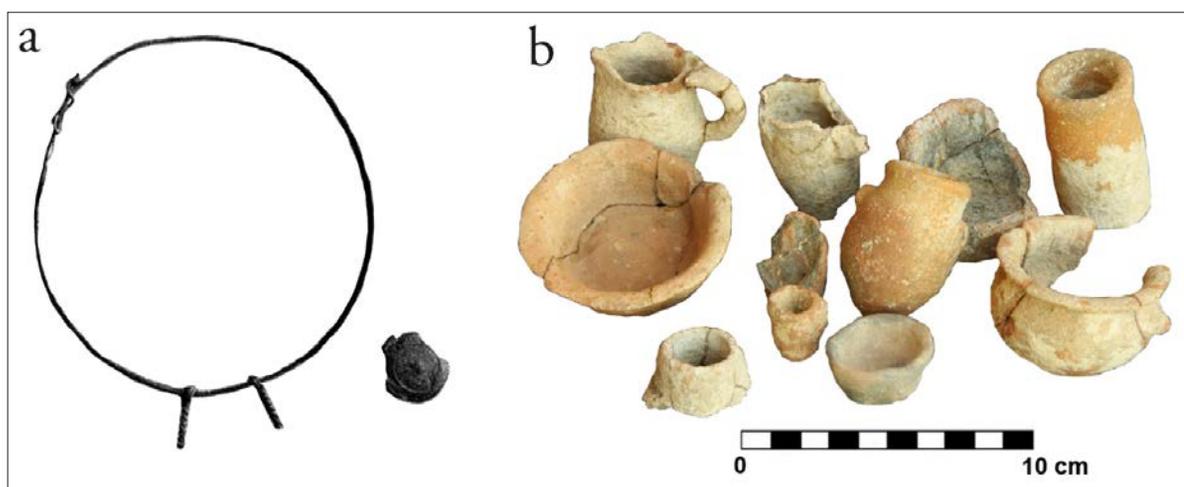


Fig. 3.4. Algunos objetos documentados en el tofet de Mozia. a) Collar y colgante de plata (Ciasca 1972: tav. LXX, 1); b) Miniaturas cerámicas (Orsingher 2018a: fig. 3).

que pudieron utilizarse –de forma simbólica o real– para realizar ofrendas de comidas, bebidas o sustancias aromáticas por parte de los participantes en las ceremonias desarrolladas en los tofets (Bernardini 2008a: 647; Orsingher 2015: 567). En este contexto, y teniendo en cuenta que la presencia de vasos miniaturizados en otras culturas arqueológicas se ha considerado como un indicio de la participación activa de individuos infantiles en ciertas actividades rituales (entre otros, Langdom 2013: 179; Uziel y Avissar Lewis 2013: 290; Garroway 2017), su presencia en los tofets sugiere la posibilidad de que estas pequeñas cerámicas fueran depositadas por niños y niñas, quienes podrían haber desempeñado un importante papel en las ceremonias desarrolladas en estos espacios sacros (Orsingher 2018c: 206; Rivera-Hernández 2020b: 400).

Volviendo a los elementos arqueológicos distintivos del tofet, las estelas –junto a las urnas– conforman una categoría de materialidades definitorias de estos lugares. Si bien las urnas se usaron desde el inicio de la utilización de los santuarios en el s. VIII a.C., como contenedores de los restos cremados de niños y/o animales, el empleo de las estelas se generalizó, sobre todo, a partir del s. VI a.C. Las estelas del tofet difieren de las funerarias tanto por las inscripciones, que son de carácter votivo, como por la iconografía que presentan. Un aspecto interesante de sus representaciones iconográficas es que aportan información sobre las identidades comunales de los usuarios de estos santuarios, pues parecen remarcar

los lazos culturales de estas gentes que llegaron a Occidente con su origen levantino, aunque algunas de ellas también introducen innovaciones occidentales, que podrían reflejar la creación de nuevas identidades colectivas (Quinn 2011).

Los símbolos más habituales entre los ss. VI y IV a.C. fueron los astrales, geométricos y/o vegetales de tradición levantina –como el betilo, las palmas y las palmetas–, los de inspiración egipciante –como el disco alado, el ureo, etc.– o el denominado signo de Tanit, que se encuentra en las ciudades fenicias orientales al menos desde el s. IX al III a.C. También aparecen representaciones antropomorfas femeninas con las manos en los senos o con el disco en el pecho, que son muy comunes en el Levante meridional durante la primera mitad del primer milenio a.C. y en la isla de Chipre a partir del s. VI a.C. Junto a estos símbolos de origen oriental aparecen otras iconografías como el *idolo a bottiglia*, cuyo uso parece estar prácticamente limitado a Occidente (Quinn 2011: 392-394). A partir de finales del s. IV y durante el s. III a.C. se observan ciertos cambios en el registro iconográfico de las estelas, que se incrementó con una serie de motivos figurativos procedentes del repertorio helénico. Reflejo de ello son algunas imágenes de objetos relacionados con las prácticas rituales, que representan algunos elementos típicamente griegos –como *lekythoi* o *kantharoi*–, aunque los símbolos más comunes seguirán siendo los típicamente fenicios y púnicos, como el signo de Tanit. Esto es interesante porque en este periodo los

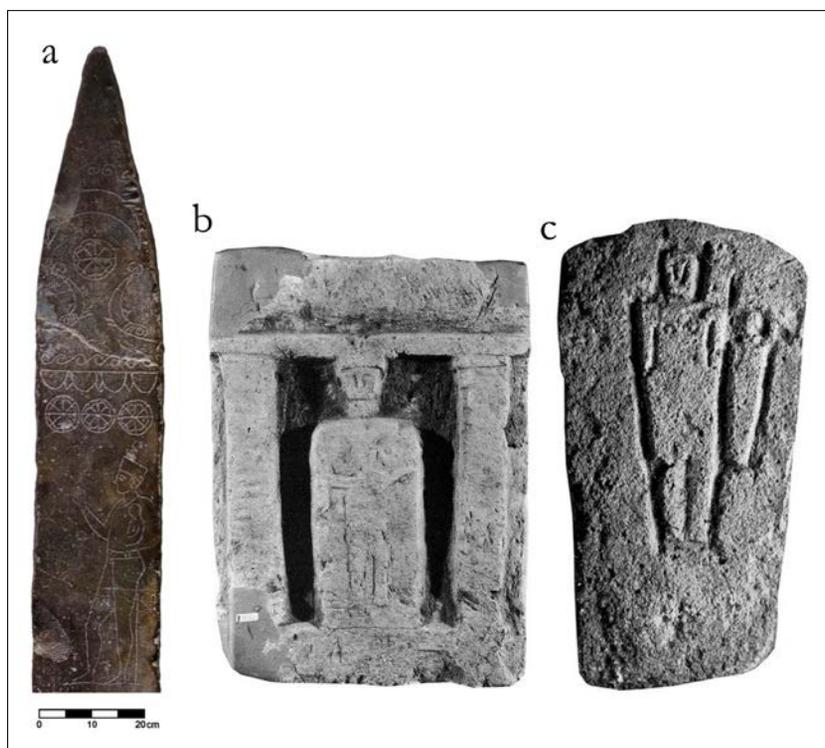


Fig. 3.5. Estelas con representaciones de niños. a) Cartago, estela del “Sacerdote con el niño” (Orsingher 2018a: fig. 7); b) Sulky, niño sentado sobre las piernas de un personaje femenino (Bondi 1972: tav. XXI, 42); c) Monte Sirai, niño representado junto a un personaje femenino (Bartoloni 1986: tav. XLIX, 279).

tofets y las ceremonias rituales que en ellos se desarrollaban se abrieron, de forma clara, a personas procedentes de otros sitios y culturas, tal y como muestran algunas inscripciones de las estelas del tofet de Cartago que reflejan que las dedicatorias fueron realizadas por personas no cartaginesas, entre las que destacan los sardos, los egipcios, una mujer noble de *Eryx* y otra que se llamaba *Euklea*, cuyo nombre está escrito en grafía griega sobre la estela (Quinn 2011: 398).

En cuanto a las representaciones de las estelas, es notable la escasez de iconografías directamente relacionadas con las niñas y niños. Hasta la fecha, sólo se han identificado algunas estelas cartaginesas de época helenística en las que se representan individuos infantiles de corta edad como *temple boys*. Además, se conocen otra serie de estelas procedentes, principalmente, de los tofets de Sulky, Tharros, Cartago y Monte Sirai, donde los pequeños aparecen junto a personajes femeninos y masculinos (fig. 3.5) (D’Andrea 2018a: 23-24). Entre estas últimas, destaca la famosa estela del sacerdote con el niño, en la que se representa un personaje masculino que sostiene a un bebé en brazos. La posición alzada de su brazo derecho y su mano abierta se ha leído como un gesto relacionado con un acto religioso (fig. 3.5, a). De este

modo, algunos investigadores han interpretado esta imagen como la de un sacerdote que llevaría en brazos a un niño para ser sacrificado, siendo utilizada para respaldar la hipótesis de la tesis sacrificial desde comienzos de la investigación (Pace 1925: 157-160).

Como se ha mencionado previamente, todas las inscripciones de los tofets son de tipo votivo y difieren de las de carácter funerario. Por lo general, las inscripciones funerarias fenicias se caracterizan por indicar el nombre del difunto, sólo en algunas ocasiones ofrecen información adicional sobre el fallecido y, muy raramente, maldiciones contra los infractores de la sepultura. Por el contrario, las inscripciones del tofet eran dedicatorias dirigidas al dios Baal Hammon y, a partir del s. V a.C., también a la diosa Tanit. Estas presentan un formulario generalmente estereotipado, indicando que el voto se había hecho porque los dioses habían escuchado la oración del dedicante o para pedir que este fuera escuchado. Además, es significativo que en ellas nunca aparece el nombre del niño/a fallecido/a (Bonnet 2011: 383). De este modo, las estelas del tofet siempre conmemoran algo que se ha hecho (*p’l*), dado (*ym*), colocado (*šm*), dedicado (*ndr*) o sacrificado (*zbh*) a los dioses, expresiones vinculadas a la realización de sacrificios y/o ofrendas que aparecen con frecuencia

en multitud de inscripciones fenicias y púnicas de diversos lugares sacros, a través del tiempo y el espacio (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 163; 167-168).

Sin embargo, las inscripciones del tofet presentan unas características especiales dentro de la epigrafía votiva fenicia, que muestran su conexión con un acto específico y bien definido, exclusivo de este espacio sagrado. Esta acción votiva, de ofrenda o sacrificio, en el tofet se indica con el término *mlk*. Así, las fórmulas inscritas en las estelas estaban compuestas por los siguientes elementos: mención del objeto inscrito –la estela conmemorativa que no es la ofrenda en sí, sino el testigo o símbolo que la recoge y atestigua su permanencia–; mención del acto votivo –*mlk* + complemento–; la fórmula que indica que el acto fue un regalo y el nombre del oferente –verbo + sujeto–; el sintagma que recoge a la divinidad/es a quien está realizada la ofrenda y, en ocasiones, una expresión de acción de gracias porque la deidad ha escuchado la oración del donante –*k šm' ql dbry*– o de petición para que el dios escuche al dedicante –*yšm' ql'*– (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 170-176).

Aunque la expresión que denota la oferta –*mlk*– no es completamente clara, la interpretación general de las fórmulas es la siguiente: una persona, el/la oferente, ha colocado una estela que conmemora un *mlk* –sacrificio– que consiste en un *b'l'dm* –señor, ciudadano, persona, individuo, ser humano– o un *'mr* –cordero– (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 170-171). Por tanto, si bien es cierto que ninguna inscripción señala de forma explícita que los niños, hijos, recién nacidos o nacidos muertos fueran la ofrenda realizada a los dioses, las inscripciones reflejan que en los rituales desarrollados en los tofets se ofrecieron víctimas –animales y/o humanas–, pudiendo estar entre estas últimas los niños/as.

La información epigráfica del tofet también permite observar que en los rituales desarrollados en estos santuarios participaron hombres, mujeres y grupos de personas pertenecientes a diversas clases sociales. Las estelas muestran el nombre del dedicante, generalmente un hombre, y su filiación, normalmente indicada con el nombre del padre, aunque en ocasiones la genealogía retrocede mucho en el tiempo. Sin embargo, en el tofet de Cartago no faltan dedicatorias realizadas por mujeres que, en algunos casos, aportan ascendencia femenina (Amadasi Guzzo 1988; 2019; Ruiz Cabrero 2009: 13; Pla Orquín 2021a) y que permiten romper con la visión única del hombre como el protagonista exclusivo de los rituales públicos. En los tofets de época tardía también existen

algunas estelas donde las dedicatorias no están realizadas por un único individuo sino por dos dedicantes, posiblemente conectados por relaciones familiares, e incluso por grupos de personas pertenecientes a una misma comunidad, asociación o categoría específica. En ocasiones, las inscripciones también recogen la profesión de los dedicantes, mostrando que estos pertenecían a clases sociales bien diferenciadas, desde aristócratas –sufetes, rabs y sacerdotes– hasta artesanos, mercaderes, escribas e incluso esclavos (Ruiz Cabrero 2009). Estos datos indicarían que en las ceremonias rituales desarrolladas en estos santuarios intervenían todos los miembros de la comunidad, no estando limitada la participación por cuestiones de género ni clase social (D'Andrea 2018a: 27-29). Asimismo, cabe suponer que si los niños y niñas ofrecidos a las divinidades eran descendientes de los participantes, estos también debían provenir de diversos orígenes sociales y no estar exclusivamente vinculados a los estratos más elevados de la comunidad.

Aunque el elemento más característico de los tofets son las urnas que funcionaban como cinerarios, el alto grado de información que el análisis antropológico de los restos óseos infantiles puede ofrecer no ha sido explotado hasta hace, relativamente, poco tiempo. Esta infravaloración de los datos antropológicos, en parte, debe atribuirse a la propia estrategia de la investigación arqueológica en ámbito fenicio y púnico donde, no sólo en los tofets sino también en las necrópolis, ha primado el estudio de los objetos frente al estudio de las personas y sus restos materiales: los cuerpos. No obstante, el gran interés que suscitó el tofet desde su descubrimiento ha motivado que en algunos de estos santuarios, como el de Cartago, se hayan realizado estudios antropológicos de forma intermitente, desde la década de 1920 hasta la actualidad (Melchiorri 2013: 223-224). Aparte del tofet de la capital norteafricana, este tipo de análisis sólo se han realizado en los santuarios de Susa, Sabratha, Henchir el-Hami y Volubilis en el norte de África, Mozia en Sicilia y Tharros y Sulky en Cerdeña. En otros santuarios de época tardo-púnica y romana se han desarrollado exámenes autópticos sobre los restos óseos –en ocasiones llevados a cabo por no especialistas, por lo que sus resultados deben tomarse con cierta precaución– que también han permitido determinar la presencia de criaturas que fallecieron a muy temprana edad (D'Andrea 2018a: 17).

Aparte de la escasez de estudios, existen otros problemas que han provocado que los datos antropológicos sean poco valorados a la hora de interpretar las prácticas

que podían llevarse a cabo en estos santuarios. En primer lugar, se debe tener en cuenta que algunos de estos análisis se han realizado sobre muestras muy limitadas, en períodos muy diversos y utilizando metodologías diferentes. De hecho, los primeros estudios cuentan con algunas limitaciones técnicas, por ejemplo, a la hora de precisar las estimaciones de edad de las criaturas. Asimismo, muchos de estos trabajos no han tenido en cuenta el contexto arqueológico ni estratigráfico de las urnas cinerarias, impidiendo datar las deposiciones y, por tanto, realizar comparaciones diacrónicas y sincrónicas dentro de un mismo santuario, pero también establecer paralelos con las pautas observadas en otros centros sacros. En último lugar, cabe señalar que, en ciertos casos, los resultados obtenidos se han visto influenciados por las tesis interpretativas de los antropólogos/as y/o de los investigadores encargados de su publicación, así como por la tesis dominante –sacrificio vs. muerte natural– de la época en que fueron realizados. A todo ello, cabe añadir la dificultad que implica analizar, de forma general, los restos óseos humanos no-adultos, lo que en el caso del tofet se acentúa al estar cremados y mezclados con restos de animales, también principalmente inmaduros. Estas circunstancias, de hecho, impiden conocer algunos aspectos clave a la hora de valorar las prácticas que se realizaron en estos santuarios como, por ejemplo, la causa de la muerte de los pequeños (Melchiorri 2013; D’Andrea 2018a: 17). Los motivos anteriormente expuestos, por tanto, implican que sea necesario tener cierta cautela al emplear, cotejar y generalizar estos datos. Sin embargo, posibilitan hacer una serie de valoraciones útiles para conocer y comprender algunas de las características de los individuos infantiles que fueron incinerados y depositados en estos santuarios.

El conjunto de datos osteológicos ha permitido observar tres combinaciones que se dieron de forma generalizada en el interior de las urnas de todos los santuarios: 1) uno o raramente más niños fallecidos, comúnmente, entre el nacimiento y los 6-9 meses de vida; 2) uno o raramente más animales, generalmente ovicápridos inmaduros, cremados poco después de nacer y 3) restos de niños mezclados con restos de animales (tab. 3.1). La mayor parte de las urnas con restos humanos –combinados o no con animales– habitualmente contenían un único niño, aunque en algunos tofets como Mozia, Sulky y Tharros se han señalado algunos cinerarios con más de un individuo. Sin embargo, estos sólo supusieron entre el 1-2% de los casos. Por el contrario, los análisis antropológicos realizados por

dos equipos distintos sobre la misma muestra –450 urnas– procedente del tofet de Cartago reflejan una situación más variada: ambos equipos han demostrado la presencia de dos niños en un número importante de urnas, con porcentajes que varían entre el 25 y el 30%; mientras que un número más pequeño de urnas –entorno al 15%– habría contenido tres, cuatro e, incluso, cinco niños (D’Andrea 2018a: 19-21).

Por lo que respecta a la edad, se observa que la mayoría de los individuos perecieron entre el nacimiento y los seis o nueve meses de vida extrauterina. Además, los análisis antropológicos efectuados en el tofet de Cartago han corroborado la presencia de fetos, previamente sugerida pero no verificada. No obstante, los dos equipos que han trabajado sobre la misma muestra han obtenido unos resultados porcentualmente desiguales, que varían entre el 3% (Smith *et al.* 2011: 866) y el 23% (Schwartz *et al.* 2012; fig.1). Los datos obtenidos en relación a las criaturas fallecidas entre el nacimiento y los seis meses también difieren entre el 81% (Smith *et al.* 2011: 866) y el 62% (Schwartz *et al.* 2012; fig.1). Pese a que la mayoría de bebés murieron antes de cumplir el año de vida, los análisis antropológicos llevados a cabo, desde el siglo pasado, han permitido detectar la presencia, aunque minoritaria, de individuos infantiles de mayor edad. Tal es el caso de Tharros, donde se ha registrado al menos un niño que falleció en torno a los cinco años (Fedele y Foster 1988: 33). Asimismo, en el tofet de Sulky se han documentado cinco o seis urnas con restos óseos de individuos que fallecieron en edades comprendidas entre uno y cuatro o cinco años (Melchiorri 2008-2009: 263). En Cartago, por su parte, se han hallado dos individuos infantiles que fallecieron, respectivamente, entre los seis y nueve años (Docter *et al.* 2003: 424; tab. 1) y los diez o doce años (Pallary 1922: 207).

Como se ha señalado previamente, uno de los equipos de investigación que ha trabajado en Cartago ha llevado a cabo la determinación del sexo de 70 individuos infantiles a partir del ilion. De este grupo, 40 han sido identificados como femeninos y 30 de probable sexo masculino (Schwartz *et al.* 2010: 9; tab. 1; Schwartz 2016: 121). Es importante destacar que estos datos deben ser tomados con suma prudencia, dado que la determinación del sexo en individuos no-adultos mediante criterios morfométricos conlleva ciertas dificultades. Sin embargo, en caso de confirmarse, respaldarían la teoría de que en este espacio sacro se daba la deposición tanto de niños como de niñas. Además, si se pudiera verificar la existencia de prácticas

Tofet	Número y cronología urnas	Infantiles	Animales	Infantiles + animales
Cartago	Nº urnas= 342 (ss. VIII-II a.C.)	71.4%	7.3%	21.3%
Mozia	Nº urnas= 541 (ss. VIII-IV/III a.C.)	27.7%	62.6%	9.7%
Sulcis	Nº urnas= 88 (m.s. VIII-m.s. VI a.C.)	15.9%	39.8%	44.3%
Tharros	Nº urnas= 372 (ss. VII-II a.C.)	58.5%	20.1%	21.4%
Hr. el-Hami	Nº urnas= 224 (ss. III a.C.-II d.C.)	67%	24%	9%
Tofet	Número y cronología urnas	Información Principal		
Susa	Nº urnas= ca. 200 (VII/VI a.C.-I/II d.C.)	Progresiva disminución de los restos humanos y correspondiente aumento de los animales. A partir de la fase 6 (segundo/tercer cuarto del s. II a.C.) las urnas sólo contienen restos animales.		
Sabratha	Nº urnas= ca. 150 (m.s. III a.C.-s. I d.C.)	Sólo restos animales (en gran medida ovicápridos no nacidos).		
Althiburos	Nº urnas= ? (ss. III/II a.C.-II d.C.)	Presencia significativa de niños que fallecieron <i>in tenerissima età</i> .		
Volubilis	Nº urnas= ? (ss. I a.C.-I d.C.)	Solo restos de animales (sobre todo ovicápridos y avifauna).		

Tab. 3.1. Tabla con los principales datos antropológicos procedentes de los tofets (a partir de D'Andrea 2018a: tab. 3).

de sacrificio ritual, demostraría que tanto las pequeñas como los pequeños eran considerados aptos y de igual valor para funcionar como ofrendas a los dioses, rompiendo con el tópico tradicional del sacrificio del primogénito varón, recogido por algunos autores clásicos.

En relación con las patologías, ya se ha mencionado que algunos individuos infantiles de Sulky padecieron anemia, siendo probable que también algunos procedentes de Cartago presentaran diversas afecciones o enfermedades. Sin embargo, en ningún caso se ha podido constatar la presencia de deformidades físicas evidentes en los restos óseos de los pequeños, que pudieran haber causado su muerte de forma intencionada. Asimismo, estos estudios tampoco han permitido advertir marcas de trauma o corte en los huesos, que pudieran hacer referencia al mecanismo sacrificial (Melchiorri 2008-2009: 265), lo cual no es de extrañar si se tienen en cuenta la dificultad de establecer causas de muerte o patologías a partir de fragmentos óseos infantiles incinerados (Ceruti 2018: 129).

Los resultados obtenidos tanto de los análisis antropológicos como de los autópticos, también han permitido revisar algunas de las teorías que proponían que, a partir de época tardo-púnica y romana, los sacrificios infantiles serían sustituidos por sacrificios de animales. De facto, estos estudios han demostrado la coexistencia de diversas realidades durante este período: en los tofets de Althiburos y de Henchir el-Hami se ha documentado una

presencia importante de niños, mientras que, al parecer, en Sabratha y Volubilis la muestra analizada se caracterizaba por la ausencia de restos óseos infantiles (D'Andrea 2018a: 18).

En algunos tofets, como el de Mozia, también se han realizado estimaciones relativas al número de deposiciones que debieron darse cada año (Ciasca *et al.* 1996: 319; nota 6). A pesar de que este tipo de cálculos deben ser considerados con cierta cautela, en primer lugar, porque se han realizado sobre áreas parcialmente excavadas y no sobre la extensión total de los santuarios y, en segundo lugar, porque no tienen en cuenta la cronología de las urnas, no parecen mostrar que el número de deposiciones realizadas anualmente se corresponda con la tasa de mortalidad infantil estimada para las sociedades preindustriales. De hecho, los datos disponibles hasta el momento indican que el número medio de deposiciones varió, según los santuarios, entre una y una decena de urnas al año (Bartoloni 2012: 215-216; 2015: 163; D'Andrea 2018a: 16).

A lo largo de este apartado se ha podido observar que los datos arqueológicos y osteológicos disponibles, hasta el momento, no permiten afirmar de manera concluyente si los niños de los tofets fueron sacrificados o depositados en estos santuarios tras morir por causas naturales. Como recientemente ha señalado Bruno D'Andrea, en la actualidad, no contamos con *dati oggettivi che permettano di interpretare con certezza la funzione e i culti dei tofet* (2014: 21; 2018a: 1). Sin embargo, las inscripciones

de las estelas votivas –que documentan la realización de ofrendas a la/s deidades/es para expresar gratitud por un favor recibido o para realizar una petición– sugieren que las prácticas llevadas a cabo en estos lugares eran acciones rituales planificadas, posiblemente de naturaleza sacrificial, en lugar de respuestas aleatorias a muertes imprevistas (McCarty 2019: 318). Esta interpretación de los tofets como espacios sacros destinados al sacrificio puntual de bebés también se vería respaldada por los relatos de los autores clásicos y veterotestamentarios que, como se ha visto previamente, identificaron la práctica del sacrificio humano, y concretamente del infantil, como un rasgo identitario de las gentes fenicias y púnicas (Garnand 2022: 76; 78).

Esto no quiere decir que la totalidad de información proporcionada por las fuentes clásicas y bíblicas sea necesariamente precisa. Como se ha analizado previamente, el método sacrificial al que aluden algunos autores greco-latinos, que consistiría en arrojar a los niños al fuego a través de una estatua colosal del dios Cronos, no concuerda con los patrones de cremación observados en los restos óseos infantiles que, por el contrario, sugieren que los pequeños cadáveres eran incinerados en piras al aire libre. Asimismo, la visión tendencialmente negativa que se desprende de las fuentes escritas, que enfatizan la aparente falta de emociones por parte de las madres de las criaturas que participaban en los rituales sacrificiales, puede ser reevaluada a la luz de los propios testimonios greco-latinos, que mencionan la costumbre de los progenitores de sustituir a sus propios hijos por otros niños. Esto parece indicar que la ofrenda de bebés a los dioses tenía un alto coste emocional para las personas que habitaban en estas comunidades.

En consecuencia, la práctica del sacrificio infantil en los tofets no debió implicar una falta de sensibilidad o una ausencia de amor hacia las niñas y niños, que podría reflejar el bajo valor social de los más pequeños, sino más bien todo lo contrario: se ofreció a los dioses el bien más querido, la propia descendencia, lo que probaría el más alto grado de devoción (Amadasi Guzzo y Zamora López 2013: 179). Por lo tanto, ni los progenitores que pudieron ofrecer a sus descendientes ni los dioses de los tofets deben ser considerados monstruos sanguinarios. De hecho, parece que estas deidades eran percibidas como entidades protectoras, benevolentes y misericordiosas, a quienes tanto hombres como mujeres, de diferentes estratos socioculturales, se dirigían, para expresar gratitud o hacer peticiones. En este sentido, el tofet podría

ser considerado más como un santuario de la vida que de la muerte. Además, la presencia en estos lugares de una gran cantidad de objetos, tanto de tamaño *standard* como miniaturizados, relacionados con diversas prácticas rituales –como lucernas, quemaperfumes, terracotas y máscaras, entre otros– así como de vasos cerámicos vinculados a la cocina y la comensalidad, junto con la iconografía de algunas estelas, indican que en estos espacios sacros pudieron haberse llevado a cabo banquetes y otras acciones ceremoniales, como libaciones y/o danzas. Estos datos, por tanto, sugieren que los rituales en los tofets no se limitaban, exclusivamente, a la realización de un sacrificio trágico, sino que incluían una gran variedad de acciones culturales encaminadas a consolidar y mantener las relaciones fructíferas entre los dioses y las personas (Bonnet 2011: 383-384).

En esta sección también se ha visto que la evidencia epigráfica corrobora que las ofrendas realizadas en estos espacios cívicos pudieron haber tenido un carácter tanto individual como colectivo. Esto se refleja en las estelas erigidas, las cuáles tenían la finalidad de dejar constancia de la realización del ritual y debían ser visibles para todos los participantes en las ceremonias desarrolladas en los tofets. De este modo, estos santuarios pueden ser considerados como sitios cruciales para la negociación de identidades –tanto individuales como colectivas– y representan espacios donde la religión, la muerte y los miembros de la comunidad convergieron dando lugar a la construcción, transmisión y negociación de diferentes valores sociales e identidades culturales (Bonnet 2011: 373; Quinn 2011: 390).

En lo que respecta a los individuos infantiles depositados en los tofets, los análisis antropológicos demuestran que la mayoría de criaturas sobrevivieron al parto. Sin embargo, la presencia de fetos y/o perinatos permite suponer que las causas que llevaron a la deposición de los pequeños en estos espacios pudieron ser variadas, respondiendo a comportamientos humanos complejos, más que a una única explicación como la del sacrificio infantil. De este modo, es probable que en estos santuarios fueran depositados algunos bebés que murieron de forma natural junto a otros que pudieron ser objeto de sacrificio (Xella 2013: 271). Además, es importante considerar que las prácticas y normas rituales podrían haber variado entre santuarios, a lo largo del tiempo y del espacio, y en respuesta a las condiciones políticas, sociales y económicas que afectaban a las diferentes comunidades que utilizaron estos lugares a lo largo de los siglos.

Lo que resulta evidente es que, en estos santuarios, los restos óseos cremados de los pequeños y, por extensión, las niñas y niños desempeñaron un papel fundamental en las relaciones contractuales entre las personas y los dioses. De hecho, el estudio del tofet revela que los bebés, fallecidos por causas naturales y/o víctimas de sacrificio, ejercían un rol central en los rituales llevados a cabo en estos espacios, que funcionaban como lugares ideales para la construcción de las identidades diaspóricas. Es precisamente esta importancia de las niñas y niños lo que los eleva y empodera como seres de un valor excepcional que, durante más de seis siglos de historia, fueron considerados las ofrendas más preciadas para presentar a las deidades.

3.2. TÓPICOS Y ESTEREOTIPOS SOBRE “LOS OTROS NIÑOS”

Se echan en falta estudios de conjunto de tumbas infantiles para cada circunscripción fenicio-púnica, de la misma forma que una diferenciación en cuanto a rangos de edad.
(Marín Ceballos 2016: nota 21)

En la introducción de este libro se ha explorado cómo la influencia de las corrientes postprocesuales y, concretamente, de la arqueología de género y de la infancia ha motivado que en los estudios fenicios y púnicos se haya dado un incremento del interés por el análisis de grupos de personas, tradicionalmente, ignorados en las narrativas arqueológicas, como las mujeres y los niños. Esto ha resultado en la publicación de una serie de trabajos que abordan, de forma directa o indirecta, el análisis de distintas temáticas relacionadas con la infancia en estas comunidades. Sin embargo, y a pesar de este progreso, los análisis específicos sobre las tumbas infantiles siguen siendo relativamente escasos (véase § 1.1). Esta circunstancia ha llevado a algunos especialistas a señalar, con relación a las sepulturas infantiles, que *le travail resta à faire* (Fantar 1990-1992: 54), mientras que otros han afirmado que *la documentazione relativa ai bambini è, come al solito, piuttosto scarsa* (D’Andrea 2018a: 50) o que *poca información sobre el niño nos proporcionan sus tumbas* (Marín Ceballos 2016: 98).

Esta invisibilidad de las sepulturas infantiles en las necrópolis fenicias y púnicas y, por extensión, de los niños y niñas allí enterrados, también es perceptible en algunas monografías focalizadas en estudiar el tratamiento

funerario de los individuos inmaduros en la antigüedad. Esto, por ejemplo, puede advertirse en un libro recientemente publicado por Maureen Carroll (2018), titulado *Infancy and Earliest Childhood in the Roman World*. Concretamente, en el capítulo titulado *Infants and children in Pre-Roman Mediterranean Societies*, donde la autora realiza una revisión de las tumbas infantiles en diversos contextos mediterráneos datados entre los siglos VIII y II a.C., no se hace ninguna referencia a las tumbas de los pequeños/as en los cementerios fenicios y púnicos (Carroll 2018: 15-50). De hecho, la única mención realizada al período de la infancia en estas comunidades aparece en el apartado *Infant Sacrifice, Infanticide and Exposure*, en el que se expone la problemática interpretativa relativa a las prácticas desarrolladas en los tofets (Carroll 2018: 166-170).

Como se ha señalado en varias ocasiones, precisamente, han sido los esfuerzos realizados por los investigadores para negar o afirmar la existencia del sacrificio infantil en estos santuarios, lo que ha motivado que el estudio de los individuos de corta edad enterrados en los cementerios haya sido relegado a un segundo plano. De hecho, la atención prestada al sacrificio infantil ha sido tal, que se ha llegado a proponer que algunos niños enterrados, formalmente, en las necrópolis también pudieron ser sacrificados. Este es el caso, por ejemplo, de una serie de tumbas tardopúnicas pertenecientes a individuos inmaduros –fallecidos entre los seis meses y los diez años de edad– localizadas en la Avenida López Pinto de Cádiz, que fueron interpretadas como sacrificios infantiles: (...) *parece bastante seguro que se trata de sacrificios infantiles, muy posiblemente en honor a Baal Hammon, y en cuanto a la modalidad de los mismos y su no inclusión en uno de estos recintos funerarios específicos llamados, según el término bíblico, tofets, podría deberse a varias causas* (Marín Ceballos 1983: 35-38). Otro caso similar sería el de la necrópolis sevillana de Cruz del Negro, donde en relación a las inhumaciones infantiles se dice: *Analizadas de forma muy general algunas de las muchas teorías que existen en relación a las inhumaciones infantiles y su interpretación ritual, su explicación concreta en el ámbito de Cruz del Negro sigue resultando dudosa, ya que este yacimiento no posee ninguna zona que presente las características de un «tophet» (...) sólo podríamos acogernos a lo expuesto en alguna ocasión de que la práctica del rito «mlk» puede revestirse de importantes variantes locales* (Jiménez Barrientos 1990: 218-219).

Pese a la existencia de esta fijación con la práctica del sacrificio infantil, ya desde el comienzo de las primeras investigaciones en las necrópolis –y, sobre todo, en el período anterior al descubrimiento arqueológico de los tofets– algunos investigadores señalaron la existencia, incluso abundante presencia, de tumbas infantiles en algunos cementerios fenicios y púnicos. Este es el caso, por ejemplo, de Antonio Taramelli quien, a comienzos del s. XX, escribió esta noticia sobre la necrópolis sarda de Tu-vixeddu: *Fra la deposizione dal Predio Ibba appaiono le più semplici, oltre a molte di bambini, nelle loro anfore* (...) (1912: 84). Sin embargo, no será hasta mediados de la década de 1970 cuando se publique el primer estudio dedicado a analizar las sepulturas de inhumación de los individuos infantiles en las necrópolis del Mediterráneo occidental. En este trabajo, Antonio Tejera Gaspar concluyó que las tumbas de los pequeños se caracterizaban por presentar una gran uniformidad –pues principalmente fueron inhumados en ánforas, fosas o cistas líticas– y por su carencia de ajuar (1975: 790).

Unos años más tarde, Hélène Bénichou-Safar (1982) publicó su conocida monografía sobre las necrópolis de Cartago, que continúa siendo una obra de referencia para el estudio de los rituales funerarios y las tipologías sepulcrales en los cementerios fenicios y púnicos. Aunque en este trabajo la autora no se centraba, específicamente, en analizar las tumbas infantiles, realizó una serie de consideraciones sobre las mismas, que han sido especialmente influyentes a la hora de tratar el tema de las sepulturas de las niñas y niños en estas comunidades.

En esta monografía y en un artículo previo (1981), H. Bénichou-Safar afirma que las tumbas de los individuos infantiles, que murieron entre el nacimiento y los diez años de edad, fueron extremadamente raras en las necrópolis cartaginesas, constituyendo un porcentaje menor al 5% de los más de 2000 enterramientos registrados. Teóricamente, esta ausencia de enterramientos infantiles habría sido especialmente notoria durante el período arcaico –ss. VIII-VI a.C.–, pues el 90% del total de las sepulturas serían posteriores al s. V a.C. Asimismo, esta autora afirmó que, durante los ss. IV y II a.C. –período en que se reintroduce el ritual de la cremación–, los pequeños habrían recibido un tratamiento funerario diferenciado, siendo principalmente inhumados en vasos cerámicos que, generalmente, eran colocados formando agrupaciones en el terreno de las necrópolis. En un número menor de casos, los individuos infantiles habrían tenido derecho a ser enterrados en fosas de pequeño tamaño,

siendo raramente colocados en las cámaras hipogeicas junto a sus mayores. De este modo, las tumbas infantiles se habrían caracterizado por estar excavadas a poca profundidad en el suelo de la necrópolis siendo, en algunos casos, los pequeños depositados directamente sobre la superficie de la roca. Estas sencillas características contrastan con las definidas para los adultos, quienes habrían sido enterrados en las sepulturas más monumentales, como hipogeos, pozos y fosas muy profundas. Según esta autora, las niñas y niños también habrían sido acompañados por ajuares relativamente pobres y estandarizados, que estarían principalmente compuestos por biberones, cuencos, joyas y amuletos (Bénichou-Safar 1981: 7-8; 1982: 65; 67; 94; 97; 340-343).

No fue hasta finales de la década de 1980, cuando Carlos y Francisco Gómez Bellard (1989: 211) reclamaron, de forma directa, la falta de atención mostrada por los especialistas hacia los niños enterrados en las necrópolis, publicando varios trabajos en los que, principalmente, se centraban en estudiar las tumbas infantiles, conocidas hasta la época, en los cementerios ibicencos. En estos trabajos los autores también llamaron la atención sobre algunas cuestiones metodológicas vinculadas al estudio de los individuos inmaduros, como la necesidad de introducir de forma sistemática análisis antropológicos que permitieran conocer la edad concreta de los pequeños (Gómez Bellard 1983; Gómez Bellard *et al.* 1992; 1995). Asimismo, plantearon algunas interesantísimas cuestiones teóricas que, aún en la actualidad, no han sido resueltas, como: *¿A qué edad hay que empezar a considerar a los elementos juveniles como adultos, o, más simplemente, cuándo dejan los niños de ser niños?* (Gómez Bellard *et al.* 1992: 101).

Pese a este importante reclamo realizado por los hermanos Gómez Bellard, en las publicaciones arqueológicas han persistido una serie de creencias y estereotipos sobre las sepulturas infantiles en los cementerios fenicios y púnicos, que derivan de algunos estudios tradicionales. Este conjunto de clichés, que define las tumbas infantiles por su sencillez y pobreza, generalmente, se ha aplicado de forma acrítica a la mayoría de necrópolis, sin realizar estudios específicos ni sistemáticos y sin tener en cuenta la evolución cronológica ni la variabilidad regional, que pudo haber afectado a las prácticas funerarias de los individuos inmaduros. Esta circunstancia, a su vez, ha tenido dos consecuencias fundamentales: por un lado, ha provocado que la información que pueden proporcionar las tumbas de las niñas y niños haya sido subestimada por

la mayoría de especialistas y, por otro lado, ha llevado a retratar a sus pequeños ocupantes como un conjunto socialmente homogéneo, estático y marginal en comparación con el de los adultos en estas comunidades.

Entre los tópicos que más se ha repetido sobre las sepulturas infantiles en los cementerios destaca el de que estas están escasamente representadas (entre otros, Bénichou-Safar 1981: 6; 2005: 129-130; 2012: 263; Bechtold 1999: 230-231; 281; Wagner *et al.* 2000: 615; Marín Ceballos 2016: 98; McCarty 2019: 319). Según algunos autores, esta baja representatividad podría reflejar el estado marginal de las niñas y niños dentro de la sociedad de los vivos pues, al no haber pasado determinados ritos de iniciación, no serían aceptados ni en los espacios funerarios comunales ni en la sociedad de los muertos (Bénichou-Safar 2005: 125-126). Recientemente, se han propuesto otras interpretaciones que relacionan esta escasa presencia infantil en las necrópolis con la probable existencia de una baja tasa de natalidad en estas comunidades (Martín Ruiz 2020: 29).

En relación con esta aparente escasez, e incluso pretendida ausencia, de individuos infantiles en los cementerios es fundamental considerar que en las necrópolis fenicias y púnicas *son pocas las excavaciones lo suficientemente exhaustivas para poder identificar con seguridad el número real de niños y adultos que existen* (Wagner *et al.* 2000: 615). De hecho, en el contexto de este estudio se ha observado que la mayoría de informes y memorias de excavación publicados, desde finales del s. XIX y durante todo el s. XX, tienden a utilizar una serie de términos neutros, como “cuerpo”, “deposición”, “esqueleto” o “individuo”, para referirse a las personas localizadas en el interior de las sepulturas. A pesar de que dichos términos impiden conocer tanto el sexo como la edad de las personas enterradas, el enfoque predominantemente androcéntrico de la disciplina fenicio-púnica ha llevado a asociar estos “cuerpos”, “deposiciones”, “esqueletos” e “individuos”, mencionados en las publicaciones, con adultos preferentemente masculinos. Sin embargo, si se llevara a cabo un estudio realmente objetivo y sistemático sobre las tumbas claramente identificadas como pertenecientes a adultos en los trabajos publicados, es posible que estas fueran igual de escasas que las infantiles.

Es interesante señalar que esta inclinación a relacionar estos términos neutros con individuos adultos ha sido especialmente notoria en el caso de tumbas de gran monumentalidad, como los hipogeos, que en teoría

no habrían podido ser utilizadas para enterrar a individuos de escaso valor social, como las niñas y niños. Sin embargo, recientes análisis antropológicos realizados en algunas sepulturas de esta tipología han demostrado que, en ciertos casos, también se utilizaron para inhumar a los individuos de corta edad. Un ejemplo de ello es la T. XXX de la necrópolis sarda de Othoca, una gran tumba monumental de tipo *caveau batti*, que fue excavada entre las campañas de 1984 y 1987. En la publicación original (Nieddu y Zucca 1991), se mencionan distintas *deposizioni funerarie*, que recientemente han sido identificadas como los restos óseos pertenecientes a un total de 14 individuos. De estos, ocho eran infantiles, con edades que oscilaban entre el nacimiento y los tres años, dos adolescentes que fallecieron entre los diez y los quince años y sólo cuatro eran adultos (Del Vais 2010: fig. 10; Pusceddu *et al.* 2011).

Otro tema que ha atraído la atención de los investigadores es el de determinar la edad a la que los infantiles tendrían derecho a acceder a las áreas funerarias comunitarias, así como observar si algunos individuos serían excluidos de las mismas con motivo de su edad. Inicialmente, H. Bénichou-Safar, basándose en paralelos etnográficos y arqueológicos, propuso que en las necrópolis cartaginesas, las niñas y niños que fallecían antes de los diez años prácticamente no estaban representados (1982: 343). Sin embargo, esta misma autora en publicaciones posteriores, redujo la edad a la que los pequeños serían admitidos en la comunidad, haciendo coincidir este momento con el final de la lactancia materna. Además, sugirió que las criaturas fallecidas sin haber sido destetadas habrían sido enterradas en el santuario tofet (Bénichou-Safar 2005: 125-126). En referencia a los cementerios cartagineses, Pierre Cintas también señaló que en Ard El Khéraïb (...) *en général, les enfants placés dans les caveaux puniques sont déjà grands; le plupart paraissent avoir dépassé douze ans* (1948: 303; nota 110).

La exclusión de los individuos infantiles en función de criterios relacionados con su edad también se ha planteado en otras áreas geográficas. Por ejemplo, en la necrópolis siciliana de Lilibeo, Marshall J. Becker, en la década de los 90, informó sobre la escasa representación de individuos infantiles que perecieron antes de alcanzar los 14 años (Becker 1995: 184). No obstante, en un artículo más reciente el mismo autor revisó la información osteológica de este cementerio y rectificó los resultados previos, destacando que los individuos más jóvenes representados en la muestra tendrían edades comprendidas

entre 1.5 y 3.6 años. Por tanto, en el caso de Lilibeo, teóricamente, estarían excluidos los bebés que fallecieron entre el nacimiento y el primer año y medio de vida (Becker 2018: 58-59). Del mismo modo, en otras necrópolis, como el Puig des Molins en Ibiza, se ha planteado la hipótesis de que durante la fase arcaica –ss. VII-VI a.C– los niños y niñas que morían entre los cinco y los doce años fueron excluidos del cementerio. Esto se ha argumentado con la idea de que, aunque eran individuos ya autónomos, no se consideraba que estuvieran plenamente formados y desarrollados, lo que podría haber implicado su exclusión del grupo social colectivo (Gómez Bellard *et al.* 1990: 199; Fernández y Costa 2004: 343-347; Costa 2019: 574).

Además de la exclusión de los niños basada en criterios de edad, varios investigadores que han estudiado sus sepulturas han propuesto que, en general, cuando se encuentran en las necrópolis, suelen estar segregadas en espacios específicos y delimitados dentro de las áreas funerarias o, incluso, en necrópolis separadas. Este sería el caso, por ejemplo, del área de la Plage del cementerio tunecino de Kerkouane, que constituye una necrópolis de *enchytrismoi* (De Santerre y Slim 1983; Bénichou-Safar 2005: 125-126; Wagner *et al.* 2000: 614; D’Andrea 2018a: 51). De manera similar, Piero Bartoloni también ha observado en Cerdeña que algunos niños y niñas fallecidos antes de la pubertad se enterraban en áreas funerarias diferentes a las de los adultos, identificando una serie de cementerios de *enchytrismoi* en las necrópolis de Monte Sirai, Bitia y Nora, en los que, según este autor, habrían sido enterrados los individuos que todavía no habían sido aceptados oficialmente en el seno comunitario (1989: 70; 77; 2004a: 123).

Además de ser marginados en función de su edad, ya sea segregados en espacios diferenciados o excluidos directamente de las necrópolis, otro estereotipo recurrente en las narrativas arqueológicas es que el tratamiento funerario otorgado a los individuos infantiles era, en líneas generales, más simple que el de los adultos, procurando un menor coste (Wagner *et al.* 2000: 614). Este aspecto se manifestaría, en primer lugar, en el tipo de ritual elegido para tratar sus cadáveres y, en segundo lugar, en la menor inversión económica realizada tanto en sus tumbas como en sus ajuares. Así, algunos autores han sostenido que el rito prevalentemente utilizado para tratar el cuerpo de los pequeños difuntos era el de la inhumación –incluso en épocas en que la cremación era el tratamiento funerario predominantemente– que, desde un punto de

vista económico, sería mucho menos gravoso que el de la incineración de los cadáveres (entre otros, Tejera Gaspar 1975: 789-790; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263; D’Andrea 2018a: 50). Una vez más, esta exclusión de los niños y niñas de los ritos más costosos reforzaría la idea de que eran percibidos como personas de menor relevancia en la sociedad.

Otro rasgo que se ha considerado distintivo de las sepulturas infantiles, interpretándose como evidencia de un menor esfuerzo invertido en sus funerales, es la escasa profundidad a la que estas se documentan, pues aparentemente en muchos casos se excavaban sólo a unos pocos centímetros bajo la superficie del suelo (Bénichou-Safar 1982: 342; Wagner *et al.* 2000: 614). Asimismo, se ha propuesto que los pequeños serían inhumados en los tipos sepulcrales más sencillos, principalmente en recipientes cerámicos siguiendo la tipología del *enchytrismós*, en fosas –que se caracterizarían por ser más pequeñas que las de los adultos y por presentar sistemas de cierre menos complejos–, pero también en cistas líticas, en simples cavidades excavadas en la roca y en la tierra y en algunos tipos indefinidos, que son descritos como “sepulturas a flor de tierra”. En consonancia con esta idea de que los individuos infantiles eran enterrados en tumbas más sencillas que los adultos, se ha afirmado que se habría restringido su acceso a las profundas cámaras hipogeicas que, como ya se ha mencionado, son el tipo de sepulturas más monumentales de las necrópolis púnicas (entre otros, Tejera Gaspar 1975: 782-786; 787; 788-789; 1979: 56; 58; 61; Bartoloni 1989: 70; Bénichou-Safar 2012: 268; Gómez Bellard 2014: 72; D’Andrea 2018a: 50).

Tradicionalmente, también se ha sostenido que las tumbas infantiles, en comparación con las de los adultos, se caracterizaban por la ausencia o escasa presencia de ajuares funerarios. Así, en los casos en que los pequeños eran acompañados por vasos cerámicos, estos se habrían limitado a biberones, jarritas, ollitas y cuencos. Por otro lado, se ha considerado que las sepulturas de los niños solían contener un mayor número de elementos de adorno personal y de objetos de carácter apotropaico, como cuentas de collar, anillos de plata, diversos amuletos y campanitas, entre otros (Tejera Gaspar 1975: 782-786; 790; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 230; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263-264; Guirguis y Pla Orquín 2015: 37). Para concluir, es importante destacar que algunos autores también han señalado la falta de marcadores funerarios en las tumbas de los individuos infantiles, lo que indicaría que estos no eran

visitados ni honrados después de su fallecimiento por parte de sus familiares u otros miembros de la comunidad (Tejera Gaspar 1975: 787; Bénichou-Safar 2012).

Todas las características anteriormente descritas han llevado a algunos autores a considerar que parece que existió cierta dejadez a la hora de enterrar a los individuos que fallecían a temprana edad, posiblemente para evitar un coste demasiado gravoso en relación con la escasa importancia del niño muerto (Wagner *et al.* 2000: 615). Asimismo, esta marginación sistemática, a la que teóricamente eran sometidos los pequeños tras su muerte, ha sido interpretada como la existencia de un estatus diferencial, probablemente de rango inferior, de los individuos infantiles respecto a los adultos en estas comunidades. De hecho, algunos aspectos de sus sepulturas, como la ausencia de marcadores o estelas que les permitieran recibir un culto *post-mortem*, se han considerado signos del abandono y de la indiferencia hacia los niños tras su fallecimiento (Bénichou-Safar 2012: 267-268).

Afortunadamente, la introducción de estudios bioarqueológicos, durante la última década, está revelando una elevada presencia de individuos inmaduros en algunos cementerios fenicios y púnicos, como por ejemplo el gaditano, donde las niñas y niños habían sido tradicionalmente invisibilizados (entre otros, Macías López 2010;

Macías López *et al.* ep; Niveau-de-Villedary *et al.* 2022). Además, recientes investigaciones que han tenido como objetivo principal el análisis de los rituales funerarios en estas comunidades desde una perspectiva global han permitido observar una cierta variabilidad tanto en los tipos de tumbas adoptados para enterrar a los pequeños difuntos como en el tratamiento funerario de sus cadáveres (entre otros, De Jonghe 2017: 251-254; López-Bertran 2019a: 306). Por último, es importante destacar que en algunas necrópolis, tanto del Mediterráneo oriental como del centro-occidental, ya se han llevado a cabo investigaciones específicas sobre las sepulturas infantiles (véase § 1.1).

A pesar de que estos trabajos han puesto de manifiesto la considerable complejidad que caracterizaba los procesos de enterramiento y los funerales de los miembros más jóvenes de estas comunidades, de esos mismos estudios se desprende el larguísimo camino que aún queda por recorrer en la investigación sobre la infancia en ámbito fenicio y púnico. De hecho, aunque la investigación sobre “los otros niños” haya experimentado un crecimiento significativo en los últimos años, todavía no se ha aprovechado plenamente el potencial informativo que las tumbas infantiles pueden ofrecer. Este libro se propone subsanar esta laguna en la medida de lo posible.

LO QUE LAS TUMBAS PUEDEN CONTAR SOBRE LOS NIÑOS: CUESTIONES TEÓRICAS Y DE MÉTODO

Children do not write history, they make it.

(Lillehammer 2010: 22)

Los primeros trabajos que tuvieron en cuenta a las niñas y niños en el estudio del registro arqueológico surgieron en las décadas de 1970 y 1980. Su aparición coincidió con la emergencia de los estudios feministas, que reclamaban un pasado no sólo protagonizado por hombres. Aunque estas primeras publicaciones se dieron de forma aislada y se caracterizaron por su naturaleza experimental, lograron visibilizar a los individuos infantiles en épocas y contextos arqueológicos tan dispares como las necrópolis vikingas de Suecia (Gräslund 1973), los campamentos indígenas de las Montañas Rocosas canadienses (Bonnichsen 1973) y los vertederos modernos de Berkeley, California (Hammond y Hammond 1981).

Al margen de estos primeros estudios, el trabajo considerado como el punto de inicio de la arqueología de la infancia como disciplina es *A Child is Born: The Child's World in an Archaeological Perspective* (Lillehammer 1989), que constituye la primera publicación en la que niñas y niños fueron considerados no sólo objeto de estudio, sino sujetos activos de las sociedades del pasado. En este artículo, Grette Lillehammer argumentaba que los niños merecían ser estudiados por derecho propio, no sólo a través de sus vivencias, sino también como individuos en proceso de desarrollo que aprenden a ser adultos y que, por tanto, tienen la capacidad de recibir, asimilar y

reproducir las tradiciones culturales de sus comunidades (Lillehammer 1989: 90). Este trabajo también subrayó la necesidad de estudiar la infancia tanto de forma directa, a través del registro funerario y la cultura material que puede asociarse a los niños —como los juguetes—, como a partir de la evidencia indirecta, mediante la utilización de analogías históricas y etnográficas (Lillehammer 1989: 103).

Desde que esta investigación pionera vio la luz hasta la actualidad, se han producido importantes avances en este campo de estudio, publicándose numerosas obras que desarrollan algunos temas centrales relacionados con el análisis de la infancia en el pasado. Entre estas contribuciones destacan varios artículos que se han focalizado en definir el propio concepto de infancia en periodos y regiones específicas (entre otros, Crawford 1991; Sofaer Derevensky 1994; Gowland 2001), algunas monografías que se basan en la identificación de la cultura material asociada a los pequeños (entre otros, Sofaer Derevensky 2000a; Baxter 2005; Sánchez Romero 2010a) y otras que analizan las dimensiones espaciales de la infancia en las sociedades pasadas (Sánchez Romero *et al.* 2015). Es importante destacar que la renovación teórica y metodológica en este campo de estudio, durante los últimos años, también ha permitido visualizar la agencia de los pequeños en espacios que, tradicionalmente, habían sido

considerados producto de la conducta, actividades y motivaciones de los adultos, como las casas y los santuarios (Kamp 2001a; 2010; De Lucía 2010; Langdom 2013; 2015; Alarcón García *et al.* 2018).

Actualmente, el estudio de las niñas y niños en muchas sociedades pasadas se ha integrado como un componente esencial en las agendas de investigación (Lillehammer 2018). De este modo, dependiendo del enfoque y de la perspectiva teórica y metodológica, las investigaciones sobre la infancia han dirigido su atención hacia una gran variedad de temas e intereses. Entre estos, destaca el estudio de la percepción de los individuos infantiles en sus comunidades, de sus identidades, de los procesos de socialización, de su papel activo en eventos de los que tradicionalmente habían sido excluidos –como las migraciones y la economía–, de las relaciones de maternidad y paternidad, así como del impacto emocional que las muertes prematuras desencadenaban en las comunidades pasadas. Como se verá a lo largo de este capítulo, muchos de estos aspectos pueden estudiarse a partir del análisis de las tumbas de las niñas y niños. Ello se debe a que el registro funerario consiente acceder de forma directa al estudio de sus propios cuerpos, de los objetos asociados a los pequeños y de la ubicación espacial de sus sepulturas, brindando la oportunidad de integrar los datos bioarqueológicos y funerarios, con los materiales y espaciales, como un medio para evaluar las percepciones pasadas sobre la infancia (Sofaer Derevensky 2000b: 10; Baxter 2008: 164; Gowland 2016: 310).

4.1. LA ARQUEOLOGÍA DE LA INFANCIA EN LOS ESPACIOS FUNERARIOS: PERSPECTIVAS DE ESTUDIO

El registro funerario es el único en que los arqueólogos tenemos contacto directo con los propios restos materiales de las personas del pasado, lo que nos permite volver a situarlas en la historia y darles voz a través de una amplia variedad de enfoques, métodos y perspectivas. La presencia del cuerpo humano coloca a la arqueología mortuoria en el umbral entre las ciencias naturales, que estudian los restos biológicos, y las humanidades y ciencias sociales, que ven al individuo dentro de un contexto histórico, cultural, social y ritual. De este modo, los restos físicos del cuerpo ofrecen la posibilidad de identificar rasgos biológicos del individuo –como la edad y el sexo– y esta información, combinada con el estudio de otros

datos como el ajuar funerario y las variaciones en el ritual mortuorio, permite acceder al estudio de las identidades sociales, los roles de género y de edad, el estatus social, etc. (Nilsson Stutz y Tarlow 2013: 3-4).

Las tumbas constituyen los restos materiales de los rituales mortuorios y han de ser interpretadas como la manifestación tangible final del fenómeno de la muerte (Nilsson Stutz 2016: 14). Sin embargo, es importante considerar que tan sólo son la parte que nos queda de todo el proceso ideológico y sociológico del ciclo funerario que, según algunos autores, comenzaría con la agnía previa a la muerte del difunto, pasando por el propio momento del fallecimiento, la preparación del cadáver, el diseño de la sepultura, la deposición de las ofrendas, las invocaciones a los dioses y las visitas y ceremonias *post mortem* realizadas a los muertos (Weiss-Krejci 2011: 71).

La existencia de este largo proceso constituye un aspecto fundamental a la hora de analizar y estudiar el registro material de las tumbas, ya que implica que se deba tener en cuenta que el tratamiento funerario de los cadáveres y la provisión del último sitio de descanso para el cuerpo, generalmente, no eran procedimientos aleatorios o casuales, sino que requirieron de un esfuerzo y de un tiempo de ejecución. Asimismo, es interesante considerar que los diferentes elementos que acompañaban a los difuntos no eran depositados en las tumbas de forma arbitraria, sino que constituyen un conjunto coherente de materialidades cuidadosamente elegidas, que pueden aportar información sobre los diferentes momentos del ciclo funerario, estar dotadas de un sentido y/o finalidad y también estar cargadas de creencias y emociones relacionadas con la asimilación de la pérdida de una persona y la expresión del dolor (Nilsson Stutz y Tarlow 2013: 6; Murphy y Le Roy 2017: 1). Este enfoque, por tanto, permite estudiar las actitudes pasadas hacia la muerte, su gestión y conceptualización, los aspectos emocionales que este momento podía desencadenar y las relaciones personales entre los muertos y aquellos a quienes dejaban atrás.

Cuando nos enfrentamos al estudio de las sepulturas infantiles es necesario considerar que, aunque estemos estudiando el cuerpo y los objetos asociados a un niño o una niña en su tumba, los que llevaron a cabo su enterramiento fueron los miembros de su grupo de pertenencia –probablemente sus familiares y seres queridos– lo que puede aportar información sobre cómo la comunidad afrontaba las muertes prematuras. En este caso debemos entender la comunidad en toda su complejidad, ya que si bien habitualmente se ha propuesto que las personas que

participaban en los funerales eran fundamentalmente los adultos (entre otros, Lucy 1994: 24-25; Baxter 2005: 94), diversos objetos depositados en algunas tumbas, junto a algunos paralelos iconográficos, históricos y etnográficos, permiten suponer que es probable que en diversas comunidades pasadas, donde la muerte era un evento cotidiano, las niñas y niños desempeñaran un papel activo en las ceremonias funerarias relacionadas con sus seres queridos (Langdom 2015: 217; Murphy y Le Roy 2017: 2; Crawford *et al.* 2018: 7-8).

Algunos paralelos históricos demuestran que en muchas comunidades la participación activa de los niños en los funerales ha sido una práctica habitual hasta tiempos relativamente recientes. Un ejemplo ilustrativo es el ritual conocido como “el velorio del angelito”, que era común en varios países latinoamericanos y algunas regiones de España como Murcia, Extremadura, las Islas Canarias y, especialmente, Valencia, al menos desde el s. XVI hasta comienzos del s. XX. Se trata de un tipo especial de velatorio, que se celebraba cuando el fallecido era un niño. A pesar de la tristeza y abatimiento que conllevaba la muerte de los pequeños, el ritual se caracterizaba por un ambiente festivo en el que el juego, la danza y la música formaban parte de las celebraciones en las que participaban todos los miembros de la comunidad, incluidos las niñas y niños (Schechter 1994; Bantulà Janot y Payà Rico 2015).

Además de este ejemplo histórico, algunos estudios iconográficos enfocados en analizar escenas griegas que representan imágenes de pompas fúnebres han demostrado que, en ocasiones, los individuos infantiles fueron representados entre los dolientes. Estas escenas de prótesis muestran a mujeres, hombres y niñas y niños juntos en actitud de duelo, lo que sugiere que en la Grecia arcaica los más jóvenes ya eran integrantes fundamentales de la comunidad de los dolientes (fig. 4.1). Esto supondría que los pequeños podrían participar activamente en los rituales funerarios, lo que posiblemente constituía una parte esencial de su socialización, contribuyendo a la transmisión de valores, creencias religiosas y costumbres dentro de sus familias y comunidades (Langdom 2015: 217; 220).

Algunos objetos documentados en las sepulturas infantiles también pueden ofrecer información relevante sobre la participación de las niñas y niños en los funerales. Este es el caso de las miniaturas cerámicas halladas en diversas tumbas de individuos no-adultos del cementerio del *Kerameikos* de Atenas, cuyas características formales y



Fig. 4.1. Imagen de una pompa fúnebre griega que representa a un grupo de dolientes compuesto por hombres, mujeres y niños (©Wikimedia Commons).

decorativas sugieren su manufactura por manos infantiles. A partir de estos hallazgos, Susan Langdom ha formulado dos posibles explicaciones para la presencia de estos vasos junto a los niños fallecidos. Por un lado, si el difunto tenía la edad suficiente para manipular estos pequeños recipientes cerámicos, fabricados por él mismo o por otros niños, es plausible que estos hubieran sido de su propiedad en vida. Por otro lado, en los casos en los que el difunto era muy joven, es probable que estos juguetes cerámicos fabricados por los propios individuos infantiles hubieran funcionado como ofrendas realizadas al pequeño fallecido por otros niños y niñas en duelo, posiblemente sus hermanos, familiares u otros seres queridos (Langdom 2013: 184-185).

Aunque los casos planteados sugieren que los miembros más jóvenes de la comunidad podían participar activamente como dolientes en los rituales funerarios, cabe esperar que cuando un niño o niña fallecía eran los adultos, probablemente sus progenitores y familiares más cercanos, quienes tomaban las decisiones sobre dónde y cómo enterrarlo —en las sociedades donde las normas en relación al tratamiento funerario de los individuos infantiles eran relativamente laxas— o de seguir las reglas establecidas, en aquellas comunidades en que el tratamiento funerario de los niños estuviera rígidamente pautado (Cave y Oxenham 2017: 191). El hecho de que los adultos tomaran estas decisiones es especialmente relevante, ya que los procedimientos funerarios que se siguieron para dar sepultura a los individuos infantiles pudieron variar significativamente según la percepción social de la infancia en una sociedad concreta (Bérard 2016: 452). De este modo, estudiar cómo las personas del pasado trataban a los niños fallecidos permite, en primer lugar, inferir las actitudes hacia los individuos infantiles

tanto durante su vida como después de su muerte y, en segundo lugar, comprobar si en una sociedad, en particular, existía una concepción culturalmente construida sobre la infancia, que se manifestara a través del registro funerario (Murphy y Le Roy 2017: 8; Sánchez Romero 2018a: 137).

En consecuencia, al abordar el estudio de las sepulturas de las niñas y niños en cualquier comunidad pasada es fundamental considerar varios aspectos. En primer lugar, es esencial examinar la presencia o ausencia de individuos inmaduros de todas las edades en los cementerios, lo que permitirá establecer si estos eran enterrados en el mismo lugar que el resto de miembros de la comunidad o si, por el contrario, su entierro se realizaba en áreas funerarias diferenciadas (Waldron 1994). En segundo lugar, también hay que observar si el tratamiento de sus cadáveres era el mismo que se aplicaba a los adultos o si, por el contrario, difería según criterios relacionados con la edad. Por último, también es necesario analizar las materialidades relacionadas con las diferentes acciones desarrolladas durante los funerales, pues este aspecto permitirá conocer si en los entierros de los individuos infantiles se seguían las mismas pautas y gestos rituales que en los del resto de personas de la comunidad. Así, el estudio de estas variables permitirá analizar cómo eran concebidos los niños en una sociedad concreta, representando los entierros infantiles el principal contexto en el que el concepto cultural de la infancia puede adquirir una forma material (entre otros, Baxter 2005: 107; Béard 2016: 452; Gowland 2016: 310-313; 2018: 106; Murphy y Le Roy 2017: 6-7; González Marcén 2018: 14).

Además de proporcionar una oportunidad para analizar la construcción cultural y social de la edad en una sociedad específica, las sepulturas infantiles también abren la opción de estudiar las identidades y experiencias individuales de las niñas y niños en el pasado. Por ejemplo, los análisis antropológicos sobre sus cuerpos pueden arrojar luz sobre sus biografías, aportando información sobre su salud, enfermedades, alimentación y posibles causas de muerte, así como sobre las actividades que desarrollaron en sus cortas vidas (entre otros, Harrington y Osipov 2018; Lewis 2018; Redfern 2018). Asimismo, el tratamiento funerario que recibieron los cadáveres a la hora de ser enterrados también puede reflejar el estatus e incluso la identidad cultural de los pequeños. Por otro lado, los objetos asociados a los individuos infantiles, aparte de informarnos sobre los gestos rituales desarrollados durante sus funerales, pueden hablarnos sobre

las prácticas de crianza, aprendizaje y socialización, así como sobre las identidades de edad, género, estatus, etnicidad, etc. de los niños y los procesos de construcción de las mismas (entre otros, Dasen 2010: 21; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 61).

Desde una perspectiva emocional, los rituales funerarios pueden considerarse actuaciones psicosociales destinadas a ayudar en la asimilación de la pérdida y la expresión del dolor (Tarlow 2012: 176; González Marcén 2018: 14). Así, en el contexto de la muerte infantil, el estudio de las sepulturas de los pequeños brinda la oportunidad de explorar las reacciones emocionales de las personas ante la muerte de los miembros más jóvenes de la comunidad (Carroll 2018: 16). De hecho, estudiar cómo las personas del pasado trataban a las niñas y niños difuntos y cómo utilizaban sus cuerpos y sus tumbas para recordarlos u olvidarlos, puede reflejar las ansiedades y emociones existentes frente a su muerte, consintiendo también observar la vinculación emocional existente entre los pequeños y el resto de miembros de su grupo de pertenencia (Dasen 2010: 19; Crawford *et al.* 2018: 26-27). En última instancia, el estudio de los cuerpos de los individuos infantiles, pero también del resto de materialidades depositadas en sus tumbas, permite acceder al conocimiento de los cuidados y afectos que las diferentes personas de la comunidad profesaron a sus descendientes muertos, durante su última interacción física con ellos (Baitzel 2018: 178; Ferrer 2018: 172).

Como se ha visto, atender al estudio de los cuerpos de los niños, de los objetos depositados en sus sepulturas y del espacio donde eran enterrados puede aportar una gran cantidad de información relacionada con las biografías de los pequeños, con sus identidades individuales y con la percepción cultural de la infancia en ciertas comunidades. Debido a ello, a continuación, se expondrán los principales avances que se han dado en los últimos años en relación con el estudio de los cuerpos, de los objetos y de los espacios donde eran enterrados los individuos infantiles en diversas sociedades pasadas, con la finalidad de demostrar el gran potencial informativo que ofrece el estudio de la infancia a partir del registro funerario.

4.2. LO QUE PUEDEN CONTAR LOS CUERPOS

Los cuerpos humanos, y lo que queda de ellos en el registro funerario, no son sólo entidades biológicas, sino que también son productos culturales, moldeados

por las experiencias vividas y por las prácticas sociales. Por tanto, su estudio no nos informa simplemente sobre su realidad biológica, sino que también puede contarnos una historia sobre una vida vivida (Nilsson Stutz y Tarrow 2013: 3-4). Diversos trabajos sobre arqueología de la infancia, publicados de forma reciente, han demostrado que el estudio y análisis de los cuerpos de las niñas y niños debería de ser central, ya que permite obtener información relativa a la identidad de los pequeños, pero también relacionada con sus experiencias, vivencias e historias individuales (entre otros, Lewis 2007; 2010; 2011; 2018; Gowland 2016). Si bien en los primeros momentos de la investigación se primó el análisis del cuerpo desde una perspectiva biológica, en los últimos años, han surgido una serie de estudios que demuestran que los cuerpos pueden contener la plasmación material de diversas identidades culturales como, por ejemplo, el género, la clase social y la edad (entre otros, Prout 1999; Sánchez Romero 2018a).

Esta circunstancia implica que sea necesario el estudio de los cuerpos desde un doble enfoque: el biológico y el cultural. En el primero de ellos juegan un papel fundamental los análisis osteoarqueológicos y bioarqueológicos, que permiten conocer una serie de aspectos relativos a la edad, el sexo, las enfermedades y patologías, el aspecto físico, los patrones alimentarios, las pautas de movilidad y el desarrollo de ciertas actividades por parte de los individuos no-adultos (Lewis 2007; Gowland 2016; Buckberry 2018: 55). Mientras que, desde una perspectiva cultural, observar los modos en que los pequeños cuerpos de los niños fueron tratados, vestidos, peinados, adornados, protegidos e, incluso, la posición en que fueron colocados en sus sepulturas puede aportar información sobre su identidad social –género, edad, estatus y procedencia–, pero también sobre los cuidados que recibieron en vida y, especialmente, en el momento de su muerte (Sánchez Romero 2018a: 137-138).

Uno de los principales problemas para estudiar los cuerpos a partir del registro funerario es que no siempre es posible contar con los restos óseos de las personas del pasado. Esta situación es especialmente notoria en el caso de los restos esqueléticos infantiles, cuyo grado de conservación suele ser, generalmente, más precario que el de los adultos. Si bien hasta hace relativamente poco tiempo se había asumido que este carente grado de preservación de los esqueletos infantiles estaba vinculado a una mayor vulnerabilidad de estos a la acidez de los suelos, en los últimos años se ha podido comprobar que

en algunas necrópolis los cuerpos de los pequeños estaban mejor conservados que los de sus mayores (Durand 2008: 48). Por ello, en la actualidad, diversos especialistas parecen coincidir en que el problema no es tanto la mayor susceptibilidad de los restos óseos infantiles a las características de los suelos, sino su ligereza y pequeño tamaño que habría provocado que estos se vieran más afectados por algunos procesos tafonómicos, como los movimientos de tierra provocados por la acción de los animales o las filtraciones de agua (Guy *et al.* 1997; Böes 1998; Bérard 2016: 458-459).

Junto al estado de preservación de los cuerpos, otra de las dificultades que debe abordarse se relaciona con la falta de documentación. Este problema se acentúa, especialmente, cuando se trabaja con colecciones procedentes de excavaciones antiguas, cuando el enfoque prevalente se centraba más en el estudio de los objetos de valor encontrados en las tumbas que en el análisis de las personas inhumadas. Esta situación aún es más grave en el caso de estudio de los individuos infantiles que, hasta hace relativamente poco tiempo, no se han considerado importantes provocando que, en muchas ocasiones, no se procediera a la recuperación de sus restos óseos. A estas limitaciones, cabe añadir un último factor que parece haber influido en la invisibilidad de los niños a partir del registro funerario: la ausencia de antropólogos físicos en el momento de las excavaciones de las sepulturas, circunstancia que puede haber provocado que los restos óseos de los individuos infantiles fueran confundidos con huesos de animales –principalmente de conejo, pollo y/o cordero– siendo clasificados como fauna (Trellisó Carreño 2001: 92; Gibaja *et al.* 2010: 54; Bérard 2016: 459).

La escasa documentación de restos óseos infantiles en muchas necrópolis ha llevado a los arqueólogos a identificar sus sepulturas a partir de algunas características formales –como su pequeño tamaño o la propia tipología de la tumba– y por la presencia de determinados objetos, tradicionalmente, relacionados con la esfera infantil, como los biberones y los juguetes (entre otros, Bouffier 2012; Duday *et al.* 2013). Afortunadamente, el creciente interés por la infancia en los últimos años, junto a la aplicación de métodos más modernos de recuperación y documentación arqueológica y antropológica, está permitiendo subsanar algunas de estas carencias documentales, consiguiendo identificar la presencia de gran cantidad de individuos no-adultos en las necrópolis de diversas comunidades pasadas (entre otros, Duday 1997; Nájera *et al.* 2010; Vassallo 2014; Berseneva 2017). Además, el

significativo avance de los estudios osteoarqueológicos y bioarqueológicos enfocados en los individuos inmaduros está proporcionado una valiosa información tanto sobre el momento de sus muertes como sobre el curso de sus vidas. Así, estos análisis están permitiendo conocer quiénes eran las niñas y niños –a partir de la estimación de su edad y sexo–, cómo vivían y qué actividades desarrollaban –a través del estudio de las enfermedades, las patologías y los marcadores esqueléticos de la actividad física– y qué comían, dónde vivían y de qué áreas geográficas procedían, a partir de los análisis de isótopos.

4.2.1. LA EDAD

Al enfrentarnos al estudio de las identidades de los individuos infantiles a partir del registro funerario, una de las primeras cuestiones que nos planteamos es la de conocer la edad que los pequeños tenían al fallecer. Como se ha visto en el capítulo introductorio del presente trabajo, desde un punto de vista bioarqueológico, principalmente, hay dos maneras de definir la edad: la biológica y la social o cultural. No obstante, a partir del análisis de los restos óseos de los niños podemos conocer la edad biológica en el momento de la muerte que, normalmente, está estrechamente relacionada con el paso del tiempo desde el nacimiento (Márquez-Grant 2010: 164). La edad biológica se evalúa a partir de indicadores esqueléticos que no son absolutos, universales y fijos, sino que pueden variar por factores genéticos, socioeconómicos y culturales: por ejemplo, el hambre y el estrés pueden retrasar el crecimiento y la llegada de la pubertad (Lewis 2007: 38; Crawford *et al.* 2018: 11). Además, la observación empírica también ha demostrado que ciertos aspectos del desarrollo fisiológico del cuerpo pueden estar influenciados por cuestiones ambientales como el clima. Por tanto, los resultados osteológicos dependerán del uso de métodos que pueden verse más o menos afectados por estas circunstancias (Buckberry 2018: 55).

Pese a la existencia de estos factores que pueden alterar el proceso de crecimiento de los pequeños, estimar la edad de fallecimiento no-adulta es menos problemático que calcular la edad de la muerte de un adulto, ya que el crecimiento y el desarrollo de los huesos y los dientes de los niños se produce en una secuencia bastante regular y bien entendida. Esto permite estimar las edades de los individuos infantiles con grados bastante altos de precisión, siempre que sus esqueletos estén completos y no sean fragmentarios, utilizando la formación y erupción

de la dentición y analizando el crecimiento y la unión de las epífisis de los huesos (Lewis 2007: 37-43; De Miguel Ibáñez 2010: 137-138).

De todos estos métodos, el estudio de la formación dental es el indicador más fiable para determinar la edad no-adulta debido a que el proceso de mineralización del esmalte y la dentina está controlado genéticamente y se ve poco alterado por los factores ambientales. Asimismo, este es uno de los únicos métodos que permite determinar la edad desde la etapa prenatal hasta la adolescencia, ya que los dientes de leche comienzan a mineralizarse en la mandíbula y en la maxila en torno a las 15 semanas de gestación (Lewis 2007: 38; Estévez Campo 2018: 11). Otra observación que puede utilizarse para estimar la edad es la erupción dental, que se refiere al proceso por el cual los dientes migran desde el maxilar y la mandíbula, a través del hueso alveolar y las encías, hacia el plano oclusal. A pesar de que este proceso puede verse afectado por algunas patologías, como las caries, o algunas enfermedades, como la desnutrición, la erupción dental se utiliza con frecuencia para evaluar la edad no-adulta, particularmente cuando se usa en combinación con datos relacionados con la formación dental (Lewis 2007: 38-43; Buckberry 2018: 59; Estévez Campo 2018: 11).

Cuando la dentición no está preservada, las estimaciones de edad de los individuos no-adultos se pueden basar en el desarrollo, crecimiento y maduración del esqueleto. Durante la infancia y la adolescencia los huesos crecen longitudinalmente y las epífisis y las diáfisis se fusionan. Los eventos de fusión ocurren de manera secuencial, por lo que se pueden usar para estimar la edad no-adulta, particularmente durante la primera infancia, cuando se produce la unión de las vértebras, y durante la adolescencia, cuando se produce la unión de los huesos largos. De este modo, el análisis de las longitudes de la diáfisis y de la fusión de los centros de crecimiento secundarios –epífisis– a la diáfisis pueden ser métodos utilizados para estimar la edad, a pesar de que el ritmo de crecimiento de los huesos puede verse afectado por factores externos, como la desnutrición y las infecciones (Lewis 2007: 43-44; Buckberry 2018: 61; Estévez Campo 2018: 11-12). Aparte de estas metodologías, en los últimos años, también se está aplicando la histología dental (Nava *et al.* 2017; Peripoli *et al.* 2023) y del desarrollo del esqueleto (Molina Moreno 2021), que están proporcionando información sobre eventos biológicos y resultados mucho más precisos, en cuanto a estimaciones de edad, que las tradicionales metodologías antropométricas.

En aquellos casos en que la preservación de los huesos lo permite, se recomienda llevar a cabo la estimación de edad de los pequeños combinando la edad dental y la edad estimada a partir de la maduración del esqueleto. En esta circunstancia, para reflejar la variabilidad existente en las estimaciones de edad obtenidas a partir de las diferentes partes del mismo esqueleto, se da un rango de edad estimado –por ejemplo, de dos a cuatro años– o un rango de error asociado – cinco años \pm seis meses– en lugar de ofrecer estimaciones de edad puntuales –como 2.5 años– (Lewis 2007: 38; Buckberry 2018: 57-65).

En relación con el estudio de la infancia, uno de los principales problemas que presentan algunos informes antropológicos es que no aportan las estimaciones de edad de cada individuo, sino que los agrupan en categorías o grupos de edad, que varían dependiendo de los investigadores, lo que dificulta la realización de comparaciones entre diferentes poblaciones y/o comunidades (Halcrow y Tayles 2008: 192-197). Esta problemática, ya fue señalada en uno de los primeros trabajos que abordaba el estudio de la infancia a partir del registro funerario: *When do Anglo-Saxon children count?* (Crawford 1991). En él Sally Crawford llamó la atención sobre los diferentes grupos de edad utilizados por los antropólogos en diversas publicaciones sobre los cementerios anglosajones e insistía en la importancia de utilizar las mismas categorías para poder realizar análisis estadísticos y comparativos entre los diferentes cementerios analizados (tab. 4.1). Pese a esta llamada de atención realizada a comienzos de la investigación, en la actualidad, una de las mayores dificultades para el estudio de los individuos no-adultos continúa siendo la variedad y diversidad de categorías de edad utilizadas por los antropólogos, situación que sigue provocando que la realización de estudios comparativos entre diferentes poblaciones sea muy compleja (Murphy y Le Roy 2017: 10; Sánchez Romero 2018b: 347).

4.2.2. EL SEXO

Si bien los estudios osteoarqueológicos permiten conocer con cierta certeza la edad de las niñas y niños, la asignación del sexo a los restos no-adultos ofrece una mayor controversia, hasta el punto de que la mayoría de expertos prefieren no hacer estimaciones sexuales de los individuos prepuberales. Ello se debe a que es durante la pubertad cuando los niveles de hormonas sexuales segregadas se incrementan, lo que fisiológicamente se traduce en un aumento del dimorfismo sexual. Sin embargo, antes

Site	Age Categories	Explanation
Abingdon	<14 = child	none given
Buckland	≤25 = subadult	none given
Morningthorpe	0-5 = infant 5-12 = juvenile 13-17 = subadult 18-25 = young adult	Age categories are specified in the text, but no reason for the groupings is given
Polhill	≤15 = child	none given
Portway	≤18 = juvenile 18-25 = subadult	none given
Raunds	≤12 = infant 12-25 >25	none given
Sewerby	0-7 = infant 7-12 = juvenile 12-17 17-25 = young adult	none given
Winnall II	≤13 child 0-15 15-16 = adolescent	no fixed age groups

Tab. 4.1. Diferentes grupos de edad utilizados por los antropólogos en diversas publicaciones sobre los cementerios anglo-sajones (Crawford 1991: tab.2).

de este momento, los niveles de andrógenos y estrógenos son mucho más bajos provocando que el grado de dimorfismo sea mínimo y dificultando enormemente sexar los restos de los individuos infantiles (entre otros, Lewis 2007: 48; De Miguel Ibáñez 2010: 138; Gowland 2016: 307; Buckberry 2018: 56; Estévez Campo 2018: 15; 82-83).

Pese a estos inconvenientes, se han desarrollado una serie de técnicas para estimar el sexo de los individuos no-adultos que, principalmente, se han centrado en el análisis del tamaño y de los rasgos morfológicos de la dentición, el cráneo y la pelvis. En relación con el estudio de los dientes, las mediciones de la dentición temporal han demostrado que las piezas dentales de los niños son, generalmente, más grandes que las de las niñas (Cardoso 2010). No obstante, es importante tener en cuenta que algunos factores genéticos y ambientales también pueden

afectar a las dimensiones dentales. Por ejemplo, las madres con diabetes e hipertiroidismo pueden producir descendencia con mayores dimensiones dentales, mientras que la hipertensión materna y el bajo peso al nacer podría tener como consecuencia la presencia de dientes más pequeños (Lewis 2007: 49-50). Otra parte del cuerpo que ha sido utilizada para intentar analizar el dimorfismo sexual en los individuos inmaduros es el cráneo, específicamente la mandíbula. Aunque la morfología de este hueso es más o menos confiable para asignar el sexo de los individuos adultos, parece que no lo es tanto antes del desarrollo de las características sexuales secundarias. Por último, también se ha intentado estimar el sexo a partir de la pelvis, concretamente, a través del análisis morfométrico del ilion, del pubis y del isquion (Rissech *et al.* 2003). Sin embargo, las numerosas investigaciones realizadas muestran porcentajes de precisión muy desiguales que impiden considerarlos métodos confiables (Lewis 2007: 51; 54; Gowland 2016: 307; Estévez Campo 2018: 194).

Actualmente, uno de los pocos métodos más o menos seguros para estimar el sexo de los restos no-adultos son los análisis de ADN antiguo, ya que la presencia o ausencia del cromosoma Y en la muestra puede determinar si esta pertenecía a un niño o a una niña (entre otros, Gowland 2016: 307; Buckberry 2018: 66). Aunque los análisis de ADN antiguo proporcionan una solución potencial, hay que considerar que el ADN no siempre se conserva en contextos arqueológicos. Además, es demasiado costoso para que los bioarqueólogos lo utilicen de forma rutinaria, lo que ha llevado a la incapacidad de determinar el sexo de los individuos inmaduros en la mayoría de los casos, condicionando los estudios sobre la niñez en el pasado y contribuyendo también a su marginación en la disciplina arqueológica. Afortunadamente, en los últimos años, ha comenzado a explorarse una nueva metodología para la estimación del sexo, mínimamente destructiva y muy asequible en comparación con los estudios de ADN, utilizando péptidos de esmalte sexualmente dimórficos, que está proporcionando muy buenos resultados en la estimación sexual de los individuos inmaduros (entre otros, Gowland *et al.* 2021; Esparza *et al.* 2022). Además, en este capítulo también se verá cómo algunos objetos presentes en las tumbas de los pequeños y, en ocasiones, el modo en que se trataron sus cadáveres pueden aportar algunas pistas sobre su sexo y sobre la construcción de las identidades de género desde la infancia.

4.2.3. LA SALUD Y EL TRABAJO

Los análisis bioarqueológicos también pueden informarnos sobre los peligros que amenazaban a la población infantil en el pasado. La información sobre el estado de salud de los individuos se obtiene a partir de la realización de análisis paleopatológicos, que permiten investigar las condiciones en las que vivían los pequeños, bien a partir del estudio directo de sus restos esqueléticos, bien a través de las huellas que algunas condiciones de estrés, padecidas durante la infancia, dejaron en el esqueleto adulto. Un ejemplo de este último caso es la presencia de defectos de esmalte en la dentición adulta –patología que se conoce como hipoplasia del esmalte– que pueden asociarse con períodos de interrupción del crecimiento dental, como consecuencia de episodios de estrés nutricional que se dieron durante la niñez (Lewis 2007: 133-134; Gowland 2016: 308; Buckberry 2018: 55).

La realización de análisis paleopatológicos sobre los cuerpos de los individuos no-adultos ha permitido estudiar el estado de salud general de las niñas y niños en determinadas comunidades pasadas, aportando una valiosa información tanto sobre las experiencias vitales de los pequeños como sobre las repercusiones que tenían sobre su salud algunas costumbres relacionadas con su crianza (entre otros, Molleson 1989; Nájera *et al.* 2010; Lewis 2010; 2018). Entre estos trabajos destacan, por ejemplo, los efectuados en el cementerio romano de Poundbury en Gran Bretaña (Molleson 1989; Lewis 2010; 2011; 2018; Gowland 2016). Las investigaciones llevadas a cabo en este sitio han revelado que los bebés se desarrollaban adecuadamente hasta los tres meses de edad, dándose una interrupción del crecimiento entre los tres y los doce meses, que se manifiesta a partir de la presencia de algunas patologías –principalmente periostitis extensa y/o hiperostosis cortical– que pueden ser consecuencia de la existencia de deficiencias dietéticas. Estas carencias nutricionales se han relacionado con la existencia de un destete precoz y con la introducción de una dieta inadecuada, que habría provocado una interrupción del crecimiento de las criaturas (Molleson 1989: 34-35).

Los estudios paleopatológicos realizados sobre los restos óseos infantiles de Poundbury han consentido detectar otra serie de enfermedades metabólicas, que también pudieron ser consecuencia de algunas costumbres relacionadas con su crianza (Lewis 2010). Entre estas destaca el raquitismo, una enfermedad provocada por la deficiencia de vitamina D, que puede estar causada por

la falta de exposición a la luz solar y, en menor medida, por una ingesta limitada de alimentos ricos en calcio. La presencia de esta patología en este sitio arqueológico se ha vinculado con la costumbre romana de envolver a los pequeños en pañales durante sus primeros meses de vida, lo que habría limitado su exposición a la luz solar (Lewis 2010; 2018: 471-472; Gowland 2016: 309). Según los datos disponibles, esta enfermedad afectaba tanto a los bebés de clases bajas como a los pertenecientes a familias adineradas, tal y como muestra la presencia de niños con raquitismo en los ricos *mausolea* del cementerio (Lewis 2010: 6-9). Esto demostraría que la riqueza en el pasado no necesariamente garantizaba la salud y que ciertas prácticas relacionadas con la crianza de los niños de alto estatus como, por ejemplo, la de mantener a los bebés “seguros” en el interior de las casas, probablemente tenían efectos perjudiciales para su salud (Gowland 2016: 309).

Aunque en el sitio romano de Poundbury el estudio de los cuerpos infantiles todavía no ha permitido obtener datos sobre la participación de las niñas y niños en las actividades productivas y de mantenimiento, los análisis antropológicos realizados en otras comunidades pasadas sí han aportado información relacionada con estas temáticas. Este es el caso de una reciente investigación que analiza los marcadores esqueléticos de la actividad física de los individuos no-adultos pertenecientes a grupos de cazadores-recolectores del Holoceno de la provincia del Cabo en Sudáfrica. Este trabajo se basa, concretamente, en el análisis de la geometría de la sección transversal de los huesos largos en los esqueletos juveniles, un método que permite evaluar el proceso de desarrollo de la fuerza, ya que el hueso se adapta para soportar las cargas físicas que le impone la actividad. A pesar de ser uno de los primeros estudios que utiliza esta metodología para estudiar la inserción de los niños en el trabajo, los resultados obtenidos son muy interesantes, ya que parecen mostrar que era a partir de la edad de doce años cuando algunos individuos se incorporaban a determinadas actividades adultas, como la caza, tal y como parece demostrar la asimetría observada en sus extremidades superiores, que podría ser consecuencia del uso de lanzas (Harrington y Osipov 2018: 441-442).

4.2.4. DIETA Y MOVILIDAD

Durante los últimos años diversas investigaciones centradas en la realización de análisis de isótopos estables han logrado obtener información sobre las prácticas alimentarias y las dietas de los individuos infantiles en diversas

sociedades pasadas. En relación con estos trabajos destaca un reciente estudio centrado en la comparación de los resultados isotópicos obtenidos en algunos sitios arqueológicos de Gran Bretaña, desde la Edad del Hierro hasta el período romano. Este análisis ha evidenciado que la duración de la lactancia, así como la naturaleza de los primeros alimentos introducidos a las niñas y niños en sus dietas variaron según el período y la región analizada, demostrando que la lactancia y el destete no eran prácticas universales ni estáticas (Redfern 2018). Por ejemplo, durante la Edad del Hierro los individuos infantiles de las regiones de Dorset y East Yorkshire eran destetados hacia la edad de dos años y medio, a partir de una dieta probablemente basada en cereales. En contraposición, durante el período romano, la duración del destete varió inter regionalmente: en Oxfordshire los bebés no recibían alimentos suplementarios hasta que tenían un año, momento en que comenzaba a introducirse a los pequeños una dieta inusual, que incluía una alta proporción de recursos marinos, dándose el destete definitivo a la edad de cuatro años. Por el contrario, en el Londres romano la leche materna era complementada por otros alimentos a partir de los seis meses de edad, mientras que el proceso de destete también finalizaba en torno a los cuatro años (Redfern 2018: 454; 456-457).

Además de aportar información sobre las dietas, los análisis de isótopos también han demostrado la participación de las niñas y niños en los movimientos migratorios del pasado. Esto ha permitido refutar la idea de que los individuos infantiles no participaban en las dinámicas migratorias, una actividad que, según las narrativas tradicionales, habría estado protagonizada exclusivamente por hombres adultos. Aunque en la actualidad existen diferentes métodos para estudiar la movilidad, la técnica comúnmente utilizada es la de los análisis isotópicos de estroncio y oxígeno presentes en el esmalte dental humano. Este tipo de estudios permite observar si una persona durante su infancia vivió en el mismo lugar donde fue enterrada lo que, al mismo tiempo, posibilita establecer la diferenciación entre individuos locales y no-locales dentro de la población de un cementerio (Hemer y Evans 2018: 505). En relación con estos análisis es interesante considerar el efectuado en el cementerio de Bamburgh, Inglaterra. En esta necrópolis, datada entre los ss. VII-IX d.C., los análisis de isótopos han revelado que 12 individuos no pasaron su infancia ni el comienzo de su adolescencia en las Islas Británicas. Asimismo, dos niños que fallecieron con edades comprendidas entre los ocho y los diez años y un bebé de ± 18 meses, presentaban valores

isotópicos de oxígeno que excedían el rango esperado para esta zona y que, de hecho, mostraban valores más consistentes con las regiones mediterráneas (Groves *et al.* 2013: 470), lo que ha llevado a plantear que durante la Edad Media incluso los niños y niñas de muy corta edad participaban en las migraciones junto al resto de su grupo familiar.

Hasta este punto, se ha revisado la relevancia de los estudios bioarqueológicos y antropológicos en la comprensión de diversos aspectos relacionados con la identidad biológica, la salud y algunas de las experiencias vividas por los individuos infantiles durante su breve existencia. En las siguientes páginas, se dirigirá la atención al análisis del tratamiento que se otorgaba a los miembros más pequeños de algunas sociedades pasadas en el momento de su muerte. Como se verá en los siguientes apartados, el estudio de los rituales funerarios que recibían sus cadáveres y el modo en que estos eran protegidos y colocados en el interior de las sepulturas aporta una valiosa información sobre cuestiones relacionadas con su identidad y percepción dentro de sus comunidades, con las respuestas emocionales desencadenadas por sus muertes prematuras y con los cuidados que se les brindaba en el momento de su deceso.

4.2.5. EL TRATAMIENTO FUNERARIO DEL CUERPO

En el segundo capítulo de este libro se ha visto cómo entre los tópicos existentes en torno a las niñas y niños en las sociedades pasadas destaca el de que sufrieron un tratamiento funerario diferenciado y, por lo general, menos cuidadoso que el de sus mayores. Esto, teóricamente, sería consecuencia de la realización de una menor inversión económica en sus entierros y funerales, que iría en consonancia con su menor consideración social. Sin embargo, los últimos avances operados en el campo de la arqueología de la infancia han demostrado que el modo en que eran tratados los individuos infantiles tras su muerte, aparte de estar condicionado por la edad, pudo estar pautado por otras identidades superpuestas, como su estatus social y su origen cultural, así como por la voluntad de sus progenitores que, en algunos casos, pudieron elegir cómo enterrar a sus descendientes dentro de las prácticas funerarias aceptadas en su propia comunidad.

Algunos paralelos históricos, como el caso de la pequeña Rosalía Lombardo (1918-1920), quien falleció en Palermo a la edad de dos años como consecuencia

de una neumonía, permiten observar, con cierto detalle, los cuidados que se dieron a la niña tras su deceso. Sus padres, siguiendo una práctica funeraria común en este momento por las clases altas palermitanas, decidieron que querían conservar el cuerpo de su hija, por lo que encargaron al taxidermista Alfredo Salafia que embalsamara el cuerpo de la pequeña. Como se puede apreciar en la imagen, el cabello de la niña fue peinado y recogido con un gran lazo y su cuerpo cubierto por una sábana negra (fig. 4.2, a). Una vez peinada y embalsamada, la pequeña fue introducida en un sarcófago de madera con la tapadera de cristal, adaptado al pequeño tamaño de su cuerpo (fig. 4.2, b), que fue colocado en la *Cappella Bambini* de las *Catacombe dei Capuccini* de Palermo (Panzer *et al.* 2013: 401-402).

El tratamiento que se proporcionó al cadáver de Rosalía Lombardo brinda una oportunidad excepcional para analizar la respuesta emocional de sus progenitores ante su temprana pérdida. Estos buscaron preservar el aspecto de su hija cuando estaba viva, aunque esto implicara una gran inversión económica. De hecho, fue probablemente esta voluntad la que determinó el tratamiento del cuerpo de la niña —embalsamamiento— con el fin de conservar su apariencia, evitando la putrefacción y descomposición de su cadáver. Este modo de tratar el cuerpo de la pequeña podría relacionarse con la negación de su muerte por parte de sus padres. Otro aspecto relevante es la elección de colocar a la niña en un ataúd de madera, cuando la mayoría de los niños difuntos enterrados en la *Cappella Bambini* fueron depositados en nichos excavados en las paredes. Esta decisión de introducir el pequeño cadáver en un sarcófago podría relacionarse con el deseo de mantenerla resguardada y protegida. Además, también es interesante notar que la tapadera del ataúd era de cristal, lo que podría relacionarse con la voluntad de sus progenitores de visitar a su hija y verla en un estado muy similar al que tenía en vida, lo que podría leerse como un esfuerzo por evitar que fuera olvidada y mantener viva su memoria (fig. 4.2, b).

Si bien el caso de Rosalía Lombardo es excepcional y permite analizar cómo la niña fue peinada, vestida y tratada antes de ser depositada en su sarcófago, el análisis de este tipo de aspectos a partir del registro arqueológico, por lo general, resulta muy complicado al no conservarse en la mayoría de casos el cabello, los restos de los tejidos blandos de los cuerpos ni los vestidos o envoltorios que pudieron utilizarse para vestir y/o cubrir los cadáveres. A pesar de estas limitaciones,

el estudio de los cuerpos infantiles sí permite observar si estos fueron inhumados, incinerados, momificados, etc., y comprobar si el tratamiento funerario que recibieron al fallecer fue el mismo que el del resto de los individuos de la comunidad o si, por el contrario, se diferenciaba debido a su temprana edad.

El análisis de este aspecto en diversas comunidades pasadas ha demostrado que las niñas y niños, en ocasiones, fueron tratados de la misma forma que los adultos. Este es el caso, por ejemplo, de las comunidades argáricas del Bronce de la península ibérica, donde los individuos infantiles eran incluidos en los espacios funerarios comunitarios y sus cuerpos recibían un tratamiento simétrico al de los adultos –siendo inhumados en posición flexionada–, lo que ha permitido sugerir que los pequeños eran reconocidos y considerados como individuos con determinados derechos dentro de su grupo social (Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 86-87). Asimismo, en algunas culturas del Bronce de la región de los Urales –como la Sintashta, la Petrovka y la Alakul– el tratamiento funerario de los cuerpos de los individuos no-adultos, desde muy temprana edad, fue el mismo que el de sus mayores, estando también los pequeños muy bien representados en los cementerios comunales. Esto ha permitido plantear que, desde su nacimiento, eran incorporados en la estructura social de sus comunidades (Berseneva 2017: 143-144).

En el capítulo 2 también se ha visto que algunos autores romanos, como Plinio el Viejo y Juvenal, sugieren que hubo ciertas reservas para cremar a las criaturas que fallecían antes de que les salieran los primeros dientes, es decir, antes de sus primeros seis meses de vida. Esta sugerencia transmitida por algunos autores latinos, a menudo, se ha aplicado libremente en contextos cronoculturales más variados para justificar la ausencia de la cremación de los individuos infantiles, un ritual que sería bastante más costoso que el de la inhumación (Bérard 2016: 455). De este modo, diversos especialistas han llegado a plantear, de forma general, que en algunas sociedades pasadas, como la romana, la griega y la fenicio-púnica, a las niñas y niños de corta edad se les daría entierro de la forma más sencilla posible –principalmente a partir del ritual de la inhumación–, mientras que los rituales que requerían un mayor gasto económico y temporal –como la incineración– estarían destinados a personas de mayor edad (entre otros, Mackensen 1978; Tejera Gaspar 1975: 789-790; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263).

En relación con este aspecto, un reciente estudio realizado sobre el ritual aplicado a los bebés en el mundo romano ha demostrado que aquellos menores de seis meses de edad eran tanto inhumados como cremados, incluso dentro de una misma comunidad. La convivencia de ambos ritos para tratar a los más pequeños, por ejemplo, ha sido atestiguada en Pompeya donde, durante el s. I d.C., tanto los bebés como los niños de mayor edad eran cremados o inhumados. Asimismo, en otros sitios romanos de la Galia –como Argenton y Stettfeld– entre el 15% y el



Fig. 4.2. Tumba de Rosalía Lombardo. *Catacombe dei Capuccini*, Palermo. a) Detalle del peinado; b) Detalle del ataúd de madera con tapadera de cristal (a partir de Bianucci *et al.* 2022: fig.1).

18% de los recién nacidos también eran incinerados. Por otro lado, cabe tener en cuenta que, del mismo modo que no todas las criaturas eran inhumadas, los niños de mayor edad no siempre eran cremados. Por ejemplo, en Marsella y Avenches algunos individuos infantiles, que fallecieron en torno a los cuatro o cinco años, fueron inhumados. Por tanto, si bien algunos autores habían considerado que la inhumación de bebés, hasta los seis o siete meses de edad, era una práctica típicamente romana (Mackensen 1978), la evidencia procedente de las tumbas sugiere que no existió una práctica universal para dar entierro a los individuos infantiles más jóvenes en el mundo romano, sino que más bien se dio una gran variedad, que pudo depender de otros factores e identidades diferentes a la edad (Carroll 2018: 181-182).

Además de ser cremados e inhumados, en otras áreas geográficas integradas en el Imperio Romano, como Egipto, algunas niñas y niños –incluso recién nacidos y fetos– eran momificados, lo que sugiere que los ritos funerarios de los individuos infantiles también estaban determinados por la región geográfica y el sustrato cultural (entre otros, Spieser 2008: 542). La momificación era un procedimiento muy costoso, ya que implicaba la evisceración del cuerpo, su embalsamamiento y su posterior envoltura. La práctica de momificar a individuos de corta edad, ya se practicaba en el Egipto prerromano. Entre los ejemplos más famosos, que datan del Reino Nuevo, se encuentran las momias de dos niñas prematuras, que nacieron a los cinco y a los ocho o nueve meses de embarazo respectivamente, descubiertas en la tumba de Tutankhamon. Tras ser momificadas, sus cuerpos fueron resguardados en pequeños ataúdes antropoides, cuya forma y decoración recuerdan claramente al sarcófago del faraón. La inclusión de estas dos criaturas en sarcófagos de tal naturaleza podría indicar su pertenencia al linaje real y, por ende, su relación de parentesco con la misma divinidad. Este factor podría explicar el tratamiento funerario tan costoso que se les dio y que, posiblemente, estuvo determinado por su elevado estatus social (Harrison *et al.* 1979).

En relación con la existencia de rituales funerarios diferenciados para las criaturas fallecidas a edades muy tempranas, se observa que en ciertas necrópolis griegas se dio cierta tendencia a inhumar a las niñas y niños más pequeños, mientras que los adultos fueron principalmente incinerados. Asimismo, en algunos casos, las tumbas infantiles eran ubicadas en espacios funerarios diferenciados (véase § 4.4.2.; fig. 4.11). A pesar de que

la práctica predominante fue la inhumación de los más jóvenes, la realización de análisis antropológicos, durante los últimos años, está demostrando que los cuerpos de algunas criaturas también eran sometidos a la cremación. Por ejemplo, en diversos cementerios del periodo arcaico, como Thasos y Abdera, se ha registrado que los cadáveres de ciertos bebés que fallecieron a edades muy tempranas eran incinerados de igual modo que los de los adultos (Papaikononou 2008: 692). Este fenómeno también se daba en algunas colonias griegas sicilianas, como Himera, donde aunque el rito convencional para los niños era el de la inhumación, se ha constatado que una minoría de individuos no-adultos –desde neonatos hasta jóvenes de unos 18 años de edad– también eran cremados (Vassallo 2014: 262-263).

Los diferentes ejemplos propuestos en este apartado permiten observar que, contrariamente a la creencia tradicional, el tratamiento funerario dispensado a los niños en diversas comunidades pasadas no siempre fue marginal en relación con el que se ofrecía a los adultos. Asimismo, en algunas sociedades –como la griega y la romana– donde se había asumido la exclusión de los bebés de ciertos rituales, como la incineración, investigaciones antropológicas recientes están demostrando la existencia de una realidad mucho más compleja y heterogénea. Por último, se ha demostrado que el modo en que se trataba a los individuos infantiles en el momento de su muerte no sólo estaba determinado por su edad, sino también por otros factores identitarios, como su estatus social, tal y como ilustra el caso de las niñas momificadas en la tumba de Tutankamón. Además, como ocurre en la actualidad, la voluntad y las respuestas emocionales de los progenitores ante las muertes precoces también debieron desempeñar un papel clave en la determinación del tratamiento funerario, como se ha puesto de manifiesto en el caso de la pequeña Rosalía Lombardo.

4.2.6. LA PROTECCIÓN DEL CUERPO

Una vez el niño o niña había fallecido y se había decidido el tratamiento funerario que se aplicaría a su cadáver –incineración, inhumación, momificación, etc.– también debían tomarse decisiones sobre el tipo de contenedor, cobertura o tumba en el que el cuerpo o los restos óseos serían resguardados. Estudiar el modo en que se protegieron los cuerpos de los individuos infantiles puede aportar información sobre el cuidado invertido en sus funerales y sobre su estatus social, pero, como se verá a



Fig. 4.3. Diferentes técnicas utilizadas para fragmentar los recipientes cerámicos en los *enchytrismoí*. a) Ánfora procedente de Astypalea, la fractura fue realizada mediante el uso de un punzón o broca (Michalaki-Kollia 2010: fig. 21); b) Ánfora procedente de Megara Hyblaea, se utilizó una sierra o punta (Duday *et al.* 2013: figs. 6-7).

continuación, también sobre algunas creencias existentes en torno a su muerte (Murphy y Le Roy 2017: 8; Carroll 2018: 183).

Aunque es posible que en algunas sociedades pasadas los individuos infantiles fueran depositados en el interior de sus tumbas de forma directa y sin ningún elemento de protección, en muchas ocasiones sus pequeños cuerpos fueron protegidos de diversas maneras. Una de las costumbres más extendidas para resguardar los cadáveres de las niñas y niños fue la de introducirlos en recipientes cerámicos, práctica que técnicamente se conoce con el nombre de *enchytrismós*. El uso de esta forma de enterramiento parece que tuvo su origen durante el Neolítico en el Levante septentrional, documentándose los primeros *enchytrismoí* ya en el VII y el VI milenio a.C. (Bacvarov 2008: 66). Sin embargo, su práctica se ha atestiguado en distintas áreas geográficas de forma continuada hasta la Edad Media, prolongándose su uso incluso en la actualidad en algunos países de África, como Sudán o Zimbabue (Orrelle 2008: 73). Aunque, en algunas comunidades, esta forma de enterramiento no estuvo destinada de forma exclusiva a la inhumación de los individuos infantiles, parece que en otras, como la griega, la romana y, como se verá en el presente trabajo, también la fenicio-púnica, era un modo típico de proteger los cuerpos de los individuos más pequeños.

Tradicionalmente, algunos investigadores han propuesto que las niñas y niños eran introducidos en *pithoi*, ánforas y otros vasos cerámicos porque esta constituía

una forma sencilla, rápida y económica para deshacerse de los cuerpos de los pequeños (Dubois 2012: 340). No obstante, el estudio detallado de las técnicas utilizadas para fragmentar los recipientes cerámicos, con el objetivo de poder introducir los cadáveres *a posteriori*, en algunas necrópolis griegas como Megara Hiblaea o Astypaleia ha demostrado que el procedimiento seguido para realizar este tipo de enterramientos no fue tan simple y requirió de un tiempo de ejecución. En ambos cementerios, las aperturas en los vasos fueron ejecutadas mediante el uso de diferentes técnicas y herramientas, como punzones y/o brocas, cincelos, sierras y/o puntas, evidenciando que los recipientes cerámicos eran cuidadosamente preparados de forma previa a la inhumación de los individuos en su interior (fig. 4.3) (Michalaki-Kollia 2010: 167; Duday *et al.* 2013: 223-226).

A partir de las descripciones de algunos textos médicos romanos, que comparan el útero femenino con un jarrón, diversos especialistas han interpretado que los vasos podrían considerarse una metáfora del cuerpo femenino, más que una forma descuidada de enterramiento. De este modo, los *enchytrismoí* podrían simbolizar tanto una prolongación de la protección y la alimentación materna, como la voluntad de que el niño o niña inhumado en el vaso volviera a nacer tras su muerte (entre otros, Goodison 1989: 40; McGeorge 2011: 12; Stevens 2013: 625). Esta interpretación también estaría apoyada por algunos paralelos etnográficos procedentes de Sudán,



Fig. 4.4. Diferentes recipientes y/o tipos de tumbas utilizados para proteger los cuerpos infantiles en Himera. a) Teja; b) Sarcófago cerámico; c) Caja de adobe; d) Bañera (Vassallo 2014: figs. 15-16; 24; 28); e) Terracota griega que representa a una mujer lavando a un niño/a en una bañera, *Museo Archeologico Regionale Eoliano* (Fotografía: A. Rivera-Hernández).

donde los recipientes cerámicos eran utilizados como una alegoría del vientre materno y se destinaron al enterramiento de neonatos y fetos (Orrelle 2008: 73).

Además del uso de recipientes cerámicos, para proteger los cadáveres infantiles se utilizaban una gran diversidad de sistemas que variaban incluso dentro de la misma comunidad. Esta heterogeneidad en el uso de diferentes métodos de protección está bien representada en la necrópolis de Himera (Sicilia) donde, junto a los vasos, también se utilizaban otros elementos, como simples tejas (fig. 4.4, a) o sarcófagos cerámicos (fig. 4.4, b). En este cementerio los individuos infantiles también eran colocados en el interior de una especie de cajas construidas con adobes (fig. 4.4, c), siendo excepcional el uso de una “bañera” (fig. 4.4, d) (Vassallo 2014: 274; 275; 279). Este último caso es muy interesante puesto que algunas figurillas de terracota griegas muestran que este tipo de recipientes eran utilizados para bañar a las niñas y niños en vida (fig. 4.4, e). De este modo, la utilización de este elemento para proteger el cadáver resultante de una muerte prematura podría simbolizar la extensión de los cuidados maternos en el mundo de ultratumba.

En diversas comunidades pasadas los cuerpos inmaduros también eran protegidos mediante el uso de sudarios u otro tipo de envolturas, elementos de cestería y/o ataúdes de madera. Aunque este tipo de elementos son más difíciles de documentar en el registro arqueológico, a causa de su naturaleza perecedera, en ciertas áreas con ecosistemas privilegiados estos sí se han conservado. Este es el caso de algunos yacimientos egipcios, como Deir el Medinah, donde se ha registrado el uso de sudarios y cestas para proteger los cadáveres de los pequeños. Si este método de protección se compara con los ricos ataúdes donde se introdujeron las niñas momificadas de la tumba de Tutankhamón, puede suponerse que el uso de cestas y sudarios constituía una solución más económica –y sobre todo accesible– de enterrar a las niñas y niños de las familias más modestas (Spieser 2008: 517). El uso de ataúdes de madera también debió ser un método común para proteger los cadáveres infantiles. No obstante, como sucede en el caso de los elementos de cestería, es difícil documentar su uso con certeza debido a su naturaleza perecedera. Sin embargo,

en algunas sepulturas, como la W4246 de Himera, se ha documentado un individuo infantil inhumado en el interior de una caja de este material (Vassallo 2014: 277). Aunque es complicado que estas estructuras se conserven, su utilización también se puede sugerir a partir de la presencia de clavos en el interior de las fosas de enterramiento o de manchas negras, en torno a los esqueletos, que pueden resultar de la putrefacción de la madera (Vassallo 2014: 277; Carroll 2018: 192).

Junto a estos elementos, se ha observado que los cuerpos de los pequeños difuntos también pudieron protegerse mediante el uso de algún tipo de vendaje o envoltura e incluso con sus ropitas cotidianas. De nuevo, gran parte de la evidencia de textiles en los contextos funerarios es indirecta, tal y como refleja la presencia de algunas piezas metálicas que pudieron funcionar como broches de los atuendos a las que, como consecuencia del proceso de oxidación, en ocasiones se quedaron adheridos algunos tejidos. Este es el caso de un anillo de bronce localizado en un enterramiento infantil en *enchytrismós* de Himera, que aún conservaba un fragmento de tela de cáñamo adherida, lo que sugiere que pudo funcionar como elemento de sujeción del vestido o pañal con el que la criatura fue inhumada (Vassallo 2014: 284). Otro ejemplo relevante que, en este caso, arroja luz sobre el uso de mortajas procede de una sepultura romana en la que fueron inhumados dos individuos adultos y un infantil. Después de ser depositados en la tumba, se vertió yeso sobre sus cadáveres, y las impresiones resultantes permitieron observar que el niño había sido envuelto en vendas que cubrían su cuerpo, cabeza, piernas y pies (Carroll 2018: 197; fig. 7.8). Si bien estos casos son excepcionales, el uso de mortajas, vestidos, sudarios y otro tipo de envolturas para proteger los cuerpos de los pequeños difuntos también puede proponerse a partir de la presencia de agujas y broches, tal y como se verá en el apartado destinado al estudio de los objetos.

4.2.7. LA POSICIÓN DEL CUERPO

Otro aspecto que aporta una preciosa información sobre la percepción de las niñas y niños, sus identidades y las relaciones que mantenían con otras personas de su grupo de pertenencia es la posición en que sus cuerpos eran colocados en el interior de las sepulturas. En relación con el estudio de esta variable, es importante destacar que el análisis de las posturas, actitudes y gestualidades en los enterramientos puede ser complicado, ya que la mayoría

de publicaciones no ofrecen este tipo de información y, cuando lo hacen, suelen utilizar términos ambiguos como “flexionado”, “posición fetal”, etc., que pueden tener diversos significados según los especialistas (Murphy y Le Roy 2017: 10).

Pese a estas dificultades, diversos estudios de arqueología de la infancia han demostrado que la posición en que los pequeños eran instalados en el interior de sus tumbas puede revelar la percepción que se daba sobre ellos en el seno de su comunidad. Esto se observa, por ejemplo, en el cementerio medieval de St. Clemens Churchyard, en Dinamarca. En esta necrópolis, los infantiles, normalmente, eran inhumados en tumbas individuales en las que sus cadáveres se disponían en decúbito lateral, en contraposición a los adultos, que eran acomodados en decúbito supino. Además, las manos de algunas niñas y niños se colocaban de forma intencional por debajo de una de sus mejillas “en posición de dormir”, proporcionando una imagen de inocencia y vulnerabilidad (Jensen 2017: 203). Aparte de ser enterrados en tumbas individuales, en ciertas ocasiones los individuos infantiles de St. Clements eran inhumados en sepulturas dobles o triples, compartiendo el espacio funerario con personas adultas. En estos casos la cabeza de los pequeños solía ser cuidadosamente apoyada sobre el pecho de la persona de mayor edad, gesto que podría manifestar la vulnerabilidad con que estos eran percibidos. Asimismo, esta posición también podría reflejar la voluntad de garantizarles un viaje seguro a la otra vida, pudiendo interpretarse también como un signo especial de afecto, que podría manifestar la existencia de lazos familiares y/o afectivos entre las personas enterradas (Jensen 2017: 205; 207).

La presencia de esta gestualidad afectiva también es perceptible en algunas tumbas prehistóricas, como la sepultura número 6 del yacimiento argárico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada). En esta fue inhumada una mujer adulta, de mediana edad, en posición de decúbito lateral derecho con las piernas flexionadas. Entre sus brazos se hallaba un niño dispuesto en posición de decúbito lateral izquierdo, con las extremidades inferiores también flexionadas, de modo que las cabezas de ambos individuos quedaban enfrentadas (Sánchez Romero 2007: 192; fig. 3). En este mismo yacimiento, pero también en otros sitios argáricos, como Peñalosa y la Motilla del Azuer, se ha observado que los cadáveres de los individuos infantiles seguían un patrón de colocación que replicaba el de los adultos: los niños eran depositados en decúbito

lateral izquierdo, mientras que las niñas eran acomodadas en decúbito lateral derecho. Esta tendencia ha permitido inferir que en estas comunidades las identidades de género, posiblemente, ya eran reconocidas durante la niñez (Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 87). Por tanto, en aquellas sociedades donde la posición de los cuerpos en las tumbas materializaba las identidades de género, el análisis de esta variable brinda la posibilidad de estudiar si la socialización del género ya se daba durante la infancia.

4.3. LO QUE PUEDEN CONTAR LOS OBJETOS

El estudio de las tumbas infantiles brinda una valiosa oportunidad para examinar de forma directa la relación entre los cuerpos de los pequeños y los objetos depositados en sus sepulturas (Sofaer Derevensky 2000b: 10). Esta circunstancia, en primer lugar, permite observar si en una sociedad concreta existía una cultura material especialmente dedicada a las niñas y niños (Dasen 2010: 19) o si, por el contrario, los elementos asociados a estos eran los mismos que se hallaban en las tumbas de los adultos (Mariaud 2012: 34). Además de determinar la presencia o ausencia de una serie de materialidades específicas relacionadas con la niñez, algunos trabajos desarrollados en diversas sociedades pasadas han demostrado que, en ocasiones, en las tumbas infantiles es posible identificar algunos objetos que, probablemente, pertenecían a los niños en vida —como los juguetes—, otros que podrían haber sido utilizados por sus familiares y seres queridos para cuidarlos y mantenerlos seguros —como los biberones, las joyas y los amuletos— así como una variedad de elementos que podrían haber sido empleados en sus rituales funerarios (entre otros, Baxter 2005: 39-56; Dubois 2012). Además, los objetos hallados en las sepulturas de los más pequeños también pueden haber servido como un medio para expresar la diferenciación social de su edad, así como otras identidades, como su estatus y género (entre otros, Baxter 2005: 102-107; Sánchez Romero 2008b: 21; Dubois 2012: 335; Mariaud 2012: 23).

4.3.1. LOS OBJETOS COMO MARCADORES DE LA EDAD SOCIAL

Algunos estudios arqueológicos han mostrado que, en diversas comunidades del pasado, el ajuar funerario era uno de los criterios utilizados para expresar la diferenciación de

la edad social o cultural (entre otros, Dedet 2012; Berse-neva 2017). Estas investigaciones, de hecho, han revelado que analizar los objetos asociados a los diferentes grupos de edad puede permitir observar la integración gradual de los individuos en el seno de una comunidad y, por tanto, establecer categorías de edad culturalmente pautadas. Este es el caso de un estudio realizado sobre los individuos no-adultos de diversas necrópolis proto-históricas en Languedoc y Provenza, que ha consentido establecer las diferentes etapas por las que las niñas y niños atravesaban hasta que llegaban a ser considerados miembros de pleno derecho de sus grupos de pertenencia (Dedet 2012).

En estos cementerios los individuos fetales, perinatales y algunos lactantes, hasta los seis meses de edad, eran enterrados sin ningún objeto funerario, lo que se ha interpretado como una falta de reconocimiento social hacia las criaturas (Dedet 2012: 151). De hecho, parece que la identidad social de los pequeños empezaba a configurarse entre los seis y los doce meses de edad, cuando comenzaban a ser acompañados por algunos objetos de carácter profiláctico, como los collares (Dedet 2012:153). Otra etapa dentro de este proceso de integración gradual parece haberse dado entre la edad de uno y seis años, cuando en las tumbas infantiles comenzaban a depositarse artículos similares a los de los adultos, aunque en menor cantidad y siempre relacionados con el mundo femenino. Esta pauta se ha interpretado como que, hasta la edad de seis años, la socialización de las niñas y niños se daba en los hogares y dependía de las mujeres (Dedet 2012: 154-158). En último lugar, se ha propuesto que la fase final de transición entre la infancia y la vida adulta se daba entre los siete y los catorce años, cuando los individuos prepuberales y puberales comenzaban a presentar los mismos ajuares que los adultos que, con estas edades, ya aludían a su género masculino o femenino. Esto podría indicar que era durante este periodo cuando sus identidades de género pasaban a ser reconocidas. Además, se ha propuesto que el final de la infancia en estas comunidades se daba en torno a los quince años, cuando el material asociado a las y los adolescentes no difiere del que presentaban las mujeres y hombres adultos (Dedet 2012: 149).

4.3.2. LOS OBJETOS QUE HABLAN SOBRE CUIDADOS

Además de permitir observar si la edad era o no uno de los criterios que primaba para definir el lugar de las personas en una sociedad concreta, los objetos depositados

en algunas sepulturas infantiles pueden proporcionar información sobre algunos aspectos relacionados con los cuidados que las niñas y niños recibían tanto en sus vidas, como en el momento de su muerte. Entre éstos destacan algunos vasos cerámicos y diversos elementos de carácter ornamental, que brindan la oportunidad de analizar una serie de cuestiones relacionadas con la alimentación y con la vestimenta, el adorno, el peinado y la protección de los más vulnerables en las comunidades del pasado.

Probablemente, el tipo de vaso que está presente en la cultura material de muchas sociedades pasadas y que, universalmente, se asocia con la primera infancia son los biberones (entre otros, Sánchez Romero 2006: 131-132; Dasen 2010: 25; Dubois 2012: 338). Algunos paralelos arqueológicos parecen indicar que este tipo de recipientes podían ser manufacturados con diversos materiales de naturaleza perecedera. Por ejemplo, se conoce que en la Inglaterra anglosajona las astas de bóvidos eran utilizadas con esta función (Willeman 2005: 23). Aunque es muy probable que los biberones fueran fabricados con diversos materiales, en el registro arqueológico los que mejor se han conservado son los cerámicos. Este tipo de vasos se caracterizan por presentar un cuerpo más o menos globular, aunque en algunos casos eran fabricados con formas de animales, y un pico vertedor a través del cual podía salir el líquido contenido en su interior. Su existencia se ha documentado desde el Neolítico, aunque se desconoce si ya durante este periodo se utilizaban para alimentar a las niñas y niños (Halcrow 2019: fig. 1). No obstante, algunas evidencias arqueológicas e iconográficas posteriores parecen apoyar que uno de los principales usos de los biberones era el de alimentar a los miembros más jóvenes de la comunidad. Entre éstas destaca una terracota beocia, datada en el s. V a.C., que representa a una mujer alimentando a un niño con un biberón (fig. 4.5). Asimismo, otra evidencia que respalda este uso de los biberones es la presencia de huellas dentales en los picos vertedores de algunos de estos recipientes documentados en el Ágora de Atenas, que podrían demostrar que eran utilizados para alimentar a las criaturas cuando comenzaba su proceso de dentición, es decir, a partir de los seis o siete meses de edad (Sparkes y Talcott 1970: 161-162; Dubois 2012: 336).

Un dato interesante que merece destacarse respecto a los posibles usos de los biberones es que también se han documentado en tumbas de adultos en algunas necrópolis griegas y romanas. Esto sugiere que su función no debía

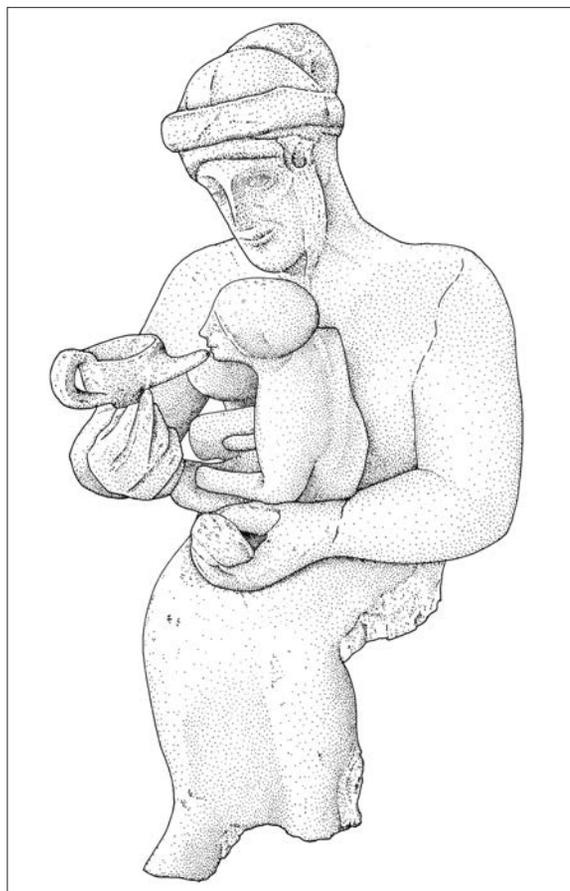


Fig. 4.5. Terracota beocia que representa a una mujer alimentando a un niño/a con un vaso-biberón, s. V a.C. (Carroll 2018: fig. 2.4).

limitarse a alimentar a los miembros más jóvenes de la comunidad (Dubois 2012: 337-338; Vassallo 2014; Carroll 2018: 82-85). En relación con este aspecto, algunos textos médicos griegos aluden a la existencia de una serie de recipientes –*bombylios*– que eran utilizados para que el paciente pudiera beber en pequeñas cantidades (Hipócrates *Enfermedades*, III, 16). Algunas características de ciertos biberones –como su pequeño tamaño y la estrechez de sus picos vertedores, a veces inferior a 2mm– parecen indicar que, efectivamente, otro de los posibles usos de estos recipientes pudo haber sido la administración de medicamentos en forma de goteo. Asimismo, algunos paralelos históricos demuestran que vasos de características muy similares eran utilizados para administrar medicinas a los enfermos durante el s. XX (fig. 4.6), lo que respalda la idea de que los biberones en el pasado podrían haber tenido también aplicaciones farmacológicas



Fig. 4.6. Taza de enfermo, s. XX (n.inv. A608327, ©The Board of Trustees of the Science Museum).



Fig. 4.7. Bebé actual bebiendo a partir de una réplica de un biberón antiguo (Dunne *et al.* 2019: fig. 2).

y/o médicas (Quevedo Sánchez 2010: 2076-2077). Por tanto, aunque este tipo de vasos se había relacionado de manera exclusiva con la esfera de la infancia, la documentación con que contamos en la actualidad invita a tomar ciertas precauciones sobre su interpretación, y su hallazgo en una tumba ya no puede utilizarse como el único argumento para identificar el enterramiento de un niño (Dubois 2012: 338).

A pesar de la posible multifuncionalidad de estos recipientes, los análisis de contenidos realizados en varios biberones de la Galia romana han evidenciado que la mayoría contenían leche (Rouquet 2004). Sin embargo, en algunos de estos vasos también se han documentado trazas de otros alimentos y bebidas, como miel, vino, frutas y grasas animales y vegetales (Jaeggi *et al.* 2015; Linger-Riquier *et al.* 2016), que podían constituir los alimentos complementarios a la leche materna, durante el proceso de destete. Este uso de los biberones durante el destete también parece inferirse de un reciente estudio realizado sobre los contenidos de tres de estos recipientes documentados en tumbas de niños, que murieron entre el nacimiento y los seis años de edad, en diversas necrópolis de Alemania datadas entre el Bronce Final y la Edad del Hierro. En este caso, los resultados obtenidos sugieren que los biberones se utilizaban para alimentar a los pequeños con productos lácteos derivados de rumiantes, principalmente de ovcápridos, lo que mostraría la importancia que tenía la leche de animales domesticados en la alimentación infantil, sobre todo, durante los primeros años de vida (Dunne *et al.* 2019: 246-248).

Algunos estudios previos han cuestionado la idoneidad de estos vasos para la alimentación infantil, argumentando que la parte final de los tubos podría ser demasiado áspera, afilada y rígida para las delicadas bocas de los bebés, pudiendo dificultar el proceso de succión. No obstante, en este último estudio, realizado en diversas necrópolis alemanas, se ha presentado una prueba experimental realizada con un bebé actual, que ha demostrado que los pequeños son capaces de beber adecuadamente utilizando los biberones antiguos (fig. 4.7). Además, es probable que en el extremo de la embocadura de los picos vertedores se colocaran piezas de trapo, tela o cuero con el propósito de proteger la boca de las niñas y niños y de facilitar el proceso de succión de los líquidos (Carroll 2018: 83-84).

Aunque los biberones, en ocasiones, se han documentado en tumbas de individuos infantiles que podían estar atravesando el proceso de destete en el momento de su muerte, en otras se han hallado en sepulturas de niñas y niños que fallecieron a otras edades. Este es el caso, por ejemplo, de un neonato que fue inhumado en el interior de un ánfora en la necrópolis griega de Himera y fue acompañado por un vaso biberón (Vassallo 2010: 98). Es posible que la presencia de biberones asociados a criaturas recién nacidas pueda explicarse a partir de la incapacidad de la madre para amamantar, lo que pudo llevar a buscar soluciones alternativas, como alimentar a los bebés a partir de otros alimentos líquidos, de leche animal o incluso a partir de la leche de otra mujer que estuviera lactando (Dubois 2012: 337). En relación con esta última propuesta, es interesante

el trabajo de Nadine Rouquet, quien ha planteado que los vasos biberones podrían haber sido utilizados como sacaleches e interpreta que la presencia de estos elementos en las tumbas infantiles simbolizaría la última alimentación de una madre para su hijo muerto (Rouquet 2003).

Junto a la alimentación, las niñas y niños recibían otra serie de cuidados que también pueden estudiarse a través de los objetos de sus tumbas, donde la presencia de algunos elementos como broches, fíbulas, joyas, amuletos y ornamentos proporciona información sobre cómo se protegían, adornaban, vestían y peinaban sus pequeños cuerpos. Aunque la conservación de ciertos elementos, como tejidos y cabello, en el registro arqueológico es complicada, se puede obtener evidencia indirecta sobre las vestimentas y peinados a partir de una serie de objetos que, a simple vista, pueden parecer insignificantes. Sin embargo, al analizarlos en relación con los restos óseos de los individuos infantiles, y apoyados por paralelos iconográficos, permiten obtener una valiosa información sobre los cuidados brindados a los individuos más jóvenes en el seno de sus comunidades.

Este es el caso, por ejemplo, de los anillos para pañales, anteriormente mencionados en relación con una tumba de Himera, aunque estos también han sido documentados en algunas sepulturas infantiles de la Galia romana. La funcionalidad de estos objetos se ha podido conocer gracias a una serie de figurillas votivas, que muestran cómo los pañales se ajustaban a los cuerpos de las criaturas con cuerdas, cuyo cierre se realizaba con la ayuda de un anillo, que se colocaba a la altura del pecho de los pequeños (fig. 4.8). La existencia de esta iconografía, por tanto, ha permitido establecer una relación entre algunos anillos de hierro hallados en diversas sepulturas infantiles y la práctica de enterrar a las niñas y niños ataviados con sus pañales (Carroll 2018: 89). Otros elementos que pueden informar, indirectamente, sobre las vestimentas con que los pequeños eran enterrados son los alfileres, las agujas y las fíbulas. Este tipo de objetos se han documentado en diversas sepulturas infantiles de las necrópolis griegas de Mégara Hyblaea y Siracusa en Sicilia, permitiendo sugerir que los jóvenes difuntos eran amortajados antes de su entierro o enterrados con sus vestidos cotidianos. Junto a estos objetos, en ambos cementerios sicilianos, también se han documentado una serie de espirales metálicas, que pudieron ser utilizadas para peinar y adornar el cabello de los pequeños (Bouffier 2012: 135-136).

Aunque los elementos relacionados con el vestido y el peinado son difíciles de rastrear, siendo prácticamente desconocidos en muchas sociedades pasadas, una tendencia común en diversas comunidades, a lo largo del tiempo y del espacio, ha sido la de adornar los cuerpos de los individuos infantiles con gran profusión (Dasen 2003: 275). Habitualmente, se ha interpretado que los adornos y joyas tenían funciones que van más allá de la meramente ornamental, pues los materiales con que se fabricaban y las iconografías que presentaban, podían dotar a estos pequeños objetos de poderes apotropaicos, que protegían a los más jóvenes al entrar en contacto con sus cuerpos (Dasen 2003: 275; Delgado 2016a: 73). De este modo, es probable que la costumbre de adornar profusamente los cuerpos de los individuos infantiles pueda relacionarse con la vulnerabilidad y la precariedad que caracteriza universalmente la infancia, sobre todo, durante los primeros años de vida (entre otros, Dasen 2003: 275; Carroll 2018: 100).

Aparte de las funciones apotropaicas que pudieron tener estos objetos, el modo en que eran adornados los cuerpos de las niñas y niños puede aportar información sobre otros aspectos como, por ejemplo, las identidades de género y estatus social de los pequeños (Baxter 2005: 102; Kamp 2005: 120; Sánchez Romero 2008b: 22). Este



Fig. 4.8. Terracotas votivas que representan a bebés ataviados con pañales cuyo cierre se realizaba con la ayuda de un anillo metálico (Carroll 2018: fig. 3.5).

uso diferencial de los ornamentos está bien ilustrado en ámbito romano donde, en ocasiones, su utilización se dio en función del sexo de los pequeños. Este es el caso de las *lunulae* –un colgante en forma de creciente lunar– que tendía a adornar los cuerpos de las niñas, mientras que los falos, normalmente, eran utilizados por los niños (Dasen 2011a: 311). Además de funcionar como marcadores del género desde una edad temprana, algunos tipos de adornos también eran utilizados para subrayar la condición social de los individuos infantiles. Por ejemplo, la *bulla* de oro en Roma estaba destinada a ser únicamente usada por niños varones, libres y de la élite. Es probable que este objeto fuera entregado por el *pater familiae* en el *dies lustricus*, es decir, el día en que el niño recibía una primera identidad social al otorgársele un nombre. Asimismo, se sabe que la *bulla* era portada por los niños hasta, aproximadamente, la edad de 17 años, momento en que los muchachos pasaban del estado de *puer* al de *juvenis* y este amuleto era ofrecido a los dioses Lares, materializando esta acción el final de la infancia (Dasen 2003: 285; 2011a: 311; Gowland 2016: 305).

4.3.3. LOS OBJETOS, EL APRENDIZAJE Y LA SOCIALIZACIÓN

En las sepulturas infantiles también se encuentran una serie de objetos dotados de propiedades lúdicas que, en la actualidad, definiríamos y clasificaríamos como juguetes. Estos objetos proporcionan una gran cantidad de información acerca de los procesos de aprendizaje y socialización en las comunidades del pasado. Sin embargo, la identificación de los juguetes dentro del registro arqueológico puede plantear una serie de desafíos metodológicos.

Diversos estudios llevados a cabo por Véronique Dasen sobre los juguetes en ámbito griego y romano, así como por Margarita Sánchez Romero y Eva Alarcón García en las comunidades argáricas del Bronce peninsular, han demostrado que es posible reconocer estos objetos utilizando paralelos etnográficos, históricos e iconográficos, pero, sobre todo, a partir del *elemento fundamental que proporciona la asociación contextual de objetos y personas en el registro funerario* (Sánchez Romero 2007: 187). Además, estas investigaciones han arrojado luz sobre las características distintivas de este tipo de objetos. Desde una perspectiva formal, pueden identificarse por las similitudes que presentan respecto a algunos juguetes considerados de larga duración, como son los sonajeros,

las muñecas y los carros, entre otros. Además, desde un punto de vista ergonómico, su tamaño y peso deberían corresponderse con las habilidades de los niños y niñas, de modo que estos puedan manipularlos sin dificultad (Dasen 2011b: 53; 2012: 11). En último lugar, también se debe considerar la manufactura de algunos de estos objetos, ya que ciertos juguetes podrían haber sido elaborados por los propios individuos infantiles. En relación con esta última cuestión, en algunas sepulturas infantiles de la Edad del Bronce del sureste peninsular se han localizado algunos vasos miniaturizados, cuyas características formales parecen indicar que eran fabricados por individuos infantiles. Este tipo de vasos, que también se han documentado en los contextos domésticos, se han interpretado como objetos ligados a los procesos de aprendizaje de las tecnologías cerámicas, a través del juego y de la imitación (Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 61).

Por lo que respecta a las propiedades educativas y socializadoras de los juguetes son especialmente interesantes los trabajos realizados en ámbito greco-romano, donde se ha demostrado que estos objetos estaban presentes en las vidas de los individuos infantiles, desde el nacimiento hasta que alcanzaban la adultez, dando testimonio de las habilidades que se esperaba que las niñas y niños adquirieran durante las diferentes etapas del proceso de socialización (Dasen 2011b: 53). Durante la primera infancia, los más jóvenes utilizaban una serie de juguetes destinados a desarrollar sus habilidades sensitivas y motoras, como los sonajeros (fig. 4.9, a) y los carritos de madera tipo *hamax* (Ammar 2019). Aunque estos últimos no han sido documentados arqueológicamente debido a su confección en un material biodegradable, se conocen a partir de la iconografía y algunos paralelos etnográficos (fig. 4.9, b). Junto a estos juguetes, durante la primera infancia, también eran comunes los carros zoomorfos (fig. 4.9, c), que presentaban un orificio en el hocico del animal para permitir el paso de una cuerda, de la que los pequeños podrían tirar y arrastrarlos (Evers 2019).

Las niñas y niños más mayores podrían utilizar algunos juguetes a partir de los cuales imitaban las actividades adultas, anticipándose a su destino social como hombres o mujeres (Dasen 2012: 9; Massar 2019). Este es el caso de las muñecas de terracota, caracterizadas por reproducir el cuerpo de una mujer adulta, con los senos, las caderas y el sexo marcados. Aunque este tipo de muñecas han llegado a la actualidad total o parcialmente desnudas, cabe esperar que pudieran ser vestidas, por las niñas que jugaban con ellas, gracias a sus brazos y piernas móviles (fig. 4.9, d).

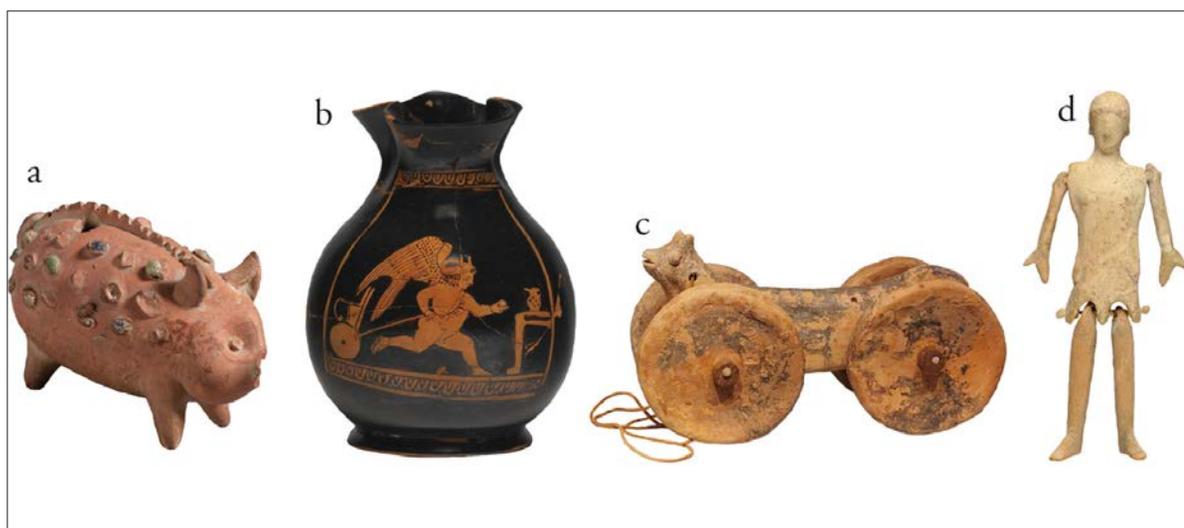


Fig. 4.9. Diferentes juguetes greco-romanos. a) Sonajero (©The Metropolitan Museum of Art); b) *Oinochoe* con representación de Eros niño arrastrando un carrito de madera (©Walters Art Museum); c) Carrito zoomorfo (Archaeological Museum of Chania. Fotografía: Aurora Rivera-Hernández); d) Muñeca griega articulada (©Getty Museum).

Este juego de vestir y adornar a las muñecas podría haber sido una actividad lúdica diseñada para preparar a las jóvenes para los rituales matrimoniales, en los que el momento de presentación de la novia tenía una importancia particular (Dasen 2010: 28). Asimismo, el hecho de que las muñecas presentaran los rasgos de la fisonomía femenina de forma explícita podría evidenciar que estas eran utilizadas para familiarizar a las pequeñas con las transformaciones que sus cuerpos sufrirían al alcanzar la pubertad y con su futuro papel como esposas y madres (Dasen 2011b: 56).

Tanto en Grecia como en Roma las muñecas han aparecido, en la mayoría de los casos, en sepulturas de niñas que murieron con tres o cuatro años de edad. Esta circunstancia ha permitido plantear que podían ser regaladas a las pequeñas durante la fiesta de su presentación a la comunidad, marcando y materializando el reconocimiento de su identidad social y de género. El buen estado de conservación de las muñecas demuestra que eran manejadas con sumo cuidado, probablemente bajo la supervisión y el control de los adultos, con la finalidad de conservarlas hasta el momento en que las niñas se convertían en mujeres, con la llegada de la pubertad, y las ofrecían a diversas divinidades femeninas. Las jóvenes griegas, generalmente, confiaban su muñeca a Artemisa, diosa que velaría por su embarazo y parto, mientras que las romanas se las ofrecían a Venus el día antes de su boda (Dasen 2011b: 56-57; 2012: 19-20).

4.3.4. LOS OBJETOS Y LOS RITUALES FUNERARIOS

La última categoría de objetos presentes en las tumbas infantiles, a la que se hará referencia en este trabajo, está constituida por aquellos elementos que estuvieron exclusivamente relacionados con los rituales funerarios destinados a los pequeños. El estudio de estas materialidades ha revelado que en muchas sociedades pasadas se atendía con sumo cuidado a las niñas y niños difuntos, lo que contradice la noción tradicional de que sus muertes, generalmente, implicaban rituales sucintos y más sencillos que los de los adultos. Para comprender cómo eran utilizados estos objetos en el transcurso de los funerales, resulta esencial examinar su disposición dentro del contexto funerario, ya que este aspecto puede proporcionar información sobre la secuencia temporal en la que se llevaban a cabo las diversas acciones rituales. Por ejemplo, si el mobiliario funerario se encontraba dentro de las tumbas, esto podría indicar que los diferentes elementos estaban destinados a acompañar al difunto. En cambio, la presencia de ciertos objetos, como vasos cerámicos, en el exterior de las sepulturas podría sugerir la realización de rituales conmemorativos en honor a los jóvenes fallecidos (Dubois 2012: 329-331).

Los objetos utilizados durante los rituales funerarios de los individuos infantiles han sido bien estudiados en el mundo griego arcaico y clásico, donde se ha podido

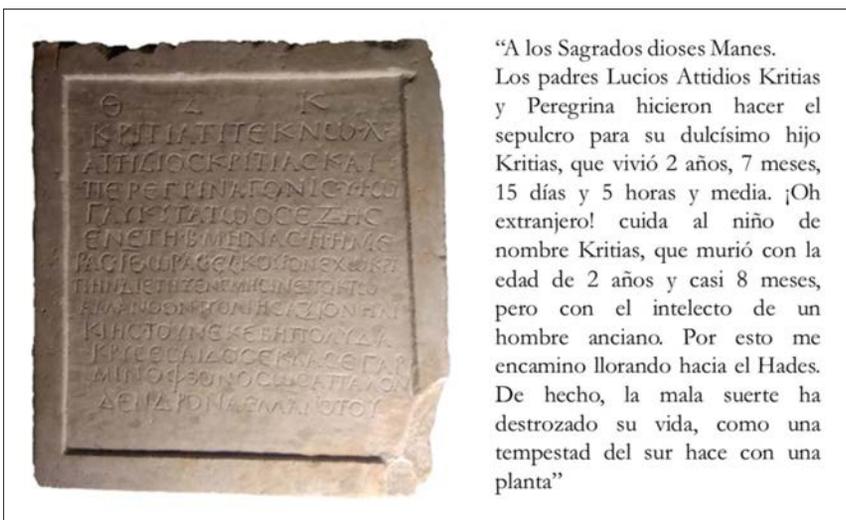
observar que los cuidados otorgados a las niñas y niños no diferían mucho en comparación con los de sus mayores. Dentro de las sepulturas, junto a los pequeños cadáveres, se han registrado diversos tipos de ungüentarios – como *lekythoi*, *alabastro* o *aryballoi*– que, posiblemente, contenían los perfumes y aceites utilizados para preparar los cuerpos antes de su entierro. Asimismo, en el interior de las tumbas también era muy común colocar algunos vasos relacionados con la esfera de la comensalidad y, en particular, aquellos destinados al consumo del vino, como jarras –principalmente *oinochoai*– y copas –como *kylix* o *skyphoi*– que, presumiblemente, se empleaban para la realización de libaciones funerarias (Bouffier 2012: 140; 145; Dubois 2012: 335; Mariaud 2012: 27). Aunque los vasos cerámicos, generalmente, se han documentado en el interior de las sepulturas, en otras ocasiones, se han localizado algunos recipientes en el exterior de las mismas, lo que ha permitido plantear que algunas niñas y niños difuntos eran visitados, cierto tiempo después de su entierro, por sus familiares y seres queridos, quienes les realizaban ofrendas con el fin de alimentarlos y así conmemorar su memoria (Dubois 2012: 331).

Con esta conmemoración de la memoria de los pequeños, también puede relacionarse la presencia de marcadores funerarios en el exterior de las sepulturas. El estudio de estos elementos ha sido especialmente fructífero en ámbito romano, donde las tumbas infantiles solían ser señaladas con piedras, cantos e incluso con estelas funerarias, creadas de manera deliberada y exclusiva para rendir homenaje a las niñas y niños (Carroll 2018). Más

allá de reflejar la voluntad de mantener vivo el recuerdo de los más jóvenes, estas estelas a veces proporcionan información de gran interés, como la relativa a la edad cronológica, es decir, el tiempo transcurrido desde el nacimiento, que se mide en días, meses y años calendáricos (Halcrow y Tayles 2008: 192). Además, en ciertos casos, las inscripciones de las estelas también constituyen un reflejo del impacto emocional que las muertes prematuras provocaban en el seno de ciertas familias. Esto se ilustra, por ejemplo, en el caso de la estela dedicada al pequeño Kritias por sus padres, un niño que falleció en Roma entre los ss. II y III, con casi tres años (fig. 4.10). De esta manera, los esfuerzos realizados por señalar las tumbas de aquellos que morían a más temprana edad en algunas sociedades pasadas, como la romana, desafían la concepción tradicional de que estos individuos eran socialmente marginados. De hecho, demuestran la inversión que se hizo, no sólo durante sus funerales, sino también cierto tiempo después de su muerte, con el objetivo de honrarlos periódicamente.

4.4. LO QUE PUEDE CONTAR EL ESPACIO

La relativa escasez de sepulturas infantiles en las necrópolis de muchas sociedades pasadas ha sido considerada una característica común en la arqueología funeraria. Tradicionalmente, esta subrepresentatividad de las niñas y niños en los cementerios se ha interpretado como un reflejo de la pasividad emocional que existía ante la



“A los Sagrados dioses Manes.
Los padres Lucios Attidios Kritias
y Peregrina hicieron hacer el
sepulcro para su dulcísimo hijo
Kritias, que vivió 2 años,
7 meses, 15 días y 5 horas
y media. ¡Oh extranjero!
cuida al niño de nombre
Kritias, que murió con la
edad de 2 años y casi 8
meses, pero con el intelecto
de un hombre anciano. Por
esto me encamino llorando
hacia el Hades. De hecho,
la mala suerte ha destrozado
su vida, como una tempestad
del sur hace con una planta”

Fig. 4.10. Epitafio de Kritias (Roma, II-III d.C.). Museos Capitolinos (Fotografía y traducción del texto: A. Rivera-Hernández).

muerte de los pequeños. De hecho, se asumía que los individuos inmaduros habrían recibido sepultura en lugares no convencionales y marginales, como las casas, o en áreas funerarias especializadas y destinadas a las muertes prematuras (Smith y Kahila 1992: 668).

Afortunadamente, en los últimos años, diversos estudios arqueológicos y antropológicos han demostrado que la ubicación diferencial de las tumbas infantiles no siempre constituyó una norma, estando muy bien representadas en algunos cementerios (entre otros, Nájera *et al.* 2010; Berseneva 2017; Carroll 2018). Otras investigaciones recientes también han mostrado que en aquellas comunidades en las que se daba la costumbre de enterrar a las niñas y niños en espacios diferenciados, esta práctica no tenía por qué implicar una falta de sensibilidad hacia su muerte, sino que el lugar elegido para darles sepultura podía ser otro de los criterios utilizados para expresar su edad social (entre otros, Bérard 2016: 453; Murphy y Le Roy 2017: 6). Debido a ello, estudiar dónde eran ubicadas las sepulturas de los más pequeños constituye una de las herramientas principales para comprender la posición que estos ocupaban dentro de la organización social de su comunidad (Crawford *et al.* 2018: 27).

4.4.1. LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES EN LOS CEMENTERIOS

Durante los últimos años, la realización de análisis antropológicos de forma sistemática está arrojando luz sobre la ubicación de los enterramientos infantiles en diversas sociedades pasadas, revelando que uno de los principales lugares para dar sepultura a los más jóvenes eran los cementerios comunitarios. Este fenómeno se ilustra claramente en un reciente estudio realizado en diversas áreas funerarias de la Edad del Bronce en la región de los Urales. Los resultados indican que los individuos infantiles, incluso las criaturas que fallecieron en un momento cercano al nacimiento, se encontraban notablemente representados en las necrópolis, llegando a constituir entre el 50% y el 80% del total de personas enterradas (Berseneva 2017: 125). Esta alta prevalencia de enterramientos infantiles también se ha observado en ciertos cementerios de la Edad del Bronce en la península ibérica. Por ejemplo, los análisis antropológicos realizados en la Motilla del Azuer, en Castilla la Mancha, han revelado que las niñas y niños suponían el 30,9% de los restos estudiados (Nájera *et al.* 2010: 83),

mientras que en el poblado argárico de Peñalosa, en Jaén, más del 30% del total de difuntos también eran infantiles (Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 76).

Esta considerable presencia de niños y niñas también se ha documentado, de forma relativamente reciente, en algunas colonias griegas, como Himera. En las dos necrópolis que servían como áreas funerarias a la ciudad, desde mediados del s. VII hasta el s. V a.C., los sujetos que fallecieron entre la edad fetal y la adolescencia constituían el 38% de las personas enterradas. Además, el estudio de la distribución espacial de sus sepulturas, en ambos cementerios, ha demostrado que éstas se intercaban de manera uniforme con las de los adultos (Vassallo 2014: 259-260).

Todos estos ejemplos reflejan que, si bien tradicionalmente se había considerado que la escasez de individuos infantiles en las necrópolis comunales era una característica generalizada en el registro funerario, la realización de análisis antropológicos está comenzando a cambiar esta tendencia. Además, estos estudios también están demostrando que incluso los individuos que fallecían a más temprana edad tenían derecho a ser enterrados ocupando el mismo espacio funerario que el resto de miembros de la comunidad. Esto parece revelar que, en ciertas sociedades pasadas, el lugar que tenían las niñas y niños más jóvenes en la estructura social era bastante destacado, siendo reconocidos como miembros con ciertos derechos dentro de sus grupos de pertenencia (Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 76; Berseneva 2017: 125).

4.4.2. LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES EN ÁREAS FUNERARIAS ESPECIALIZADAS

Si bien en algunas comunidades pasadas los niños y niñas eran enterrados en las necrópolis, en otras se destinaban áreas funerarias específicas para dar sepultura a las criaturas que fallecían a una edad temprana. Uno de los cementerios infantiles mejor conocidos es el de Astypalea, en el Dodecaneso, que albergó más de 2.750 enterramientos en *enchytrismo*, realizados entre los ss. VIII a.C. y I d.C. (fig. 4.11). Los análisis antropológicos han revelado que el 9% de los individuos falleció antes de las 37 semanas, lo que indica que eran fetos o prematuros; el 77% entre las 37 y las 42 semanas, es decir, alrededor del momento del nacimiento y antes de alcanzar el mes de vida, mientras que un 14% vivió sólo unos pocos meses. Entre los casos estudiados hasta la fecha,



Fig. 4.11. Cementerio infantil de Astypalea en el Dodecaneso. a) Vista aérea de la necrópolis; b) Detalle de la concentración de *enchytrismoi* (Fotografías: cortesía de Maria Michalaki Kollia).

los niños más mayores son dos que vivieron hasta los seis meses, otros dos que fallecieron entre los diez y los doce meses, un niño que vivió hasta los dos años y otro que murió alrededor de los tres (Michalaki-Kollia 2010: 170). Esto sugiere que la necrópolis estaba destinada exclusivamente al entierro de individuos que fallecían entre el período fetal y los dos o tres años de edad. En contraste, en una colina cercana se ubicó el cementerio comunitario, donde se daba sepultura a las personas adultas y a los niños y niñas mayores (Michalaki-Kollia 2010: 162-163; 169; 173).

El caso de Astypalea parece demostrar que las niñas y niños que fallecían durante el embarazo, entorno al parto y antes de cumplir los dos o tres años no estaban dotados de una identidad social, que les permitiera acceder al espacio funerario comunitario. De hecho, parece que el umbral de edad a partir del cual los pequeños eran reconocidos como miembros con ciertos derechos era a partir de los tres años, momento en que pasaban a ser enterrados junto a los adultos (Michalaki-Kollia 2010). Sin embargo, la práctica de enterrar a los individuos que fallecían más temprano en un lugar diferencial no parece relacionarse con la existencia de una dejadez hacia su muerte, sino todo lo contrario. De acuerdo con

Maria Michalaki-Kollia, esta necrópolis especializada podría haber estado vinculada a un santuario dedicado a Artemis Lochia, una de las divinidades griegas asociadas a la protección del parto. En este contexto, las mujeres habrían depositado a sus hijos e hijas fallecidos en este lugar con el propósito de ponerlos bajo la protección de esta deidad y asegurar su transición al Más Allá. Además, la elección de inhumar a las criaturas en el interior de vasos cerámicos, que podrían simbolizar el vientre materno, también ha llevado a hipotetizar que esta forma de enterrarlos estuviera relacionada con la esperanza de que los bebés pudieran renacer (Michalaki-Kollia 2010: 182-183).

Esta segregación espacial de los individuos infantiles inhumados en el interior de vasos cerámicos también era aplicada en otras necrópolis de ámbito griego, como en el Kerameikos de Atenas, donde los entierros en *enchytrismoi* de las niñas y niños que fallecían antes de alcanzar los cuatro años se realizaban en áreas específicas dentro del espacio funerario comunitario (Stroszeck 2012: 57). Al comparar la situación observada en Astypalea y en Atenas con la de los cementerios griegos de Himera –donde incluso los individuos fetales eran enterrados en las necrópolis comunales– se pone de manifiesto que

en el mundo griego el tratamiento funerario reservado a los más pequeños difería según el área geográfica, lo que podría evidenciar la existencia de diferentes percepciones sobre la infancia dentro del mismo ámbito cultural (Bérard 2016).

4.4.3. LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES EN LOS HÁBITATS

Aparte de recibir sepultura en las necrópolis comunales y en áreas funerarias especializadas, una práctica transcultural que se daba en diversas sociedades pasadas era la de inhumar a las niñas y niños en el interior de los hábitats (entre otros, Chapa Brunet 2001-2002; 2003; Armendáriz Martija y De Miguel Ibáñez 2006; Konstanti 2017). Este tipo de enterramientos fueron muy comunes desde el Bronce Final y, sobre todo, durante la Edad del Hierro en la península ibérica, desde Murcia hasta el Languedoc francés, incluyendo también las regiones del Valle del Ebro y parte de la Meseta norte (Papac *et al.* 2023: 365). Esta costumbre de enterrar a los más pequeños intramuros perduró, en estas zonas, durante el período romano, y también se dio en otras áreas geográficas, como en la Gran Bretaña y en la Galia romanas (Duday *et al.* 1995; Carroll 2018: 157-165).

A comienzos de la investigación, las inhumaciones infantiles en casas, áreas productivas y otros espacios de los poblados fueron interpretadas bien como indicativo de que las criaturas habrían sido víctimas del infanticidio, bien como el resultado de la pasividad emocional de los progenitores, que no se habrían molestado en otorgar una sepultura formal a sus hijos e hijas más pequeños (entre otros Mays 1993; 2003; Mays y Eysers 2011; Papac *et al.* 2023: 366-367). No obstante, nuevos estudios realizados en algunas áreas geográficas, donde este tipo de enterramientos fueron comunes, están aportando una serie de lecturas alternativas más convincentes que las propuestas de forma tradicional. Entre estos destaca un reciente trabajo realizado sobre 37 inhumaciones infantiles procedentes de diferentes asentamientos de la Edad del Hierro en Navarra, que combina datos arqueológicos, antropológicos y genéticos. Los resultados obtenidos de los análisis de ADN han proporcionado, por primera vez, algunas explicaciones sobre por qué ciertos niños, generalmente menores de un año, fueron inhumados bajo los suelos de los asentamientos. Si bien la información genética parece demostrar que no se dio una selección clara en cuanto

al sexo, ha permitido identificar un elevado número de gemelos y de casos de trisomías cromosómicas, es decir de niñas y niños que padecieron algunas enfermedades como Síndrome de Down y Síndrome de Edwards, lo que sugiere que en estos sitios fueron los bebés con rasgos inusuales o que nacieron en circunstancias especiales, como consecuencia de nacimientos múltiples, los que permanecieron en el dominio del asentamiento tras su muerte (Papac *et al.* 2023: 290).

Otro caso bien estudiado es el de la Gran Bretaña romana, donde hace algunos años diversos autores llamaron la atención sobre la escasez de criaturas fallecidas a temprana edad en los complejos funerarios (Dasen 2010: 21-22). Afortunadamente, en la actualidad, se conoce que esta baja representatividad de los individuos más jóvenes en los cementerios se compensa con su elevada presencia en los espacios domésticos (Carroll 2018: 157-165). De hecho, la realización de análisis antropológicos sobre los restos infantiles enterrados intramuros ha demostrado que, en esta región, las criaturas inhumadas dentro de los asentamientos murieron entre el periodo fetal –24 semanas gestacionales– y los tres años de edad, falleciendo la mayoría –75.9%– entre el nacimiento y el mes posparto (Gowland 2001: 157; Moore 2009: 38). De estos datos, por tanto, se desprende que los enterramientos infantiles en las casas constituían un rito funerario particularmente asociado a los bebés que no sobrevivían más allá del periodo perinatal y neonatal. En este caso, la inclusión de los más pequeños dentro de la esfera social de los vivos ha sido interpretada como un reflejo de que, para los bebés de tan corta edad, el hogar representaba su único mundo social. Por lo tanto, su entierro se habría realizado dentro de la pequeña arena de la que formaban parte en el momento de su muerte (Gowland 2001: 157; 2016: 312; Moore 2009: 48).

A lo largo de este capítulo se ha explorado cómo los avances teóricos y metodológicos desarrollados en el campo de la arqueología de la infancia, a partir del registro funerario, han consentido “dar voz” a los miembros más pequeños de algunas sociedades pasadas que, tradicionalmente, no sólo habían sido silenciados sino, específicamente, relegados a una posición de gran marginalidad respecto a sus mayores. Como se verá a continuación, los datos actualmente disponibles sobre las tumbas infantiles de las necrópolis fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza presentan ciertas limitaciones, que impiden estudiar todos los aspectos que se han

desarrollado en los apartados anteriores. No obstante, los enfoques teóricos y metodológicos aquí presentados han sentado las bases sobre las que se desarrollan los siguientes capítulos del libro. Estos se centrarán en estudiar cómo eran tratados los individuos no-adultos

de las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas en el momento de su muerte, prestando especial atención a la información que puede proporcionar el estudio de sus cuerpos, de los objetos depositados en sus sepulturas y del espacio en que estas eran ubicadas.

ESTUDIAR A LAS NIÑAS Y NIÑOS EN LAS NECRÓPOLIS FENICIAS Y PÚNICAS

¿A qué edad hay que empezar a considerar a los elementos juveniles como adultos, o, más simplemente, cuándo dejan los niños de ser niños?

(Gómez Bellard *et al.* 1992: 101)

A lo largo de este breve capítulo, se expondrán las principales cuestiones teóricas y metodológicas que inciden en el estudio de la infancia en ámbito fenicio y púnico a partir del registro funerario. Asimismo, se identificarán las limitaciones inherentes al análisis de las tumbas de los individuos no-adultos en las necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas que, actualmente, obstaculizan la realización de investigaciones más exhaustivas y complejas que la efectuada en el presente trabajo. Posteriormente, se describirá tanto la metodología seguida como el modo en que será presentada la documentación en los siguientes tres capítulos, que están dedicados a estudiar de manera minuciosa y sistemática los datos relativos a las tumbas de los individuos no-adultos en los tres territorios considerados en la presente investigación.

5.1. ¿SABEMOS QUIÉNES ERAN LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS?

El estudio de las tumbas infantiles, en primer lugar, conlleva la necesidad de definir qué se entiende por el término “niño”. Aunque esto pueda parecer una cuestión evidente, la definición de la niñez es un asunto complejo.

Desde un punto de vista biológico, el niño podría definirse como un individuo que no ha alcanzado la pubertad y todavía no está en edad fértil (Bérard 2016: 452). Sin embargo, esta perspectiva es limitada, pues reduce la infancia a un conjunto de cambios fisiológicos, que no tienen por qué corresponderse con la percepción social que existía sobre esta primera etapa de la vida en una comunidad específica.

Algunos de los casos presentados en el capítulo anterior han evidenciado que la duración de la infancia variaba significativamente según el período cronológico, el contexto cultural y la región geográfica examinada. Por ejemplo, el estudio realizado sobre las sepulturas de los individuos no-adultos en diversas necrópolis protohistóricas de Languedoc y Provenza ha revelado que, en estas comunidades de la Edad del Hierro, tanto las niñas como los niños pasaban a ser considerados adultos en torno a la edad de 15 años (Dedet 2012: 149). En contraste, en otras sociedades como la romana, la transición de la infancia a la vida adulta estaba condicionada no solo por la edad, sino también por las identidades de género. En Roma, los niños varones de las clases altas no pasaban del estado de *puer a juvenus* hasta la edad de 16-17 años, mientras que las niñas de alto estatus podían acceder al matrimonio, aproximadamente, desde los 12 años, marcando este

momento el paso de la infancia a la vida adulta para las pequeñas. Por tanto, si bien la pubertad representaba la entrada en la adultez para las niñas, los niños experimentaban una adolescencia prolongada (Dasen 2010: 19-20).

Diversos estudios han puesto de manifiesto que, en la mayoría de las sociedades, la edad social está condicionada por el desarrollo biológico de las personas, el cual, a su vez, está marcado por una serie de transiciones previsible y compartidas por todos los seres humanos, desde la infancia hasta la vejez. Estas transiciones engloban eventos como la erupción de los dientes, aprender a caminar, a hablar, adquirir sentido de las cosas y la madurez reproductiva, entre otros (Grove y Lancy 2018: 90; Perry 2006; Rivera-Hernández 2023). De acuerdo con estos patrones de desarrollo biológico, la mayoría de trabajos arqueológicos que abordan el estudio de la infancia en las comunidades del pasado han establecido el umbral de edad que diferencia a los niños de los adultos en torno a los 12 años, más o menos coincidiendo con el comienzo del proceso puberal. Dicho proceso puede definirse como el resultado de complicadas interacciones hormonales que causan cambios, tanto internos como externos, en las características sexuales primarias y secundarias, lo que influye en la madurez reproductiva (Doe *et al.* 2019: 542).

No obstante, el comienzo de la pubertad no tenía por qué conllevar necesariamente el paso de la infancia a la adultez en todas las sociedades pasadas, ya que esta transición, además de estar influenciada por el desarrollo biológico, también podía estar condicionada por otras variables, como el género, la clase social, la ascendencia cultural y la idiosincrasia de la comunidad a la que pertenecían las niñas y niños (Baxter 2005: 111; 2008: 165; Meskell 1994). Por consiguiente, algunas investigadoras han llamado la atención sobre el riesgo de suponer que, en todas las sociedades del pasado, la infancia siempre culminaba con el inicio de la pubertad. De hecho, han argumentado que las categorías de edad deben ser analizadas en cada contexto concreto y no asumidas (entre otros, Sánchez Romero 2010b: 13; Bérard 2016).

En los contextos fenicios y púnicos, no disponemos de información textual relativa al momento en que se daba la transición entre la infancia y la adultez, lo que ha generado una falta de conocimiento sobre los eventos que marcaban dicha transición y sobre la edad aproximada en la que las niñas y los niños eran considerados personas adultas en estas comunidades (Gómez Bellard *et al.* 1992: 101; Rivera-Hernández 2020a: 1923). Por esta razón, en el marco de la presente investigación, se

ha optado por estudiar las tumbas de los individuos no-adultos, en lugar de restringir el estudio exclusivamente a las sepulturas infantiles. También cabe señalar que se ha preferido utilizar el término “no-adulto” en lugar de “subadulto” para evitar las connotaciones negativas que pueden estar asociadas a este último concepto (Sofaer Derevensky 2006: 121; Lewis 2007: 2).

En la actualidad, existe una controversia con relación al límite de edad que marca la transición biológica entre la edad no-adulta y la adulta. Algunos antropólogos proponen que esto ocurre a los 17 años (Lewis 2007), mientras que otros sitúan dicho límite a los 18 (entre otros, Bogin y Smith 1996; Bogin 1997; Scheuer y Black 2000), a los 20 (entre otros, Buikstra y Ubelaker 1994) e incluso a los 21 años (entre otros, Krenzer 2006). Considerando esta variabilidad, en el presente trabajo se ha optado por establecer el límite de edad más amplio de los propuestos hasta el momento, y se estudiarán las tumbas de los individuos no-adultos que fallecieron con una edad estimada que abarca desde el periodo fetal hasta los 18/21 años. Es importante subrayar que esta elección metodológica no implica que se considere a todos los individuos dentro de este rango de edad como niños, sino que esta categoría de análisis, de naturaleza eminentemente biológica, se ha seleccionado con el propósito de disponer de una muestra más amplia que permita observar posibles variaciones en el tratamiento funerario de los individuos que fallecieron entre el momento de la concepción en el vientre materno hasta la edad en la que, según la mayoría de especialistas, se completa la madurez biológica (Halcrow y Tayles 2008; Buckberry 2018).

5.2. LIMITACIONES DEL PRESENTE TRABAJO

El estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos en las necrópolis fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza cuenta con una serie de limitaciones. Algunas de ellas están relacionadas con la propia trayectoria de las investigaciones, ya que la mayoría de los cementerios estudiados en este trabajo comenzaron a ser excavados entre finales del s. XIX y comienzos del s. XX, utilizando metodologías que no cumplían con los estándares científicos actuales. Por otro lado, existen otra serie de carencias documentales, que derivan del hecho de que muchas áreas funerarias han sido excavadas a partir de intervenciones de urgencia, cuyos resultados solo se han publicado de forma preliminar. Estas dos circunstancias,

unidas a la limitada atención que, tradicionalmente, se ha prestado a los individuos infantiles en las necrópolis, han resultado en la imposibilidad de abordar el estudio de algunos aspectos que, como se ha destacado en el capítulo anterior, podrían proporcionar una información muy valiosa sobre la infancia y sobre las niñas y niños en estas comunidades.

En este sentido, uno de los principales desafíos afrontados en esta investigación ha sido la escasez de análisis antropológicos publicados y/o llevados a cabo en los cementerios de las tres áreas estudiadas. Esta circunstancia ha dado lugar a la existencia de una serie de carencias documentales significativas. En primer lugar, es importante destacar que en muchas de las necrópolis se desconoce el número de personas enterradas —e incluso de tumbas existentes—, lo que ha llevado a la imposibilidad de estimar la representatividad de los individuos no-adultos en relación con sus mayores en estos casos. Pese a esta carencia, en algunas publicaciones realizadas a lo largo del s. XX, los autores hacían referencia a la presencia de individuos fallecidos a temprana edad, a quienes identificaban en función al reducido tamaño de sus restos óseos. Esta circunstancia ha permitido localizar las sepulturas de los más pequeños a partir de las publicaciones, donde estos son denominados con términos como *bambino*, *individuo infantile*, *resti ossei infantili*, *fanciullo*, *jeune enfant*, cadáver infantil o niño, entre otros (véase, por ejemplo, Taramelli 1912; Tusa 1973; 1978; Cintas y Jullly 1980; Gómez Bellard 1984: 77; Fernández 1992: I: 326). Si bien esta es la tendencia general en la mayoría de las necrópolis, es importante señalar que, en ciertos cementerios, como los de Mozia y Palermo en Sicilia, Monte Sirai y Villamar en Cerdeña y Puig des Molins en Ibiza, se han realizado estudios antropológicos, de forma más o menos sistemática, durante los últimos años, que han permitido observar que los individuos no-adultos en estas áreas funerarias están muy bien representados.

La tardía incorporación de estudios osteoarqueológicos también ha resultado en la pérdida de otro tipo de documentación relativa a los cuerpos de los individuos más jóvenes de estas comunidades. Por ejemplo, son escasas las publicaciones que aportan información sobre la posición de los cadáveres en las sepulturas, y también son limitadas las que ofrecen estimaciones de edad concretas de los diferentes individuos. Salvo contadas excepciones, como un reciente estudio que ha proporcionado estimaciones de edad muy precisas sobre los bebés de Mozia mediante la aplicación de la técnica de la histología dental

(Peripoli *et al.* 2023), la mayoría de documentación antropológica publicada hasta el momento suele agrupar a los individuos en diferentes grupos de edad. Esta práctica presenta un desafío significativo, ya que las categorías de edad utilizadas varían según los antropólogos responsables del estudio, lo que dificulta en gran medida la comparación de resultados entre los diferentes cementerios (tab. 5.1).

En relación con el estudio de los cuerpos, también es importante destacar la escasa disponibilidad de análisis paleopatológicos específicos que permitan la evaluación del estado de salud general de los niños y niñas en la mayoría de los cementerios. De hecho, hasta la fecha, únicamente se ha publicado un trabajo dedicado específicamente a estudiar las condiciones de salud generales de los individuos no-adultos en una de las necrópolis estudiadas. Se trata del estudio realizado por Francesca Spatafora, Rosaria Di Salvo y Vittoria Schimmenti sobre los sujetos inmaduros enterrados en el área de la Caserma Tuköry del cementerio de Palermo (Spatafora *et al.* 2019).

La falta de estudios bioarqueológicos no sólo ha afectado a la documentación existente sobre la edad y la salud de los más jóvenes, sino que también ha motivado la práctica ausencia de datos relativos a su sexo. A pesar de que en diversas necrópolis fenicias y púnicas se han llevado a cabo estudios de ADN en los últimos años, estos no se han centrado en la determinación del sexo de los individuos inmaduros, sino que han tenido como objetivo principal el análisis de cuestiones relacionadas con la movilidad y las migraciones (entre otros, Matisoo-Smith *et al.* 2018; Zalloua *et al.* 2018). Afortunadamente, en dos trabajos recientes sobre la necrópolis sarda de Nora y la siciliana de Mozia, respectivamente, se ha aplicado el novedoso análisis proteómico de los péptidos del esmalte dental para estimar el sexo de algunos individuos no-adultos (Mazzariol y Gigante 2022; Peripoli *et al.* 2023). En los casos restantes, solo se conoce la determinación sexual de una minoría de individuos, fallecidos entre el período prepuberal y puberal, cuyo sexo se ha estimado a partir de criterios morfométricos, a pesar de la controversia que existe acerca de la efectividad de este tipo de métodos (véase § 4.2.2). En último lugar, y en relación con las carencias relacionadas con el estudio de los cuerpos de los individuos inmaduros, también es necesario apuntar que, hasta la fecha, solo se ha realizado un estudio de isótopos estables con la finalidad de conocer algunos aspectos relacionados con la dieta infantil, cuyos resultados han sido publicados de forma preliminar (Ryan *et al.* 2020).

Necrópolis	Campaña Época	Análisis Antrop.	Categorías edad/ Terminología	Bibliografía
1. Mozia	1907	No	<i>Infant</i>	Whitaker 1921
	1961-1965	No	<i>Two skeletons of young persons</i>	Isserlin y Du Plat Taylor 1974
	1962	No	<i>Jeune Infant</i>	Cintas y July 1980
	1970-1972	No	<i>Resti ossei infantili</i> <i>Fanciullo</i> <i>Infantile</i>	Tusa 1972; 1973; 1978
	1975-1992	No	<i>Inumazione infantile</i>	Ciasca 1980; 1990; 1993, 1998
	1980	Si	Edad biológica con rango de error asociado (p. ej. 8 meses ±2)	Becker 2014; Sconzo 2016
	2013-actualidad	Si	Fetal Perinatal Infans I (0-6 años) Infans II (7-12 años) Juvenil (12/13-21 años) Edad cronológica en días (p.ej. 18 days; 87 days)	Sconzo 2016; 2020; Lauria <i>et al.</i> 2017; 2018a Peripoli <i>et al.</i> 2023
2. Birgi	1872	No	No referencias a no-adultos	Pace 1915; 1929
	1907-1908			Whitaker 1921
	1913			
	1996-1999	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 5-7 años)	Famà y Toti 2019
2006-2007	Si	Ausencia de referencias a no-adultos	Griffo 2018	
3. Palermo	1953-54	No	<i>Resti di bambino</i>	Tamburello 1998b
	1954-1975	No	<i>Bambino</i> <i>Infante</i>	Tamburello 1998a; 1998b
	1980	Si	Infans I (0-6 años) Infans II (7-12 años) Juvenil (13-20 años)	Camerata <i>et al.</i> 1981; 1998; Di Salvo 1998
	1989-2009	Si	Infans I (0-6 años) Infans II (7-12 años) Juvenil (13-20 años)	Di Stefano 2009; Di Salvo 2009; Spatafora 2014a
			<i>Nascita</i> 1-6 mesi 6-12 mesi 1-2 anni 2-3 anni 3-4 anni 4-5 anni 5-6 anni 6-7 anni 7-9 anni 9-12 anni 13-15 anni 15-20 anni	Spatafora <i>et al.</i> 2019

Necrópolis	Campaña Época	Análisis Antrop.	Categorías edad/ Terminología	Bibliografía
4. Solunto	Finales s. XIX- comienzos XX	No	Ausencia de referencias a no-adultos	Salinas 1872; 1884; Cavallari 1875; Villa 1993
	Finales de los años 60-años 90	No	<i>Infantile</i>	Tusa 1971; Villa 1993; Greco 1997a; 1997b; 2000; 2005
	2009	Si	Infans I (0-6 años) Infans II (7-12 años) Juvenil (13-20 años)	Calascibetta 2010; 2019; 2020; 2021; Di Salvo y Schimmenti 2019
5. Lilibeo	1894	No	Ausencia de referencias a no-adultos	Di Stefano 1974
	1903	No	Ausencia de referencias a no-adultos	Di Stefano 1974
	1982	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 16-18 años)	Di Stefano 1984; Di Salvo 1984
	1984	Si	<i>Bambino</i> Edad biológica aproximada (p.ej. <i>circa tre anni</i>)	Di Stefano 1984; Di Salvo 1984
	1987-1991	Si	<i>Bambino</i> <i>Individuo giovanne</i> Edad biológica con rango de error asociado (p. ej. 9 ±2 años)	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
	Años 80-años 2000	Si	Infans I (0-6 años) Infans II (7-12 años) Juvenil (13-20 años)	Di Salvo 1984; 2016
	2003-2004	Si	<i>Infantile</i>	Giglio y Canzioneri 2009
6. S.G. Portoscuso	1990	No	<i>Individuo di età precoce</i>	Bernardini 1997; 2000; 2017a
7. M. Sirai	Década 1960	No	Ausencia de referencias a no-adultos	Barreca 1964; Amadasi y Brancoli 1965; Fantar y Fantar 1966
	1981-1987	No	<i>Bambino</i> <i>Infantile</i> <i>Prepuberale</i>	Bartoloni 2000
	2001-2004	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 9-10 meses lunares; 12-15 años)	Botto y Salvadei 2005
	2005-actualidad	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 0-6 meses; 1-4 años)	Guirguis 2010; Guirgui y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
8. P. Loriga	1970	Si	<i>Bambino</i>	Tore 1975
	2016	Si	Ausencia de referencias a no-adultos	Botto 2017
9. Nora	1901	No	<i>Bambino</i> <i>Fanciullo</i>	Patroni 1902; 1904
	2016-2017	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 5-10 años)	Dilaria 2018; Bridi <i>et al.</i> 2018
	2018-2019	Si	<i>Infante</i> <i>Deposizione infantile</i>	Bonetto <i>et al.</i> 2020b
Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 3-4 años)			Mazzariol y Gigante 2022	

Necrópolis	Campaña Época	Análisis Antrop.	Categorías edad/ Terminología	Bibliografía
10. Bitia	1955	No	<i>Ossa combusta di bambini</i> <i>Resti di cremate di tenera età</i>	Pesce 1968
	1976-1979	No	<i>Bambino</i>	Bartoloni 1996
11. Othoca	1984-1989	No	<i>Età giovanissima</i>	Nieddu y Zucca 1991
	1985-2003	Si (solo de algunos contextos)	<i>Età infantile</i> Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 0-3 años)	Del Vais y Usai 2005; 2013; Del Vais 2010; 2012; Pusceddu <i>et al.</i> 2011
12. Tuvixeddu	1908	No	<i>Bambino</i>	Taramelli 1912
	1997	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 6-10 años)	Salvi 1998; 2000b; 2006
	1999-2000	Si	<i>Bambino</i> <i>Infantile</i> Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. >6-7 años)	Salvi 2001
	2003	Si	Edad biológica aproximada (<i>circa 3 anni di vita</i>)	Salvi <i>et al.</i> 2016
13. Monte Luna	1977-1982	No	<i>Neonato</i>	Costa 1983b
14. S. S. de Deximu	1970-1973	No	<i>Neonato o bimbo di pochi anni</i> <i>Bambino</i>	Ugas 1993
15. San Giovanni	1975-1976 1983 1986-1987	No	<i>Bambino</i>	Ugas 1993
16. Su Fraigu	1988-1999	Si	<i>Neonato</i> <i>Infantile</i>	Cossu y Garau 2003a; 2003b; Floris y Pala 2003
17. Villamar	1991-1992	No	<i>Bambino</i>	Paderi <i>et al.</i> 1993
	2013-actualidad	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p.ej. 1-3 meses; 4-8 años) Edad biológica con rango de error asociado (p.ej. 5 años ± 16 meses)	Pompianu 2017a; ep Pompianu y Murgia 2017; Guirguis <i>et al.</i> 2018
18. P.d. Molins	1921-1925	No	Huesos de un niño	Fernández 1992
	1946	No	Niño	Gómez Bellard 1984
	1949	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 3-4 años)	Gómez Bellard 1983; Fernández 1992; Fernández y Costa 2004
	1976	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 17-18 años)	Fernández <i>et al.</i> 1984
	1982	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 2-4 años)	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
	1983-1984	No	Infantil	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Costa <i>et al.</i> 1991; Costa 2014
	1985-86	Si	Edad biológica con rango de edad estimado (p. ej. 2-3 años)	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Fernández y Costa 2004
	Década de 1990	Si	<i>Foetal/perinatal</i> 0-0.9 years 1-4.9 years 5-9.9 years 10-14.9 years 15-19.9 years	Márquez-Grant 2006
0-5 años 5-10 años 10-15 años 15-20 años			Márquez-Grant 2010	

Necrópolis	Campaña Época	Análisis Antrop.	Categorías edad/ Terminología	Bibliografía
18. P.d. Molins	2001	Si	<i>Foetal/perinatal</i> 0-0.9 years 1-4.9 years 5-9.9 years 10-14.9 years 15-19.9 years	Márquez-Grant 2006
			0-5 años 5-10 años 10-15 años 15-20 años	Márquez-Grant 2010
	2005	Si	0-5 años 5-10 años 10-15 años 15-20 años	Márquez-Grant 2010
	2006	Si	Infantil (0 a 2 años) Juvenil o subadulto (2-18 años) *En ciertos casos se proporciona la edad biológica con un rango de edad estimado (p. ej. 4-6 meses)	Mezquida 2016; 2022
19. Santa María	1992-1993	Si	Huesos infantiles *En ciertos casos se proporciona la edad biológica aproximada (p. ej. Subadulto de unos 12 años)	Gurrea y Ramon 2000; González-Martín y Lalueza Fox 2000
20. Can Marines	1980	Si	Adolescente	Gómez Bellard 1985; 1989
21. C. P. des Ferrer	2010	Si	Edad biológica con un rango de edad estimado (p. ej. 11-18 años)	Graziani <i>et al.</i> 2012
22. Ca n'Eloi	1996	Si	Edad biológica aproximada (p. ej. de unos tres años de edad)	Ramon 2001
23. S.P. Cala d'Hort	1917-1919	No	Hipogeo infantil	Román Ferrer 1918; Ramon 1984; 1995a
		Si	<i>Foetal/perinatal</i> 0-0.9 years 1-4.9 years 5-9.9 years 10-14.9 years 15-19.9 years	Márquez-Grant 2006
			0-5 años 5-10 años 10-15 años 15-20 años	Márquez-Grant 2010
24. Ca n'Ursul	1918	No	Niño	Román Ferrer 1920
25. Ca na Jondala	1919-1920	No	Niño	Román Ferrer 1921
26. C.B. d'en Sergent	1921	No	Sarcófago infantil	Ramon y Costa 2021

Tab. 5.1 (viene de páginas anteriores). Tabla con las necrópolis estudiadas. Se indica la realización o no de estudios antropológicos, así como las diferentes categorías de edad y/o la terminología utilizada en las publicaciones para referirse a los individuos no-adultos.

Además de las deficiencias que afectan al análisis de los restos humanos inmaduros, se han identificado otras limitaciones relacionadas con la documentación arqueológica disponible sobre algunos de los cementerios examinados en este trabajo. Estas carencias documentales se reflejan tanto en el estudio de los objetos, que acompañaban a los individuos no-adultos, como en el análisis de la disposición espacial de sus sepulturas. En relación con este último aspecto, es relevante destacar que la naturaleza preliminar de muchas publicaciones ha resultado en la omisión de planimetrías, lo que a su vez ha impedido el estudio de la distribución de las sepulturas de los miembros más jóvenes de estas comunidades en las áreas funerarias. Del mismo modo, la parcialidad de los trabajos publicados, en algunos casos, ha impedido obtener la información completa sobre los contextos funerarios. Por ejemplo, en varias publicaciones se hace referencia a la presencia de sepulturas infantiles, pero no se proporciona información sobre la existencia o ausencia de ajuares funerarios ni sobre la naturaleza de los objetos que los componían, lo que también ha obstaculizado la determinación de la cronología de algunos enterramientos.

Para concluir, se quiere señalar que el estudio de las niñas y niños en ámbito fenicio y púnico, a través de las sepulturas, también se ha visto afectado por una serie de problemáticas propiamente relacionadas con el análisis de los individuos no-adultos a partir del registro funerario. Entre estas destacan las condiciones deficientes de conservación y preservación de los restos óseos inmaduros. Esto ha provocado que en la mayoría de las necrópolis estudiadas algunas tumbas, que potencialmente pudieron pertenecer a individuos que fallecieron a temprana edad, se hayan documentado vacías (véase § 4.2.). A pesar de la ausencia de restos esqueléticos, algunas características, como el reducido tamaño de las sepulturas, su tipología y la presencia de determinados objetos –como amuletos, biberones y miniaturas cerámicas, entre otros–, han llevado a varios autores a interpretarlas como pertenecientes a individuos infantiles. En relación con este aspecto, en este trabajo se ha optado por establecer dos categorías de análisis: “individuos no-adultos seguros” e “individuos no-adultos probables”. La primera categoría incluye aquellos casos en los que los análisis antropológicos y/o visuales realizados durante las excavaciones por arqueólogos y/o antropólogos hacen referencia explícita a la presencia de cuerpos inmaduros. En cambio, la categoría de “individuos no-adultos probables” agrupa aquellos enterramientos cuya tipología sepulcral, ajuares

y otras características formales de las sepulturas –como su reducido tamaño–, sugieren que contenían los restos de sujetos que fallecieron a una edad temprana, aunque sus restos óseos no se han conservado hasta la actualidad.

A pesar de las limitaciones señaladas en estas páginas, la documentación disponible sobre las sepulturas de los individuos no-adultos en los cementerios sicilianos, sardos e ibicencos ha proporcionado una preciosa información sobre el trato dispensado a los más jóvenes tanto a lo largo de su vida como en el momento de su fallecimiento. Esto ha permitido reevaluar cómo era concebida la infancia en estas comunidades. Como se verá en los siguientes capítulos, las tumbas también han contribuido al conocimiento sobre el modo en que los pequeños pasaban por los procesos de crecimiento biológico y social, así como sobre las relaciones que existían entre los niños/as, sus familias y las comunidades a las que pertenecían. En el siguiente apartado, se expondrá la metodología concreta que se ha seguido en este trabajo para poder alcanzar el conocimiento de todos estos aspectos.

5.3. METODOLOGÍA Y PRESENTACIÓN DE LA DOCUMENTACIÓN

En este trabajo se han estudiado las tumbas de los individuos no-adultos procedentes de 26 necrópolis ubicadas en los tres territorios objeto de estudio (fig. 5.1), a partir de las memorias de excavación y publicaciones disponibles hasta la fecha. A pesar de que estos tres espacios geográficos formaron parte de la diáspora fenicia siendo, posteriormente, integrados dentro de la esfera de influencia/control cartaginés, en ellos confluyeron personas de diversas procedencias, llevando al surgimiento de diferentes realidades socioculturales. Cabe esperar que la existencia de esta heterogeneidad sociocultural pudiera haber influido tanto en las formas en que se llevaban a cabo los rituales funerarios en los cementerios como en el modo en que eran percibidos los niños y niñas en estas comunidades. Dada esta complejidad, y con el propósito de poder observar las diferencias que pudieron darse en relación con el tratamiento funerario de los individuos más jóvenes en las tres islas, este estudio se ha organizado partiendo de una escala micro a otra macro. De esta manera, el capítulo 6 se dedica al análisis de las prácticas funerarias relacionadas con los individuos no-adultos en Sicilia, el capítulo 7 a Cerdeña y el capítulo 8 a Ibiza.

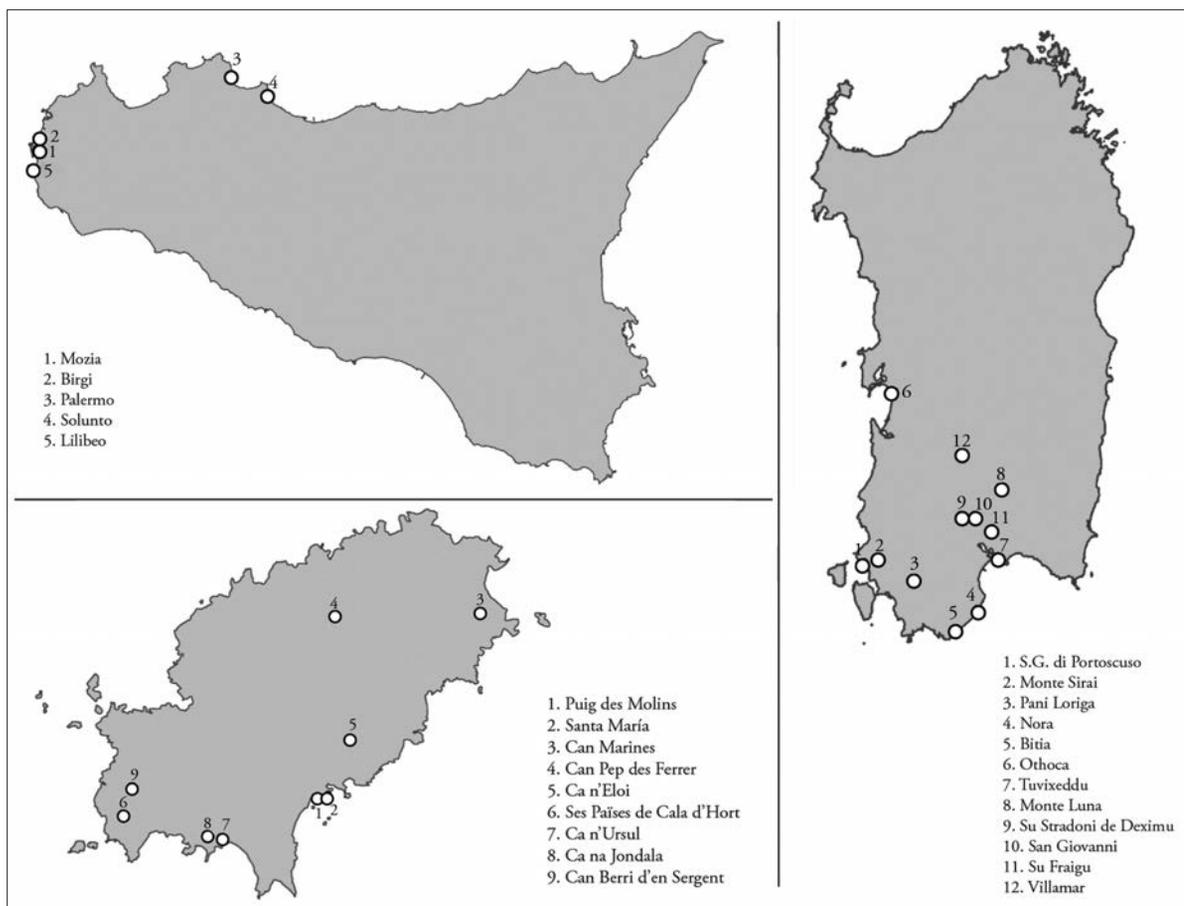


Fig. 5.1. Necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas de las que proceden las sepulturas de los individuos no-adultos estudiadas en este trabajo.

Con el objetivo de comprender la complejidad social, cultural y política de estos tres territorios y su influencia en las prácticas funerarias que se daban en las necrópolis, cada capítulo se abrirá con un breve contexto histórico. Posteriormente, se procederá a analizar las tumbas de los individuos no-adultos, desde una perspectiva local a una regional, abordando el estudio de los cementerios de forma individual y siguiendo un esquema metodológico constante:

1. Presentación de la necrópolis. En este apartado se incluirá una breve historia de las excavaciones, pues conocer cuándo y cómo fueron excavados los cementerios, en algunos casos, permitirá explicar una mayor o menor presencia de individuos no-adultos en los mismos.

2. Evolución de las prácticas funerarias. Algunos de los cementerios estudiados en este trabajo estuvieron en uso desde que los primeros migrantes llegaron

a estos lugares, durante el período fenicio, hasta que cayeron bajo el control político de Roma, en época púnica y, durante este largo período de uso, los rituales funerarios cambiaron. Debido a ello, al presentar cada necrópolis, se explicará cómo evolucionaron los rituales funerarios durante las fases fenicia y púnica de forma diacrónica. Estudiar este aspecto es imprescindible puesto que es necesario conocer cómo eran enterrados los miembros de la comunidad de forma global, para poder discernir, *a posteriori*, si los individuos inmaduros siguieron un tratamiento funerario diferenciado.

3. Estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos. Tras realizar la introducción de cada necrópolis, se llevará a cabo el estudio específico de las tumbas de los individuos no-adultos. En función de la documentación disponible en cada cementerio, se intentarán analizar los siguientes aspectos:

3.1. Comprobar si los individuos no-adultos eran enterrados en las necrópolis o si, por el contrario, estaban excluidos de las mismas. En aquellos cementerios donde se han realizado análisis antropológicos, también se intentará observar si las criaturas que fallecían a más temprana edad –fetales, perinatales y neonatos– eran enterradas en estos espacios junto al resto de miembros de la comunidad o si, por el contrario, tenían su acceso restringido, tal y como se ha sugerido de forma tradicional (véase § 3.2).

3.2. Estudiar la distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos en los cementerios, con el fin de observar si estas eran agrupadas en sectores concretos o si, por el contrario, sus tumbas se distribuían regularmente entre las del resto de individuos enterrados. En el presente trabajo las sepulturas de los sujetos inmaduros en las planimetrías se marcarán en color gris en la publicación impresa y en naranja en la versión digital.

3.3. Calcular la representatividad de los individuos no-adultos dentro de la población enterrada en cada necrópolis. Asimismo, también se intentará comprobar si la presencia de los sujetos inmaduros fue constante durante todo el período de uso de los cementerios o si, por el contrario, se dieron fases cronológicas en las que no fueron enterrados en los espacios funerarios.

3.4. Analizar si el tratamiento del cadáver que se aplicaba a los individuos no-adultos, durante las diferentes fases de utilización de las necrópolis, era el mismo que el de sus mayores o si, contrariamente, difería según la edad de los difuntos. Este análisis se realizará desde una perspectiva diacrónica, que permita observar si las prácticas funerarias de los sujetos inmaduros evolucionaban de la misma forma que las de los adultos.

3.5. Estudiar si los sujetos inmaduros eran enterrados en los mismos tipos de tumbas que los adultos o si, por el contrario, sus cuerpos eran depositados en los tipos de sepulturas más sencillos, tal y como se ha afirmado de forma tradicional (véase § 3.2).

3.6. Observar si la posición en que eran colocados los cuerpos de los pequeños, ya sea en sepulturas individuales o en sepulturas colectivas, puede aportar información sobre las relaciones que estos

mantenían con otros miembros de la comunidad o bien con otros aspectos relacionados con sus identidades individuales e incluso con su percepción social.

3.7. Analizar si los cuidados que recibían los pequeños difuntos, tras su muerte, eran los mismos que los ofrecidos al resto de individuos. Para ello se comprobará si las diferentes materialidades relacionadas con las acciones rituales desarrolladas durante todo el ciclo funerario –desde que una persona fallece hasta que es enterrada y, posteriormente, visitada por sus seres queridos para rendirle culto– son las mismas en las sepulturas de los adultos que en las de los individuos inmaduros.

3.8. Comprobar si existe un ajuar más o menos estandarizado en las sepulturas, en el que se incorporen objetos específicamente vinculados a la infancia, que puedan aportar información tanto sobre los procesos de socialización y aprendizaje como sobre los cuidados que se otorgaban en vida a las niñas y niños de las comunidades objeto de estudio. Asimismo, se intentará observar si algunos de los objetos colocados en las tumbas consienten acceder al conocimiento de otras identidades individuales de los pequeños, como las de género y estatus.

3.9. En último lugar, se intentará observar si el análisis combinado de los diferentes datos –edad biológica, tratamiento de cadáver, tipo de tumba, objetos, ubicación espacial de las sepulturas, etc.– permite observar la existencia de grupos de edad culturalmente pautados.

Tras realizar el estudio de estos aspectos en cada necrópolis, para finalizar cada capítulo se presentará una visión global del comportamiento funerario que afectó a los individuos no-adultos en cada territorio, realizando un análisis comparativo de todos los cementerios estudiados en cada isla.

Una vez realizado el análisis de cada área geográfica concreta, se procederá a efectuar un estudio global y comparativo de los datos obtenidos en las tres islas en el capítulo de conclusiones del libro. En este, se realizará una recapitulación de toda la información que ha aportado el estudio de los cuerpos, de los objetos y de los espacios, donde eran enterrados los individuos no-adultos, con el fin de observar si en los diferentes territorios estudiados existió un concepto unitario y global de “infancia” o si, por el contrario, se daban múltiples percepciones sobre este primer periodo de la vida.

El último aspecto metodológico por señalar es el relacionado con la presentación de los datos. Con el objetivo de proporcionar una visión clara y ordenada de la documentación relativa a las tumbas de los individuos no-adultos, la información se ha estructurado en tablas organizadas según el ritual, el tipo de sepultura y el orden cronológico de los enterramientos. Para elaborarlas se han adoptado una serie de convenciones: las sepulturas probables aparecen marcadas en gris y las seguras

en blanco, el guión indica que en una tumba no hay una categoría de repertorio, el signo de interrogación se ha utilizado en aquellos casos en que las publicaciones no aportan información sobre un determinado aspecto y el asterisco se ha empleado en las sepulturas de carácter colectivo, cuando no ha sido posible atribuir un ajuar a un individuo concreto. Asimismo, se han utilizado una serie de abreviaturas cuyo significado aparece recogido en la siguiente tabla (tab. 5.2).

Categoría	Abreviatura	Significado
Edad	a	Años
	m	Meses
	d	Días
	Ad.	Adulto
	Adol.	Adolescente
	Inf.	Infantil
	Juv.	Juvenil
Sexo	M	Masculino
	F	Femenino
	PM	Probablemente masculino
	PF	Probablemente femenino
Rito y Tipo tumba	CF	Cremación fosa
	CP	Cremación primaria
	CS	Cremación secundaria
	CSCA	Cremación secundaria en cavidad artificial
	CSCN	Cremación secundaria en cavidad natural
	CSCR	Cremación secundaria en cavidad retocada
	CSDT	Cremación secundaria directamente en el terreno
	CSHT	Cremación secundaria en hoyo en la tierra
	CSF	Cremación secundaria en fosa
	CSFC	Cremación secundaria en fosa con canal
	CSFRL	Cremación secundaria en fosa con resaltes laterales
	CSU	Cremación secundaria en urna
	CSUCH	Cremación secundaria en urna en cámara hipogeica
	CSUCL	Cremación secundaria en urna en cista lítica
	CSUFS	Cremación secundaria en urna en fosa simple
	ICL	Inhumación en cista lítica
ICH	Inhumación en cámara hipogeica	

Categoría	Abreviatura	Significado
Rito y Tipo tumba	IE	Inhumación <i>enchytrismós</i>
	IECH	Inhumación <i>enchytrismós</i> en cámara hipogeica
	IEDH	Inhumación <i>enchytrismós</i> en <i>dromos</i> hipogeo
	IEPH	Inhumación <i>enchytrismós</i> en pozo hipogeo
	IETP	Inhumación <i>enchytrismós</i> en tumba a pozo
	IF	Inhumación en fosa
	INCH	Inhumación en nicho en cámara hipogeica
	ION	Inhumación en oquedad natural
	IPH	Inhumación en pozo de hipogeo
	IS	Inhumación en sarcófago
	ISCH	Inhumación en sarcófago en cámara hipogeica
	ITCap	Inhumación en tumba <i>alla cappuccina</i>
	ITCas	Inhumación en tumba <i>a cassone</i>
	ITP	Inhumación en tumba a pozo
	SC	Semicombustión
	SCF	Semicombustión en fosa
	SCU	Semicombustión en urna
Materiales	Ag	Plata
	Au	Oro
	Br	Bronce
	bn	Barniz negro
	cc	Cuentas de collar
	Fe	Hierro
	Pb	Plomo
	ps	Pasta silícea
	pv	Pasta vítrea
	Ánf.com.fen.	Ánfora comercial fenicia
	Ánf.com.griega	Ánfora comercial griega
	Ánf.com.pún.	Ánfora comercial púnica
	Ánf.dom.	Ánfora doméstica
	<i>Aryb.</i>	<i>Aryballos</i>
	Astrág.	Astrágalo
	C.caballo	Cabecita de caballo
	C.carnero	Cabecita de carnero
	C.masculina	Cabecita masculina
	CdN	Cruz del Negro
	Disc.cer.	Disco cerámico
	<i>Doli.indíg.</i>	<i>Dolium</i> indígena
	Jarra b. seta	Jarra boca de seta

Categoría	Abreviatura	Significado
Materiales	<i>Lekyth.</i>	<i>Lekythos</i>
	Másc.silén/dem.	Máscara silénica/demoníaca
	<i>O.udjat</i>	Ojo <i>udjat</i>
	Recip.	Recipiente
	<i>Skyph.</i>	<i>Skyphos</i>
	Tap.	Tapadera
	Terrac.	Terracota
	Ungüent.	Ungüentario
Cronología	i.	Inicios
	f.	Finales
	m.	Mediados
	p.m.	Primera mitad
	s.m.	Segunda mitad
	p.c.	Primer cuarto
	s.c.	Segundo cuarto
	u.c.	Último cuarto
Otros	Crono.	Cronología
	Bibliog.	Bibliografía
	El.	Elementos
	fragm.	Fragmentado/a
	Frag.	Fragmentos
	imit.grieg.	Imitación griega
	miniat.	Miniaturizado/a
	No det.	No determinable
	No id.	No identificado
	perf.	Perforado/a
	peq.dim.	Pequeñas dimensiones
	NMI	Número mínimo de individuos
	Rit.	Ritual
	T.sep	Tipología sepulcral
	-	Ausencia de una categoría de ajuar
	?	Información no aportada en las publicaciones
*	Imposibilidad de asociar el ajuar con un individuo concreto (sepulturas colectivas)	

Tab. 5.2 (viene de páginas anteriores). Abreviaturas y símbolos utilizados en las tablas que recogen la documentación relativa a las tumbas de los individuos no-adultos.

INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN SICILIA

Durante gran parte del primer milenio a.C., en Sicilia convivieron descendientes de migrantes fenicios y griegos junto a personas locales. Esta convergencia de poblaciones diversas en el territorio dio lugar a que se generaran una gran variedad de situaciones socioculturales, que incidieron en la forma de entender, vivir y sentir la vida, pero también la muerte, de los habitantes de esta región, lo cual tendrá su reflejo en el registro funerario. La existencia de esta complejidad también jugó un papel fundamental en la forma de concebir la infancia y en la construcción de las identidades, tanto colectivas como individuales, de los niños y niñas.

En este capítulo, se analizará cómo estas características se reflejan en los rituales funerarios destinados a los individuos inmaduros, pero también en los tipos de sepulturas empleados para proteger sus cuerpos, en los lugares donde eran enterrados, así como en los objetos y materialidades que los acompañaron en su viaje al Más Allá. Para poder entender la complejidad social, cultural y política que se dio en esta isla, en las siguientes páginas se realizará una introducción general al contexto histórico de Sicilia, desde la fundación del primer asentamiento fenicio de carácter permanente hasta que este territorio cayó bajo el control romano, en el año 241 a.C.

6.1. SICILIA DURANTE EL PERÍODO FENICIO Y PÚNICO (FINALES DEL S. IX–241 A.C.)

A principios del primer milenio a.C., Sicilia presentaba una situación sociocultural enormemente compleja pues, a la llegada de los fenicios y de los griegos, las poblaciones locales, que se habían ido configurando desde el Bronce Medio al Final, ocupaban gran parte del territorio insular. Así, estos dos grandes movimientos migratorios que afectaron a la isla durante el s.VIII a.C. contribuyeron a crear una intensa serie de relaciones interculturales, que presentaron diferencias según las áreas y la modalidad de los contactos (Spatafora 2012a: 104).

La presencia de algunos materiales procedentes del Mediterráneo oriental en contextos locales, datados entre finales del s. IX y comienzos del s. VIII a.C., parece sugerir la existencia de una frecuentación fenicia previa a la fundación de los primeros establecimientos de carácter estable (Spatafora y Sciortino 2015: 223; Spatafora 2018a: 182). No obstante, por el momento, no hay evidencias seguras que permitan hablar de un establecimiento fenicio permanente hasta la primera mitad del s. VIII a.C., cuando se fundó el centro de Mozia en la parte más occidental de la isla (Nigro 2013; Nigro y Spagnoli 2017: 111; Nigro 2018: tab. 1). Por el contrario, los griegos se

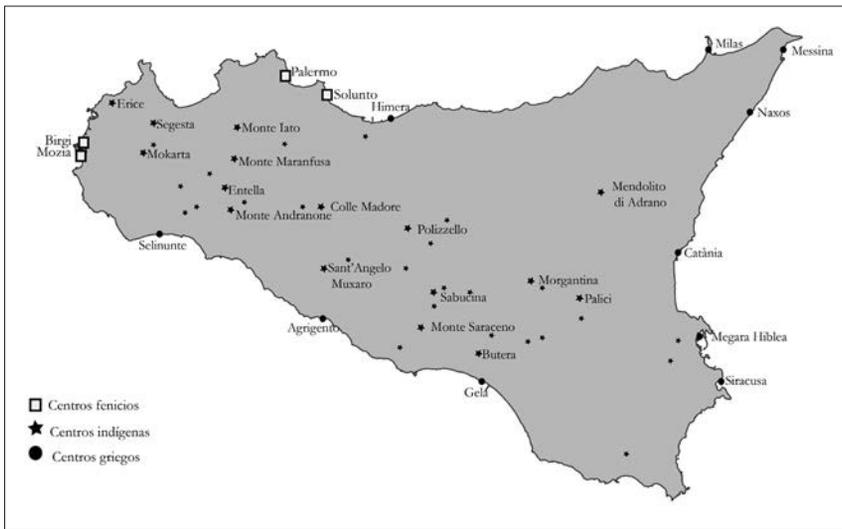


Fig. 6.1. Principales asentamientos fenicios, griegos e indígenas de Sicilia durante los ss. VIII-VI a.C. (a partir de Ferrer 2012: figs. 5.6; 9.4).

instalaban en el litoral sudoriental, en las últimas décadas del s. VIII a.C., desde el que, más tarde, se expandirían hacia la parte central y por las costas septentrional y meridional (Spatafora 2018b: 365). De este modo, poco tiempo después de la instalación de grupos de migrantes fenicios y griegos en Sicilia, la división del espacio quedó, a grandes rasgos, configurada de la siguiente manera: los indígenas controlaban todo el territorio interior, los fenicios y, posteriormente, los púnicos la parte occidental y los griegos, principalmente, el área centro-oriental (fig. 6.1).

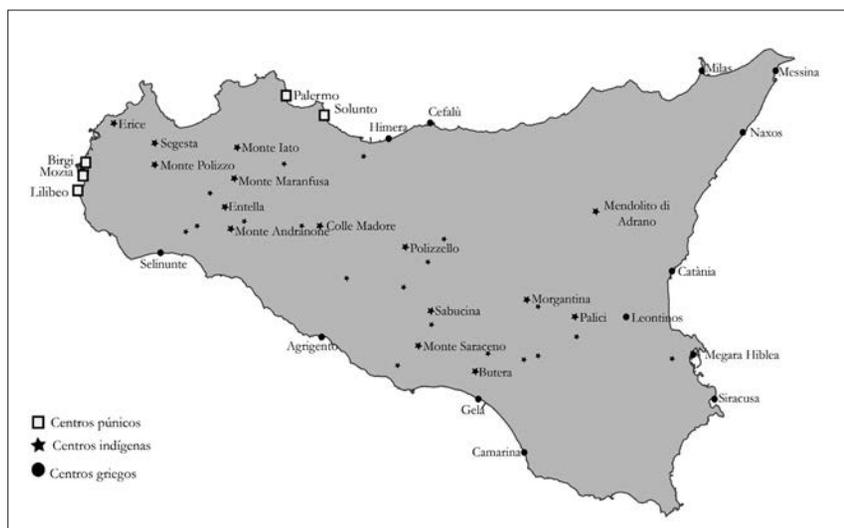
Como se ha señalado, el primer asentamiento que los fenicios fundaron a comienzos del s. VIII a.C. fue el de Mozia (Nigro y Spagnoli 2017: 111; Nigro 2018: tab. 1; Spatafora 2018a: 182). Este centro fue ubicado en el islote de San Pantaleo, situado aproximadamente en el centro de la laguna de *lo Stagnone*, frente a la costa oeste de Sicilia. Desde sus primeros momentos, este establecimiento contó tanto con espacios de hábitat como con zonas destinadas a las actividades económicas, pero también con edificios de carácter religioso. Entre estos últimos destacan los templos de Baal y Astarté, ubicados en el área sacra del Kothon, y los santuarios del Cappidazzu y el tofet en el área septentrional de la isla. En esta misma zona y al este del tofet fue ubicada la necrópolis (Ciasca 1980: 249; Nigro y Spagnoli 2017). A la llegada de los fenicios, la isla de San Pantaleo estaba deshabitada (Spatafora 2010a: 35-36; Nigro 2013; 2016; Nigro y Spagnoli 2017: 4). De hecho, parece que fue precisamente el arribo de los migrantes orientales lo que provocó la atracción de personas indígenas al centro moziense, cuya presencia se puede sugerir a través de una serie de

cerámicas de tradición autóctona documentadas tanto en el santuario tofet como en la necrópolis, que pueden datarse en el s. VII a.C. (Bondi 2011: 9; Vecchio 2013: 54; Orsingher 2016: 289-292; Spatafora 2018a: 182).

Casi un siglo después de la fundación de Mozia, a finales del s. VIII a.C., se estableció el asentamiento de Birgi (Famà y Toti 2019: 395). Este centro fue ubicado frente al islote moziense al que, a partir de mediados del s. VI a.C., quedó unido por una calzada que atravesaba la laguna de *lo Stagnone* (Griffo 1997: 913-914; 2009: 273). Pese a que, en la actualidad, se desconocen los orígenes de este asentamiento, su unión a Mozia permite suponer que su existencia debía estar relacionada con la de la primera fundación fenicia en suelo siciliano (Griffo 2018: 23). Desde una perspectiva del contacto cultural, es interesante señalar que los datos arqueológicos de este sitio, procedentes exclusivamente de la necrópolis, parecen demostrar que en este asentamiento se dio un profundo proceso de integración entre personas fenicias y griegas (Famà y Toti 2019: 405).

Tras la fundación de Mozia y Birgi, los fenicios establecieron en el litoral septentrional de la isla los asentamientos de Solunto y Palermo a finales del s. VII a.C. El primero fue ubicado sobre el promontorio de Solònto, mientras que el segundo fue fundado en un golfo caracterizado por la presencia de ensenadas profundas, seguras y protegidas. La ubicación de estos nuevos centros respondió a diferentes motivaciones estratégicas. Por un lado, la función de frenar la expansión de los griegos hacia la zona occidental –y “fenicia”– del territorio siciliano y, por otro, la de asegurar las rutas comerciales hacia el Tirreno y

Fig. 6.2. Principales asentamientos púnicos, griegos e indígenas de Sicilia durante los ss. VI-III a.C. (a partir de Ferrer 2012: figs. 5.6; 9.4).



Etruria, región que durante el periodo arcaico tuvo un rol central en los intercambios comerciales (Spatafora 2018b: 371-372). De hecho, es probable que los dos enclaves cumplieran unas funciones específicas dentro de una misma estrategia: Solunto pudo jugar un importante papel en las actividades comerciales orientadas hacia los mercados interiores indígenas, mientras que Palermo, con su puerto amplio y seguro, debió de tener un rol clave en el comercio transmarino (Spatafora 2018b: 371-372).

Además, Solunto –como el centro fenicio más oriental de la isla– también funcionó como ciudad de frontera con los enclaves griegos (Greco 1997a: 895-896; 2009: 288). Esta situación, junto a su proyección comercial hacia los asentamientos indígenas distribuidos en torno al valle del Eleuterio, motivó la llegada a este sitio de personas desde diferentes puntos de Sicilia, lo que llevó a la configuración de un núcleo urbano de un profundo carácter multicultural en el que, posiblemente, convivieron fenicios, griegos e indígenas. Esta multiculturalidad, como se verá más adelante, tiene su reflejo en las prácticas funerarias seguidas en la necrópolis, que afectaron tanto a los adultos como a los niños (Calascibetta 2010: 58; Spatafora 2012b: 66).

La documentación existente sobre Palermo durante el período arcaico proviene casi de forma exclusiva de la necrópolis, donde algunos materiales, pero, sobre todo, el modo en que se daba sepultura a los difuntos parece señalar que esta también fue una ciudad caracterizada por su multiculturalismo (Spatafora 2010a: 43-44). De hecho, la heterogeneidad cultural de la sociedad palermitana, entre finales del s. VII y la primera mitad del s. VI a.C., tiene

su reflejo tanto en la diversidad de los rituales funerarios documentados –uso simultáneo de la cremación y la inhumación– como en la variedad de tipos de tumbas utilizadas durante este periodo: fosas destinadas a incineraciones primarias, cremaciones secundarias en urnas y algunas cámaras hipogeicas destinadas a inhumaciones individuales. Esta variabilidad observada en el registro funerario permite sugerir que en la ciudad palermitana convivían gentes fenicias, probablemente procedentes de otros centros sicilianos, con personas llegadas de otros lugares de la diáspora –como Cartago o Cerdeña– que, desde finales del s. VII a.C., habrían sido enterrados en el área funeraria comunitaria. Asimismo, la presencia de algunos objetos relacionados con el mundo indígena –principalmente conectados con la esfera de la alimentación y las prácticas culinarias– también podrían revelar la presencia de personas de ascendencia local en Palermo, reflejando la complejidad sociocultural que caracterizaba a la ciudad (Spatafora 2018b: 372-375).

Desde mediados del siglo VI hasta el s. III a.C., la historia de los asentamientos fenicios sicilianos estuvo marcada por varios episodios militares, que siguieron a la política expansionista de algunas colonias griegas hacia la parte occidental de la isla, así como por la aparición de Cartago, como el principal poder hegemónico del mundo púnico (De Vincenzo 2013: 7). A partir de la segunda mitad del s. VI a.C., estos hechos dieron lugar al inicio de una nueva fase caracterizada por varios enfrentamientos bélicos, que afectaron en distintos grados a todos los grupos asentados en la isla: indígenas, griegos y fenicios (fig. 6.2).

Según las fuentes escritas, el primer episodio militar que afectó al oeste de Sicilia fue el intento fallido del tirano Pentatlo de Cnido (ca. 580/576 a.C.) de fundar un asentamiento griego en el Cabo Boeo, actual Marsala, en una zona muy próxima a las ciudades fenicias de Mozia y Birgi (Bondì 2011: 13-14). Si bien parece que la resolución de este conflicto no requirió una intervención militar cartaginesa, unas décadas más tarde, Cartago entró en la dinámica política de la isla como agente protector de las comunidades fenicias sicilianas frente a la política expansionista griega. La primera campaña cartaginesa para afianzar las posesiones fenicias en territorio siciliano fue una intervención militar, datada tradicionalmente entre el 559-529 a.C., bajo el mando del general Malco (De Vincenzo 2013: 11). Poco después (ca. 510 a.C.), las tropas cartaginesas regresaron a la isla para detener la expedición del espartano Dorieo y su efímera fundación de un asentamiento en las cercanías de la ciudad elima de Érice (Bondì 2011: 16).

Pese a estas intervenciones militares cartaginesas en Sicilia, es interesante destacar que las comunidades fenicias sicilianas conservaron su autonomía y libertad hasta principios del siglo IV a.C. Como tal, permanecieron en gran parte libres de cualquier tipo de dominación política y económica de Cartago, a la que parece que estaban principalmente unidas por un sistema de protección y vigilancia, que no implicaba la presencia de puestos militares cartagineses permanentes en la isla (Bondì 2011: 15). Esta independencia de las ciudades fenicias de Sicilia, durante el período púnico, puede verse reflejada en el extraordinario desarrollo que se dio en los centros de Mozia, Palermo y Solunto que, probablemente, fue consecuencia de la gestión autónoma de las relaciones económicas que estas ciudades mantenían con el resto de centros griegos e indígenas de la isla (Bondì 2011: 15).

De hecho, la imagen que emerge del análisis de los datos arqueológicos relacionados con las ciudades fenicias—ahora púnicas—de Sicilia muestra que en el período en cuestión no sólo no hubo crisis, sino que estos centros atravesaron una época de gran bienestar. Esto se refleja a partir de la riqueza de los ajuares documentados en las tumbas de algunos cementerios (Bondì 2009: 457; 2011: 20; De Vincenzo 2013: 14). Este florecimiento de los centros púnicos sicilianos también puede observarse en el proceso de expansión rural que se dio a partir de finales del s. V, pero que, sobre todo, tomó forma entre los siglos IV y III a.C., cuando se establecieron una serie de pequeñas y medianas aglomeraciones agrícolas en

torno a las principales ciudades púnicas y a lo largo de los valles de los ríos que conectaban con el interior indígena. Tal y como sugieren las evidencias arqueológicas, es probable que estos asentamientos funcionaran como centros de distribución, tanto de los productos agrícolas de la parte occidental de la isla como de las importaciones que llegaban al territorio insular desde otras regiones mediterráneas o desde las colonias griegas de la propia Sicilia (Spanò Giammellaro *et al.* 2008: 139-140).

La historia siciliana del s. IV a.C. se caracterizó por una sucesión de constantes episodios militares entre Cartago y la colonia griega de Siracusa. Entre estos destaca la campaña militar que emprendió Dionisio I de Siracusa sobre el área occidental de la isla y que culminó con la destrucción de las ciudades púnicas de Solunto y Mozia hacia el año 397 a.C. Si bien esta intervención fue detenida por la rápida llegada de la flota cartaginesa, tuvo como resultado ciertos cambios en las dinámicas del territorio insular. Estos incluyeron la fundación de un nuevo asentamiento púnico, por parte de los ciudadanos mozienses, en Lilibeo y la reconstrucción de la ciudad de Solunto, que pasó a ser ubicada sobre el Monte Catalfano (Bondì 2011: 22-23; De Vincenzo 2013: 19; Ferrer 2021).

Tras la destrucción de Mozia y Solunto, parece que también se dio una presencia militar permanente de Cartago en la parte occidental de la isla, probablemente, como consecuencia de la experiencia adquirida en las guerras previas contra Siracusa, cuando la ausencia de guarniciones militares cartaginesas había permitido que la ciudad griega destruyera algunas de las principales ciudades púnicas (De Vincenzo 2013: 20). Durante este período, Lilibeo se constituyó como el principal centro militar de los púnicos contra los griegos. Este centro fue erigido como un gran recinto amurallado, construido sobre un promontorio bajo y rocoso, situado a unos 10 km al sur del antiguo enclave moziense (Di Stefano 1984: 14-15; Caruso 2003: 171; 2008: 74-75). Al este de las murallas fue ubicada la necrópolis, donde la gran variedad de formas utilizadas para dar sepultura a los difuntos parece demostrar que, en este asentamiento, también debió darse la convivencia de personas de diferente ascendencia cultural.

Siguiendo con el *continuum* de episodios bélicos que caracterizaron la historia de la isla, el s. III a.C. estuvo marcado por la incursión de Pirro del Épiro en territorio siciliano, con motivo de la petición de auxilio realizada por las colonias griegas de Agrigento y Leontinos. Pirro marchó contra las posesiones púnicas, iniciando una

guerra que se desarrolló entre el 278-277 a.C., en la que los púnicos quedaron reducidos a la ciudad de Lilibeo donde, tras un asedio de dos meses, Pirro se vio obligado a abandonar (De Vincenzo 2013: 29). En el año 269 a.C., los mamertinos de Messina, que estaban enfrentados a los siracusanos, pidieron ayuda a los cartagineses. Si bien estos últimos ordenaron a los siracusanos que respetaran la independencia de Messina, esta ocasión fue aprovechada por Cartago para dejar una guarnición militar en la ciudad, donde mantuvo el control hasta el 264 a.C. En este mismo año los mamertinos enviaron una delegación a Roma para pedir su intervención con el fin de liberar su ciudad de los soldados cartagineses. Así comenzó la Primera Guerra Púnica (ca. 264-241 a.C.) en la que romanos y cartagineses lucharon durante 23 años por la supremacía de Sicilia, sus aguas circundantes y el territorio norteafricano. Tras la derrota en las islas Égadas, los cartagineses se vieron obligados a firmar la paz, perdiendo los territorios sicilianos, que pasaron a manos romanas (De Vincenzo 2013: 29-33).

6.2. LAS NECRÓPOLIS SICILIANAS

Como se ha podido comprobar, gran parte de la información arqueológica sobre Sicilia durante el período fenicio y púnico procede de sus necrópolis, ya que en esta isla conocemos las áreas funerarias de cada asentamiento. Debido a ello, en el presente trabajo se ha incluido el estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos de los cementerios de Mozia, Birgi, Palermo, Solunto y Lilibeo. Estos se analizarán según el orden indicado, que se corresponde con el de su cronología de utilización.

Un aspecto relevante a considerar en el estudio del tratamiento funerario de los niños y niñas en Sicilia se relaciona con el caso de Mozia. En este asentamiento, los restos óseos de las criaturas que fallecieron prematuramente no solo fueron enterrados en la necrópolis, sino que también se depositaron en el tofet. Debido a ello, en el apartado destinado al estudio de los individuos inmaduros de este sitio, se realizará una breve comparativa entre la situación observada en el área funeraria comunitaria y en el santuario. Si bien es cierto que en las ciudades de Solunto y Lilibeo el hallazgo de algunos materiales también ha llevado a hipotetizar la presencia de tofets, actualmente, no existen evidencias concluyentes que permitan asegurar la existencia de este tipo de lugares sacros en dichos centros (para el caso de Solunto,

véase Greco 2005: 14; Calascibetta 2010: 53; para Lilibeo, véase Whitaker 1921: 203; Bisi 1968: 35-36; Di Stefano 1984: 70; 1993: 35; Caruso 2000: 238). En consecuencia, con excepción de Mozia, en los demás sitios de Sicilia, la totalidad de información que arroja luz sobre el tratamiento de los individuos no-adultos después de su fallecimiento proviene de los cementerios.

6.2.1. MOZIA

La denominada *necropoli arcaica* de Mozia fue utilizada para enterrar a los difuntos, según el ritual de la cremación secundaria, desde finales del s. VIII hasta mediados del s. VI a.C. (Sconzo 2020: 1092). Esta fue ubicada en el sector septentrional del islote de San Pantaleo, lugar donde también fue emplazado el tofet. De este modo, en el área norte de la isla y en una zona distante del hábitat se concentraron los dos sectores que acogieron a los muertos de la ciudad (fig. 6.3). Las tumbas se establecieron sobre una plataforma de arenisca elevada, separada del mar por un acantilado rocoso de unos tres metros de altura, que protegía los enterramientos de los temporales impidiendo que fueran inundados (Ciasca 1980: 249; Spagnoli 2007-2008: 332-334; Sconzo 2016: 316; 2020: 1094; Nigro y Spagnoli 2017: 59).

Aproximadamente hacia mediados del s. VI a.C., coincidiendo con la introducción del ritual de la inhumación, se dio una expansión progresiva del sector funerario. Si bien esta ampliación, en un principio, interesó a las zonas contiguas a la necrópolis, sucesivamente, afectó a la franja periférica de la isla, lo que ha permitido hipotetizar que entre los siglos VI y IV a.C. las tumbas pudieron extenderse por buena parte del perímetro insular (fig. 6.3) (Ciasca 1990: 9). Poco tiempo después, durante la segunda mitad del s. VI a.C., la *necropoli arcaica* se vio afectada por la construcción de la muralla de la ciudad, que dividió en dos sectores el cementerio. Esta situación de la muralla respecto a la necrópolis ha condicionado la historia de los estudios, pues muchos de los descubrimientos realizados sobre el área funeraria han sido consecuencia de las investigaciones efectuadas sobre las defensas de la ciudad (entre otros, Ciasca 1990; 1993; 1998).

De hecho, fueron los trabajos desarrollados en el sector septentrional de las murallas los que llevaron al descubrimiento del cementerio, a su bautismo como *necropoli arcaica* y a su primera excavación –en 1907– por Joseph Whitaker, quien descubrió unas 200 sepulturas de cremación y 19 sarcófagos de inhumación

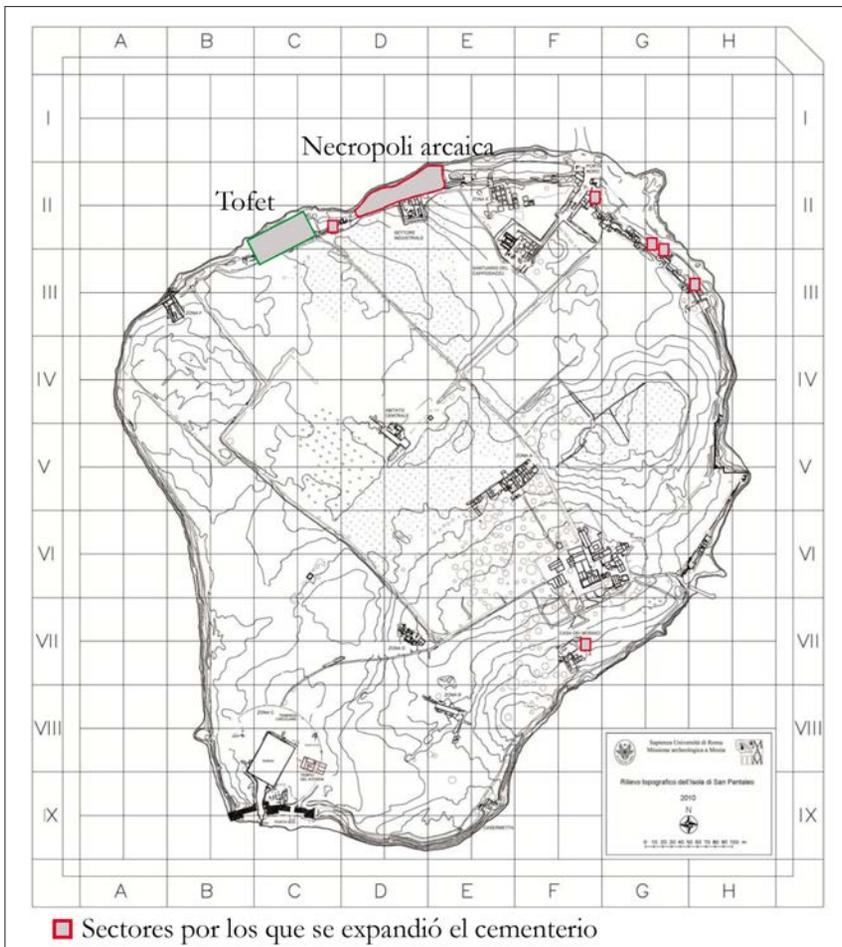


Fig. 6.3. Mozia. Planimetría con la ubicación del Tofet, de la *necropoli arcaica* y de los sectores por los que se expandió el área funeraria (a partir de Tusa 2016: fig. 3).

(Whitaker 1921: 206-260). Desde su descubrimiento, no se realizaron trabajos arqueológicos hasta 1955, cuando una misión arqueológica de la Universidad de Oxford documentó un sarcófago de arenisca con una inhumación y su ajuar, que permitió datar la sepultura a finales del s. VI a.C. (Isserlin *et al.* 1958). Poco después, en una campaña de excavación francesa dirigida por Pierre Cintas se volvió a trabajar en la zona en que inicialmente excavó Whitaker, sacando a la luz 11 sepulturas de incineración (Cintas y Jully 1980).

A pesar de estas primeras excavaciones, no será hasta la década de 1970 cuando Vincenzo Tusa dirija las primeras campañas sistemáticas realizadas en la *necropoli arcaica*. Durante estos trabajos, desarrollados entre 1970 y 1972, se excavaron 157 sepulturas de cremación y una tumba de inhumación que, hasta el momento, constituyen el grueso de enterramientos publicados sobre la necrópolis (Tusa 1972; 1973; 1978). Tras los trabajos desarrollados

por V. Tusa, entre 1975 y 1992, se descubrieron 16 sepulturas más, en el marco de un proyecto destinado a la investigación de las murallas dirigido por Antonia Ciasca (Ciasca 1990; 1993; 1998). Asimismo, en la década de los 80, se realizó un trabajo de limpieza en las fortificaciones durante el que Gioacchino Falsone localizó ocho tumbas de cremación arcaicas que, aún en la actualidad, permanecen parcialmente inéditas (Sconzo 2016: 319; nota 21). En último lugar, a estos hallazgos debe sumarse el descubrimiento casual de una incineración localizada en la parte sudoriental de la *Casa dei Mosaici* (Acquaro 1986: 83).

Las publicaciones de las excavaciones desarrolladas desde 1907 hasta los años 80 del s. XX, salvo contadas excepciones, se caracterizan por la edición preliminar de los datos. Esta circunstancia, unida a la ausencia de un estudio de la estratigrafía de la necrópolis, impide datar con precisión la mayoría de los contextos funerarios (Vecchio 2013: 44). Desde un punto de vista metodológico, también

se debe señalar que el problema más grave para la realización de la presente investigación ha sido la práctica ausencia de análisis antropológicos sobre las cremaciones, lo que ha impedido conocer el número de personas que fueron enterradas en la necrópolis, así como su sexo y edad, dificultando por tanto la localización de sepulturas pertenecientes a los individuos no-adultos. Pese a estos inconvenientes, los arqueólogos que excavaron las incineraciones, en algunas ocasiones, identificaron los restos óseos de pequeño tamaño como pertenecientes a infantiles. Este es el caso, por ejemplo, de la T. 67 que, según la descripción aportada por V. Tusa, perteneció a un individuo infantil: *Il cinerario monolítico di tufo arenario, con accanto un minuscolo cippo parallelepipedo, era colmo di resti ossei infantili combusti* (Tusa 1978: 20-21).

Desde 2013 hasta la actualidad, un equipo conjunto de la Universidad de Palermo y de la *Soprintendenza per i Beni Culturali e Ambientali di Trapani*, dirigido por Gioacchino Falsone y Paola Sconzo, está desarrollando trabajos arqueológicos en la *necropoli arcaica*, aplicando metodologías de excavación y documentación innovadoras, así como análisis bioarqueológicos. Hasta el momento, la documentación relativa a estas excavaciones ha sido presentada en diferentes congresos y se ha publicado en una serie de artículos de carácter preliminar (Sconzo 2016; 2020; 2022; Falsone y Sconzo 2017; Lauria *et al.* 2017; 2018a; 2018b; 2020; Peripoli *et al.* 2023). Pese a que los datos están parcialmente inéditos, estos nuevos trabajos, junto a los desarrollados durante el s. XX, han permitido documentar más de 500 sepulturas, que proporcionan una valiosa visión sobre el comportamiento funerario de las personas que habitaron y enterraron a sus difuntos en Mozia, desde finales del s. VIII hasta el s. IV a.C.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

En función de los rituales utilizados en la necrópolis de Mozia se pueden diferenciar tres fases de uso, que se dieron de forma más o menos sucesiva y generalizada. En gran medida, reprodujeron las pautas documentadas en otros cementerios fenicios y púnicos del Mediterráneo central y occidental. En un primer momento –desde finales del s. VIII hasta mediados del s. VI a.C.– principalmente estuvo en uso la cremación secundaria; posteriormente, a partir de mediados del siglo VI, se introdujo la inhumación; y, finalmente, a partir del s. IV a.C. se reintrodujo el ritual de la cremación secundaria.

a) Las cremaciones secundarias (finales del s. VIII-mediados del s. VI a.C.)

La cremación secundaria fue el ritual predominantemente utilizado en la *necropoli arcaica* desde finales del s. VIII hasta mediados del s. VI a.C. (Tusa 1978: 9; Vecchio 2013: 55; Sconzo 2016: 315; 2020: 1092; Lauria *et al.* 2017). En Mozia, para realizar la cremación de los cadáveres, se construyeron piras de madera –normalmente de lentisco y/o roble– donde los cuerpos eran incinerados durante, aproximadamente, una hora u hora y media a una temperatura, más o menos constante, de unos 600°C (Nigro y Spagnoli 2017: 60; Lauria *et al.* 2018b: 433; Sconzo 2020: 1096). Una vez apagada la pira, se procedía a la recogida de los restos óseos que, posteriormente, eran depositados en las sepulturas.

Para depositar los restos cremados de los difuntos se excavaron cavidades de forma elíptica o circular en el suelo de la necrópolis (Tusa 1972: 35; 1978: 9-10). En algunos casos, los restos resultantes de la cremación eran depositados directamente en estas cavidades o *pozzetti* (fig. 6.4, a), mientras que en otros eran recogidos en diversos tipos de cinerarios que, posteriormente, se colocaban en los *pozzetti*. Entre las diferentes urnas utilizadas para la deposición de los restos destaca el uso de vasos cerámicos, principalmente de ánforas de transporte y domésticas, que solían ser colocadas en posición vertical u horizontal en el interior de las cavidades excavadas en la roca (fig. 6.4, b-c). Es interesante señalar que mientras las ánforas de transporte siempre son de producción fenicia, los vasos de almacenaje doméstico presentan una gran variedad morfológica y de procedencias, que podría aludir a la diversidad cultural existente en el seno de la comunidad moziense. Entre estos destacan algunos recipientes de tradición indígena, cuyo uso sugiere la presencia de gentes locales entre los habitantes de Mozia (fig. 6.4, f) (Vecchio 2013: 54; Sconzo 2016: 316). Junto a estos vasos, también fueron usadas como cinerarios cistas líticas que, normalmente, eran construidas con seis losas de arenisca dispuestas a modo de caja (fig. 6.4, d). En último lugar, el tipo de urna menos utilizado fueron las *cassette*, formadas por un bloque de piedra monolítico –cuadrado o rectangular– en cuyo centro era excavada una fosita destinada a acoger los restos cremados (fig. 6.4, e) (Tusa 1978: 10).

Los difuntos de Mozia, normalmente, fueron acompañados por diversos elementos de ajuar. Entre estos destacan los vasos cerámicos, siendo muy escasa la presencia de otros objetos, como las joyas y ornamentos

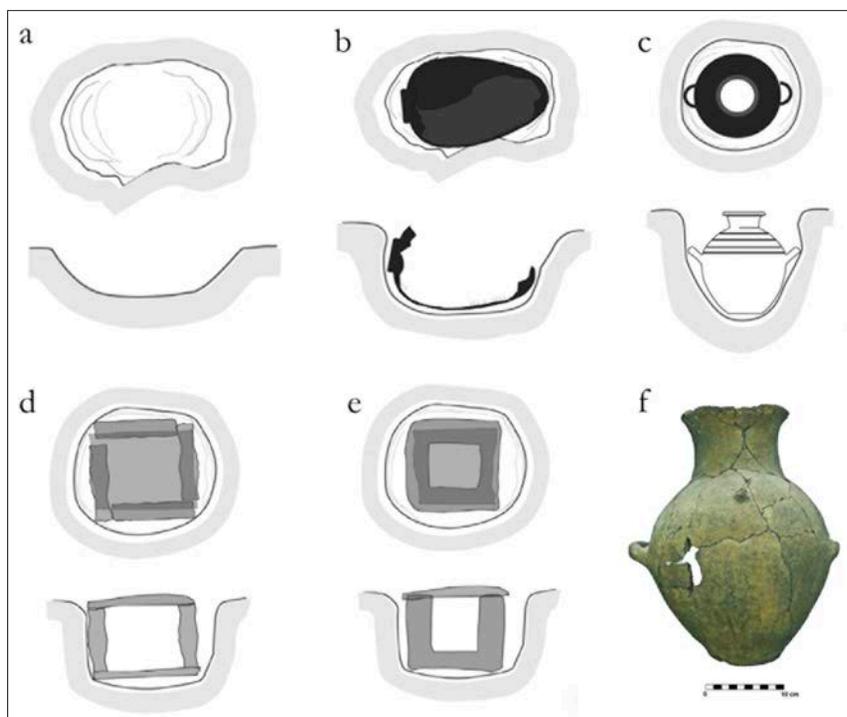


Fig. 6.4. Mozia. Tipos de enterramientos de cremación y urnas cinerarias utilizadas en la *necrópolis arcaica*. a) Cavity artificial o *pozzetto*; b) *Ánfora de transporte*; c) *Ánfora doméstica*; d) *Cista lítica*; e) *Casseta* (Sconzo 2016: fig. 2); f) *Vaso indígena* (Nigro y Spagnoli 2017: fig. 39).

o las armas. De hecho, la presencia de estos elementos en unas pocas sepulturas podría aludir a la existencia de una posible jerarquía social dentro de la comunidad (Tusa 2012). Habitualmente, los vasos que formaron el ajuar se depositaron fuera de las urnas, alrededor de estas o junto a las mismas, aunque en algunos casos se colocaron en su interior junto a los restos óseos. Entre los vasos cerámicos utilizados predominaban las ollas, tanto de tradición fenicia como local, que pudieron ser utilizadas para realizar ofrendas alimentarias a los difuntos. Junto a las ollas se colocaron de manera generalizada una jarra boca de seta y otra trilobulada, tipos de recipientes relativamente comunes en otras necrópolis fenicias.

Normalmente, la presencia de estos vasos en las sepulturas se ha vinculado a la realización de una serie de gestos rituales específicos durante los funerales. Así, la jarra de boca de seta, con su característico borde expandido, se ha asociado con la unción del cuerpo del difunto, mientras que se ha interpretado que la jarra de boca trilobulada pudo estar destinada a la realización de libaciones (Bartoloni 2000: 68). Otra pieza fundamental que aparece en las sepulturas de la necrópolis arcaica son las copas, destacando sobre todo los *skyphoi/kotylai* tanto de importación como de imitación. Aparte de los

vasos cerámicos, sobre algunas sepulturas de cremación arcaicas se ha documentado la presencia de estelas, erigidas como monumentos o marcadores funerarios, que probablemente fueron emplazadas con el fin de regresar a la tumba para rendir culto a los difuntos (Whitaker 1921: 217; Sconzo 2016: 316).

b) Las inhumaciones (mediados del s. VI- s. IV a.C.)

Como ocurrió en otros centros fenicios y púnicos del Mediterráneo centro-occidental, en Mozia la práctica de la inhumación se introdujo hacia mediados del s. VI a.C., probablemente, como consecuencia de la llegada de gentes procedentes de Cartago y/o su área de influencia (Ciasca 1990: 8). En comparación con el rito de la cremación, la información disponible sobre la inhumación en este cementerio es mucho más escasa. Ello se debe a que el número de sepulturas documentadas y publicadas, hasta el momento, que siguieron este ritual es muy limitado. Este bajo número de tumbas de inhumación llevó a plantear a los primeros investigadores que trabajaron en el sitio que la necrópolis de Mozia solo habría funcionado hasta el s. VI a.C., momento en que se habría producido el cambio de rito y en el que los difuntos habrían pasado a ser inhumados en el vecino cementerio de Birgi que, a comienzos de la

investigación, fue interpretado como el área funeraria reciente de la isla (Pace 1915: 431-466; 1929: 76-78; Whitaker 1921: 232-233).

No obstante, el hallazgo de sepulturas de inhumación en Mozia datadas, principalmente, en la segunda mitad del s. VI y en el s. IV a.C. ha permitido desechar esta vieja hipótesis. De hecho, esta escasez de tumbas se ha relacionado con la dispersión topográfica de este tipo de enterramientos que, en lugar de concentrarse en un sector acotado como ocurrió con las tumbas del período arcaico, se expandieron por el perímetro de la isla dificultando su documentación respecto a las sepulturas de cremación (Ciasca 1980: 239-243; 1990: 9). La información disponible hasta el momento permite observar los diferentes tipos de tumbas utilizados para inhumar a los difuntos. Entre estos destacó el uso de sarcófagos –monolíticos o contruidos a partir de la unión de dos bloques de arenisca– que, principalmente, fueron utilizados desde mediados del s. VI, así como la utilización de fosas simples excavadas en el terreno de la necrópolis (Whitaker 1921: 209-214; 229; Tusa 1973; Isserlin y Du Plat Taylor 1974).

c) *La reintroducción de las cremaciones secundarias (s. IV a.C.)*

Del mismo modo que ocurrió en otros cementerios de ámbito fenicio y púnico, es probable que durante el período helenístico en Mozia se reintrodujera el ritual de la cremación. Sin embargo, hasta el momento, sólo se ha documentado un caso en el que se siguió dicho rito. Se trata de una incineración secundaria, depositada en una olla globular de tipo griego, que presentaba como ajuar una *olpe* ácroma, que ha permitido datar el conjunto en el s. IV a.C. (Ciasca 1990: 9-10; fig. 4).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El estudio de las prácticas funerarias vinculadas a los individuos no-adultos en Mozia ha estado condicionado por dos cuestiones fundamentales: en primer lugar, la falta de análisis antropológicos de las cremaciones arcaicas y, en segundo lugar, la existencia del santuario tofet. En relación con el primer aspecto, hay que señalar que la ausencia de información sobre el perfil biológico de las personas que fueron cremadas en Mozia ha motivado que, hasta hace relativamente poco tiempo, se asumiera que solo los adultos tuvieron derecho a ser incinerados y, posteriormente, enterrados en la *necropoli arcaica*. Por ejemplo, Antonia Ciasca llegó a

la conclusión de que todas las incineraciones pertenecían a personas que fallecieron en edad adulta. Esta hipótesis, unida al hallazgo de algunas inhumaciones infantiles en ánforas durante las campañas de excavación del s. XX, llevaron a proponer que solamente ciertos niños tenían el privilegio ser enterrados en el cementerio comunitario, aunque estos siempre habrían seguido un ritual funerario diferenciado al de sus mayores, es decir, la inhumación (Ciasca 1990: 10).

Esta teórica escasez de individuos infantiles en la *necropoli arcaica* unida a la existencia del tofet, que en Mozia estuvo en uso de forma sincrónica al cementerio, ha llevado a algunos autores a sugerir que este debió ser el sector destinado a las criaturas que fallecían a más temprana edad (Becker 2014: 13; 17). Sin embargo, la documentación obtenida en las nuevas investigaciones desarrolladas en la necrópolis desde el año 2013, junto a la revisión procedente de las excavaciones antiguas, han permitido comprobar que la realidad era mucho más compleja. Como se verá a continuación, en algunos casos los infantiles fueron enterrados junto al resto de miembros de la comunidad en el cementerio –siendo tanto inhumados como incinerados–, mientras que en otros sus restos óseos cremados fueron depositados en el santuario tofet (Orsingher 2018c: 201-204; Sconzo 2020: 1096; Peripoli *et al.* 2023).

a) *Representatividad, distribución cronológica y espacial: tofet vs. necrópolis*

La revisión de los datos procedentes de las campañas del siglo XX, junto a la documentación publicada sobre las nuevas excavaciones arqueológicas en la necrópolis, ha permitido localizar en el presente trabajo 41 sepulturas en las que fueron enterrados 47 individuos no-adultos y dos tumbas más que, probablemente, pertenecieron a individuos infantiles. Estas últimas se corresponden con un probable *enchytrismós* y una inhumación en una fosa de pequeñas dimensiones, en las que no se han conservado los restos óseos inmaduros. Aparte de estas 41 sepulturas, hay que considerar la existencia de, al menos, 25 tumbas infantiles más que han sido excavadas en las campañas desarrolladas entre 2016 y 2017 pero que, en la actualidad, permanecen inéditas (Lauria *et al.* 2018a; 2018b; 2020).

Si bien la ausencia de datos antropológicos para las tumbas excavadas durante el s. XX impide conocer el número de individuos no-adultos respecto al de los adultos, la documentación obtenida en las nuevas campañas de

excavación ha permitido advertir una elevada representatividad de los sujetos inmaduros. Estos constituyeron, aproximadamente, el 35% de las personas enterradas en la *necropoli arcaica* (Lauria *et al.* 2018a; 2020; Sconzo 2020: 1096). Aunque este porcentaje se asemeja a los valores de mortalidad infantil definidos para las sociedades preindustriales (Parkin 2013: 49-50), es interesante señalar que es ligeramente más elevado que el obtenido en el resto de necrópolis sicilianas durante el período fenicio y púnico.

Además de evidenciar la significativa presencia de individuos no-adultos en el cementerio, los resultados derivados de los análisis antropológicos han permitido constatar que en la comunidad de Mozia, aparentemente, no existían regulaciones restrictivas que prohibieran el acceso al espacio funerario comunitario en función de la edad de los difuntos. Como puede observarse en la tabla (fig. 6.5, a), aquí fueron enterrados desde individuos que fallecieron en edad fetal y perinatal hasta niños y niñas con edades comprendidas hasta los 12 años, así como también aquellos que murieron entre la pubertad y el período juvenil. En cuanto a la edad de los pequeños, resulta relevante señalar el notable porcentaje de fetos documentados, que constituyen casi la mitad (44.8%) de los individuos inmaduros enterrados en el cementerio. Esto sugiere que incluso las criaturas que no llegaron a vivir tenían el derecho de ser inhumados en este espacio funerario comunitario (Lauria *et al.* 2018a: fig. 4; 2020: fig. 1, a).

Como se ha señalado anterioremente, en lo que respecta a la edad y el destino de los infantiles después de su fallecimiento, Mozia se presenta como el único sitio en Sicilia que posibilita una comparación entre las dinámicas observadas en la necrópolis y las del tofet. En la actualidad, disponemos de los resultados de los análisis antropológicos realizados por Rosaria Di Salvo y Carolina Di Patti sobre 718 urnas del santuario, todas ellas excavadas por A. Ciasca durante el período comprendido entre 1964 y 1973 (fig. 6.5, c) (Ciasca *et al.* 1996; Di Salvo y Di Patti 2005). Es importante tener en cuenta que, en un considerable número de urnas, no se pudo determinar la naturaleza del contenido (34%); sin embargo, los datos obtenidos de los análisis antropológicos permiten deducir algunas tendencias generales.

Según estos estudios, durante el tiempo en que el santuario estuvo en uso –desde mediados del s. VIII hasta el s. IV a.C.–, fueron depositados los restos óseos cremados de 171 individuos, que fallecieron entre el período

perinatal y los seis meses de edad (fig. 6.5, c) (Orsingher 2018c: 202). Dentro de este rango, se observa un patrón muy claro en relación con la edad de los pequeños: un 61% fallecieron dentro del período perinatal, mientras que aproximadamente un 10% murieron entre el primer y el sexto mes de vida. De este modo, la comparación entre los datos antropológicos obtenidos en el tofet y la necrópolis sugiere que en el santuario eran depositadas exclusivamente criaturas que fallecieron entre su nacimiento y los seis meses, mientras que en el cementerio tenían derecho a ser enterrados los individuos no-adultos con un rango de edad más amplio, que abarcaba desde la edad fetal hasta el período juvenil. Un aspecto particularmente interesante es la ausencia de fetos en el tofet, lo cual contrasta notablemente con la elevada presencia de estos individuos en el área funeraria comunitaria.

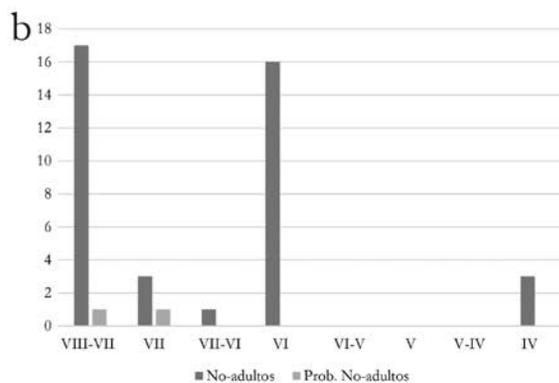
Con excepción de un reciente estudio publicado sobre histología dental, que proporciona la edad cronológica de siete bebés enterrados en la necrópolis de Mozia (Peripoli *et al.* 2023: tab. 2), la edad de los individuos no-adultos de este cementerio, generalmente, ha sido clasificada según las categorías de Vallois (1960): *Infans I* –desde el nacimiento hasta los 6 años–; *Infans II* –desde los 6/7 años hasta los 12/13– y *Juveniles* –desde los 12/13 hasta los 21 años de edad– (Lauria *et al.* 2017). El uso de estas categorías tan amplias hace que sea complejo realizar observaciones más precisas. Sin embargo, los datos procedentes de las campañas de 2013-2015 indican que, al menos un individuo perinatal –T.238–, fue enterrado en la necrópolis (Lauria *et al.* 2017: Tab. 1), mientras que la documentación publicada sobre las campañas desarrolladas entre 2016 y 2017 señala que el número de perinatales documentado en el cementerio podría representar hasta el 10,3% del total de los individuos no-adultos (Lauria *et al.* 2018a: fig. 4; 2020: fig. 1, a).

Si se compara esta situación con la observada en el tofet, se revela que los sujetos que fallecieron en edad perinatal eran depositados tanto en el cementerio como en el santuario de manera sincrónica. Este aspecto, junto a la elevada presencia de fetos en la necrópolis, conduce a una reevaluación de la interpretación previa que sugería que el tofet en Mozia era el espacio funerario reservado,

Fig. 6.5 (página siguiente). Mozia. Representatividad y distribución cronológica de los individuos no-adultos. a) Edades de los individuos de la necrópolis; b) Distribución cronológica de las sepulturas en la necrópolis (referencias bibliográficas en tabs. 6.1-6.5); c) Edades y distribución cronológica de los individuos en el Tofet (Orsingher 2018c: tab. 6.2.1).

a

Tumba	Campaña	Edad
T.229	2013-2015	Fetal
T.231	2013-2015	Fetal
T.232	2013-2015	Fetal
T.233	2013-2015	Fetal
T.236	2013-2015	Fetal
T.237	2013-2015	Fetal
T.238	2013-2015	Fetal
T.239	2013-2015	Fetal
T.241	2013-2015	Fetal
T.246	2013-2015	Fetal
T.248	2013-2015	Fetal
T.249	2013-2015	Fetal
T.277	2013-2015	Fetal
T.300	2017	5 días
T.284	2017	14 días
T.268	2017	18 días
T.278	2017	28 días
T.275 ind2	2017	41 días
T.275 ind1b	2017	87 días
T.288	2017	130 días
T.238	2013-2015	Perinatal
MM79/89	1979	8+-2m
T.212	2013-2015	0-6a
T.216	2013-2015	0-6a
T.219	2013-2015	0-6a
T.221	2013-2015	0-6a
T.226	2013-2015	0-6a
T.245	2013-2015	0-6a
T.250	2013-2015	0-6a
T.229	2013-2015	0-12a
T.232	2013-2015	0-12a
T.239	2013-2015	0-12a
T.248	2013-2015	0-12a
T.220	2013-2015	12/13-21a



c

Número y Distribución de urnas. Estratos VII-I											Restos óseos	
VII	VI	VI/V	V	IV	IV/III	III	II	II/I	I	No det.		
9	1	4	23	3	23	9	1	2	1	1	1 Humano (perinatal)	Restos Humanos
	1	1	1			3			1		1 Humano (1m)	
1						2					1 Humano (2m)	
			1								1 Humano (2.3 m)	
1			1			1					1 Humano (4 m)	
		1								1	1 Humano (6 m)	
3	1	6	10	1	14	4			2		1 Humano (edad indet.)	Restos Humanos + animales
	1	4	3		6	2			4	1	1 Humano (perinatal) + 1 Ovis	
			1								1 Humano (perinatal) + 1 Sus scrofa	
		1				1					1 Humano (perinatal) + 1 Mollusca (Lamellibranchiata)	
					2						1 Humano (perinatal) + 1 Ovis + 1 Aves	
				2							1 Humano (perinatal) + 1 Ovis + 1 Mollusca	
				1				1			1 Humano (perinatal) + 1 Ovis vel Capra	
			2								1 Humano (2 m) + 1 Ovis	
			2							2	1 Humano (edad indet.) + 1 Ovis	
			2					1			1 Humano (edad indet.) + 1 Ovis + 1 Mollusca	
											1 Humano (edad indet.) + 1 animal indet.	
										1	1 Humano + 1 Mollusca (Gasteropoda)	
								1			1 Human + 1 Pisces + 1 Mollusca	
0	14	4	21	43	4	51	17	2	9	6	Total individuos humanos= 171	Restos Animales
2	25	3	32	1		2	3		5	2	1 animal indet.	
	43	7	25	3		19	13		53	7	1 Ovis/Ovis vel Capra	
	8		1			1			3		1 Ovis + 1 Mollusca (Lamellibranchiata)	
		1	3	1		1					1 Ovis + 1 Mollusca (Gasteropoda)	
											1 Ovis + 1 Mollusca	
							1		4		1 Ovis + 1 Aves	
									1		1 Ovis + 1 Aves + 1 Cervus	
									1		1 Ovis + 1 Aves + 1 Mollusca	
										1	1 Ovis + 1 Bos + 3 Mollusca	
						1					1 Ovis + 1 Rodentia	
			1								1 Bos taurus	
			2	1			1				1 Aves	
				1							1 Sus scrofa	
1	8	4	4			1				1	1 Mollusca (Lamellibranchiata)	
	1										1 Amphibia (Emys orbicularis)	
						1					1 Pisces	
5	67	11	89	3		13	26		24	8	Indeterminados	
750	675	625	550	525	470	420	300				Cronología absoluta [BC]	

de manera exclusiva, al enterramiento de las criaturas que fallecían a una edad temprana (Becker 2014: 13; 17), ya que en este centro los individuos que murieron más temprano –es decir, los fetales y algunos perinatales– también tenían derecho a ser enterrados en la necrópolis comunitaria. Esto sugiere que, para las personas que habitaban en este sitio, la edad no era el único factor que pautaba la deposición de los niños en el tofet o su entierro en la necrópolis, pudiendo ser otros aspectos, como el sexo, la ascendencia cultural, el estatus o las circunstancias de su muerte, los que determinarían el lugar en que sus restos óseos descansarían.

Otro aspecto interesante que considerar es la distribución cronológica de las sepulturas infantiles en el cementerio y de las deposiciones del tofet. Como puede observarse en la tabla (fig. 6.5, b), en la necrópolis las niñas y niños fueron enterrados a lo largo de todo el período arcaico, es decir, desde que esta entró en uso a finales del s. VIII a.C. hasta el s. VI a.C. Es importante destacar que no se conocen enterramientos infantiles que puedan datarse en el s. V a.C., pero esta situación también se da en el caso de las sepulturas de los adultos ya que, hasta el momento, en Mozia no se ha registrado ninguna tumba que pueda datarse en dicha centuria (Orsingher 2021: nota 26). De este modo, la distribución cronológica de las sepulturas de los individuos no-adultos parece seguir las pautas generales de las de sus mayores: se da una mayor concentración de las mismas durante los ss. VIII y VI a.C., período en que estuvo en uso la *necropoli arcaica*, que constituye el sector funerario donde más tumbas se han excavado. Además, se ha podido comprobar que algunos sujetos que fallecieron a temprana edad siguieron siendo enterrados en el cementerio durante el s. IV a.C. Esto sugiere que la ausencia de enterramientos infantiles en el siglo V a.C. podría estar más relacionada con el estado de la documentación arqueológica que con la exclusión deliberada de los niños del área funeraria durante dicho período.

Si bien los individuos más pequeños de la comunidad moziense fueron enterrados en la necrópolis desde que esta comenzó a utilizarse, en el tofet se observa una pauta diferente. En este lugar sacro, fundado a mediados del s. VIII a.C., los bebés no fueron depositados durante el primer período en que el santuario estuvo en uso. Como reflejan los resultados de los análisis realizados sobre los restos óseos de las urnas, en el primer estrato –datado entre el 750-675 a.C.– únicamente fueron depositados restos cremados de animales (fig. 6.5, c). Por el contrario,

la distribución de las cremaciones infantiles en el tofet muestra que las criaturas fueron depositadas, con más o menos frecuencia, a partir del segundo cuarto del s. VII a.C. hasta que el santuario fue abandonado, a finales del s. IV a.C. Los datos disponibles también indican que durante todo el período de uso del tofet se dieron momentos en los que fue más utilizado, tal y como refleja la existencia de una mayor concentración de niños en los estratos IV y III, datados entre el 550 y el 470 a.C. (Orsingher 2018c: tab. 5.2.1). La existencia de estas divergencias cronológicas en las pautas deposicionales permite sugerir que las dinámicas de uso del santuario no fueron constantes, sino que, por el contrario, variaron dependiendo del período cronológico y del contexto histórico.

Aunque los datos que se han visto hasta aquí no consienten solucionar la cuestión relativa al tofet, sí permiten observar que en el caso de Mozia las criaturas que fallecieron prematuramente fueron enterradas tanto en la necrópolis como en el tofet. Asimismo, se ha podido comprobar que el santuario estuvo limitado a la deposición de niños que fallecieron dentro de los seis meses de edad, dándose un fuerte predominio de los perinatales (Orsingher 2018c: 201). Por el contrario, la documentación de la necrópolis sugiere que las normas de acceso al recinto funerario –en función de la edad de los difuntos– eran relativamente laxas: por lo que respecta a los individuos no-adultos, en este lugar se depositaron desde fetales y perinatales hasta juveniles. En último lugar, es interesante señalar que en ambos espacios fueron enterradas criaturas en edad perinatal de forma sincrónica, lo que sugiere que, aparte de la edad, otros criterios debieron tenerse en cuenta a la hora de elegir el lugar en que los pequeños se enterraban. En definitiva, la documentación disponible hasta el momento, permite observar que *necropoli e tofet fossero nella società moziense due luoghi ben distinti per natura e ideologia* (Sconzo 2020: 1101).

Si nos centramos exclusivamente en los datos ofrecidos por la necrópolis, hay que remarcar que, aunque es cierto que algunos individuos no-adultos en Mozia fueron aceptados en el espacio funerario comunitario, el tratamiento que recibieron refleja que existieron una serie de pautas funerarias diferenciadas respecto a las que recibieron los individuos de mayor edad. Estas diferencias, en primer lugar, se pueden apreciar a partir de la distribución espacial de las tumbas infantiles y, en segundo lugar, en función del tratamiento que se daba a los cadáveres de algunos individuos que fallecieron a temprana edad.

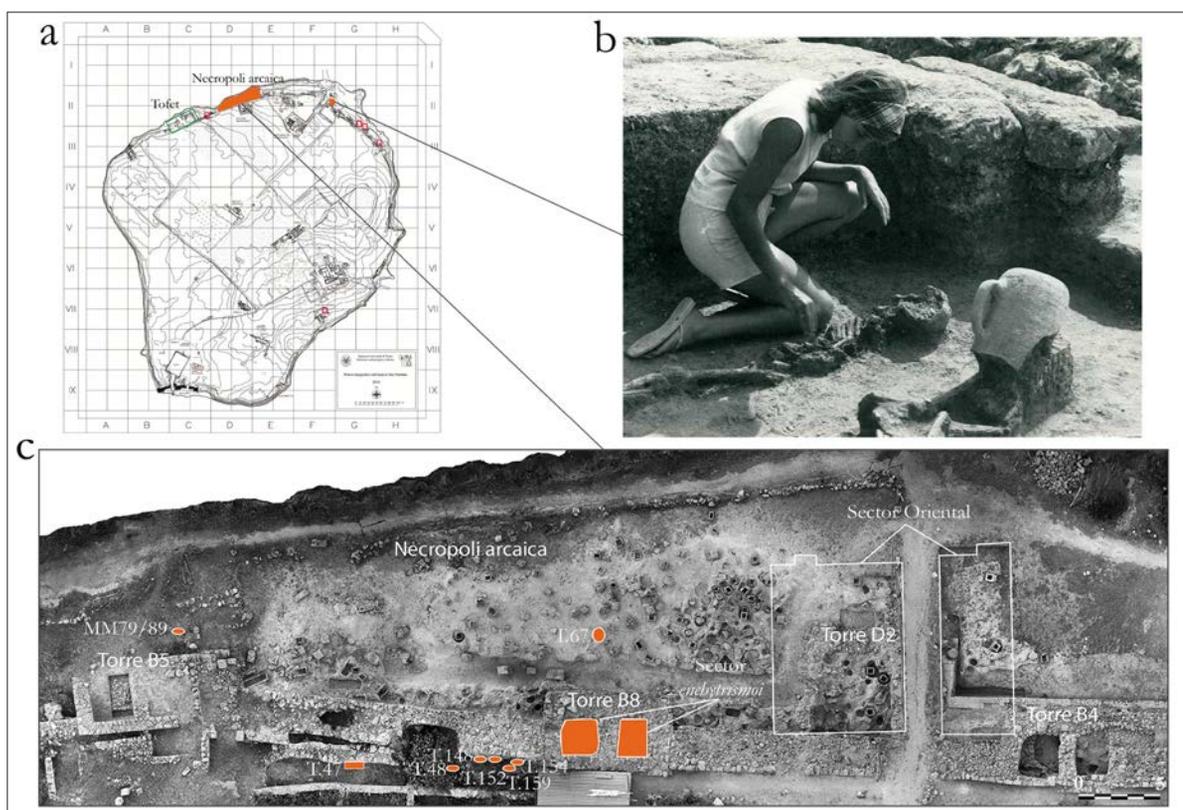


Fig. 6.6. Mozia. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos. a) Ubicación en las áreas funerarias; b) TT. 1 y 2, estratos de abandono del Santuario Oriental (Isserlin y Du Plat Taylor 1974: lám. 21, 1); c) Ubicación de las tumbas en la *necropoli arcaica* (a partir de Tusa 1978: fig. 1; Sconzo 2016: fig. 5; 2020: fig. 1).

Con relación al primer aspecto, cabe señalar que determinar la distribución espacial de las sepulturas de los individuos inmaduros en Mozia es complicado debido al estado de la documentación publicada hasta el momento. Esta situación ha provocado que, de las 41 tumbas documentadas, solo se haya podido establecer la posición de 10. Como puede observarse en la imagen (fig. 6.6, a), los enterramientos de los sujetos inmaduros fueron realizados tanto en la *necropoli arcaica* como en otros sectores de la isla que se vieron afectados por la expansión que sufrió el cementerio a partir de mediados del s. VI a.C. Este es el caso, por ejemplo, de las dos inhumaciones infantiles que fueron halladas en los estratos de abandono del santuario oriental y que pueden ser datadas en un momento posterior a inicios del s. IV a.C. (fig. 6.6, b) (Isserlin y Du Plat Taylor 1974: 64).

En la *necropoli arcaica* (fig. 6.6, c), por el momento, solo se ha podido ubicar con seguridad una sepultura de cremación perteneciente a un infantil –T.67– que parece

indicar que los niños incinerados, en algunos casos, pudieron recibir sepultura en el mismo espacio funerario que el resto de los difuntos. Por lo que respecta a la distribución de las cremaciones infantiles, también se han documentado en el sector oriental del área funeraria (fig. 6.6, c), aunque todavía no se han publicado planimetrías que permitan establecer su ubicación precisa (Sconzo 2020: 1095-1096). Es interesante mencionar que el estudio espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos refleja que en el sector meridional de la necrópolis se dio una concentración de enterramientos infantiles (fig. 6.6, c). De hecho, como se verá con mayor detalle en el siguiente apartado, esta área parece que estaba reservada a ubicar las tumbas de algunas niñas y niños enterrados según el ritual de la inhumación, especialmente de los inhumados según la práctica del *enchytrismós* (Sconzo 2020: 1100).

En último lugar, es interesante destacar que el estudio del tratamiento funerario que recibieron algunos individuos no-adultos durante el período arcaico también ha

permitido observar la existencia de algunas diferencias en comparación con el procedimiento seguido para dar sepultura al resto de miembros de la comunidad. Si bien, el ritual utilizado durante el periodo arcaico para tratar los cadáveres de los adultos fue el de la cremación secundaria, los datos procedentes de las sepulturas de los individuos inmaduros muestran un comportamiento más variado: algunos fueron inhumados mientras que otros fueron cremados (Sconzo 2016; 2020).

b) La convivencia de la cremación y la inhumación (finales del s. VIII- mediados del s. VI a.C.)

Entre finales del s. VIII y mediados del s. VI a.C., en la *necropoli arcaica* de Mozia los individuos no-adultos fueron tanto cremados como inhumados. A pesar de la convivencia de ambos rituales, es interesante apuntar que entre los individuos inmaduros el rito de la inhumación fue más habitual—siendo documentado en 31 casos que suponen el 70,5% del total de la muestra— respecto al de la cremación secundaria—documentado sólo en 13 casos que suponen el 29,5% del total— (tabs. 6.1-6.2). Por tanto, si bien en un principio se había considerado que los individuos infantiles en Mozia eran exclusivamente enterrados siguiendo el ritual de la inhumación (Ciasca 1990: 10), los datos con que contamos actualmente revelan que, aproximadamente, un tercio de ellos también fueron incinerados.

b.1. Las cremaciones

Esta diversidad presente en el tratamiento funerario de los infantiles da lugar a la pregunta ¿Por qué a algunos niños/as se les aplicaba el tratamiento funerario normativo, mientras que a otros se les inhumaba? ¿Pudo estar la elección del rito pautada por la edad o por otras cuestiones identitarias? Los datos disponibles, hasta el momento, hacen que sea complicado responder a estas preguntas, no obstante, parece que la edad de los pequeños al fallecer podía ser uno de los criterios que regulaba la elección de la práctica ritual. Como puede observarse en las tablas (tabs. 6.1; 6.2; 6.3), el ritual de la inhumación durante el período arcaico se aplicó, principalmente, a individuos que fallecieron en edad fetal, perinatal y durante el primer año de vida (68%), siendo menos habitual que los niños mayores fueran inhumados (32%). Por el contrario, sólo se ha documentado una tumba—T.249— en la que un individuo que falleció en edad fetal fue incinerado (Lauria *et al.* 2017: tab. 1; Periopoli *et al.* 2023).

En este sentido, es interesante considerar que, precisamente, el individuo fetal de la T.249 no fue cremado de forma individual sino junto a un adulto (Lauria *et al.* 2017:

tab. 1). Si bien el sexo del adulto no ha sido determinado, se puede sugerir que pudo tratarse de una mujer, tal y como demuestran las pautas observadas en otra tumba de la propia necrópolis de Mozia—T.277—, así como en otras sepulturas dobles registradas en otros cementerios estudiados en este trabajo, como el Puig des Molins en Ibiza o Tuvixeddu y Monte Sirai en Cerdeña. En estos centros se ha documentado, habitualmente, la asociación entre sujetos que fallecieron en edad fetal y/o perinatal y mujeres adultas, siendo este tipo de tumbas normalmente interpretadas como pertenecientes a madres e hijos que fallecieron como consecuencia de los peligros relacionados con el parto y el postparto (Gómez Bellard *et al.* 1990: 117-118; Botto y Salvadei 2005: 87-105; Piga *et al.* 2020). Aunque en el caso de la T.249 no se puede establecer esta relación de parentesco entre las personas cremadas, el hecho de que el único individuo fetal incinerado haya sido documentado en una sepultura junto a un adulto sí permite hipotetizar que esta criatura pudo tener acceso al ritual de la cremación, precisamente, por estar acompañada por un individuo de mayor edad.

Entre las tumbas de cremación, en dos ocasiones más—TT.219 y 221— se ha documentado la presencia de incineraciones dobles y triples, en las que los restos cremados de los niños fueron depositados junto a los de personas adultas (tab. 6.1). En la primera de ellas se hallaron los restos de un individuo—que falleció con una edad inferior a los 6 años— junto a los restos cremados de dos adultos, mientras que en la segunda—T.221— las cenizas de un niño/a, que también murió dentro de los seis primeros años de vida, fueron enterradas junto a las pertenecientes a un individuo adulto (Sconzo 2016: 326-327; Lauria *et al.* 2017: tab. 1; Lauria *et al.* 2018b: 433; tab. 1; nota 11). Por tanto, del mismo modo que se ha propuesto para la T.249, es posible que en estos casos la agrupación intencional de varios individuos en la misma sepultura pudiera aludir a la posible existencia de relaciones familiares y/o afectivas entre las personas enterradas de forma conjunta.

Pese a que los restos incinerados de algunos individuos infantiles fueron depositados en sepulturas dobles y triples, la práctica más habitual en esta necrópolis era que los pequeños fueran cremados y depositados en sus tumbas de forma individual. Muestra de ello es la presencia de ocho sepulturas—TT. 4, 5, 9, 67, 212, 216, 245, 250—, de las que cuatro—TT. 212, 216, 245 y 250— pertenecieron a individuos que fallecieron entre el nacimiento y los seis años de edad (Lauria *et al.* 2017: tab. 1), mientras que del resto no contamos con estimaciones de edad, aunque

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.4 1962	<i>Jeune enfant</i>	CSCA	-	Ungüent. (<i>Aryb.</i>) Copa (<i>Skyph.</i>)	-	-	f.VIII- i.VII	Cintas y Jully 1980; Orsingher 2018c
2	T.9 1962	<i>Jeune enfant</i>	CSU	Ánf.com.pún. T-3.1.1.2	-	-	-	f. VIII- m.VII	Cintas y Jully 1980; Ramon 1995b; Orsingher 2018c
3	T.219 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CSU	<i>Cassetta</i>	?	?	?	f. VIII- VII	Sconzo 2016; Lauria <i>et al.</i> 2017; 2018a
		Ad.							
		Ad.							
4	T.221 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CSU	Ánf.com.pún.	?	?	?	f. VIII- VII	Sconzo 2016; Lauria <i>et al.</i> 2017; 2018a
		Ad.							
5	T.212 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CSU	Ánf.dom.	?	?	?	f. VIII- VII	Sconzo 2016; Lauria <i>et al.</i> 2017; 2018a
6	T.216 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CSU	Ánf.com.pún.	?	?	?	f. VIII- VII	Sconzo 2016; Lauria <i>et al.</i> 2017; 2018a
7	T.226 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CS T. sep?	?	?	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Ad.							
8	T.220 2013-15 Sec.Oriental	Juv. (12/13- 21a)	CS T. sep?	?	?	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
9	T.245 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CS T. sep?	?	?	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
10	T.249 2013-15 Sec.Oriental	Fetal	CS T. sep?	?	?	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Ad.							
11	T.250 2013-15 Sec.Oriental	Inf. I (0-6a)	CS T. sep?	?	?	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
12	T.5 1962	<i>Jeune enfant</i>	CSU	<i>Skyph.</i>	-	-	-	VII	Cintas y Jully 1980; Orsingher 2018c
13	T.67 1972-74	<i>Resti ossei infantili</i>	CSU	<i>Cassetta</i>	Jarra b. seta Olla	-	Cipo	s.m.VII	Tusa 1978

Tab. 6.1. Mozia. Tumbas de cremación secundaria de individuos no-adultos (finales s. VIII- VII a.C.).

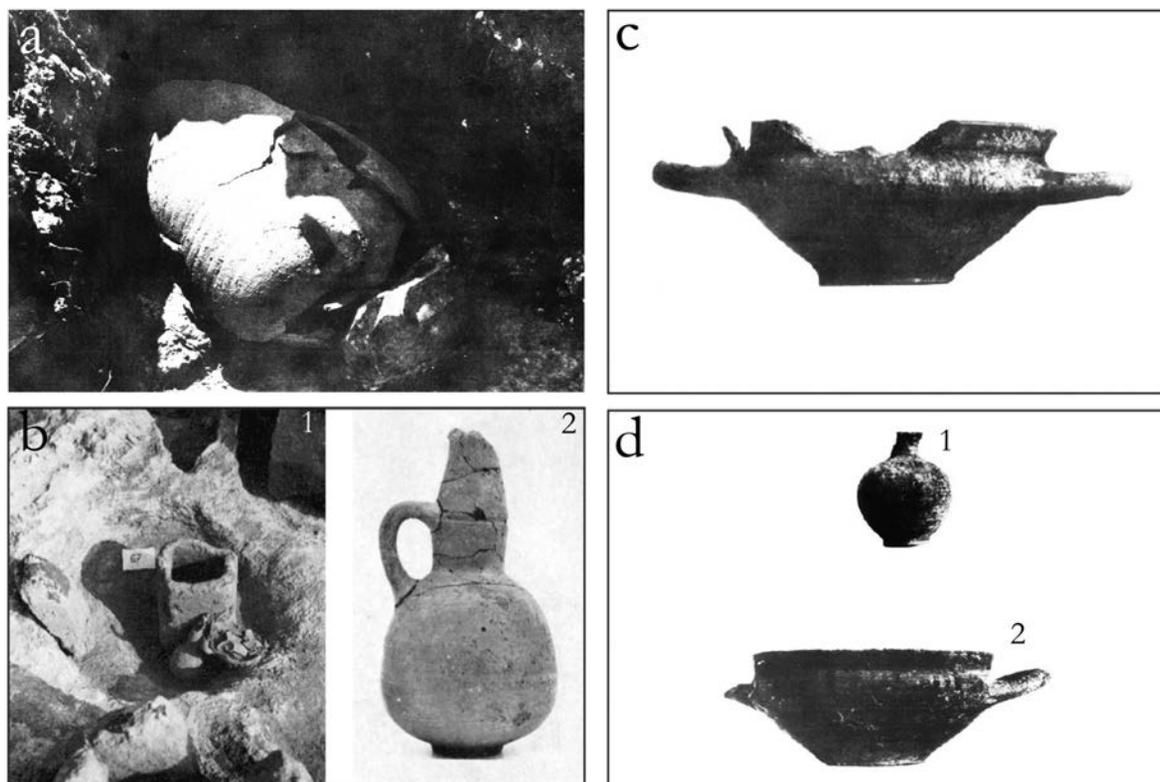


Fig. 6.7. Mozia. Sepulturas de cremación secundaria pertenecientes a individuos no-adultos. a) *Sépulture* 9 de 1962, cremación secundaria en ánfora comercial (Cintas y July 1980: lám. VI.2); b) T.67 de 1972-74, cremación secundaria en *cassette*: presentaba un cipo y como ajuar una jarra de boca de seta y una olla (Tusa 1978: tav. XII 1-2); c) *Sépulture* 5 de 1962, cremación secundaria en una copa *skyphos* (Cintas y July 1980: lám. VII.1); d) Ajuar de la *Sépulture* 4 de 1962, formado por un ungüentario y una copa *skyphos* (Cintas y July 1980: lám. III.1-2).

pertenecieron a individuos infantiles. Por lo que respecta a la modalidad en que los restos óseos de las niñas y niños fueron enterrados, los datos disponibles no sugieren que estos recibieran un tratamiento diferencial, sino que se siguieron las pautas generales observadas contemporáneamente en el resto del cementerio. En siete casos –TT. 5, 9, 67, 212, 219, 221, 216– las cenizas fueron colocadas en urnas, principalmente en ánforas de transporte –TT. 9, 216, 221– (fig. 6.7, a), domésticas –T.212– o en *cassette* –TT. 67, 219– (fig. 6.7, b1), siendo excepcional el caso de la T. 5, donde los restos óseos de *un tout jeune enfant* fueron depositados en el interior de una copa *skyphos* (fig. 6.7, c) (Cintas y July 1980: 42-43; nota 35). Por el contrario, solo en una tumba –T.4– la deposición de los restos infantiles se hizo directamente en una cavidad excavada en el terreno (Cintas y July 1980: 37-38).

Los materiales presentes en algunas sepulturas de incineración infantiles permiten observar los cuidados que se otorgaban a algunos niños y niñas durante los rituales

funerarios, así como aquellos destinados a garantizar su supervivencia en el Más Allá e incluso una vez fue clausurada la tumba. En relación con estas atenciones destaca la presencia de vasos cerámicos destinados a contener aceites y ungüentos –como la jarra de boca de seta de la T. 67 o el ungüentario de la T.4– que permiten pensar que, del mismo modo que sucedía en el caso de los adultos, entre los distintos cuidados ofrecidos al cuerpo de los infantiles la unción debió ser relevante (fig. 6.7, b2; d1). Otro tipo de vasos de las tumbas infantiles están relacionados con la esfera de la comensalidad, como la copa de imitación griega de la T.4 (fig. 6.7, d2) o la olla de la T.67. Como se ha visto, las copas y las ollas fueron objetos muy habituales en los ajuares de la *necropoli arcaica* y, posiblemente, puedan relacionarse con la realización de ofrendas de comida y bebida a los difuntos. Así, la colocación de estos vasos en algunas tumbas infantiles permite plantear que incluso los individuos más pequeños de la comunidad tenían derecho a recibir ofrendas

alimentarias durante sus funerales. En último lugar, la presencia de marcadores sobre las sepulturas de algunos individuos no-adultos parece indicar que, tras la clausura de las estructuras funerarias y posiblemente también cierto tiempo después del funeral, algunos individuos pudieron ser visitados por sus familiares y seres queridos. Este es el caso del infantil enterrado en la T. 67, sobre la que se colocó un pequeño cipo en arenisca con el fin de señalar la sepultura del pequeño/a aquí depositado (fig. 6.7, b1).

b.2. *Las inhumaciones: los enchytrismoi y las fosas*

Pese a que el ritual de la cremación fue utilizado para tratar los cadáveres de algunos individuos no-adultos, durante el primer período de uso de la necrópolis, habitualmente, los inmaduros fueron inhumados (70,5%). Los datos antropológicos disponibles, hasta el momento, parecen indicar que la mayoría de sujetos inhumados fallecieron entre la edad fetal, perinatal y el primer año de vida. No obstante, algunos infantiles que murieron con mayor edad, aproximadamente hasta los 12 años, también fueron enterrados siguiendo este ritual. Aunque no hay datos antropológicos para las tumbas excavadas durante el siglo XX, las descripciones aportadas por los arqueólogos en las publicaciones también reflejan que las sepulturas de inhumación documentadas, durante ese período, debieron pertenecer a niños y niñas –T. 7, 48, 148, 154 y 159–, pues se refieren a los individuos hallados en su interior con los términos *bambino* o *fanciullo*.

Por lo que se refiere al tipo de tumbas utilizadas para dar sepultura a los pequeños, en la gran mayoría de los casos (96%), los individuos fetales, perinatales e infantiles eran inhumados en el interior de vasos cerámicos, siguiendo la tipología del *enchytrismós* (tab. 6.2). Sin embargo, también se ha documentado, en dos ocasiones, la deposición de sus cadáveres en fosas simples excavadas a poca profundidad en el terreno de la necrópolis (tab. 6.3). En relación con la primera práctica de enterramiento, es especialmente interesante un reciente estudio en el que se ha aplicado la histología dental, para obtener la edad de la muerte de las criaturas de forma más precisa, y el análisis de péptidos para conocer su sexo (Peripoli *et al.* 2023). Dicho trabajo ha revelado que, en Mozia, la práctica de inhumar a los más pequeños en recipientes cerámicos estaba destinada a los bebés de ambos sexos, pues se ha podido determinar que, de los siete individuos estudiados, cuatro eran masculinos y tres femeninos (Peripoli *et al.* 2023: tab. 1). Asimismo, la histología dental ha proporcionado la edad cronológica de la muerte de las siete criaturas, revelando que algunas fallecieron incluso

antes de haber vivido una semana –entorno a los cinco días de vida– mientras que otras alcanzaron aproximadamente los 130 días, es decir, unos cuatro meses de edad (Peripoli *et al.* 2023: tab. 2).

Para realizar los enterramientos en *enchytrismós*, normalmente, se utilizaban ánforas comerciales de tradición fenicia (67%). El estado en que han sido documentados algunos de estos recipientes ha permitido reconstruir los pasos que se seguían para realizar este tipo de enterramientos: habitualmente se practicaba una fractura transversal en la boca o en la base del vaso, creando una apertura por la que se introducía el pequeño cadáver del difunto. Una vez alojado el cuerpo, la fractura era tapada con una losa o con los propios fragmentos del recipiente, siendo finalmente depositada el ánfora en el interior de una fosa poco profunda, generalmente, en posición horizontal (fig. 6.8, a-b). Respecto a la posición del ánfora puede considerarse una excepción la T.7, excavada por J. Whitaker, en la que el vaso fue colocado en posición vertical (fig. 6.8, c).

Si bien lo más habitual era albergar los cuerpos de los pequeños en ánforas comerciales, en una minoría de casos (33%) se usaron otro tipo de vasos. En relación con este aspecto, son interesantes las tumbas 231 y 242, en las que dos individuos, fallecidos en edad fetal, fueron inhumados de forma individual en ollas de cocina (fig. 6.8, d). Pese a que se puede pensar que la elección de estos recipientes pudo estar motivada por una cuestión funcional –los niños de menor tamaño habrían sido introducidos en vasos de menores dimensiones, como son las ollas– esta decisión también pudo estar imbuida de un fuerte simbolismo. De hecho, las ollas constituyen un tipo de recipiente estrechamente relacionado con la esfera doméstica y, de manera concreta, con la preparación de alimentos, siendo esta una actividad en la que las mujeres de las comunidades fenicias y púnicas tenían un fuerte protagonismo (entre otros, Delgado y Ferrer 2007a; Pla Orquín 2014-2015).

De este modo, si se considera que los individuos inhumados en estos vasos fallecieron en edad fetal, el uso de ollas de cocina para inhumarlos podría evidenciar, en primer lugar, el papel activo que tenían las mujeres de la casa en los rituales funerarios de los mortinatos y de los niños que fallecían muy temprano, como consecuencia de abortos y/o partos prematuros. Asimismo, la elección de estos recipientes también podría materializar la percepción social de su edad: posiblemente, las criaturas fallecidas en edad fetal no habrían gozado de una identidad

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.48 1971	<i>Fanciullo</i>	IE	Ánf. com.pún. T-3.1.1.2.	-	-	-	f. VIII- m. VII	Tusa 1973; Orsingher 2018c
2	T.148 1972-74	<i>Fanciullo</i>	IE	Ánf. com.pún. T-3.1.1.2.	-	-	-	f. VIII- m. VII	Tusa 1978; Ramon 1995b; Orsingher 2018c
3	T.154 1972-74	<i>Infantile</i>	IE	Ánf. com.pún. T-3.1.1.2.	-	-	-	f. VIII- m. VII	Tusa 1978; Ramon 1995b; Orsingher 2018c
4	T.159 1972-74	<i>Infantile</i>	IE	Ánf. com.pún. T-3.1.1.2.	-	-	-	f. VIII- m. VII	Tusa 1978; Ramon 1995b; Orsingher 2018c
5	T.231 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	Olla	-	?	?	f. VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
6	T.242 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	Olla	-	?	?	f.VIII- VII	Lauria <i>et al.</i> 2017
7	T.152 1972-74	Probable	IE	Ánf. com.pún. T-3.1.1.2.	?	?	?	f. VIII- m. VII	Tusa 1978; Ramon 1995b; Orsingher 2018c
8	T.230 Sector Orient. 2013-15	Inf. I (0-6a)	IE	Doli . indíg.	-	-	-	s.m. VII	Lauria <i>et al.</i> 2017; Sconzo 2020
		Ad.	CS	Jarra	Copa Olla	Pendiente Anillo Colgante cc	-		
9	T.268 2017	18d M	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023
10	T.275 2017	87d M	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023
		41d F							
11	T.278 2017	28d M	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023
12	T.284 2017	14d F	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023
13	T.288 2017	130d F	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023
14	T.300 2017	5d M	IE	?	?	?	?	VII-VI	Peripoli <i>et al.</i> 2023

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
15	T.7 1907	<i>An infant</i>	IE	Ánf. com.pún. T-1.1.1.1	2 Ungüent. Jarra trilobulada Vaso con Tap. Cuenco Copa		Estela	f. VII-p. VI	Whitaker 1921; Orsingher 2018c
16	T.229 2013-15 Torre B8	<i>Infans</i>	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Fetal							
17	T.232 2013-15 Torre B8	<i>Infans</i>	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Fetal							
18	T.233 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
19	T.236 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
20	T.237 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
21	T.238 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	-	Estela	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Perinatal							
22	T.239 2013-15 Torre B8	<i>Infans</i>	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Fetal							
23	T.241 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
24	T.246 2013-15 Torre B8	Fetal	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
25	T.248 2013-15 Torre B8	<i>Infans</i>	IE	?	-	?	?	p.m. VI	Lauria <i>et al.</i> 2017
		Fetal							

 Tab. 6.2 (viene de página anterior). Mozia. Tumbas en *enchytrismo* (finales del s. VIII-primer mitad del VI a.C.).

individual, sino que pudieron ser percibidos como seres cuya existencia todavía estaba ligada a la de sus casas y, específicamente, a la de sus madres, siendo esta una de

las razones por las que en su inhumación se utilizarían vasos domésticos de uso diario y estrechamente relacionados con el ámbito femenino.

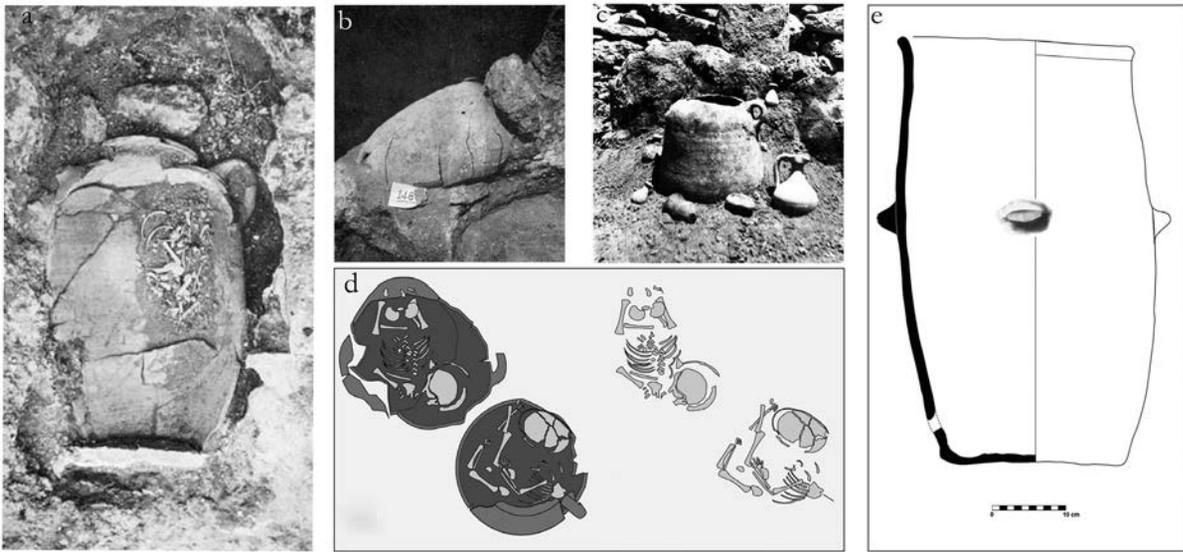


Fig. 6.8. Mozia. *Enchytrismoi*. a) T.48 en ánfora de transporte fenicia (Tusa 1973: tav. XX, 1); b) T.148 en ánfora de transporte fenicia (Tusa 1978: tav. XLIV.2); c) T.7, en ánfora de transporte fenicia colocada en posición vertical (Whitaker 1921: fig. 34); d) TT.231 y 242, en ollas (Lauria *et al.* 2018a: fig. 6); e) T.230 en *dolium* indígena (Sconzo 2020: fig. 3).

Aparte de ánforas comerciales fenicias y ollas, para inhumar a los infantiles también se utilizaban otro tipo de recipientes, cuyo uso puede aportar cierta información sobre la identidad cultural de los pequeños o, al menos, de los miembros de su familia. En este sentido, es especialmente significativa la T. 230. Se trata de una sepultura en la que se practicó un doble rito: en el interior de la misma fosa, fueron depositados un *enchytrismós* de un niño o niña que falleció antes de alcanzar los seis años de vida y una cremación perteneciente a un adulto, cuyos restos fueron albergados en el interior de una jarra. El individuo infantil fue inhumado en un *dolium* indígena (fig. 6.8, e) (Sconzo 2020: 1096), lo que permite sugerir que, en esta ocasión, la elección de este vaso para inhumar al pequeño/a pudo estar motivada por la voluntad de sus progenitores y familiares de resaltar o, simplemente, marcar la ascendencia local del niño/a.

Si bien la información publicada hasta el momento ha permitido observar que en la *necropoli arcaica* se utilizaban diferentes vasos para inhumar los cuerpos de los pequeños, la documentación relativa a los diferentes objetos que los acompañaron es mucho más escueta. Pese a estas limitaciones, las tumbas que se han editado de forma íntegra –TT. 7, 48, 148, 154, 159 y T.230– parecen indicar que no era habitual que los infantiles inhumados según el rito del *enchytrismós* fueran acompañados por recipientes cerámicos. En este sentido, es excepcional la

T.7, la única sepultura en la que se han documentado algunos vasos que pueden relacionarse con el cuidado del cuerpo –dos ungüentarios– y otra serie de recipientes que pudieron estar vinculados a la ofrenda de comida y bebidas y a la realización de libaciones durante el funeral –una jarra trilobulada, un cuenco y una copa– (fig. 6.8, c) (Whitaker 1921: 252-253).

En relación con la distribución espacial de las sepulturas en *enchytrismoi* se puede observar que, entre finales del s. VIII a.C. y mediados del s. VII a.C., este tipo de tumbas –TT. 48, 148, 152, 154 y 159– se concentraron en el sector meridional de la *necropoli arcaica* (fig. 6.6, c). Asimismo, es interesante señalar que, durante las campañas desarrolladas desde 2013 hasta la actualidad, se ha documentado la existencia de un sector, principalmente, reservado al enterramiento de niños y niñas inhumados en ánforas, que fue utilizado a partir del s. VII a.C. y, sobre todo, durante el VI a.C. En este espacio, localizado en el interior de la Torre B8, fueron inhumados, al menos, 48 individuos no-adultos, que fallecieron entre la edad fetal y/o perinatal y el período infantil (figs. 6.6, c; 6.9, a y b). En el interior de los recipientes cerámicos los pequeños fueron enterrados tanto de forma individual –TT. 231, 242, 233, 236, 237, 241 y 246– como en *enchytrismoi* dobles en los que, normalmente, se dio la asociación de un individuo que falleció en edad fetal con otro de mayor edad –TT. 229, 232, 238, 239 y

Fig. 6.9. Mozia. Sector *enchytrismo* en el interior de la Torre B8. a-b) Agrupación de ánforas (Sconzo 2020: fig. 4, a-b); c) T.238 con una doble inhumación de un individuo fetal y otro perinatal. Fue marcada con una estela (Lauria *et al.* 2017: fig. 4).



248– (Lauria *et al.* 2017: tab. 1). Si bien los resultados preliminares publicados en relación con este sector señalan que las criaturas nunca eran acompañadas por vasos cerámicos, parece que sus cuerpos sí fueron adornados con *piccoli ornamenti personali e amuleti in pasta vitrea e osso* (Sconzo 2020: 1098).

Asimismo, parece ser que en esta área de enterramiento infantil las tumbas estaban señaladas mediante agrupaciones de piedras y/o cantos rodados, pequeños cipos y estelas, lo que sugiere la voluntad de hacer visible este espacio funerario. Este es el caso, por ejemplo, de la T. 238 en la que, por encima del ánfora comercial, en cuyo interior fueron inhumados un feto y un perinatal, fue erigida una estela (fig. 6.9, c). En este sector también se ha documentado la presencia de *qualche incensiere o altarino ben lavorato*, que también podría atestiguar que a las niñas y niños aquí inhumados se les debieron hacer diversos tipos de ofrendas y actos de conmemoración, incluso un tiempo después de ser enterrados (Sconzo 2020: 1098).

Dentro de esta área funeraria especializada, junto a los enterramientos en *enchytrismo*, también fue ubicada la sepultura de una mujer que murió durante el embarazo o durante el desarrollo del parto. Se trata de la T.277, una fosa en la que fue inhumado un individuo adulto femenino en posición decúbito supino, sobre cuya pelvis se documentaron los restos óseos pertenecientes a un feto

(tab. 6.3; fig. 6.10, a). Junto a los pies de la mujer fueron colocadas una botella cilíndrica de tipo púnico, que pudo contener los ungüentos destinados a purificar el cuerpo de la difunta, y un *olpe* de barniz negro que pudo servir para realizar una libación durante el desarrollo del funeral (Sconzo 2020: 1098-1099). La presencia de esta tumba podría indicar que esta zona de la necrópolis no sólo estaba reservada al enterramiento de criaturas y niños/as en el interior de vasos cerámicos, sino también a las sepulturas de mujeres que fallecían en circunstancias o momentos especiales, como pueden ser el embarazo y el parto. Estas restricciones espaciales asociadas a mujeres que morían en un avanzado estado de gestación, siendo enterradas en áreas funerarias destinadas casi exclusivamente a individuos infantiles y otras mujeres adultas, también se dieron en el Levante, como refleja la tumba L4-102 del cementerio fenicio de Achziv (Israel), y en otros enclaves fenicios del Mediterráneo central, como se verá en el caso de Monte Sirai en el capítulo de Cerdeña (Guirguis *et al.* 2018: 213; Delgado y Rivera-Hernández 2018).

Aparte de la T.277, en esta zona de la necrópolis se ha documentado otra inhumación en fosa que pudo pertenecer a un individuo infantil. Se trata de la T. 47 en la que, a pesar de no conservarse el cuerpo del difunto, las pequeñas dimensiones de la sepultura (1,30 x 0,40 x 0,30 m) han llevado a hipotetizar que esta *apparteneva verosimilmente ad un bambino* (fig. 6.10, b) (Tusa 1973: 37).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep.	Vasos	Joyas/amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T. 47 1971	Probable	IF	-	-	-	f. VII	Tusa 1973
2	T. 277 2017	Fetal	IF	-	-	-	f. VI	Sconzo 2020
		Ad. F		<i>Olpe</i> Jarra b. seta				

Tab. 6.3. Mozia. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (ss. VII-VI a.C.).

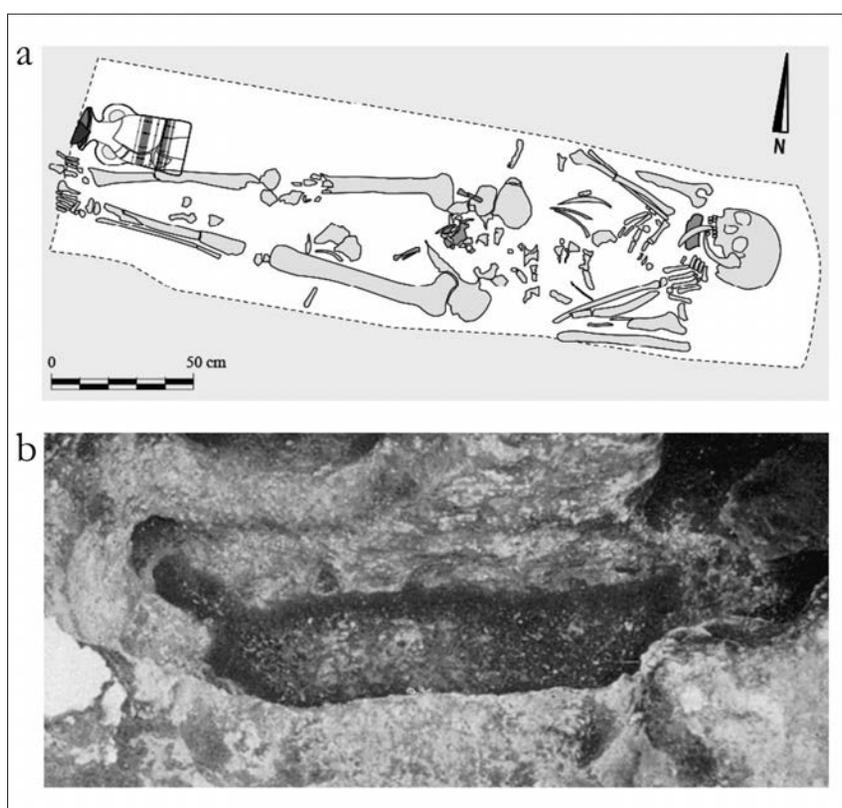


Fig. 6.10. Mozia. Inhumaciones en fosas. a) T.277, mujer adulta. Sobre su pelvis se documentaron los restos óseos pertenecientes a un feto (Sconzo 2020: fig. 5, c); b) T.47, probable inhumación en fosa de un individuo infantil (Tusa 1973: tav. XXI, 2).

c) Las inhumaciones: *enchytrismoi* y fosas (s. IV a.C.)

Aunque hasta el momento no se ha documentado ninguna sepultura en Mozia datable en el s. V a.C., durante los trabajos arqueológicos desarrollados en el s. XX se excavaron tres enterramientos infantiles, que permiten conocer el tratamiento funerario que recibieron los pequeños durante el s. IV a.C. (tabs. 6.4-6.5). Entre estos destaca un *enchytrismós* –MM79/89– que demuestra que la costumbre de inhumar a los individuos de corta edad en recipientes cerámicos, muy común durante el período arcaico, en este sitio también se practicó durante el s. IV a.C.

Esta sepultura fue colocada al norte de la Torre 5, en una zona próxima al área donde se documentaron algunos sarcófagos de inhumación (Ciasca 1980: 247). De este modo, la ubicación de la tumba parece mostrar que en el momento en que se dio la expansión del cementerio los *enchytrismoi*, que en la fase anterior habían sido agrupados en la zona meridional reservada a los niños, pasaron a ser ubicados en otros espacios que se vieron afectados por la ampliación del área funeraria (fig. 6.6, c; 6.11, a). En esta tumba, realizada en el interior de un ánfora de transporte púnica, fue inhumado un niño o niña que

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ Amuletos	Crono.	Bibliog.
1	MM79/89 1979	8m±2	IE	Ánf. com.pún. T-7.1.2.1.	Cuenco	-	IV	Ciasca 1980; Ramon 1995b; Becker 2014

Tab. 6.4. Mozia. Tumbas en *enchytrismoi* (s. IV a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Ritual T.sep	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
1	T.1 1961-65	Young person	IF	-	-	-	IV	Isserlin y Du Plat Taylor 1974
2	T.2 1961-65	Young person	IF	Frag. anfóricos	-	-	IV	Isserlin y Du Plat Taylor 1974

Tab. 6.5. Mozia. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (s. IV a.C.).

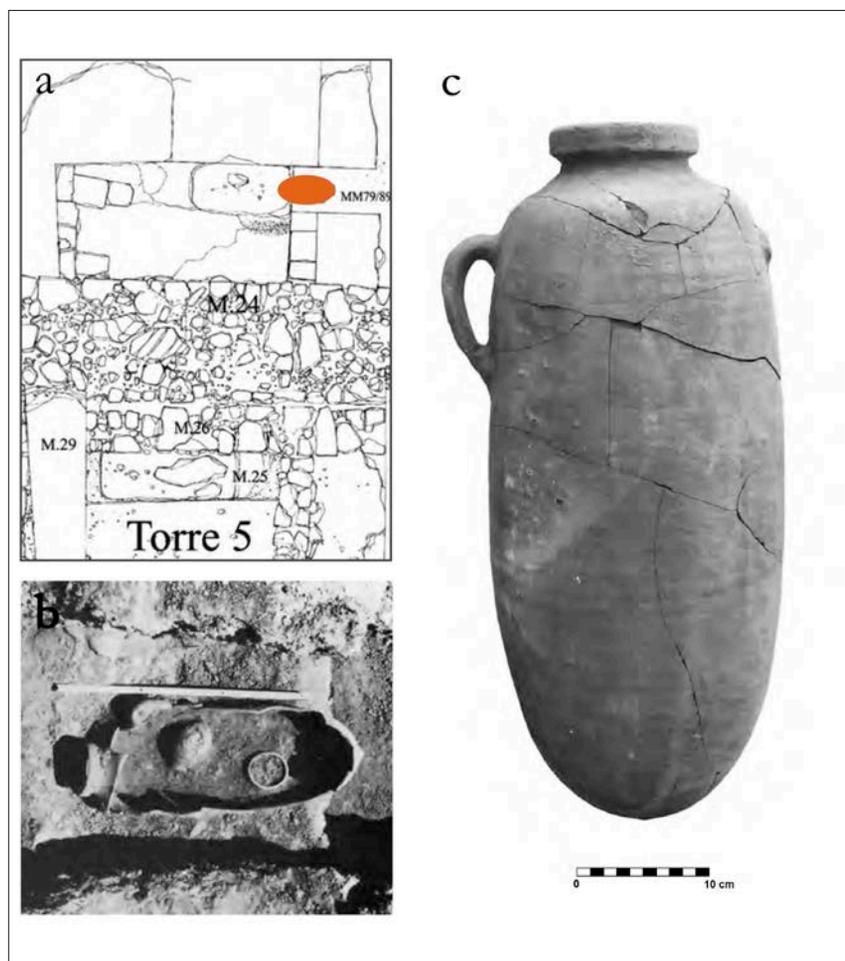


Fig. 6.11. Mozia. *Enchytrismós* MM79/89. a) Ubicación de la sepultura al norte de la Torre 5; b) Detalle de la sepultura con el cuenco ubicado junto al cuerpo del individuo infantil; c) Ánfora de transporte púnica utilizada para realizar la inhumación (Ciasca 1980: fig. 5; lám. LXXXV, 2).

falleció con una edad estimada de 8 ± 2 meses (fig. 6.11, c) (Becker 2014: 20) y fue acompañado por un cuenco, que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas al difunto (fig. 6.11, b) (Ciasca 1980: 247).

Otros casos que reflejan que las tumbas infantiles se ubicaron en distintas zonas cuando se dio la expansión del área funeraria en torno al perímetro de la isla, son las TT. 1 y 2, ambas localizadas en los estratos de abandono del Santuario Oriental (fig. 6.6, a-b). En estas sepulturas, que estratigráficamente podrían datarse en un momento posterior a inicios del s.IV a.C., fueron inhumados los cuerpos de dos individuos jóvenes en fosas excavadas a muy poca profundidad en el terreno (Isserlin y Du Plat Taylor 1974: 64).

De estas tumbas cabe destacar que en la T.2 fue colocada la parte superior de un ánfora de tipo púnico sobre el cráneo del pequeño/a inhumado (fig. 6.6, b). Si bien la información relativa a esta sepultura es muy escueta, la documentación gráfica disponible permite apreciar la posición sobreelevada del recipiente respecto al cuerpo del pequeño/a. La peculiar situación del vaso, que seguramente sobresalía respecto al nivel del suelo, consiente plantear que el fragmento anfórico pudo funcionar como marcador de la sepultura. De hecho, la práctica de usar este tipo de vasos para señalar las tumbas de los individuos infantiles se dio en otras necrópolis analizadas en este trabajo, como muestra la T.321 de Monte Sirai en la que fue colocada un ánfora en posición vertical en una tumba de un niño/a que falleció en torno a los ocho años de edad. En este caso, se ha interpretado que el recipiente pudo servir como marcador de la tumba del pequeño/a, pudiendo a su vez ser utilizado para realizar libaciones al difunto en momentos sucesivos a su funeral (Murgia y Pla Orquín 2014: 47).

El escaso número de tumbas infantiles documentadas para este período pone de manifiesto que durante el s. IV a.C., las niñas y los niños fueron enterrados en diferentes sectores del islote, probablemente, como consecuencia de la ampliación del área funeraria. Pese al uso de nuevos espacios, es interesante señalar que los pequeños continuaron siendo enterrados en ánforas comerciales y fosas excavadas en el terreno, tipos de tumbas que ya eran utilizadas durante el período anterior. Por el contrario, no se ha documentado ningún enterramiento infantil en el interior de sarcófagos líticos, tipo de sepultura que en este centro sí fue utilizada para inhumar a los adultos y, como se verá en el siguiente apartado, parece que también para enterrar a algunos infantiles en el vecino cementerio de Birgi.

6.2.2. BIRGI

La necrópolis de Birgi sirvió como área funeraria a un asentamiento ubicado en la costa septentrional de *lo Stagnone* de Marsala. En la actualidad, se desconoce el enclave al que perteneció este cementerio, no obstante, parece que su existencia pudo estar estrechamente relacionada con Mozia, centro al que estuvo unido, a partir de mediados del s. VI a.C., por una vía que cruzaba la laguna (fig. 6.12).

Si bien inicialmente se pensó que Birgi se correspondía con una fundación tardía (Whitaker 1921), las últimas investigaciones arqueológicas realizadas en esta necrópolis han demostrado que ya era utilizada hacia finales del s. VIII a.C. (Famà y Toti 2019: 396), funcionando de forma simultánea a Mozia. Esta situación ha llevado a plantear que ambos eran asentamientos paralelos establecidos según el modelo de doble ciudad (Griffo 2018: 23; Famà y Toti 2019: 405), una configuración topográfica documentada tanto en la costa sirio-palestina –por ejemplo, en Tiro– como en algunos enclaves diaspóricos del occidente fenicio, como Tharros en Cerdeña (Guirguis 2010: 41).

El territorio donde se estableció el cementerio de Birgi está dominado por una llanura dulcemente ondulada, caracterizada por la buena calidad de sus tierras. Esto motivó que, ya en el s. XIX, se llevara a cabo la parcelación del terreno con la finalidad de destinarlo a la explotación agrícola, lo que supuso que, con los primeros trabajos de aradura y división de los campos, comenzará la destrucción y expoliación del cementerio (Griffo 1997: 913-914; 2009: 273). Los primeros trabajos arqueológicos realizados en el área funeraria se dieron en 1872, cuando el entonces director de la *Antichità de Sicilia* – Francesco Saverio Cavallari– intervino en el yacimiento con la voluntad de poner fin a las actividades clandestinas (Whitaker 1921: 232-233).

A pesar del conocimiento sobre la existencia del cementerio, las primeras excavaciones sistemáticas no se dieron hasta comienzos del siglo XX. Estas fueron impulsadas por iniciativa de Joseph Whitaker y dirigidas por Antonio Salinas con la colaboración de Biaggio Pace (Whitaker 1921: 232-233). Durante estas campañas –1907-1908 y 1913– se excavaron tres sectores de la necrópolis, todavía no expoliados, donde se sacaron a la luz numerosas sepulturas de inhumación realizadas dentro de sarcófagos líticos. Precisamente, fue el hallazgo de estas tumbas, en una época en la que en Mozia se

en que el ritual y el tipo de sepulturas utilizadas cambiaron, pudiéndose diferenciar tres fases de uso consecutivas y, más o menos, análogas a las establecidas en Mozia.

Las sepulturas de la primera etapa –finales del s. VIII-mediados del s. VI a.C.– se caracterizaron por ser todas de incineración secundaria. Si bien en Mozia durante este período los restos óseos fueron depositados en urnas de diversa naturaleza –vasos cerámicos, *cassette* y cistas líticas o, directamente, en las cavidades excavadas en el terreno–, en la necrópolis de Birgi los restos cremados siempre eran albergados en recipientes cerámicos –ánforas y ollas– y en cistas líticas (Famà y Toti 2019: 397-399).

Durante la segunda fase de uso del cementerio –primer cuarto/mediados del s. VI-s. V a.C.– el rito mayoritariamente utilizado fue el de la inhumación, realizada principalmente en sarcófagos, aunque se dio la pervivencia de la cremación secundaria de forma esporádica. Por último, en el tercer período de uso –comprendido entre el s. IV y mediados del s. III a.C.– continuó practicándose la inhumación, aunque es probable que se reintrodujera el uso la cremación secundaria, tal y como sucedió en la mayoría de necrópolis púnicas durante el período helenístico (Griffo 1997: 912-913; Famà y Toti 2019: 399-405).

Los difuntos en Birgi, generalmente, fueron acompañados por vasos cerámicos. Un rasgo muy llamativo de este cementerio es que no se aprecian diferencias cuantitativas entre los vasos de tradición fenicia y púnica, por un lado, y los de procedencia griega, por otro. De hecho, fue característica la presencia de ajuares mixtos, compuestos tanto por elementos griegos como fenicios representados prácticamente en la misma proporción. Dicha circunstancia, unida al hecho de que las tres inscripciones funerarias documentadas en la necrópolis fueron escritas en alfabeto griego arcaico, ha permitido plantear que en este centro se daba una coresidencia entre personas griegas y fenicias, que también tendría su reflejo en el uso del mismo espacio funerario (Famà y Toti 2019: 405).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El inicio de las primeras campañas de excavación en la necrópolis de Birgi a comienzos del s. XX, junto al estado preliminar de las publicaciones relativas a las excavaciones modernas, ha provocado la existencia de algunas carencias documentales que han dificultado la localización y el estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos. A esta situación, cabe añadir que no se dispone de planimetrías publicadas que permitan

analizar la ubicación de las sepulturas. Además, hasta el momento, sólo se ha publicado un informe antropológico sobre los restos óseos procedentes de un sector de la necrópolis –*Cantiere Aironi*– que estuvo destinado de forma exclusiva al enterramiento de ocho hombres adultos (Schimmenti 2018: 40-41). Aparte de este estudio antropológico, en la publicación preliminar de las campañas desarrolladas entre 1996 y 1999 sólo se hace referencia al perfil biológico de las personas enterradas en ocho sepulturas. De estas, cinco pertenecían a individuos adultos y tres a infantiles (Famà y Toti 2019).

a) Representatividad y distribución cronológica

A pesar de la parquedad de la documentación, los datos disponibles han permitido localizar en este trabajo tres sepulturas infantiles, en las que fueron inhumados tres niñas o niños que fallecieron con edades comprendidas entre los dos y los nueve años. A estas, hay que añadir otras dos que pudieron albergar los cuerpos de individuos inmaduros. Estas últimas se corresponden con sarcófagos –T.110 y T.118– que es posible que fueran utilizados para inhumar a personas de corta edad, tal y como parece indicar, en un caso, los objetos que formaron parte del ajuar y, en el otro, el exiguo tamaño de la sepultura. Teniendo en cuenta la información antropológica publicada sobre el cementerio de Birgi, se puede calcular que los individuos no-adultos supusieron, al menos, el 19% de los difuntos enterrados en la necrópolis. Sin embargo, hay que considerar que es muy probable que el porcentaje de sujetos inmaduros fuera mayor pues, aparte de las tres sepulturas que con seguridad pertenecieron a infantiles, se conoce la existencia de siete *enchytrismo*i más que, por el momento, permanecen inéditos (Famà y Toti 2019: 404).

Por lo que respecta al tratamiento funerario que recibieron los individuos no-adultos en Birgi, los datos publicados sobre las cremaciones secundarias de época arcaica no han permitido localizar ningún sujeto inmaduro que siguiera este ritual. Sin embargo, es muy probable que dicha circunstancia sea, de nuevo, consecuencia del estado de las publicaciones, ya que estas solo hacen referencia a ocho sepulturas de cremación, de las que se especifica que cuatro pertenecieron a personas adultas, mientras que de las restantes no se aporta información sobre la edad de los individuos (Famà y Toti 2019: 397-399). De este modo, las tumbas infantiles publicadas, hasta el momento, solamente permiten conocer el tratamiento funerario que recibieron los pequeños a partir de

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.110 2006	Probable	IS	Ungüent. (Aryb.) Ungüent. vítreo	Anillo Br	Punta lanza	p.c. VI	Griffo 2018
2	T.118 1996-99	Probable	IS	Copita biansada <i>Olpe</i> peq.dim. Recip.peq.dim.	<i>O.udjat</i>	2 prótomos femen.miniat.	i.V	Famà y Toti 2019

Tab. 6.6. Birgi. Probables enterramientos en sarcófagos de individuos no-adultos (primer cuarto del s. VI-V a.C.).

la segunda fase de uso del cementerio, período en el que el rito predominantemente utilizado fue el de la inhumación. Como se verá a continuación, este ritual también fue el seguido para tratar el cuerpo de las niñas y niños que fallecieron durante esta época.

b) Las sepulturas de inhumación (primer cuarto del s. VI-primer mitad del s. IV a.C.)

Entre el primer cuarto del s. VI y mediados del s. IV a.C., las niñas y niños que morían en Birgi eran inhumados en el cementerio comunitario, probablemente, en sarcófagos líticos y, seguramente, en el interior de vasos cerámicos según la tipología del *enchytrismós*.

b.1. Los sarcófagos

En Birgi se han documentado dos sarcófagos en los que pudieron ser inhumados individuos infantiles (tab. 6.6). El primero –T.110–, datado en el primer cuarto del s. VI a.C., constituye un sarcófago lítico cuyas exiguas dimensiones –1,2 x 0,5 m– (Griffo 2018: 33) parecen indicar que sólo pudo contener el cuerpo de un sujeto de pequeña talla. La probabilidad de que esta tumba pudiera albergar un individuo que falleció a temprana edad aumenta si se tiene en cuenta que, en otras necrópolis púnicas sicilianas como Palermo, el uso de sarcófagos era muy habitual para enterrar a las niñas y niños. Generalmente, los sarcófagos destinados a inhumar a los más pequeños en la necrópolis palermitana se caracterizaron por presentar unas dimensiones que varían entre 0,95 y 1,65 m de longitud y 0,35 x 0,67 m de anchura (véase § 6.2.3).

Entre los objetos hallados en el interior del sarcófago destaca la presencia de un unguentario de pasta vítrea fragmentado y de un *aryballos*. Ambos vasos pudieron contener los aceites y/o unguentos para ungir el cuerpo del difunto antes de su entierro. En la misma sepultura también fue depositada una punta de lanza (fig. 6.13, a). La presencia de este tipo de arma fue habitual en otras

necrópolis sicilianas, como Palermo, donde los análisis antropológicos han revelado que solían acompañar a hombres adultos (Spatafora 2016). Así, la presencia de este objeto podría sugerir la masculinidad del pequeño difunto. En relación con este aspecto, también es relevante notar que esta probable sepultura infantil fue ubicada en un sector del cementerio –*Cantiere Aironi*– que aparentemente albergó exclusivamente las tumbas de hombres adultos (Schimmenti 2018). Esto podría materializar la voluntad de remarcar la asociación del niño aquí enterrado con algunos hombres de la comunidad. Todo ello podría indicar que el pequeño, posiblemente inhumado en esta sepultura, pudo fallecer en un momento de su vida en que ya era reconocido socialmente como un miembro masculino de la comunidad, como lo sugieren la presencia de la punta de lanza y, especialmente, la ubicación de su sepulcro.

El segundo sarcófago que pudo estar destinado a contener el cuerpo de un individuo infantil se corresponde con la T.118. Aunque en su interior no se hallaron los restos del cadáver, los diferentes objetos que constituyeron el ajuar han llevado a interpretar la sepultura como perteneciente a *un individuo giovane di sesso femminile* (Famà y Toti 2019: 404). En el interior del sarcófago fueron colocados dos prótomos femeninos miniaturizados, una copita biansada, un *olpe*, un recipiente de pequeñas dimensiones y un amuleto con representación de un ojo *udjat*, que permiten datar el conjunto a inicios del s. V a.C. (fig. 6.13, b) (Famà y Toti 2019: 404). Pese a la ausencia de restos óseos en este sarcófago, hay que remarcar que los objetos en él documentados fueron más o menos comunes en otras sepulturas infantiles estudiadas en este trabajo, lo que podría aumentar la probabilidad de que la T.118 pudiera pertenecer a un niño o niña. Por ejemplo, en un enterramiento infantil realizado en el Hipogeo 7 del carrer Lleó 10-12 de la necrópolis ibicenca



Fig. 6.13. Birgi. Ajuares de las probables sepulturas infantiles en sarcófagos. a) Punta de lanza y *aryballos* de la T.110 (Griffo 2018: fig. 16, 6-7); b) Copita biansada, *olpe*, recipiente miniaturizado, prótomos femeninos y ojo *udjat* de la T. 118 (Famà y Toti 2019: figs. 18-20).

del Puig des Molins fue colocado un prótono femenino similar a los de la T.118 (Gómez Bellard *et al.* 1990: 85-87). Asimismo, los amuletos *udjat* constituyeron uno de los objetos de carácter apotropaico más comúnmente utilizados para proteger a los más pequeños en ámbito fenicio y púnico, tal y como muestra su presencia en otras sepulturas infantiles procedentes de diversos cementerios tanto de Sicilia como de Cerdeña e Ibiza. Por último, cabe señalar que los recipientes miniaturizados o de pequeñas dimensiones también fueron relativamente comunes en algunas tumbas infantiles de ciertas necrópolis, como la palermitana.

b.2. Los *enchytrismoï*

Aparte de estas probables inhumaciones infantiles en sarcófago, en la necrópolis de Birgi se han localizado, al menos, diez sepulturas en *enchytrismoï* de las que sólo se han publicado tres: TT. 27b, 51 y 100 (tab. 6.7) (Famà y Toti 2019: 403-405). Los datos disponibles parecen reflejar que en este centro este tipo de tumba era utilizada para inhumar a los individuos infantiles que fallecían entre los dos y los siete años de edad, tal y como reflejan la T. 27b en la que fue enterrado un niño o niña que murió entre los dos y los cuatro años y la T. 51 donde fue inhumado un individuo infantil que falleció con mayor edad, entre los cinco y los siete años (Famà y Toti 2019: 404-405).

Aun cuando la escasez de datos impide realizar afirmaciones certeras, es probable que este tipo de tumba fuera mucho más habitual en este cementerio, tal y como refleja la presencia de numerosas ánforas púnicas, datadas en el s. V a.C., que fueron localizadas junto a sarcófagos en los que también se practicó el ritual de la inhumación. Si bien en un principio estas ánforas fueron interpretadas como cinerarias (Falsone 1987: 51), su ubicación próxima a los sarcófagos en una fase de la necrópolis en la que el ritual predominantemente utilizado era el de la inhumación, también permite pensar que estas podían contener los pequeños cuerpos de niños y niñas inhumados en su interior.

Al contrario de lo observado en Mozia, donde la costumbre de inhumar a los miembros más pequeños de la comunidad en el interior de vasos cerámicos se dio desde finales del s. VIII a.C., los datos disponibles para el cementerio de Birgi parecen reflejar que, en este centro, esta práctica no se instauró hasta finales del s. VI a.C. (Famà y Toti 2019: 404). Como se verá en este capítulo y en los dedicados al estudio de las tumbas de los individuos no-adultos de Cerdeña e Ibiza, esta cronología es más próxima a la observada en otros cementerios púnicos, donde esta forma de enterramiento se generalizó, sobre todo, durante el s. V a.C.

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.51 1996-99	5-7a	IE	Ánf.com.pún.	<i>Lekyth.</i> <i>Botellita</i> <i>Kylix bn</i> <i>Olpe</i> peq.dim.	-	-	V	Famà y Toti 2019
2	T.27B 1996-99	2-4a	IE	Ánf.com.pún.	<i>Olpe</i>	2 cc Br 1 cc pv 1concha perf.	-	p.m. IV	Famà y Toti 2019
3	T.100 1996-99	?	IE	Ánf.com.pún.	Biberón	-	-	p.m. IV	Famà y Toti 2019
4	+7 Enchytrism. 1996-99	?	IE	?	?	?	?	?	Famà y Toti 2019

 Tab. 6.7. Birgi. Tumbas en *enchytrismo* (ss. V-IV a.C.).

Si bien en Mozia se utilizaban vasos de diferentes morfologías y procedencias para llevar a cabo este tipo de enterramientos, en Birgi siempre se usaban ánforas de tradición púnica, en las que se practicaba un corte para poder introducir los pequeños cadáveres en su interior. No obstante, una peculiaridad observada en este cementerio que también se daba en otros, como Lilibeo y el Puig des Molins, es que en algunos casos, en lugar de introducir los cuerpos de las niñas y niños en el interior del recipiente, estos eran cubiertos con los fragmentos anfóricos (Famà y Toti 2019: 404).

Algunos infantiles enterrados según esta práctica eran acompañados por un rico ajuar, tal y como revela el caso de la T.51 donde un niño/a, con una edad comprendida entre los cinco y los siete años, fue inhumado junto a un *lekythos arybalistico* en el interior del ánfora. Aparte de este pequeño ungüentario, que pudo contener los aceites destinados a la unción del cuerpo, en el exterior del ánfora también fueron depositados dos vasos vinculados al consumo del vino –una *kylix* de barniz negro y un *olpe* de pequeñas dimensiones– junto a una botellita (Famà y Toti 2019: 404-405).

Frente a esta sepultura, caracterizada por presentar vasos de tradición griega, destaca otro *enchytrismo* –T.100–, datado en el s. IV a.C., que presentaba como único elemento de ajuar un vaso-biberón fabricado a mano (fig. 6.14, a) (Famà y Toti 2019: 405). La manufactura de este vaso, caracterizado por estar fabricado con arcilla poco depurada y por presentar paredes con grosores muy irregulares, podría apuntar a una producción de


 Fig. 6.14. Birgi. Ajuares de los *enchytrismo*. a) Vasito biberón de la T.100; b) *Olpe*, cuenta de collar, concha perforada y anillos de bronce de la T. 27b (a partir de Famà y Toti 2019: figs. 21-22).

la pieza en ámbito doméstico, donde pudo ser fabricado por las mujeres de la casa u otros miembros del grupo familiar.

Aparte de ser acompañados por vasos cerámicos, los cuerpos de los infantiles enterrados en este tipo de tumba, en ocasiones, eran adornados. Reflejo de ello es la T. 27b en la que el cuerpo de un niño o niña, que falleció con una edad comprendida entre los dos y los cuatro años, pudo ser ornamentado con un collar o brazaletes compuesto por una cuenta de collar oculada, una concha perforada y dos pequeñas cuentas en bronce. Aparte de estos elementos, junto al difunto/a, también fue colocado un *olpe* de pequeñas dimensiones, que pudo contener una ofrenda de bebida destinada al pequeño/a o ser utilizado para realizar una libación durante el funeral (fig. 6.14, b).

6.2.3. PALERMO

La necrópolis de Palermo fue utilizada desde la fundación de este centro —a finales del s. VII a.C.— hasta mediados del s. III a.C., cuando se produjo la conquista de la ciudad por parte del ejército romano (Spatafora 2012b: 67). El cementerio fue ubicado al oeste del hábitat, del que distaba unos 400 m, en una zona geológicamente caracterizada por presentar un banco profundo de calcarenita, idóneo para la excavación de las sepulturas. El núcleo donde se concentraron las tumbas más antiguas fue colocado en la parte central del área funeraria, desde donde se dio una expansión concéntrica de la necrópolis que, a inicios del s. III a.C., llegó a tocar prácticamente las murallas del centro urbano (fig. 6.15) (Spatafora 2010b: 33-34).

El cementerio de época fenicia y púnica se encuentra bajo la ciudad actual. Esta situación ha provocado, en primer lugar, que una multitud de tumbas hayan sido dañadas e incluso saqueadas y, en segundo lugar, que la mayor parte de la documentación arqueológica proceda de hallazgos casuales y excavaciones de urgencia, cuyos resultados en muchas ocasiones continúan parcialmente inéditos. Además, esta ubicación de la necrópolis bajo la actual Palermo también determinó el temprano descubrimiento del área funeraria, que se dio en 1746 con motivo de unas obras realizadas en el *Reale Albergo dei Poveri* (Tamburello 1968a: 302; 1998a: 108).

Desde mediados del s. XVIII hasta mediados del s. XX, se llevaron a cabo varios hallazgos fortuitos de los que tan sólo nos han llegado algunas noticias. Estos fueron efectuados con motivo de la realización de diferentes obras urbanas que afectaron a diversos sectores de la necrópolis (Tamburello 1968a: 302; 1998a: 108-109). Realmente, no fue hasta 1953-54 cuando se dio, por primera vez, la excavación de un amplio sector del cementerio en el que se documentaron y excavaron más de 375 sepulturas (Tamburello 1966b: 235). El éxito obtenido en esta campaña tuvo como consecuencia el inicio de una nueva etapa de las investigaciones en el área funeraria, que llevó a la realización de un ciclo de excavaciones bajo la dirección de la *Soprintendenza alle Antichità di Palermo*, que se desarrolló desde 1953 hasta 1975. Pese a que los resultados obtenidos en estos trabajos continúan parcialmente inéditos, tuvieron una gran relevancia pues permitieron definir la extensión de la necrópolis, así como realizar una serie de observaciones generales

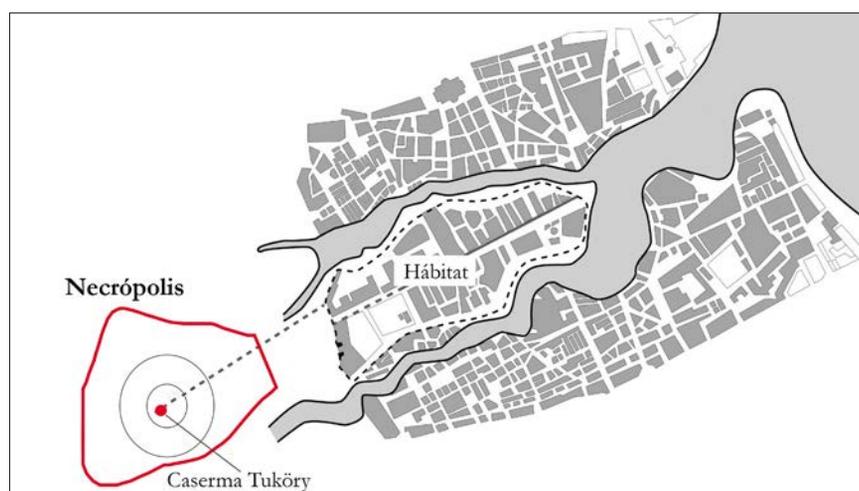


Fig. 6.15. Palermo. Planimetría indicando la ubicación del cementerio (a partir de Spatafora 2010b: fig. 4; Ferrer 2021: fig. 3).

sobre los rituales, los tipos de tumbas utilizados y los elementos de ajuar más representativos (Tamburello 1966a; 1967; 1968b; 1968c; 1968-1969; 1969a; 1969b; 1986; 1998a: 109-118; 1998b: 119-126).

Si bien estas investigaciones consintieron conocer las características globales del cementerio, no incluyeron la realización de análisis antropológicos. A pesar de ello, en algunas publicaciones se hace referencia a la edad de los difuntos de manera general, utilizando los términos *bambino* o *adulto* (Tamburello 1998a; 1998b). En cuanto a los estudios antropológicos, es importante destacar que el panorama en la necrópolis de Palermo experimentó una mejora sustancial entre finales del siglo XX y principios del siglo XXI. Durante este período, se realizaron excavaciones en el sector de Vivai Gitto en 1980 (Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998) y en el de la Caserma Tuköry, desde 1989 hasta 2009 (Di Stefano 2009; Spatafora 2010a; 2010b; 2014b), áreas en las que se implementaron análisis sistemáticos de los restos humanos (Di Salvo 1998; 2009; 2010; Spatafora *et al.* 2019). En este último sector de la necrópolis, excavado bajo la dirección científica de Carmela Angela Di Stefano y Francesca Spatafora, se han documentados 155 sepulturas, constituyendo hasta el momento la zona mejor conocida del cementerio (Di Stefano 2009; Spatafora 2010a; 2010b; 2014b; Spatafora *et al.* 2019). De hecho, la información que ha aportado ha permitido reconstruir las costumbres funerarias de los habitantes de Palermo desde la fundación de la ciudad hasta la conquista romana.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

A diferencia de lo que ocurrió en otras necrópolis sicilianas, como Mozia y Birgi, en las que el ritual utilizado durante el período arcaico fue el de la cremación secundaria, en el cementerio de Palermo, desde finales del s. VII y durante prácticamente todo el s. VI a.C., se usaron tanto el rito de la cremación en sus dos variables –primaria y secundaria– como el de la inhumación. Aunque se diera la convivencia de ambos rituales, la cremación primaria fue utilizada con mayor frecuencia, mientras que la cremación secundaria y la inhumación tan sólo han sido atestiguadas en algunos casos esporádicos. Como es habitual, desde mediados/finales del s. VI y durante la siguiente centuria se generalizó la práctica de la inhumación, volviéndose a utilizar durante los ss. IV y III a.C. el ritual de la cremación secundaria (Spatafora 2010a: 34-38; 2010b: 27).

a) La convivencia de la cremación y de la inhumación (finales s. VII-mediados/finales del s. VI a.C.)

Numéricamente, las tumbas del período arcaico son minoritarias respecto a las de épocas sucesivas, no obstante, las evidencias disponibles han permitido reconstruir las pautas funerarias que se daban en la necrópolis palermitana entre finales del s. VII y mediados o finales del s. VI a.C. Como ya se ha señalado, el ritual predominantemente utilizado fue el de la cremación primaria que, en Palermo, seguía un procedimiento análogo al que se daba en otros cementerios fenicios objeto de estudio en este trabajo, como Monte Sirai en Cerdeña. Las cremaciones, normalmente, eran realizadas en fosas de forma elíptica o cuadrangular, excavadas a poca profundidad en el terreno, cuyas paredes se recubrían con arcilla cruda de forma previa a la realización de la cremación. La pira funeraria se levantaba en el interior de la fosa y sobre esta era depositado el cuerpo del difunto, probablemente, envuelto en un sudario y colocado sobre un lecho de madera (Spatafora 2010a: 37; 2010b: 25; 2014b: 448).

Los análisis antropológicos realizados han demostrado que las piras solían alcanzar una temperatura entre los 600 y los 800°C. Además, el estado en que se han documentado algunos cadáveres cremados –que en ocasiones mantenían la conexión anatómica– junto a la presencia de tizones en torno a los cuerpos, parecen mostrar que el procedimiento común era apagar el fuego de forma brusca, probablemente, mediante el vertido de líquidos antes de que los huesos fueran consumidos del todo por las llamas (Spatafora *et al.* 2019: 95).

De forma sincrónica a la cremación primaria también era utilizado el ritual de la cremación secundaria, aunque aquí su uso fue minoritario durante el período arcaico. En este caso, los restos óseos recogidos de las piras eran depositados en urnas cerámicas, generalmente ollas, que después eran colocadas en cavidades o fosas excavadas en el terreno. Sin embargo, en una ocasión, también se ha documentado la deposición de los restos óseos directamente en el interior de un sarcófago, siendo probable que en este caso las cenizas del difunto/a originariamente estuvieran recogidas en un contenedor de naturaleza perecedera, que no se conservó hasta el momento de su excavación (Tamburello 1974: 158; fig. 1; Spatafora 2016: 190).

Aparte de ser cremados, algunos muertos de la comunidad panormitana fueron enterrados siguiendo el ritual de la inhumación, que también estuvo en uso desde que la necrópolis comenzó a utilizarse (Spatafora 2004: 196-199; 2010b: 25). Las sepulturas de inhumación fueron

ubicadas en una zona próxima a las de cremación primaria. Estas fueron realizadas en cámaras hipogeicas de pequeño tamaño, planta cuadrangular y techo plano, a las que se accedía a través de un corredor o *dromos* escalonado. Las cámaras funerarias estaban destinadas a la deposición de una única persona, cuyo cuerpo habitualmente era colocado en el interior de un sarcófago (Spatafora 2010a: 35; 2010b: 25). Además de ser inhumados en hipogeos, algunos individuos a los que se les aplicó el ritual de la inhumación eran enterrados en sarcófagos líticos que, normalmente, eran colocados en fosas poco profundas o, directamente, sobre el terreno de la necrópolis (Di Stefano 2009: 51-53).

Esta diversidad de rituales utilizados en el cementerio durante el período arcaico permite plantear que en Palermo convivían personas fenicias, probablemente procedentes de otros centros sicilianos, tal y como muestra la utilización de la cremación secundaria, junto a gentes provenientes de otras comunidades fenicias occidentales. Reflejo de ello sería el uso del ritual de la inhumación en hipogeos que, durante el período fenicio, era principalmente utilizado en Cartago, así como la utilización de la cremación primaria, rito usado frecuentemente en algunas necrópolis fenicias de Cerdeña (Spatafora 2018b: 372).

b) La generalización de la inhumación (mediados/finales del s. VI-s. V a.C.)

Si bien durante la primera fase de uso del cementerio se utilizaron tanto la cremación como la inhumación, desde mediados/finales del s. VI a.C. pero, sobre todo, durante el s. V a.C. se dio la generalización del rito de la inhumación. Para inhumar a los difuntos se mantuvo el uso de las cámaras hipogeicas y de los sarcófagos, dándose en muy pocos casos la utilización de fosas simples excavadas en el terreno de la necrópolis (Spatafora 2010b: 35).

Las cámaras hipogeicas construidas durante este período eran de mayor tamaño que las de época arcaica, ya que en esta fase estaban destinadas a la deposición de varias personas, posiblemente, pertenecientes a un mismo grupo familiar. No obstante, salvo el aumento del tamaño, siguen presentando las mismas características que en la etapa anterior: cámara cuadrangular o rectangular, acceso a través de un *dromos* escalonado y techo plano. Las inhumaciones en el interior de los hipogeos, normalmente, se realizaban en sarcófagos líticos, sin embargo, en algunos casos los enterramientos

también se hacían directamente sobre el suelo o en fosas excavadas en el propio pavimento de la cámara (Cameratta Scovazzo y Castellana 1998: 198; Spatafora 2010b: 35-36).

c) La reintroducción de la cremación (s. IV-mediados s. III a.C.)

Aunque durante el s. IV a.C. se siguió manteniendo el uso de la inhumación, en dicha centuria se dio una gran difusión de la cremación secundaria. Para la realización de este ritual que, como se ha visto, ya fue utilizado de forma esporádica durante el período arcaico, se siguieron las mismas pautas que en la fase precedente: los cuerpos eran quemados en piras y los restos óseos depositados en el interior de urnas cerámicas. Respecto al período arcaico, se observa una diferenciación en la forma de deposición de los cinerarios pues, aparte de ser colocados en pequeñas oquedades excavadas en el terreno, en la mayoría de ocasiones eran introducidos en los hipogeos familiares junto a las inhumaciones.

Independientemente del ritual utilizado, durante todas las fases de uso de la necrópolis, los materiales cerámicos colocados junto a los cadáveres en las sepulturas se caracterizan por estar, principalmente, relacionados con la esfera de la alimentación. Los ajuares suelen presentar entre tres y cinco vasos cerámicos conectados con el banquete. El servicio típico estaría compuesto por una olla, un plato, una jarra y una copa (Spatafora 2010a: 39; 2010b: 25; 2014b). Entre las ollas destacan los típicos vasos de tradición indígena *-pignatte-*, cuyo uso podría revelar la presencia de gente de ascendencia local en la ciudad.

Junto a estos vasos de tradición local, también se daba la presencia de ollas típicamente fenicias que presentan un asa y cuerpo globular y/o las características ollitas sin asas de cronología arcaica (Di Stefano 2009: 25). Las copas, normalmente, reproducían tipologías griegas relacionadas con el consumo del vino como los *kylikes*, los *skyphoi* y las copas *skyphoides*, aunque, en menor medida, también se utilizaban copas de tradición fenicia (Spatafora 2010a; 2010b; 2012b: 67; 2014b). A partir de mediados/finales del s. VI y, sobre todo, durante el s. V a.C., se advierte una prevalencia de los vasos de importación griega en los ajuares palermitanos. Esta circunstancia ha permitido plantear que en Palermo también podía habitar gente de ascendencia egea, probablemente, procedente de algunos centros griegos sicilianos (Tamburello 1966b: 238; Spatafora 2012b: 67).

Aparte de los vasos relacionados con los banquetes, en las tumbas palermitanas también se dio la presencia de otra serie de recipientes que aportan información sobre los cuidados ofrecidos a los cadáveres de forma previa al sepelio. Entre estos destacan las jarras y botellitas de boca de seta que, principalmente, se usaron durante el período arcaico y, como se ha señalado, son vasos que tradicionalmente se han asociado a la unción de los cuerpos (Bartoloni 2000: 68). Asimismo, durante este período, también fue común la presencia de ungüentarios de tradición griega, como los *aryballoi* y los *alabastra* (Spatafora 2010a: 39; 2010b: 26). Junto a estos elementos también fue habitual colocar algunos objetos estrechamente relacionados con los difuntos, como las joyas que suelen ser de tradición fenicia y las armas en hierro. Entre estas destacan los puñales y las puntas de lanza que acompañaron a algunos hombres en sus sepulturas, pudiendo constituir un indicador del elevado estatus social de los difuntos (Spatafora 2010a: 39; 2016: 194-197).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

La realización de análisis antropológicos sobre dos amplios sectores del cementerio de Palermo –Vivai Gitto y Caserma Tuköry– ha facilitado, en gran medida, la localización de las sepulturas de los individuos no-adultos. Asimismo, esta situación también se ha visto favorecida por la publicación, en los últimos años, de dos trabajos centrados en el estudio de las tumbas infantiles del área de la Caserma Tuköry (Spatafora 2014a; Spatafora *et al.* 2019). A pesar de que en las campañas desarrolladas entre 1953 y 1975 no se realizaron estudios antropológicos, en el presente trabajo estas también se han incluido puesto que, en algunos casos, se señaló la presencia de tumbas pertenecientes a niñas y niños, que fueron documentadas en otros sectores del área funeraria palermitana.

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

Los datos publicados hasta el momento han permitido localizar un total de 82 individuos no-adultos, que fueron enterrados en 54 tumbas, así como 10 sepulturas que, probablemente, pertenecieron a personas fallecidas en edad inmadura. Estas últimas se corresponden con fosas y sarcófagos, cuyo exiguo tamaño parece indicar que únicamente pudieron pertenecer a sujetos de pequeña talla –posiblemente individuos infantiles–, y con ánforas que pudieron contener los frágiles cuerpos de niños y niñas, cuyos restos óseos no se han conservado. Es interesante señalar que el número de no-adultos en la necrópolis de

Palermo sería aún más elevado, pues en un reciente trabajo publicado sobre el área de la Caserma Tuköry se ha indicado la presencia de 73 individuos inmaduros solo en este sector. No obstante, la edición de los datos aún está en curso, permaneciendo por el momento muchos contextos inéditos (Spatafora *et al.* 2019: 93).

La representatividad de los sujetos no-adultos en la necrópolis de Palermo solo puede calcularse a partir de los sectores de la Caserma Tuköry y Vivai Gitto, puesto que son los únicos en los que se ha llevado a cabo la realización de análisis antropológicos de forma sistemática. Así, los resultados obtenidos en el Área de la Caserma Tuköry han demostrado que los no-adultos representaban el 32,6% de la población enterrada en dicho sector (Spatafora *et al.* 2019: 93), mientras que el porcentaje de inmaduros que fueron enterrados en el área de Vivai Gitto es ligeramente inferior, pues estos constituyeron el 24,4 % de la muestra analizada (Di Salvo 1998: 239). De este modo, si se tiene en cuenta la media obtenida entre las dos áreas, los individuos no-adultos supondrían el 28,5% de los difuntos enterrados en el cementerio palermitano, un porcentaje similar al observado en otras necrópolis sicilianas, como Mozia, donde los inmaduros suponían poco más de un tercio de las personas enterradas en la *necropoli arcaica* (Lauria *et al.* 2020; Sconzo 2020: 1096).

Del mismo modo que ocurre con los análisis antropológicos realizados en Mozia, la clasificación de edad de los individuos no-adultos en Palermo también se ha realizado a partir de las categorías establecidas por Vallois (1960): *Infans I* (0-6 años), *Infans II* (7-12 años) y juveniles (13-20 años). Según esta clasificación, en el área de Vivai Gitto fueron enterrados 21 individuos infantiles, que fallecieron con una edad comprendida entre el nacimiento y los seis años y siete juveniles que murieron entre los 13 y los 20 años, no estando presentes los individuos pertenecientes a la clase *Infans II*, que habrían muerto entre los siete y los doce años de edad (fig. 6.16, a) (Di Salvo 1998: 239).

En el reciente trabajo publicado sobre los individuos no-adultos del área de la Caserma Tuköry, la edad de los sujetos se ha presentado utilizando categorías más precisas (fig. 6.16, b) (Spatafora *et al.* 2019: tab. 2). El uso de esta nueva categorización ha revelado que en este sector de la necrópolis tuvieron derecho a ser enterradas las criaturas que fallecían a más temprana edad, probablemente, como consecuencia de problemas relacionados con el parto y el postparto. Muestra de ello es la elevada

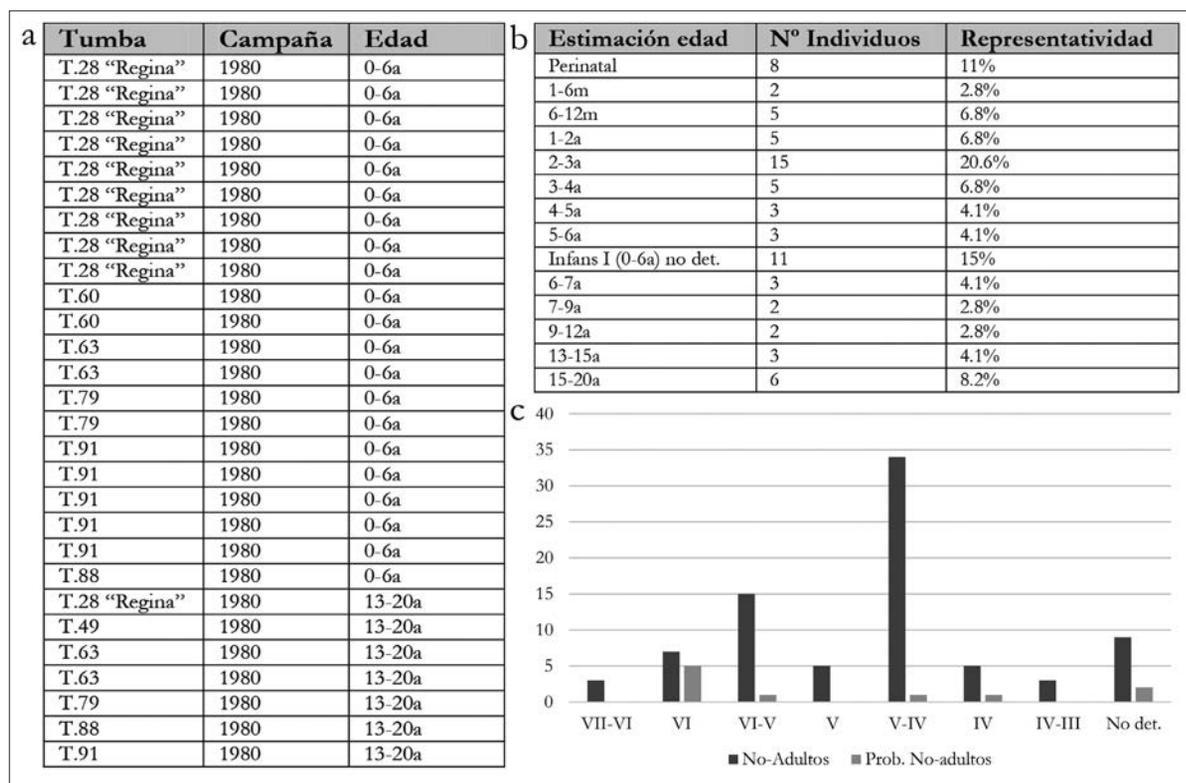


Fig. 6.16. Palermo. Representatividad y distribución cronológica de los individuos no-adultos. a) Tabla con las edades de los individuos del sector de Vivai Gitto (Di Salvo 1998); b) Tabla con las edades de los individuos de la Caserma Tuköry (Spatafora *et al.* 2019: tab. 2); c) Gráfico con la distribución cronológica de las sepulturas (referencias bibliográficas en tabs. 6.8-6.13).

presencia de bebés que morían durante el período perinatal, los cuales representaban el 11% de los inmaduros. Estos datos también reflejan que la incidencia de la mortalidad era especialmente elevada en torno a los dos o tres años de edad (20,6%), período que debía ser especialmente peligroso para los pequeños, como consecuencia de desequilibrios en la dieta y otras carencias y enfermedades vinculadas al proceso del destete (Spatafora *et al.* 2019: 96-97).

Si bien en el sector de Vivai Gitto los infantiles con edades comprendidas entre los siete y los doce años no estaban representados, en el área de la Caserma Tuköry también se ha observado una baja representatividad de este grupo de edad, ya que solo suponen el 5,6% del total de los no-adultos. Esta tendencia parece mostrar que, en el seno de la comunidad palermitana, a partir de los siete años la mortalidad infantil disminuía. En algunas necrópolis estudiadas en el presente trabajo, como el Puig des Molins en Ibiza, la ausencia y/o escasez de individuos con edades situadas en torno al período prepuberal y puberal se

ha interpretado como una exclusión voluntaria de los niños que fallecían sin haber alcanzado la madurez biológica y, por extensión, su personalidad social (Fernández y Costa 2004: 343-347). No obstante, la baja representatividad de los *Infans II* (7-12 años), e incluso de los juveniles, constituye un patrón constante en la demografía de las sociedades preindustriales, donde los valores de mortalidad eran muy elevados en los grupos de edad más jóvenes y ancianos (González-Martín 2008: 60).

La distribución cronológica de los enterramientos de los individuos no-adultos también permite comprobar que estos fueron enterrados en el área funeraria comunitaria desde que la necrópolis entró en uso, a finales del s. VII a.C., hasta que dejó de ser utilizada en el s. III a.C. (fig. 6.16, c). Si bien es cierto que puede llamar la atención la escasa representatividad de las sepulturas datadas durante el período arcaico, esta circunstancia podría ser consecuencia de la escasez de tumbas documentadas, hasta el momento, que pueden datarse en esta época (Spatafora 2016: 190). Por el contrario, destaca la elevada concentración de

Fig. 6.17. Palermo. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos en el sector de Vivai Gitto (a partir de Camerata Scovazzo y Castellana 1981: fig. 1).



enterramientos que se da a partir de los siglos VI y V a.C. pero, sobre todo, entre los siglos V y IV a.C. En relación con este aspecto hay que recordar que es a partir de finales del s. VI a.C. cuando se da un uso generalizado de los hipogeos que, funcionando como “tumbas familiares”, eran reutilizados en diversas ocasiones para realizar un gran número de deposiciones en su interior. Como se verá en las siguientes páginas, los individuos inmaduros, siguiendo diferentes rituales, también eran enterrados en el interior de las cámaras hipogeicas. De este modo, la introducción de sus cuerpos y restos óseos en las cámaras sepulcrales puede haber garantizado una mejor conservación de los mismos, lo que permite explicar la mayor concentración de enterramientos durante el período en que se dio un uso más intenso de este tipo de tumbas.

Las planimetrías publicadas hasta el momento han permitido localizar, en este trabajo, un total de 40 sepulturas en las que fueron enterrados individuos no-adultos: cuatro procedentes del sector de Vivai Gitto (fig. 6.17) y 36 del área de la Caserma Tuköry (fig. 6.18). Si se atiende a la distribución espacial de las mismas, se puede comprobar que las tumbas donde eran enterrados los miembros más jóvenes de la comunidad se alternaban con las de los adultos en todo el espacio disponible en el cementerio. De este modo, a diferencia de lo que se ha observado en la necrópolis de Mozia, en Palermo parece que no existía un sector funerario diferenciado, destinado al enterramiento de los individuos que fallecían a una edad temprana, sino que estos estaban plenamente integrados en el espacio comunitario.

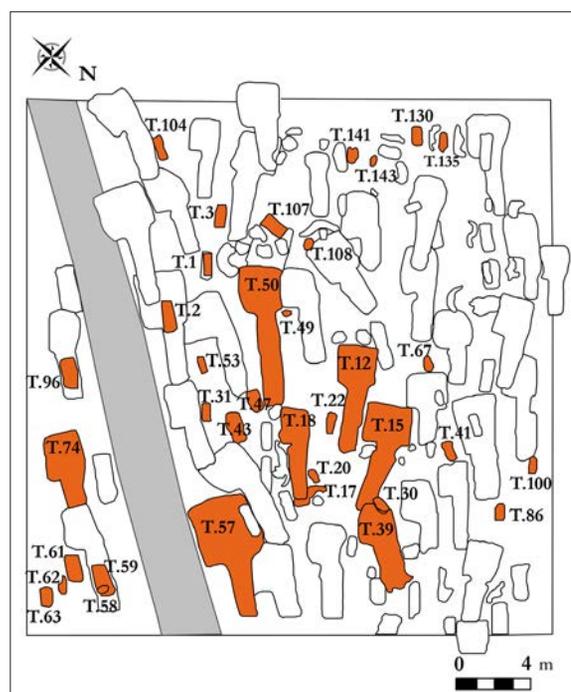


Fig. 6.18. Palermo. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos en el área de la Caserma Tuköry (a partir de Spatafora 2010b: fig. 2).

El último aspecto que parece demostrar que los individuos inmaduros eran aceptados en la comunidad de los difuntos es el modo en que se trataban sus cadáveres, pues estos eran enterrados según los mismos rituales que sus mayores. Así, durante la primera fase de uso de la

necrópolis –finales del s.VII-mediados/finales del s. VI a.C.– siguieron el ritual de la cremación primaria que, como se ha señalado, era el rito predominantemente utilizado en la fase arcaica. Asimismo, cuando se dio la generalización de la inhumación, entre mediados y finales del s. VI a.C., los miembros más pequeños de la comunidad también fueron inhumados. En último lugar, cabe señalar que durante los ss. IV y III a.C., época en que se reintrodujo la cremación secundaria, los cuerpos de algunos sujetos inmaduros también fueron tratados según este ritual.

b) Las cremaciones primarias (finales del s. VII-mediados/ finales del s. VI a.C.)

La documentación disponible, hasta el momento, ha permitido localizar cuatro sepulturas pertenecientes a individuos inmaduros –T.67, T.108, T.141 y T.143– que fueron enterrados según el ritual de la cremación primaria, entre finales del s. VII y la segunda mitad del s. VI a.C. (Spatafora 2014a: 295; 2016: 196). Los resultados antropológicos realizados sobre las mismas han demostrado que en ellas fueron cremados, de forma individual, niños y niñas que fallecieron entre el nacimiento y la edad de seis años. A estas tumbas, también hay que sumar una fosa –T.64– en la que se practicó dicho ritual y cuyas exiguas dimensiones –0,5 x 0,6 m– parecen demostrar

que en su interior pudo llevarse a cabo la cremación de un individuo de corta edad (tab. 6.8) (Di Stefano 2009: 192-193).

A excepción del menor tamaño de las fosas, el procedimiento seguido para realizar las cremaciones primarias de los pequeños/as no muestra diferencias con el observado en las de los adultos. Muestra de ello son las características constructivas de la T.67, en la que fue cremado un niño o niña –con una edad comprendida entre los cinco y los seis años– en una fosa cuyas paredes fueron revestidas con arcilla cruda (fig. 6.19, a) (Di Stefano 2009: 197). Asimismo, los análisis antropológicos efectuados sobre los restos cremados infantiles han revelado que la calidad de la cremación de sus cuerpos fue buena, siendo los pequeños incinerados en piras que alcanzaban temperaturas que oscilaban entre los 600 y los 800 °C (Spatafora *et al.* 2019: 95). De este modo, tanto las características constructivas de las fosas como la calidad de las cremaciones permiten observar que la inversión que se hacía para cremar a los niños era relativamente grande, siendo los cadáveres de los pequeños tratados con el mismo cuidado que los de sus mayores.

Si bien el tipo de tumbas y la calidad de la combustión de los cuerpos presentan las mismas características que las de los adultos, los objetos que acompañaban a los pequeños en sus sepulturas, en ocasiones, eran diferentes.

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.108 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	CP	Biberón	-	-	f. VII-m. VI	Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
2	T.141 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	CP	Biberón Olla (<i>pignatta</i>)	-	-	f. VII-m. VI	Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
3	T.143 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	CP	-	-	-	f. VII-m. VI	Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
4	T.67 1989-99 Cas.Tuköry	5/6a	CP	Olla (<i>pignatta</i>)	Pendientes (<i>a cestello</i>)	-	p.m. VI	Di Stefano 2009; Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
5	T.64 1989-99 Cas.Tuköry	Probable	CP	Copa (<i>Kylix</i>)	-	-	s.m. VI	Di Stefano 2009

Tab. 6.8. Palermo. Cremaciones primarias de individuos no-adultos (finales del s. VII-VI a.C.).

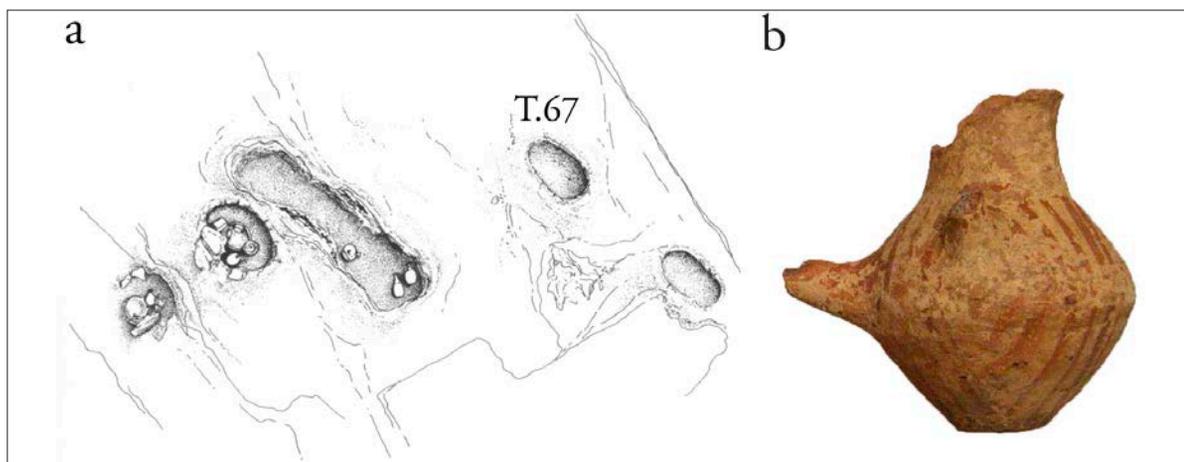


Fig. 6.19. Palermo. Cremaciones primarias. a) Dibujo en el que se marca la posición de la T.67, perteneciente a un individuo infantil de unos 5-6 años (Di Stefano 2009: dis. 25); b) Vasito biberón de tradición indígena de la T. 141 (Spatafora 2014a: fig. 24).

Como se ha señalado, durante el período arcaico los difuntos de Palermo eran acompañados por un ajuar típico, que estaría compuesto por una jarra de boca de seta y otra trilobulada, una olla, un plato y una copa (Spatafora 2010b: 39; 2014b). Frente a este ajuar estándar, las tumbas infantiles generalmente presentaban uno o, como máximo, dos vasos cerámicos vinculados a la esfera de la alimentación.

Entre estos destacan los recipientes relacionados con la cocción de alimentos, como las ollas de la T. 67 y la T. 141, así como algunos vasos tradicionalmente conectados con la alimentación infantil, como los biberones documentados en la T. 108 y en la T. 141. Entre estos elementos se puede observar un predominio de los recipientes de tradición indígena, pues las dos ollas presentes en las TT. 67 y 141 eran *pignatte*. En relación con este aspecto, es de especial interés el vasobiberón documentado en la T.141, cuyas características morfológicas y su decoración también demuestran que es de producción local (fig. 6.19, b) (Spatafora 2016: 196). Así, este predominio de vasos indígenas en las sepulturas infantiles durante el período arcaico podría hacer alusión a que algunos de los niños y niñas podían pertenecer a grupos familiares mixtos o de ascendencia indígena.

Frente a los vasos cerámicos, los elementos de adorno personal solo se han documentado en la T. 67 en la que, como se ha señalado, fue cremado un individuo infantil de, aproximadamente, cinco o seis años de edad que, en el momento de su incineración, podía

llevar puestos dos pendientes de plata del tipo *a cestello* (Di Stefano 2009: 197). Este tipo de pendientes se han documentado en sepulturas de mujeres adultas, datadas durante el período arcaico, lo que parece indicar que en este centro se consideraban ornamentos típicamente femeninos (Spatafora 2016: 191). De este modo, la inclusión de estos pendientes en la T.67 permite hipotetizar que el sujeto aquí cremado podía ser una niña. Esto, a su vez, podría revelar que a la edad de cinco o seis años el género de las pequeñas ya se reconocía y se marcaba físicamente a partir del uso de algunos ornamentos que podían llevar puestos en su vida cotidiana.

c) *Las inhumaciones (mediados/finales del s. VI-s. IV a.C.)*

Aunque en la necrópolis de Palermo la inhumación fue utilizada de forma sincrónica a la cremación durante el período arcaico, su generalización no se dio hasta mediados o finales del s. VI a.C. En función a los datos publicados, en este trabajo, se han podido localizar 44 individuos no-adultos que siguieron este ritual. Todos ellos fueron enterrados entre mediados del s. VI y el s. IV a.C., lo que indica que los sujetos inmaduros pasaron a ser inhumados cuando se dio la difusión de este rito siguiendo, de este modo, las pautas generales observadas en el cementerio. Como se verá a continuación, los individuos no-adultos eran enterrados en diferentes tipos de sepulturas, principalmente en sarcófagos (39%), en *enchytrismo* (27%) y en hipogeos (25%), siendo el tipo menos común para dar sepultura a los pequeños el de las fosas, que solo fue utilizado en el 9% de los casos.

Nº	Tumba	Edad	Ritual T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
1	T.2 1989-99 Cas. Tuköry	Inf. II (7-12a)	IS	2 Ungüent. (<i>lekyth.</i>) <i>Olpe</i> Plato Olla (<i>pignatta</i>)	-	-	m. VI	Di Stefano 2009
2	T.31 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	Copa (<i>kylix</i>) <i>Olpe</i> Jarrita	-	Concha	s.m. VI	Di Stefano 2009; Spatafora 2014a; 2016
3	T.41A 1953 C.Calatafimi -C.Pisani	Probable	IS	Copa (<i>kylix</i>) 2 Jarras trilobuladas	-	Pieza hueso	s.m. VI	Tamburello 1966b; 1968b; 1998b
4	T.3 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	<i>Olpe</i> Jarrita	-	Cipo	u.c. VI	Di Stefano 2009
5	T.22 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	Copa (<i>kylix</i>) 2 Jarras trilobuladas 1 Plato Olla	-	-	u.c. VI	Di Stefano 2009
6	T.43 1989-99 Cas.Tuköry	Juv. (12/13 -21a) F	IS	2 Ungüent. Copa (<i>kylix</i>) Jarra Olla	-	-	u.c. VI	Di Stefano 2009
7	Sarcóf. n.e. 1970 Giard. Mª Adelaide	Probable	IS	Copa (<i>kylix</i>)	-	-	f. VI	Tamburello 1998a
8	T.1 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (±5a) F	IS	Ungüent. (<i>Aryb.</i>) Copa (<i>kylix</i>) Copa con pie Copa Copa miniat. 2 <i>Olpai</i> Jarra trilobulada Botellita b. de seta Olla	Astarté hueso cc Br cc hueso	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009; Di Salvo 2009; Spatafora <i>et al.</i> 2019
9	T.61 1989-99 Cas. Tuköry	Inf. I (3-4a)	IS	Copita biansada Copa (<i>skyphos</i>) Jarra (<i>oinochoe</i>) Jarra Olla	-	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009; Di Salvo 2009; Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
10	T.47 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	2 <i>Olpai</i> Copa (<i>Kylix</i>)	1 cc Terrac. 1 cc hueso Diente suino Concha	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009

Nº	Tumba	Edad	Ritual T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
11	T.17 1989-99 Cas. Tuköry	Juv. (12/13-21a) F Ad (21-40a) M	IS	Copa biansada Jarra trilobulada Plato	-	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009
12	T.96 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a) Inf. I (0-6a)	IS	?	?	?	s.m. VI-V	Spatafora 2014a
13	T. 107 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (<7a)	IS	?	?	?	s.m. VI-V	Spatafora 2014a; Spatafora <i>et al.</i> 2019
14	T.130 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (2-3a)	IS	?	?	?	s.m. VI-V	Spatafora 2014a
15	T.59 1989-99 Cas. Tuköry	Inf. I (Neonato)	IS	<i>Olpe</i> Cuenco Biberón	1 Babuino 8 cc pv	-	s.c. V	Di Stefano 2009; Di Salvo 2009; Spatafora 2014a
16	T.63 1989-99 Cas. Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	Copa biansada Copa monoansada <i>Olpe</i> Biberón	3 o. <i>udjat</i> Horus Vaca 2 Bastet 2 Anubis Ptha-Pateco Thot 2 cocodrilos Babuino Esfinge Másc.silén/ dem. C.carnero 9 cc	-	V	Di Stefano 2009; Spatafora 2014a; 2016
17	T.53 1989-99 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	2 Jarritas <i>Olpe</i>	-	-	V	Di Stefano 2009
18	T.98 2001-2009 Cas.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IS	?	?	?	?	Spatafora <i>et al.</i> 2019
19	T.62 1989-99 Cas.Tuköry	Probable	IS	-	-	-	No det.	Di Stefano 2009
20	Sarcóf. saq. 1967 Vivai Gitto	Probable	IS	-	?	?	?	Tamburello 1998a

Tab. 6.9 (viene de página anterior). Palermo. Inhumaciones en sarcófagos de individuos no-adultos (mediados del s. VI-V a.C.).

c.1. Los sarcófagos

Desde el primer momento en que los individuos no-adultos comenzaron a ser inhumados, los sarcófagos constituyeron la forma más habitual de dar sepultura a los pequeños difuntos. Reflejo de ello es la presencia de 17 sujetos que fueron enterrados en este tipo de tumbas y de cuatro sarcófagos cuyas pequeñas dimensiones –entre 0,4 m de anchura y 1 m de longitud– han llevado a definirlos en las publicaciones como *sarcófago di bambino* (Tamburello 1998a: 114). Aunque esta forma de enterramiento fue utilizada desde mediados del s. VI a.C., su mayor uso se dio durante la segunda mitad del s. VI a.C. y, sobre todo, a lo largo de todo el s. V a.C. (tab. 6.9).

En los sarcófagos fueron inhumados individuos que fallecieron entre el nacimiento y la edad juvenil. Sin embargo, este tipo de sepulturas fue predominantemente utilizado (76%) para inhumar a niños/as pertenecientes a la clase *Infans I* (0-6 años). Las inhumaciones, normalmente, se hacían de forma individual en el interior de sarcófagos de tipo monolítico, que eran depositados en fosas excavadas en el terreno de la necrópolis. Habitualmente, los cuerpos eran colocados en posición decúbito supino. De hecho, parece que fue esta colocación de los cadáveres y, por consiguiente, el tamaño de los cuerpos los criterios que determinaban el tamaño de este tipo de sepulturas. Reflejo de ello es que los sarcófagos destinados a enterrar a los niños y niñas, que fallecían entre el nacimiento y los seis años, presentaban longitudes que oscilan entre los 0,5 y 1,27 m, mientras que los utilizados para inhumar a los individuos de la clase *Infans II* y a los juveniles son un poco más grandes, rondando su longitud en torno a 1,6/1,65 m.

Aunque la posición decúbito supino era la habitualmente utilizada para inhumar a los individuos no-adultos, en el interior de algunos sarcófagos los pequeños cadáveres fueron colocados, de forma intencional, en otras posturas. Por ejemplo, en la T. 1 de la Caserma Tuköry fue inhumado un infantil, de unos cinco años de edad, en posición prona (fig. 6.20, a). Los análisis antropológicos realizados por Rosaria Di Salvo y Vittoria Schimmenti, también han permitido diagnosticar el sexo como probablemente femenino, a partir de la morfología de la mandíbula y del ilion (Di Stefano 2009: 49-51; Di Salvo 2009; Spatafora *et al.* 2019: 93-94). Aunque la postura prona es atípica, el análisis del enterramiento y de los objetos en él colocados muestran que tanto la deposición del cuerpo de la pequeña difunta como de los diferentes elementos de ajuar se hizo con sumo cuidado. En torno

a la cabeza fueron colocadas dos jarritas (fig. 6.20, b-c), un *aryballos* y un *olpe* (fig. 6.20, d-e), mientras que de forma próxima a la pelvis se depositó una *kylix* (fig. 6.20, f). Sobre las piernas también fueron colocadas una botella púnica (fig. 6.20, g), dos copas –una con pie y otra semiesférica– (fig. 6.20, h-i) y una ollita (fig. 6.20, k). En relación con la posición de los diferentes objetos destaca, sobre todo, la colocación de una copita miniaturizada que fue apoyada sobre la mano izquierda de la niña (fig. 6.20, j) (Di Stefano 2009: 49-51).

Como se ha señalado en el capítulo 4, la interpretación de las miniaturas puede ser complicada. No obstante, cuando aparecen asociadas a individuos infantiles en sus tumbas, normalmente, se han entendido como juguetes que pudieron desempeñar un papel fundamental en los procesos de socialización de los pequeños (entre otros, Sánchez Romero 2007: 185; Dasen 2011b: 53; 2012: 11; 2012: 11; Sánchez Romero y Alarcón García 2012: 61). En este caso concreto, la posición de la copita sobre la mano de la pequeña refleja que este objeto pudo ser manipulado y utilizado por la niña para jugar durante su corta vida y, por tanto, también se puede suponer que la copita fue incluida en la sepultura por ser uno de los objetos personales de la difunta.

Además de los vasos cerámicos que pueden relacionarse con los cuidados que se dieron al cadáver y con la realización de ofrendas alimentarias a la pequeña, junto al cuerpo también se hallaron un amuleto antropomorfo en hueso (fig. 6.20, l), interpretado como una representación de la diosa Astarté, y dos cuentas del mismo material, que pudieron formar parte de un collar o brazaletes que la cría podía llevar puesto en el momento de su enterramiento (Di Stefano 2009: 49-51). Por tanto, aunque la niña fuera depositada intencionalmente en posición prona, parece que tras su muerte y durante su funeral, fue sumamente cuidada y tratada con respeto.

En relación con los enterramientos en posición prona, en este sector de la necrópolis palermitana se han documentado otras dos sepulturas pertenecientes a individuos no-adultos inhumados en esta postura. Se trata de las TT. 98 y 107, en las que los cadáveres de dos infantiles, que fallecieron antes de alcanzar los siete años de edad, fueron colocados boca abajo. De nuevo, los análisis antropológicos realizados en ambos casos han permitido diagnosticar el sexo de las pequeñas difuntas como femenino (Spatafora *et al.* 2019: 93). Para interpretar estos enterramientos anómalos se debe considerar que en este cementerio no se han documentado personas adultas que fueran colocadas

Fig. 6.20. Palermo. T.1 de la Caserma Tuköry. Inhumación en sarcófago de una niña inhumada en posición prona y su ajuar (a partir de Spatafora 2005: fig. 10; Di Stefano 2009: 49-51).



en dicha posición en el interior de sus tumbas. Sin embargo, en la vecina necrópolis púnica de Solunto se han hallado dos contextos –TT. 5 y 27– en los que fueron inhumadas dos mujeres adultas en postura prona. Estas también fueron tratadas de forma cuidadosa y con sumo respecto tras su muerte: estaban acompañadas por ricos ajuares y fueron inhumadas en sepulturas que requirieron de una mayor inversión constructiva que la media del cementerio (Calascibetta 2019: 172; nota 21; 2020: 1075-1080). Estos datos reflejan que esta forma de disponer el cuerpo de algunas niñas parece relacionarse con el sexo femenino de las difuntas y, en el caso palermitano, también con la edad, pues todas fallecieron en un periodo anterior a la llegada de la pubertad (Rivera-Hernández 2023).

Aparte de estas inhumaciones pronas, es interesante señalar que en otro caso un individuo infantil fue enterrado en posición contraída o *rannicchiata*. Se trata de un niño

o niña que falleció con unos tres o cuatro años de edad y fue cuidadosamente colocado en decúbito lateral izquierdo flexionado en un sarcófago datado entre finales del s. VI e inicios del s. V a.C. (Di Stefano 2009: 182-184; Spatafora 2014a: 298; 2016: 196; Spatafora *et al.* 2019: 93; fig. 4). Como se ha visto en el capítulo 4, en algunas sociedades pasadas los cadáveres de los pequeños eran colocados de forma intencional en sus tumbas en posición contraída o fetal con la intención de enterrar a los pequeños “en posición de dormir”, lo que podría simbolizar la vulnerabilidad de las criaturas (Jensen 2017: 203). No obstante, parece que en ámbito fenicio y púnico este tipo de colocación del cadáver no se aplicaba de forma exclusiva a los niños. Por ejemplo, en la propia necrópolis palermitana, en la T.11 del sector de Vivai Gitto, fue inhumada una mujer en posición decúbito lateral, en un sarcófago que ha sido datado a mediados del s. VI a.C. (Camerata Scovazzo y

Castellana 1998: 207-211; Di Salvo 1998: 244). Además, en otros cementerios sicilianos, como el fenicio de Solunto o el griego de Himera, algunos adultos y niños también fueron inhumados en esta posición cuyo uso, al parecer, también era común en algunas necrópolis indígenas de la isla (Shepherd 2005: 120-123). De hecho, la utilización de esta posición en los cementerios locales ha llevado a interpretar estos enterramientos en *posizione rannicchiata* como pertenecientes a personas de un *ethnos* diferente, probablemente indígenas (Bechtold 1999: 267; Calascibetta 2010: 60; 2019; 2020; Spatafora 2012b: 65).

Sin embargo, este modo de colocar los cuerpos aparte de ser relativamente frecuente en algunas áreas funerarias sicilianas también fue utilizado en otros cementerios fenicios y púnicos del Mediterráneo centro-occidental, como Cartago, Monte Sirai, Kerkouane, Puig des Molins, Cruz del Negro, etc. De hecho, el uso de esta posición era bastante habitual en las necrópolis de influencia fenicia del Marruecos atlántico y en las del Sahel tunecino, caracterizadas por presentar prácticas funerarias generalmente atribuidas a un medio libio (Guirguis 2010: 133-134; 2012: 103). De este modo, por el momento, parece complicado dar una explicación sobre los motivos que pudieron llevar a inhumar al individuo de la T.61 en esta posición, ya que los elementos que compusieron el ajuar –2 copas de morfología griega, un *oinochoe*, una jarrita y una olla de tradición fenicia– no parecen indicar que el pequeño pudiera pertenecer a un grupo culturalmente diferente (Di Stefano 2009: 182-184).

Aunque lo habitual fue que los individuos inmaduros fueran inhumados de forma individual en el interior de los sarcófagos, en dos casos se realizaron deposiciones dobles que permiten pensar en la existencia de algún tipo de relación biológica y/o afectiva entre las personas inhumadas. En el primero –T.96 de la Caserma Tuköry– datado entre la segunda mitad del s. VI e inicios del s. V a.C. fueron inhumados dos individuos infantiles en dos momentos sucesivos, tal y como demuestran los restos óseos desarticulados del primer niño enterrado, cuyo cuerpo fue apartado para hacer sitio al cadáver del segundo infantil (Spatafora 2014a: 298). De este modo, la reapertura de un mismo sarcófago para realizar una segunda inhumación consiente plantear que es posible que los pequeños aquí inhumados pudieran haber estado unidos por algún tipo de relación de carácter familiar y/o afectiva.

En el segundo sarcófago –T.17 de la Caserma Tuköry– datado entre finales del s. VI e inicios del s. V a.C., se llevó a cabo la inhumación de un individuo juvenil

femenino y un adulto masculino, que fueron acompañados por un ajuar cerámico compuesto por varios vasos vinculados con el banquete (Di Stefano 2009: 82-83). Este tipo de tumbas dobles en las que se dió la asociación de dos personas de distinto sexo en un mismo enterramiento también se ha documentado en otras necrópolis estudiadas en este trabajo, como el Puig des Molins en Ibiza, donde se ha planteado que entre los individuos enterrados pudieron darse relaciones de tipo conyugal (Gómez Bellard 1985: 146; Gómez Bellard *et al.* 1990: 190; Fernández y Costa 2004: 376). Si se acepta esta hipótesis y se tiene en cuenta la diferencia de edad existente entre el individuo femenino, que al fallecer tenía en torno a los 13-20 años, y el masculino, que murió con una edad comprendida entre los 21 y los 40 años, esta disparidad podría reflejar la existencia de una diferencia de edad para acceder al matrimonio, al que las “jóvenes mujeres” o “niñas crecidas” llegarían de forma más temprana que los hombres.

Otro dato interesante sobre la joven inhumada en esta sepultura es que los análisis antropológicos han revelado que padecía anemia secundaria, afección que ha sido detectada en otras jóvenes de la necrópolis palermitana, como la inhumada en el sarcófago T. 43 (Di Salvo 2009: 249). Esta patología en individuos femeninos juveniles podría asociarse con los cambios fisiológicos que las muchachas sufren cuando alcanzan la madurez sexual. En relación con este aspecto, se quiere remarcar que del total de nueve individuos que fallecieron en edad juvenil, documentados en el Área de la Caserma Tuköry, siete son femeninos. Estas cifras parecen apuntar a la existencia de una mayor mortalidad femenina durante la juventud, circunstancia que podría relacionarse con el estrés fisiológico sufrido durante el paso de la niñez a la adultez y con algunos procesos biológicos concretos, como pueden ser los embarazos precoces (Spatafora *et al.* 2019: 97). Este conjunto de datos, por tanto, permite suponer que en la comunidad palermitana las niñas tenían un acceso más temprano a la vida adulta que los niños que, como ocurrió en otras sociedades antiguas como la griega y la romana, pudo estar marcado por la menarquía (Rivera-Hernández 2023).

Pasando ahora a los objetos con que eran inhumados los individuos inmaduros en los sarcófagos, se aprecia de forma global una mayor riqueza de los ajuares respecto a los del período arcaico. En los casos en que los datos se han publicado de forma íntegra –TT. 1, 2, 3, 17, 22, 31, 43, 47, 53, 59, 61 y 63– se puede observar que todos

Fig. 6.21. Palermo. Objetos que acompañaban al individuo infantil inhumado en la T.63 de la Caserma Tuköry. a) Olla, biberón, copa biansada y *olpe*; b) Amuletos de tipo egipcio; c) Cuentas de collar; d) Cabeza de carnero; e) Cabeza demoniaca (a partir de Spatafora 2010c: 45).



los individuos inmaduros presentaban un ajuar cerámico muy similar al de los adultos. Este, habitualmente, se caracterizaba por tener entre dos y cinco vasos conectados con el banquete. Entre estos destacan algunos recipientes vinculados al servicio y consumo del vino, como diversos tipos de jarras y jarritas –trilobuladas, *olpai*, etc.–, algunas copas de tradición griega –*kylikes* y *skyphoi*–, así como otro tipo de copitas biansadas. Además, también era común la presencia de ollas de tradición fenicia siendo, por el contrario, menos habituales las *pignatte*, de las que solo se ha documentado un ejemplar en la T.2. Asimismo, acompañando a los pequeños difuntos, en ocasiones, también se colocaban otros recipientes vinculados al consumo de alimentos, como los platos y los cuencos.

Del mismo modo que durante el período anterior, en algunas sepulturas los jóvenes difuntos eran acompañados por vasos biberones (fig. 6.21, a). Estos recipientes siempre aparecen asociados a individuos de corta edad, tal y como muestra su presencia en la T. 59, en la que fue

inhumado un neonato, y en la T. 63 en la que fue enterrado un niño o niña perteneciente a la clase de *Infans I* (0-6 años) (Di Stefano 2009: 173-174). Aparte de los vasos que pueden relacionarse con las ofrendas de comidas y bebidas realizadas a los difuntos, en una minoría de casos –TT. 1, 2 y 43– se ha documentado la presencia de ungüentarios y botellitas que podían contener los aceites, bálsamos y/o ungüentos utilizados para ungir los cuerpos de los pequeños de forma previa al sepelio.

Frente a los vasos cerámicos que estuvieron presentes en el 100% de los sarcófagos, las joyas, los amuletos y, en general, los diferentes elementos de carácter ornamental pero también apotropaico fueron menos comunes. Estos únicamente están presentes en cuatro sepulturas –TT. 1, 47, 59 y 63– en las que los niños pudieron ser inhumados con collares y/o brazaletes compuestos por cuentas de diversos materiales –pasta vítrea, hueso, bronce, etc.– y diferentes tipos de amuletos (fig. 6.21, b-e). Entre estos últimos destacan los que representan animales –babuinos,

cocodrilos, cabeza de carnero, etc.–, así como los egipcios –Horus, ojo *udjat*, Anubis, Ptha-Pateco, Thot, esfinge sentada, etc.–, estando también presentes los típicamente púnicos, como la cabecita demoníaca que, como se verá, fue bastante habitual en las tumbas de los individuos infantiles de Cerdeña, y el amuleto tallado en hueso que, posiblemente, representa a Astarté procedente de la T.1. Este último, junto a otros colgantes que pudieron tener carácter apotropaico –como el diente de suino y la concha perforada de la T.47– y diversas cuentas de collar realizadas en hueso, pudieron ser fabricados en ámbito doméstico.

En último lugar, y en relación con los objetos colocados en los sarcófagos de los individuos infantiles, destaca la presencia de un cipo que fue hallado en la T. 3 de la Caserma Tuköry. En esta sepultura fue inhumado en posición supina un niño/a que falleció entre el nacimiento y la edad de seis años. El sarcófago fue cerrado con tres pequeñas losas de cobertura, de forma cuadrangular, entre las que fue colocado un cipo (Di Stefano 2009: 53-54), que refleja la voluntad de marcar la sepultura, lo que parece demostrar que el pequeño difunto aquí inhumado fue visitado por sus seres queridos, probablemente, un tiempo después del cierre de la tumba.

c.2. *Los enchytrismoí*

Después de los sarcófagos, la práctica más común para inhumar a los individuos inmaduros en la necrópolis palermitana fue la de introducirlos en ánforas de transporte. Muestra de ello es la presencia de 12 individuos inhumados en el interior de recipientes anfóricos y de tres ánforas más, que parece que contuvieron enterramientos infantiles. Como ocurrió en Birgi, el uso de esta forma de enterramiento en Palermo se dio desde finales del s. VI a.C. hasta, al menos, el s. IV a.C. (tab. 6.10).

Dentro de las ánforas solo eran inhumados algunos niños y niñas que fallecían con edades comprendidas entre el nacimiento y los 6/7 años, patrón que, como se verá, coincide con el observado en otros cementerios sardos e ibicencos. Del mismo modo que en Birgi, en Palermo las inhumaciones siempre se llevaron a cabo en el interior de ánforas de transporte púnicas siguiendo el procedimiento habitual: se realizaba un corte transversal en la boca o en el fondo del vaso para poder introducir el cuerpo de los pequeños. No obstante, se ha documentado un caso en el que el proceso realizado fue diverso, pues el ánfora fue cortada en sentido longitudinal, de modo que una de las dos mitades del recipiente sirvió de cobertura a la otra parte (fig. 6.22, c) (Tamburello 1998a: 116).

Una vez los niños fueron introducidos en los recipientes anfóricos, estos generalmente eran depositados en fosas poco profundas excavadas en el suelo de la necrópolis, tal y como muestran las TT. 49, 109, 112, 113 y 135, las probables TT. 58 y 69 y el posible enchytrismo no enumerado (en adelante, n.e.) excavado entre 1953 y 1954 (fig. 6.22, a). Sin embargo, en otros casos las ánforas fueron colocadas en el interior de cámaras hipogeicas de tipo familiar –TT. 15, 18, 50, 60 y el n.e. 2 de 1972– o en los *dromos* de acceso a las mismas, como en el caso de la T.86 (fig. 6.22, b-c). Prácticamente, en todas las sepulturas de este tipo, los niños fueron inhumados de forma individual, con la única excepción del *enchytrismós* de la T.50 de la Caserma Tuköry, donde en el interior de la misma ánfora se llevó a cabo la inhumación de dos infantiles que murieron con una edad inferior a los dos años de edad. Tras introducir a los pequeños en el recipiente, este fue colocado en una cámara hipogeica donde se enterraron 12 personas más (Di Stefano 2009: 138-150).

Si bien en las inhumaciones en sarcófagos lo habitual era que los individuos inmaduros fueran acompañados por varios vasos relacionados con el banquete, la presencia de recipientes cerámicos en los *enchytrismoí* fue mucho menos común. De hecho, estos sólo aparecen en tres sepulturas: TT. 49 y 113 de la Caserma Tuköry y el probable n.e 1. Entre las cerámicas depositadas junto a los infantiles destacan las destinadas a contener ungüentos, como los *lekythoi*, y algunos recipientes que podrían relacionarse con la realización de libaciones, como los *askoi*. Por el contrario, sólo en un caso se ha documentado un vaso que podría vincularse al banquete, concretamente al consumo del vino: la copa *skyphoide* de la T.113.

Frente a la escasez de vasos cerámicos, los elementos de adorno personal y carácter apotropaico fueron algo más comunes, pues se han documentado en cinco casos: TT.50, 86, 109, 135 y el probable n.e. 1 de 1953-54. Entre estos objetos que debieron estar dotados de cualidades protectoras destaca, de nuevo, la presencia de amuletos que representan animales –concretamente perros–, así como el tipo de la mano haciendo la higa. Aparte de los amuletos, en este tipo de sepulturas también se colocaban otros elementos que podían tener carácter mágico y/o apotropaico, como los astrágalos y los huevos de gallina (fig. 6.22, c). Además, en algunos enterramientos en ánforas también se han localizado anillos –T.135– y espirales –T.86– fabricados en diversos metales, que podían funcionar a modo de sortijas o también formar parte de los peinados con que los pequeños eran inhumados.

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Enchytris. n.e. 1 1953-54 I.Prov.Inf	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	Askós	Ptha Pateco 4 cc	Punta lanza Fe	f. VI	Tamburello 1998a
2	T.18 1989-99 C.Tuköry NMI= 7	Inf. I (0-6a)	IECH	Ánf.com.pún. T-1.4.2.1.	-	-	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009
3	T.135 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IE	Ánf.com.pún. T-1.4.4.1	-	Anillo Br	-	f. VI-i. V	Spatafora 2014a
4	T.109 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	2 perros Mano higa	-	p.m. V	Spatafora 2010c
5	T.86 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (±7a)	IEDH	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	2 espirales Br	f.V-i. IV	Spatafora 2014a
6	T.112 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (±7a)	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	-	f.V-i. IV	Spatafora 2014a
7	T.113 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	Ungüent. (<i>Lekyth.</i>) Copa (<i>Skyph.</i>) Askós	-	-	f.V-i. IV	Spatafora 2014a
8	T.58 1989-99 C.Tuköry	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.2.6	-	-	-	f.V-p.m. IV	Di Stefano 2009
9	T.69 1989-99 C.Tuköry	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.2.6	-	-	-	f.V-p.m. IV	Di Stefano 2009
10	T.50 1989-99 C.Tuköry NMI= 14	Inf. I (±1a)	IECH	Ánf.com.pún. T-7.1.2.1	-	Perro 2 Manos higa Astrágalo Anillo Fe 2cc pv	-	V-IV	Di Stefano 2009; Spatafora 2014a; 2016
		Inf. I (<2a)							
11	T.15 1989-99 C.Tuköry NMI= 3	Inf. I (0-6a)	IECH	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	-	IV	Di Stefano 2009
12	T.49 1989-99 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.2.6	Ungüent. (<i>Lekyth.</i>)	-	-	IV	Di Stefano 2009
13	Enchytris. n.e. 2 1972 (NMI no det)	Bambino	IECH	Ánf.com.pún. Tipo?	?	?	Huevos	?	Tamburello 1998a
14	T.60 1980 V. Gitto NMI= 3	Inf. I (0-6a)	IECH	Ánf.com.pún. Tipo?	?	?	?	?	Di Salvo 1998

 Tab. 6.10. Palermo. Tumbas en *enchytrismoi* (finales del s. VI-IV a.C.).

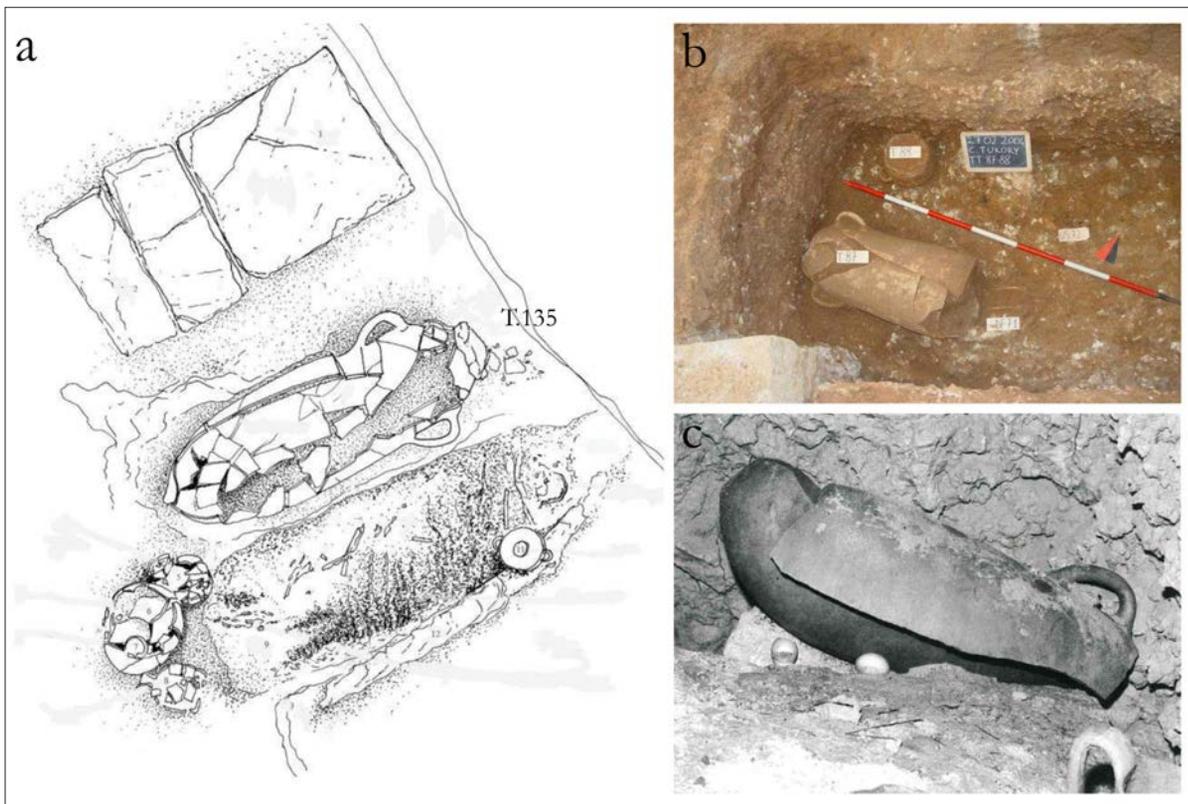


Fig. 6.22. Palermo. Diferentes modos de deposición de los *enchytrismoi*. a) En fosas excavadas a poca profundidad en el terreno (Spatafora 2014a: fig. 9); b) En los *dromoi* de acceso a las cámaras (Spatafora 2014a: fig. 11); c) En el interior de cámaras hipogeicas (Tamburello 1998a: fig. 10).

Por último, entre los objetos colocados junto a los infantiles en este tipo de sepulturas cabe destacar, por su excepcionalidad, una punta de lanza hallada en el interior del ánfora del probable *enchytrismós* n.e. 1. Hasta el momento, esta tumba junto a la T.110 de Birgi constituyen los únicos casos en los que se han localizado armas en sepulturas probablemente infantiles. En esta sepultura, que se *supporre che si tratta di un seppellimento in anfora di un bambino*, aparte de la punta de lanza, también se hallaron un *askós* en forma de carnero, un amuleto de Ptah Pateco y cuatro cuentas de collar (Tamburello 1998a: 111). Gracias a los análisis antropológicos, sabemos que en la necrópolis de Palermo las armas fueron colocadas en las sepulturas de hombres adultos. Por tanto, la presencia de este objeto en una tumba en *enchytrismós*, en primer lugar, podría indicar que el individuo infantil aquí enterrado podía ser un niño y, en segundo lugar, podría simbolizar el elevado estatus social del pequeño y el rol futuro que nunca llegó a alcanzar como consecuencia de su muerte prematura.

c.3. Los hipogeos

Aparte de ser inhumados en sarcófagos y en recipientes anfóricos, el 25% de sujetos no-adultos fueron enterrados en el interior de cámaras hipogeicas, tal y como evidencia la presencia de 11 individuos, cuyos cadáveres fueron depositados en este tipo de sepulturas (tab. 6.11). Del mismo modo que las personas adultas, lo habitual era que los inmaduros fueran introducidos en el interior de sarcófagos líticos que, normalmente, eran colocados en uno de los laterales largos de la cámara sepulcral. No obstante, en un caso –T. 88 de Vivai Gitto– es probable que el cadáver de un niño o niña, que falleció entre los 0 y los 6 años, se depositara directamente sobre el suelo de la cámara (Di Salvo 1998: 245).

Todos los individuos inmaduros –con excepción de la niña de la T.74 de la Caserma Tuköry, sobre la que se volverá más adelante– fueron enterrados en cámaras sepulcrales de uso colectivo. La pauta más común fue la de inhumar a niños/as que fallecieron entre el nacimiento y los seis años de edad junto a individuos adultos, que eran

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.74 1989-99 C.Tuköry	Inf. II (7-12a) F	ISCH	Copa (<i>Skyph.</i>) Copa (<i>Skyph.miniat.</i>) 2 <i>Oinochoai</i> áticos Lucerna griega Plato ático Olla (<i>pignatta</i>)	60 cc	-	f. VI-i. V	Di Stefano 2009; Spatafora 2014a; 2016
2	T.12 1989-99 C.Tuköry NMI= 3	Inf. I (0-6a)	ISCH	*	*	*	f. VI- V	Di Stefano 2009
		Ad. (21-40a) M						
		Ad. (21-40a) M						
3	T.1 1966 C.Pisani NMI= 2	<i>Un Infante</i>	ISCH	2 ánforas 2 copitas 2 platos 2 <i>Oinochoai</i> Copa (<i>Skyph.</i>) Copa (<i>Kylix</i>) Jarrita <i>Kothon</i> Olla	3 manos higa	Rallador	f. VI-V	Tamburello 1998b
		Ad. No det						
4	T.39 1989-99 C.Tuköry NMI= 9	Inf. I (0-6a)	ISCH	*	*	*	V-IV	Di Stefano 2009
		Inf. I (0-6a)						
		Ad. (21-40a) M						
		Ad. (21-40a) M						
		Ad. (21-40a) M						
5	T.63 1980 V. Gitto NMI= 3	<u><i>Sarcóf. A</i></u>	ISCH	?	?	?	s.m. V-IV	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Juv. (12/13-21a) F						
		Ad. (21-40a) M						
		<u><i>Sarcóf. B</i></u>						
6	T.60 1980 V.Gitto NMI= 3	Inf. I (0-6a)	ISCH	?	?	?	?	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Juv. (12/13-21a) M						
7	T.88 1980 V.Gitto NMI= 5	Inf. I (0-6a)	ICH	?	?	?	?	Di Salvo 1998
		Juv. (12/13-21a) M						
8	T.49 1980 V. Gitto	Juv. (12/13-21a) M	ICH	?	?	?	?	Di Salvo 1998

Tab. 6.11. Palermo. Inhumaciones en hipogeos de individuos no-adultos (finales del s. VI-IV a.C.).

depositados de forma conjunta en sarcófagos colocados en el interior de las cámaras. Por ejemplo, esta asociación se dio en el caso del hipogeo T. 12 de la Caserma Tuköry, en el que un infantil fue enterrado junto a dos hombres adultos en un sarcófago (Di Stefano 2009: 75-76) y en la T. 39 del mismo sector, en el que dos individuos infantiles fueron introducidos en el mismo sarcófago que cuatro hombres (Di Stefano 2009:111). El hecho de que estos hipogeos y sarcófagos fueran reabiertos durante largos períodos de tiempo, para realizar diferentes deposiciones, impide relacionar los diferentes objetos colocados en las sepulturas con los difuntos.

Otro caso en que se dio la asociación entre una persona adulta y un infantil lo constituye la T.1 del Corso Pisani. En el interior de este hipogeo, datado entre finales del VI e inicios del s. V a.C., se inhumaron un infantil y un adulto de sexo no-determinado en el interior de un sarcófago monolítico ubicado en la pared SE de la sepultura. Los vasos cerámicos que acompañaban a los difuntos representan formas estrechamente relacionadas con el banquete: dos copitas de barniz negro, dos *oinochoai*, dos platos, dos ánforas de transporte griegas, una *kylix* ática de figuras negras, un *kothon*, un *skyphos*, una olla, una jarra y un rallador (Tamburello 1969a: 277-281; 1998b: 152-155). En relación con la composición de este ajuar, llama la atención el hecho de que algunas de las formas vinculadas con

el servicio y el consumo del vino –como los *oinochoai*, las copitas de barniz negro y las ánforas– así como con el consumo de alimentos –como los platos– aparezcan duplicadas. Esta circunstancia podría simbolizar que estaban destinadas a los dos difuntos enterrados en la cámara, a los que se les pudieron hacer ofrendas alimentarias similares. Aparte de los vasos cerámicos, en el interior del sarcófago se hallaron tres amuletos con representación de manos haciendo la higa. Este tipo de amuleto, como se ha visto, también acompañó a dos individuos infantiles depositados en el *enchytrismós* de la T.50, lo que por analogía permite suponer que estos objetos podían formar parte de un collar o brazaletes que pudo pertenecer al niño o niña inhumado en esta sepultura.

Aparte de estos hipogeos en los que los pequeños se documentaron junto a personas adultas en el interior de los sarcófagos depositados en las cámaras, destaca un único caso en que un individuo infantil, perteneciente a la categoría *Infans I*, fue enterrado de forma individual en un sarcófago dentro de una cámara de uso colectivo. Se trata de la T.60 del sector de Vivai Gitto en la que, aparte del infantil inhumado en el sarcófago, fueron enterradas dos personas más (Di Salvo 1998: 24).

Frente a este tipo de cámaras de uso colectivo, destaca la T. 74 por ser la única tumba hipogeica en la que un infantil se inhumó de forma individual. Desde un punto de vista arquitectónico, esta sepultura no difiere de otros



Fig. 6.23. Palermo. Inhumación en Hipogeo T.74 de la Caserma Tuköry. Perteneciente a una niña que falleció en torno a los 7-12 años de edad (a partir de Di Stefano 2009: dis. 27; 202-203).

hipogeos panormitanos, pues es de forma rectangular y presenta unas dimensiones similares $-2,15 \times 3,75 \text{ m}$ — a las de otras cámaras de la necrópolis (fig. 6.23, a). En el lado meridional de la sepultura se colocó un pequeño sarcófago $-1,55 \times 0,65 \text{ m}$ — utilizado para inhumar a un individuo infantil, que falleció en torno a los siete-doce años de edad, y cuyo sexo se ha determinado como probablemente femenino (Di Salvo 2009). El cuerpo de la pequeña fue colocado en posición supina y cuidadosamente adornado con un rico collar compuesto por 60 cuentas de pasta vítrea (fig. 6.23, i). También fue acompañada por un ajuar formado por varios vasos cerámicos relacionados con el banquete, que fueron ubicados en diferentes puntos de la cámara (fig. 6.23, a). Entre estos destacan un *skyphos*, localizado en el centro de la habitación (fig. 6.23, f), un *skyphos* miniaturizado depositado a los pies del sarcófago (fig. 6.23, g), una *pignatta* en la pared del fondo de la cámara (fig. 6.23, h), una lucerna y un plato, colocados sobre las losas de cobertura del sarcófago (fig. 6.23, d-e), y dos *oinochoai*, situados en el espacio comprendido entre el sarcófago y el fondo de la cámara (fig. 6.23, b-c) (Di Stefano 2009: 201). En este caso, la presencia de este variado ajuar cerámico, junto al hecho de que la niña fuera inhumada de forma individual en un hipogeo, parece reflejar la posición social de la pequeña que, probablemente, pertenecía a una familia de elevado estatus (Spatafora 2014a: 299).

Entre los elementos cerámicos de esta sepultura hay que resaltar la presencia de un *skyphos* miniaturizado de producción ática, que pudo ser un juguete de la pequeña inhumada (fig. 6.23, g). De hecho, en ámbito griego este tipo de cerámicas miniaturizadas —que reproducen a menor escala los vasos de los adultos—, en ocasiones, eran utilizadas por los niños y niñas para jugar y aprender imitando las acciones de sus mayores. En este sentido, por ejemplo, destacan las jarritas trilobuladas miniaturizadas que se entregaban como regalo a los pequeños de tres años en las fiestas de las *Anthesteria*, celebradas en Atenas en honor a Dionisio, y que estos usaban para beber el nuevo vino junto a los adultos (Dasen 2011b: 55; Neils 2003: 145). Así, el *skyphos* miniaturizado de la T. 74 de Palermo pudo constituir un juguete utilizado para transmitir a la niña durante su breve vida valores relacionados con las prácticas de consumo del vino. Asimismo, si se tiene en cuenta la edad de la difunta, que falleció en torno a los siete-doce años, se puede plantear que esta pudo utilizar la copita en diversas ceremonias y actos de comensalidad, adaptándose su tamaño a las cantidades de bebida alcohólica que podría consumir.

Además de las niñas y niños, algunos individuos juveniles también fueron inhumados en el interior de hipogeos, tal y como muestran las tumbas 49 y 63 del sector de Vivai Gitto. Entre estas destaca la T.63, en la que en el interior de una cámara fueron colocados dos sarcófagos. En el primero, denominado A, fue inhumada una joven junto a un adulto masculino. Como se ha señalado anteriormente, la asociación de dos individuos de distinto sexo en un mismo enterramiento ha llevado a algunos autores a plantear la existencia de relaciones de tipo conyugal entre los sujetos inhumados. Asimismo, en este caso vuelve a darse una diferencia de edad entre el individuo femenino —que es más joven— y el masculino, lo que refuerza la idea de que en Palermo el acceso al matrimonio pudo ser más temprano para las adolescentes femeninas que para sus iguales masculinos. En el segundo sarcófago de esta sepultura, denominado B, fue inhumada de forma individual otra chica que, en este caso, falleció entre los 13 y los 20 años (Di Salvo 1998: 245).

c.4. Las fosas

El último tipo de sepultura que fue utilizado para inhumar a los individuos inmaduros son las fosas simples, directamente excavadas en el terreno de la necrópolis. Numéricamente estas constituyen la tipología menos representativa, tal y como muestra la presencia de solo cuatro individuos infantiles inhumados en esta clase de tumbas y de dos fosas —T.20 y T.12A—, cuyo exiguo tamaño $-0,70 \times 0,24 \text{ m}$ y $1,45 \times 0,4 \text{ m}$, respectivamente— parece indicar que pudieron pertenecer a sujetos de corta edad (tab. 6.12).

Las fosas eran utilizadas para inhumar a niños pertenecientes a la clase *Infans I*, entre mediados del s. VI y el s. V a.C. Por tanto, esta forma de enterramiento fue utilizada de forma sincrónica a los sarcófagos, los *enchytrismoi* y los hipogeos. Los pequeños, habitualmente, eran inhumados en las fosas de forma individual —T. 41 y T.100—, mientras que en una única ocasión se ha documentado la presencia de dos infantiles en la misma sepultura.

Este último caso se corresponde con la T. 104, en la que fueron inhumados dos individuos, que murieron con una edad aproximada entre los cinco y los seis años. La documentación estratigráfica de la sepultura ha demostrado que los dos niños fueron enterrados de forma simultánea (fig. 6.24) (Spatafora 2014a: 296). Estos fueron acompañados por algunos vasos cerámicos relacionados con el consumo del vino —como una copa *skyphoide*, una copa biansada y otra monoansada y dos

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.100 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IF	Copita 2 <i>Olpai</i> Olla	Tueris cc pv	Contenedor Ocre	f. VI	Spatafora 2010b; 2014a; 2016
2	T.12A 1953 C.Calatafimi -C.Pisani	Probable	IF	Jarrita fayenza Copa (<i>kylix</i>) Copita Jarra Trilobulada Olla (<i>pignatta</i>)	-		f. VI	Tamburello 1968b; 1998b
3	T.104 2001-2009 C.Tuköry	Inf. I (5-6a)	IF	Copa (<i>skyph.</i>) Copa biansada Copa monoansada Ungüent.(<i>Lekyth.</i>) 2 <i>Olpai</i> Olla	Piedra perf.	Espiral Br	s.m. VI- V	Spatafora 2014a; 2016; Spatafora <i>et al.</i> 2019
		Inf. I (5-6a)						
4	T.20 1989-99 C.Tuköry	Probable	IF	Copa (<i>kylix</i>) <i>Oinochoe</i> <i>Olpe</i> Olla	---	---	f. VI-i. V	Di Stefano 2009
5	T.41 1989-99 C.Tuköry	Inf. I (0-6a)	IF	Ungüent.(<i>Lekyth.</i>) Copa (<i>kylix</i>) Copita <i>Oinochoe</i> <i>Olpe</i> Olla	3 o. <i>udjat</i> cc pv	Terrac. antropomorfa	p.c. V	Di Stefano 2009

Tab. 6.12. Palermo. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (finales del s. VI-V a.C.).

olpai– (fig. 6.24, b-c; e-g), pero también por otros vinculados a la elaboración de alimentos, tal y como refleja la presencia de una pequeña olla, que pudo contener alguna comida destinada a los pequeños difuntos (fig. 6.24, h) (Spatafora 2014a: 296). Aparte de estos vasos vinculados con la esfera de la comensalidad, en esta sepultura también fue colocado un *lekythos* que pudo contener aceites y/o ungüentos (fig. 6.24, d). Asimismo, junto a los cuerpos, se localizaron dos elementos de adorno personal: una piedra perforada que pudo funcionar como colgante (fig. 6.24, j) y una espiral de bronce que, probablemente, sirvió para adornar el cabello de uno de los pequeños aquí inhumados (fig. 6.24, i).

Aparte de la T. 104, el resto de individuos infantiles enterrados en fosas también presentaban un rico ajuar. Por ejemplo, el niño o niña inhumado en la T. 41 fue acompañado por un *lekythos* y diversos vasos vinculados al banquete: una *kylix*, una copita, un *oinochoe*, un *olpe* y una olla (Di Stefano 2009: 125-128). Además, el pequeño difunto debió ser inhumado con un collar

compuesto por una cuenta azul de pasta vítrea y tres amuletos con representación del ojo *udjat*. Por último, cabe señalar que junto al pequeño también fue colocada una terracota antropomorfa portando una lucerna sobre su cabeza (Di Stefano 2009: 125-128).

De la misma forma que el niño/a de la T. 41, el individuo infantil de la T. 100 fue inhumado con un collar, en este caso formado por diversas cuentas y un amuleto con representación de la diosa hipopótamo Tueris (fig. 6.25, g). Al pequeño difunto de esta sepultura también debieron hacerle ofrendas de alimentos y bebidas, tal y como muestra la presencia de varios vasos relacionados con la esfera del banquete: dos pequeños *olpai*, una copita y una olla (fig. 6.25, b-e). Por último, entre los objetos documentados en esta sepultura destaca la presencia de un pie de copa que, colocado de forma invertida, fue utilizado como contenedor de ocre (fig. 6.25, f). En relación con este último producto, es interesante señalar que en ámbito fenicio y púnico el ocre era utilizado para maquillar los cadáveres de los difuntos,

Fig. 6.24. Palermo. Doble inhumación infantil en la fosa T.104 de la Caserma Tuköry (a partir de Spatafora 2014a: fig. 6).

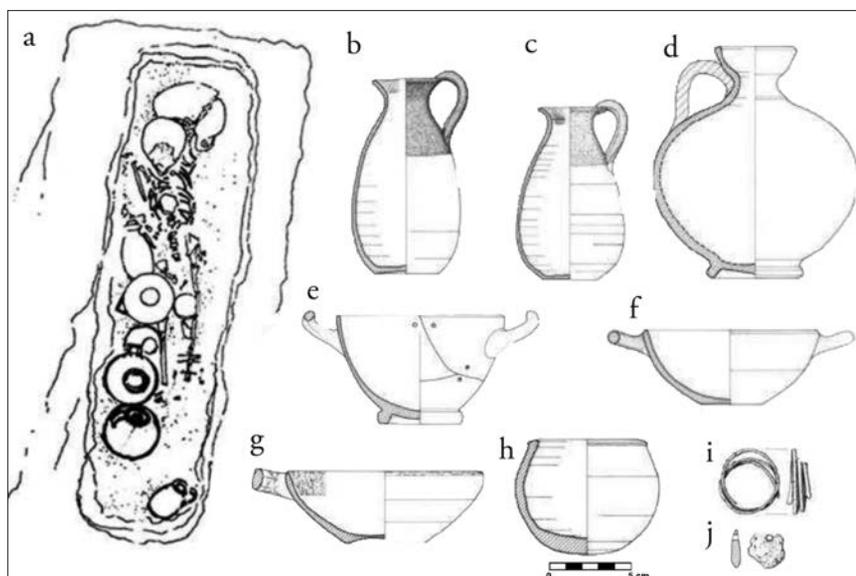
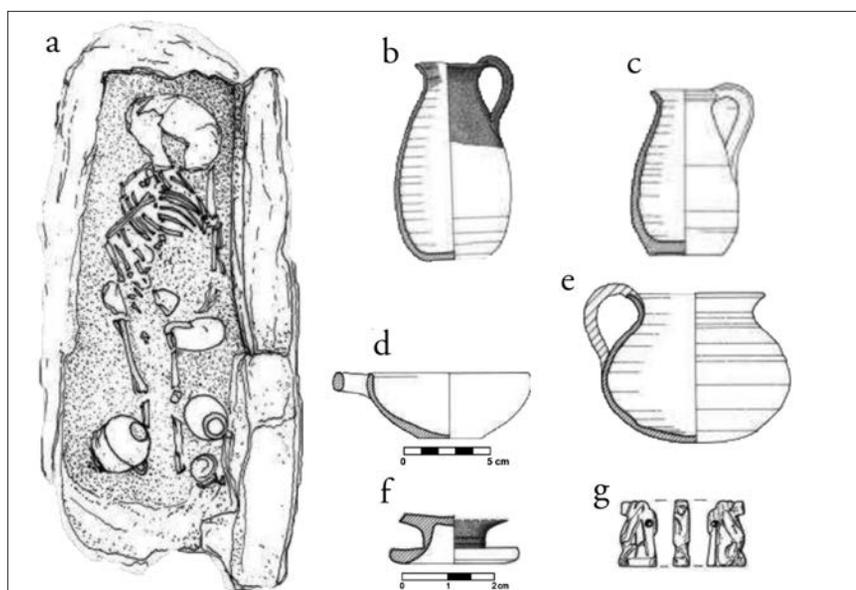


Fig. 6.25. Palermo. Inhumación infantil en la fosa T.100 de la Caserma Tuköry (a partir de Spatafora 2014a: fig. 7).



tal y como sugieren los restos presentes sobre algunos cuerpos inhumados. Asimismo, en algunas tumbas cartaginesas se han documentado algunos recipientes, como cajas de madera y cáscaras de huevo de avestruz, que funcionaron como contenedores de este mismo producto. El valor del ocre ha sido relacionado con su color rojizo, que recuerda al de la sangre, lo que ha llevado a interpretar que pudo estar dotado de propiedades purificadoras (Bénichou-Safar 1982: 260; Bernardini 2004: 145; Spatafora 2014a: 296; López-Bertran 2019a: 298).

De este modo, la presencia de un contenedor de ocre en la T. 100 permite suponer que el cadáver del pequeño pudo ser maquillado, de forma previa al sepelio, con el fin de purificarlo.

d) Las cremaciones secundarias (s. IV-mediados del s. III a.C.)

Aunque en el s. IV a.C. se mantuvo la práctica de la inhumación, durante esta centuria y la siguiente, el ritual de la cremación secundaria sufrió una gran difusión,

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.56 1989-99 C. Tuköry	Inf. I (0-6a)	CSU	Jarra	Copa (<i>Skyph.</i>)	-	-	IV	Di Stefano 2009
2	T.13 1989-99 C. Tuköry	<u>13/A</u> Inf. I (0-6a)	CSU	Jarra Copita (Tap.)	-	Anillo Br Brazalete Br	Aguja Fe	IV	Di Stefano 2009
		<u>13/B</u> Ad. PF							
3	T.39 1989-99 C. Tuköry NMI=9	<u>39/H</u> Inf. I (0-6a)	CSUCH	Olla	*	*	*	IV	Di Stefano 2009
		<u>39/I</u> Inf. I (0-6a)	CSUCH	Jarra	*	*	*		
4	T.50 1989-99 C. Tuköry NMI=14	<u>50/C</u> Ad. F	CSUCH	Ánfora	*	*	*	IV	Di Stefano 2009
		<u>50/D</u> Inf. I (0-6a)							
		<u>50/H</u> Inf. I (0-6a)	CSUCH	Jarra	*	*	*		
		<u>50/I</u> Inf. I (0-6a)	CSUCH	Jarra	*	*	*		
		<u>50/M</u> Inf. II (7-12a) F	CSUCH	Jarra	*	*	*		
5	T.57 1989-99 C. Tuköry NMI=10	<u>T.57/H</u> Inf. I (Neonat)	CSUCH	Jarra	*	*	*	IV	Di Stefano 2009
		<u>T.57/L</u> Juv. (12/13-21 a) F	CSUCH	Jarra	*	*	*		
6	T.28 "Regina" 1980 V.Gitto NMI=39	Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?	IV	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
6	T.28 "Regina" 1980 V.Gitto NMI=39	Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?	IV	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Juv. (12/13-21 a) F	CSUCH	?	?	?	?		
7	T.63 1980 V. Gitto NMI=5	Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?	IV	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
8	T.91 1980 V. Gitto NMI= 20	Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?	IV	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Juv. (12/13-21 a)	CSUCH	?	?	?	?		
9	T.79 1980 V.Gitto NMI= 7	Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?	IV-III	Camerata Scovazzo y Castellana 1981; 1998; Di Salvo 1998
		Inf. I (0-6a)	CSUCH	?	?	?	?		
		Juv. (12/13-21 a) M	CSUCH	?	?	?	?		
10	T.142 2001-2009 C. Tuköry	Inf. I (± 1a)	CSU	-	-	cc Amuleto (?)	-	IV-III	Spatafora 2014a
11	CSU n.e. 1 1953-54	<i>Resti di bambino</i>	CSU	Jarra	-	-	Espiral Br	IV-III	Tamburello 1998b
12	CSU n.e. 2 1953-54	<i>Resti di bambino</i>	CSU	Jarra	-	2 anillos Ag	-	IV-III	Tamburello 1998b

Tab. 6.13 (viene de página anterior). Palermo. Cremaciones secundarias de individuos no-adultos (ss. IV-III a.C.).

siendo también utilizado para tratar los cuerpos de los individuos inmaduros. Reflejo de ello es la presencia de 34 sujetos no-adultos, que fallecieron entre el período neonatal y el juvenil, y fueron enterrados según este rito (tab. 6.13).

Para realizar las cremaciones de los individuos no-adultos se siguió el mismo proceso que en el caso de sus mayores. Los cadáveres eran cremados en piras y los restos óseos resultantes de la incineración recogidos en urnas cerámicas, generalmente en jarras. Para depositar

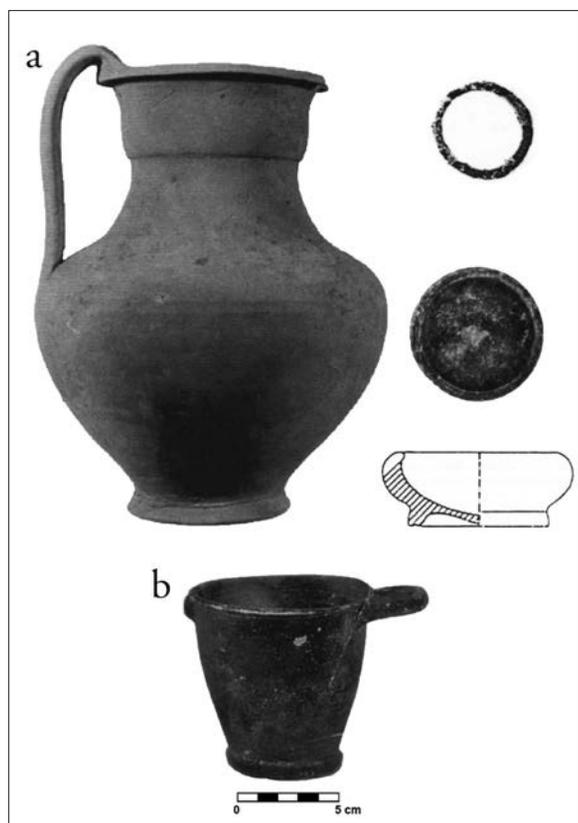


Fig. 6.26. Palermo. Cremaciones secundarias de época helenística de la Caserma Tuköry. a) Urna, tapadera y anillo de bronce de la T.13; b) Copa *Skyphos* de la T.56 (a partir de Di Stefano 2009: 76; 155).

las urnas se siguieron dos procedimientos: en una minoría de casos –15%– eran colocadas en pequeñas cavidades excavadas a poca profundidad en el terreno de la necrópolis, aunque lo habitual –85%– era depositar los contenedores en el interior de cámaras hipogeicas de tipo familiar.

El primer modo de deposición en pequeñas cavidades en el terreno solo se ha documentado en cinco ocasiones: TT.13, 56 y 142 de la Caserma Tuköry y las dos cremaciones en urnas n.e. excavadas en la campaña de 1953-54. Normalmente, los restos cremados de los individuos infantiles eran depositados en urnas de forma individual, aunque en la T. 13 se dio una deposición doble. En esta sepultura fue colocada una jarra, tapada con una copita (Fig. 6.26, a), que en su interior albergaba los restos cremados de un infantil, perteneciente a la clase de *Infans I*, y de un adulto, probablemente femenino (Di Stefano 2009: 76). Esta asociación, como ya se ha visto

con anterioridad, suele interpretarse como la sepultura de una madre con su hijo/a (Spatafora 2014a). Entre las cenizas también se localizaron una aguja de hierro, un anillo en bronce y un brazalete, que debieron constituir los elementos personales de la mujer y/o del pequeño/a aquí depositados (Di Stefano 2009: 76).

Aparte de los elementos ornamentales de la T.13, parece que no fue muy habitual que los individuos inmaduros cremados fueran acompañados por joyas y amuletos. Estos objetos, de hecho, solo se han documentado en otras dos sepulturas. En la T.142, entre las cenizas de un bebé que falleció en torno a la edad de un año, se hallaron una cuenta de collar y un amuleto (Spatafora 2014a: 295) y en las dos cremaciones n.e. de la campaña de 1953-54, entre los *resti di bambino*, se hallaron dos anillos de plata y una espiral de bronce, respectivamente (Tamburello 1998b: 119). Asimismo, en este tipo de sepulturas tampoco era muy común que formaran parte del ajuar vasos cerámicos relacionados con el banquete funerario pues, hasta el momento, únicamente se ha documentado una tumba –T.56 de la Caserma Tuköry– en la que una copa-*skyphos* estaba asociada a los restos óseos cremados de un individuo perteneciente a la clase *Infans I* (fig. 6.26, b) (Di Stefano 2009: 155).

Como se ha señalado, el segundo modo de deposición de las urnas en cámaras hipogeicas de carácter colectivo fue mucho más habitual. Entre estas destaca la T.39 de la Caserma Tuköry, en cuyo interior fueron depositados los restos óseos pertenecientes a dos infantiles (0-6 años), en una olla y una jarra respectivamente. En la cámara de la T.50, también fueron depositadas cuatro urnas que contenían restos óseos inmaduros. En tres de ellas los restos cremados pertenecientes a los infantiles –50H; 50I y 50M– fueron depositados de forma individual, mientras que en un único caso –T. 50C y 50D– se dio una deposición doble que, de nuevo, consistió en la asociación de un infantil con una mujer adulta. Por último, en la T. 57 también fueron depositadas dos jarras: una contenía los restos incinerados de un neonato –57H– y la otra –57L– albergaba los restos de una joven (Di Stefano 2009: 111-125; 138-150; 155-172).

En el sector de Vivai Gitto las cremaciones de los individuos inmaduros también eran introducidas en cámaras sepulcrales de tipo familiar, tal y como muestra el caso de la T.28 “Regina”, en la que fueron colocados nueve recipientes que contenían restos cremados de niños y niñas pertenecientes a la clase *Infans I*. Asimismo, en la T.63 también se depositaron dos urnas con

las cenizas de dos individuos que fallecieron entre el nacimiento y los seis años de edad, mientras que la T. 79 y la T. 91 albergaron una serie de vasos cerámicos que contenían cremaciones pertenecientes tanto a individuos infantiles como a juveniles. En la primera –T. 79– fueron depositados tres recipientes –dos contenían los restos de *Infans I* y otro un juvenil masculino– y en la segunda –T.91– fueron colocadas cinco urnas con las cenizas de individuos de la categoría *Infans I* y otra correspondiente a un juvenil de sexo no determinado (Di Salvo 1998: 244-245).

6.2.4. SOLUNTO

La necrópolis de Solunto fue situada en un área comprendida entre el promontorio de Solànto, lugar donde se fundó el primer asentamiento fenicio a finales del s. VII a.C., y el Monte Catalfano, sobre el que fue reconstruida la ciudad tras ser destruida por los siracusanos a principios del s. IV a.C. (fig. 6.27) (Greco 1997a: 895-896; 2005: 4-5; Spatafora 2009: 224-225; Calascibetta 2010: 53). El terreno en el que se ubicó el cementerio ha sido utilizado a lo largo de los siglos con finalidades agrícolas, lo que ha provocado que la conservación del área funeraria se haya visto comprometida, tanto por los propios efectos derivados de estas labores como por las excavaciones clandestinas. Aparte del deficiente estado de conservación del área funeraria, hay que señalar otros dos aspectos que han limitado el conocimiento que hoy se tiene sobre la misma: en primer lugar, el temprano momento en que comenzaron las excavaciones y, en segundo lugar, el hecho de que la mayor parte de los contextos permanezcan inéditos (Greco 1997b: 25-26; Calascibetta 2010: 54-55; 2019: 166; 2020; 2021).

El cementerio comenzó a ser excavado entre finales del s. XIX y comienzos del s. XX, afectando las primeras campañas a un espacio, denominado Sector 3, donde se documentaron tumbas de época helenística (fig. 6.27, 3) (Salinas 1872: 66-67; 1884; Cavallari 1875; Villa 1993). Tras un largo período de inactividad, entre finales de los años 60 y los 90, se dio un segundo ciclo de trabajos arqueológicos impulsados por la *Soprintendenza ai Beni Culturali e Ambientali di Palermo*, que permitieron documentar una zona, conocida como Sector 2, caracterizada por la presencia de sepulturas datadas desde mediados del s. VI hasta el período helenístico (fig. 6.27, 2) (Tusa 1971; Villa 1993; Greco 1997a; 1997b; 2000; 2005; 2009). Finalmente, el Sector 1 –excavado



Fig. 6.27. Solunto. Planimetría indicando la ubicación del cementerio (a partir de Calascibetta 2010: fig. 1).

en 2009– se corresponde con el área más antigua de la necrópolis, donde se han documentado enterramientos cuya cronología asciende a comienzos del s. VI a.C. (fig. 6.27, 1) (Calascibetta 2010; 2019; 2020; 2021). Por tanto, hasta el momento, se han excavado tres sectores que parecen sugerir que pudo darse un desarrollo horizontal del cementerio. Al parecer, el núcleo funerario más antiguo –Sector 1– fue ubicado en el área meridional de la necrópolis, al noroeste del primer centro fenicio, siendo probable que esta zona fuera progresivamente abandonada a favor de otras más próximas a la nueva ciudad reconstruida sobre el Monte Catalfano, los sectores 2 y 3 (Calascibetta 2009: 633; 2010: 53-54; 59; 2019: 165-166; 177-178).

Los trabajos arqueológicos realizados en las tres áreas han llevado a la excavación de más de 500 sepulturas. Pese a este elevado número de contextos excavados, solo se han publicado algunos trabajos preliminares en los que, principalmente, se hace referencia al tipo de tumbas documentadas en cada sector (Tusa 1971; Villa 1993; Greco 1997a; 1997b; 2000; 2005; 2009; Calascibetta 2009; 2010; 2019; 2020; 2021). Asimismo, se debe señalar que la realización de análisis antropológicos sólo se ha efectuado en el Sector 1 (Di Salvo y Schimmenti 2019). A pesar de estas carencias documentales, la información disponible ha permitido conocer las principales costumbres funerarias de los habitantes del centro desde comienzos del s. VI hasta el s. III a.C.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

Si bien en otras necrópolis sicilianas se han podido establecer diferentes fases de uso según el ritual empleado para dar sepultura a los difuntos, en Solunto el rito prevalentemente utilizado desde principios del s. VI a.C. hasta el III a.C. fue el de la inhumación. Sin embargo, en una minoría de casos, se han documentado sepulturas de cremación que parecen reflejar que este ritual también se practicó durante todo el período en que el cementerio fue utilizado (Calascibetta 2010; 2019: 171; 2020: 1066-1068).

Las tumbas más antiguas documentadas, hasta el momento, han sido localizadas en el Sector 1, que estuvo en uso desde comienzos del s. VI hasta la primera mitad del s. V a.C. En esta área del cementerio se practicaron tanto cremaciones primarias como inhumaciones. Para realizar las cremaciones primarias se seguía un procedimiento análogo al observado en Palermo: se construían piras en fosas simples, de forma oval o subrectangular, sobre las que se colocaban los cadáveres para ser cremados (Calascibetta 2010: 58-59; 2019: 170-171; 2020). Del mismo modo que en la necrópolis palermitana, junto a los restos óseos de los difuntos se colocaron diversos vasos vinculados a la esfera de la comensalidad, como ollas fenicias, *pignatte* de tradición local, platos, jarras trilobuladas, y algunas copas de tradición griega (Calascibetta 2019: 170; 175-176).

En el mismo sector, junto a las cremaciones, también se realizaron enterramientos de inhumación en fosas. Las que pueden fecharse en la fase más antigua pertenecieron, principalmente, a hombres adultos que fueron enterrados sin ningún elemento de ajuar. Otro rasgo peculiar

de estas sepulturas es la posición contraída en la que fueron inhumados algunos de los difuntos (Calascibetta 2019: 170; fig. 5; 2020: fig. 2). Como se ha señalado en el apartado dedicado al estudio de Palermo, el uso de la posición contraída o *rannichiatta* era relativamente frecuente en algunas necrópolis indígenas sicilianas, circunstancia que ha llevado a proponer que las personas así inhumadas en Solunto podrían ser de ascendencia local (Spatafora 2012b: 65; Calascibetta 2019: 170; 2020: 1071-1075). Aparte de la posición en la que fueron inhumados algunos individuos, la presencia de población local entre los difuntos de Solunto también puede apreciarse a partir de ciertos objetos colocados en las sepulturas, como algunos vasos caracterizados por presentar una decoración geométrica pintada, típicamente indígena (Calascibetta 2010: 62; 2019: fig. 9; Spatafora 2012b: 66).

Aunque los datos disponibles reflejan que la coexistencia de la cremación y de la inhumación se dio durante todas las fases de uso de la necrópolis, desde mediados del s. VI a.C. se produjo una intensificación del uso de la inhumación, dándose por tanto el mismo patrón que se observa de manera general durante el período púnico en el Mediterráneo centro-occidental. Asimismo, fue a partir de este momento cuando se dio un incremento de la variabilidad de tipos de tumbas destinados a inhumar a los difuntos. Entre estos destacan las fosas de carácter monumental excavadas en la roca, cuyo uso estaba preferentemente destinado a la realización de inhumaciones individuales. Estas sepulturas, que se definen por presentar dos resaltes laterales destinados a encajar la cobertura, fueron características de los sectores 2 y 3 del cementerio (Greco 1997a: 892-894; 1997b: 30-31; 2000: 1322-1324; 2005: 42; Calascibetta 2010: 54).

Frente a las fosas monumentales utilizadas normalmente para realizar deposiciones individuales, a finales del s. VI a.C. comenzó el uso de las tumbas hipogeicas de carácter colectivo. La utilización más intensa de las cámaras se dio durante el s. V a.C. y el período helenístico, cuando los hipogeos eran constantemente reabiertos para realizar múltiples enterramientos (Greco 1997a: 890). Este tipo de tumbas, también documentadas exclusivamente en los sectores 2 y 3, muestran características similares a las del cementerio palermitano, tal y como refleja su acceso, a partir de un *dromos* caracterizado por la presencia de tres o cuatro escalones (Greco 2000: 1321-1322; 2005: 42; Calascibetta 2010: 54).

Aparte de las fosas monumentales y los hipogeos, durante el período púnico, la inhumación de los difuntos también se realizó en fosas simples excavadas en la tierra o en la roca, estando este tipo de enterramiento presente en los tres sectores del cementerio. Junto a este tipo de sepultura, caracterizado por su sencillez, destaca la presencia de tumbas *a cassone* que, como se verá en el capítulo 7, también fueron utilizadas en algunas necrópolis sardas como Bitia y Othoca. Estas fueron construidas con losas de arenisca local que forraban las paredes de las fosas, formando una especie de caja lítica enterrada (Calascibetta 2019: 171).

Es interesante señalar que en el cementerio de Solunto, durante la primera mitad del s. V a.C., junto a los hipogeos, las fosas y las tumbas *a cassone* que constituyeron tipos habitualmente utilizados en otras necrópolis púnicas del Mediterráneo centro-occidental, algunas personas fueron inhumadas en sepulturas de tradición griega. Reflejo de ello, es la presencia de dos tumbas *alla cappuccina*, ubicadas en el Sector 1 del cementerio (Calascibetta 2010: fig. 6; 2019: 172). Este tipo de enterramiento fue ampliamente utilizado en algunas necrópolis griegas sicilianas, como en la vecina Himera (Vasallo 2010: 68; figs. 10-11). Esta circunstancia, unida al hecho de que los difuntos inhumados en estas sepulturas solo fueron acompañados por vasos cerámicos griegos, ha llevado a plantear que en Solunto debía habitar un grupo de personas de origen griego que, a su muerte, eran enterradas en la necrópolis comunitaria de este centro púnico, pero siguiendo la ritualidad y la materialidad mortuoria propia de sus áreas de origen (Calascibetta 2019: 173; 2020: 1068; 2021: 408).

Aunque desde mediados del s. VI a.C. el ritual de la inhumación fue predominante, durante los siglos V y III a.C., algunos difuntos de la necrópolis soluntina fueron cremados. Como se ha visto, en los cementerios de Mozia y Palermo y, posiblemente, en el de Birgi durante el período helenístico se practicaba el rito de la cremación secundaria, por el contrario, el ritual utilizado en Solunto fue el de la cremación primaria. Con excepción de unos pocos casos procedentes de la necrópolis de Lilibeo (véase § 6.2.5.), donde este rito también se dio de forma minoritaria durante la primera mitad del s. III a.C., en el resto de necrópolis púnicas del Mediterráneo centro-occidental el uso de esta práctica, a partir de finales del s. VI a.C., no fue habitual. Por contra, las cremaciones primarias se realizaron en algunos centros griegos durante el s. V a.C., como Himera (Vasallo 2010: 68; 87), siendo

este ritual ampliamente utilizado en otros cementerios sicilianos como Cefalú, donde este fue el modo más común de dar sepultura a los difuntos entre los ss. IV y III a.C. (Tullio 1980: 83-ss). De esta manera, el uso de las cremaciones primarias en Solunto durante los siglos V y III a.C., podría reforzar la idea de que en este asentamiento pudo habitar un grupo de personas griegas (Calascibetta 2009: 634).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

En el caso de Solunto el estado fragmentario y preliminar de las publicaciones, en las que, normalmente, no se hace referencia a la edad de los difuntos, ha dificultado en gran medida la localización de sepulturas pertenecientes a individuos no-adultos. A esta situación, cabe añadir el hecho de que, hasta el momento, solo se ha realizado el estudio antropológico de los individuos que fueron enterrados en el Sector 1 (Di Salvo y Schimmenti 2019).

a) Representatividad y distribución cronológica

Pese a la escasez de documentación disponible, la revisión de los trabajos publicados hasta la fecha ha permitido localizar en este trabajo la presencia de 18 individuos no-adultos, un probable *enchytrismós* y una sepultura de cremación primaria de época helenística, cuyas exiguas dimensiones parecen indicar que pudo pertenecer a un individuo de corta edad.

Los análisis antropológicos realizados en el Sector 1 han demostrado que del total de 34 individuos documentados en esta área ocho eran inmaduros, lo que supone que estos representaban el 23,6% de la población enterrada en esta zona del cementerio. Este porcentaje es un poco más elevado que el obtenido en Birgi y algo menor al observado en otros cementerios, como el de Mozia y el de Palermo. Para presentar la edad de los individuos en Solunto también se han utilizado las categorías de Vallois (1960). Según esta categorización, de los ocho no-adultos, cinco habrían fallecido entre el nacimiento y los seis años de edad, dos entre los siete y los doce años y uno durante el período juvenil (Di Salvo y Schimmenti 2019: 192). Así, como es habitual, se observa una mayor incidencia de la mortalidad en los individuos pertenecientes al grupo de edad más joven.

Si bien en los sectores 2 y 3 no se han realizado análisis antropológicos, las publicaciones relativas a los mismos muestran que en estas zonas también se realizaban enterramientos infantiles, lo que parece demostrar

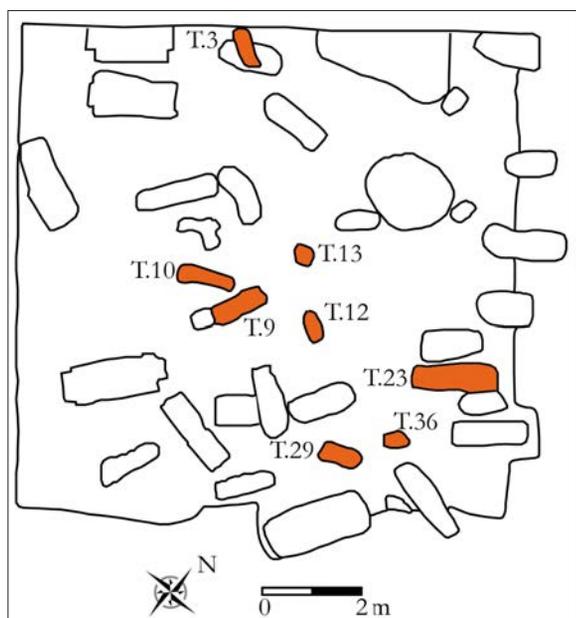


Fig. 6.28. Solunto. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos en el Sector 1 (a partir de Calascibetta 2019: fig. 2).

que los individuos no-adultos de la comunidad soluntina tuvieron derecho a ser enterrados en las tres áreas de la necrópolis excavadas hasta el momento. El análisis de la distribución espacial de las sepulturas pertenecientes a los sujetos no-adultos sólo puede realizarse en el Sector 1 del cementerio. Como puede observarse en la planimetría, parece que en esta zona las tumbas de los sujetos inmaduros se alternaban con las de los adultos, no existiendo un espacio diferenciado destinado a enterrar a los individuos que fallecieron a temprana edad (fig. 6.28).

Generalmente, la documentación publicada sobre las tumbas de los individuos inmaduros se caracteriza por no especificar los elementos de ajuar con que los pequeños fueron enterrados. Esta circunstancia ha impedido datar muchas de las sepulturas en este trabajo. De hecho, no se ha podido localizar ninguna tumba que pueda fecharse durante la primera fase de uso del cementerio, concentrándose todos los enterramientos entre los ss. V y III a.C. No obstante, es probable que esta ausencia de individuos no-adultos durante el s. VI a.C. pueda relacionarse más con una carencia de las publicaciones, que con la exclusión deliberada de los individuos de más corta edad del área funeraria comunitaria durante este período.

En este sentido, se debe tener en cuenta que algunas sepulturas de las que las publicaciones no aportan la cronología –por ejemplo TT. 9, 10, 23, 29 y 36– fueron colocadas en el Sector 1 que, hasta el momento, es el que presenta una datación más elevada de todo el cementerio (Calascibetta 2019: 168). Esta circunstancia, unida al hecho de que la información aportada sobre las cremaciones primarias de época arcaica indica que *la maggior parte delle incinerazioni sono riferibili a individui adulti* (Calascibetta 2019: 170), permite deducir que, al menos, algunas sepulturas de incineración primaria, que aún permanecen inéditas, pudieron pertenecer a individuos que fallecieron antes de alcanzar la edad adulta.

Pese a estas limitaciones, la información disponible hasta el momento consiente realizar algunas observaciones en relación con el tratamiento funerario que recibieron los individuos no-adultos en la necrópolis soluntina entre los siglos V y III a.C. Durante este período, los inmaduros siguieron el ritual de la inhumación que, como se ha señalado, fue el rito prevalentemente utilizado durante toda la fase de uso del cementerio. No obstante, es probable que durante el período helenístico algunos individuos fueran cremados, tal y como parece indicar la fosa de cremación primaria T.3 del Sector 3 que, por sus exiguas dimensiones, posiblemente perteneció a un individuo infantil (Calascibetta 2009: 636).

b) Las inhumaciones (ss. V-III a.C.)

Como se ha indicado, los 18 individuos no-adultos localizados en la necrópolis de Solunto siguieron de forma exclusiva el ritual de la inhumación. Principalmente, fueron inhumados en el interior de ánforas de transporte (63%), aunque en otros casos también fueron enterrados en fosas simples (26%) y en tumbas *a cassone* (11%) (tabs. 6.14-6.16).

b.1. Los *enchytrismoï*

La forma más común de dar sepultura a los individuos no-adultos en la necrópolis soluntina fue la de inhumarlos en el interior de ánforas de transporte, tal y como muestra la presencia de 11 individuos que fueron enterrados según la práctica del *enchytrismós*. Si esta forma de enterramiento en Birgi y en Palermo se dio desde finales del s. VI a.C., en Solunto los *enchytrismoï* más arcaicos han sido datados en el s. V a.C., manteniéndose su uso hasta el s. III a.C. (Calascibetta 2019: 173). A pesar de que solo hay información sobre la edad de dos de los individuos inhumados en las ánforas –TT. 3 y 12–, parece que este tipo de tumba estaba destinada a la inhumación

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.12 2009 Sect. 1	Inf. I (1-2a)	IE	Ánf.com.pún. Sol/Pan 4.2	-	-	-	p.m. V	Calascibetta 2010; 2019; 2020; 2021
2	T.3 2009 Sect. 1	Inf. I (3-4a)	IE	Ánf.com.pún. Sol/Pan 4.3	Jarra fragm. Copa bn	-	-	s.m. V	Calascibetta 2010; 2019; 2020; 2021
3	T.13 2009 Sect. 1	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo no det.	-	Anillo Br	-	V	Calascibetta, 2010; 2019 2020; 2021
4	US 149 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IEDH	Ánf.com.pún. T-7.1.2.1	?	?	?	IV	Greco 1997a; 2000
5	US 178 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IEDH	Ánf.com.griega <i>orlo ad echino</i>	?	?	?	f. IV- i.III	Greco 1997b; 2000
6	US 66 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IEDH	Ánf.com.pún. T-7.2.1.1.	?	?	?	III	Greco 1997a; 1997b; 2000
7	US 67 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IEDH	Ánf.com.pún. T-7.2.1.1.	?	?	?	III	Greco 1997a; 1997b; 2000
8	US 68 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IEDH	Ánf.com.pún. T-7.2.1.1.	?	?	?	III	Greco 1997a; 1997b; 2000
9	US 154 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IE	?	?	?	?	?	Greco 1997b
10	US 155 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IE	?	?	?	?	?	Greco 1997b
11	US 156 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IE	?	?	?	?	?	Greco 1997b
12	US 157 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IE	?	?	?	?	?	Greco 1997b

 Tab. 6.14. Solunto. Tumbas en *enchytrismo* (ss. V-III a.C.).

de infantiles que fallecían a temprana edad dándose, por tanto, el mismo patrón que en los cementerios de Birgi y Palermo (tab. 6.14).

Este tipo de enterramientos en la necrópolis soluntina fueron ubicados en los sectores 1 y 2 (Greco 1997a; 1997b; 2000; Calascibetta 2010; 2019; 2021). Para realizarlos se siguió un procedimiento análogo al observado en Mozia, Palermo y Birgi. No obstante, aquí en ocasiones el corte realizado era tapado con grandes piedras que, aparte de funcionar como elementos de cierre, podían desempeñar la función de marcadores funerarios, que permitirían a

los familiares y seres queridos de los difuntos identificar las tumbas de los pequeños (fig. 6.29, a). En la mayoría de los casos –US 154, 155, 156 y 157 del Sector 2 y TT. 3, 12 y 13 del Sector 1– las ánforas fueron depositadas en exiguas fosas excavadas a poca profundidad en el terreno. Sin embargo, parece que una práctica habitual durante los ss. IV y III a.C. fue la de depositar los recipientes en los estratos superficiales de los *dromos* de acceso a las cámaras hipogeicas, tanto de forma individual –US 149 y 178– (fig. 6.29, a-b), como en agrupaciones –US.66, 67 y 68– (fig. 6.29, c). Esta costumbre de agrupar a los infantiles

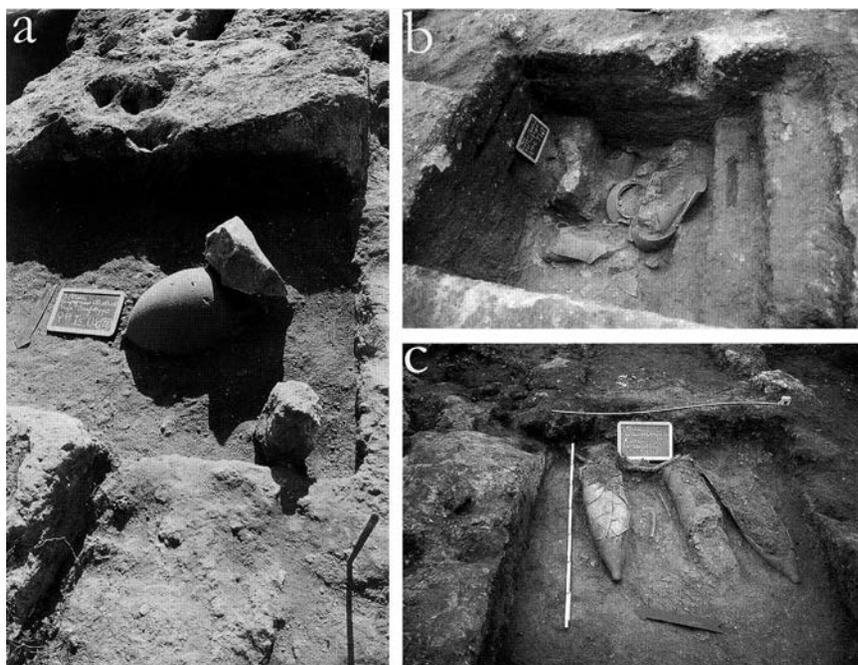


Fig. 6.29. Solunto. *Enchytrismoí*. a) US178; b) US149; c) US66, 67 y 68 (a partir de Greco 1997b: figs. 7; 9).

inhumados en recipientes anfóricos no es una novedad, siendo ya documentada en Mozia, donde existió un sector destinado a enterrar a los pequeños que eran enterrados según la práctica del *enchytrismoí*. Asimismo, como se verá en los siguientes capítulos, en algunas necrópolis sardas e ibicencas también se dio cierta tendencia a agrupar este tipo de enterramientos.

Si bien en Birgi y Palermo para realizar las inhumaciones se utilizaron exclusivamente ánforas púnicas, en Solunto los pequeños también eran inhumados en vasos de procedencia griega. Este es el caso de la US.178 en la que un individuo infantil fue enterrado en el interior de un ánfora magno-griega (Greco 1997b; 2000: 1324; nota 53). Aparte de este ejemplo concreto, parece que el uso de recipientes de transporte griegos para inhumar a los infantiles era relativamente común, tal y como puede desprenderse de la información publicada en un artículo preliminar sobre las excavaciones realizadas en el Sector 2 donde se señala que las *sepulture ad enkytrismós sono contenute in anfore sia puniche che greco-occidentali* (Greco 1997b: 32). De este modo, si se tiene en cuenta que es bastante probable que en Solunto convivieran personas de ascendencia fenicia junto a otras de procedencia griega, se puede hipotetizar que el uso de ánforas de diferente tradición podría utilizarse para señalar la identidad cultural de las familias a las que pertenecían los niños y, por extensión, la de los pequeños.

El estado de las publicaciones sobre la necrópolis soluntina impide hacer demasiadas consideraciones sobre el ajuar característico de estas sepulturas pues, en la mayoría de los casos, no se especifica si los niños fueron acompañados por algún objeto. La excepción la constituyen los *enchytrismoí* excavados en el Sector 1, de los que sí se ha publicado el ajuar. En el caso de la T.3., en el exterior del ánfora, se documentaron una jarrita fragmentada y una copa monoansada de barniz negro, que pudieron ser utilizadas por los familiares y seres queridos del pequeño fallecido para realizar diversas acciones rituales durante el funeral, como libaciones y la posterior rotura ritual de los vasos, tal y como indica el estado fragmentario de la jarra. Por el contrario, en el probable *enchytrismós* T.13 no se documentó ningún vaso cerámico, pero sí un pequeño anillo digital de bronce con un castón oval, que pudo llevar puesto la criatura inhumada en su interior, cuyos frágiles restos óseos no se han conservado (Calascibetta 2021: 406-407; fig. 3).

b.2. Las inhumaciones en fosas

Tras los *enchytrismoí*, las fosas fueron el segundo tipo de sepultura más utilizado para enterrar a los individuos no-adultos en la necrópolis de Solunto, tal y como refleja la presencia de cuatro tumbas en las que fueron inhumados cinco sujetos inmaduros (tab. 6.15). Hasta el momento, solo se ha publicado la edad de dos individuos enterrados en este tipo de sepulcros. Se trata del niño

o niña de la T.36 del Sector 1, que falleció con una edad aproximada de cinco años y de otro individuo infantil de mayor edad, que murió en torno a los ocho y diez años y fue enterrado en la T. 23 del mismo sector. En el resto de fosas –T.63 y T.10– se especifica que los individuos inhumados fallecieron durante el periodo *infantile*, lo que parece mostrar que, en este cementerio, las niñas y niños que murieron antes de alcanzar el período puberal, aparte de ser inhumados en ánforas, también eran enterrados en este tipo de sepulturas.

En cuanto al período en que las fosas fueron utilizadas, a excepción de la T.63 del Sector 2 que ha sido datada hacia mediados del s. IV a.C. (Greco 1997a: 894; 2000: 1323), la cronología de la mayoría de sepulturas –TT. 23, 36 y 10– no ha sido publicada (Calascibetta 2019). Sin embargo, estas fueron ubicadas en el Sector 1, que ha sido datado entre principios del s. VI y la primera mitad del s. V a.C. (Calascibetta 2019: 168), lo que permite suponer que las fosas también debieron ser usadas durante esta época.

En este tipo de tumbas los pequeños fueron inhumados tanto de forma individual –TT. 36 y 10 del Sector 1–, como en sepulturas dobles, junto con adultos u otros individuos infantiles –T. 23 del Sector 1 y 63 del Sector 2–. Entre estas últimas destaca la T.23 del Sector 1, en la que en una fosa simple excavada en la roca fueron inhumados un niño o niña, que falleció con una edad comprendida entre los ocho y los diez años, junto a una mujer adulta. El análisis estratigráfico del contexto parece indicar que el individuo infantil fue depositado en primer lugar. Este fue colocado en decúbito supino y presentaba las piernas cruzadas, lo que permite

hipotetizar que cuando fue depositado en la sepultura estaba envuelto en un sudario. Al parecer, poco tiempo después, la fosa fue reabierta para inhumar a una mujer, cuyo cuerpo fue colocado en posición decúbito lateral derecho con la pelvis situada en correspondencia con la cabeza del niño/a (Calascibetta 2019: 170; fig. 6). El hecho de reutilizar una misma fosa para enterrar a dos individuos que fallecieron durante un corto período de tiempo, unido a la proximidad física con que fueron colocados los dos cadáveres, consiente plantear que las personas aquí inhumadas pudieron mantener en vida algún tipo de relación familiar y/o afectiva, que sus allegados decidieron mantener cuando les llegó el momento de su muerte.

La otra tumba en la que se realizó una inhumación doble es la T. 63 del Sector 2. En este caso se realizaron dos enterramientos infantiles en el interior de una fosa monumental, caracterizada por la presencia de dos resaltes laterales, en los que fue encajada la losa de cobertura. El uso de este tipo de sepulturas para inhumar a individuos infantiles demuestra que las niñas y niños en el cementerio soluntino también eran enterrados en algunos tipos de sepulcros que requerían de una cierta inversión económica. Asimismo, los pequeños inhumados en esta sepultura fueron acompañados por diversos vasos cerámicos relacionados con el banquete, entre los que destaca una olla monoansada, tres *olpai*, una copita de barniz negro y una copita monoansada. Aparte de los objetos colocados en el interior de la fosa, fuera de la misma también se depositaron un *skyphos* y una lucerna de barniz negro, que pudieron ser utilizados para realizar diversos gestos rituales tras el cierre de la tumba (fig. 6.30) (Greco 1997a: 894; 2000: 1323).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.36 2009 Sect. 1	Inf I. (±5a)	IF	-	-	-	p.m. VI?	Calascibetta 2019; 2020
2	T.63 1993 Sect. 2	<i>Infantile</i>	IF	3 <i>Olpai</i> Copita biancada Copita Olla <i>Skyph.</i>	-	Lucerna bn	m. IV	Greco 1997a; 2000
		<i>Infantile</i>						
3	T.10 2009 Sect. 1	<i>Infantile</i>	IF	Biberón	?	?	?	Calascibetta 2019
4	T.23 2009 Sect. 1	Inf. II (8-10a)	IF	?	?	?	?	Calascibetta 2019
		Ad. F						

Tab. 6.15. Solunto. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (s. IV a.C.).

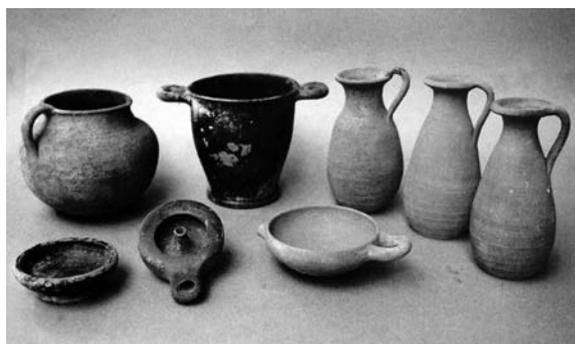


Fig. 6.30. Solunto. Inhumaciones en fosas. Ajuar cerámico de la T. 63 del Sector 2, en la que fueron inhumados dos individuos infantiles (Greco 2000: tav. IV, 4).

Además de estas sepulturas dobles, en las TT. 10 y 36 del Sector 1, fueron inhumados dos niños en fosas de forma individual. En la primera fue enterrado un *individuo infantil* que fue acompañado por un vaso biberón, mientras que en la segunda fue inhumado un niño o niña que falleció en torno a los cinco años de edad (Calascibetta 2019: 168; 175). Aunque en este último caso desconocemos si el pequeño/a fue acompañado por algún elemento de ajuar, es interesante resaltar que su cadáver fue colocado en posición supino-contraída. Como se ha propuesto en el caso de los adultos inhumados en esta postura durante la primera mitad del s. VI a.C., esta gestualidad del cuerpo podría hacer referencia a la ascendencia cultural del pequeño, quien pudo pertenecer a una familia local (Calascibetta 2020: 1069; nota 11).

b.3. Las inhumaciones en tumbas a cassone

El último tipo de sepultura que fue utilizado para inhumar a los individuos inmaduros en la necrópolis de Solunto fue el de las tumbas *a cassone* (tab. 6.16). Este tipo de sepulcro solo ha sido documentado en dos casos. Se trata de *due sepolture infantili* –TT.9 y 29– en las que los individuos fueron inhumados en el interior de fosas, cuyas paredes fueron recubiertas por losas de arenisca, formando una especie de caja lítica enterrada. Asimismo, la cobertura también estaba formada por losas (Calascibetta 2019: 171).

En relación con el sistema de cierre, es especialmente interesante la T.9. Esta sepultura fue cubierta por una pesada cobertura realizada con losas y piedras, que se extendía más allá del límite occidental de la fosa, funcionando también como cobertura para los restos óseos, todavía en conexión anatómica, de una mujer adulta. El análisis estratigráfico de este contexto ha permitido plantear que es probable que, durante la construcción de la T.9, se interceptara una sepultura previa, cuyo material esquelético fue recuperado y recolocado junto a la tumba del niño o niña de forma ordenada. De este modo, este caso vuelve a reflejar la voluntad de que un infantil y una mujer adulta compartieran el mismo espacio sepulcral (Calascibetta 2019: 171).

c) Las cremaciones primarias (s. III a.C.)

Aparte de ser inhumados, es posible que en la necrópolis de Solunto durante el período helenístico algunos individuos no-adultos recibieran sepultura según el ritual de la cremación primaria (tab. 6.17). Hasta el momento, se ha

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.9 2009 Sect. 1	Infantile	ITCas	?	?	?	?	Calascibetta 2019; 2020
2	T.29 2009 Sect. 1	Infantile	ITCas	?	?	?	?	Calascibetta 2019; 2020

Tab. 6.16. Solunto. Inhumaciones infantiles en tumbas *a cassone* (cronología desconocida).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.3 2004-2005 Sect. 3	Probable	CP	Copita bn	-	-	III	Calascibetta 2009

Tab. 6.17. Solunto. Probable cremación primaria infantil (s. III a.C.).

localizado un único caso –T.3 del Sector 3– en el que pudo llevarse a cabo la cremación de un individuo de corta edad. Esta sepultura constituye una fosa rectangular caracterizada por sus exiguas dimensiones –1,1 x 0,42 m–, que sugieren que *potrebbe riferirsi alla cremazione di un individuo di età infantile* (Calascibetta 2009: 636).

El interior de la fosa presentaba evidentes trazas de combustión en las paredes, así como fragmentos de carbón y pequeñas esquirlas óseas. Entre los materiales cerámicos se recuperó un pie perteneciente a una copita de barniz negro, que ha permitido datar el contexto en el s. III a.C. (Calascibetta 2009: 636). Como ya se ha señalado, el ritual de la cremación primaria en época helenística no era muy común en ámbito púnico, siendo más habitual en algunas necrópolis griegas siciliotas, como la de la vecina Cefalù, lo que podría indicar que el niño o niña aquí cremado era de ascendencia griega. Como se verá en el siguiente apartado, en la necrópolis de Lilibeo también se han documentado algunas fosas de cremación primaria de época helenística, cuyas pequeñas dimensiones parecen sugerir que en ellas solo pudieron ser cremados los cuerpos de individuos de pequeña talla, probablemente, niñas y niños que fallecieron a temprana edad (véase tab. 6.23).

6.2.5. LILIBEO

La necrópolis púnica de Lilibeo se extendió al este de las murallas del centro urbano, cubriendo un área de 90.000 m², que se encuentra bajo la actual ciudad de Marsala (fig. 6.31) (Bechtold 1999: 17; Giglio 2016: 102). Esta ubicación del cementerio provocó su temprano descubrimiento en el s. XVIII, momento en el que ya se excavaron de forma clandestina algunas sepulturas (Pace 1919: 82; Whitaker 1921: 126). Las primeras investigaciones arqueológicas en el área funeraria se dieron en 1894, cuando Antonio Salinas realizó excavaciones en un sector de la necrópolis que se corresponde con la actual Via Whitaker. Poco después, en 1903, se excavó otra zona ubicada al sur de la actual Via del Fante, en la que se localizaron hipogeos y fosas de época púnica (Di Stefano 1974: 163).

Entre mediados y finales del s. XX en Marsala se dio una fuerte expansión edilicia que afectó a diferentes áreas del cementerio. Esta situación motivó que, durante este período, se desarrollaran más de sesenta intervenciones arqueológicas de urgencia, cuyos resultados permanecen inéditos o solo han sido publicados de forma preliminar (Bisi 1970; 1971; Bisi y Tusa 1971; Di Stefano 1974; 1984; 1993). Hay que señalar que estas excavaciones,

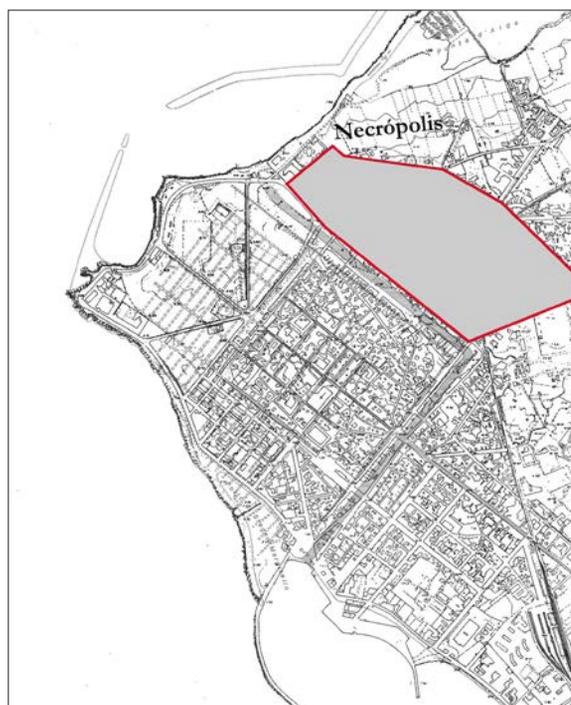


Fig. 6.31. Lilibeo. Planimetría indicando la ubicación del cementerio (a partir de Bechtold 1999: fig. 1).

generalmente, se caracterizaron por ser realizadas de forma apresurada, tras la demolición de los edificios, y sin seguir criterios estratigráficos (Bechtold 1999: 17).

Afortunadamente, en 1999 Babbette Bechtold publicó una monografía que recogía, por primera vez y de forma sistemática, la documentación obtenida en las intervenciones de urgencia efectuadas entre 1987 y 1991 en Via Cattaneo, Via de Gasperi, Corso Gramsci, Via Cicerone y Via Berta (Bechtold 1999). Asimismo, en este volumen se incluyeron los resultados de los análisis antropológicos efectuados en algunos de los sectores estudiados (Becker 1995; 2018). Pese a que han pasado más de 20 años desde su publicación, hoy en día, esta monografía sigue constituyendo la obra de referencia sobre la necrópolis lilibetana.

Durante los últimos años, las exigencias del urbanismo moderno han motivado la realización de nuevas intervenciones de urgencia que, aunque inéditas o publicadas de forma preliminar, han aportado importantes datos antropológicos y arqueológicos que han permitido conocer mejor, tanto a la comunidad enterrada en la necrópolis de Lilibeo como los rituales funerarios seguidos durante el período púnico (Di Salvo 2004; 2016; Giglio y Canzioneri 2009; Giglio 2016).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

La necrópolis púnica de Lilibeo fue utilizada desde la primera mitad del s. IV a.C., cuando se dio la fundación del centro, hasta la conquista romana de la ciudad en el año 241 a.C. (Tisseyre 1995; Giglio 1997; Caruso 1995; Giglio y Vecchio 2000). No obstante, la mayoría de sepulturas de época púnica publicadas hasta el momento han sido datadas a partir del último cuarto del s. IV y, sobre todo, en la primera mitad del III a.C. (Bechtold 1999: 279; Caruso 2000: 224). Durante el período en que el cementerio estuvo en uso, el rito mayoritariamente utilizado para dar sepultura a los difuntos fue el de la inhumación, sin embargo y como ocurrió en otros cementerios sicilianos, desde finales del s. IV a.C. se introdujo de forma gradual el ritual de la cremación (Bechtold 1999: 193-204).

a) Las inhumaciones (primera mitad del s. IV-mediados del s. III a.C.)

Desde que la necrópolis comenzó a utilizarse durante la primera mitad del s. IV a.C., el tipo de tumba más común para enterrar a los difuntos fue el de las fosas simples excavadas en la roca. Como es habitual, estas eran de forma rectangular y solían presentar unas dimensiones medias de 1,8 m de longitud por 0,7 m de anchura. Las fosas, normalmente, estaban destinadas a la inhumación de un único individuo, aunque en algunas se realizaron deposiciones dobles (Di Stefano 1984: 39; Bechtold 1999: 30). En la mayoría de los casos, los cadáveres fueron colocados en posición supina; no obstante, algunas personas fueron enterradas en posición decúbito lateral flexionada. Así, del mismo modo que en otros cementerios sicilianos, como el de Solunto, el uso de esta postura podría hacer referencia a la presencia de gente de origen local en la ciudad que, a su muerte, era enterrada en el espacio funerario comunitario (Spatafora 2012b: 65; Calascibetta 2019: 170).

Es muy probable que en Lilibeo los cadáveres fueran envueltos en sudarios, tal y como parece indicar la posición de los pies de los esqueletos, que suelen documentarse cruzados. Asimismo, la presencia de clavos de hierro, de fragmentos de enlucidos –que pudieron decorar las cajas mortuorias– y de improntas localizadas en torno a algunos cuerpos, parece indicar que también se utilizaron contenedores de madera, como ataúdes y catafalcos, para depositar a los difuntos en el interior de las tumbas (Bechtold 1999: 193-194).

Frente a las fosas, que eran principalmente utilizadas para realizar deposiciones individuales, los enterramientos colectivos, normalmente, se hicieron en cámaras hipogeicas que, en este cementerio, siempre estuvieron destinadas a la realización de inhumaciones múltiples. En comparación con lo observado en las necrópolis de Palermo y Solunto, donde el acceso a las cámaras se realizó mediante un *dromos* escalonado, los hipogeos lilibetanos se caracterizaron por presentar un pozo de acceso vertical, que solía alcanzar entre tres y siete metros de profundidad. Este tipo de sepulturas, generalmente, presentaban una única cámara, aunque también podían tener dos habitaciones excavadas de forma contrapuesta (Di Stefano 1984: 38-39; 1993: 31; Bechtold 1999: 23).

Como en las fosas, los difuntos inhumados en los hipogeos habitualmente fueron colocados en el interior de ataúdes, sobre catafalcos de madera o, como en Palermo, en el interior de sarcófagos líticos. En otras ocasiones, se excavaron fosas en el suelo de las cámaras y nichos en las paredes destinados a contener los cuerpos (Bechtold 1999: 24-25). Otro tipo de sepulturas de carácter colectivo, que pudieron funcionar como panteones familiares, fueron las tumbas a pozo, que podrían definirse como un tipo de sepultura intermedio entre las fosas y los hipogeos. Estas constituyen pozos, como los de acceso a las cámaras hipogeicas, que se caracterizaban por tener una profundidad mayor que las fosas, generalmente, superior a 1,5 m (Bechtold 1999: 30).

b) Las cremaciones (finales del s. IV-mediados del s. III a.C.)

A pesar de que la inhumación fue el rito predominante durante el período púnico, desde finales del s. IV a.C., en la necrópolis de Lilibeo se introdujo de forma gradual el ritual de la cremación. En la mayoría de casos, se practicó la incineración secundaria, siendo depositados los restos cremados de los difuntos en contenedores cerámicos o líticos. Entre los primeros, destaca el uso de ánforas comerciales y domésticas, jarras y ollas, mientras que los segundos constituyen cajas monolíticas esculpidas o talladas en la roca. Una vez recogidos los restos óseos en las urnas, estas se depositaban en el interior de los hipogeos familiares o en fosas y/o cavidades excavadas en el terreno (Di Stefano 1984: 41; Bechtold 1999: 199-200).

Además de la incineración secundaria, una minoría de difuntos eran enterrados siguiendo el rito de la cremación primaria. Como se ha señalado de forma previa, en los cementerios de ámbito fenicio y púnico

este ritual era, sobre todo, utilizado durante el período arcaico, mientras que en época helenística lo habitual era practicar la cremación secundaria. Por el contrario, en algunas necrópolis griegas de ámbito siciliota, el uso de la cremación primaria fue preponderante durante el período helenístico. Así, del mismo modo que en Solunto, el uso de las cremaciones primarias en Lilibeo podría reflejar la presencia de personas de ascendencia griega en la comunidad, quienes, tras su muerte, habrían sido enterrados en la necrópolis comunitaria (Bechtold 1999: 198-199).

La hipótesis sobre la presencia de grupos de origen griego en esta ciudad toma fuerza si se considera que algunas de las inscripciones grabadas en los marcadores de la necrópolis, así como también en las puertas de acceso a ciertas cámaras hipogeicas, presentan antropónimos de origen griego (Marconi 1930: 414). En relación con este aspecto, también se debe señalar que la presencia griega, sugerida tanto por el ritual de la cremación primaria como por el material epigráfico, ha sido recientemente confirmada por las características craneales y postcraneales de algunos individuos que fueron enterrados en la necrópolis: (...) *la faccia di media larghezza e altezza (mesoprosopa); il naso di medie dimensioni (mesorrino), le orbite alte e strette (ipsiconche), la statura media e la corporatura di media robustezza, sono attribuibili a popolazioni di tipologia mediterranea gracile presumibilmente provenienti dalla Grecia e in particolare dal mondo greco coloniale* (Di Salvo 2016: 120; fig. 5). Asimismo, la fuerte influencia helénica en Lilibeo también es palpable en los ajuares presentes en el cementerio, desde el último venenio del s. IV pero, sobre todo, durante la primera mitad del s. III a.C. (Bechtold 1999: 280).

Entre los materiales hallados en las tumbas de la necrópolis lilibetana destaca, sobre todo, la presencia de vasos cerámicos (Di Stefano 1984: 49-68; Bechtold 1999: 195). Entre estos, los más habituales fueron los ungüentarios. Sin embargo, también fueron comunes los relacionados con el banquete, como las jarras, los *olpai*, las copas y copitas de diferentes morfologías, las páteras y los platos de pescado en barniz negro. Asimismo, en algunas sepulturas, junto a los difuntos, fueron colocadas ollas de cocina de diferentes tradiciones, como las cazuelas de tipo griego con sus respectivas tapaderas y las ollas fenicias, caracterizadas por su cuerpo esférico (Bechtold 1999: 211-216).

Junto a estos vasos relacionados con la esfera de la comensalidad, también es frecuente la aparición de recipientes destinados a contener joyas, medicinas y/o diferentes

ungüentos, como las *pissides* cerámicas que fueron características de las tumbas femeninas (Bechtold 1999: 213-216). En comparación con otras necrópolis púnicas sicilianas, como Palermo, en el cementerio lilibetano las joyas y amuletos fueron muy escasos. De hecho, solo se documentan, de forma esporádica, cuentas de collar en pasta vítrea o hueso y algún anillo o amuleto. Frente a esta escasez de elementos vinculados con el adorno y la protección corporal, en este cementerio era más común la presencia de una serie de objetos, de origen helénico que, al parecer, funcionaron como marcadores de género (Di Stefano 1984: 44; 1993: 47).

En las tumbas femeninas era frecuente la colocación de fórceps, espátulas para el maquillaje y espejos. Estos últimos, en ocasiones, protegidos en fundas y/o envolturas de tejidos, fueron colocados a los pies de las difuntas. En relación con el presente trabajo, es especialmente interesante la presencia de fórceps. Algunos autores clásicos, como Sorano de Éfeso y Tertuliano, nos informan sobre que este tipo de objetos eran utilizados en la sociedad romana como herramientas obstétricas para ayudar a la extracción del cráneo y las diversas partes del cuerpo del feto durante las embriotomías (Sorano *Ginecología* III, 3, 19, 9, 61; Tertuliano *Acerca del alma* XXV, 5). Asimismo, en ámbito griego y romano este tipo de elementos, junto a otras herramientas identificadas como espéculos vaginales, se han documentado de forma recurrente en el registro arqueológico siendo interpretados como utensilios médicos que debían ser esenciales durante los partos complicados y los abortos (González Gutiérrez 2015: 224-225). De este modo, la asociación de fórceps a mujeres en algunas tumbas lilibetanas permite sugerir que estos objetos bien podían marcar la profesión de algunas de las difuntas, quienes pudieron ser parteras, bien señalar que murieron como consecuencia de un parto complicado o de una intervención obstétrica, como podría ser una embriotomía.

Frente a las tumbas femeninas, en las masculinas se daba la presencia de estrígilos que, normalmente, eran colocados en las manos de los fallecidos. Aparte de estos elementos que funcionaron como marcadores de género, en la necrópolis lilibetana también era común la deposición de monedas que, en algunos casos, fueron cuidadosamente colocadas en las manos de los difuntos o en vasos cerámicos y saquitos de tela u otros contenedores de naturaleza perecedera, tal y como parece indicar la posición agrupada en la que, en ocasiones, se han encontrado en el interior de las sepulturas (Di Stefano 1984: 44; fig. 21; Bechtold 1999: 212-213).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El estudio de los individuos no-adultos en Lilibeo se ha visto favorecido tanto por la publicación de una monografía, que recoge los datos arqueológicos de las campañas desarrolladas entre 1987 y 1991 (Bechtold 1999), como de diversos estudios antropológicos (Becker 1995; 2018; Di Salvo 2016).

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

A partir de las publicaciones sobre la necrópolis de Lilibeo, en el presente trabajo, se ha podido documentar la presencia de 37 sujetos no-adultos que fueron enterrados en 28 sepulturas y 28 tumbas probables, que pudieron pertenecer a individuos que fallecieron a temprana edad. Estas últimas, principalmente, se corresponden con fosas de pequeño tamaño en las que se practicaron tanto la inhumación como la cremación primaria, que suponen el 68% de los enterramientos probables. Aparte de estas fosas de exiguas dimensiones, también se han considerado sepulturas probablemente infantiles una serie de ánforas, donde no se han conservado restos óseos, pero cuyas características –posición del recipiente, fractura del vaso y, en algunos casos, la presencia de ajuar– permiten suponer que funcionaron como *enchytrismo*. Estas suponen el 32% del total de las sepulturas probables. Es importante señalar

que, aparte de los 37 individuos no-adultos localizados a partir de las publicaciones, en el cementerio lilibetano fueron enterrados más individuos que fallecieron a temprana edad, tal y como muestra un reciente estudio antropológico en el que se han identificado 59 sujetos que murieron antes de alcanzar la adultez (Di Salvo 2016). No obstante, los datos arqueológicos relativos a estos enterramientos permanecen inéditos.

Los estudios antropológicos efectuados en el cementerio de Lilibeo han sido realizados por Marshall J. Becker (1995; 2018) y Rosaria Di Salvo (1984; 2016). Los resultados obtenidos por ambos antropólogos parecen reflejar que la representatividad de los individuos no-adultos varía según la muestra analizada. Así, en el estudio realizado por M. J. Becker los sujetos inmaduros suponen el 14% del total de la muestra (Becker 1995; 2018), mientras que en el efectuado por R. Di Salvo se ha obtenido una cifra mayor, pues los individuos no-adultos representaban el 33,5% del total de sujetos analizados (Di Salvo 2016: 118; Spatafora *et al.* 2019: 98). De este modo, si se tiene en cuenta la media obtenida de los dos estudios, parece que los individuos no-adultos en este cementerio suponían, aproximadamente, un 24% de la población enterrada, un porcentaje similar al obtenido en Solunto y un poco inferior al observado en otros cementerios como Mozia y Palermo.

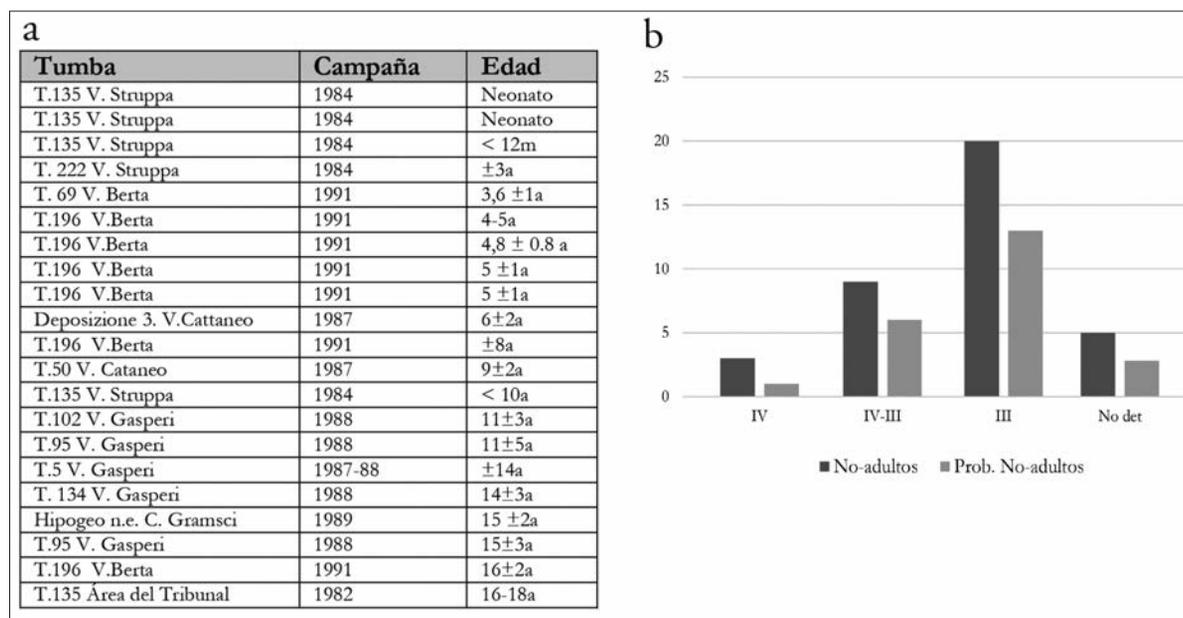
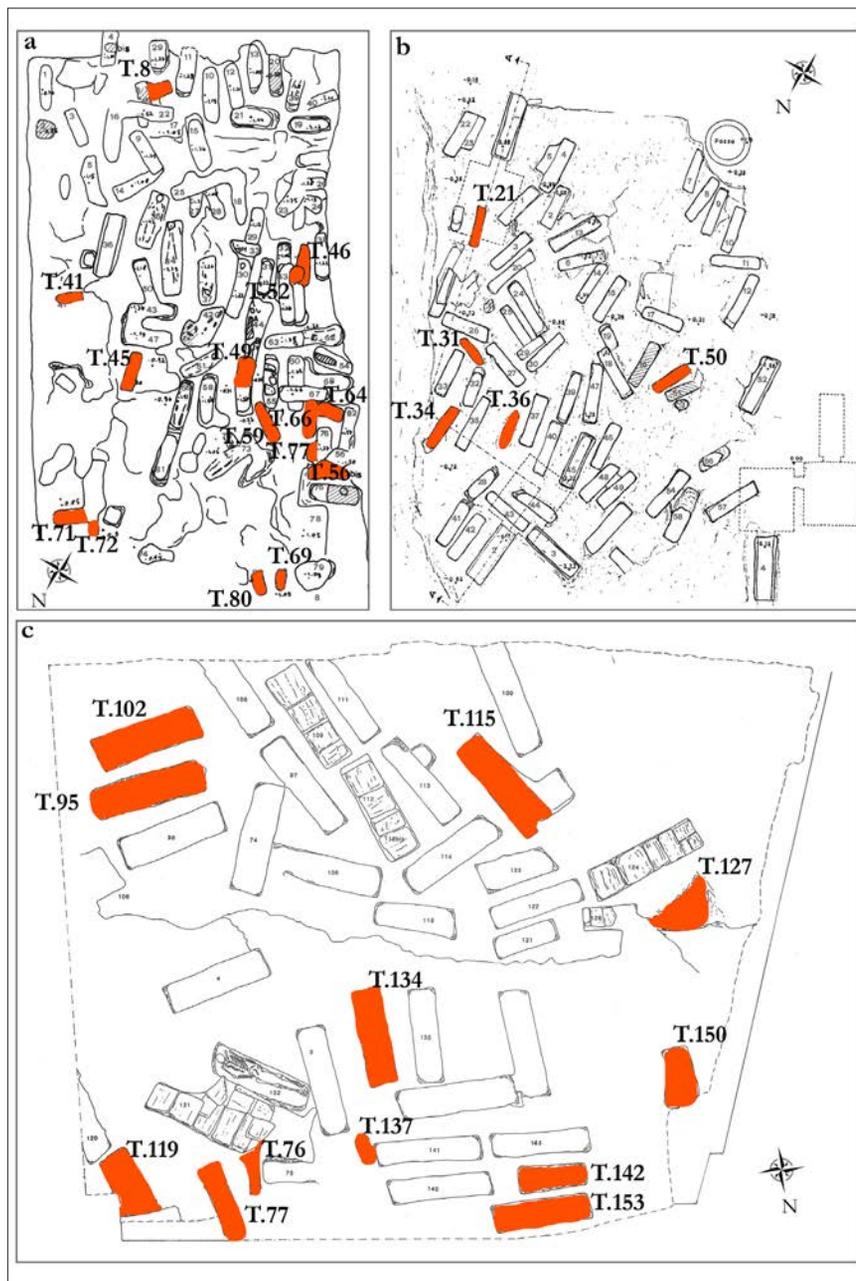


Fig. 6.32. Lilibeo. Representatividad y distribución cronológica de los individuos no-adultos. a) Tabla con las edades de los individuos; b) Gráfico con la distribución cronológica de las sepulturas (referencias bibliográficas en tabs. 6.18-6.23).

Fig. 6.33. Lilibeo. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos. a) Via de Cicerone; b) Via Cattaneo; c) Via de Gasperi (a partir de Bechtold 1999: figs. 69; 75; tav. LXX).



A comienzos de la investigación, M.J. Becker sugirió la ausencia en la necrópolis de individuos menores de 14 años (Becker 1995: 184). Sin embargo, la revisión que este autor ha realizado, recientemente, sobre sus datos (Becker 2018), junto a los resultados publicados por R. Di Salvo (1984; 2016), reflejan que en el cementerio de Lilibeo eran enterrados desde neonatos hasta individuos en edad juvenil (fig. 6.32, a). Si se atiende a la distribución cronológica de

las sepulturas de los individuos no-adultos, puede observarse que estos fueron enterrados en la necrópolis durante todo el período púnico (fig. 6.32, b). No obstante, es interesante señalar que la mayoría de enterramientos se concentran en el s. III a.C., tendencia que parece concordar con las pautas generales del cementerio, donde la mayoría de sepulturas relativas al período púnico han sido datadas en la primera mitad de dicha centuria (Bechtold 1999: 279).

El estudio de la distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos ha permitido localizar un total de 32 sepulcros procedentes de los sectores de Via Cicerone (fig. 6.33, a), Via Cattaneo (fig. 6.33, b) y Via de Gasperi (fig. 6.33, c). La ubicación y distribución de los enterramientos en estos sectores parece demostrar que, en esta necrópolis, del mismo modo que en Palermo y en Solunto, no existía un espacio funerario concreto para inhumar a los individuos que fallecían antes de alcanzar la adultez. De hecho, la ubicación de las sepulturas en estas tres áreas refleja que los individuos inmaduros eran enterrados en diferentes zonas del cementerio, alternándose sus tumbas con las del resto de difuntos.

El último aspecto que parece demostrar que las personas que fallecían a temprana edad en Lilibeo eran aceptadas en el espacio funerario comunitario es el tratamiento funerario que recibían sus cuerpos. Reflejo de ello es que a los individuos no-adultos se les daba sepultura siguiendo las mismas pautas que se daban para enterrar al resto de personas en el cementerio, siendo predominantemente inhumados (89%) y tan solo en una minoría de casos incinerados (11%).

b) Las inhumaciones (mediados s. IV-mediados s. III a.C.)

Los individuos no-adultos que fueron enterrados en la necrópolis de Lilibeo según el ritual de la inhumación, principalmente, fueron colocados en fosas simples (46%), en hipogeos (36%) y en tumbas a pozo (12%). Por el contrario, la práctica menos común fue la de inhumarlos en el interior de recipientes anfóricos, forma de enterramiento que solamente se practicó en el 6% de los casos.

b.1. Las fosas

Desde mediados del s. IV hasta mediados del s. III a.C., la mayoría de individuos inmaduros que recibieron sepultura en Lilibeo fueron inhumados en fosas simples excavadas en la roca. Muestra de ello, es la presencia de 15 sujetos no-adultos enterrados en este tipo de tumba y de 14 fosas que presentan exiguas dimensiones. En este cementerio, la longitud media de las fosas de los adultos era de 1,8 m, mientras que se ha podido calcular que las fosas en las que eran inhumados los individuos inmaduros presentaban una longitud media de 1,4 m. Debido a ello, se han considerado sepulturas probables aquellas fosas en cuyo interior no se hallaron restos óseos y que presentan una longitud igual o inferior a 1,4 m (tab. 6.18). A pesar de que solo hay estimaciones de edad referentes a cuatro sujetos, los datos disponibles

parecen demostrar que en el interior de este tipo de tumbas eran inhumados desde niños/as que fallecieron con edades comprendidas en torno a los tres años hasta juveniles. Asimismo, el hecho de que el resto de individuos hayan sido identificados en las publicaciones, generalmente, como *bambini* también permite suponer que en este tipo de tumbas eran enterrados individuos de corta edad.

Como era habitual en el cementerio lilibetano, los sujetos no-adultos normalmente fueron inhumados de forma individual en el interior de las fosas. De hecho, solo se ha documentado un caso de deposición doble, que se dio de forma escalonada en el tiempo. Se trata de la T. 50 de la V. Cattaneo en la que, en un primer momento, fue inhumada una mujer y, al parecer, poco tiempo después, un niño o niña que falleció en torno a los 9 ±2 años de edad (Bechtold 1999: 296; Becker 1995: 127-128; 2018: 51). Del mismo modo que se ha señalado para otras deposiciones dobles del cementerio palermitano y soluntino, el hecho de reabrir una sepultura para enterrar a dos personas en un breve espacio de tiempo permite sugerir que ambos individuos pudieron mantener algún tipo de relación familiar y/o afectiva.

Para inhumar a los individuos infantiles y juveniles en las fosas sus cuerpos fueron colocados siguiendo la pauta general observada en el cementerio: en posición decúbito supino con los brazos extendidos a ambos lados del cuerpo. En diversos casos, la información publicada ha permitido observar el cuidado con que algunos de los pequeños fueron acomodados en el interior de sus sepulturas. Por ejemplo, en la T. 222 de Via Struppa, en la T. 82 de Via Berta y en la T.134 de la Via de Gasperi, se han documentado fragmentos de enlucido de color rojo, que, posiblemente, pertenecieron a las decoraciones de los ataúdes y/o catafalcos en que los individuos fueron inhumados (Di Stefano 1984: 87-88; Bechtold 1999: 321-322; 355).

Aparte de proteger los cuerpos, depositándolos en contenedores o camas fúnebres de madera, en algunas sepulturas los cadáveres se resguardaron siguiendo otro tipo de mecanismos. Este es el caso de la T. 168 de la Via Berta, en la que el cadáver de un *individuo giovane* fue acostado sobre un sutil estrato de tierra amarillenta (Bechtold 1999: 365). Otro ejemplo que permite ver el cuidado con que los más pequeños de la comunidad lilibetana eran depositados en sus tumbas es la T. 205 del mismo sector, en la que la cabeza de un *bambino* fue cuidadosamente colocada sobre una especie de cojín

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.57 1990 V. Cicerone	<i>Bambino</i>	IF	-	-	-	350-325	Bechtold 1999
2	T.52 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Ungüent. Jarrita	-	-	350-325	Bechtold 1999
3	T.66 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Copita	-	-	350-300	Bechtold 1999
4	T.31 1987 V. Cattaneo	<i>Bambino</i>	IF	7 ungüent. Copita	-	-	320-300	Bechtold 1999
5	T.41 1990 V. Cicerone	<i>Bambino</i>	IF	Frag. Anfóricos	-	-	320-290	Bechtold 1999
6	T.36 1987 V. Cattaneo	Probable	IF	3 ungüent.	-	-	320-280	Bechtold 1999
7	T.222 1984 V. Struppa	±3a	IF	<i>Pisside</i> Biberón	-	7 monedas Frag. enlucido	p. III	Di Stefano 1984
8	T.8 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Ungüent. Jarrita	-	-	300-275	Bechtold 1999
9	T.46 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Frag. Anfóricos	-	Concha	300-275	Bechtold 1999
10	T.21 1987 V. Cattaneo	Probable	IF	4 ungüent. Jarrita	-	-	300-250	Bechtold 1999
11	T.69 1991 V. Berta	3,6±1a	IF	13 ungüent. Copita	-	<i>Pedine fitile</i>	280-260	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
12	T.82 1991 V. Berta	<i>Bambino</i>	IF	8 ungüent. Copita	-	Frag. enlucido	280-260	Bechtold 1999
13	T.194 1991 V. Berta	<i>Bambino</i>	IF	Ungüent. Olla (<i>tegame</i>) Tap.	-	Fórceps	280-260	Bechtold 1999
14	T.174 1991 V. Berta	Probable	IF	8 ungüent.	-	-	280-260	Bechtold 1999
15	T.205 1991 V. Berta	<i>Bambino</i>	IF	3 ungüent.	-	-	280-250	Bechtold 1999
16	T.168 1991 V. Berta	<i>Individuo giovane</i>	IF	2 ungüent.	-	-	280-250	Bechtold 1999

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
17	T.76 1988 V. Gasperi	Probable	IF	4 ungüent.	-	-	280-250	Bechtold 1999
18	T.77 1988 V. Gasperi	Probable	IF	Ungüent.	-	-	280-250	Bechtold 1999
19	T.119 1988 V. Gasperi	Probable	IF	Ungüent.	-	Clavo Fe Mango espejo	280-250	Bechtold 1999
20	T.92 1991 V. Berta	Probable	IF	7 ungüent.	-	-	280-250	Bechtold 1999
21	T.50 1987 V. Cattaneo	9±2a	IF	2 ungüent. Jarrita	-	-	275-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
		45±10a F					300-275	
22	T.134 1988 V. Gasperi	14±3a M	IF	2 ungüent.	-	Fragm. enlucido	270-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
23	T.94 1991 V. Berta	<i>Individuo giovane</i>	IF	Ungüent.	-	-	260-240	Bechtold 1999
24	T.23 1974 V. Gasperi	<i>Bambino</i>	IF	3 ungüent. Vaso miniat. bn <i>Pisside</i> Ollita	-	-	m. III	Di Stefano 1984
25	T.166 1991 V. Berta	<i>Bambino</i>	IF	Ungüent. Jarrita	-	-	No det.	Bechtold 1999
26	T.184 1991 V. Berta	<i>Bambino</i>	IF	-	-	-	No det.	Bechtold 1999
27	T.59 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Fragm. Anfóricos	-	2 conchas	No det.	Bechtold 1999
28	T.71 1990 V. Cicerone	Probable	IF	Fragm. Anfóricos	-	Disquitos hueso	No det.	Bechtold 1999
29	T.150 1988 V. Gasperi	Probable	IF	-	-	-	No det.	Bechtold 1999

Tab. 6.18 (viene de página anterior). Lilibeo. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (mediados del s. IV-mediados del III a.C.).

esculpido en el fondo de la fosa (Bechtold 1999: 376). Por último, se debe señalar que en otras ocasiones los cuerpos de los niños y niñas eran protegidos mediante la colocación de fragmentos anfóricos que cubrían sus

cadáveres, tal y como reflejan la T. 41 y las probables sepulturas infantiles TT. 8, 46, 59 y 71 de la Via Cicerone (Bechtold 1999: 337-342). Como se verá en el capítulo 8, esta última práctica también fue utilizada en

la necrópolis ibicenca del Puig des Molins, entre los ss. IV y III a.C., para salvaguardar los cuerpos de algunos individuos infantiles.

Pasando ahora a los elementos que acompañaban a los individuos no-adultos en sus sepulturas, hay que señalar que entre los vasos cerámicos destaca la presencia de ungüentarios, que aparecen en el 73.33% del total de las sepulturas infantiles seguras. Esta elevada representatividad podría indicar que los perfumes, aceites y otro tipo de ungüentos eran intensamente utilizados en el desarrollo de los rituales funerarios de los individuos que fallecieron a temprana edad. En algunos casos, los ungüentarios fueron colocados en torno a los cuerpos de los pequeños, lo que apoya la idea de que pudieran ser utilizados para ungir sus cadáveres. Por ejemplo, en la T.31 de V. Cattaneo fue inhumado un niño o niña, a la altura de cuya cabeza se depositaron un ungüentario y una copita de barniz negro, siendo situados en torno a su pelvis dos ungüentarios más (Bechtold 1999: 295).

Aparte de ungüentarios, copitas y alguna jarrita, en dos sepulturas fueron colocados vasos de cocina, que podían contener ofrendas alimentarias destinadas a los pequeños. Este es el caso de la T. 194 de Via Berta en la que junto a un *bambino* fue depositada una cazuela de tradición griega (Bechtold 1999: 373) o la T. 23 de Via de Gasperi, donde el niño o niña inhumado fue acompañado por una olla pequeña. Además de la ollita, esta tumba presenta otra serie de recipientes que proporcionan algunos datos interesantes sobre los cuidados recibidos por el individuo aquí inhumado. Entre estos, destaca la presencia de un vasito miniaturizado de barniz negro, muy común en algunos centros griegos sicilianos como Agrigento (Di Stefano 1984: 96-97). Este tipo de vasos, normalmente, han sido interpretados como contenedores de ungüentos medicinales que se puede suponer que, en este caso, pudieron ser utilizados para intentar paliar alguna enfermedad que pudo padecer el niño o niña aquí enterrado (fig. 6.34). En esta sepultura también se depositó una *pisside* de barniz negro, recipiente que en la necrópolis de Lilibeo estaba frecuentemente asociado a las mujeres en sus sepulturas, lo que consiente hipotetizar que podía hacer referencia al sexo femenino del individuo aquí inhumado, que pudo ser una niña.

Este tipo de vaso típicamente femenino también fue colocado en la T. 222 de la Via Struppa en la que pudo ser inhumada una niña que falleció en torno a los tres años de edad. Aparte de la *pisside*, acompañando a la pequeña también fueron colocados un biberón y siete monedas de



Fig. 6.34. Lilibeo. Vasito miniaturizado de la inhumación infantil en fosa T. 23 de Via de Gasperi (a partir de Di Stefano 1984: fig. 55).

bronce que, en el momento del hallazgo, se encontraban reagrupadas en el ángulo NE de la fosa, lo que parece indicar que pudieron ser contenidas en una bolsa o cajita de naturaleza percedera (Di Stefano 1984: 87). Además de las *pissides*, otro tipo de objetos que pudieron hacer alusión al sexo femenino de las pequeñas son los espejos, como el depositado en la probable sepultura infantil T.119 de la V. Gasperi (Bechtold 1999: 320).

Por último, es de especial interés la T. 194 de la V. Berta, en la que acompañando a un *bambino* se colocaron unos fórceps, elemento que, como se ha señalado, también fue característico de algunas tumbas de ciertas mujeres (Bechtold 1999: 373). En este caso no contamos con la edad estimada del infantil aquí inhumado, lo que impide saber si la presencia de este objeto pudo simbolizar que el pequeño murió en un momento próximo al parto o como consecuencia del mismo o si, por el contrario, este elemento se utilizó simplemente para marcar el género femenino de la criatura.

Además de estos objetos que pudieron aludir al género de los niños/as, en algunas sepulturas fueron colocados otro tipo de elementos, cuya función es desconocida. Entre estos destacan una serie de fichas cerámicas que acompañaban al niño o niña inhumado en la T.69 de la Via Berta. La falta de documentación gráfica relacionada con estas *pedine fitile* imposibilita conocer con seguridad la función que pudieron desempeñar, aunque a partir de

algunos paralelos procedentes de tumbas infantiles de necrópolis sicilianas se puede pensar que pudieron ser elementos de juego (Bechtold 1999: 354).

Si en otras necrópolis púnicas sicilianas, como Palermo, la presencia de joyas y amuletos adornando los cuerpos de los pequeños difuntos fue relativamente común, los individuos inmaduros inhumados en Lilibeo siguieron la tendencia general que el resto de difuntos de la necrópolis, pues los ornamentos estuvieron prácticamente ausentes. No obstante, es posible que las conchas documentadas en las tumbas 46 y 59 de la Via Cicerone (Bechtold 1999: 340-341) y una serie de 14 disquitos en hueso perforados que aparecieron en la T. 71 de la misma calle (Bechtold 1999: 342) pudieran formar parte de los collares o brazaletes pertenecientes a los pequeños inhumados en su interior.

b.2. Los hipogeos

Frente a las fosas que, habitualmente, estuvieron destinadas a la deposición de inhumaciones individuales destaca el uso de los hipogeos que, como se ha apuntado, en Lilibeo siempre funcionaron como tumbas colectivas. Según los datos disponibles hasta el momento, este constituyó el segundo tipo de sepultura más común para inhumar a los individuos no-adultos, tal y como muestra la presencia de 12 sujetos que fallecieron con edades comprendidas entre el nacimiento y el período juvenil y fueron enterrados en cámaras hipogeicas (tab. 6.19).

En la mayoría de ocasiones, el elevado número de deposiciones que se efectuaron en las cámaras, junto al hecho de que no se llevara a cabo la documentación antropológica en el momento de la excavación, ha impedido realizar la asociación entre los diferentes objetos depositados en este

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Hipogeo n.e. 1989 C. Gramsci NMI= 4	15±2 a M	ICH	*	*	*	320-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
		+ 3 Ad. M						
2	T.196 1991 V. Berta NMI= 14	5±1a	ICH	*	*	*	310-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
		4-5a	ICH					
		8a	ICH					
		16±2a	ICH					
		5±1a	IPH					
3	T.135 1984 V. Struppa NMI= 10	Catafalco 1 US154 <12m	ICH	<i>Alabastron</i> Jarra	Anillo Br.	Espátula Br. Estrígilo Fe	f. IV-i.III	Di Stefano 1984
		Ad. M >30a						
		Ad. F ±25a						
		Catafalco 2 US155 <10 a	ICH	<i>Biberón</i> <i>Askós</i> <i>Pisside</i>	-	Estrígilo Fe	f. IV-i.III	
		Neonato						
		Ad. F ±30a						
		US153 Neonato	ICH	<i>Botellita</i> <i>Ungüent.</i> <i>Copa (Kylix)</i> Jarra <i>Pisside</i>	-	Cuchillo Fe	p.m. III	
		Ad. M						
		Ad. F						
		Ad. F						
4	n.606 2003-04 C. Gramsci NMI= ?	<i>Infantile</i>	INCH	?	?	?	?	Giglio y Canzioneri 2009
		<i>Infantile</i>						

Tab. 6.19. Lilibeo. Inhumaciones en hipogeos de individuos no-adultos (finales del s. IV-mediados del III a.C.).

tipo de tumbas y las personas inhumadas en su interior. Este es el caso, por ejemplo, del Hipogeo n.e., excavado en el curso Gramsci en 1989, en el que entre finales del s. IV y la primera mitad del s. III a.C., fue inhumado un individuo que falleció con una edad estimada de 15 ± 2 años junto a tres hombres adultos (Becker 1995; 2018; Bechtold 1999: 327-328).

Otro hipogeo utilizado para realizar múltiples deposiciones, entre finales del s. IV y mediados del s. III a.C., fue la T. 196 de la Via Berta. Durante este período, en el interior de la cámara fueron inhumados nueve adultos, tres niños con edades comprendidas entre los cuatro/cinco y ocho años y un individuo, que murió con una edad estimada de 16 ± 2 años. Cuando la habitación funeraria estuvo llena, otro niño o niña, que falleció entre los cuatro y seis años de edad, recibió sepultura en esta tumba, pero en el pozo de acceso a la misma (Becker 1995: 176-181; 2018: 56; Bechtold 1999: 375).

A pesar del estado preliminar de algunas publicaciones, estas permiten observar que en otros hipogeos también fueron enterrados individuos de corta edad. Este es el caso de la T. 203 de la Via Struppa, en la que según los resultados de los análisis antropológicos fueron enterrados

(...) *trenta individui la cui età di morte e compresa fra i pochi mesi e i 55 anni* (Di Salvo 1984: 95). Asimismo, en un artículo preliminar sobre las excavaciones –desarrolladas entre 2003 y 2004– en el Corso Gramsci, se hace referencia a la presencia de dos *individui infantili* que fueron respectivamente enterrados en dos nichos excavados en las paredes de la cámara sepulcral n.606 (Giglio y Canzonieri 2009: 577; fig. 359). Pese a la escasez de información relativa a esta sepultura, el dato aportado es interesante, ya que permite conocer que las niñas y niños, aparte de ser inhumados sobre el suelo de las cámaras de los hipogeos y en los pozos de acceso a las mismas, en ciertos casos, también eran colocados en el interior de pequeños lóculos excavados para ellos en las paredes de las habitaciones sepulcrales.

Afortunadamente, en otras ocasiones, el estado en que se han hallado este tipo de tumbas y su publicación, más o menos detallada, ha permitido reconstruir la secuencia de uso de forma bastante precisa, tal y como refleja la T. 135 de la Via Struppa (fig. 6.35, a). En la cámara de este hipogeo fueron depositados dos catafalcos, de los que solo quedaban algunos fragmentos de madera, clavos de hierro y numerosos pedazos de revoco rojo

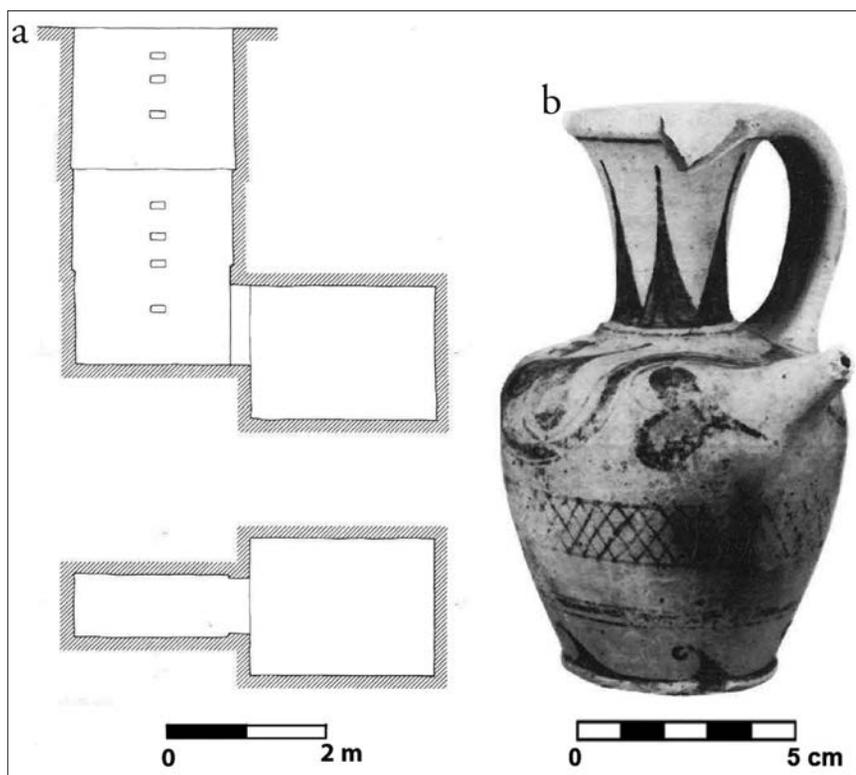


Fig. 6.35. Lilibeo. Hipogeo T.135 de la Via Struppa. a) Sección y planta del hipogeo; b) Vasito biberón que pudo estar asociado a uno de los infantiles inhumados en US155 (a partir de Di Stefano 1984: figs. 47; 49).

(Di Stefano 1984: 81). El primero de ellos –US 154–, colocado a la izquierda de la puerta de acceso a la cámara, parece que pudo albergar un pequeño núcleo familiar, tal y como muestra la presencia de un lactante, que falleció con una edad inferior a los 12 meses, y de un hombre adulto y una mujer que murieron alrededor de los 25-30 años (Di Salvo 1984: 85). Los escasos restos óseos pertenecientes al niño o niña aquí inhumado fueron documentados bajo los de los adultos (Di Stefano 1984: 81), lo que permite suponer que la criatura fue la primera en ser depositada sobre el lecho fúnebre. El ajuar asociado a las tres inhumaciones estaba compuesto por una jarrita ácroma, un *alabastrón*, una espátula, un anillo en bronce y un estrígilo de hierro, que han permitido datar la sepultura entre finales del s. IV e inicios del s. III a.C. (Di Stefano 1984: 81).

A la derecha de la puerta de la cámara fue ubicado el segundo catafalco. Sobre este se realizó una inhumación múltiple, dentro de la que se han podido diferenciar dos estratos. Uno superior –US 153– en el que los restos óseos se documentaron en un estado muy fragmentario y uno inferior –US 155– en el que los huesos presentaban una coloración más rojiza debido al contacto directo con el lecho fúnebre. A pesar del deficiente estado de conservación de los huesos, los análisis antropológicos han demostrado que los primeros inhumados sobre el catafalco –US 155– fueron una mujer de unos 30 años, un niño con una edad inferior a los diez años y un neonato (Di Salvo 1984: 85). Estos fueron acompañados por un vasito-biberón y un *askós* de pequeño tamaño, elementos más o menos habituales en las tumbas infantiles, que pudieron pertenecer a cualquiera de los dos niños (fig. 6.35, b). Entre los objetos del ajuar, también destaca la presencia de una *pisside* ácroma, recipiente que como se ha visto en el caso de las fosas, aparte de ser característico de las sepulturas de mujeres también estuvo presente en algunas tumbas infantiles lilibetanas. Por tanto, esta cajita bien pudo acompañar a la mujer inhumada, bien pudo pertenecer a uno de los niños, pudiendo indicar que, al menos uno de los pequeños inhumados, era una niña. Por último, formando parte del ajuar también se documentó un estrígilo de hierro, elemento que en Lilibeo normalmente acompañaba a los hombres y que, de nuevo, podría constituir un marcador de género de uno de los dos infantiles inhumados.

Tras este primer conjunto de inhumaciones, en el mismo catafalco se realizó un segundo grupo de enterramientos –US 153– en el que fueron depositados los cadáveres

de otro neonato, de un hombre adulto, que falleció con una edad superior a los 50 años, y de dos mujeres (Di Salvo 1984: 85). En torno a ellos, se colocaron una *pisside* que, como en el caso anterior, pudo pertenecer a una de las mujeres o al recién nacido y un cuchillo, que pudo asociarse al hombre, tal y como refleja la presencia de este objeto en otras tumbas masculinas de otras necrópolis púnicas sicilianas, como Palermo. Entre los vasos cerámicos que fueron colocados junto a los difuntos destaca la presencia de una botellita, una jarrita ácroma, una *kylix* y un ungüentario, que han permitido observar que estas deposiciones se realizaron durante la primera mitad del s. III a.C., siendo las más recientes de todo el hipogeo (Di Stefano 1984: 82-84).

b.3. Las tumbas a pozo

Aparte de los hipogeos, el otro tipo de sepulturas utilizado en la necrópolis de Lilibeo para realizar inhumaciones múltiples fueron las tumbas a pozo. Al parecer, no era muy común enterrar a individuos inmaduros en este tipo de estructuras, tal y como muestra la única presencia de cuatro sujetos que fallecieron antes de alcanzar la madurez biológica. Pese a que la muestra es muy reducida, en los tres casos en que se ha podido estimar la edad de los individuos no-adultos, siempre se trata de niños o niñas que casi alcanzaban la pubertad o ya se encontraban en la fase que, actualmente, denominaríamos adolescencia (tab. 6.20).

Del mismo modo que los hipogeos, este tipo de sepulturas fueron utilizadas durante largos periodos de tiempo para realizar enterramientos de forma sucesiva. Esta circunstancia, de nuevo, impide asociar los diferentes objetos hallados con las personas inhumadas. Ejemplo de ello es la T. 95 de la Via de Gasperi en la que, durante la primera mitad del s. III a.C., fueron inhumados un juvenil masculino –15±3 años– y una niña o joven, que falleció con una edad de 11±5 años, junto a dos mujeres y un hombre adulto (Becker 1995: 145; 2018: 58). Otro caso en el que tampoco se han podido asociar los diferentes objetos a las personas inhumadas lo constituye la T. 102 de la Via Gasperi, que fue utilizada, aproximadamente, durante el primer tercio del s. III a.C. para inhumar a dos mujeres en edad adulta junto a una niña o puberal, que falleció con una edad estimada entre los 11±3 años (Becker 1995: 148-149; Bechtold 1999: 317).

El último caso documentado en que en una tumba a pozo fueron inhumados los restos de un individuo inmaduro lo constituye la T. 115 de Via de Gasperi. En esta sepultura, utilizada durante la primera mitad del s. III a.C.,

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.102 V. de Gasperi 1988 NMI= 3	11±3a F + 2 Ad. F	ITP	*	*	*	300-270	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
2	T.95 V. de Gasperi 1988 NMI= 5	15±3a M 11±5a F + 2 Ad. F +1 Ad. M	ITP	*	*	*	300-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
3	T.115a V. de Gasperi 1988 NMI= 4	<i>115c</i> Ad. Anciano F	ITP	<i>Pisside</i> Ungüent.	-	-	300-280	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
		<i>115b</i> Ad. 65+-10a M		Copa bn Taza	-	5 monedas Clavos Fragm. enlucid	290-260	
		<i>115a</i> <i>Bambino</i>		-	-	-	260-240	
		Ad. F						

Tab. 6.20. Lilibeo. Inhumaciones en tumbas a pozo de individuos no-adultos (s. III a.C.).

se han podido diferenciar tres fases de uso que han permitido reconstruir el orden en que fueron depositadas las cuatro personas inhumadas en su interior, siendo posible que estas pertenecieran al mismo grupo familiar. Al parecer, la primera que recibió sepultura –115c– fue una mujer anciana, acompañada por una *pisside* con tapadera que, junto a un unguentario, fue colocada a la altura de su cabeza y que permite datar la sepultura entre el 300-280 a.C. (Becker 1995: 153; 2018: 53; Bechtold 1999: 319). La tumba fue reabierta poco tiempo después –290-260 a.C.– para realizar la deposición de un hombre que también falleció con una edad avanzada –65±10 años– (Becker 1995: 153; 2018: 53). Este fue depositado en el interior de la sepultura dentro de un contenedor de madera, tal y como parece atestiguar la presencia de fragmentos de enlucido y tres clavos que debieron formar parte del ataúd o catafalco. Entre sus piernas fue colocada una copa de barniz negro y cerca de su fémur izquierdo una taza, siendo también depositadas bajo su cráneo cinco monedas (Bechtold 1999: 319). Durante la última fase de uso de la sepultura –260-240 a.C.– fueron inhumados una joven mujer junto a un *bambino* (Becker 1995: 152; 2018: 53). Al parecer, ambos individuos, que podrían ser madre e hijo, fueron enterrados en el mismo momento en posición decúbito supino sin ningún elemento de ajuar,

salvo algunos fragmentos de unguentarios documentados en el relleno de la sepultura cuya presencia, de nuevo, podría evidenciar el uso de aceites y unguentos durante el desarrollo del funeral (Bechtold 1999: 320).

b.4. Las inhumaciones en ánforas

Frente a lo observado en otras necrópolis sicilianas, donde la costumbre de inhumar a los niños y niñas en ánforas estuvo bastante difundida, parece ser que en Lilibeo esta práctica no fue muy común. De hecho, solo se han documentado dos casos seguros en que los cuerpos de dos individuos infantiles, de edad no estimada, fueron introducidos en el interior de recipientes anfóricos (tab. 6.21). La ausencia de análisis antropológicos impide conocer si esta forma de enterramiento estaba destinada a un grupo de edad determinado. Aunque el hecho de que ambos individuos hayan sido descritos como *bambini* permite suponer que, como ocurrió en el resto de centros sicilianos, este tipo de sepultura podía estar reservada a los individuos que fallecían entre el nacimiento y los seis o siete años de edad.

Como se ha visto en otros cementerios de Sicilia, en Lilibeo lo habitual también era que los pequeños fueran inhumados en el interior de recipientes comerciales de tradición púnica. Hasta el momento, solo se ha documentado un probable *enchytrismós* en el que un niño o niña pudo ser inhumado en el interior de un recipiente

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.34 V. Cattaneo 1987	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-7.1.2.1	-	-	-	320-300	Bechtold 1999
2	T.49 V. Cicerone 1990	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.5	-	-	-	310-300	Bechtold 1999
3	T.127 V. de Gasperi 1988	Probable	IE	Ánf.com. Greco itálica	?	?	?	280-250	Bechtold 1999
4	T.137 V. de Gasperi 1988	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.5	Copa	Anillo Br	-	280-240	Bechtold 1999
5	T.64 V. Cicerone 1990	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.5	2 jarritas	-	-	No det.	Bechtold 1999
6	T.142 V. de Gasperi 1988	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	?	?	?	No det.	Bechtold 1999
7	T.153 V. de Gasperi 1988	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	?	?	?	No det.	Bechtold 1999
8	T.56 (Bis) V. Cicerone 1990	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	Vaso fragm. no.id.	-	-	No det.	Bechtold 1999
9	T.72 V. Cicerone 1990	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	Concha	No det.	Bechtold 1999
10	T.77 V. Cicerone 1990	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	-	No det.	Bechtold 1999
11	T.80 V. Cicerone 1990	Probable	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	Ungüent.	-	-	No det.	Bechtold 1999

Tab. 6.21. Lilibeo. Tumbas en *enchytrismoí* (ss. IV-III a.C.).

de diversa procedencia. Se trata de la T.127 de la V. de Gasperi en la que el contenedor utilizado fue un ánfora greco-italica.

Es probable que la baja presencia de *enchytrismoí* en el cementerio lilibetano esté relacionada con los problemas de conservación que suelen presentar este tipo de enterramientos en la mayoría de necrópolis fenicias y púnicas. Habitualmente, las ánforas eran enterradas en fosas excavadas a poca profundidad en el terreno, situación que ha provocado que se hayan visto muy afectadas por diferentes procesos postdeposicionales. Ejemplo de esta

mala conservación de los *enchytrismoí* en la necrópolis objeto de estudio es la presencia de nueve ánforas, que fueron depositadas en fosas simples excavadas a poca profundidad en el terreno y que, probablemente, contenían inhumaciones infantiles que no se han conservado en su interior (tab. 6.21).

A favor de esta hipótesis estaría la posición horizontal en la que se hallaron los recipientes, la existencia de una fractura transversal –en la boca o en el fondo– realizada para introducir el cuerpo del pequeño difunto en su interior y la presencia de piedras o fragmentos anfóricos

a modo de cierre de los vasos. Otra variable que ayuda a identificar estas ánforas vacías como probables enterramientos infantiles es la existencia de ajuar, colocado en el interior del propio recipiente o en torno al mismo. Un ejemplo de estos probables *enchytrismo* lo constituye la T. 34 de la Via Cattaneo, en la que en una fosa excavada en la roca fue depositada, en posición horizontal, un ánfora púnica del tipo T-7.1.2.1 de Joan Ramon. La parte superior del ánfora se había cortado, en sentido transversal, para introducir el cuerpo del niño o niña y, una vez realizada la inhumación, fue cerrada con una pequeña losa calcárea. En torno al ánfora y dentro de la fosa fueron cuidadosamente colocados un *skyphos* de barniz negro, una copita, una jarrita ácroma y un ungüentario (Bechtold 1999: 295) (fig. 6.36). Aparte de este caso caracterizado por la presencia de cuatro recipientes cerámicos, en otros probables *enchytrismo* –T.137 de la Via Gasperi, TT.56(bis), 72 y 80 de la V. Cicerone– se han documentado algunos vasos cerámicos –como copitas y ungüentarios– y otros objetos –como conchas y anillos– que parecen apoyar que estas ánforas vacías pudieron funcionar como ataúdes de individuos infantiles.

c) Las cremaciones (s. III a.C.)

A pesar de que la mayoría de individuos no-adultos enterrados en la necrópolis de Lilibeo siguieron el ritual de la inhumación, cuando se introdujo la cremación, a finales del s. IV a.C., una minoría –11%– de niños, puberales e individuos juveniles fueron enterrados siguiendo el rito de la cremación secundaria. Asimismo, se han identificado una serie de fosas de cremación primaria, cuyo pequeño tamaño sugiere que algunos individuos de corta edad también pudieron recibir sepultura según este ritual.

c.1. Las cremaciones secundarias

La documentación publicada hasta el momento solo ha permitido identificar cuatro individuos no-adultos que fueron enterrados según el ritual de la cremación secundaria. En todos los casos, los cuerpos fueron cremados en un *ustrinum* o pira y, una vez apagado el fuego, los restos óseos fueron recogidos y depositados en un contenedor cerámico (tab. 6.22).

Las cremaciones de los niños y niñas que fallecieron con edades comprendidas entre los cuatro y los ocho años fueron depositadas en ánforas domésticas, mientras que los contenedores utilizados para albergar los huesos incinerados de individuos no-adultos que fallecieron con una edad mayor fueron diferentes. Este es el caso del sujeto que murió en torno a los 14 años de edad y



Fig. 6.36. Lilibeo. Probable *enchytrismós* T.34 de la Via Cattaneo (Bechtold 1999: fig. 11).

fue depositado en la T. 5 de la Via Gasperi, cuyos restos óseos fueron recogidos en un gran contenedor cerámico de tipo no identificado (Bechtold 1999: 307). O el caso de la T. 135 del Área del Tribunal en la que, en el interior de un vaso cerámico que, según su excavadora, *non trova riscontri nella produzione púnica*, fueron depositados los restos cremados de una joven, que falleció en torno a los 16-18 años de edad (Di Stefano 1984: 98-99).

Las urnas, en ocasiones, fueron colocadas en el interior de pequeñas cavidades excavadas en el terreno, como la Deposizione 3 de Via Cattaneo y la T.5 de V. Gasperi. Por el contrario, en dos casos fueron ubicadas en tumbas colectivas, tal y como muestra la T.196/13, donde los restos óseos de un niño o niña de unos cuatro/seis años de edad –contenidos en el interior de un ánfora doméstica– fueron colocados a los pies de uno de los inhumados en el Hipogeo 196 de la Via Gasperi, pudiendo revelar dicha proximidad la existencia de lazos familiares y/o afectivos entre el infantil cremado y la otra persona enterrada (Bechtold 1999: 375). Asimismo, el vaso que contenía los restos cremados de la joven de la T. 135 del Área Tribunal fue colocado en una fosa en la que fueron inhumados cuatro individuos y, al menos, se depositaron dos urnas más. Sin embargo, en la publicación no se hace referencia ni al sexo ni a la edad de los cuatro inhumados ni de los sujetos cuyos restos óseos fueron albergados en las urnas (Di Salvo 1984).

En algunos casos este tipo de enterramientos fueron acompañados por vasos cerámicos, como ungüentarios y jarritas, que pudieron ser utilizados durante las ceremonias rituales desarrolladas durante el sepelio. Siguiendo la pauta general de la necrópolis, en las cremaciones secundarias tampoco era común la presencia de joyas y ornamentos u otros elementos que pudieran estar dotados de cualidades protectoras, siendo la excepción dos anillos

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	DEP. 3 V. Cattaneo 1987	6±2a	CSUFS	Ánf.dom.	Ungüent. 2 jarritas	-	-	300-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
2	T.196/13 Via Berta 1991 NMI= 15	4,8±0,8a	CSUCH	Ánf.dom.	-	2 anillos Br	Astrágalo	280-260	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
3	T.5 V. Gasperi 1987-88	±14a	CSUFS	Gran contenedor (no id.)	Ungüent.	-	Fórceps Fe	275-250	Becker 1995; 2018; Bechtold 1999
4	T.135 A. Tribunal 1982 NMI= 5 + 2 urnas	16-18a F	CSUFS	Cinerario (no id.)	?	?	?	m. III	Di Salvo 1984; Di Stefano 1984

Tab. 6.22. Lilibeo. Cremaciones secundarias en urnas de individuos no-adultos (s. III a.C.).

de bronce y un astrágalo que acompañaban al niño o niña de la T.196/13 de la Via Berta. En último lugar, cabe destacar la presencia de un fórceps de hierro que fue depositado junto a los restos óseos del individuo juvenil de la T.5 de la V. Gasperi. Como se ha señalado, estos objetos que, normalmente, aparecen asociados a mujeres pudieron ser utilizados como herramientas obstétricas. Así, si se tiene en cuenta que la joven aquí enterrada falleció con una edad estimada en torno a los 14 años, podría hipotetizarse que pudo tratarse de una muchacha que pudo morir como consecuencia de algún problema relacionado con un embarazo prematuro.

c.2. Las probables cremaciones primarias

Aparte del ritual de la cremación secundaria, es probable que algunos individuos no-adultos fueran enterrados siguiendo el rito de la cremación primaria. La falta de análisis antropológicos en estas sepulturas impide conocer con seguridad si en ellas fueron cremados individuos de corta edad. Sin embargo, el pequeño tamaño de algunas fosas –con longitudes que oscilan entre los 0,6 m y los 1,2 m– parece indicar que en ellas solo pudieron ser incineradas personas de baja estatura, probablemente niños y niñas (tab. 6.23).

Como ya se ha señalado, este tipo de ritual poco común en las necrópolis púnicas durante el período helénístico y, por el contrario, más habitual en algunas necrópolis siciliotas, podría reflejar la presencia de personas griegas en la comunidad lilibetana y, en este caso concreto, también la presencia de niños y/o personas jóvenes de dicha ascendencia en el cementerio. Los vasos cerámicos vinculados con la esfera de la alimentación, localizados en algunas de estas sepulturas, parecen apoyar dicha hipótesis pues, en los dos casos en que se documentan cerámicas de cocina, se trata de cazuelas de tradición griega.

Aparte de vasos de cocina, entre los recipientes cerámicos que fueron colocados en estas sepulturas destacan los habituales ungüentarios que, en algunos casos –como en la T. 69 de la Via Cicerone–, han aparecido en estado fragmentario y con marcas de combustión (Bechtold 1999: 342). Esto podría indicar que eran arrojados a la fosa de forma simultánea a la realización de la cremación o cuando los restos de la pira aún seguían calientes. En algunas sepulturas también se han hallado copas y jarras, que bien pudieron ser utilizadas para realizar libaciones, bien pudieron contener ofrendas de bebida para los difuntos.

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.45 V. Cicerone 1990	Probable	CP	Ungüent. Copita	-	6 monedas Espejo Br.	300-250	Bechtold 1999
2	T.69 V. Cicerone 1990	Probable	CP	Ungüent. Jarrita Lucerna Tegame Tap.	-	-	300-250	Bechtold 1999
3	T.85 V. Berta 1991	Probable	CP	Ungüent. Ánf.dom. 3 copas Tegame Tap.	-	-	275-250	Bechtold 1999
4	T.116 V. Berta 1991	Probable	CP	Ungüent.	Anillo Br	2 clavos Fe	260-240	Bechtold 1999
5	T.165 V. Berta 1991	Probable	CP	2 ungüent. Lucerna	-	Clavo Fe	260-230	Bechtold 1999

Tab. 6.23. Lilibeo. Probables cremaciones primarias de individuos no-adultos (s. III a.C.).

Por el contrario, únicamente en una tumba se ha localizado un elemento de ornamento. Se trata de un anillo de bronce procedente de la T. 116 de la Via Berta. En otras sepulturas, los difuntos fueron acompañados por otros objetos de fuerte carácter helenizante, como el espejo de bronce de la T. 45 de la Via Cicerone. Por último, cabe destacar la presencia de clavos en dos cremaciones –T. 116 y 165 de la Via Berta– que pudieron pertenecer a algún objeto de naturaleza perecedera, como por ejemplo cajas de madera, que no se han conservado hasta la actualidad.

6.3. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS RITUALES FUNERARIOS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS EN SICILIA

El estudio realizado en los cementerios sicilianos ha permitido localizar, en este trabajo, la presencia de 194 individuos no-adultos y de 44 sepulturas que, probablemente, pertenecieron a niñas y niños. El primer aspecto que se quiere resaltar es que, en todas las necrópolis de esta isla, algunos sujetos inmaduros recibieron sepultura en el mismo espacio funerario que el resto de miembros de la comunidad. Si se atiende a la representatividad de

los individuos según los cementerios, puede observarse que la mayor concentración se ha obtenido en aquellas necrópolis donde se han realizado estudios antropológicos de forma más o menos sistemática. Esta situación es clara en los casos de Mozia y Palermo, donde los individuos no-adultos representaron en torno al 35% y el 28,5% de la población enterrada, respectivamente. Asimismo, cabe destacar que en los centros en los que la documentación bioarqueológica es más escasa, como el de Birgi, el de Solunto y el de Lilibeo, los sujetos inmaduros también estaban bien representados pues suponían, aproximadamente, entre el 19% y el 24% del total de individuos enterrados en las áreas funerarias (tab. 6.24).

En relación con la edad de los pequeños difuntos, los análisis antropológicos también han demostrado que en las necrópolis de Mozia, Palermo y Lilibeo eran enterradas criaturas que fallecieron a muy temprana edad, probablemente, como consecuencia de problemas relacionados con el embarazo y con el parto. Reflejo de ello es la elevada presencia de individuos fetales y perinatales en el cementerio moziense –donde representaron el 44,8% y el 10,3% respectivamente– (Lauria *et al.* 2018a: fig. 4) y en el palermitano, donde los perinatales supusieron el 11% del total de individuos no-adultos enterrados en el Área de la Caserma Tuköry (Spatofora *et al.* 2019: tab. 2). Por tanto,

si bien tradicionalmente se había planteado que los bebés que fallecían a una edad más temprana no habrían tenido derecho a ser enterrados en las áreas funerarias comunitarias, estas cifras reflejan lo contrario. Además, demuestran que incluso las criaturas que fallecían como consecuencia de abortos, partos prematuros y/o complicados o durante sus primeros días de vida, tenían derecho a ser enterradas junto al resto de miembros de la comunidad.

El estudio de la distribución espacial de las sepulturas se ha podido realizar en Mozia, Palermo, Solunto y Lilibeo. Los resultados obtenidos reflejan que, en estos tres últimos cementerios, las tumbas de los individuos no-adultos se alternaban con las de sus mayores en el espacio funerario comunitario, no existiendo áreas funerarias diferenciadas destinadas a enterrar a los individuos que fallecían más temprano. Por el contrario, en el enclave moziense durante el período arcaico se dio la costumbre de enterrar a las niñas y niños en la zona meridional de la necrópolis. Al parecer, esta área constituía un espacio dedicado tanto al enterramiento de individuos infantiles, que fueron inhumados principalmente según la práctica del *enchytrismós*, como de algunas mujeres que pudieron fallecer en un avanzado estado de gestación. Sin embargo, la existencia de este sector no implicó que todas las niñas y niños fueran enterrados en este lugar, pues sus tumbas, en ocasiones, también eran ubicadas en otras áreas de la *necropoli arcaica*, como en el sector oriental (fig. 6.6, c).

Por lo que respecta al tratamiento que recibían los cadáveres de los individuos no-adultos, Mozia también constituye un caso excepcional, pues es el único cementerio donde a los individuos que fallecían de forma prematura se les daba sepultura siguiendo un ritual funerario diferenciado. Como se ha visto, en este centro durante el período arcaico el rito predominantemente utilizado fue el de la cremación secundaria, no obstante, en esta época solo algunos individuos infantiles fueron incinerados (29,5%), mientras que la mayoría fueron inhumados en el interior de vasos cerámicos (70,5%). Al parecer, una de las razones que pudo pautar el modo en que se trataba el cuerpo de los pequeños debió ser la edad que estos tenían al fallecer, pues la inhumación se aplicó principalmente a criaturas que murieron en edad fetal y/o perinatal mientras que, por el contrario, solo se ha documentado un caso en el que una criatura fallecida en edad fetal fue incinerada.

Aunque en Mozia se dieron algunas pautas diferenciadas para tratar los cadáveres de los infantiles, en otras necrópolis se les aplicaba el mismo tratamiento que al resto de los difuntos. Este es el caso de Palermo,

donde durante el período arcaico los niños y niñas –que fallecieron entre el nacimiento y los seis años de edad– eran cremados directamente en fosas, según la práctica de la cremación primaria, que fue el rito más utilizado en este cementerio entre finales del s. VII y mediados del s. VI a.C. En los otros dos cementerios que funcionaron durante el período fenicio –Birgi y Solunto–, por el momento, no contamos con datos que permitan conocer cómo eran tratados los individuos no-adultos tras su muerte.

Un patrón análogo también se observa en el período en el que en las necrópolis sicilianas se dio la generalización de la inhumación –entre mediados y finales del s. VI a.C. y el s. IV a.C.–, siendo los sujetos inmaduros enterrados según dicho ritual. Un dato de especial interés es que, si bien tradicionalmente se había sugerido que las niñas y niños fueron inhumados en los tipos de sepulturas más sencillos, el estudio de los cementerios sicilianos ha demostrado que para depositar los cadáveres de los pequeños se utilizaron diferentes tipos de tumbas que variaron según los cementerios. Esta circunstancia demostraría que, en cada centro, se daban unas costumbres específicas para inhumar a los más jóvenes que, aparte de estar determinadas por la edad de los pequeños, pudieron estar condicionadas por otras circunstancias como su estatus social o su pertenencia a una familia concreta (tab. 6.24).

Así, durante el período púnico, en Mozia continuaron practicándose tanto las inhumaciones en ánforas como en fosas simples excavadas en el terreno. En Birgi, los infantiles también eran enterrados según la práctica del *enchytrismós*, siendo probable que las niñas y niños también fueran inhumados en el interior de sarcófagos líticos. Este último tipo de tumba fue el que gozó de más popularidad para inhumar los cuerpos de los individuos que fallecieron entre el nacimiento y los seis años de edad en la necrópolis palermitana. Sin embargo, en esta área funeraria los pequeños también eran enterrados en recipientes anfóricos, en el interior de cámaras hipogeicas y en fosas simples. En Solunto, la forma más común de darles sepultura fue en el interior de vasos cerámicos, aunque, en una minoría de casos, también fueron inhumados en sepulcros cuya construcción requirió una mayor inversión económica, como fosas de tipo monumental y en tumbas *a cassone*. Por último, en la necrópolis de Lilibeo, los individuos no-adultos eran principalmente enterrados en fosas, en cámaras hipogeicas y en tumbas a pozo, constituyendo la forma menos habitual la de inhumarlos en el interior de recipientes anfóricos.

RITO/TIPO	CS		CP		IE		IF		IS		ICH		ITCas		ITP		Nº Ind.		Representatividad
	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	
NECRÓPOLIS	13	-	-	-	31	1	3	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	35%
MOZIA																	47	2	
Cronología	f. VIII-VII	-	-	-	f. VIII-p.m. VI IV	f. VII-VI IV	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
BIRGI	-	-	-	-	10	-	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	10	2	19%
Cronología	-	-	-	-	V-IV	-	-	-	VI-V	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
PALERMO	34	-	4	1	12	3	4	2	17	4	11	-	-	-	-	-	82	10	28.5%
Cronología	IV-III	-	f. VII-VI	-	f. VI-III	-	VI-V	-	VI-V	-	VI-IV	-	-	-	-	-	-	-	
SOLUNTO	-	-	-	1	11	1	5	-	-	-	-	-	2	-	-	-	18	2	23.6%
Cronología	-	-	III	-	V-III	IV	IV	-	-	-	-	-	?	-	-	-	-	-	
LILIBEO	4	-	-	5	2	9	15	14	-	-	12	-	-	-	4	-	37	28	24%
Cronología	III	-	III	-	f. IV-m. III	IV-III	-	-	-	-	f. IV-m. III	-	-	-	p.m. III	-	-	-	

Tab. 6.24. Rituales y tipos de tumbas utilizados para enterrar a los individuos no-adultos en Sicilia (finales del s. VIII-mediados del III a.C.).

De este modo, si se hace una revisión general de los datos, puede comprobarse que el único tipo de tumba que fue utilizado en todas las necrópolis para enterrar a los individuos inmaduros era el *enchytrismós*. Pese a la utilización común de esta tipología de sepultura en todos los cementerios sicilianos, se observan ciertas diferencias con relación a la temporalidad en la que esta forma de enterramiento fue utilizada. En Mozia su uso comenzó a finales del s. VIII a.C., mientras que en el resto de cementerios no se introdujo hasta finales del s. VI a.C. o inicios del V a.C. En relación con este modo de enterrar a los pequeños, también es interesante señalar que, cuando se presentan estimaciones de edad precisas

sobre los sujetos enterrados en los vasos cerámicos, se ha observado que fue un modo exclusivo de inhumar a niños y niñas que murieron con edades comprendidas entre el nacimiento y los seis o siete años.

Durante el período helenístico, cuando se reintrodujo el ritual de la cremación secundaria, algunos individuos inmaduros fueron enterrados según este rito, que fue especialmente utilizado en la necrópolis de Palermo (tab. 6.13). Asimismo, en el cementerio lilibetano este ritual también fue empleado para tratar los cuerpos de algunos infantiles, adolescentes y juveniles. Por último, hay que añadir que es probable que en los cementerios de Solunto y Lilibeo algunos niños recibieran sepultura según el rito de la cremación primaria, durante el s. III a.C. Como se ha señalado, este ritual fue más característico de los cementerios griegos que de los púnicos, lo que podría indicar que los pequeños así enterrados pudieron pertenecer a familias de ascendencia egea o estrechamente relacionadas con este mundo.

Finalmente, el último aspecto que queda por tratar es el de la cultura material localizada en las sepulturas de los individuos no-adultos. En aquellos casos en que se ha podido observar la presencia o ausencia de objetos hallados en las tumbas, el 86% de sujetos que fallecieron antes de alcanzar la madurez fueron acompañados por algún elemento de ajuar. Aunque, tradicionalmente, se había supuesto que los inmaduros en las necrópolis fenicias y púnicas principalmente fueron acompañados por elementos de adorno personal, siendo, por el contrario, poco habitual que en sus tumbas se depositaran vasos cerámicos, los datos obtenidos de las necrópolis sicilianas muestran una pauta diferente. En estos cementerios la tendencia mayoritaria fue la de colocar recipientes cerámicos (45%), aunque también era frecuente que los no adultos fueran acompañados tanto por cerámicas como por joyas y/o amuletos (39%). Por el contrario, la pauta menos habitual era la de enterrarlos, exclusivamente, con objetos de adorno personal y/o carácter apotropaico (12%).

Entre los vasos cerámicos destacó, sobre todo, la presencia de pequeños recipientes que pudieron estar relacionados con los cuidados que se otorgaban a los cadáveres de forma previa al sepelio, como los ungüentarios y las botellitas (fig. 6.37, a). Asimismo, también fue muy común colocar jarras, copas y cuencos que podían ser utilizados tanto para efectuar libaciones, durante las ceremonias fúnebres, como para realizar ofrendas de bebidas y/o comidas a los difuntos. Con la dedicación de

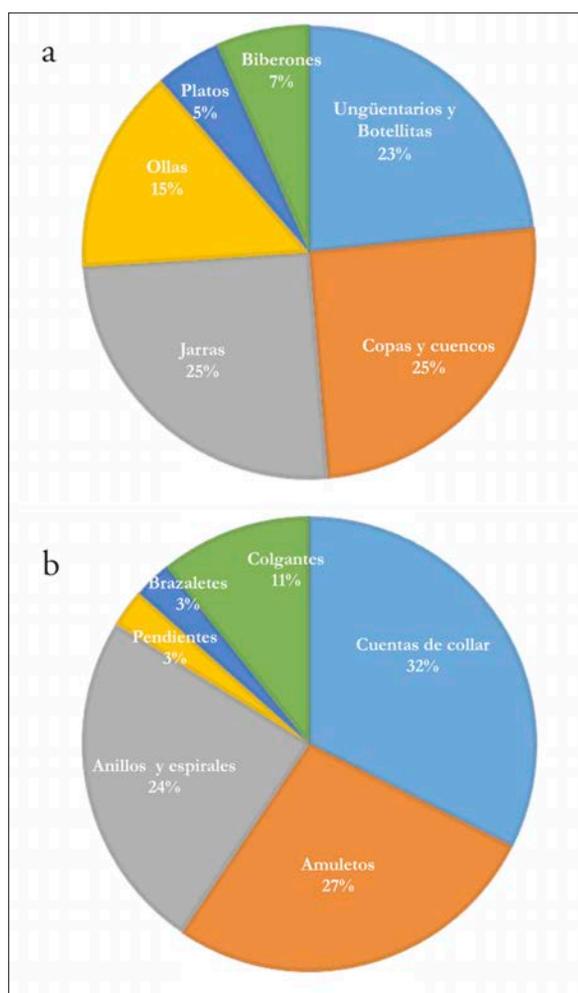


Fig. 6.37. Gráficos con representación de los materiales documentados en las sepulturas de los individuos no-adultos de las necrópolis sicilianas. a) Vasos cerámicos; b) Joyas, amuletos y otros elementos de carácter ornamental y apotropaico.

alimentos a los pequeños en sus sepulturas también podrían relacionarse las ollas de pequeño tamaño, los platos y algunos vasos, directamente vinculados con la alimentación infantil, como los biberones.

Entre los elementos de adorno personal, como las joyas u otros objetos que pudieron estar dotados de carácter apotropaico, los más habituales fueron las cuentas y los amuletos, que podían formar parte de los collares y/o brazaletes que debieron adornar y proteger los cuerpos de los pequeños (fig. 6.37, b). Asimismo, también fue común la presencia de anillos y espirales metálicas, que pudieron funcionar como sortijas o adornar el cabello.

Por el contrario, no fue nada habitual la presencia de brazaletes ni de pendientes, lo cual es extraño si se tiene en cuenta que este tipo de objetos fueron relativamente frecuentes en otras necrópolis analizadas en este trabajo, como el Puig des Molins en Ibiza. En último lugar, cabe señalar que en algunas tumbas, junto a los cuerpos de los niños y niñas, también se han localizado algunos colgantes que pudieron formar parte de los ornamentos destinados a proteger a los más vulnerables y que, al parecer, pudieron ser fabricados en ámbito doméstico, como los dientes de animales, las conchas y las piedras perforadas.

INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN CERDEÑA

En la línea de la complejidad cultural observada en Sicilia, la isla de Cerdeña presenta características similares. A su llegada a este territorio, a finales del siglo IX a.C., los grupos fenicios se encontraron con las poblaciones nativas –los nurágicos– que, durante el Bronce Medio y el Final, se habían organizado en comunidades fuertemente jerarquizadas que ocupaban todo el territorio sardo. Estos encuentros dieron lugar a diversas formas de contacto e interacción entre los recién llegados y las gentes locales, que motivaron el surgimiento de verdaderas comunidades mixtas (van Dommelen 1998: 213; Bernardini 2007; 2017b: 43; Tronchetti 2014: 366; Roppa 2019: 522; Guirguis 2019: 113).

Aunque parece que algunas personas de ascendencia norteafricana ya residían en Cerdeña antes de que se produjera la conquista cartaginesa a finales del s. VI a.C., fue a partir de este momento cuando la mayoría de los grupos procedentes de Cartago y su área de influencia se establecieron en el territorio sardo. Del mismo modo que ocurrió en el caso siciliano, la complejidad sociocultural existente tendrá su reflejo en el modo en que los individuos no-adultos recibieron sepultura, en los tipos de tumbas en que fueron enterrados y en los objetos con que fueron acompañados para emprender su viaje al Más Allá.

7.1. CERDEÑA DURANTE EL PERÍODO FENICIO Y PÚNICO (FINALES DEL S. IX-238 A.C.)

Los migrantes orientales, al llegar al territorio sardo, en ocasiones se asentaron en los poblados nurágicos donde cohabitaron con las personas locales. Este es el caso del asentamiento de Sant’Imbenia donde los recién llegados vivieron perfectamente integrados en la realidad indígena, entre los ss. IX y VII a.C. (Bernardini 2011: 266). Aparte de residir en los poblados nurágicos, durante el s. VIII a.C., los fenicios fundaron algunos centros en las costas sur y suroccidental de la isla, dándose una segunda oleada de fundaciones en la segunda mitad del s. VII a.C. Esta última afectó, principalmente, a la región de Sulcis y al área del Golfo de Oristano, respectivamente situadas en la parte meridional y centro-occidental del territorio insular (fig. 7.1) (Bernardini 2008b: 556-561; Madrigali 2016: 7-8; Guirguis 2017a: 55).

El primer centro fenicio que contó con una fisionomía urbana, ya en la primera mitad del s. VIII a.C., fue Sulky que, del mismo modo que el establecimiento siciliano de Mozia, fue ubicado en una pequeña isla –Sant’Antioco– enfrente de la costa suroeste de Cerdeña (Bartoloni 2004b; Guirguis y Unali 2016; Guirguis 2019: 113). Desde su fundación, este asentamiento fue organizado en



Fig. 7.1. Principales asentamientos fenicios y nurágicos de Cerdeña, finales del s. IX-mediados/finales del s. VI a.C. (a partir de Ialongo 2013: fig. 1; Tronchetti 2014: fig. 15.1).

diferentes espacios funcionales: el área de hábitat y de producción fueron ubicadas en la zona del Cronicario, mientras que el tofet fue situado sobre una baja colina al suroeste del asentamiento. Sobre la necrópolis arcaica de este centro apenas hay documentación, no obstante, el hallazgo de algunos materiales de carácter funerario parece indicar que el cementerio debió localizarse entre el puerto actual y la Via Vittorio Emanuele (Bernardini 2009; Pompianu 2010: 13-14; Tronchetti 2014: 274; Guirguis 2019: 113-114; Roppa 2019: 527-528).

Hasta el momento, el área funeraria más antigua en el suroeste de Cerdeña está representada por el cementerio de San Giorgio di Portoscuso, que fue utilizado hacia mediados del s. VIII a.C. Aunque en la actualidad se desconoce el hábitat al que esta necrópolis debió asociarse, las excavaciones realizadas han evidenciado la presencia de 11 sepulturas de cremación secundaria depositadas en ánforas de tradición fenicia. Aparte de estos vasos, otros recipientes pudieron funcionar como contenedores de los restos cremados de los difuntos, tal y como parece indicar la presencia de dos asas pertenecientes a grandes recipientes

nurágicos, que parecen sugerir que este cementerio también pudo ser frecuentado por personas de origen local (Bernardini 2000: 37; 2017a; Guirguis 2010: 52).

Entre finales del s. VIII a.C. y la siguiente centuria, en algunas áreas del interior insular, pero siempre próximas a la costa, se instalaron los centros de Monte Sirai y Pani Loriga. La fundación de estos dos asentamientos interiores se ha asociado con grupos de personas procedentes de Sulky. El primero de ellos se encuentra en una meseta plana, desde la que es visible la costa meridional de la isla, quedando así el asentamiento conectado visualmente con el islote de Sant'Antioco. Los materiales fenicios y estructuras de hábitat más arcaicas de Monte Sirai han sido datadas a finales del s. VIII a.C., aunque parece que fue durante el s. VII a.C. cuando este centro adquirió una mayor relevancia. Esta fecha coincide con la cronología de las primeras sepulturas registradas en el área funeraria, que no pueden datarse hasta finales del s. VII a.C. (Guirguis 2017c: 150; 153). El sitio de Pani Loriga, ubicado a unos 15 km al oeste de Sant'Antioco, fue fundado aproximadamente un siglo después que el de Monte Sirai. De este sitio se conocen algunas tumbas de cremación arcaicas, mientras que las excavaciones en el asentamiento hasta el momento sólo han sacado a la luz estructuras de la fase púnica (Botto 2012: 269-271).

Paralelamente a la fundación de estos centros interiores, en la costa sur de Cerdeña se establecieron los asentamientos de Nora, Bitia y Cagliari. En Nora se conoce la existencia de un emporio fenicio, que estuvo en funcionamiento entre la segunda mitad del s. VIII y el s. VI a.C., y fue situado en la zona en la que, posteriormente, se establecería el foro romano. La documentación arqueológica disponible ha permitido observar que se trataba de un asentamiento de carácter temporal que, siguiendo un modelo típicamente oriental, probablemente fue establecido en torno a un lugar de culto destinado a garantizar las actividades comerciales (Bonetto 2009: 58; 75-76). Las recientes excavaciones desarrolladas en la necrópolis, además, han permitido localizar algunas cremaciones secundarias, cuyos materiales parecen demostrar que el cementerio fenicio ya estaba en uso a mediados del s. VII a.C. (Bonetto y Botto 2017; Bonetto *et al.* 2017; Bridi y Mazzariol 2018).

Los datos procedentes de Bitia y Cagliari también reflejan que en ambos sitios se dio una frecuentación fenicia durante el s. VIII a.C., no obstante, las evidencias de un hábitat de carácter estable no pueden datarse hasta el último cuarto del s. VII a.C. De Bitia en el período arcaico,

solamente se conoce el tofet de Su Cardolinu y la necrópolis de incineración (Bartoloni 1996: 39-40; 59-60). En Cagliari se han documentado escasas evidencias del primer asentamiento. Sin embargo, las excavaciones de urgencia desarrolladas en la actual ciudad han revelado la presencia de estructuras urbanas que, ya entre finales del s. VII e inicios del s. VI a.C., se extendían de forma paralela a la antigua línea de costa (Stiglitz 2017: 127; 2019: 136-137). En este centro se desconoce el área funeraria arcaica, datándose las primeras inhumaciones del cementerio de Tuvixeddu a partir de finales del siglo VI a.C., momento en que esta ciudad se convertirá en uno de los centros más importantes de la isla (Bartoloni 1981: 19-20; Salvi 2001: 250).

Cambiando de área geográfica, el segundo grupo de asentamientos fenicios en Cerdeña se localizó en torno al golfo de Oristano. Aunque algunos materiales arcaicos documentados en esta zona parecen señalar que, del mismo modo que en la parte meridional de la isla, los fenicios comenzaron a frecuentar la región ya durante el s. VIII a.C., las primeras evidencias de asentamientos estructurados no se pueden datar hasta el s. VII a.C. Entre estos primeros centros destacan Tharros y Othoca. Ambos fueron establecidos en la segunda mitad del siglo VII a.C.: el primero en el cabo San Marco y el segundo en la costa noreste del golfo (Del Vais 2010: 36; Bernardini *et al.* 2014: 3-4; Orsingher 2017: 203-204; Zucca 2017: 195; Del Vais 2019: 74). Tanto Tharros como Othoca han aportado evidencias arqueológicas de sus respectivas áreas funerarias, que datan de finales del s. VII a.C. Asimismo, de Tharros también se conoce el tofet y en Othoca se tienen algunas evidencias sobre el hábitat. En ambos sitios se han documentado materiales fenicios más antiguos, datados entre mediados del s. VIII y la mitad del s. VII a.C., junto a cerámica nurágica de la Edad del Hierro, lo que podría evidenciar una fase previa de interacciones con las gentes nurágicas. Al parecer, estos contactos pudieron pervivir en los dos asentamientos, tal y como evidencia la presencia de diversos materiales locales –como armas y elementos de adorno personal– en algunas sepulturas de ambos centros (Nieddu y Zucca 1991: 115).

Si bien la costa oriental de la isla estuvo menos frecuentada por los migrantes levantinos, en esta zona también se fundaron otros centros como Cuccureddus di Villasimius (Guirguis 2017b: 241), al sureste, y Olbia. De este último asentamiento, ubicado en una bahía protegida en el noreste de Cerdeña, las excavaciones de urgencia

han aportado materiales nurágicos, fenicios y griegos, datados entre mediados del s. VIII y el s. VI a.C. Aunque no hay evidencias estructurales del núcleo urbano hasta que se desarrolló el centro púnico en el siglo IV a.C., los patrones de distribución de la cerámica sugieren la existencia de un puesto comercial, posiblemente fundado por comerciantes extranjeros, quienes mantuvieron relaciones intensas con un asentamiento indígena (D’Oriano 2010: 11). A partir de la cronología de la cerámica fenicia –datada entre el segundo cuarto del VIII y el último tercio del s. VII a.C.– y de la griega –particularmente importaciones jónicas datadas entre el último tercio del VII y finales del s. VI a.C.– se ha propuesto que en este centro se dieron dos fases sucesivas de control de la ciudad: una primera fenicia y una segunda griega (D’Oriano 2010; 2019: 82-83; Roppa 2019: 530).

A partir de mediados del s. VI a.C., Cerdeña entró en el área de influencia cartaginesa. Las fuentes escritas señalan que la primera expedición militar de Cartago en la isla fue realizada bajo la dirección de Malco (*ca.* 540 a.C.), produciéndose poco tiempo después la segunda dirigida por Amílcar y Asdrúbal (*ca.* 520 a.C.), que tuvo como resultado el control de Cerdeña por parte de la metrópolis norteafricana. Sin embargo, es probable que, de forma previa a la conquista cartaginesa, en el territorio sardo ya habitaran personas procedentes de Cartago y su área de influencia, tal y como parece demostrar la presencia de algunas tumbas de inhumación en los cementerios de Monte Sirai (Bartoloni 1998; Guirguis 2010: 180-184; 2011: 2), Pani Loriga (Botto 2008: 1635; 2012: 275-276; 2017: 169), Tharros (Del Vais y Fariselli 2010: 18-20) y Othoca (Del Vais 2012: 457), durante el período arcaico.

Frente a la situación observada en Sicilia donde, al parecer, los cartagineses velaron en favor de los intereses de las ciudades fenicias ante la expansión griega, la intervención repetida en Cerdeña de los ejércitos cartagineses tuvo como objetivo la conquista efectiva y la sumisión de toda la isla (Bartoloni 2017b: 79-80). Este obstinado deseo de Cartago por tomar Cerdeña, probablemente, radicó del propósito de la metrópolis africana de apoderarse de la riqueza agrícola y mineral del territorio y, al mismo tiempo, de eliminar competidores peligrosos en el tráfico del Mediterráneo centro-occidental. Reflejo de ello, sería el primer tratado romano-cartaginés –*ca.* 509 a.C.– a través del que se prohibió a la reciente república del Lacio emprender cualquier actividad comercial con Cerdeña. Asimismo, entre los motivos de Cartago para

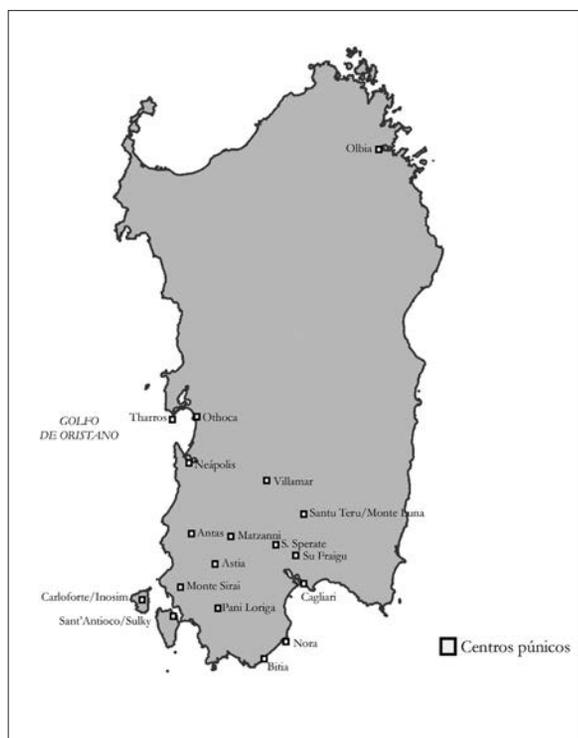


Fig. 7.2. Principales asentamientos púnicos de Cerdeña, mediados/finales del s. VI- mediados del s. III a.C. (a partir de Bernardini 2006b: fig. 1).

hacerse con el control efectivo de esta isla también debió estar la voluntad de eliminar los objetivos expansionistas griegos que, en el caso sardo, se concentraban exclusivamente en el sector noreste, concretamente, en la ciudad de Olbia (Bartoloni 2017b: 80).

La violencia de la invasión cartaginesa en Cerdeña es perceptible en algunos enclaves fundados durante el periodo fenicio. Entre estos destaca el centro de Cuccureddus di Villasimius, que fue incendiado y devastado casi por completo entorno al 540 a.C. (Guirguis 2017b: 242-243). Asimismo, también fueron destruidos muchos asentamientos nurágicos establecidos en el área del Campidano que, siendo la zona más fértil de Cerdeña, fue especialmente importante para los cartagineses para hacerse con los recursos agrícolas sardos. Este interés por la riqueza agrícola del área campidanese motivó que, desde finales del s. VI y durante el s. V a.C., se diera su ocupación por parte de personas de ascendencia norteafricana, quienes se asentaron en esta región, bien sobre preexistentes aldeas nurágicas bien en asentamientos rurales fundados *ex novo*, con el fin de explotar sus fértiles suelos.

Entre los centros que en el período púnico tomaron fuerza en el Campidano destacan San Sperate, Su Fraigu di Serramana, Santu Teru-Monte Luna y Villamar, cuyas necrópolis son reflejo del potencial económico de estos núcleos rurales (fig. 7.2) (Pompianu 2017c: 263-267).

Con la conquista cartaginesa, en la zona meridional de la isla, algunas ciudades que durante el período fenicio no tuvieron mucho peso aumentaron su importancia. Este es el caso de Cagliari cuya situación geográfica, próxima a Cartago pero también a la gran llanura del Campidano, motivó que fuera elegida para desempeñar la función de principal centro recolector de los recursos de la parte sur de la isla (Bartoloni 2017b: 82). Además, algunos centros de fundación fenicia, que en el periodo inmediatamente posterior a la conquista púnica fueron fuertemente penalizados, a partir de finales del s. V y durante todo el s. IV a.C. sufrieron una etapa de revitalización que puede reconocerse en su reestructuración urbana. Reflejo de ello es que, durante la primera mitad del s. IV a.C., algunos asentamientos fueron dotados de murallas—como Cagliari, Sulky, Bitia y Monte Sirai— y en otros —como Nora y Monte Sirai— se llevó a cabo la fundación de santuarios tofets, a partir de los ss. V y IV a.C. Otro de los elementos característicos de esta época será la generalización de las tumbas de tipo hipogeico, que aparecen en la mayoría de las necrópolis sardas durante el período púnico—Cagliari, Sulky, Monte Sirai, Nora y Pani Loriga— presentando diversas variables según las áreas funerarias (Bernardini 2006: 65; 68).

Durante este período, en el área del Golfo de Oristano y en el ángulo noreste del territorio insular, los centros de Tharros, Neápolis y Olbia también fueron dotados de poderosas fortificaciones. Olbia, en particular, se convirtió en el punto de apoyo de la política cartaginesa hacia la costa oriental del mar Tirreno, así como en el baluarte contra cualquier objetivo expansionista por parte de Roma. De hecho, no es casualidad que uno de los primeros eventos militares importantes de la Primera Guerra Púnica, y uno de los pocos relacionados con Cerdeña, fuera una batalla naval que se desarrolló frente a esta ciudad (*ca.* 259 a.C.). En el año 241 a.C., como sucedió en el norte de África, Cerdeña recibió a los exiliados cartagineses de Sicilia. Tras el final de la Primera Guerra Púnica, y según las cláusulas del tratado de paz romano-cartaginés, Cartago se vio obligada a entregar Cerdeña que pasó definitivamente bajo el control romano en el 238 a.C. (Bernardini 2006: 61; Bartoloni 2017b: 100).

7.2. LAS NECRÓPOLIS SARDAS

Gran parte de la información arqueológica existente sobre la isla de Cerdeña, durante el período fenicio y púnico, procede de sus necrópolis (Bartoloni 2004a; Guirguis 2017d). Sin embargo, el estado de la documentación que tenemos sobre las mismas, en la actualidad, no es homogéneo. Esta circunstancia es consecuencia de que algunos cementerios comenzaron a ser excavados de forma muy temprana, siendo también objeto de expolios sistemáticos y sucesivos a lo largo de los siglos. Esta situación es especialmente grave en el caso de Tharros, cuyas dos áreas funerarias –meridional y septentrional– han sido excavadas y expoliadas desde los ss. XVII y XVIII. El deficiente estado de conservación de las necrópolis tharrensas también se ha visto agravado porque muchas sepulturas fueron reutilizadas hasta la época romana imperial, lo que impide establecer la datación de los diferentes enterramientos, en términos cronológicos, en la mayoría de los casos (Fariselli 2008: 1713-1714). Aunque, durante el s. XXI, se han realizado diversos trabajos arqueológicos y antropológicos, que han permitido advertir que algunos individuos no-adultos recibieron sepultura en este centro (Mancinelli 2006: 265; tab.1; Meli *et al.* 2020), el estudio de estos cementerios ha sido excluido del presente trabajo, debido a que los restos óseos inmaduros han sido documentados en cámaras hipogeicas y fosas, que fueron utilizadas durante un amplio período de tiempo, siendo imposible, con la documentación publicada actualmente, establecer si los pequeños fueron enterrados en las sepulturas durante el período púnico o de forma posterior.

Aparte del caso tharrense, la documentación arqueológica disponible sobre la necrópolis de Olbia también es muy fragmentaria. Del mismo modo que en Tharros, este cementerio fue reutilizado durante el período romano, situación que de nuevo impide observar si los individuos inmaduros documentados fueron enterrados durante el período púnico (Levi 1950: 116; Rivara 2004: 222). En último lugar, cabe señalar que en el presente estudio tampoco se ha incluido el análisis del área funeraria de Sulky, ya que, salvo contadas excepciones, los trabajos publicados hasta el momento no suelen hacer referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las tumbas, lo que impide conocer la edad de las personas que recibieron sepultura en este centro (Guirguis y Pla Orquín 2015: nota 11).

Salvo los cementerios de Tharros, Olbia y Sulky, cuyo estudio se ha excluido de la presente investigación, en este trabajo se ha incluido el análisis de las sepulturas de los individuos no-adultos del resto de necrópolis de la isla, que se ha organizado siguiendo un criterio cronológico y regional. Así, en primer lugar, se abordará el estudio de las áreas funerarias de San Giorgio di Portoscuso, Monte Sirai y Pani Loriga, en la región sulcitana. Posteriormente, se analizarán los cementerios de Nora y Bitia, en la costa meridional de la isla, y de Othoca, en el Golfo de Oristano. Por último, se llevará a cabo el estudio de las necrópolis donde sólo se han documentado sepulturas del período púnico, es decir, la de Tuvixeddu, en Cagliari, y las rurales del Campidano.

En el capítulo de Sicilia, la disponibilidad de datos referentes al asentamiento de Mozia permitió hacer un análisis comparativo entre la situación observada en el tofet y la necrópolis. No obstante, la documentación disponible, hasta el momento, en Cerdeña no facilita la realización de este tipo de estudio en ninguno de los centros. Ello es consecuencia de que en los asentamientos donde los santuarios y los cementerios funcionaron de forma sincrónica, al menos durante un período de tiempo –Sulky, Tharros, Bitia, Nora y Monte Sirai– actualmente no contamos con datos antropológicos publicados que permitan realizar un análisis que compare las dinámicas que se daban en los dos espacios.

7.2.1. SAN GIORGIO DI PORTOSCUSO

La necrópolis de San Giorgio di Portoscuso constituye el área funeraria fenicia más antigua de Cerdeña. Esta fue utilizada, hacia mediados del s. VIII a.C., para dar sepultura a los difuntos según el ritual de la cremación secundaria. Actualmente, este cementerio está ubicado bajo el área industrial del Portovesme, en el actual municipio de Portoscuso. De hecho, fue esta localización la que llevó a su descubrimiento y parcial destrucción en 1990, con motivo de unos trabajos realizados para la construcción de una planta de tratamiento de aguas residuales. Aunque no se conoce con seguridad el asentamiento al que perteneció el cementerio, la presencia de una estructura de habitación –ubicada al noreste de la necrópolis– ha llevado a hipotetizar que debió localizarse en el tramo costero que se desarrolla entre el Portovesme y Porto Sa Linna (Bernardini 1997: 57; 2000: 30; fig. 1b; 2017a: 141; Guirguis 2010: 50-51).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Úrna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Cista nº 10 1990	Probable	CSUCL	Ánf.com.fen.	Jarra b. seta Jarra trilobulada Ollita	Másc.silén/dem.	-	m. VIII	Bernardini 1997; 2000

Tab. 7.1. Sant Giorgio di Portoscuso. Probable cremación secundaria de un individuo infantil (mediados del s. VIII a.C.).

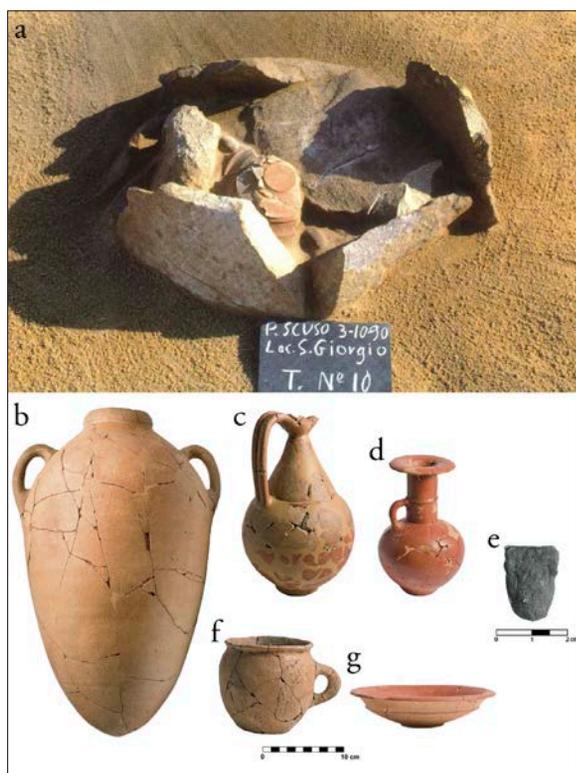


Fig. 7.3. San Giorgio di Portoscuso. Cista nº10, probablemente perteneciente a un individuo infantil (a partir de Bernardini 1997: 55; 2017a: figs. 125-130).

En la necrópolis solo se ha efectuado una intervención de urgencia en 1990, que permitió recuperar 11 sepulturas que se encontraban muy afectadas como consecuencia de la circulación constante de maquinaria pesada en el área (Bernardini 2017a: 139). Las circunstancias en que se dio el hallazgo han imposibilitado conocer la entidad numérica de las tumbas, no obstante, parece que estas no debieron superar la veintena (Bernardini 1997: 55; 2000: 29; 2017a: 139; Guirguis 2010: 51-52). El modo en que se dio el descubrimiento y la excavación del cementerio, junto a la mala conservación de la mayoría de las

tumbas, ha provocado la existencia de algunas carencias documentales. Por ejemplo, no contamos con planimetrías que permitan conocer la distribución espacial de las sepulturas y tampoco se han podido realizar análisis antropológicos sobre los restos óseos cremados.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

En el cementerio de San Giorgio de Portoscuso se utilizó de forma exclusiva el ritual de la cremación secundaria. Para llevar a cabo los enterramientos, los restos óseos fueron recogidos en urnas cerámicas, entre las que destacó el uso de ánforas comerciales fenicias, que fueron tapadas con copas carenadas o platos (Bernardini 2004: 132-133). Es posible que, aparte de las ánforas, otros recipientes pudieran funcionar como urnas. En relación con este aspecto es especialmente significativo el hallazgo de dos asas pertenecientes a grandes contenedores de tradición nurágica, cuya presencia ha llevado a hipotetizar que estos vasos también debieron servir como recipientes funerarios. De este modo, la utilización de cerámicas locales para depositar las cenizas de los difuntos podría aludir al uso de este cementerio por parte de algunas personas indígenas (Bernardini 2000: 36-37; fig. 3, 3; 2017a: 141; Guirguis 2010: 52).

Una vez los restos óseos habían sido recogidos en las urnas, estas eran depositadas en cistas líticas, similares a las utilizadas en otras necrópolis sicilianas, como Mozia, y sardas, como Bitia y Nora. Entre los objetos de ajuar que acompañaron a los difuntos fue común la presencia de vasos cerámicos, entre los que destacan las típicas jarras fenicias –especialmente la trilobulada y la de boca de seta– y las ollas, que pudieron contener las ofrendas alimentarias destinadas a los difuntos. Asimismo, en el interior de algunas urnas también fueron colocados elementos de adorno personal, como aretes y colgantes de plata y bronce. Por último, hay que añadir que en otras sepulturas también se llevó a cabo la deposición de armas, tal y como refleja el caso de la cista

nº3, en la que formando parte del ajuar se localizaron una lanza y una punta de hierro (Bernardini 2000: 33-37; 2017a: 140).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

Aunque en la necrópolis de San Giorgio di Portosucuso no se han realizado análisis antropológicos, que permitan conocer el perfil biológico de las personas que fueron enterradas, la presencia de un amuleto con máscara demoniaca o silénica en la cista nº10 ha llevado a plantear que este enterramiento debió pertenecer a un individuo di età precoce (Bernardini 2017a: 142) (tab. 7.1; fig. 7.3, e). La probabilidad de que esta sepultura perteneciera a un niño o niña es bastante elevada si se tiene en cuenta que este tipo de amuletos, durante el período arcaico, en Cerdeña han aparecido asociados en diversos casos a individuos que fallecieron a temprana edad. Ejemplo de ello, es su presencia en cinco tumbas infantiles del vecino cementerio de Monte Sirai, donde era relativamente común que las cabezas demoniacas o silénicas formaran parte de los collares o pulseras que adornaban los cuerpos de algunos infantiles, que fallecieron entre los seis meses y los doce años de edad (véase § 7.2.2.). Esta tipología de amuletos también fue relativamente común en otros espacios sardos asociados a la presencia infantil, como el tofet de Sulky, donde se han documentado con cierta frecuencia en el interior de las urnas cerámicas (Bartoloni 1973: 183; 185).

Salvo por la presencia de este tipo de amuleto, que fue depositado entre los restos óseos incinerados del difunto tras la quema del cadáver (Bernardini 2017a: 140), el resto de características de este enterramiento concuerdan con las pautas funerarias que se siguieron en este cementerio. En esta sepultura las cenizas fueron albergadas en un ánfora, tapada con una copita carenada, que fue cuidadosamente colocada en el interior de la cista lítica (fig. 7.3, b; g). Dentro la cista, también fueron depositadas una jarrita de boca de seta (fig. 7.3, d), que podría indicar que el cadáver fue ungido de forma previa al sepelio, y una jarrita trilobulada (fig. 7.3, c), que pudo ser utilizada durante la celebración del entierro para realizar una libación. Asimismo, junto a las jarras, también fue colocada una olla que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas al pequeño difunto (fig. 7.3, f). De este modo, si realmente el individuo al que perteneció esta tumba fue un niño o niña, el proceso seguido para realizar su enterramiento parece demostrar que, en la necrópolis de San Giorgio di Portosucuso, no existían diferencias para tratar a los individuos que fallecían a temprana edad.

7.2.2. MONTE SIRAI

El centro de Monte Sirai fue fundado, hacia finales del s. VIII a.C., en la cima de una colina localizada en la región de Sulcis (Guirguis 2017c: 147; 149). Este asentamiento está formado por tres grandes sectores: el hábitat, ubicado en la parte meridional del cerro; el tofet, que fue colocado en el área septentrional, y la necrópolis, que se extendió en el valle que separa el hábitat del tofet (fig. 7.4) (Bartoloni 2000: 25; Guirguis *et al.* 2018: 207).

Los primeros trabajos arqueológicos desarrollados en el cementerio se dieron en la década de 1960, período en que se llevó a cabo la excavación de las tumbas hipogeicas (Barreca 1964; Amadasi y Brancoli 1965; Fantar y Fantar 1966). Posteriormente, en los años 80, se descubrió la necrópolis de incineración arcaica, lo que llevó al desarrollo de un ciclo de excavaciones –entre 1981 y 1987– que, principalmente, afectaron al sector meridional del cementerio (Bartoloni 2000). Tras estas investigaciones, a comienzos del s. XXI, se efectuaron diversas campañas de excavación entre 2001 y 2004 (Botto y Salvadei 2005). No obstante, los trabajos sistemáticos que han afectado a la mayor parte del área funeraria comenzaron en 2005 y continuaron desarrollándose hasta 2016 (entre otros, Guirguis 2010; 2011; 2012; Guirguis y Pla Orquín 2022).

Desde un punto de vista metodológico, debe señalarse que los informes arqueológicos de las campañas de la década de los 60 no proporcionan referencias a los restos óseos, circunstancia que provoca que sea imposible conocer si los individuos no-adultos fueron inhumados en las cámaras hipogeicas (Barreca 1964;

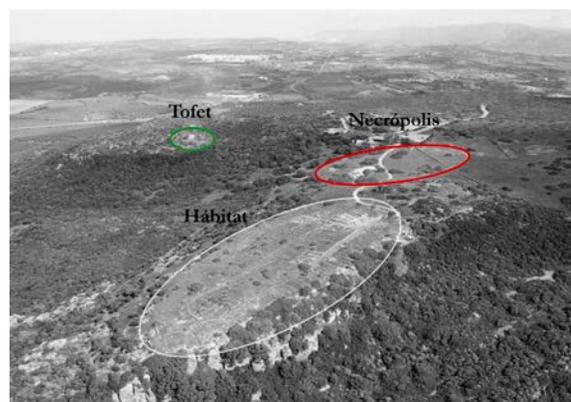


Fig. 7.4. Monte Sirai. Ubicación del hábitat, del tofet y de la necrópolis (a partir de Piga *et al.* 2020: fig. 2).

Amadasí y Brancoli 1965; Fantar y Fantar 1966). Además, tampoco se realizaron análisis antropológicos en las sepulturas excavadas entre 1981 y 1987, aunque durante estas campañas algunas tumbas fueron identificadas como pertenecientes a individuos infantiles, a partir del pequeño tamaño de los restos esqueléticos localizados en las mismas (Bartoloni 2000). Afortunadamente, desde comienzos del s. XXI, en este cementerio se ha dado la introducción de estudios antropológicos de forma sistemática, lo que ha permitido conocer el perfil biológico de gran parte de las personas enterradas en la necrópolis (entre otros, Botto y Salvadei 2005; Guirguis 2010; 2011; 2012; Guirguis y Pla Orquín 2015; 2022; Guirguis *et al.* 2018).

Desde que comenzaron los trabajos arqueológicos en el área funeraria se han excavado más de 360 sepulturas, que pueden datarse entre finales del s. VII a.C. y el s. III a.C. Por tanto, de momento, se desconocen las tumbas relativas al primer horizonte temporal que coincide con la fundación del centro. Asimismo, son escasos los contextos que se colocan en época tardía, documentándose solamente algunas cremaciones secundarias aisladas, datadas entre la segunda mitad del s. IV a.C. y el s. III a.C., junto a algunas deposiciones en ánforas de comienzos del s. IV a.C. (Botto y Salvadei 2005: 150; Guirguis 2010: 66-67; 2011: 1-2). De hecho, parece que la fase de uso más intensa de la necrópolis coincidió con el periodo de la hegemonía cartaginesa en Cerdeña, tal y como parece indicar la cronología de la mayoría de sepulturas que, principalmente, han sido datadas entre finales del s. VI y durante todo el s. V a.C. (Guirguis 2012: 98; Guirguis *et al.* 2018: 208).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

En la necrópolis de Monte Sirai los difuntos recibieron sepultura a partir de una gran variedad de rituales, que fueron utilizados de forma sincrónica. Durante el período arcaico, el rito predominantemente utilizado fue el de la cremación primaria, aunque una minoría de personas recibieron sepultura según los rituales de la cremación secundaria y de la inhumación. Con la conquista cartaginesa de Cerdeña, hacia finales del s. VI a.C., la inhumación se convirtió en el rito mayoritario. No obstante, en este centro entre finales del s. VI y la primera mitad del s. V a.C., también se practicó un ritual particular, conocido como semicombustión. Finalmente, durante la fase de uso más tardía del área funeraria –ss. IV y III a.C.– se reintrodujo

el ritual de la cremación secundaria, tal y como es habitual en la mayoría de necrópolis púnicas durante el período helenístico (Bartoloni 2000; Botto y Salvadei 2005; Guirguis 2010, 2011; 2012).

a) La convivencia entre la cremación y la inhumación (finales del s. VII-finales del s. VI a.C.)

Del mismo modo que ocurrió en la necrópolis siciliana de Palermo durante el período arcaico, en Monte Sirai se utilizaron el ritual de la cremación en sus dos variables –primaria y secundaria–, así como el de la inhumación. Pese a la utilización de ambos ritos, en esta época se dio un predominio de las cremaciones primarias (Guirguis 2011: 2). Para realizarlas se siguió un procedimiento análogo al observado en el cementerio palermitano: los cadáveres, probablemente envueltos en un sudario y/o colocados sobre un lecho de madera, eran depositados sobre las piras que habían sido, previamente, construidas en el interior de fosas ovales y subrectangulares. En este cementerio, parece que el proceso de combustión no fue muy prolongado y que el fuego era apagado de forma brusca, mediante la utilización de líquidos, con el fin de evitar que las llamas consumieran totalmente los cadáveres (Bartoloni 2000: 68-89).

Si bien el rito de la cremación primaria fue el predominante, en este período también fue utilizada la cremación secundaria, aunque siempre de forma minoritaria. Como se ha visto anteriormente, en algunas necrópolis fenicias, como Mozia y San Giorgio di Portoscuto, los restos óseos recogidos de las piras o *ustrina* eran albergados en contenedores cerámicos y/o líticos. Por el contrario, en el cementerio de Monte Sirai las cenizas de los difuntos eran directamente depositadas en fosas simples excavadas en el terreno (Guirguis 2011: 2).

Aparte del ritual de la incineración en sus dos variables, durante la primera fase de uso del cementerio, una minoría de difuntos fueron inhumados, probablemente, en el interior de féretros de madera que eran colocados en grandes fosas rectangulares. Esta forma de dar sepultura durante el período arcaico fue utilizada en algunas necrópolis norteafricanas, como Útica y Cartago, lo que ha llevado a plantear que este tipo de enterramientos podrían indicar la presencia de migrantes procedentes de la metrópolis norteafricana o de su área de influencia que, de forma previa a la conquista de la isla, ya habrían residido en este centro (Botto 2008; Guirguis 2010: 179-189).

Durante todo el período arcaico, los difuntos eran habitualmente acompañados por las dos jarras rituales

y por diversos vasos relacionados con la realización de ofrendas alimentarias, como platos, copas, cuencos y ollas (Bartoloni 2000: 89-91). Es interesante señalar que, en este cementerio, existía una diferenciación de género en relación con el número de vasos ubicados en las sepulturas: las mujeres, generalmente, eran acompañadas por cinco vasos, mientras que, junto a los cadáveres de los hombres, habitualmente, se depositaban tres recipientes. Aparte de los vasos cerámicos, los cuerpos de algunos difuntos eran adornados con joyas, principalmente, con pendientes, anillos y algunos elementos de collar (Bartoloni 2000: 70; Pla Orquín 2014-2015: 131).

b) La semicombustión y la generalización de la inhumación (finales del s. VI-s. V a.C.)

Aunque en la necrópolis de Monte Sirai ciertos individuos fueron inhumados durante el período arcaico, la generalización del rito de la inhumación se produjo a finales del s. VI a.C., probablemente, como consecuencia de la llegada de gentes norteafricanas, tras la conquista de la isla por parte de Cartago (Bartoloni 2000: 72). Para inhumar a los difuntos, principalmente, se utilizaban fosas simples, de forma rectangular, en las que se realizaban tanto deposiciones individuales como colectivas. Aparte de las fosas, otro tipo de tumbas que estaban destinadas a la inhumación de varias personas eran los hipogeos que, en este cementerio, se caracterizaban por presentar un acceso a *dromos* y una única cámara, de forma cuadrada o rectangular (Bartoloni 2000: 71-75).

Entre finales del s. VI y la primera mitad del s. V a.C., en este sitio también se practicaba un ritual particular denominado semicombustión. Los análisis arqueométricos realizados sobre los restos esqueléticos de diversos individuos han demostrado que este rito consistía en exponer los cadáveres a una fuente de calor directa e intensa, entre los 300 y los 750°C, durante un breve periodo de tiempo, habitualmente inferior a los 30 minutos. Es decir, en estos casos los cadáveres no eran incinerados, sino solamente carbonizados en un *ustrinum*, desde donde los restos óseos eran transportados hasta la tumba, en la que eran depositados junto al ajuar funerario. Este ritual, que se practicó en la fase de transición del período fenicio al púnico, ha sido interpretado como un *passaggio per il fuoco*, es decir, como un ritual intermedio entre la cremación, típicamente fenicia, y la inhumación, típicamente púnica (Guirguis 2010; 2011: 21; 2012: 99; Piga *et al.* 2010: 155; Guirguis *et al.* 2018: 273-277).

c) La reintroducción de la cremación secundaria (s. IV-s. III a.C.)

El número de enterramientos que pueden datarse en el s. IV a.C., en la necrópolis de Monte Sirai, es muy escaso. Pese a la parquedad de los datos, la documentación arqueológica parece indicar que, si bien durante esta centuria pervivió el ritual de la inhumación, también fue utilizado el ritual de la cremación secundaria. A diferencia del período arcaico, cuando los restos óseos incinerados eran siempre colocados de forma directa en fosas excavadas en el terreno, durante el período helenístico, las cenizas de los difuntos fueron depositadas tanto de forma directa en las fosas como en urnas cerámicas (Botto y Salvadei 2005: 115-117; 119-120; 132-133; 150; Guirguis 2010: 78-79; 81-84).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

Los resultados de las excavaciones realizadas en la necrópolis de Monte Sirai, desde 1980 hasta la actualidad, han demostrado que en este cementerio un elevado número de individuos no-adultos fueron enterrados en el mismo espacio funerario que sus mayores. Esta elevada presencia de sujetos inmaduros se ha podido observar, sobre todo, gracias a la información obtenida de las campañas desarrolladas desde comienzos del s. XXI, cuando en esta necrópolis se introdujo la realización de análisis antropológicos de forma sistemática. Además, cabe señalar que el estudio de los individuos que fallecieron a temprana edad, en este centro, también se ha visto favorecido por la publicación, en los últimos años, de tres trabajos centrados en el análisis de las tumbas infantiles (Guirguis y Pla Orquín 2015; 2019; Guirguis *et al.* 2018).

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

Teniendo en cuenta los datos publicados, hasta el momento, en este trabajo ha sido posible localizar 54 sepulturas, donde fueron enterrados 59 individuos no-adultos, y nueve tumbas que pudieron pertenecer a sujetos inmaduros. Estas últimas se corresponden con fosas en las que el pequeño tamaño y la presencia de algunos objetos han llevado a interpretar que pertenecieron a infantiles, así como con probables deposiciones en ánforas, en las que los restos óseos no se han conservado.

Los análisis antropológicos desarrollados en Monte Sirai han demostrado que en este cementerio tuvieron derecho a ser enterradas desde criaturas que fallecieron en edad fetal y perinatal hasta puberales y juveniles, con

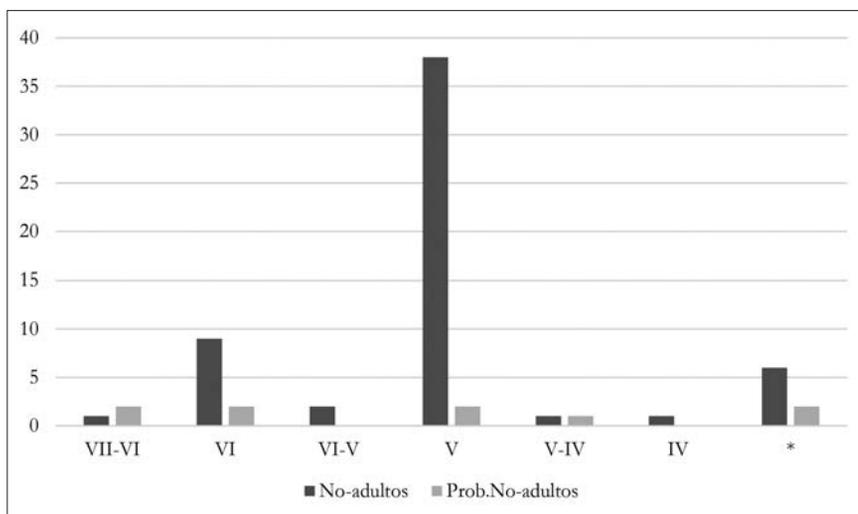
Tumba	Campaña	Edad
T.316	2011-2016	Fetal = 38-40 semanas gestacionales
T.158	2002	Fetal/Perinatal = 9-10 m lunares
T.157	2002	0-6m
T.326	2011-2016	0-6m
T.151	2002	0-9m
T.251	2007	±6m
T.351	2015	16±6m
T.56	1981-87	18-24m
T.283	2011-2016	1-4a
T.286	2011-2016	1-4a
T.309	2011-2016	1-4a
T.282	2011-2016	1-4a
T.349	2011-2016	1-5a
T.346	2011-2016	1-5a
T.364	2011-2016	1-5a
T.46	1984	±2a
T.238	2005	±2a
T.240	2005	±2a
T.311	2009	±2a
T.32	1982	2a-prepuberal
T.136	?	2-4a
T.299	2011-2016	2-4a
T.308	2009	2-4a
T.301	2008	2-6a
T.153	2002	3-6a
T.280	2006-2007	3-6a
T.260	2006-2007	4-6a
T.261	2006-2007	4-6a
T.315	2011-2016	4-6a
T.172	2002	5-6a

Tumba	Campaña	Edad
T.264	2006-2007	<6a
T.333	2011-2016	<6a
T.335	2011-2016	<6a
T.277	2006-2007	4-8a
T.352	2015	4-10a
T.358	2015	4-10a
T.360	2011-2016	4-12a
T.103	?	5-10a
T.312	2009	6-12a
T.344	2015	6-12a
T.354	2011-2016	6-12a
T.321	2009	±8a
T.163	2002	8-9a
T.255	2007	8-10a
T.331	2011	8-12a
T.334	2012	8-12a
T.162	2002	12-15a
T.50	1981	13-15a
T.252	2007	16-19a
T.355	2015	13-21a

Tab. 7.2. Monte Sirai. Estimaciones de edad de los individuos no-adultos (referencias bibliográficas en tabs. 7.3-7.10).

edades comprendidas entre los 13 y los 21 años (tab. 7.2). Si se atiende a la edad de los sujetos no-adultos, se puede observar que la mortalidad infantil era especialmente elevada antes de que los bebés alcanzaran su primer año de vida, cuando fallecieron en torno al 12% de los individuos, probablemente, como consecuencia de problemas desarrollados durante el proceso del embarazo, del parto y del postparto. Las cifras obtenidas, además, parecen indicar que también se daba una alta incidencia de mortalidad entre el primer año de vida y los cinco o seis años de edad –46%–, período que debía ser especialmente peligroso para los niños y niñas, quienes podían fallecer como consecuencia de desequilibrios en la dieta

Fig. 7.5. Monte Sirai. Distribución cronológica de las sepulturas pertenecientes a los individuos no-adultos.



y otras carencias y enfermedades vinculadas al proceso del destete. Es interesante señalar que las tasas de mortalidad continuaron siendo elevadas –26%– para los individuos infantiles que fallecieron entre los cinco/seis y los doce años de edad. Aunque es complicado explicar esta elevada repercusión de la mortandad tras el período del destete puede plantearse que, durante esta franja de edad, en la que los individuos infantiles adquieren mayor autonomía, parte de las muertes pudieron ser consecuencia de accidentes que los pequeños pudieron tener mientras jugaban y/o trabajaban, así como de la contracción de enfermedades de carácter infeccioso. Por el contrario, parece que en este centro la pubescencia y la juventud no eran períodos especialmente peligrosos pues, de momento, los individuos que fallecieron a estas edades solamente representan el 8% del total de la muestra de sujetos no-adultos.

Aparte de demostrar que en la comunidad de Monte Sirai no debieron existir normas estrictas que restringieran el acceso a la necrópolis a los individuos que fallecieron de forma prematura, los análisis antropológicos han revelado que en este cementerio los infantiles –menores de 12 años de edad– estaban muy bien representados, pues estos constituyeron el 33,3% del total de personas documentadas en el área funeraria (Guirguis *et al.* 2018: 215). Por tanto, si se tiene en cuenta la baja representatividad de sujetos que murieron durante el período pubescente y juvenil –8%–, cabe esperar que el porcentaje de individuos no-adultos respecto al de adultos fuera tan solo un poco más elevado que el de los infantiles que murieron hasta los 12 años de edad.

La distribución cronológica de las tumbas también refleja que los no-adultos recibieron sepultura en el cementerio desde que este comenzó a ser utilizado, a finales del s. VII a.C., hasta el s. IV a.C.; es decir, prácticamente durante todo el período en que el área funeraria estuvo en uso. Como puede observarse en el gráfico (fig. 7.5) en el s. VI, pero, sobre todo, en el s. V a.C. se dio un incremento de los enterramientos, que fue sucedido por un descenso de los mismos durante la siguiente centuria. De este modo, la distribución de las tumbas de los sujetos inmaduros cumple con las pautas generales observadas en la necrópolis, donde la mayoría de los contextos han sido datados entre finales del s. VI y durante todo el s. V a.C., siendo muy escasas las sepulturas que pueden situarse en época tardía (Botto y Salvadei 2005: 150; Guirguis 2010: 66-67; 2011: 1-2; 2012: 98; Guirguis *et al.* 2018: 208). Algunos autores han relacionado este fuerte descenso de enterramientos de individuos de corta edad, durante el s. IV a.C., con la fundación del tofet de Monte Sirai, que se dio a comienzos de dicha centuria (Bartoloni 2000: 76). Sin embargo, hay que tener en cuenta que, durante ese período, no solo disminuyó el porcentaje de sepulturas infantiles realizadas en el cementerio, sino que también decayó el número de enterramientos de adultos de forma generalizada (Guirguis *et al.* 2018: 283). De este modo, los datos disponibles actualmente impiden establecer una relación directa entre la disminución de enterramientos infantiles en la necrópolis y la fundación del santuario tofet.

Otro aspecto que parece demostrar que los individuos no-adultos eran aceptados en el espacio funerario comunitario son los resultados obtenidos del análisis

de la distribución espacial de sus tumbas. En este cementerio la organización del espacio se realizó en agrupaciones de sepulturas que, probablemente, se correspondían con núcleos familiares (Bartoloni 2000: 67-68; Guirguis 2011: 2; 2012: 100). Como puede observarse en la imagen (fig. 7.6, a), normalmente, las tumbas de los individuos que fallecieron antes de alcanzar la edad adulta fueron situadas, deliberadamente, dentro de estas supuestas parcelas familiares, lo que parece reflejar que en esta necrópolis los pequeños tenían derecho a ser enterrados en los mismos sectores que sus familiares y seres queridos (Bartoloni 2000: 75-76; Guirguis *et al.* 2018: 213). A pesar de esta tendencia general, parece que algunos sectores estuvieron, preferentemente, destinados a enterrar a algunos niños y niñas junto a determinadas mujeres. Este es el caso de un conjunto de enterramientos infantiles que fueron colocados en torno a la T. 316, en la que fue enterrada –según el rito de la semicombustión– una mujer que, probablemente, falleció durante el parto (fig. 7.6, b). Aparte de ser rodeada

por enterramientos infantiles, circundando esta sepultura también fueron colocadas algunas tumbas de mujeres (Pla Orquín 2014-2015: 146; Piga *et al.* 2015; Guirguis *et al.* 2018: 213). Como se ha visto en el caso siciliano de Mozia (véase § 6.2.1, b.2), esta asociación espacial entre mujeres fallecidas durante el parto, o en un avanzado estado de gestación, y tumbas infantiles no parece ser una peculiaridad única de Monte Sirai, sino que también se dio en otros centros fenicios y púnicos tanto del Mediterráneo oriental como del centro-occidental.

Finalmente, el último aspecto que demuestra que los individuos inmaduros eran aceptados en la comunidad de los difuntos es la forma en que se trataban sus cadáveres pues, del mismo modo que sus mayores, los pequeños fueron enterrados según una gran diversidad de rituales. Así, durante el período arcaico, los sujetos no-adultos siguieron principalmente el ritual de la cremación primaria, aunque en una minoría de casos fueron tratados según el ritual de la cremación secundaria. Cuando se produjo la conquista cartaginesa de la isla, los cuerpos de algunos

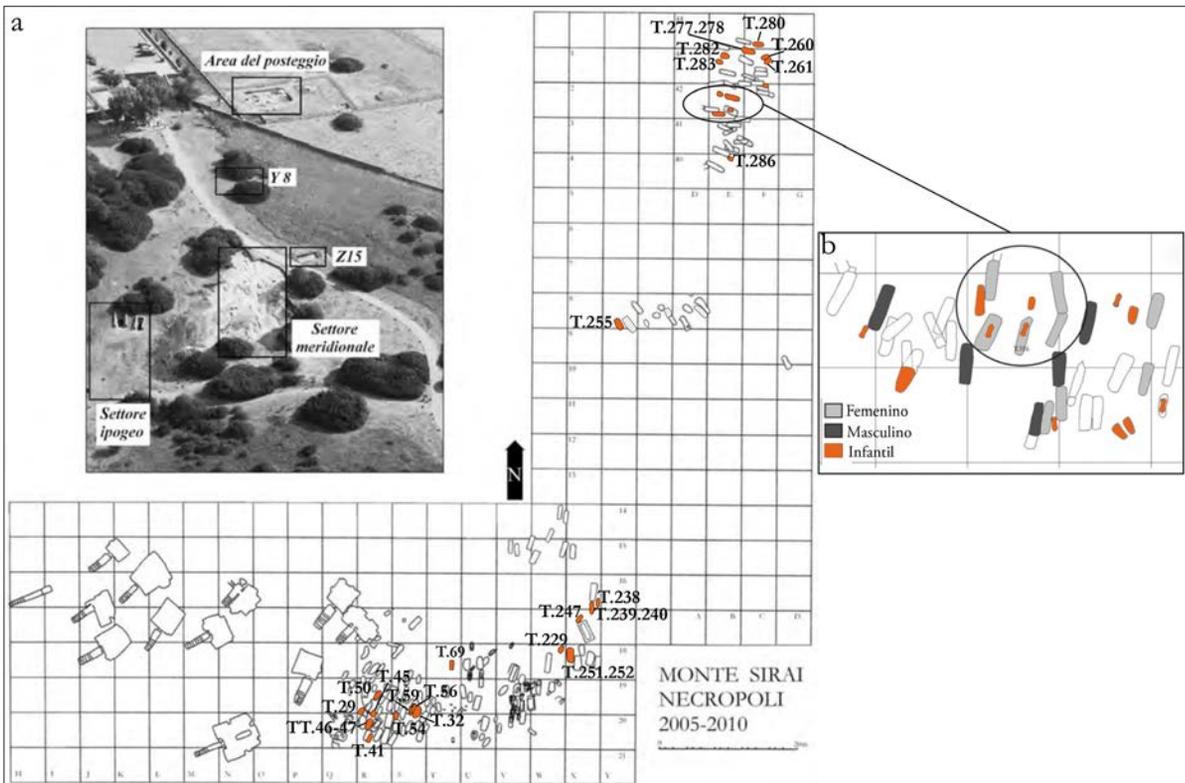


Fig. 7.6. Monte Sirai. Distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos. a) Distribución general de las tumbas; b) Sector destinado al enterramiento de mujeres y niños (a partir de Guirguis y Pla Orquín 2015: fig. 1; Guirguis *et al.* 2018: fig. 6.3.6, a).

niños y niñas fueron tratados a partir del ritual de la semi-combustión, mientras que otros fueron inhumados. Cabe señalar que este último rito fue el predominantemente utilizado para enterrar a los pequeños entre finales del s. VI y el s. V a.C. Por último, hay que destacar que, en esta última centuria, algunos individuos que fallecieron a temprana edad fueron cremados y sus restos óseos depositados en el interior de recipientes cerámicos.

b) Las sepulturas de cremación arcaicas (finales del s. VII-s. VI a.C.)

Durante la fase de uso más antigua de la necrópolis, los individuos no-adultos que fallecieron con edades comprendidas entre el nacimiento y los 19 años recibieron sepultura, principalmente, a partir del ritual de la cremación. Muestra de ello es la presencia de ocho tumbas en las que se han documentado los restos incinerados de nueve sujetos inmaduros y de cinco enterramientos más que, probablemente, pertenecieron a individuos que fallecieron a temprana edad, tal y como parece indicar el exiguo tamaño de las fosas (tab. 7.3). Los cadáveres de los pequeños, generalmente, fueron cremados directamente en el interior de fosas excavadas en la roca, según el ritual de la cremación primaria, que era el más utilizado en este cementerio durante el período arcaico. De hecho, hasta el momento, solo se ha documentado un caso seguro en el que un niño o niña fue tratado según el rito de la cremación secundaria. Se trata de la T.238, una fosa de pequeñas dimensiones donde fueron depositados los restos óseos de un infantil, de aproximadamente dos años de edad, que fue incinerado con un brazalet de bronce, que todavía conservaba en su interior parte de los huesos de uno de los antebrazos del pequeño/a. Aparte del brazalet, en la sepultura se localizaron tres cuentas de collar en pasta vítrea, que pudieron formar parte de un collar o pulsera que también pudo adornar el cuerpo del niño/a (Guirguis 2010: 88).

Frente a la T.238, el resto de individuos que murieron a temprana edad recibieron sepultura según el ritual de la cremación primaria, siendo incinerados de forma individual o en sepulturas dobles junto a personas más mayores. Entre estas últimas, destacan las tumbas T.32, T.158, T.251.252 y T.163, que consienten advertir diferentes tipos de asociaciones entre las personas cremadas. En las TT. 32 y 158 fueron incinerados individuos infantiles junto a mujeres adultas, lo que ha llevado a interpretarlas como enterramientos pertenecientes a madres con sus hijos (Bartoloni 1983: 211; 1988; Botto y Salvadei 2005;

Botto 2013: 1136; Pla Orquín 2014-15). Por el contrario, en las T.163 y T. 251.252 fueron cremados dos infantiles, junto con hombres en edad juvenil y adulta, lo que demuestra que en este cementerio las tumbas dobles no se limitaron al patrón de asociación mujer-niño/madre-hijo, permitiendo pensar en la existencia de otro tipo de relaciones familiares y/o afectivas entre las personas enterradas en la misma sepultura (Botto y Salvadei 2005: 120-123; Guirguis *et al.* 2018: 277-278).

Es interesante señalar que las dos tumbas que pertenecieron a mujeres adultas e individuos infantiles se caracterizan por presentar un elevado número de vasos cerámicos, estando algunas formas duplicadas. En la T.32, datada en el primer cuarto del s. VI a.C., fueron incinerados un individuo adulto femenino junto a un infantil, que falleció entre los dos años y el período prepuberal (fig. 7.7). Junto a los restos cremados de los difuntos fueron colocadas dos jarras de boca de seta (fig. 7.7, b-c), una jarra trilobulada y otra bilobulada, una olla (fig. 7.7, g), una *spiana* nurágica (fig. 7.7, h), una *olpe* de *bucchero nero* (fig. 7.7, i), una *kylix* (fig. 7.7, f), una lucerna de siete picos (fig. 7.7, d) y un plato (fig. 7.7, e) (Bartoloni 1983: 212-214; 2000: 157-160). En este caso, puede apreciarse que las formas que aparecen duplicadas son las, tradicionalmente, relacionadas con el rito de unción del cadáver –las jarras de boca de seta– y con el ritual de la libación –jarra trilobulada y bilobulada–, lo que podría señalar que tanto el niño/a como la mujer fueron destinatarios de ambos rituales (Bartoloni 1983: 214). Entre los recipientes que fueron colocados en esta sepultura destaca la *spiana* nurágica, un tipo de bandeja de tradición local destinado a la cocción de tortas de pan que, por su asociación directa con la esfera de la alimentación cotidiana, ha sido considerado *un oggetto tipicamente femminile* (Bartoloni 1983: 211; Pla Orquín 2014-2015: 129). De este modo, la presencia de un vaso de cocina de tradición nurágica podría hacer alusión a la identidad de la mujer, de probable ascendencia indígena y, por extensión, a la del niño/a junto a ella cremado. Aparte de los vasos cerámicos, en la tumba también se documentaron 12 cuentas de collar en pasta vítrea, plata y bronce y un pendiente *a sanguisuga* de oro, que debieron formar parte de los ornamentos con los que los difuntos fueron enterrados (Bartoloni 1983: 214; 2000: 160).

La otra sepultura en la que se depositaron una gran cantidad de vasos cerámicos es la T.158, datada en el segundo cuarto del s. VI a.C. Esta constituye una fosa en la que fueron cremados un individuo perinatal, con

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.54 1985	<i>Bambino</i>	CP	Ollita	2 Másc.silén/dem. Horus 3 cc pv	-	f. VII-i. VI	Bartoloni 1987; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
2	T.133 2000	Probable	CP	-	2 hachitas Ag 12 cc Ag y hueso		f. VII- p.m. VI	Guirguis y Pla Orquín 2015
3	T.229 2005	Probable	CP	Plato Copa	1 cc pv	-	f. VII- p.m. VI	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
4	T.32 1982	2a-prepub	CP	Copa (<i>kylix</i>) <i>Olpe</i> 2 jarras b. seta Jarra bilobulada Jarra trilobulada Olla <i>Spiana nuragica</i> <i>Kernos</i> Plato	12 cc pv; Ag y Br 1 arete sanguisuga Au	-	p.c.VI	Bartoloni 1983; 1988; 2000; Pla Orquín, 2014-2015; Guirguis y Pla Orquín 2015
		Ad. PF						
5	T.162 2002	12-15a	CP	Copa carenada	Anillo Br	-	p.c – s.c. VI	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
6	T.103	5-10a	CP	Copa (<i>kylix</i>) Copa carenada	3 Másc.silén/dem. <i>Menat</i> <i>O.udjat</i> 2 betilos Anubis Thot 9 cc pv.; cristal roca 1 arete Ag (<i>nazem?</i>)	-	s.c. VI	Campanella y Martini 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
7	T.158 2002	9-10m lunares	CP	Jarrita (<i>Dipper</i>) Ánfora miniat. 2 copas imit.grieg. 2 copas 1 copa miniat. 1 jarra b. seta 2 jarras bilobuladas Plato Olla Soporte	3 aretes Ag; Br	-	s.c. VI	Botto y Salvadei 2005; Botto 2013; Guirguis y Pla Orquín 2015; Botto y Garnier 2018
		Ad. F						

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
8	T.251.252 2007	16-19a PM (252)	CP	Kylix (B2) Plato	-	-	s.c. VI	Guirguis 2010; 2011; Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
		±6m (251)		-	Piña Másc.silén/dem. C.carnero 1 cc pv	-		
9	T.163 2002	Ad. M	CP	Jarra b. de seta Plato Copa	-	-	m.VI	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
		8-9a		-	-	-		
10	T.303 2011-2016	Probable	CP	-	7 cc pv	<i>Cypraea</i>	VI	Guirguis y Pla Orquín 2015
11	T.247 2006	Probable	CS	Jarrita	-	-	VI?	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
12	T.238 2005	±2a	CS	-	Brazalete Br 3 cc pv	-	No det.	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
13	T.154 2002	Probable	CP	-	-	-	No det.	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015

Tab. 7.3 (viene de página anterior). Monte Sirai. Cremaciones primarias y secundarias de individuos no-adultos (finales s. VII-VI a.C.).

una edad estimada entre los nueve-diez meses lunares, junto a una mujer, con una edad inferior a los 30 años, lo que parece indicar que esta tumba pudo pertenecer a una madre y a un hijo, que pudieron fallecer en un estado de embarazo muy avanzado, durante el parto o poco tiempo después del mismo. En este caso, el ajuar estaba compuesto por dos copas de imitación griega realizadas a mano (fig. 7.8, e; j), dos copas fenicias (fig. 7.8, d; n), una jarra bilobulada y otra trilobulada (fig. 7.8, g-h), una jarra de boca de seta (fig. 7.8, c), un *dipper* (fig. 7.8, b), un plato (fig. 7.8, f), un soporte (fig. 7.8, i), una olla a mano de tradición nurágica (fig. 7.8, m) y un anforisco y una copa miniaturizadas elaboradas a mano, también de tradición local (fig. 7.8, k-l) (Botto y Salvadei 2005: 88-105; Botto 2013; Botto y Garnier 2018). Por tanto, en esta ocasión, casi todas las formas vasculares están duplicadas: hay dos vasos que pudieron ser utilizados para contener y/o verter sustancias viscosas –jarra de boca de seta y

dipper–, otros dos para verter líquidos –jarra trilobulada y bilobulada– y cuatro copas que pueden dividirse por su factura –a mano y a torno– y por su morfología –copas de tradición fenicia y de imitación griega–, que pudieron estar destinadas a contener las ofrendas alimentarias y de bebidas destinadas a los difuntos (Botto y Salvadei 2005; Botto 2013: 1137; Botto y Garnier 2018). Aparte de estos vasos duplicados, junto a los restos cremados, fueron colocadas una olla de tradición nurágica, que se ha interpretado como perteneciente al ajuar de la mujer, y una copita y un anforisco miniaturizados, también de producción local, que han sido relacionados con el individuo infantil (Botto y Salvadei 2005: 93). Del mismo modo que en la T. 32, la inclusión de estos vasos típicamente nurágicos en esta sepultura podría reflejar la voluntad de resaltar la ascendencia cultural tanto de la mujer como del niño aquí cremados (Botto y Salvadei 2005: 104; Botto 2013: 1137-1138).

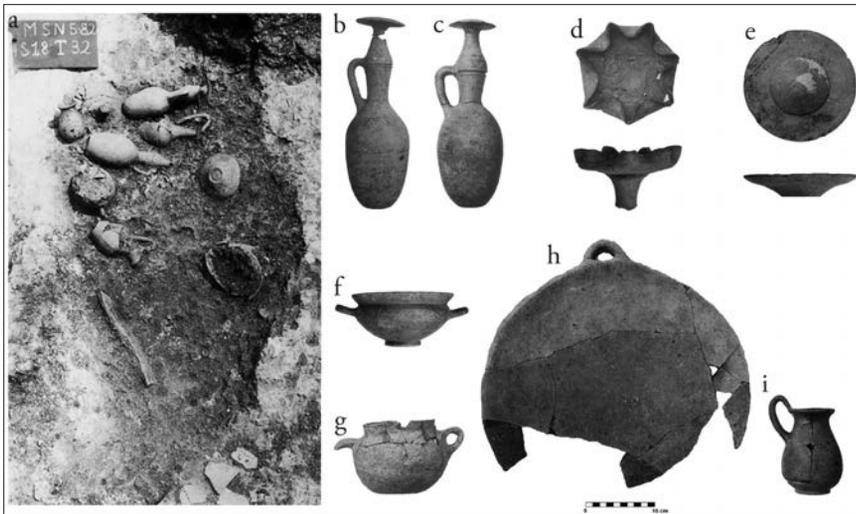


Fig. 7.7. Monte Sirai. T. 32, cremación doble perteneciente a una mujer y a un individuo infantil junto con algunos elementos del ajuar (a partir de Bartoloni 2000: tavs. XVII-XVIII).

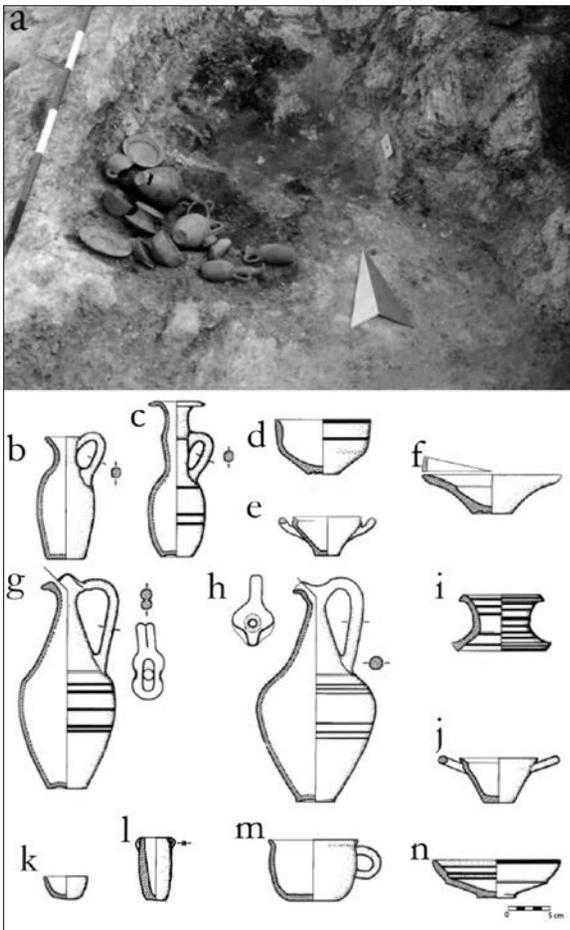
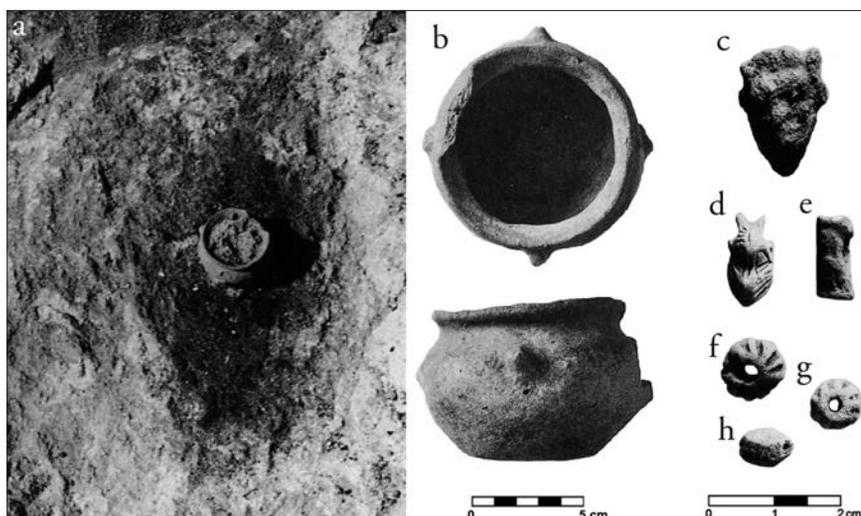


Fig. 7.8. Monte Sirai. T.158, cremación doble perteneciente a una mujer y a un individuo de edad perinatal junto al ajuar cerámico (a partir de Botto 2013: fig. 2; tav. 1).

Si bien hasta el momento la funcionalidad de los diferentes recipientes que componen los ajuares funerarios en las necrópolis fenicias y púnicas se ha establecido a partir de su morfología, un aspecto interesante a resaltar de esta sepultura es que se han efectuado análisis de contenidos en algunas de las cerámicas que compusieron el ajuar. Los resultados obtenidos han demostrado que la jarra de boca de seta y el *dipper* contuvieron ungüentos con base alcohólica y cítricos, los cuales pudieron ser utilizados por sus propiedades sanadoras, sanitarias y profilácticas para ungir el cuerpo de los difuntos (Botto y Garnier 2018: 130). Asimismo, en el anforisco miniaturizado, asociado al bebé, se ha detectado la presencia de grasas animales, aceites y ceras vegetales, que pudieron constituir los ingredientes de un bálsamo perfumado con funciones profilácticas y medicinales, utilizado para ungir el cuerpo de la criatura de forma previa a su cremación (Botto y Garnier 2018: 131). Aparte del bálsamo del anforisco, en la copita miniaturizada se ha detectado la presencia de grasas animales que, en este caso, podrían interpretarse como los restos de las ofrendas alimentarias realizadas al pequeño difunto (Botto y Garnier 2018: 133).

Además de ser cremados en sepulturas dobles junto a personas de mayor edad, durante el período arcaico, algunos infantiles y puberales fueron incinerados de forma individual, tal y como muestran las tumbas T.54, T.162 y T.103. En la primera, datada entre finales del s. VII y el s. VI a.C., fue cremado el cadáver de *un bambino* en el interior de una pequeña fosa de forma elipsoidal (fig. 7.9, a). Junto a los restos incinerados, fue colocada una ollita de pequeño tamaño, fabricada a mano, que presentaba

Fig. 7.9. Monte Sirai. T.54, cremación individual de un infantil junto a su ajuar (a partir de Bartoloni 2000: lám. XXIX, a-c).



un asa fragmentada y tres mamelones (fig. 7.9, b). Este tipo de vasos de cocina, caracterizados por el escaso grado de estandarización y su factura a mano fueron relativamente comunes en las casas de Monte Sirai (Bartoloni 1987: 153) y han sido interpretados como producciones domésticas vinculadas al ámbito femenino (Pla Orquín 2014-2015: 69). Debido a ello, se puede plantear que esta ollita pudo contener las ofrendas alimentarias realizadas al pequeño difunto por parte de sus seres queridos, pudiendo también su utilización reflejar la prolongación de los cuidados que el niño o niña recibía diariamente, en su vida cotidiana, en el mundo de ultratumba. Aparte de este vaso cerámico, en la sepultura se localizaron tres cuentas de collar y tres amuletos, que debieron formar parte de los ornamentos que el niño/a llevaba puestos en el momento de la cremación, tal y como muestran las marcas de combustión que presentan y su localización sobre los restos óseos. Entre los amuletos, destaca la presencia de un Horus y de dos máscaras silénicas o demoniacas (fig. 7.9 e; c-d). Como se ha señalado, este último tipo fue uno de los amuletos más utilizados para proteger a los más pequeños, durante el período arcaico, en el territorio sardo (Bartoloni 1987: 154-155).

El uso preferente de estos amuletos también se ilustra en la T.103, en la que se dio la cremación de un individuo infantil, de entre cinco y diez años de edad (fig. 7.10, a), que fue acompañado por un collar compuesto por tres máscaras silénicas, un amuleto de Anubis, otro de Thot, un Menat, un ojo de Horus y dos betilos o cetros *oudjats*, así como por nueve cuentas de collar (fig. 7.10, d). A diferencia de la T.54, en este caso los elementos de collar no presentaban marcas de combustión, lo que permite

hipotetizar que pudieron ser colocados sobre los restos óseos del niño/a, una vez se extinguió el fuego (Campanella y Martini 2000: 43). Por el contrario, en el momento de la combustión, el niño o niña sí debió llevar puesto un arete, probablemente un *nazem*, tal y como muestran los fragmentos óseos que se encontraron adheridos al pendiente (Campanella y Martini 2000: 49-50). Además de los amuletos y el pendiente, en la sepultura fueron colocadas dos copas: una fenicia carenada (fig. 7.10, b) y una *kylix* de probable importación etrusca (fig. 7.10, c). Este último vaso se localizó fragmentado en el momento de su hallazgo (Campanella y Martini 2000: 37), lo que permite plantear que pudo ser utilizado para realizar una libación, siendo posteriormente roto de forma intencional, siguiendo así una práctica documentada en otros contextos funerarios de la misma necrópolis, donde este tipo de copas en ocasiones se utilizaron en las ceremonias de clausura de las tumbas (Guirguis 2007: 121).

Por último, cabe señalar la T.162 en la que fue cremado un individuo puberal, que falleció en torno a los 12-15 años. Junto a sus restos óseos fue colocada una copa carenada de tradición fenicia, siendo localizado también entre las cenizas un anillo de bronce (Botto y Salvadei 2005: 166). En relación con este último objeto, es interesante señalar que en el cementerio de Monte Sirai los anillos digitales, tanto en plata como en bronce, generalmente han aparecido asociados tanto a mujeres como a hombres adultos (Pla Orquín 2014-2015: 159; 2021b: 63-64), lo que permite plantear que el individuo adolescente aquí cremado ya pudo ser considerado un adulto en el momento de su muerte.

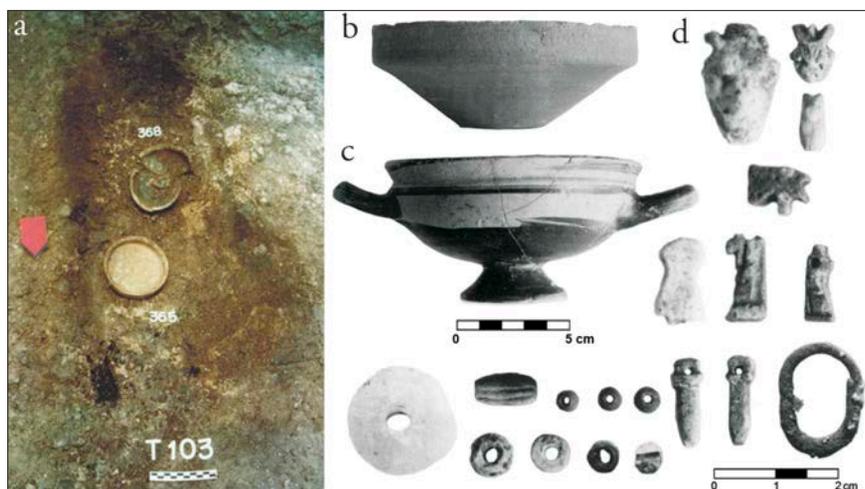


Fig. 7.10. Monte Sirai. T.103, cremación individual de un infantil -5-10 años- junto a su ajuar (a partir de Campanella y Martini 2000: tavs. III-VI).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.255 2007	8-10a	SCF	Copa Jarra boca circular Jarra bilobulada	Escarabeo 4 cc pv	11 Astrág.	f. VI	Guirguis 2010; 2011; Guirguis y Pla Orquín 2015
2	T.316 2011-2016	Fetal 38-40 semanas gestacionales	SCF	Jarra b. seta Jarra bilobulada 2 platos Copa	-	-	f.VI-i.V	Guirguis 2011; Piga <i>et al.</i> 2015 Guirguis <i>et al.</i> 2018
		Ad. F (20-25a)						
3	T.277.278 2006-2007	4-8a (277)	SCF	-	-	-	p.m. V	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
		Ad. F (278)		Jarra b. seta Jarra bilobulada 2 platos	Anillo Br			
4	T.282 2011-2016	1-4a	SCF	Copa Jarrita (<i>orciolo</i>)	10 cc pv	-	m. V	Guirguis y Pla Orquín 2015

Tab. 7.4. Monte Sirai. Semicombustiones infantiles en fosas (finales s. VI-medios V a.C.).

c) Las sepulturas de semicombustión (finales s. VI-medios del s. V a.C.)

Del mismo modo que ocurrió en el caso de los adultos, entre finales del s. VI y mediados del s. V a.C., algunos sujetos inmaduros que recibieron sepultura en la necrópolis de Monte Sirai fueron sometidos al ritual de la semicombustión. En este caso, los restos óseos principalmente fueron

depositados en el interior de fosas excavadas en la roca (80%), mientras que en una minoría de ocasiones fueron resguardados en ánforas comerciales (20%).

c.1. Las semicombustiones en fosas

Como sucedió con las cremaciones primarias de época arcaica, los individuos no-adultos que siguieron el ritual de la semicombustión fueron enterrados tanto junto a

Fig. 7.11. Monte Sirai. T. 316. a) Vista general de la sepultura; b) Detalle de la posición de los restos óseos fetales; c) Reconstrucción de la posición del feto (a partir de Piga *et al.* 2015: figs. 2; 4).



personas adultas, en sepulturas dobles, como en fosas individuales (tab. 7.4). Entre las sepulturas dobles destaca la T.277.278, que acogió los restos de una mujer y de un niño o niña fallecido entre los cuatro y los ocho años, lo que ha llevado a interpretar la tumba como un enterramiento perteneciente a una madre con su hijo (Guirguis 2010: 161). La documentación estratigráfica de este contexto sugiere que los restos óseos de ambos individuos fueron depositados de forma simultánea en el interior de la fosa. Junto a ellos, fueron colocadas una jarra bilobulada, otra de boca de seta y dos platos, que han sido atribuidos al ajuar de la mujer, lo que parece indicar que el individuo infantil aquí depositado no fue acompañado por ningún objeto (Guirguis 2010: 161-163; Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1).

Entre las tumbas donde se practicó el ritual de la semicombustión, una de las más interesantes es la T. 316, pues presenta uno de los pocos casos documentados en ámbito fenicio-púnico donde se ha podido constatar la presencia de una mujer que falleció durante el parto. Los resultados del estudio antropológico han revelado que la mujer contaba con una edad estimada entre los 20 y los 25 años, mientras que la edad del feto ha sido calculada entre las 38 y las 40 semanas gestacionales.

Los análisis bioarqueológicos también han permitido observar que el feto se encontraba en posición transversal dentro de la cavidad abdominal de la madre (fig. 7.11, b-c). De este modo, tanto la postura del feto como su propia edad –38-40 semanas– han permitido plantear que la muerte de la madre y la criatura debió ser consecuencia de la posición incorrecta del feto en el momento del parto, pudiendo la mujer fallecer por sepsis, hemorragia y/o por el propio agotamiento que supone un parto distócico (Piga *et al.* 2015; Guirguis *et al.* 2018: 278-279). En el interior de la sepultura fue colocado un ajuar cerámico compuesto por una jarra de boca de seta y otra trilobulada, dos platos y una copa (fig. 7.11, a), mientras que ningún elemento hace referencia directa al bebé no nacido o al estado gestacional de la madre (Guirguis *et al.* 2018: 279). De hecho, el único aspecto que podría hacer alusión a las circunstancias especiales en que se dio la muerte de esta mujer con su hijo es el espacio en que fue ubicada la sepultura que, como se ha señalado, fue colocada en un sector destinado de forma exclusiva al enterramiento de niñas, niños y otras mujeres (fig. 7.6, b) (Pla Orquín 2014-2015: 146; Piga *et al.* 2015; Guirguis *et al.* 2018: 213).

Además de ser colocados en sepulturas dobles, algunos individuos infantiles que siguieron el ritual de la semicombustión fueron enterrados en tumbas individuales. Entre estas destaca la T.255, tanto por sus características constructivas, que reflejan la gran inversión económica realizada para dar sepultura al pequeño/a difunto/a, como por las materialidades en ella documentadas. Esta constituye una fosa, que fue cuidadosamente revestida por losas de roca calcárea dispuestas tanto en el fondo como a lo largo de las paredes de la sepultura (fig. 7.12, a) (Guirguis 2010: 127; Guirguis y Pla Orquín 2015: 44). En su interior fueron depositados los restos óseos de un individuo infantil, que murió entre los ocho y los diez años, y fue enterrado con un collar compuesto por un pequeño escarabeo y cuatro cuentas, todos ellos localizados cerca del tórax del pequeño/a (Guirguis 2010: 129). En la fosa también fue depositada una jarra bicónica, que pudo ser utilizada durante el ritual funerario para la realización de una libación (Guirguis 2010: 127). Por encima de esta, en el ángulo NE de la fosa y en una posición sobre elevada, fue colocada una gran jarra de labio circular, cuya posición parece sugerir que pudo ser utilizada por

los seres queridos del pequeño para realizarle ofrendas alimentarias de forma periódica, una vez fue clausurada la sepultura (fig. 7.12, b) (Guirguis 2010: 128; Guirguis y Pla Orquín 2015: 44).

Otro aspecto que podría evidenciar la complejidad de los rituales, que pudieron darse durante el sepelio de este individuo infantil, es la presencia de 11 astrágalos –pertenecientes a un número mínimo de seis individuos: tres ciervos, dos bovinos y un suido– que fueron colocados junto a una copa, cerca de la cabeza del pequeño (fig. 7.12, c) (Guirguis 2010: 129). La naturaleza, funciones y significados que pudieron tener los astrágalos en el Mediterráneo oriental y occidental, durante la edad del Bronce y del Hierro, han sido discutidos en diversos trabajos que, principalmente, intentaban decantarse por una aplicación lúdica o ritual de estos elementos (entre otros, Gilmour 1997; Minniti y Peironel 2005: 18-20). No obstante, la mayoría de estudios recientes, defienden que en estos pequeños objetos debieron confluir tanto aspectos lúdicos como rituales y subrayan la importancia de los astrágalos, o tabas, en la astragalomanía, una práctica adivinatoria, ya presente en Egipto y Mesopotamia hacia el 3000 a.C. (Almagro Gorbea 2021). En ámbito fenicio y púnico, los astrágalos se han documentado tanto en contextos domésticos, como en santuarios y en sepulturas, lo que permite subrayar la relación entre domesticidad, juego, azar, adivinación, ritualidad, magia y el mundo del Más Allá, que debió confluir en estos elementos que, en este ámbito cultural, también han sido relacionados con la astragalomanía (Guirguis 2010: 131-132; Mederos Martín 2021: 42). En relación con este aspecto, es interesante señalar que en el cementerio de Monte Sirai estos huesecillos, aparte de ser documentados en tumbas infantiles, también fueron colocados en tumbas de adultos, como la T.267 perteneciente a un anciano (Guirguis 2010: 145). Por tanto, en este centro, estos elementos constituyeron una materialidad compartida por ciertos niños y adultos. Su presencia en las sepulturas podría sugerir que, durante los rituales funerarios de los individuos a los que acompañaban, pudieron desarrollarse prácticas mágicas y adivinatorias (Guirguis 2010: 131-132). Además, su colocación en las sepulturas infantiles, como el caso de la T.255, también podría indicar que algunas niñas y niños pudieron manipularlos y jugar con ellos en su vida cotidiana, socializándose, de este modo, en el conocimiento de las diversas prácticas mágicas y rituales, que se desarrollaban en sus grupos de pertenencia, como la astragalomanía.



Fig. 7.12. Monte Sirai. T.255, semicombustión de un individuo infantil, de 8-10 años de edad, con su ajuar (a partir de Guirguis 2010: figs. 215-216; 224).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.280 2006-2007	3-6a	SCU	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Jarrita (<i>orciolo</i>)	Arete Br	-	p.m. V	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015

Tab. 7.5. Monte Sirai. Semicombustión infantil en ánfora (primera mitad s. V a.C.).

Frente a la complejidad de las acciones rituales que se desarrollaron para dar sepultura al niño o niña de la T.255, otros individuos infantiles, que recibieron sepultura según el ritual de la semicombustión, fueron enterrados de una forma más sencilla. Reflejo de ello es la T.282, donde en el interior de una sepultura de exiguas dimensiones fueron depositados los restos de un individuo que falleció con una edad comprendida entre uno y cuatro años. El cuerpo del pequeño/a fue adornado por un collar compuesto por diez cuentas de pasta vítrea. Asimismo, a ambos lados de su cabeza fueron colocadas una copa, que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas al pequeño difunto, y una pequeña jarrita del tipo *orciolo* (Guirguis y Pla Orquín 2015: 52).

c.2. Las semicombustiones en ánforas

A pesar de que los restos esqueléticos de los niños sometidos al ritual de la semicombustión, normalmente, se depositaron en fosas, en un caso fueron albergados en el interior de un ánfora comercial (tab. 7.5). Se trata de la T.280 perteneciente a un individuo infantil, que murió con una edad estimada en torno a los tres y los seis años, cuyos restos semicombustos fueron albergados en el interior de un ánfora de transporte del tipo Bartoloni D4. Para depositar el recipiente anfórico se excavó una pequeña fosa, que fue cuidadosamente revestida con losas (fig. 7.13). En el interior del ánfora, junto a los restos del pequeño/a, se localizaron un arete de bronce y una jarrita del tipo *orciolo*, que pudo contener los aceites y ungüentos con los que el cadáver fue tratado (Guirguis 2010: 164-165).

d) Las sepulturas de inhumación (mediados del s. VI-inicios del s. IV a.C.)

Aunque durante el período arcaico en la necrópolis de Monte Sirai el ritual de la inhumación fue utilizado de forma esporádica, su uso no se generalizó hasta finales del s. VI a.C. Precisamente, fue a finales de esa centuria, pero, sobre todo durante el s. V a.C., cuando la mayoría de infantiles, puberales y juveniles recibieron



Fig. 7.13. Monte Sirai. T.280, semicombustión de un individuo infantil, de 3-6 años de edad, cuyos restos fueron resguardados en el interior de un ánfora comercial (a partir de Guirguis 2010: fig. 347).

sepultura según este rito. De hecho, hasta el momento, solo se ha documentado una sepultura –T.50– en la que un sujeto inmaduro fue inhumado en un momento anterior a finales del s. VI a.C. (Bartoloni 1981: 71; 2000: 72). Para enterrar a los individuos no-adultos se utilizaron

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep.	Vasos	Joyas/amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.301 2008	2-6a	ICL	Olla	36 cc pv Arete Br Tobillera Br	-	f. VI	Guirguis 2011; 2012; Guirguis y Pla Orquín 2015; 2022

Tab. 7.6. Monte Sirai. Inhumación infantil en cista lítica (finales del s. VI a.C.).

diferentes tipos de tumbas, entre las que destacan las fosas simples excavadas en el terreno de la necrópolis (67%) y los recipientes anfóricos (30%), siendo el tipo menos utilizado el de las cistas líticas, documentado en un único caso.

d.1. Las inhumaciones en cista lítica

Si bien la costumbre de inhumar a los difuntos en cistas líticas no fue muy habitual en el cementerio de Monte Sirai, se ha registrado un caso en que un infantil, identificado como posiblemente femenino a partir de algunos elementos de ajuar, fue enterrado en este tipo de sepultura (tab. 7.6). Se trata de la T. 301, en la que fue depositado el cuerpo de una posible niña, que falleció entre los dos y seis años de edad (fig. 7.14, a). El cadáver fue cuidadosamente colocado en posición decúbiteo lateral derecho, con los brazos doblados hacia la cabeza y las extremidades inferiores contraídas en ángulo recto. Además, fue adornado con una tobillera de bronce, colocada alrededor de la tibia izquierda. En la sepultura también se localizaron un arete del mismo material y 36 cuentas de pasta vítrea, que pudieron componer un collar con el que el pequeño cuerpo pudo ser enterrado (Guirguis 2011: 12-14; 2012: 103; Guirguis y Pla Orquín 2015: 44). Como parte del ajuar también fue colocada una ollita de pequeñas dimensiones –similar a la de la cremación primaria de la T.54– que ha permitido datar el contexto a finales del s. VI a.C. (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1). Precisamente, ha sido esta olla, que sigue la tradición sarda preromana, junto a la tobillera de bronce, lo que ha llevado a identificar este enterramiento como femenino (Guirguis y Pla Orquín 2022: 187).

Como se ha visto en el caso de algunas necrópolis sicilianas, como Palermo, Solunto y Lilibeo, la *posizione ranicchiata* se ha interpretado, principalmente, como un posible indicio de la presencia, en estos centros, de personas indígenas o de ascendencia local (Bechtold 1999: 267; Calascibetta 2010: 60; 2019; 2020; Spatafora 2012b: 65). En relación con este aspecto, es interesante señalar que

en el ámbito nurágico esta forma de colocar los cuerpos también se practicaba, tal y como reflejan algunos difuntos inhumados en los cementerios de Mont'e Prama y Antas (Guirguis y Pla Orquín 2022: 175-176, con referencias bibliográficas). No obstante, esta posición en Cerdeña también se ha relacionado con la llegada de gentes procedentes del área norteafricana. De hecho, en algunas necrópolis fenicias y púnicas del Magreb, como Cartago, Kerkouane y Rachgoun, así como en diversas áreas funerarias de influencia fenicia de la costa atlántica de Marruecos, como Djebila y Aïn Dalhia Kebira, era muy frecuente colocar a los difuntos en esta postura corporal (Ponsich 1967; Guirguis 2010: 133-134; 2012: 103). Es interesante señalar que los mejores paralelos para la posición y el tipo de tumba en que fue inhumado el individuo infantil de la T.301 de Monte Sirai se encuentran en estos dos últimos centros, donde las niñas y niños eran enterrados en decúbiteo lateral, en el interior de cistas líticas (fig. 7.14, b) (Ponsich 1967: 42-134). Asimismo, también es significativo el hecho de que, en otros cementerios norteafricanos, donde esta posición fue habitualmente utilizada para inhumar a los difuntos, los cadáveres de los pequeños eran adornados de una manera similar al de la T.301. Este es el caso del individuo infantil enterrado en la T. 62 de Rachgoun, que fue dispuesto en decúbiteo lateral flexionado y, en torno a su tibia derecha, se colocó una tobillera de cobre o bronce (Vuillemot 1956: 54).

Hasta la fecha, en el cementerio de Monte Sirai las inhumaciones en posición decúbiteo lateral flexionado solo se han documentado en la T.50, una inhumación en fosa perteneciente a un puberal de la que se hablará en el siguiente apartado, y en la T.256. En esta última, hacia finales del s. VI a.C. fue inhumado un hombre en *posizione ranicchiata*, también en el interior de una especie de cista lítica. Estas características, desde un principio, llevaron a interpretar este enterramiento como perteneciente a un individuo de probable origen norteafricano (Guirguis 2010: 133), hipótesis que ha sido confirmada,

Fig. 7.14. Monte Sirai. a) T.301, inhumación infantil en cista lítica (Guirguis y Pla Orquín 2022: fig. 8); Aïn Dalhia Kebira. b) T.59, inhumación infantil en cista lítica (Ponsich 1967: fig. 35).



recientemente, gracias a los análisis antropológicos efectuados sobre este sujeto, que han revelado que sus caracteres epigenéticos parecen respaldar dicha procedencia (Guirguis *et al.* 2017: 291; nota 52).

De este modo, si se considera la posición en que fue colocada la posible niña de la T. 301, el tipo de tumba en que fue depositada, el modo en que el cadáver fue adornado y la cronología de la sepultura, se podría plantear que la pequeña aquí enterrada pudo pertenecer a un grupo de personas norteafricanas que, hacia finales del s. VI a.C., llegaron a Cerdeña como consecuencia de la conquista cartaginesa de la isla. Esta circunstancia es de especial interés, pues podría implicar que algunas niñas y niños participaban de forma activa en los movimientos migratorios, que se dieron con el objetivo de controlar el territorio. Sin embargo, no se puede olvidar que la *posizione ranicchiata* también era habitual de algunas necrópolis nurágicas y que, acompañando a la pequeña, también se documentó una ollita de tradición sarda preferencia. De este modo, hasta que no se realicen análisis bioarqueológicos más concretos, parece complicado dar

una explicación más segura sobre los motivos que pudieron llevar a inhumar a la pequeña en esta posición. No obstante, esta sepultura constituye un perfecto ejemplo de la heterogeneidad cultural que se daba en este centro y sobre cómo esta influía en la construcción de las identidades de los más pequeños.

d.2. Las inhumaciones en fosas

Las fosas constituyeron la forma más habitual de enterrar a los individuos no-adultos en el cementerio de Monte Sirai, tal y como refleja la presencia de 21 sujetos, que fueron inhumados en este tipo de sepulturas, cuyo uso fue especialmente frecuente durante el s. V a.C. De hecho, hasta el momento, solo se ha documentado una inhumación perteneciente a un individuo inmaduro que puede datarse durante el período arcaico. Se trata de la T.50, fechada a mediados del s. VI a.C., en la que fue inhumado un individuo pubescente, que falleció en torno a los 13-15 años de edad (Bartoloni 2000: 72; Pla Orquín 2014-2015: 130-131). El único vaso cerámico que fue colocado en esta sepultura fue una jarra de boca de seta, que pudo ser utilizada durante la preparación del

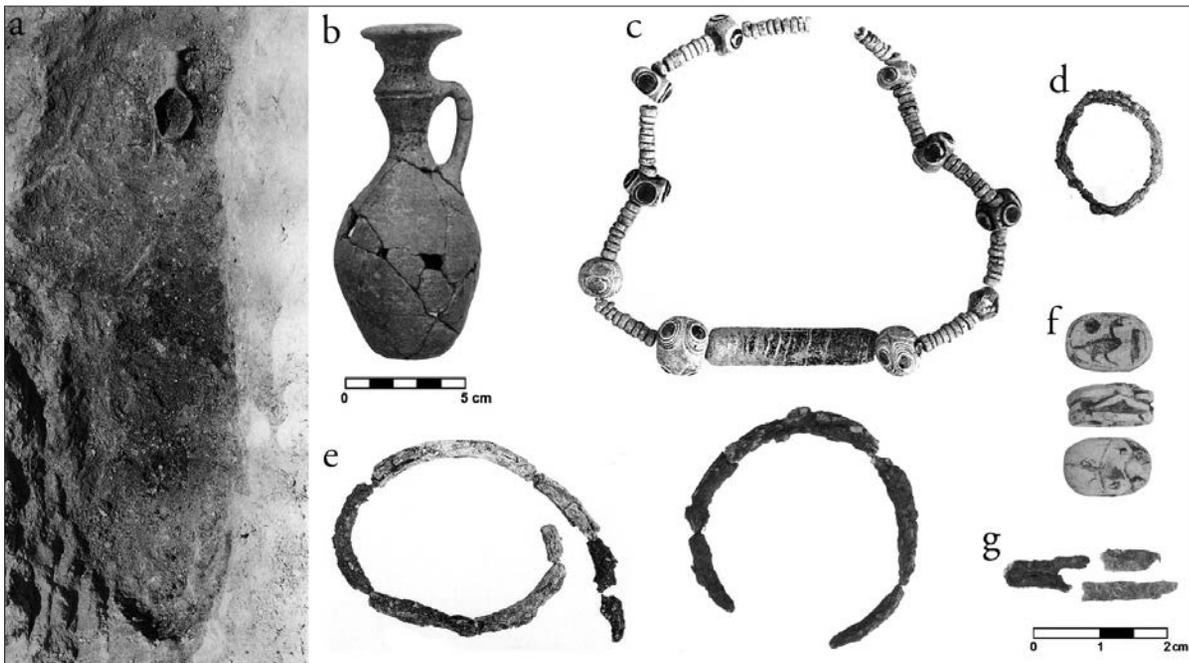


Fig. 7.15. Monte Sirai. T.50, inhumación en fosa de un individuo puberal, de 13-15 años, con su ajuar cerámico y personal (a partir de Bartoloni 2000: tavs. XXV, a-e; XXVI, a-b; XXIII, g).

cadáver (fig. 7.15, b). Pese a la escasez de ajuar cerámico, destaca el hecho de que el individuo fue adornado con un collar compuesto por 101 cuentas (fig. 7.15, c), dos brazaletes de bronce colocados en ambas muñecas (fig. 7.15, e) y un anillo del mismo material en un dedo de la mano izquierda (fig. 7.15, d). Asimismo, junto al cuerpo, se localizaron un escarabeo encastrado en plata (fig. 7.15, f) y unas pinzas de bronce (fig. 7.15, g), que han llevado a interpretar el enterramiento como femenino (Bartoloni 2000: 167-169; Pla Orquín 2014-2015: 130-131).

Del mismo modo que en la tumba de cremación primaria T. 162, la presencia de la sortija en la T.50 podría constituir un marcador de la consideración social de la pubescente, marcando que, en el momento de su muerte, esta ya era considerada una mujer pues, como se ha señalado anteriormente, los anillos digitales en la comunidad de Monte Sirai eran joyas típicas de los adultos (Pla Orquín 2014-2015: 159; 2021b: 63-64). En el caso de esta sepultura, también es interesante resaltar la posición en que fue inhumada la joven pues, como el individuo infantil de la T.301, fue colocada en decúbito lateral, lo que de nuevo podría sugerir que podía ser de ascendencia sarda, norteafricana e incluso mixta (Bartoloni 1989: 71; 2000: 72; Guirguis 2011: 12-14; 2012: 102-103).

Frente a esta sepultura que es particular, tanto por la posición en la que fue inhumada la difunta como por su elevada cronología, el resto de individuos no-adultos que fueron enterrados en fosas fueron colocados en posición decúbito supino. En la mayoría de los casos, estos recibieron sepultura en fosas individuales (48%), aunque también fue frecuente inhumarlos en fosas colectivas (38%), mientras que las sepulturas dobles fueron minoritarias (14%) (tab. 7.7). Igualmente, es interesante destacar que los infantiles, pubescentes y juveniles enterrados en este tipo de tumbas fueron, habitualmente, acompañados por elementos de adorno personal, joyería y otros objetos de carácter apotropaico, siendo menos frecuente la presencia de vasos cerámicos formando parte de sus ajuares.

Entre las tumbas caracterizadas por la presencia de elementos con finalidades apotropaicas destaca la T.351, en la que una posible niña, que falleció entre uno y tres años de edad, fue inhumada con un número muy elevado de adornos (fig. 7.16). Entre estos se encuentran dos brazaletes, formados por cuentas de pasta vítrea y una concha del tipo *cypraea*, así como diversos amuletos: dos Ptha Patecos, una máscara silénica, un ojo *udjat*, una esfinge y una cabeza de carnero. Asimismo, se documentaron varios

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.50 1981	13-15a F	IF	Jarra b. seta	101 cc Anillo Br 2 Brazaletes Br Escarabeo	Pinzas Br	m. VI	Bartoloni 2000; Pla Orquín 2014-2015
2	T.321 2009	±8a	IF	Ánf.com.pún. Bartoloni D4 Jarrita (<i>orciolo</i>) Plato	-	Frag.s.Br (;fíbula?)	f. VI-V	Murgia y Pla Orquín 2014; Guirguis y Pla Orquín 2015
3	T.311 2009	± 2a	IF	Jarrita (<i>orciolo</i>) Cuenco	23 cc pv Colgante hueso	2 Disc.cer.perf. <i>Cypraea</i>	V	Guirguis 2011; 2012; Guirguis y Pla Orquín 2015
4	T.351 2015	1-5a	IF	-	Másc.silén/ dem. 2 Ptha Pateco <i>O.udjat</i> Esfinge C.carnero Anillo Br 18 cc pv Arete Br Colgantes pv Colgantes Br	Botón nurágico <i>Cypraea</i>	m. V	Guirguis y Pla Orquín 2015; 2022; Guirguis <i>et al.</i> 2018 Pla Orquín <i>et al.</i> 2021
5	T.312.313 2009	6-12a (312)	IF	Jarra Trilobulada	Arete Br cc pv	-	s.m.V	Guirguis y Pla Orquín 2015
		?		?	?	?		
6	T.346 2011-2016	1-5a	IF	-	Anubis 5 cc pv Arete Br	<i>Cypraea</i>	s.m-f.V	Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
7	T.308 2009 NMI: ?	2-4a	IF	-	1 halcón 1 betilo 37 cc pv; piedra; hueso Arete Ag	-	s.m-f. V	Guirguis y Pla Orquín 2015
8	T. 330.331.332 2011 NMI= 3	8-12a (331)	IF	1 jarrita (<i>Dipper</i>)	3 cc pv	-	s.m-f. V	Pla Orquín 2014-2015; Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
		Ad. M		?	?	?		
		Ad. F		3 jarras trilobuladas <i>Lekythos</i> ática	-	-		

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
9	T. 344.352. 355.358 2015 NMI= 4	13-21a (355)	IF	Ánf.dom. Jarra	Escarabeo Colgante Pb	2 piedras Pinzas Br	s.m.-f. V	Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018; 2020; Matisoo-Smith <i>et al.</i> 2018
		4-10a (352)	IF	Jarra trilobulada	Arete Br	-		
		4-10a (358)	IF		Amuleto No det. 5 cc pv	Espiral Br		
		6-12a (344)	IF	Jarrita (<i>orciolo</i>)	cc pv	Astrág.		
10	T.354.357 2011-2016 NMI= ?	6-12a (354)	IF	-	-	-	s.m.-f. V	Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
		Ad. M? (357)		-	-	-		
11	T.334 2012	8-12a F	IF	Jarrita (<i>Orciolo</i>) Copa	2 Másc.silén/ dem. Anillo Br 2cc pv	Campanita 5 <i>Cypraea</i> 4 caracoles marinos Concha recortada	f. V	Murgia y Pla Orquín 2014; Guirguis y Pla Orquín 2015; 2022
12	T.333.335 2011-2016	<6a (333)	IF	-	9 cc pv.; cristal roca; borde alabastrón Arete Ag	-	f.V	Guirguis y Pla Orquín 2015
		<6a (335)		-	5 cc pv; ámbar	-		
13	T.315 2011-2016	4-6a	IF	Jarrita (<i>Orciolo</i>) Plato	-	-	f.V-IV	Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2017
14	T.56 1981-87	18-24 m	IF	-	-	-	No det.	Bartoloni 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
15	T.260 2006-07	4-6a	IF	-	2 cc pv	-	No det.	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
16	T.261 2006-07	4-6a	IF	-	-	-	No det.	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
17	T. 360.361.364 2011-2016 NMI=3	4-12 a (360)	IF	-	-	-	?	Guirguis <i>et al.</i> 2018
		Ad. F (361)		-	-	-	?	

Tab. 7.7 (páginas anteriores). Monte Sirai. Inhumaciones en fosas de individuos no-adultos (mediados del s. VI-inicios del IV a.C.).

colgantes, cuentas y otra *cypraea*, que bien pudieron formar parte de un collar bien ir cosidos a las ropitas con que fue inhumada la pequeña difunta (Pla Orquín *et al.* 2021: 60). En este contexto, es de especial interés la presencia de un anillo de bronce y una cuenta de pasta vítrea, que fueron localizados sobre el cráneo, posición que parece indicar que ambos elementos pudieron formar parte del peinado de la niña. Aparte de ser peinada, de forma previa a su entierro, es posible que su cuerpo fuera vestido con sus ropitas cotidianas, tal y como puede inferirse de la presencia de un botón de bronce de tradición nurágica, que fue localizado sobre el húmero izquierdo y que, en el momento del hallazgo, aún conservaba restos adheridos de tejido (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1; Guirguis *et al.* 2018: 209; fig. 6.3.3; Guirguis y Pla Orquín 2019: 269; Pla *et al.* 2021). Precisamente, ha sido la presencia de este botón y de las conchas del tipo *cypraea*, lo que ha llevado a identificar este enterramiento como posiblemente femenino (Guirguis y Pla Orquín 2022: 187-188).

Otra sepultura muy interesante, que permite observar la distribución de los diferentes objetos que fueron colocados en torno al cuerpo de un individuo infantil es la T. 334 (fig. 7.17, a). Esta constituye una fosa excavada en la roca, que albergaba el cuerpo de una niña, que murió entre los ocho y los doce años de edad. En este caso concreto, el sexo ha sido determinado a partir de

las características morfológicas de las órbitas, del ángulo mandibular y del mentón, según el método de Molleson *et al.* 1996, y de la pelvis, según Schutkowski 1993 (Murgia y Pla Orquín 2014: 52). Junto al cráneo de la pequeña, fue colocada una jarrita de tipo *orciolo* en cuyo interior se hallaron un conjunto de semillas, lo que permite hipotetizar que esta pudo contener las ofrendas alimentarias realizadas a la pequeña (fig. 7.17, e). Aparte del *orciolo*, sobre la mano derecha de la niña, fue colocada una copa de barniz rojo (fig. 7.17, f), junto a una campanita de bronce que aún conservaba el badajo (fig. 7.17, c) (Murgia y Pla Orquín 2014: 48-50). Las campanitas fueron objetos relativamente comunes en las sepulturas infantiles de algunos cementerios norteafricanos, como Cartago (Fariselli 2012-2013; 2019: 1945), así como de otras necrópolis estudiadas en el presente trabajo, como el Puig des Molins en Ibiza (véase § 8.2.1). Se ha planteado que la presencia de este tipo de elementos, acompañando a las niñas y niños, pudo tener una doble función lúdica y apotropaica: con su sonido pudieron ser utilizados para espantar a los malos espíritus, pero también pudieron ser utilizados por los más pequeños, quienes pudieron agitarlos como si se tratara de sonajeros (Fariselli 2012-2013; 2019; López Bertran 2019b).

Además de la campanita, la pequeña difunta fue enterrada con otros objetos característicos de las tumbas infantiles, como son los dos amuletos de máscara silénica o demoniaca, que pudieron formar parte de un collar, que también debió estar compuesto por cinco

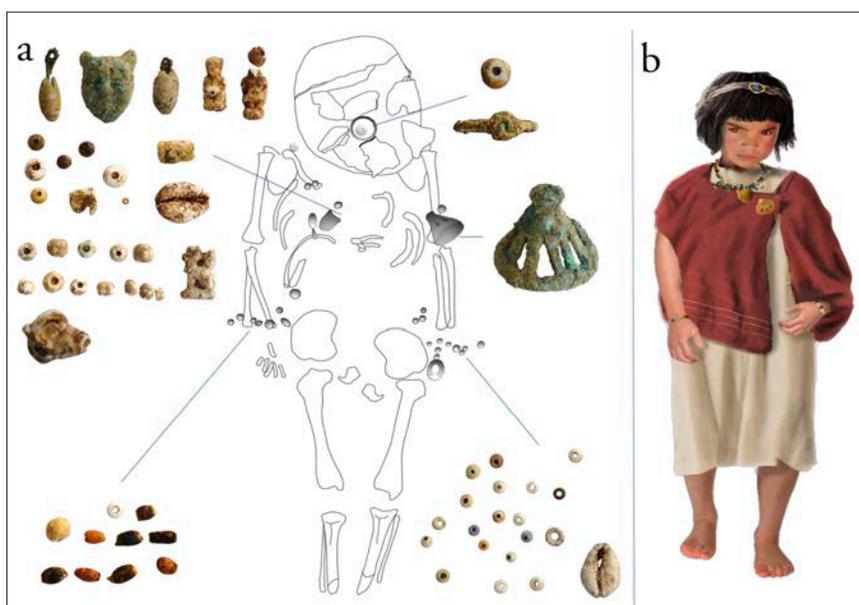


Fig. 7.16. Monte Sirai. T.351, inhumación en fosa de un infantil, que falleció antes de alcanzar los 5 años: a) Elementos de adorno con su distribución en torno al cadáver (Fotografías y dibujos de R. Pla Orquín); b) Reconstrucción idealizada del vestido, peinado y ornamentos (Ilustración de M. Gabaglio) (Pla Orquín *et al.* 2021: fig.2).

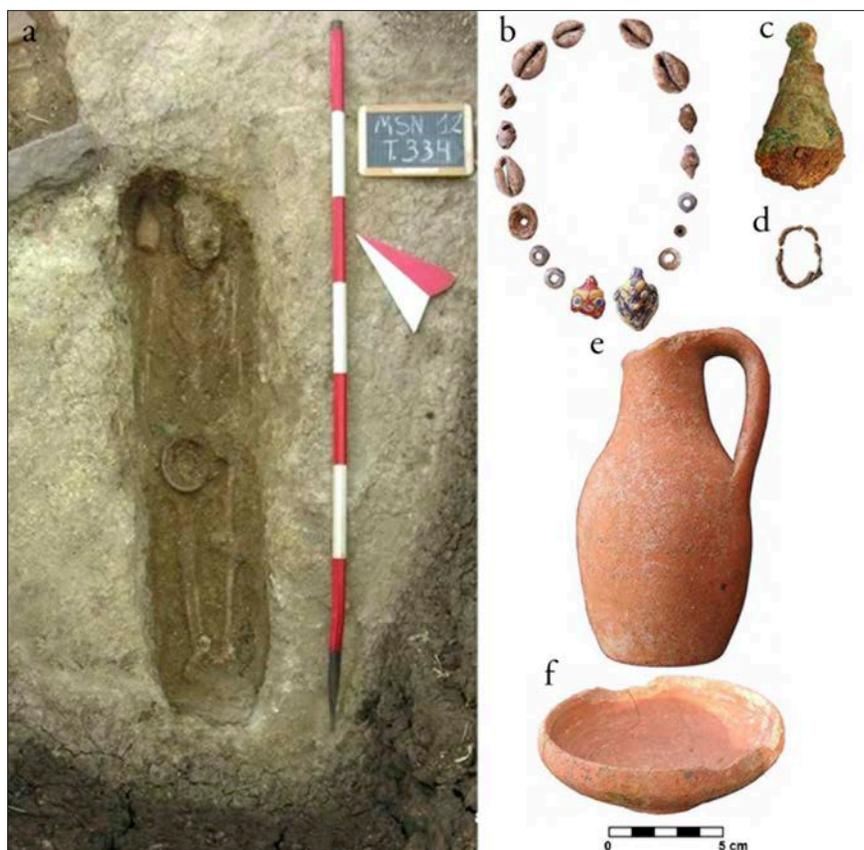


Fig. 7.17. Monte Sirai. T.334, inhumación en fosa de una niña que murió entre los 8 y los 12 años de edad (a partir de Murgia y Pla Orquín 2014: tav. 40; Guirguis y Pla Orquín 2022: fig.8).

cypraea, una concha perforada, cuatro caracoles marinos y cinco cuentas (fig. 7.17, b). Pese a que el cuerpo de la niña fue acompañado y adornado por una serie de elementos típicamente infantiles, es interesante señalar que este también fue ornamentado con joyas que, en Monte Sirai, fueron características de los individuos adultos. Este es el caso de un anillo de bronce, que fue colocado en la mano izquierda de la cría (fig. 7.17, d). Este tipo de joyas, como se ha visto de forma previa, también han sido documentadas en sepulturas de individuos que fallecieron durante el período puberal –T. 50 y T.161–, lo que podría evidenciar que estos ya eran considerados personas adultas. No obstante, la T. 334 se caracteriza por la confluencia de objetos típicamente infantiles –como la campanita y las máscaras demoniacas– y elementos característicos de las sepulturas de adultos –anillo en la mano izquierda–, lo que en este caso podría reflejar que esta niña, que murió entre los ocho y los doce años, se encontraba en un momento de transición, es decir, en un estadio intermedio entre la infancia y la edad adulta.

En relación con esta fase transitoria, es especialmente interesante notar que, en la cavidad pélvica de la joven difunta, fue cuidadosamente colocado un canto, de entre 5 x 2,3 cm que, como recientemente, han señalado Michele Guirguis y Rosana Pla Orquín, podría sugerir *un'azione volontaria, non necessariamente di tipo rituale ma forse connessa con la causa della morte* (2022: 189). Aunque esta gestualidad intencional es difícilmente comprensible (Pla Orquín y Murgia 2014: 50), en Cerdeña este tipo de prácticas se han documentado en otros enterramientos femeninos, concretamente de mujeres que fallecieron en momentos liminales de sus vidas. Este es el caso de la T. 173 de la necrópolis de Tuvixeddu (véase § 7.2.7, a.3), donde entre los ss. III y II a.C., fue inhumada una mujer que, probablemente, falleció durante el parto (Salvi *et al.* 2016: 349; 354). Por tanto, este gesto podría estar asociado a muertes consideradas “malas” o “infelices”, como las muertes maternas (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 63) o las de las pubescentes, que fallecían antes de lograr su transición total a la vida adulta (Rivera-Hernández 2023: 319-320).

La atención con que los diferentes objetos fueron colocados en torno al cadáver de los más pequeños también se observa en la T. 321, donde las diferentes materialidades documentadas permiten inferir los cuidados que se ofrecieron al joven difunto de forma previa a su sepelio, durante el mismo y una vez fue clausurada la tumba. Esta sepultura constituye una fosa de pequeñas dimensiones en la que fue inhumado un infantil, que falleció con una edad aproximada de ocho años. Tras depositar el cuerpo en la fosa, a la izquierda del cráneo fue colocada una jarrita de tipo *orciolo* que, del mismo modo que la de la T.334, pudo contener ofrendas alimentarias. Junto a la cabeza del niño/a también fueron documentados algunos fragmentos de bronce, que se han relacionado con la presencia de una fíbula (Murgia y Pla Orquín 2014: 47), que pudo funcionar como elemento de cierre de un sudario o de las vestimentas con las que el individuo fue enterrado. No obstante, el elemento más excepcional de este contexto es la presencia de un ánfora de transporte –Bartoloni D4– que fue colocada verticalmente en el extremo NW de la fosa (Murgia y Pla Orquín 2014: 47). Esta pudo funcionar como marcador de la tumba, pero también para realizar libaciones una vez la sepultura fue clausurada. En este caso, la presencia del ánfora y, sobre todo, el modo en que fue emplazada sugiere que las sepulturas de algunas niñas y niños fueron objeto de frecuentaciones sucesivas tras el funeral, probablemente, con el fin de alimentar y rendir culto a la memoria de los pequeños difuntos.

Aparte de las sepulturas individuales, en este cementerio, algunos no-adultos fueron enterrados en tumbas dobles. Entre estas destaca la T.333.335, en la que fueron inhumados dos infantiles, que fallecieron antes de alcanzar los seis años de edad. En este caso, los datos estratigráficos han demostrado que el enterramiento de los dos niños se realizó en dos fases temporales distintas. El primer ocupante de la tumba –335– fue inhumado con un pequeño collar compuesto por cuatro cuentas de pasta vítrea y por otra triangular de ámbar. En el momento del hallazgo, sus restos óseos se encontraban desarticulados, probablemente, como consecuencia de las labores desarrolladas para realizar la segunda inhumación. En relación con esta segunda deposición, destaca el hecho de que antes de realizar el enterramiento, en el interior de la fosa se colocaron tres fragmentos cerámicos, probablemente, con la finalidad de establecer una barrera física entre los dos individuos. Sobre estos fue inhumado el segundo niño/a –333–, cuyo cuerpo se documentó en perfecta



Fig. 7.18. Monte Sirai. TT.352.358, jarra y elementos de adorno personal de una inhumación doble de dos infantiles en el interior de una fosa colectiva (a partir de Guirguis *et al.* 2020: fig.3).

conexión anatómica, lo que ha permitido hipotetizar que su pequeño cadáver debió de ser envuelto en un sudario. En relación con esta inhumación se documentaron un arete en plata y nueve cuentas de diversos materiales, que debieron adornar el cuerpo del joven difunto (Guirguis y Pla Orquín 2015: 54; fig. 21).

Pese a que algunos sujetos no-adultos fueron inhumados en tumbas dobles, durante el s. V a.C., fue más habitual enterrar a los pequeños en fosas colectivas, que compartieron con otros niños o con individuos juveniles y adultos. En relación con estas tumbas, es interesante señalar que la reciente realización de análisis de ADN en algunas de ellas ha demostrado la existencia de relaciones de parentesco entre algunas de las personas enterradas en su interior. Este es el caso de la T. 344.352.355.358, una fosa en la que fueron inhumados cuatro individuos no-adultos, entre la segunda mitad y finales del s. V a.C. (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1). En este caso, el primer ocupante de la tumba fue un juvenil –355–, cuyos restos óseos fueron reducidos para realizar la inhumación de dos niñas o niños –352 y 358– que fallecieron entre los cuatro y los diez años de edad. La colocación de los cuerpos de estos individuos en el interior de la sepultura parece sugerir que ambos fueron depositados al mismo tiempo en el interior de la tumba. Junto a los pies de los pequeños fue colocada una jarra de boca trilobulada de grandes dimensiones, que pudo ser utilizada para realizar una libación durante el desarrollo del funeral (fig. 7.18, a). Cerca del cadáver del individuo 352 fue hallado un arete de bronce (fig. 7.18, b), mientras que el cuerpo del otro debió de ser adornado con un collar compuesto por cinco cuentas de pasta vítrea y por un amuleto, que se encontraba muy deteriorado (fig. 7.18, c). Junto a este sujeto también fue localizada una espiral de bronce, que

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.120	<i>Infantile</i>	IE	Ánf.com.pún.	Jarra b. seta Jarra bilobulada miniat.	10 cc pv; ps	-	p.m. V	Bernardini y Perra 2001; Guirguis y Pla Orquín 2015
2	T.286 2011-2016	1-4a	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Jarra (<i>orciolo</i>)	3 cc pv	-	p.m. V	Guirguis y Pla Orquín 2015
3	T.45 1984	<i>Infantile</i>	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	Brazalete Br	<i>Cypraea</i>	V	Bartoloni 1985; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
4	T.59 1981-87	<i>Infantile</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	Anillo Br 2 cc pv; Br	-	V	Bartoloni 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
5	T.69 1981-87	<i>Infantile</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	Anillo Br	-	V	Bartoloni 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
6	T.153 2002	3-6a	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	Arete Br 3 cc pv	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
7	T.309 2011-2016	1-4a	IE	Ánf.com.pún.	Copa	-	-	V	Guirguis y Pla Orquín 2015
8	T.299 2011-2016 NMI= ?	2-4a	IE	Ánf.com.pún.	Jarra trilobulada	Escarabeo Thot 2 cc pv	-	s.m.-f. V	Guirguis y Pla Orquín 2015
9	T.349 2011-2016	1-5a	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	s.m.-f. V	Guirguis y Pla Orquín 2015; Guirguis <i>et al.</i> 2018
10	T. 360.361.364 2011-2016 NMI= 3	1-5a (364)	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	?	Guirguis <i>et al.</i> 2018

Tab. 7.8. Monte Sirai. *Enchytrismo* (s. V a.C.).

pudo funcionar como ornamento del cabello (fig. 7.18, d). En último lugar, en esta fosa fue inhumado otro individuo infantil –344–, que falleció en torno a los seis y doce años de edad. Los análisis genéticos han evidenciado

que el primer y el último ocupante de la fosa no mantenían relaciones de tipo familiar –por vía materna– con ninguno de los difuntos enterrados en esta estructura. Sin embargo, han demostrado que los dos individuos

infantiles –352 y 358–, que fueron enterrados simultáneamente, pudieron ser primos o incluso hermanos (Matisoo-Smith *et al.* 2018; Guirguis *et al.* 2018: 213; 2020: 1720-1721).

d.3. Las inhumaciones en ánforas

Si bien la mayoría de individuos no-adultos, que recibieron sepultura según el rito de la inhumación, fueron enterrados en fosas, aproximadamente un tercio de ellos (30%) fueron inhumados en el interior de recipientes anfóricos. Los datos disponibles actualmente reflejan que, en Monte Sirai, esta forma de enterramiento estaba destinada a niñas y niños que fallecieron con edades comprendidas entre uno y seis años (tab. 7.8). La forma en que se introdujeron los cuerpos de los infantiles, en el interior de los recipientes, fue la misma que la documentada en los cementerios sicilianos: la boca o el fondo de los vasos eran fragmentados, siendo posteriormente la apertura tapada con una piedra de grandes dimensiones o con varias más pequeñas que, en ocasiones, también pudieron funcionar como marcadores de la sepultura (Botto y Salvadei 2005: 83).

Los recipientes anfóricos, que funcionaron como ataúdes de los pequeños cadáveres, normalmente, eran depositados en pequeñas fosas individuales excavadas, a poca profundidad, en el terreno de la necrópolis. No obstante, algunos *enchytrismoi* fueron colocados en el interior de fosas colectivas, tal y como reflejan la T.299 y la T.360.361.364 (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab. 1; Guirguis *et al.* 2018: tab. 6.3.1). En esta última sepultura, los primeros ocupantes de la fosa fueron una mujer adulta y un individuo infantil, que falleció entre los cuatro y los doce años de edad. En un momento sucesivo, fue introducido el cadáver de un niño o niña, que murió antes de alcanzar los cinco años, cuyo frágil cuerpo fue resguardado en el interior de un recipiente anfórico.

Los pequeños inhumados según esta forma de enterramiento, habitualmente, eran acompañados por joyas y elementos de adorno personal y carácter apotropaico, como cuentas de collar, brazaletes y amuletos, siendo menos frecuente la presencia de recipientes cerámicos, que solo fueron depositados en cuatro tumbas. Entre estos últimos, destaca la presencia de jarritas y de copas de tradición fenicia, siendo especialmente interesantes los vasos cerámicos que fueron colocados en la T.120 (fig. 7.19). En esta sepultura, datada en la primera mitad del s. V a.C., fuera del ánfora se depositaron una jarra de boca de seta y una jarra bilobulada de reducidas dimensiones (fig. 7.19, b-c). En este cementerio, la presencia de estos vasos era especialmente habitual en las sepulturas de los adultos, debido a ello es interesante que aparezcan acompañando a un niño o niña, que fue inhumado en el interior de un ánfora. De hecho, el pequeño tamaño que presentan estos vasos, frente a las dimensiones más grandes de los ejemplares habituales, podría reflejar que estos fueron fabricados, de forma específica, para la criatura aquí inhumada, con el fin de adaptar la cantidad de contenido que pudieron albergar al pequeño tamaño del difunto.

e) Las sepulturas de cremación secundaria (s. V a.C.)

Aunque durante el s. V a.C. el ritual, mayoritariamente, utilizado para enterrar a los difuntos fue el de la inhumación, durante esta centuria una minoría de individuos no-adultos fueron cremados (tab. 7.9). Frente a las cremaciones de época arcaica, en esta época siempre se practicaron cremaciones secundarias, siendo los restos incinerados de los pequeños depositados en el interior de recipientes cerámicos. Es significativo señalar que el ritual de la cremación en este centro, durante el s. V a.C., estuvo únicamente destinado a

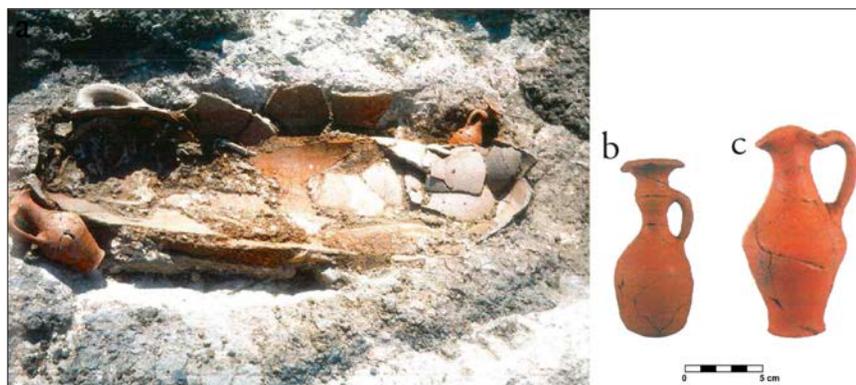


Fig. 7.19. Monte Sirai. T.120, inhumación en *enchytrismós*. b) Jarra de boca de seta miniaturizada; c) Jarra bilobulada miniaturizada (a partir de Bernardini y Perra 2001: 37; 70).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.151 2002	0-9m	CSU	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
2	T.152 2002	±3a	CSU	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
3	T.170 2002	±3a	CSU	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Plato	8 cc pv	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
4	T.172 2002	5-6a	CSU	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
5	T.326.310 2011-2016	0-6m (326)	CSU	Olla	-	Restos avifauna	-	m.V	Guirguis 2011; Guirguis y Pla Orquín 2015
		Ad. F (310)	IF	-	Jarra trilobulada	-	-		

Tab. 7.9. Monte Sirai. Cremaciones secundarias en urnas de individuos no-adultos (s. V a.C.).

tratar los cadáveres de algunos infantiles que fallecieron antes de cumplir los seis años de edad. De hecho, en el caso de los adultos este rito no fue utilizado hasta el período helenístico, momento en que la incineración volvió a generalizarse en la mayoría de necrópolis púnicas (Botto y Salvadei 2005: 150).

Generalmente, los restos cremados de los niños y niñas fueron depositados en el interior de ánforas de transporte púnicas –TT.151; 152; 170–, siguiendo un procedimiento análogo al de los *enchytrismo*, es decir, se practicaba una fractura en el vaso que, tras introducir los restos incinerados, era tapada con piedras (Botto y Salvadei 2005: 113-114).



Fig. 7.20. Monte Sirai. T.326.310, inhumación de una mujer sobre cuyas tibias se colocó una urna, que contenía los restos óseos de un bebé fallecido entre el nacimiento y los 6 meses de edad (a partir de Guirguis 2011: fig. 12).

Del total de sepulturas en las que se practicó este ritual, solo una de ellas –la T.170– presentaba ajuar. Este estaba compuesto por ocho cuentas de collar, que fueron localizadas en el interior del ánfora, lo que permite pensar que pudieron formar parte de un collar o brazalete

perteneciente al pequeño, cuyos restos óseos fueron aquí depositados. Asimismo, fuera del ánfora fue colocado un plato, que pudo contener alguna ofrenda alimentaria realizada al pequeño difunto (Botto y Salvadei 2005: 112).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
1	T.283 2011-16	1-4a	C/SC/I?	Ánf.com.pún.	-	-	-	m. V	Guirguis y Pla Orquín 2015
2	T.46 1984	±2a	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	Cinocéfalo 29 cc pv; ps; piedra Arete Br Colgante Br	-	V	Bartoloni 1985; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
3	T.47 1984	Prepu - beral	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Copa Jarra trilobulada	Tueris 33 cc pv; ps; piedra Arete Br	-	V	Bartoloni 1985; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
4	T.136	2-4a	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Copa	-	-	V	Guirguis y Pla Orquín 2015
5	T.41 1984	Probable	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	Brazalete Ag	-	V	Bartoloni 1985; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015
6	T.175 2002	Probable	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
7	T.157 2002	0-6m	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Jarrita (<i>orciolo</i>)	1 cc pv Colgante Br	-	p.m.V	Botto y Salvadei 2005; Guirguis y Pla Orquín 2015
8	T.239.240 2005	±2a (240)	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	Plato	9 cc pv	Frag. Fe	i.V	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
		Ad. (239)	CPF	-	Jarra b. seta Copa Plato	-	-		
9	T.264 2006-2007	1-6a	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D4	-	-	-	V	Guirguis 2010; Guirguis y Pla Orquín 2015
10	T.323 2011-16	Probable	C/SC/I?	Ánf.com.pún.	Jarrita (<i>orciolo</i>)	-	-	V-IV	Guirguis y Pla Orquín 2015
11	T.29 1982	Infantile	C/SC/I?	Ánf.com.pún. Bartoloni D6	-	-	-	i.IV	Bartoloni 1982b; 2000; Guirguis y Pla Orquín 2015

Tab. 7.10. Monte Sirai. Depositiones infantiles en ánforas, rito indeterminado (ss. V-IV a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.318 2011-16	Probable	¿I/C? F	-	-	-	No det.	Guirguis y Pla Orquín 2015

Tab. 7.11. Monte Sirai. Probable deposición infantil en fosa, rito indeterminado (cronología no determinable).

Frente a las cremaciones secundarias, que fueron depositadas en ánforas, destaca la T.326.310 (fig. 7.20). Esta tumba presenta unas características constructivas únicas: en una fosa excavada en la roca fueron colocados cuatro grandes bloques de piedra en posición vertical que sostenían una gran losa que, aparte de constituir el cierre de la sepultura, debía funcionar como señal de la tumba. En el interior de esta peculiar estructura, fue inhumada una mujer adulta –T. 310– junto a la que fue colocada una jarra trilobulada, que ha permitido datar el contexto a mediados del s. V a.C. (Guirguis *et al.* 2018: 279-280). Sobre las piernas de la difunta, a la altura de las tibias, fue colocada una olla con dos asas, que presentaba marcas de combustión tanto en su superficie externa como interna. La excavación de esta urna –T.326– ha permitido documentar la presencia de los huesos incinerados relativos a una criatura, que falleció entre el nacimiento y los seis meses de edad, junto a los pertenecientes a tres aves (fig. 7.20, b-c). En esta sepultura, tanto la tipología de la olla como la asociación en su interior de los restos óseos cremados de un bebé, junto a tres aves, presentan claras analogías con las deposiciones documentadas en el santuario tofet. De este modo, la peculiaridad de este enterramiento está en que podría mostrar la realización temprana de una serie de prácticas rituales características del tofet, en un momento previo a la estructuración del santuario que, en Monte Sirai, no se funda hasta el s. IV a.C. (Guirguis 2011: 5-6; Guirguis *et al.* 2018: 280; Piga *et al.* 2020).

f) Las sepulturas de ritual indeterminado (s. V a.C.)

El deficiente estado de conservación en que se han documentado los cuerpos de algunos individuos infantiles ha provocado que, en ocho deposiciones en ánforas, no se haya podido determinar si los pequeños recibieron sepultura según el ritual de la cremación secundaria, de la semicomustión o de la inhumación (tab. 7.10). Aunque la mala conservación de los restos óseos no ha permitido documentar el rito utilizado, la presencia de determinadas piezas óseas y dentales, sí ha consentido estimar la edad de algunos individuos, demostrando que en el

interior de estos recipientes fueron, mayoritariamente, enterrados individuos que fallecieron antes de alcanzar los seis años. De este modo, los datos obtenidos de los análisis antropológicos parecen confirmar que, de la misma forma que ocurrió en algunos cementerios sicilianos, como Birgi y Palermo, en Monte Sirai las deposiciones en ánforas estaban destinadas a niños con edades inferiores al período puberal.

A estas tumbas, en las que los restos óseos se documentaron muy fragmentados, hay que añadir otros tres recipientes anfóricos –T.41, T.175 y T.323– en cuyo interior no se ha conservado ningún resto esquelético. No obstante, el corte transversal que presentaban los vasos, su posición horizontal en fosas excavadas a poca profundidad en el terreno y la presencia, en algunas de ellos, de elementos de ajuar –TT.41 y 323– parecen reflejar que pudieron contener cuerpos infantiles. Aparte de estas probables deposiciones en ánforas, también se ha documentado una fosa simple –T.318– cuyo pequeño tamaño –1 x 0,36 m– ha permitido plantear que en ella pudo ser enterrado un individuo infantil (tab. 7.11) (Guirguis y Pla Orquín 2015: 46).

7.2.3 PANI LORIGA

El asentamiento de Pani Loriga fue fundado, hacia finales del s. VII a.C., sobre una modesta colina en forma de “U”, ubicada a unos 25 km de Monte Sirai (Botto 2012: 269-271; 2016: 21-24; 2017: 167). La necrópolis de época fenicia fue establecida en el sector sudoccidental de la meseta, mientras que el cementerio de época púnica también fue colocado en el sector occidental, pero al norte del área funeraria arcaica (fig. 7.21). De este último, únicamente se conoce la existencia de cinco tumbas de cámara, que fueron repetidamente saqueadas y reutilizadas desde época antigua hasta el período altomedieval, circunstancia que impide conocer los rituales funerarios que se desarrollaban en estas sepulturas, así como la población que fue enterrada en las mismas (Botto 2017: 180-181). Por tanto, la mayor parte de la documentación funeraria de Pani Loriga procede de la necrópolis de época fenicia.

Esta área funeraria fue descubierta de forma casual en 1969, con motivo de la realización de una nueva vía de acceso al sitio. Desde su hallazgo hasta mediados de la década de los 70, se realizaron dos campañas arqueológicas –entre 1969-1970 y entre 1974-1975– en las que se excavaron más de 150 sepulturas, que continúan parcialmente inéditas (Tore 1975: 366; nota 6; Botto 2008: 1635; 2012: 268-269; 2016: 8; 2017: 167). Desde un punto de vista metodológico, hay que señalar que de estas sepulturas tan solo fueron realizados los análisis antropológicos de seis contextos excavados en la campaña de 1970. Estos fueron efectuados por el paleo antropólogo *Tenente Colonnello Medico* Dr. Franco Germana, del *Ospedale Militare di Sassari* (Tore 1975: nota 11). Tras un largo período de inactividad arqueológica, en 2016 se reemprendieron los trabajos arqueológicos en el área funeraria bajo la dirección de Massimo Botto. Desde entonces, se han realizado prospecciones geomagnéticas, con la finalidad de localizar tumbas todavía no exploradas, y se ha llevado a cabo la excavación de una sepultura de inhumación arcaica (Botto 2017).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

La necrópolis fenicia de Pani Loriga fue utilizada durante el s. VI a.C., período en que el ritual utilizado de manera predominante fue el de la cremación secundaria. No obstante, durante esta centuria, una minoría de personas también recibieron sepultura según los ritos de la cremación primaria y de la inhumación (Botto 2017: 167). Para llevar a cabo el ritual de la cremación secundaria, los cuerpos de los difuntos eran cremados en *ustrina* comunitarios o individuales. Una vez los cadáveres estaban cremados, los restos óseos eran recogidos de las piras y depositados en fosas de forma lenticular (Tore 1975: 366-367; 1995: 243; 2000: 336-337; Botto 2008: 1635; 2012: 274; 2017: 167). En el interior de las sepulturas, junto a los restos incinerados, eran colocados vasos cerámicos y elementos de adorno personal. Entre los primeros destaca la presencia de cerámicas de tradición fenicia, como jarras de boca de seta y trilobulada, platos, copas, *dippers*, lucernas y algunas ollas a mano (Tore 1975: nota 12). Entre los elementos de adorno personal fueron relativamente frecuentes los brazaletes, aretes y colgantes en plata, así como también algunas cuentas de collar y amuletos en pasta vítrea (Tore 1975: nota 13; 1995: 244; 2000: 338).

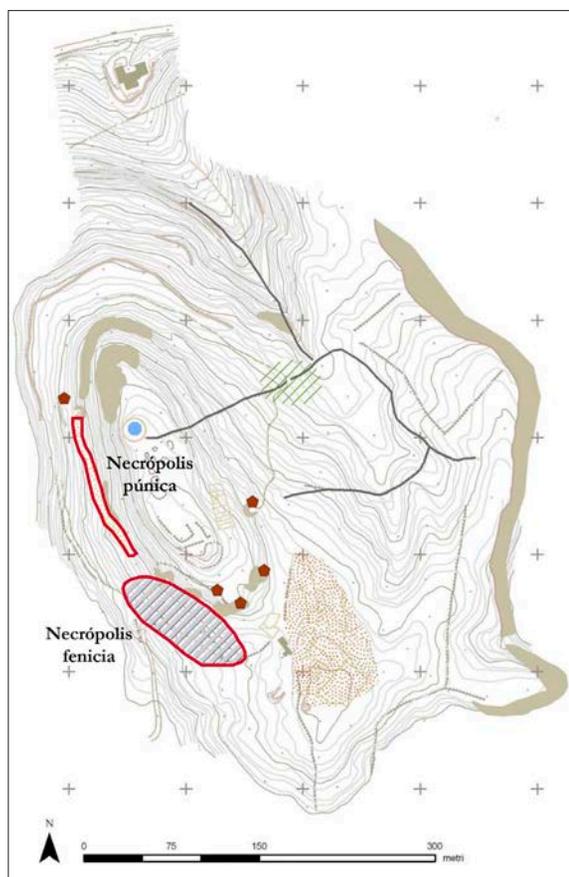


Fig. 7.21. Pani Loriga. Planimetría marcando la ubicación del cementerio fenicio y púnico (a partir de Botto *et al.* 2010: fig. 3).

Pese a que el ritual de la cremación secundaria fue mayoritario, de forma simultánea, se practicaron algunas cremaciones primarias, que siguieron un proceso análogo al del cementerio de Monte Sirai, siendo excepcional la práctica del rito de la inhumación. Este último, por el momento, solo se ha documentado en dos sepulturas pertenecientes a individuos adultos (Botto 2017: 167). Las características constructivas de estas tumbas, que como en Monte Sirai constituyeron grandes fosas rectangulares en las que los difuntos pudieron ser inhumados en féretros de madera, junto a la presencia de elementos de ajuar de procedencia norteafricana, han permitido interpretar estos enterramientos como pertenecientes a personas procedentes del norte de África que, en un momento anterior a la conquista cartaginesa de la isla, se habrían asentado en el centro de Pani Loriga (Botto 2008: 1635; 2012; 2016; 2017).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	II/86-88 1970	<i>Bambino</i>	CSF	Jarra b. seta	cc pv	-	VI	Tore 1975
2	III/5 1970	<i>Bambino</i>	CSF	Jarrita (<i>Dipper</i>)	-	-	VI	Tore 1975
3	VI/20 1970	<i>Bambino</i>	CSF	-	Brazalete Br Aretes Ag Amuletos	-	VI	Tore 1975
4	X/8 1970	<i>Bambino</i>	CSF	Copa Jarra trilobulada	-	-	VI	Tore 1975
5	T. XIII/26 1970	<i>Bambino</i>	CSF	Jarra b. seta	-	-	VI	Tore 1975
		<i>Adulto</i>		Jarra trilobulada				

Tab. 7.12. Pani Loriga. Cremaciones secundarias pertenecientes a individuos infantiles de la necrópolis (s. VI a.C.).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

La escasa documentación disponible hasta el momento sobre el cementerio de Pani Loriga, donde no se han publicado planimetrías que indiquen la ubicación de las sepulturas y solo se han realizado análisis antropológicos sobre seis tumbas de cremación, ha provocado la existencia de algunas carencias documentales para el desarrollo de este trabajo. Sin embargo, es interesante señalar que los datos ofrecidos por el único estudio antropológico publicado demuestran que la presencia de individuos no-adultos en este cementerio fue bastante elevada durante el período arcaico. Muestra de ello es que, de las seis sepulturas analizadas, en cinco fueron depositados los restos óseos cremados de infantiles (tab. 7.12).

El estudio de estos contextos demuestra que los pequeños recibieron sepultura según el ritual de la cremación secundaria. En la mayoría de los casos –TT.II/86-88; III/5; VI/20 y X/8– fueron cremados de forma individual, dándose en una única sepultura la asociación de un *piccolo bambino* y de un individuo adulto (Tore 1975: nota 11). Aparte de ser tratados según el rito predominantemente utilizado en el cementerio, los individuos infantiles también fueron acompañados por algunos elementos de ajuar, que muestran los cuidados que se les otorgaba de forma previa a su entierro, así como durante el sepelio.

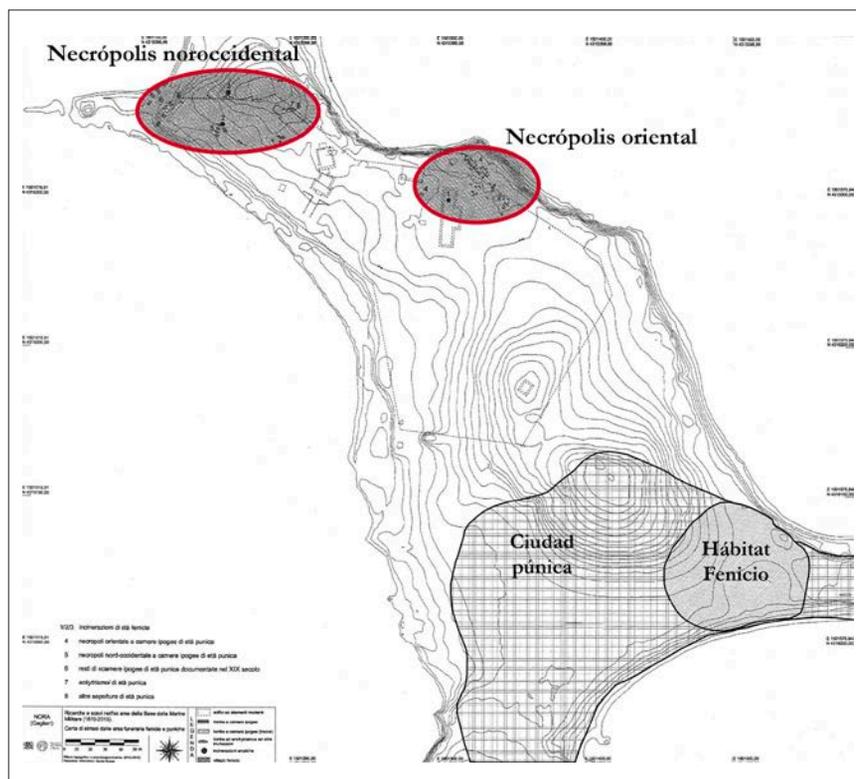
Entre estos destaca la presencia de jarras, sobre todo, de boca de seta que fueron colocadas en tres de las sepulturas y pudieron ser utilizadas para ungir el cuerpo de los

niños y niñas antes de su incineración en la pira. Asimismo, también fue común la presencia de jarras trilobuladas y jarritas de menor tamaño –como los *dippers*– que pueden relacionarse con la realización de libaciones durante los funerales. Aparte de los vasos cerámicos, en dos tumbas –II/86-88 y VI/20– junto a los restos incinerados fueron colocadas diversas joyas y elementos de carácter apotropaico, como cuentas de collar de pasta vítrea, un brazaletes en bronce, aretes de plata y algunos amuletos, que debieron constituir los ornamentos con los que los cadáveres de los pequeños fueron adornados.

7.2.4. NORA

El asentamiento de Nora fue fundado, hacia mediados del s. VIII a.C., sobre el promontorio di Capo di Pula, ubicado en la costa sur de Cerdeña, a unos 30 km al sudoeste de Cagliari (Bonetto 2009: 58; Bonetto *et al.* 2020a). Si bien, por el momento, se desconocen las tumbas pertenecientes a los primeros habitantes del sitio, se sabe que este centro contó con dos áreas funerarias diferenciadas, que funcionaron de forma sincrónica desde mediados del s. VII hasta el s. III a.C. La primera fue ubicada en el sector oriental de la península, a una distancia de 300 m respecto al asentamiento, mientras que la segunda fue establecida en el sector noroccidental, aproximadamente, a unos 500 m en línea recta del hábitat (fig. 7.22) (Bonetto 2009; 2016: 269-270).

Fig. 7.22. Nora. Planimetría indicando la ubicación de la necrópolis oriental y de la noroccidental (a partir de Bonetto 2016: tav. 2).



Las primeras investigaciones arqueológicas en la necrópolis oriental se desarrollaron entre finales del s. XIX y comienzos del s. XX, período en el que se excavaron una sepultura de incineración arcaica y 40 hipogeos, datados entre mediados del s. V y finales del s. III a.C. (Patroni 1904; Bartoloni y Tronchetti 1981; Bonetto 2016: 266-267; Mazzariol y Bonetto 2017). Durante esta época, también se efectuaron diversos sondeos que afectaron al área funeraria occidental, en los que se documentaron algunos *enchytrismo*i y fosas de época púnica, así como diversas cámaras hipogeicas. Desde un punto de vista metodológico, en los informes arqueológicos relativos a esta primera etapa de las excavaciones no se hizo referencia a la naturaleza de los restos óseos documentados en las cámaras hipogeicas, lo que impide saber si en las mismas fueron enterrados individuos inmaduros. No obstante, sí se aludió a la presencia de restos óseos infantiles en otros tipos de tumbas, como las fosas y las inhumaciones en ánforas (Patroni 1902; 1904).

Tras estos primeros trabajos arqueológicos desarrollados en la necrópolis noroccidental, esta área del promontorio norense fue convertida en base de la Marina militar,

circunstancia que hizo que la zona fuera inaccesible hasta 2012. Fue en este año cuando el *Ministero della Difesa* efectuó la concesión de este terreno al *Ministero per i Beni e le Attività Culturali e del Turismo*, permitiendo reemprender las investigaciones arqueológicas en este sector (Bonetto 2016: 268; Bonetto *et al.* 2020a: 1050). Desde 2014 hasta la actualidad, un equipo de la *Università degli Studi di Padova*, bajo la dirección de Jacopo Bonetto, está realizando excavaciones arqueológicas en el cementerio noroccidental de Nora. Durante las campañas efectuadas entre 2014 y 2019 se han excavado un total de 27 sepulturas de incineración de época arcaica y 16 tumbas colectivas –hipogeos y fosas de carácter monumental– que, principalmente, fueron usadas durante el período púnico, aunque algunas presentan reutilizaciones durante los períodos romano y altomedieval. Si bien los trabajos desarrollados, en los últimos años, han sido publicados de forma preliminar, la documentación obtenida en los mismos, junto a la procedente de las campañas de excavación antiguas, ha permitido conocer las principales costumbres funerarias de los habitantes de Nora entre mediados del s. VII y el s. III a.C. (Bonetto y Botto 2017; Bonetto *et al.* 2017; 2020a; 2020b; Bonetto 2018).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

Frente a la gran variedad de rituales utilizados en otros cementerios sardos durante el período fenicio, en Nora el único rito documentado, hasta el momento, es el de la cremación secundaria. Como es habitual, su uso comenzó a ser abandonado de forma progresiva cuando se produjo la conquista cartaginesa de la isla, hacia finales del s. VI a.C., período en que la inhumación se convirtió en el rito mayoritariamente utilizado para dar sepultura a los difuntos (Bonetto 2016: 270; Bonetto y Botto 2017).

a) Las cremaciones de época arcaica (mediados del s. VII-s. VI a.C.)

Hasta las campañas de excavación desarrolladas entre 2014 y 2019, la necrópolis fenicia de Nora era prácticamente desconocida, pues únicamente se tenía noticia de una cremación arcaica procedente del área funeraria oriental, que fue excavada en 1901 (Patroni 1902: 78; 1904: 168). Afortunadamente, los hallazgos realizados en las últimas excavaciones han permitido conocer el modo en que se desarrollaba este rito en el cementerio norense (Bonetto *et al.* 2020a; 2020b). Los cadáveres de los difuntos eran cremados en *ustrina* comunitarios, que estaban ubicados en una zona relativamente separada de las sepulturas (Bonetto *et al.* 2020a: 1052). Una vez incinerados, los restos óseos eran recogidos de la pira y depositados en simples fosas excavadas en el terreno, como las utilizadas en otros cementerios sardos como Monte Sirai o Pani Loriga, o en cistas líticas, análogas a las de la necrópolis de San Giorgio di Portoscuso (Bonetto *et al.* 2020b: 191). En algunos casos, los restos incinerados eran recogidos en vasos cerámicos, principalmente ollas, antes de ser depositados en las tumbas (Bonetto *et al.* 2020b: 202). En el interior de las sepulturas, junto a las cenizas de los difuntos, se colocaron los diferentes elementos de ajuar. Entre estos destacan los vasos cerámicos, principalmente, las típicas jarras de boca de seta y trilobulada, las ollas monoansadas y alguna anfora de *bucchero nero* (Bonetto *et al.* 2020b: 213). Por el contrario, en este cementerio, parece que no era habitual depositar joyas, ornamentos u otros objetos de carácter personal (Bonetto y Botto 2017).

b) Las sepulturas de inhumación (finales s. VI-s. III a.C.)

En Nora el ritual de la inhumación se introdujo hacia finales del s. VI a.C., convirtiéndose en el rito mayoritariamente utilizado entre los ss. V y III a.C. (Bonetto

et al. 2020a: 1050). Para inhumar a los difuntos, en este cementerio, se utilizaban fosas simples excavadas en la roca junto a otras, de mayores dimensiones, que estaban destinadas a hacer deposiciones colectivas en su interior. Aparte de las fosas, otro tipo de sepulturas dedicadas a la realización de múltiples enterramientos, durante largos períodos de tiempo, eran las cámaras hipogeicas que se caracterizaron por presentar un pozo de acceso vertical y una cámara de forma rectangular (Bartoloni y Tronchetti 1981: 26; Bonetto *et al.* 2020a: 1055).

Durante este período, los difuntos fueron acompañados por una gran variedad de objetos, entre los que destacan los vasos cerámicos relacionados con la esfera de la comensalidad, como los platos, las copas, los cuencos, y las jarras, tanto de tradición púnica como de imitación o importación griega. Asimismo, también fueron comunes los recipientes vinculados con el cuidado del cuerpo como los unguentarios (Bartoloni y Tronchetti 1981). Por último, hay que destacar que frente al período fenicio –cuando fue poco habitual que los difuntos fueran acompañados por joyas, ornamentos u otros objetos de carácter personal– durante esta época algunas personas sí fueron enterradas con este tipo de elementos (Bonetto *et al.* 2020b).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El hecho de que las primeras campañas de excavación en la necrópolis de Nora se dieran durante finales del s. XIX y comienzos del s. XX, junto al estado preliminar de las publicaciones, ha motivado la existencia de algunas carencias documentales que han dificultado el estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos. En primer lugar, hay que mencionar que los datos disponibles, hasta el momento, no permiten calcular la representatividad de los sujetos inmaduros respecto a los adultos. Ello es consecuencia de que, en los informes arqueológicos de las primeras excavaciones, salvo contadas excepciones, no se hacía referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las sepulturas (Patroni 1902; 1904). A este aspecto, cabe añadir que los análisis antropológicos sobre los restos esqueléticos procedentes de las nuevas campañas de excavación todavía están en curso de realización.

No obstante, se ha publicado un estudio en el que se presenta el perfil biológico de las personas que fueron inhumadas en dos sepulturas de uso colectivo: el hipogeo T. 8 y la fosa T.9 (Ruberti 2020). Este trabajo es especialmente relevante, pues ha permitido observar que

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Incineración 1901 Necrópolis oriental	<i>Bambino</i>	CSUCL	Olla	<i>Oil Bottle</i> Jarrita	-	-	f. VII	Patroni 1902; 1904; Bartoloni y Tronchetti 1979-1980; 1981

Tab. 7.13. Nora. Cremación secundaria en urna, depositada en cista lítica (finales del s. VII a.C.).

en ambas tumbas los individuos no-adultos estaban muy bien representados: en la T.8 constituyeron el 31,25% y en la T.9 el 60% (Ruberti 2020: 220). Sin embargo, estos sepulcros no fueron utilizados exclusivamente durante la fase púnica, sino que se reutilizaron durante un periodo más prolongado: la T.8 fue usada *a partire dall'età punica* hasta el s. X d.C. (Bridi *et al.* 2018: 163), mientras que la T.9 desde finales del s. V a.C. hasta el período romano tardo imperial (Dilaria 2018: 172). En relación con el estudio antropológico, cabe señalar que no se aportan indicaciones que permitan diferenciar entre los individuos que fueron enterrados durante las diferentes fases de uso de las sepulturas (Ruberti 2020). De este modo, los datos publicados, hasta la fecha, impiden conocer la representatividad de los sujetos inmaduros durante el período púnico.

Pese a este inconveniente, en el presente trabajo se han podido localizar 11 individuos no-adultos que fueron enterrados en nueve sepulturas. El estudio de las mismas ha demostrado que en este centro algunos sujetos inmaduros recibieron el mismo tratamiento funerario que el resto de personas enterradas en el cementerio: durante la fase fenicia fueron enterrados siguiendo el ritual de la cremación, mientras que durante el período púnico fueron inhumados.

a) Las cremaciones secundarias (finales del s. VII a.C.)

En la necrópolis de Nora, por el momento, solo se conoce una sepultura de incineración arcaica que perteneció a un individuo infantil (tab. 7.13). Se trata de una tumba excavada en julio de 1901 en la necrópolis oriental, que fue identificada como perteneciente a un *bambino*. Según la descripción aportada por el autor en la publicación: *Erano ossa di bambino contenute in un'olla tutta crepata, a protegger la quale erano stati disposti nella terra due pezzi di panchina quasi a formare un piccolo sarcofago incompleto* (Patroni 1904: 168). Por tanto, parece que los restos óseos cremados de la

criatura fueron recogidos en el interior de una olla que, posteriormente, fue depositada en una cista lítica. Junto a las cenizas, los únicos elementos de ajuar colocados fueron una *oil bottle* y una pequeña jarra, de tipo *orcio-lo*, que han permitido datar el enterramiento a finales del s. VII a.C. (fig. 7.23) (Bartoloni y Tronchetti 1979-1980: 377; fig.2; 1981: 23-24; Bartoloni 1981: 17). Los vasos localizados en esta tumba fueron habituales en algunas sepulturas infantiles de otras necrópolis objeto de estudio en este trabajo. Por ejemplo, las *oil bottle* fueron asociadas con relativa frecuencia a las niñas y niños enterrados en el cementerio ibicenco del Puig des Molins, mientras que las jarritas de tipo *orcio-lo* fueron colocadas en muchas tumbas de individuos inmaduros de Monte Sirai. Además, es interesante apuntar que ambos recipientes pudieron ser utilizados durante diversos momentos del funeral: la *oil bottle* pudo contener los aceites o ungüentos que fueron utilizados para tratar el cuerpo del pequeño/a, de forma previa a su quema en la pira, mientras que la jarrita pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas al difunto o ser utilizada para realizar una libación durante el desarrollo del sepelio.

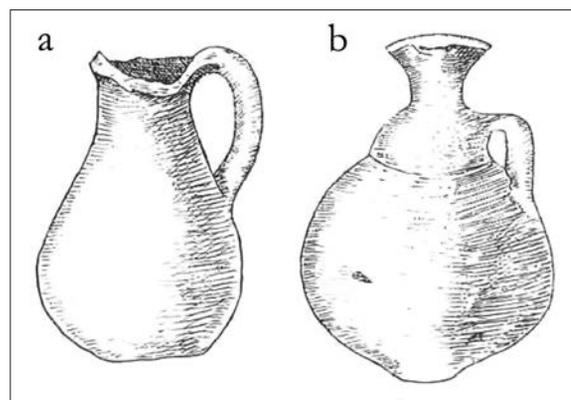


Fig. 7.23. Nora. Ajuar de la cremación secundaria infantil de la necrópolis oriental (a partir de Patroni 1904: figs. 18-19).

Si bien los datos disponibles sobre las cremaciones infantiles durante el período fenicio en Nora son muy escasos, esta sepultura refleja que, al menos, ciertos niños recibieron sepultura del mismo modo que el resto de miembros de la comunidad.

b) Las inhumaciones (mediados del s. VI -s. III a.C.)

Durante el período púnico, los individuos inmaduros recibieron sepultura según el rito de la inhumación, siendo sus cadáveres depositados en el interior de fosas (50%), de ánforas (40%) o de hipogeos (10%).

b.1. Las inhumaciones en fosas

Los datos disponibles indican que las fosas eran la forma más común de inhumar a los infantiles de Nora durante el período púnico. Muestra de ello, es la presencia de cinco niñas o niños que fueron enterrados en este tipo de tumba y que suponen el 50% de los individuos inmaduros inhumados en la necrópolis (tab. 7.14).

Los pequeños fueron enterrados en las fosas tanto de forma individual como junto a otras personas. En relación con las inhumaciones individuales, solo contamos con una sepultura, excavada en la necrópolis occidental en 1901, en la que fue inhumado un *fanciullo* junto al que

se localizaron diversos objetos, que pudieron adornar su pequeño cadáver en el momento del enterramiento. Entre estos destacan dos aretes de plata y 80 cuentas de pasta vítrea, tres amuletos y un estuche porta-amuletos en bronce, que pudieron formar parte de un mismo collar (Patroni 1904: 166).

Frente a este enterramiento, el resto de individuos infantiles fueron inhumados en fosas colectivas, bien junto a otros infantes –T.26– (Bonetto *et al.* 2020b: 194; Mazzariol y Gigante 2022), bien junto a personas de mayor edad –T.9– (Dilaria 2018). La primera de estas tumbas constituye una fosa rectangular de pequeñas dimensiones –0,98 de longitud x 0,30 m de anchura– que, entre mediados y finales del s. VI a.C., estuvo destinada a acoger, de forma exclusiva, los cadáveres de tres infantiles (fig. 7.24). Los recientes análisis de péptidos del esmalte dental realizados sobre los individuos de esta sepultura han permitido establecer que el primer inhumado fue un niño, de unos 2,5 años de edad –US1510–, cuyo cuerpo fue depositado en posición prona (fig. 7.24, b). Cerca de su cabeza, fue colocada una *kylix* etrusco-corintia, que pudo contener las ofrendas de bebida destinadas al pequeño o

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.26 Necrópolis noroccidental 2018-2019	2,5a M (US1510)	IF	Copa (<i>kylix</i>) Jarra b. seta	Arete Ag Anillo Fe	-	m.VI	Bonetto <i>et al.</i> 2020b; Mazzariol y Gigante 2022
		3-4a F (US1435)		-	Colgante Br	-	m.VI	
		<i>Infante</i> (US 1474)		-	Anillo Br	-	f.VI	
2	T.9 2016-2017 Necrópolis noroccidental NMI= 6	±11m (US1176)	IF		Cuentas pv Ptha Pateco C.masculina <i>O.udjat</i>	4 unguent. pv	Posterior m. IV	Dilaria 2018
3	Fosa 1901 Necrópolis noroccidental	<i>Fanciullo</i>	IF	-	2 aretes Ag 80 cc pv Cabeza de chacal <i>O.udjat</i> Anforisco Portamuletos Br	-	No det.	Patroni 1904

Tab. 7.14. Nora. Inhumaciones infantiles en fosas (mediados del s. VI-IV a.C.).

ser utilizada en el transcurso del funeral para realizar una libación (fig. 7.24, a). Aparte de la copa, al lado izquierdo del cadáver, fue depositada una jarrita de boca de seta, posiblemente usada para ungir el cuerpo de forma previa al sepelio (fig. 7.24, c). Asimismo, a la altura del tórax se halló un arete de plata y, junto al brazo izquierdo, un anillo de hierro muy oxidado (fig. 7.24, d; e) (Bonetto *et al.* 2020b: 194; Mazzariol y Gigante 2022: 20). Un tiempo después de esta primera deposición, que ha sido datada hacia mediados del s. VI a.C., la tumba fue reabierta para inhumar a una niña –US1435–, que falleció entre los tres y los cuatro años (fig. 7.24, g). A pesar de que sus restos óseos fueron encontrados en un pésimo estado de conservación, se ha podido comprobar que la pequeña, en este caso, fue inhumada en posición decúbito supino (Bonetto *et al.* 2020b: 194; Mazzariol y Gigante 2022: 22). Junto a su cráneo, solo se localizó un colgante de bronce de forma globular, que posiblemente formaba parte de un collar que la pequeña podía llevar puesto en el momento de su enterramiento (fig. 7.24, f). En último lugar, en esta sepultura fue inhumada una criatura, de unos 11 meses

de edad (fig. 7.24, i). Cerca de su cráneo se halló un anillo de bronce de forma circular (fig. 7.24, h) (Bonetto *et al.* 2020b: 194; Mazzariol y Gigante 2022: 22). Esta posición parece indicar que este objeto, más que tratarse de una sortija, podría haber formado parte de un elemento de peinado con el que el bebé pudo haber sido inhumado.

Aparte de esta fosa, que estuvo destinada de forma exclusiva a la realización de inhumaciones infantiles, en otras ocasiones las niñas y niños fueron enterrados en tumbas colectivas en las que compartían el espacio funerario con personas de mayor edad. Este es el caso de la T.9, que constituye una amplia fosa –2,59 m de longitud x 1,40 m de anchura x 1,16 m de profundidad– que fue utilizada desde finales del s. V a.C. hasta el período romano tardo imperial (Dilaria 2018: 172). La estratigrafía de esta sepultura ha permitido diferenciar cuatro fases de uso, pudiéndose datar las dos primeras durante el período púnico. En su primera etapa de utilización, datada entre finales del s. V y la mitad del s. IV a.C., fueron inhumados dos o tres individuos –US1252 y UUSS1208/1225– (Dilaria 2018: 165-170).

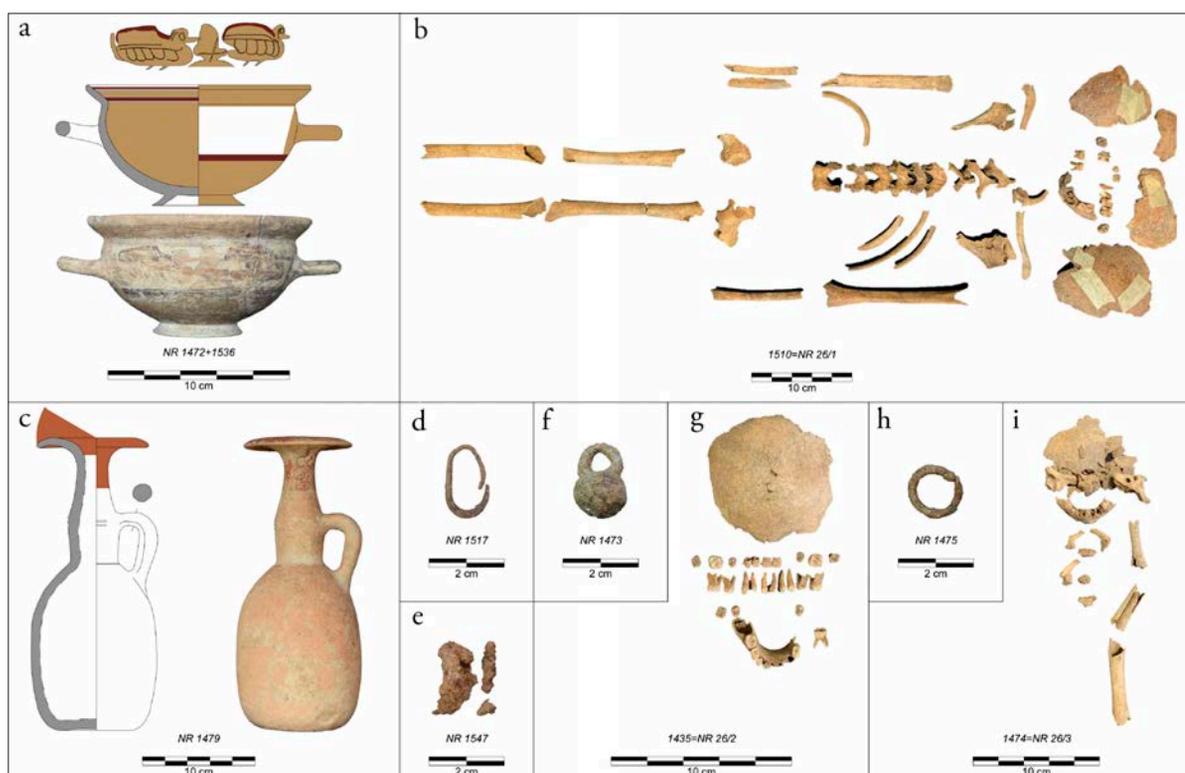


Fig. 7.24. Nora. T.26, restos óseos pertenecientes a tres individuos infantiles y su ajuar (Mazzariol y Gigante 2022: tav. 1).

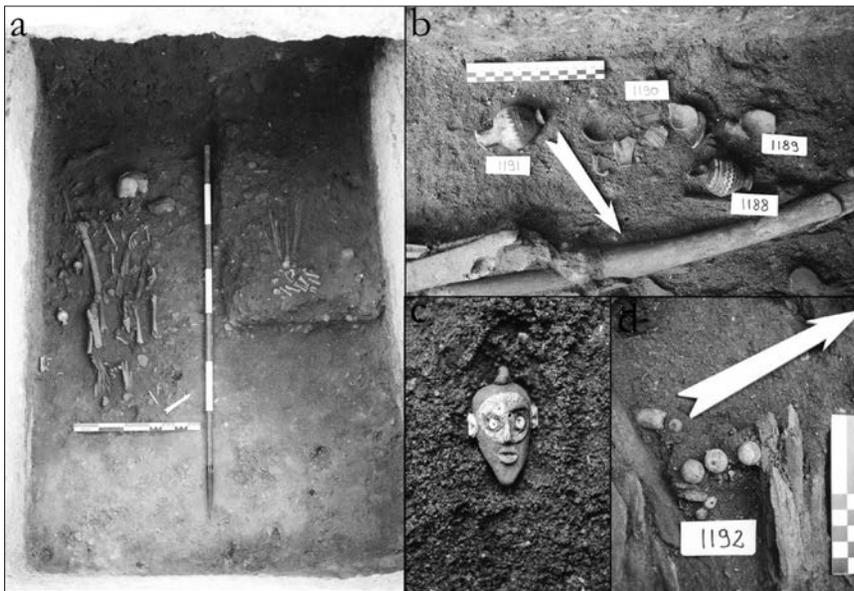


Fig. 7.25. Nora. T.9. Segunda fase de uso, en la que fueron inhumados un hombre, una mujer y un individuo infantil (a partir de Dilaria 2018: fig. 6).

En un momento sucesivo, la fosa fue reabierta para realizar la inhumación de otros tres individuos (fig. 7.25, a). En este caso, los cadáveres fueron depositados sobre un estrato compuesto por cerámicas púnicas y fragmentos de arenisca que, probablemente, tenía como principal objetivo marcar una separación física con los enterramientos de la fase previa (Dilaria 2018: 170). Entre los inhumados en este segundo período, datado de forma posterior a mediados del s. IV a.C. pero en un horizonte cronológico púnico, destaca la presencia de un hombre adulto –US1183– que fue colocado en decúbito supino (Dilaria 2018: 170). Al sur de la inhumación del hombre, en la zona central de la fosa, fue inhumada una mujer –US1187–, de la que solo se conservaban las extremidades inferiores y algunos dientes. Sobre el cadáver de esta fue colocado un individuo infantil –US1176–, que murió con una edad estimada entre los cinco y los diez años. En este caso, es interesante remarcar la superposición intencional del cuerpo del niño o niña sobre el de la mujer, ya que el contacto físico entre ambos individuos podría reflejar que estos mantenían algún tipo de relación familiar y/o afectiva en vida.

Junto al cadáver del pequeño/a, fueron documentados cuatro ungüentarios en pasta vítrea, que pudieron contener los aceites con los que el cuerpo fue ungido (fig. 7.25, b). Asimismo, en torno a sus pies, se localizaron algunas cuentas de pasta vítrea y hueso, cuya ubicación parece señalar que pudieron formar parte de una tobillera (fig. 7.25, d). Además, es probable que el pequeño cuerpo

también pudiera estar adornado y protegido por un collar compuesto por dos amuletos –un Ptah Pateco y un ojo de Horus– y por un colgante de cabecita masculina, que fueron localizados junto a la cabeza del niño/a (fig. 7.25, c). Por último, en una posición próxima al cráneo también fueron localizadas dos espirales de bronce, que pudieron constituir los ornamentos utilizados para adornar el cuello del difunto/a (Dilaria 2018: 171-172).

b.2. Las inhumaciones en ánforas

En el cementerio norense, después de las fosas, la forma más habitual de enterrar a los individuos infantiles fue la de inhumarlos en el interior de recipientes anfóricos, tal y como muestra la presencia de cuatro niñas y/o niños que fueron enterrados según el rito del *enchytrismós* y suponen el 40% de los sujetos no-adultos documentados en la necrópolis (tab. 7.15). Todas estas tumbas fueron excavadas en 1901, circunstancia que impide conocer la edad de los individuos, sin embargo, todos ellos fueron identificados como *bambini* (Patroni 1904: 166; 168), lo que permite suponer que fallecieron a una edad temprana. Todos estos individuos infantiles recibieron sepultura en el interior de ánforas comerciales púnicas que, a partir de su descripción: *di tipo allungato e puntuto senza labbro*, han sido datadas por Piero Bartoloni entre el s. IV y comienzos del s. III a.C. (Bartoloni y Tronchetti 1981: 25-26). Salvo en un caso, parece que los cuerpos de las niñas y niños siempre fueron inhumados con sus adornos personales, entre los que destaca la presencia de aretes, cuentas de collar, amuletos y algún brazalete (Patroni 1902: 77-78; 1904: 168).

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	<i>Enchytrismós</i> Mayo/junio 1901 Necrópolis noroccidental	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	-	-	IV-p.III	Patroni 1904; Bartoloni y Tronchetti 1981
2	<i>Enchytrismós</i> julio 1901 Necrópolis noroccidental	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	Brazalete Arete Br cc pv	-	IV-p.III	Patroni 1904; Bartoloni y Tronchetti 1981
3	<i>Enchytrismós</i> julio 1901 Necrópolis noroccidental	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	Arete Ag O.udjat Bes	-	IV-p.III	Patroni 1904; Bartoloni y Tronchetti 1981
4	<i>Enchytrismós</i> julio 1901 Necrópolis noroccidental	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. Tipo?	-	Bes	-	IV-p.III	Patroni 1904; Bartoloni y Tronchetti 1981

 Tab. 7.15. Nora. *Enchytrismoí* (ss. IV-III a.C.).

Respecto a la distribución espacial de este tipo de enterramientos, Giovanni Patroni publicó una planimetría que muestra que las ánforas fueron colocadas de forma próxima en el terreno del cementerio, formando una especie de agrupación (fig. 7.26). Esta disposición sugiere que en Nora se dio una tendencia similar a la observada en algunas necrópolis sicilianas estudiadas en este trabajo, como Mozia, donde los *enchytrismoí* fueron agrupados en sectores concretos del cementerio. La existencia de esta agrupación de enterramientos en ánforas en la necrópolis norense, junto a la creencia tradicional de que los niños

pequeños no podían ser inhumados junto a los adultos, llevó a algunos autores a interpretar que en Nora el cementerio de los individuos infantiles podría haber estado separado del de las personas de mayor edad que, principalmente, habrían sido enterradas en el interior de las cámaras hipogeicas (Bartoloni y Tronchetti 1981: 26). No obstante, las últimas campañas de excavación realizadas en este cementerio están permitiendo evidenciar que, en la gran mayoría de casos, las niñas y niños recibieron sepultura en el mismo espacio funerario que sus mayores, siendo también inhumados en el interior de cámaras hipogeicas.

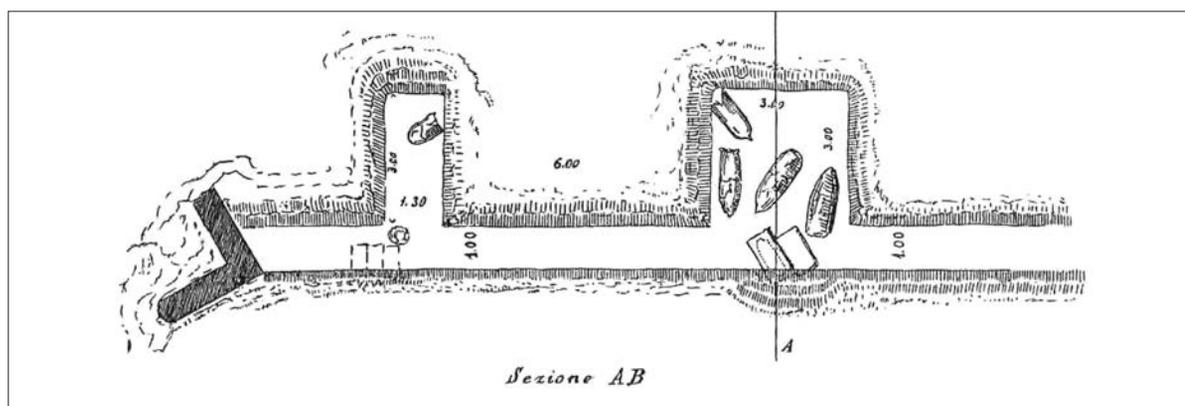


Fig. 7.26. Nora. Planimetría con la distribución de los enterramientos en ánfora (a partir de Patroni 1904: fig. 16).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.8 2016-2017 Necrópolis noroccidental	± 2a (US 1289)	ICH	Ungüent.	-	-	Anterior s. IV	Bridi <i>et al.</i> 2018

Tab. 7.16. Nora. Inhumación infantil en hipogeo (anterior al s. IV a.C.).

b.3. Las inhumaciones en hipogeos

Aparte de ser inhumados en fosas y en el interior de ánforas de transporte, algunas niñas y niños fueron enterrados en el interior de cámaras hipogeicas, tal y como refleja la presencia de una deposición infantil en el hipogeo T.8 de la necrópolis occidental (tab. 7.16) (Bridi *et al.* 2018: 159-160). Esta tumba constituye un hipogeo de grandes dimensiones, formado por un gran pozo de acceso vertical y una pequeña cámara. En el pozo de acceso se adosaron dos bancos laterales, con la finalidad de crear una antecámara en la que también se realizaron inhumaciones. Aunque esta sepultura fue utilizada entre el período púnico y el medieval –s. X d.C. – (Bridi *et al.* 2018: 163), su estudio estratigráfico ha permitido establecer que la primera fase de uso se dio de forma previa al s. IV a.C.

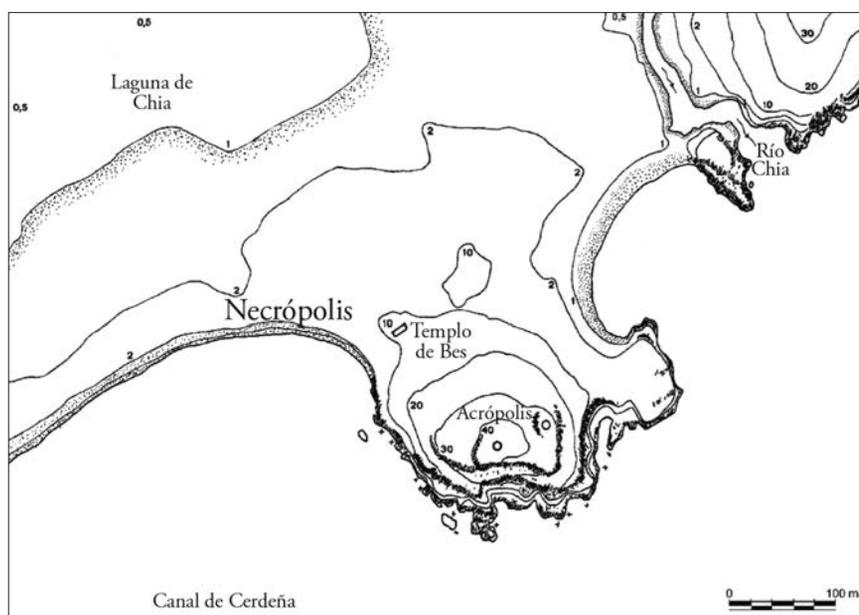
Durante el primer período en que el hipogeo fue utilizado se realizaron ocho enterramientos. El primero de ellos corresponde a un individuo adulto –US1261– que fue enterrado en el interior de la cámara. Tras realizarse esta primera deposición, el resto de inhumaciones se practicaron en la antecámara, donde fueron enterrados otro individuo adulto –US1268 – y un individuo infantil –US1289– que falleció en torno a los dos años de edad. Junto al cuerpo del pequeño fue colocado un ungüentario cerámico, cuyo contenido pudo ser utilizado para preparar el cadáver antes de su entierro. En el momento del hallazgo, los huesos de este individuo se encontraban esparcidos, como consecuencia de la utilización de la antecámara para inhumar a otras cinco personas –US1249, 1212, 1280, 1286 y 1211– durante esta misma fase de uso (Bridi *et al.* 2018: 157-161). Por lo que respecta a los aspectos cronológicos de este contexto, las publicaciones por el momento solo han ofrecido la cronología del último enterramiento –US1211– que se dio en el s. IV a.C., lo que constituye un término *ante quem* para el resto de deposiciones que se hicieron en esta tumba, durante la primera etapa en que fue utilizada (Bridi *et al.* 2018: 161).

7.2.5. BITIA

El asentamiento de Bitia fue fundado, hacia el último cuarto del s. VIII a.C., sobre un promontorio ubicado en el litoral del actual municipio de Domus de Maria, en la costa meridional de Cerdeña (Bartoloni 1996: 37; 2017a: 123-124; Guirguis 2010: 54). La necrópolis fenicia y púnica fue ubicada al oeste del hábitat, en la franja costera comprendida entre el promontorio de la torre de Chia y el Monte Cogoni (fig. 7.27) (Bartoloni 1996: 49; Ciccone 2001: 34). Esta fue descubierta de forma fortuita en 1926, como consecuencia de un temporal que dejó al descubierto parte del área funeraria próxima al templo de Bes. Parte de las sepulturas de este sector de la necrópolis fueron excavadas por Antonio Taramelli entre 1928 y 1933, quien solo aportó unas breves noticias sobre sus hallazgos (Taramelli 1933). Unos veinte años más tarde, en 1955, Genaro Pesce realizó excavaciones sistemáticas en esta misma área del cementerio cercana al templo, documentando 18 tumbas de cremación de época fenicia (Pesce 1968).

Entre los años 60 y 80 se llevaron a cabo diversos trabajos arqueológicos en el territorio de Bitia, entre los que destacan las excavaciones desarrolladas, entre 1976 y 1986, en diversos sectores de la necrópolis, que permitieron documentar casi 400 sepulturas de época fenicia, púnica y romana (Ciccone 2001: 34). De estas campañas, únicamente han sido publicadas las efectuadas por Piero Bartoloni entre 1976 y 1979. Los datos disponibles, hasta la fecha, permiten observar un uso del cementerio de Bitia desde el último cuarto del s. VII hasta el s. II d.C., con un hiato temporal entre mediados del s. V a.C. y la primera mitad del s. IV a.C., que se ha relacionado con las consecuencias de los eventos bélicos que se dieron con motivo de la conquista cartaginesa de Cerdeña (Bartoloni 1996: 59-60; Ciccone 2001: 34; Guirguis 2010: 55).

Fig. 7.27. Bitia. Planimetría con la ubicación de la necrópolis (a partir de Bartoloni 2017a: fig. 106).



LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

Del mismo modo que sucedió en los cementerios de Monte Sirai y Pani Loriga, durante el período arcaico en Bitia se dio el uso sincrónico de los ritos de la cremación y de la inhumación, generalizándose, a partir de la conquista cartaginesa de la isla, el uso de la inhumación. Como era habitual en otras necrópolis sardas, durante el período helenístico se reintrodujo el ritual de la cremación secundaria (Bartoloni 1996: 53-57)

a) La convivencia entre la cremación y la inhumación (último cuarto del s. VII-finales del s. VI a.C.)

El ritual funerario predominantemente utilizado en la necrópolis de Bitia, durante el período arcaico, fue el de la cremación, no obstante, una minoría de difuntos recibieron sepultura según el rito de la inhumación. Este último fue practicado en grandes tumbas *a cassone*, en las que los cuerpos de los difuntos eran depositados sobre un lecho de madera (Bartoloni 1996: 53-54). Por lo que se refiere al ritual de la cremación, en este cementerio se practicaban tanto las cremaciones secundarias como las primarias, siendo las dos variantes del ritual utilizadas, prácticamente, en la misma medida. Las cremaciones primarias seguían un procedimiento análogo al observado en otros centros fenicios, como Palermo o Monte Sirai (Bartoloni 1996: 54). Por el contrario, las cremaciones secundarias se realizaban en piras o *ustrina*, de las que

posteriormente eran recogidos los restos óseos de los difuntos para ser depositados en urnas cerámicas –generalmente en ollas–, en cistas líticas (Bartoloni 1996: 56) o en *pozgetti*, similares a los de la necrópolis de Mozia (Pesce 1968).

Durante este período, acompañando a los difuntos, fue habitual colocar las dos jarritas características –boca de seta y trilobulada–, junto a otra serie de vasos cerámicos relacionados con la esfera de la alimentación –como platos, ollas y copas– y alguna lucerna. Asimismo, acompañando a los cadáveres, también se han documentado algunos elementos de carácter personal, como joyas, ornamentos y algunas armas (Bartoloni 1996: 61-69; 68-71).

b) Las inhumaciones (finales del s. VI-s. III a.C.)

Cuando se produjo la generalización de la inhumación, en el cementerio de Bitia se continuaron utilizando las tumbas *a cassone*, que ya habían estado en uso durante el período arcaico para realizar las inhumaciones. Estas constituían sepulturas de grandes dimensiones –con una longitud entre los 2 y 3 m y con una anchura, que oscila entre los 0,9 y los 1,4 m– compuestas por losas unidas con numerosas piedras. La monumentalidad de este tipo de sepultura, unida a su gran tamaño, provocó que algunas de estas tumbas fueran reutilizadas durante el período helenístico y romano. Aparte de las tumbas *a cassone*, también se realizaron algunas inhumaciones en ánforas (Bartoloni 1996: 57).

c) Las cremaciones del período helenístico (mediados del s. IV a.C.)

Del mismo modo que ocurrió en otros cementerios púnicos, en Bitia, durante el período helenístico se dio la reintroducción del ritual de la cremación secundaria. Para llevarlo a cabo, los restos cremados eran recogidos de la pira y depositados en ollas, que fueron tapadas con platos y, posteriormente, depositadas en la arena (Bartoloni 1996: 58).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

Desde un punto de vista metodológico, hay que señalar que, en este cementerio, no se han realizado análisis antropológicos. Asimismo, en las publicaciones no suele hacerse referencia a la naturaleza de los restos óseos ubicados en los diferentes tipos de sepulturas. Pese a estos inconvenientes, algunos autores como Genaro Pesce (1968) y Piero Bartoloni (1996) señalaron la presencia de sepulturas pertenecientes a individuos no-adultos en la necrópolis. Esta circunstancia ha permitido documentar seis sepulturas de cremación, que albergaron los restos óseos de infantiles, y 12 recipientes anfóricos en cuyo interior fueron inhumados niñas y/o niños.

a) Las cremaciones de época arcaica (último cuarto del s. VII-s. VI a.C.)

Durante las excavaciones desarrolladas por G. Pesce en 1955, en el sector del cementerio ubicado cerca del Templo de Bes, se excavaron 18 sepulturas de cremación secundaria, que han sido datadas entre el último cuarto del s. VII y el s. VI a.C. (Pesce 1968: 326; Bartoloni 1996: 59). Estas se caracterizan por ser pequeñas cavidades en forma de embudo o *pozzetti*, que fueron utilizadas para depositar las cenizas de los difuntos. Tras depositar los restos óseos en las cavidades, estas eran selladas con tierra y cantos que, en ocasiones, conformaban empedrados circulares que, aparte de sellar la sepultura, pudieron funcionar como marcadores de las mismas (Pesce 1968: 323; 326-328).

De estos 18 *pozzetti*, G. Pesce identificó seis como pertenecientes a sepulturas de individuos infantiles, a partir del pequeño tamaño de los restos óseos (tab. 7.17). Por el contrario, en un único caso –*Pozzetto* 32– señaló la presencia de restos cremados pertenecientes a un adulto (Pesce 1968: 326-328). A pesar de que no existen análisis antropológicos que permitan verificar estos resultados, un aspecto que llama la atención es la elevada

Nº	Tumba	Edad	Ritual T.sep	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	<i>Pozzetto</i> n.14 1955 T. Bes	<i>Ossa combusta di bambini</i>	CSCA	Ollita	<i>O.udjat</i> 2 cc hueso	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968
2	<i>Pozzetto</i> n.24 1955 T. Bes	<i>Resti di cremati di tenera età</i>	CSCA	-	-	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968
3	<i>Pozzetto</i> n.25 1955 T. Bes	<i>Resti di cremati di tenera età</i>	CSCA	-	-	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968
4	<i>Pozzetto</i> n.28 1955 T. Bes	<i>Resti cremati di un bambino</i>	CSCA	-	-	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968
5	<i>Pozzetto</i> n.30 1955 T. Bes	<i>Avanzi di cremati di tenera età</i>	CSCA	-	-	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968
6	<i>Pozzetto</i> n.39 1955 T. Bes	<i>Avanzi di cremati di tenera età</i>	CSCA	-	-	-	u.c.VII-VI	Pesce 1968

Tab. 7.17. Bitia. Área funeraria ubicada cerca del Templo de Bes, cremaciones secundarias infantiles (último cuarto del s. VII-VI a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.28 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
2	T.30 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
3	T.31 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
4	T.32 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
5	T.34 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
6	T.35 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
7	T.42 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
8	T.90 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
9	T.91 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
10	T.92 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
11	T.94 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996
12	T.109 1976-79 D. de Maria	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. <i>a siluro</i>	-	-	-	f.IV-i.III	Bartoloni 1996

 Tab. 7.18. Bitia. *Enchytrismoï* (finales del s. IV- inicios del III a.C.).

representatividad de infantiles frente a individuos adultos en este sector de la necrópolis.

De las seis sepulturas en las que fueron depositados los restos óseos cremados pertenecientes a sujetos que fallecieron a temprana edad, únicamente en el *Pozzetto 14* se han documentado elementos de ajuar. Entre estos

destaca una ollita con dos asas, que podía contener ofrendas alimentarias, un amuleto con representación de un ojo *udjat* y dos cuentas de hueso, que pudieron constituir los adornos personales del niño o niña al que perteneció la sepultura (Pesce 1968: 326). Las tumbas en las que fueron depositados los restos óseos de los pequeños también

fueron cerradas mediante coberturas realizadas con tierra y cantos. De hecho, dos de ellas –*Pozzetti* 25 y 28– fueron selladas con dos grandes empedrados, de 0,65 y 0,5 m. de diámetro respectivamente (Pesce 1968: 326), lo que podría reflejar la voluntad de hacer, especialmente, visibles dichos enterramientos.

b) Las sepulturas de inhumación (finales del s. IV e inicios del s. III a.C.)

Si bien durante el período arcaico al menos algunos individuos infantiles recibieron sepultura a partir del rito de la cremación secundaria, la información disponible, actualmente, demuestra que, durante finales del s. IV e inicios del s. III a.C., los pequeños fueron inhumados en el interior de recipientes anfóricos, tal y como refleja la presencia de 12 enterramientos en ánforas (tab. 7.18).

Para realizar las inhumaciones siempre se utilizaron ánforas púnicas del tipo *a siluro*, que fueron depositadas en la arena en diferentes sectores del cementerio (Bartoloni 1996: fig. 5). En el caso de Bitia llama la atención la total ausencia de elementos de ajuar en el interior de las ánforas, donde no se hallaron joyas, amuletos u otros elementos de carácter apotropaico, que caracterizaron este tipo de sepulturas en otros cementerios sardos, como Nora o Monte Sirai. No obstante, la ausencia de objetos en los *enchytrismoi* de Bitia podría estar relacionada con el mal estado de conservación en el que se hallaron los recipientes anfóricos que, en el momento de la excavación, se encontraron *assai deteriorati e il loro recupero è risultato particolarmente difficoltoso* (Bartoloni 1996: 58).

7.2.6. OTHOCA

La ciudad de Othoca fue uno de los centros fenicios más importantes del Golfo de Oristano. Fue fundada, en las últimas décadas del s. VII a.C., sobre un poblado nurgico que estuvo activo entre el Bronce Reciente y la primera Edad del Hierro. En la actualidad, el hábitat del asentamiento fenicio se localiza bajo el área septentrional de la ciudad de Santa Giusta, mientras que el cementerio se encuentra en una zona periférica, al sur del núcleo urbano, en los actuales sectores de Santa Servera e Is Forrixeddus (fig. 7.28) (Del Vais 2010: 36; Bernardini *et al.* 2014: 3-4; Orsingher 2017: 203-204).

La necrópolis de Othoca fue descubierta, de forma fortuita, en 1861 por el anticuarista Giovanni Busachi, quien realizó diversas excavaciones –entre 1861 y 1866–

que le permitieron incrementar su colección privada con los ajuares extraídos de las sepulturas. Unos años más tarde, en 1910, Filippo Nissardi excavó algunas tumbas que fueron halladas como consecuencia de unas obras de drenaje desarrolladas en la orilla oriental de la laguna de Santa Giusta. Los últimos trabajos arqueológicos realizados en el cementerio se efectuaron entre 1984 y 2011-2012. Durante este período, se llevó a cabo un primer ciclo de excavaciones –1984-1995– bajo la dirección científica de Raimondo Zucca y Giovanni Tore, mientras que las campañas más recientes –1997-2012– han sido dirigidas por Emerenziana Usai y Carla Del Vais (Nieddu y Zucca 1991: 109; Del Vais y Usai 2005: 965-966; Del Vais 2010: 36-37; Orsingher 2017: 204).

Desde un punto de vista metodológico, cabe señalar que la mayoría de sepulturas excavadas en este cementerio han sido publicadas de forma parcial (Nieddu y Zucca 1991; Del Vais y Usai 2005; Del Vais 2010). Asimismo, apenas contamos con información relativa a la naturaleza de los restos óseos hallados en las tumbas pues, de momento, solo se han realizado análisis antropológicos en dos contextos –T. XXX y XXXI– excavados y estudiados entre 1984 y 2011-2012 (Pusceddu *et al.* 2011; Floris y Pusceddu 2012). A estas carencias documentales, cabe añadir que tampoco se han publicado planimetrías que permitan estudiar la distribución espacial de las sepulturas. Pese a estos inconvenientes, la información obtenida de las diferentes campañas de excavación realizadas en este centro ha permitido reconstruir las costumbres funerarias de sus habitantes durante el período fenicio y púnico.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

Como ocurrió en las necrópolis de Monte Sirai, Bitia y Pani Loriga, en Othoca durante el período fenicio se utilizaron de forma sincrónica el ritual de la cremación y el de la inhumación. Pese a la convivencia de ambos ritos, durante la primera fase de uso del cementerio –mediados del s. VII-mediados del s. VI a.C.– se utilizó predominantemente la cremación secundaria. En este centro, la práctica más habitual era la de depositar los restos óseos cremados de los difuntos de forma directa en fosas simples de forma elíptica. No obstante, en una minoría de casos, las cenizas fueron colocadas en el interior de urnas cerámicas que, posteriormente, eran depositadas en las fosas (Nieddu y Zucca 1991: 109; Del Vais 2010: 39; fig. 16). Durante este período, también se utilizaron cistas líticas, en las que los restos cremados fueron colocados tanto

de forma directa como en el interior de vasos cerámicos (Nieddu y Zucca 1991: 115; tav. XXXI, 3; Del Vais y Usai 2013: 1159). Si bien las cremaciones secundarias fueron predominantes, algunos difuntos recibieron sepultura según la variable de la cremación primaria que, en este centro, siguió un procedimiento análogo al observado en otras necrópolis de la isla, como Monte Sirai (Del Vais 2010: fig. 17; Del Vais y Usai 2013: 1156).

Aparte del ritual de la cremación en sus dos variables, durante la primera fase de uso del cementerio, una minoría de los difuntos fueron inhumados. Del mismo modo que en otros asentamientos sardos, como Monte Sirai, Pani Loriga y Bitia, el uso del ritual de la inhumación durante el período fenicio se ha atribuido a la llegada de gentes procedentes del territorio norteafricano de forma previa a la conquista cartaginesa de la isla (Del Vais 2012: 457). En Othoca, las inhumaciones se realizaron, principalmente, en tumbas *a cassone* y en sarcófagos de arenisca (Del Vais 2012; Del Vais y Usai 2013: 1156). Por el contrario, fue excepcional el uso de dos hipogeos del tipo *caveau batí*. Este tipo de tumbas, documentadas en otras áreas geográficas afectadas por la diáspora fenicia –como Cádiz, Trayamar y Jardín en la península ibérica–, constituyen cámaras hipogeicas de carácter monumental, que fueron construidas con bloques de arenisca colocados en hiladas (Nieddu y Zucca 1991: 110; Del Vais y Usai 2005: 965).

Las personas que recibieron sepultura en Othoca, durante el período arcaico, generalmente fueron acompañadas por vasos cerámicos. Entre estos destacan las jarras de boca de seta y las trilobuladas, pero también otros elementos relacionados con la esfera de la alimentación, como los platos y las ollas típicamente fenicias, así como algunas copas de importación etrusco-corintias. Acompañando a los difuntos también se depositaron objetos de carácter personal, como las armas, las joyas y algunos elementos apotropaicos, como los escarabeos y los amuletos (Del Vais 2010: 39; Orsingher 2017: 204). Junto a estos materiales de tradición fenicia e importados, en algunas sepulturas, fueron colocadas armas y objetos de adorno personal de tradición artesanal sarda, que podrían hacer referencia a la presencia de personas locales en este centro (Nieddu y Zucca 1991: 115).

Si bien la información disponible sobre el período arcaico permite conocer las costumbres funerarias de los habitantes de Othoca, entre mediados del s. VII y la mitad de la siguiente centuria, la documentación relativa al sucesivo período púnico es mucho más escueta. Ello es

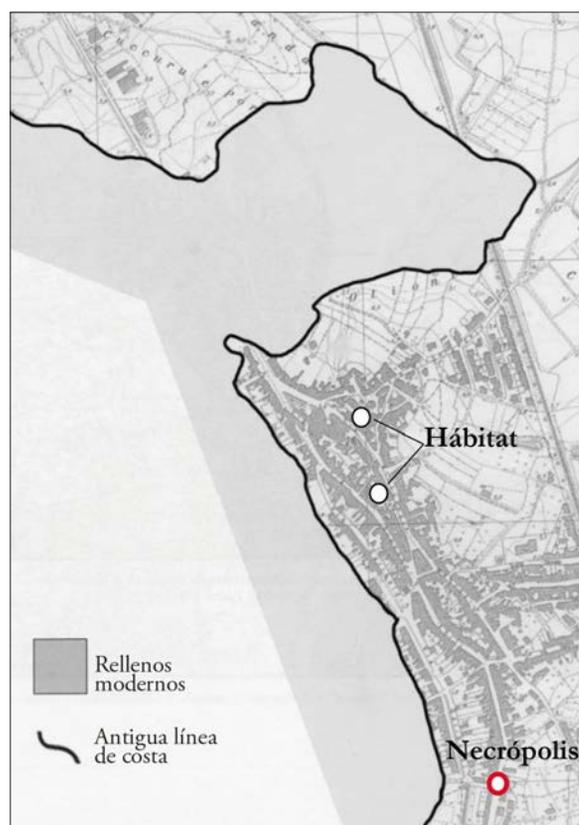


Fig. 7.28. Othoca. Planimetría con la ubicación del hábitat y del cementerio (a partir de Stiglitz 2004: fig. 7; Bernardini *et al.* 2014: fig. 2).

consecuencia del limitado número de tumbas que se han documentado, tanto en el área de Santa Servera como en Is Forrixeddu, que pueden datarse en esta época. Pese a la parquedad de la documentación, la información disponible, hasta el momento, parece reflejar que, frente a la heterogeneidad de los rituales seguidos durante el período fenicio, en época púnica se seguía exclusivamente el ritual de la inhumación. Durante esta fase de uso del cementerio, para inhumar los cuerpos de los difuntos, principalmente, se utilizaron fosas simples y tumbas *a cassone*, siendo también reutilizadas algunas sepulturas que fueron construidas durante el período previo, como las cámaras sepulcrales del tipo *caveau batí* (Nieddu y Zucca 1991; Del Vais 2010: 41).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El estudio de las sepulturas pertenecientes a los individuos no-adultos en Othoca se ha visto condicionado por el estado preliminar de las publicaciones relativas a

Tumba	Campaña	Edad
T.XXX	1985-87	0-3a
T.XXX	1985-87	10-15a
T.XXX	1985-87	10-15a
T.XXXI	1987	16-22a

Tab. 7.19. Othoca. Tabla con las estimaciones de edad de los individuos no-adultos (Pusceddu *et al.* 2011).

esta necrópolis. Pese a esta circunstancia, en el presente trabajo se han podido localizar 14 sujetos inmaduros, que recibieron sepultura en cinco tumbas. Si bien los datos disponibles son relativamente escasos, el estudio de estos contextos ha permitido observar que, en este cementerio, los más jóvenes fueron enterrados durante el período fenicio y púnico, siguiendo tanto ritual de la incineración como el de la inhumación. Asimismo, los únicos análisis antropológicos publicados hasta el momento, sobre las tumbas XXX y XXXI, han demostrado que los individuos no-adultos estaban muy bien representados, ya que constituyeron el 65% de los difuntos que fueron enterrados en estos contextos (Pusceddu *et al.* 2011; Floris y Pusceddu 2012).

Las estimaciones de edad realizadas también reflejan que, en este centro, tuvieron derecho a recibir sepultura en el espacio comunitario desde niñas y niños, que murieron entre el nacimiento y los tres años de edad, hasta puberales e individuos que fallecieron durante el período juvenil (tab. 7.19). Los datos antropológicos también han revelado que la incidencia de la mortalidad infantil era especialmente elevada entre el

nacimiento y los tres años, período que debió ser especialmente peligroso, como consecuencia de los riesgos relacionados con el parto y con el postparto, así como con otros peligros vinculados con el proceso de destete, como pueden ser las deficiencias alimentarias. En relación con las carencias en la dieta podrían asociarse algunas patologías que fueron relativamente comunes en los sujetos inmaduros de este centro y revelan la presencia de anemia, como la *cribra cranii* y la *cribra orbitalia*, aunque no puede descartarse que estas pudieran ser provocadas por otras enfermedades como la *talasemia* o anemia congénita e incluso la malaria (Pusceddu *et al.* 2011: 193).

a) Las cremaciones de época arcaica (finales del s. VII a.C.)

Del total de sepulturas de cremación publicadas hasta el momento, en el único caso en que se han efectuado observaciones sobre la edad del difunto los restos óseos han sido atribuidos –a partir de su pequeño tamaño– a un individuo que murió en *età giovanissima* (tab. 7.20) (Nieddu y Zucca 1991: 114). Sin embargo, en la publicación relativa a esta sepultura no se especifica si para realizar este enterramiento se siguió la variable de la cremación primaria o la secundaria y la documentación gráfica disponible tampoco permite observar dicho aspecto (fig. 7.29). En cualquier caso, la existencia de esta sepultura muestra que, durante la fase arcaica de la necrópolis, algunos individuos no-adultos siguieron el ritual funerario predominante, es decir, la cremación.

Los recipientes depositados en esta tumba –T. LIII de Santa Severa– parecen sugerir que las acciones rituales realizadas, durante los funerales de los individuos infantiles, eran las mismas que en los de los adultos. En este caso, junto a los restos cremados, fueron colocadas una jarra de boca de seta y una jarra trilobulada, que pudieron ser respectivamente utilizadas para ungir el cadáver del niño o niña y para realizar libaciones durante

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.LIII 1984-89	<i>età giovanissima</i>	CF	Jarra b. seta Jarra trilobulada Plato Olla	-	-	f. VII	Nieddu y Zucca 1991

Tab. 7.20. Othoca. Cremación infantil en fosa (finales del s. VII a.C.).

el desarrollo del sepelio. Aparte de estos vasos, también se depositaron un plato y una olla, que podían contener las ofrendas alimentarias destinadas al pequeño/a difunto/a (Nieddu y Zucca 1991: 114).

b) Las inhumaciones (primera mitad del s. VI-s. IV a.C.)

Aparte de ser incinerados, los individuos no-adultos en Othoca recibieron sepultura a partir del ritual de la inhumación. Estos fueron, principalmente, inhumados en cámaras hipogeicas (77%), aunque también fueron enterrados en el interior de tumbas *a cassone* (15%) y en recipientes anfóricos (8%), según la práctica del *enchytrismós*.

b.1. Las inhumaciones en cámaras hipogeicas

En la T. XXX de Othoca, que constituye un hipogeo construido del tipo *caveau batí*, fueron enterrados cuatro adultos y diez individuos inmaduros. Estos últimos son ocho infantiles, que fallecieron entre el nacimiento y los tres años de edad, y dos puberales, con edades comprendidas entre los 12 y los 15 años (tab. 7.21). Junto a estas inhumaciones, también se hallaron algunas cremaciones, cuyos restos óseos aún se encuentran en curso de estudio (Pusceddu *et al.* 2011: 190-192).

Esta sepultura fue excavada a unos tres metros de profundidad y está compuesta por un pequeño *dromos* y una cámara rectangular, de 2,4 m de longitud por 1,76 m de anchura. El pavimento está formado por nueve losas de arenisca, mientras que las paredes fueron construidas mediante dos hiladas de bloques del mismo material. Las paredes de fondo y las laterales presentaban decoraciones pictóricas en color rojo, azul y negro, destacando sobre la



Fig. 7.29. Othoca. T.LIII, cremación arcaica perteneciente a un individuo infantil (a partir de Nieddu y Zucca 1991: tav. XXXI, 2).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.XXX 1985-87 Santa Servera NMI= 14	0-3a 0-3a 0-3a 0-3a 0-3a 0-3a 0-3a 10-15a 10-15a Ad F Ad F Ad M Ad M	ICH	*	*	<i>Few animal bones</i>	No det.	Nieddu y Zucca 1991; Del Vais 2010; Pusceddu <i>et al.</i> 2011; Del Vais y Usai 2013

Tab. 7.21. Othoca. Inhumaciones de individuos no-adultos en hipogeos (cronología no determinable).

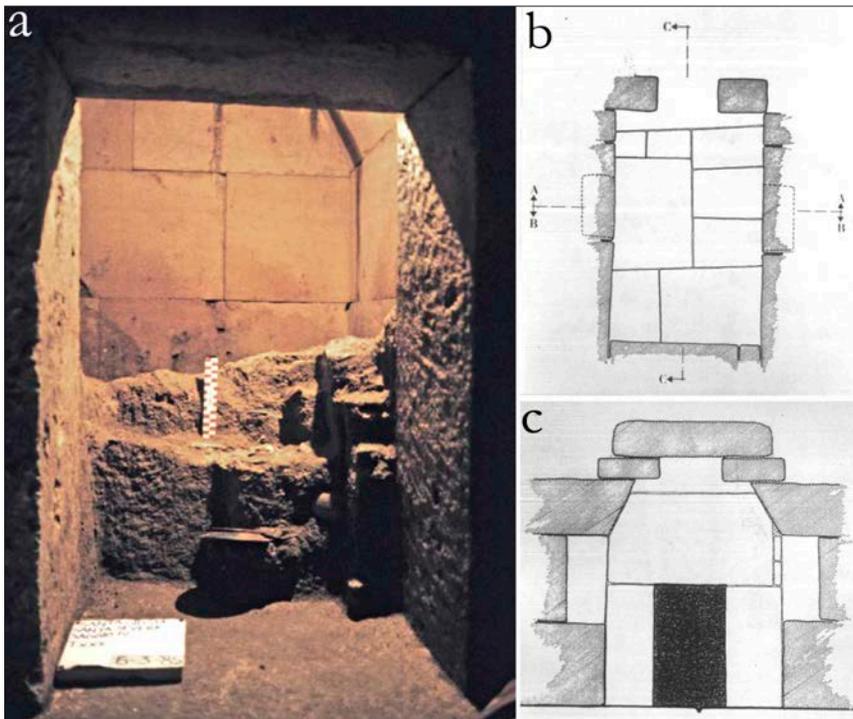


Fig. 7.30. Othoca, T.XXX, hipogeo del tipo *caveau bañí*. a) Vista de la cámara en el momento de la excavación; b) Planta de la cámara; c) Sección (a partir de Nieddu y Zucca 1991: tav. XXXIV, 1-2; Del Vais 2010: fig. 10).

pared oriental un motivo circular (fig. 7.30). Los materiales hallados en la T. XXX han permitido documentar un uso ininterrumpido de la sepultura desde época arcaica hasta época tardo-púnica, con un episodio de reutilización en el período romano-republicano, representado por una incineración en urna (Nieddu y Zucca 1991: 115-116; Del Vais 2010: 37).

El estudio estratigráfico ha demostrado que esta tumba funcionó a modo de osario colectivo pues, para realizar las nuevas deposiciones, se efectuaban reducciones de los individuos inhumados en las fases de uso más antiguas (Pusceddu *et al.* 2011: 192). Como consecuencia de estas dinámicas de enterramiento, los cuerpos de los difuntos no se han conservado en posición primaria, lo que imposibilita conocer los elementos que componían el ajuar de cada individuo concreto. Pese a que los materiales de esta sepultura aún se encuentran en curso de estudio, los datos publicados reflejan que el periodo de mayor frecuentación de la misma se dio durante el período púnico, concretamente entre los ss. V y IV a.C. (Del Vais y Usai 2013: 1159).

Si bien el dilatado uso de la cámara impide conocer los ajuares de cada individuo y, por extensión, la cronología exacta en que se hicieron los diferentes enterramientos se ha interpretado que las inhumaciones de los sujetos no-adultos debieron realizarse durante el período púnico,

momento en que el ritual de la inhumación era el predominantemente utilizado en este centro (Pusceddu *et al.* 2011). Un aspecto que destacar de esta sepultura es la elevada representatividad de individuos infantiles que murieron antes de alcanzar los tres años de edad (57%), en relación con los pubescentes (14%) y los adultos (29%). Esta circunstancia permite plantear que esta cámara funeraria estaba predominantemente destinada a inhumar a individuos no-adultos, sobre todo, a aquellos que morían a temprana edad. En relación con este aspecto, es interesante remarcar el hecho de que una de las tumbas más monumentales de todo el cementerio fuera utilizada para enterrar a las niñas y niños más jóvenes, lo que podría revelar el alto impacto emocional que las muertes prematuras tenían en el seno de la comunidad de Othoca durante el período púnico.

Otro rasgo característico de esta tumba es que, aparte de restos óseos humanos, en su interior se depositaron restos animales (Pusceddu *et al.* 2011: 190). Si bien los resultados de los análisis zooarqueológicos permanecen inéditos, es interesante señalar la asociación entre individuos que fallecieron de forma prematura y animales que, como se verá en este capítulo, también fue característica de algunas sepulturas de otras necrópolis sardas, donde fueron enterrados un elevado número de bebés, como Villamar (véase § 7.2.8.3).

b.2. Las inhumaciones en tumbas a cassone

Aunque la mayoría de individuos no-adultos inhumados en Othoca fueron enterrados en el interior del hipogeo T.XXX, en dos ocasiones los sujetos inmaduros recibieron sepultura en el interior de tumbas *a cassone*, bien de forma individual o junto a otras personas de mayor edad (tab. 7.22). En relación con las tumbas *a cassone* colectivas destaca la T. XXXI, donde fueron enterradas tres personas en tres momentos sucesivos, entre el último cuarto del s.VII y la primera mitad del s. VI a.C. (Nieddu y Zucca 1991: 115). La primera ocupante de la sepultura –Individuo C– fue una mujer madura, cuyo cadáver fue colocado en posición supina. Junto al mismo, se depositaron una ollita fabricada a mano y un collar compuesto por un amuleto de Pthah Pateco y diversas cuentas en hueso, ámbar y pasta vítrea. Poco tiempo después de esta primera deposición, fue enterrado un hombre –Individuo B–, que presentaba como elementos de ajuar una copita de fábrica etrusco-corintia, colocada a sus pies, y un plato, que fue depositado a la izquierda de su cuerpo. Aparte del ajuar cerámico, sobre sus piernas, se colocaron tres armas de hierro (Pusceddu *et al.* 2011: 191; Del Vais 2012: 459-461; Floris y Pusceddu 2012: 463).

Por último, en el tercer momento de utilización de la sepultura, fue inhumada una chica –Individuo A– que falleció con una edad estimada entre los 16 y los 22 años. Esta también fue colocada en posición decúbito supino, con la mano derecha apoyada sobre el vientre y el brazo izquierdo extendido a lo largo del cuerpo. En el momento de la excavación, la pierna izquierda de la joven se documentó colocada en ángulo recto, quedando el pie izquierdo

bajo la rodilla derecha (fig. 7.31, a) (Del Vais 2012). Los análisis antropológicos realizados han demostrado que esta posición no se corresponde con una colocación voluntaria del cuerpo, sino que evidencia la existencia de una patología, que afectaba a la epífisis tibial y a la rótula de la difunta (Pusceddu *et al.* 2011; Floris y Pusceddu 2012). Esta lesión pudo ser consecuencia de un evento traumático grave, que habría conllevado la pérdida de la movilidad en la articulación de la rodilla, impidiendo a la muchacha extender su pierna izquierda en vida. Aparte de esta afección, la joven también padecía hernia de disco, que pudo ser consecuencia de los esfuerzos que hacía con los brazos y el tronco superior para poder sostenerse y compensar la falta de apoyo. De este modo, la existencia de esta segunda patología permite sugerir que esta chica pudo vivir durante cierto tiempo con la lesión de la pierna (Pusceddu *et al.* 2011: 191-192; Floris y Pusceddu 2012: 463-464).

El hecho de que la muchacha sobreviviera en estas circunstancias permite plantear que debió ser cuidada y ayudada por algunos miembros de su comunidad. Con estos cuidados, por ejemplo, podría relacionarse la presencia de una botellita de pequeñas dimensiones, que fue colocada a la altura de su pie derecho. Este vasito pudo contener ungüentos medicinales, tal y como se ha documentado en la T. 158 de Monte Sirai donde el anforisco miniaturizado que acompañaba a un bebé, que falleció durante el período perinatal, probablemente contenía un bálsamo que pudo estar dotado de propiedades profilácticas y medicinales (Botto y Garnier 2018: 131). Formando también parte del ajuar fue colocado otro vaso

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.XXXI 1987 Sta. Servera	Individuo A 16-22a	ITCas	Botellita Vaso No det.	-	-	u.c. VII- p.m. VI	Del Vais 2012
		Individuo B Ad. M		Copa Plato	-	3 armas Fe		
		Individuo C Ad. F		Ollita	cc pv; ámbar, hueso Ptha Pateco			
2	T.4/92 1992 Sta. Servera	<i>età infantile</i>	ITCas	<i>Askós</i>	-	-	?	Del Vais y Usai 2005; Del Vais 2010

Tab. 7.22. Othoca. Inhumaciones de individuos no-adultos en tumbas *a cassone* (último cuarto del s. VII- primera mitad del VI a.C.).

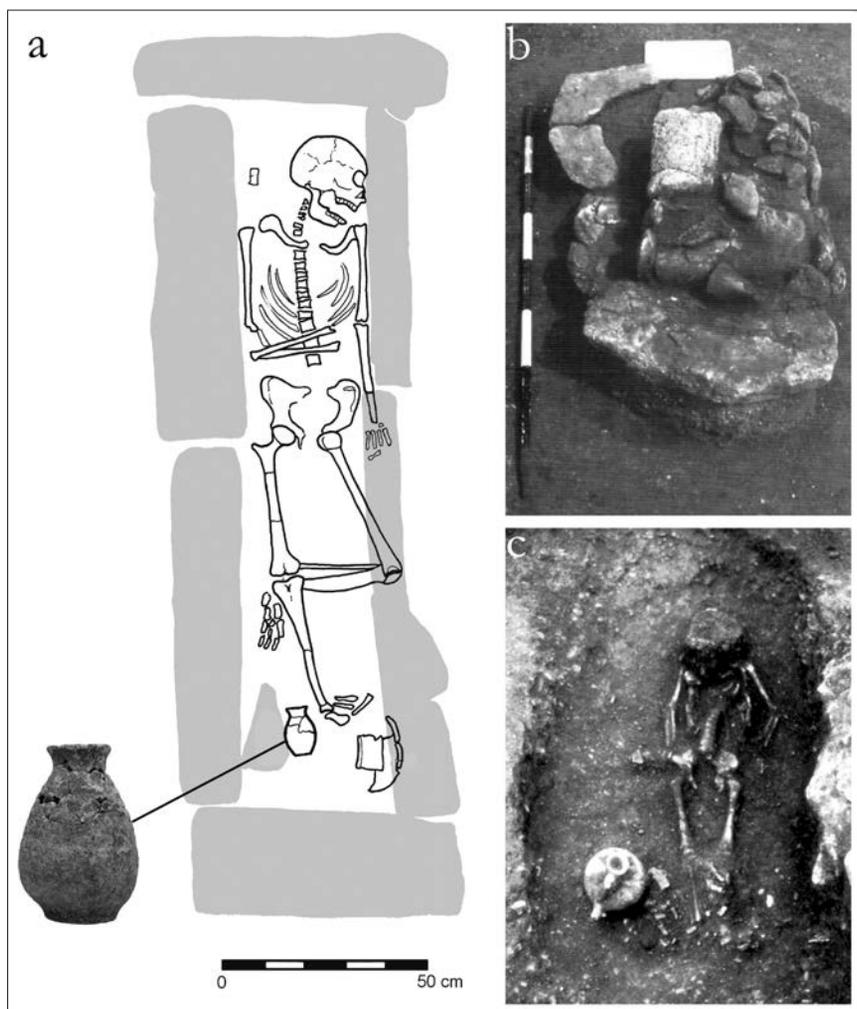


Fig. 7.31. Othoca. Tumbas *a cassone* de individuos no-adultos. a) T.XXXI con la botellita del ajuar (Del Vais 2012: fig. 2a); b y c) T.4/92 (Del Vais y Usai 2005: figs. 6-7).

cerámico, junto a la pared izquierda del *cassone*, cuyo deficiente estado de conservación no ha permitido determinar la forma del recipiente (Del Vais 2012: 459).

Aparte de esta sepultura, otro individuo no-adulto fue inhumado en una tumba *a cassone* reutilizada. Se trata de la T. 4/92 en la que, por encima de la cobertura de la fosa, fueron localizados algunos materiales de época arcaica –una jarra de boca de seta, otra trilobulada y un plato–, que debieron formar parte del ajuar de la primera deposición realizada en la tumba (fig. 7.31, b). Esta fue reutilizada para inhumar el cuerpo de un niño o niña, que fue cuidadosamente colocado en posición supina y con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Como único elemento de ajuar presentaba un *askós di cronología ben piu tarda* (fig. 7.31, c), que fue colocado junto a la pierna derecha del niño/a (Del Vais y Usai 2005: 967-968; Del Vais 2010: 41).

b.3. Las inhumaciones en ánforas

Se ha visto que en diversas necrópolis sardas, como Monte Sirai, Bitia y Nora, la costumbre de enterrar a los infantiles en el interior de recipientes anfóricos estaba bastante extendida. Por el contrario, en el cementerio de Othoca solamente se conoce un caso en el que un niño o niña fue inhumado según la modalidad del *enchytrismós* (tab. 7.23). Se trata de la T. 2/03, en la que fue cuidadosamente enterrado un individuo infantil en el interior de un ánfora *a sacco*, probablemente del tipo T-1.4.4.1 de Joan Ramon, que fue cortada en sentido transversal para introducir el cuerpo del pequeño difunto y, posteriormente, colocada en el interior de una fosa excavada en la tierra. El pequeño/a, únicamente fue inhumado con un brazalete de bronce que, en el momento del hallazgo, aún conservaba en su interior los restos óseos del antebrazo del infante (Del Vais 2010: 41; Del Vais y Usai 2013: 1161).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ Amuletos	Crono	Bibliog.
1	T.2/03 2003 Santa Servera	<i>età infantile</i>	IE	Ánf.com.pún. T-1.4.4.1	-	Brazalete Br	V	Del Vais 2010; Del Vais y Usai 2013

 Tab. 7.23. Othoca. *Enchytrismo* (s. V a.C.).

7.2.7. TUVIXEDDU

La necrópolis de Tuvixeddu fue el área funeraria de Cagliari desde el período púnico al romano. Esta fue ubicada sobre las colinas de Tuvixeddu y Tuvumannu, dos pequeñas elevaciones que se localizaban al sureste del núcleo urbano (Stiglitz 1999: 13; 2017: 127-128; Salvi 2017: 223) (fig. 7.32). En la actualidad, el cementerio se encuentra muy próximo a la ciudad moderna, circunstancia que ha condicionado el conocimiento científico que tenemos sobre este espacio funerario y la conservación del mismo.

Las primeras noticias sobre esta necrópolis se dieron en el s. XVI, sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del s. XIX cuando se realizaron las primeras excavaciones de las que tan sólo nos han llegado algunas publicaciones parciales (Spano 1861; Crespi 1862a; 1862b; Elena 1868; Vivinet 1892). A comienzos del s. XX, Antonio Taramelli excavó más de 180 hipogeos de época púnica en el área denominada Predio Ibba. Pese a la antigüedad de estas excavaciones, la publicación de sus resultados (Taramelli 1912) junto a diversos estudios posteriores, que han revisado los materiales de esta campaña (Bartoloni 2016; Tronchetti 2016), continúan siendo fundamentales para el conocimiento de la necrópolis cagliaritana. Tras estos primeros trabajos, durante la década de los ochenta del s. XX, se realizaron varias intervenciones que permanecen sustancialmente inéditas (Salvi 2000a: 162-173). Después de un breve período de inactividad arqueológica, entre finales de la década de los noventa y comienzos del s. XXI, se desarrollaron diversas campañas de excavación bajo la dirección de Donatella Salvi (entre otros, Salvi 2000b; 2001; 2005; 2012; 2013; 2019a; 2019b; 2020). Los resultados de estas últimas excavaciones, junto a los datos obtenidos precedentemente, han permitido conocer las principales costumbres funerarias de los habitantes de Cagliari, desde que la necrópolis comenzó a utilizarse, entre finales del s. VI a.C. e inicios del s. V a.C., hasta el período tardo púnico (Bartoloni 1981: 19-20; 2016: 10).

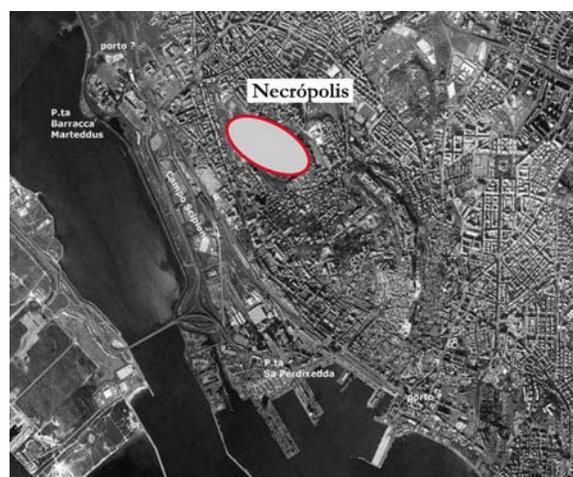


Fig. 7.32. Tuvixeddu. Planimetría con la ubicación del cementerio (a partir de Stiglitz 2019: fig. 4).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

Como en el resto de necrópolis sardas, el ritual prevalentemente utilizado en el cementerio cagliaritano desde finales del s. VI a.C. fue el de la inhumación. A partir del período helenístico, se introdujo el ritual de la cremación secundaria, que convivió con el de la inhumación desde finales del s. IV al s. II a.C. (Stiglitz 1999: 59).

a) El ritual de la inhumación (finales del s. VI-ss. III/II a.C.)

En el cementerio de Tuvixeddu para inhumar a los difuntos se utilizaron hipogeos, tumbas a pozo y fosas. Entre finales del s. VI y el s. IV a.C. el tipo de sepultura más utilizado fueron los hipogeos, que se caracterizaron por presentar un pozo de acceso vertical, cuya profundidad podía variar entre los dos y los seis o siete metros (Stiglitz 1999: 40-43). Los hipogeos cagliaritanos, normalmente, presentan una única cámara, aunque también se han documentado algunos casos en que se construyeron dos o tres habitaciones superpuestas y/o contrapuestas.

Estas suelen ser de forma rectangular y tanto su techo como su pavimento suelen presentarse planos. En ocasiones, en el suelo fueron excavadas fosas, o lóculos rectangulares, para depositar los cuerpos. Asimismo, en el interior de algunas cámaras se tallaron bancos en sentido longitudinal, que fueron utilizados para colocar el ajuar funerario o para depositar los cadáveres (Stiglitz 1999: 46-47). En la mayoría de casos, las tumbas cagliaritanas estuvieron destinadas a contener deposiciones individuales, aunque algunas fueron reabiertas y reutilizadas para realizar nuevos enterramientos. En el interior de las cámaras, el cadáver siempre era orientado con los pies hacia la puerta de entrada y con el cráneo hacia la pared de fondo. Si bien, habitualmente, los cuerpos de los difuntos eran colocados directamente sobre el pavimento, en fosas o en lóculos excavados con este fin, algunas veces fueron acostados sobre catafalcos y/o ataúdes fabricados con madera (Taramelli 1912: 80; Stiglitz 1999: 64).

A pesar de que los hipogeos eran las sepulturas más habituales, en este cementerio algunas personas fueron enterradas en tumbas a pozo, análogas a las de la necrópolis siciliana de Lilibeo, que constituían un tipo intermedio entre los hipogeos y las fosas (Elena 1868: 13; Stiglitz 1999: 37). Además, durante los siglos IV y III/II a.C., también se dio una gran utilización de las tumbas en fosa, que fueron excavadas tanto en la roca como en la tierra (Salvi 2013: 1100). En esta necrópolis, era habitual colocar junto a los cadáveres vasos cerámicos, entre los que destacan los relacionados con la esfera de la alimentación, como las copas, los platos, las jarras y las ánforas de mesa que, generalmente, son de tradición púnica, aunque, entre finales del s. IV y el III a.C., se dio un incremento de la cerámica de importación de barniz negro (Bartoloni 2016; Tronchetti 2016; Salvi 2017: 231). Asimismo, acompañando a los difuntos, también fueron colocados algunos recipientes y objetos, que podrían relacionarse con los cuidados otorgados al cuerpo, como ungüentarios, *pyssides* de plomo y navajas de afeitar. Por último, formando parte de los ajuares, también fue común la presencia de joyas y otros elementos de carácter apotropaico, como los amuletos.

b) Las cremaciones secundarias del período helenístico (finales del s. IV-s. II a.C.)

Si se compara con el ritual de la inhumación, la información sobre el rito de la cremación en la necrópolis de Tuvixeddu es mucho más escasa. Ello se debe a que los autores, en las publicaciones y diferentes memorias de

excavación, se limitaron a señalar la presencia de cremaciones y la colocación de los restos óseos en un contenedor. De este modo, los datos disponibles parecen indicar que, durante este período, se utilizaba siempre el ritual de la cremación secundaria, siendo los restos óseos recogidos en el interior de urnas cerámicas o líticas (Stiglitz 1999: 60). Estas, habitualmente, eran depositadas en las cámaras hipogeicas o en los pozos de acceso a las mismas. Igualmente, apenas tenemos información sobre los ajuares que acompañaron las sepulturas de incineración, aunque cabe destacar que en el interior de algunas urnas se han documentado monedas (Stiglitz 1999: 60-62).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El estudio de las tumbas de los individuos inmaduros en Tuvixeddu se ha visto condicionado tanto por la antigüedad de las excavaciones como por el estado preliminar de la mayoría de las publicaciones. Estos aspectos han motivado que gran parte de las sepulturas pertenecientes a los sujetos no-adultos, que pueden situarse en el período púnico, no hayan podido datarse con precisión. Asimismo, cabe señalar que, si bien en las últimas campañas de excavación se ha introducido la realización de análisis antropológicos, estos no han sido publicados de forma sistemática, lo que en la mayoría de los casos ha impedido conocer la edad que tenían los diferentes individuos en el momento de su muerte, así como calcular la representatividad de los no-adultos respecto a sus mayores.

Pese a estos inconvenientes, los datos publicados hasta el momento han permitido localizar, en este trabajo, 30 sepulturas en las que fueron enterrados 31 individuos no-adultos y 16 tumbas que, probablemente, pertenecieron a sujetos inmaduros. Estas últimas se corresponden con probables enterramientos en ánforas y con cámaras hipogeicas que, por su exíguo tamaño, han sido atribuidas al enterramiento de niñas y niños. Aunque las estimaciones de edad, disponibles hasta la fecha, son muy escasas, estas parecen demostrar que, en este cementerio, tuvieron derecho a ser enterrados desde individuos en edad fetal, que pudieron fallecer como consecuencia de abortos o complicaciones desarrolladas durante el parto, hasta niñas y niños que murieron en torno a los diez años (tab. 7.24). En todas las tumbas, los individuos no-adultos fueron enterrados según el rito de la inhumación, lo que demuestra que estos recibieron sepultura según el ritual mayoritariamente utilizado en el cementerio durante el período púnico.

a) Las sepulturas de inhumación (s. V- s. II a.C.)

Los sujetos no-adultos que recibieron sepultura en el cementerio de Tuvixeddu, principalmente, fueron inhumados en el interior de hipogeos y de ánforas comerciales, siendo también común –durante la fase helenística y tardo-púnica– que fueran enterrados en el interior de fosas simples excavadas en el terreno.

a.1. Las inhumaciones en hipogeos

Tradicionalmente, se había propuesto que los individuos infantiles en las necrópolis púnicas no habrían tenido derecho a ser enterrados en las cámaras hipogeicas, sin embargo, los datos procedentes de Tuvixeddu demuestran todo lo contrario. En este cementerio, el 32% de los niños y niñas fueron inhumados en este tipo de sepultura y el 63% de las tumbas probables se corresponden con cámaras hipogeicas. Estas últimas, por sus exiguas dimensiones, ya fueron identificadas durante las campañas de excavación antiguas como *cellette per deposizione di bambino* (Taramelli 1912; Puglisi 1942). En relación con su tamaño, es interesante señalar que las cámaras de los adultos solían presentar 2 m de longitud (Taramelli 1912: 73), mientras que los hipogeos destinados a acoger el cuerpo de los pequeños/as, de forma individual, se caracterizaban por presentar unas medidas que varían entre 0,77 m y 1,45 m de longitud (Taramelli 1912: 76; nota 1). De este modo, estas dimensiones parecen demostrar que, desde su construcción, estas tumbas fueron concebidas como la morada eterna de los más jóvenes, adaptándose su pequeño tamaño al de sus ocupantes.

En Tuvixeddu, la tendencia más común fue la de enterrar a los individuos infantiles en sus propios hipogeos individuales –T.99, 102, 109, 130, 148, 29–, aunque en algunos casos fueron inhumados junto a otras personas en el interior de cámaras –T.10, 120, 121, 132– que, probablemente, estaban destinadas a la realización de enterramientos de carácter familiar (tab. 7.25). Las niñas y niños enterrados de forma individual, generalmente, estaban acompañados tanto por vasos cerámicos como por elementos de joyería y otros objetos, que permiten observar los cuidados que se les otorgaba de forma previa a su entierro. Este es el caso de la T. 102, una cámara que medía 0,8 m de longitud, en la que fue inhumado un *bambino di tre o quattro anni* (Taramelli 1912: 203). Es probable que, en el momento del enterramiento, el pequeño cuerpo estuviera adornado por un arete de plata y un collar o brazaletes formado por diversas cuentas de pasta vítrea. Asimismo, la presencia de una aguja de bronce podría indicar que el pequeño cuerpo fue cuidadosamente envuelto

Tumba	Campaña	Edad
T.242	2003	34 semanas gestacionales
T.173	2003	36 semanas gestacionales
T.173	2003	< 1a
T.102	1908	3-4a
T.112	1999	±6-7a
T.10	1997	6-10a
T.19	1997	<10a
T.29	1997	±10a

Tab. 7.24. Tuvixeddu. Estimaciones de edad de los individuos no-adultos (referencias bibliográficas en tabs. 7.25-7.27).

en un sudario. Como único vaso cerámico le acompañaba una copa, que pudo estar destinada a contener ofrendas alimentarias para el difunto y que permite datar la sepultura en el s. V a.C.

Frente a esta tumba destacan, por la riqueza de su ajuar cerámico, las TT.99 y 130. En la primera, junto a un *scheletro di bambino* se documentaron un *askós* zoomorfo con representación de una paloma (Taramelli 1912: fig. 21: 9; fig. 22, 5), una ollita de pequeño tamaño (fig. 7.33, c), una lucerna de dos picos (fig. 7.33, a) y un pequeño plato de pescado (fig. 7.33, b) (Taramelli 1912: 202). Aparte de los recipientes cerámicos, junto al cadáver, se hallaron tres cuentas de pasta vítrea que pudieron formar parte de un collar o brazaletes que el niño/a podía llevar puesto en el momento de su entierro. En la segunda –T.130–, en el interior de una *celletta per deposizione di bambino* fueron colocadas dos ánforas de mesa, una jarra y una olla, que pudieron contener las ofrendas alimentarias realizadas al difunto/a (fig. 7.34, c-e; f). Junto a estos vasos, también fue depositado un unguentario con dos asas, que pudo albergar los aceites y/o bálsamos destinados a tratar el cadáver (fig. 7.34, b). Además, cerca del cráneo del joven difunto/a se localizó una *piccola lastra quadrata in arenaria finissima, con resti di iscrizione punica in tre righe* (Taramelli 1912: 211). Aparte de estos elementos, el pequeño/a aquí inhumado fue acompañado por diversas joyas y amuletos, que podrían reflejar su elevado estatus social. Entre estos destacan 12 amuletos –tres ojos *udjat*, seis vasos canopos, dos ánforas y una *mammella*– y 25 cuentas en oro y en pasta vítrea, que

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.102 P. Ibba 1908	3-4a	ICH	Copa	Arete Ag cc	Aguja Br	V	Taramelli 1912
2	T.29 Mappale 187 1997	±10a	ICH	<i>Skyph.</i> miniat. 2 ollitas	Brazaletes Ag 2 aretes cc Au; pv Flor de loto <i>O.udjat</i> C.caballo	Terrac. paloma	V	Salvi 1998; 2000b; 2006
3	T.10 Mappale 187 1997 NMI=3	Ad. M	ICH	Olla 2 copas	-	Terrac.	f.V-i.IV	Salvi 1998; 2000b; 2006
		Ad. joven		Plato	Horus-Ra	Objeto Br		
		Inf. (6-10a)		Biberón bn 2 ollitas	3 aretes Au 2 cocodrilos <i>O.udjat</i> 2 escarabeos 1 pirámide cc	Huesos animales (¿gato?)		
4	T.99 P. Ibba 1908	<i>Bambino</i>	ICH	<i>Askós</i> zoomorfo Copa Plato Lucerna	3 cc	-	IV	Taramelli 1912
5	T.130 P. Ibba 1908	<i>Bambino</i>	ICH	Lucerna 2 ánforas mesa Jarra Olla Ungüent.	3 <i>O.udjat</i> 6 canopos <i>Mamella</i> 2 anforitas	Moneda Lámina inscripción	IV	Taramelli 1912
6	T.134 P. Ibba 1908	Probable	ICH	Plato Biberón	-	-	s.m. IV	Taramelli 1912
7	T.132 P. Ibba 1908 NMI= 3	Ad.	ICH	*	*	*	IV-III	Taramelli 1912
		Ad.						
		Inf.						
8	T.73 P. Ibba 1908	Probable	ICH	Plato Ungüent. Copa 2 <i>Attingtoi</i>	2 aretes Br	-	IV-III	Taramelli 1912
9	T.125bis P. Ibba 1908	Probable	ICH	2 Jarras <i>Askós</i> ático 2 ánforas mesa Lucerna bn	2 brazaletes Br 1 cc cornalina	Moneda púnica	IV- III	Taramelli 1912
10	T.109 P. Ibba 1908	<i>Bambino</i>	ICH	-	Escarabeo <i>O.udjat</i> Ureo Halcón cc	-	No det.	Taramelli 1912

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
11	T.148 P. Ibba 1908	<i>Bambino</i>	ICH	Olla	3 cc	-	No det.	Taramelli 1912
12	T.120 2000 NMI= 2	Ad. PF	ICH	2 copas	-	-	No det.	Salvi 2001
		<i>Bambino</i>		-	2 aretes Ag Amuletos (no det.) 3 O. <i>udjat</i> cc pv; ámbar	-		
13	T.121 2000 NMI= 3	Ad.	ICH	-	-	-	No det.	Inédita
		Ad.		-	-	-		
		<i>Infantile</i>		-	-	-		
14	T.38 P. Ibba 1908	Probable	ICH		1 cc	3 Terrac.	No det.	Taramelli 1912
15	T.40 P. Ibba 1908	Probable	ICH	Ungüent.	-	-	No det.	Taramelli 1912
16	T.43 P. Ibba 1908	Probable	ICH	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
17	T.88 P. Ibba 1908	Probable	ICH	3 jarras	cc Escarabeo	-	No det.	Taramelli 1912
18	T.89 P. Ibba 1908	Probable	ICH	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
19	T.117 P. Ibba 1908	Probable	ICH	-	O. <i>udjat</i> Bes 2 cc pv	-	No det.	Taramelli 1912:
20	T.27 1942	Probable	ICH	-	-	-	No det.	Puglisi 1942

Tab. 7.25 (viene de página anterior). Tuvixeddu. Inhumaciones infantiles en hipogeos (ss. V-IV/III a.C.).

pudieron componer el collar con que el difunto/a fue inhumado. En último lugar, cabe señalar que, junto al cráneo, también se localizó un pendiente de oro (Taramelli 1912: 211).

Otra sepultura que pudo pertenecer a un niño o niña de una familia de alto rango social fue la T.29. Frente a los casos anteriores, donde los infantiles fueron inhumados en cámaras de pequeñas dimensiones, este constituye un

hipogeo que presentaba unas medidas análogas a las de los adultos (Salvi 2006: 183). En su interior fue inhumado un individuo, identificado a partir del estudio antropológico como una niña, que falleció en torno a los diez años de edad (Salvi 1998: 33; 2000b: 72). El pequeño cadáver fue cuidadosamente acostado sobre un lecho de madera. En torno a la cabeza de la pequeña difunta fueron colocadas dos ollitas, de pequeño tamaño, y una paloma

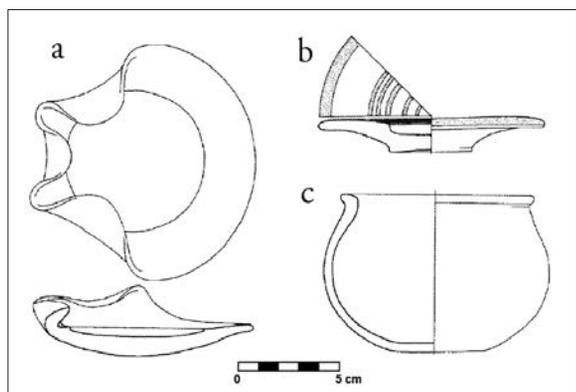


Fig. 7.33. Tuvixeddu. Algunos elementos del ajuar cerámico de la T.99 (a partir de Bartoloni 2016: figs. 19; 106; 128).

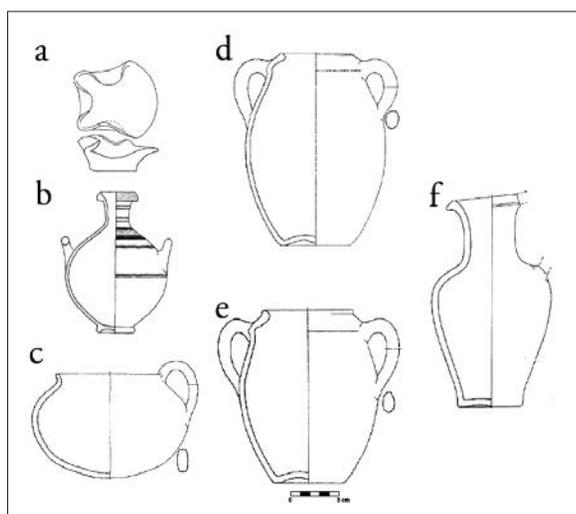


Fig. 7.34. Tuvixeddu. Ajuar cerámico de la T.130 (a partir de Bartoloni 2016: figs. 108; 300; 381; 444-445; 478).

en arcilla (fig. 7.35, a-b; d). Cerca de la puerta de entrada a la cámara, se localizó un *skyphos* miniaturizado que, probablemente, se encontraba desplazado de su posición original, como consecuencia de las repetidas infiltraciones de agua de lluvia que afectaron a la conservación de este contexto (fig. 7.35, c). Esta copita miniaturizada de importación griega, muy similar a la que acompañaba a la niña que fue inhumada en la T.74 de la Caserma Tuköry de Palermo (véase § 6.2.3; fig. 6.23, g), podría haber funcionado como un juguete, que pudo ser utilizado para transmitir a la pequeña valores relacionados con las prácticas de consumo del vino. Aparte de estos elementos cerámicos, en correspondencia con el pecho y

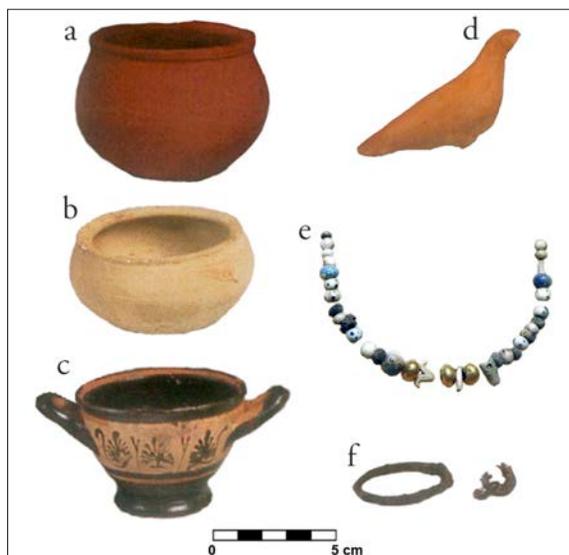


Fig. 7.35. Tuvixeddu. Ajuar de la niña inhumada en la T.29 (Fotografías: cortesía de Donatella Salvi).

el abdomen de la difunta se localizaron varias cuentas de oro y de pasta vítrea junto a tres amuletos –flor de loto, ojo *udjat* y cabeza de caballo– que debieron componer un collar (fig. 7.35, e). Asimismo, el cuerpo de la niña también fue adornado con un brazalete de plata que, en el momento de su hallazgo, se documentó colocado en su brazo derecho y por dos aretes, que fueron localizados a la altura del cráneo (fig. 7.35, f) (Salvi 1998: 31-33; 2000b: 72; 2006: 183-184).

Aparte de ser inhumados de forma individual, en cuatro hipogeos, los individuos infantiles fueron enterrados junto a personas adultas. En algunos casos, la documentación estratigráfica ha permitido reconstruir la secuencia de uso de estas sepulturas, demostrando que la deposición de algunos niños y adultos se dio de forma, más o menos, contemporánea. Este es el caso de la T.10 en la que, entre finales del s. V e inicios del s. IV a.C., fueron inhumados dos adultos y un infantil, en dos fases de utilización diferenciadas. El primer inhumado fue un adulto, cuyos restos óseos se localizaron amontonados en el ángulo derecho de la cámara con la finalidad de hacer espacio a la deposición, probablemente contemporánea, de un adulto joven y un niño/a, que falleció con una edad comprendida entre los seis y los diez años (Salvi 1998; 2000b: 60; 2006: 187). El joven adulto fue acostado en el lado izquierdo del hipogeo sobre un lecho de madera y presentaba, como elementos de ajuar, un plato, que pudo



Fig. 7.36. Tuvixeddu. Ajuar del individuo infantil inhumado en la T.10 (Fotografías: cortesía de Donatella Salvi).

contener ofrendas alimentarias, así como un amuleto de Horus-Ra y un objeto de bronce, fuertemente oxidado, que fueron colocados sobre su pecho. Por el contrario, el individuo infantil fue depositado directamente sobre el suelo, en el lado derecho de la cámara. A su lado aparecieron pequeños huesos de un animal, que se han interpretado como pertenecientes a un gato, que pudo ser la mascota del pequeño/a en vida. A la altura de la cabeza del niño/a fueron colocados un vasito biberón de barniz negro, dos ollitas y los objetos de ornamento –un collar compuesto por diversos amuletos y cuentas y tres aretes de oro– que, en el momento del funeral, fueron colocados sobre el vaso-biberón (fig. 7.36) (Salvi 1998; 2000b: 60-61; 2006: 184-187).

Otra sepultura en la que, probablemente, la deposición de un individuo infantil se dio de forma más o menos contemporánea a la de un adulto es la T.120. En el interior de la cámara se hallaron los restos de un adulto, probablemente una mujer, inhumada en decúbito supino y de un niño/a, que fue cuidadosamente colocado/a con la cabeza apoyada sobre el hombro de la que pudo ser su madre (Salvi 2001: 248). Sobre las piernas de la mujer se depositaron dos copas hemisféricas, mientras que cerca del cráneo del pequeño difunto se documentaron dos aretes de plata y varias cuentas de collar en pasta vítrea oculadas, una de ámbar y tres ojos *udjat*, junto a otro tipo de amuletos no especificados en la publicación, cuya posición parece indicar que formaban parte del collar con que el joven difunto fue inhumado (fig. 7.37).

Aparte de estos hipogeos en los que la deposición de los niños y los adultos pudo ser más o menos contemporánea, en otras cámaras hipogeicas –T.132 de 1908 y T.121 del 2000– también se ha documentado la asociación de

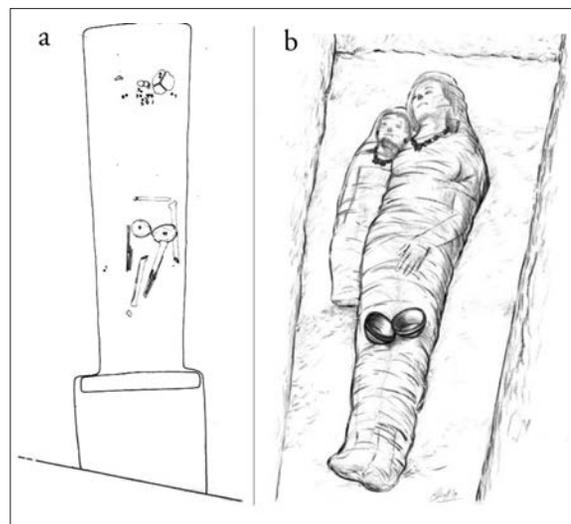


Fig. 7.37. Tuvixeddu. T.120, inhumación de un adulto, probablemente femenino, junto a un individuo infantil. a) Croquis de la sepultura (Dibujo: cortesía de Donatella Salvi); b) Boceto idealizado del enterramiento (Dibujo: Iñaki Diéguez Uribeondo).

individuos infantiles junto a personas adultas. Aunque, en estos casos, la documentación estratigráfica disponible no permite reconstruir las dinámicas de uso de las sepulturas, la posición en que fueron colocados los cuerpos y el contacto físico entre los cadáveres, da pie a suponer que las personas enterradas pudieron mantener relaciones de tipo afectivo y/o familiar en vida. Este es el caso de la T.121 en la que, entre las piernas de dos individuos adultos, fue colocado el pequeño cuerpo de un infantil (fig. 7.38). Asimismo, en la T.132, donde los primeros ocupantes fueron dos adultos colocados uno junto al otro, en un momento posterior, fue enterrado el cadáver de un niño o niña, que fue cuidadosamente colocado sobre el cuerpo de uno de los adultos (Taramelli 1912: 212).

a.2. Las inhumaciones en ánforas

La forma más común de dar sepultura a los individuos no-adultos en el cementerio de Tuvixeddu fue la de inhumarlos en el interior de ánforas. Muestra de ello es la presencia de 15 recipientes en cuyo interior se hallaron los restos óseos de sujetos infantiles y de otras seis ánforas que pudieron albergar cadáveres inmaduros, pero en cuyo interior no se han conservado restos óseos (tab. 7.26). A pesar de que este tipo de enterramientos era bastante habitual, la información sobre ellos en esta necrópolis es muy escasa. Ello se debe a que la mayoría de *enchytrismoí* fueron excavados durante las antiguas campañas, época en la que este tipo de sepulturas no fue



Fig. 7.38. Tuvixeddu. T.121, inhumación de dos adultos, sobre cuyas piernas fue colocado el cadáver de un individuo infantil (Fotografía: cortesía de Donatella Salvi).

objeto de mucha atención, tal y como muestra el hecho de que muchos de ellos no fueron enumerados en las publicaciones, sino que solamente se hacía referencia a ellos en función de su relación respecto a las tumbas hipogeicas (Taramelli 1912).

Otra carencia en relación con el estudio de esta forma de enterramiento en Tuvixeddu es que solo contamos con la estimación de edad de un individuo infantil, que fue inhumado en el interior de un ánfora. Se trata de la T.19, excavada en 1997, donde el niño/a contaba con una edad inferior a los diez años de edad en el momento de su muerte (Salvi 1998: 26-29; 2000b: 70-71). Pese a estas limitaciones, en las publicaciones, los restos óseos hallados en el interior de los recipientes siempre se definen como pertenecientes a *bambini* (Loddo 1907: 428; Taramelli 1912: 76-77; 177-178), lo que sugiere que, en este centro, el uso de este tipo de sepultura estaba restringido a infantiles que fallecieron antes de alcanzar el período puberal.

El hecho de que la mayor parte de *enchytrismoí* procedan de las antiguas campañas de excavación, también impide conocer la tipología de los vasos en los que fueron inhumados los pequeños y, por extensión, la cronología de los mismos. No obstante, los autores señalaron que estos enterramientos siempre se realizaron en ánforas de tipo púnico (Loddo 1907; Taramelli 1912). De momento, solo se han podido datar dos tumbas de este tipo procedentes de las campañas de excavación modernas, donde los individuos infantiles fueron inhumados en el interior de ánforas de transporte del tipo Bartoloni D7. Esto parece demostrar que la costumbre de enterrar a las niñas y niños en el interior de recipientes anfóricos se dio entre los s. IV y III a.C., del mismo modo que sucedió en otros cementerios púnicos de la isla, como Bitia y Nora.

Para introducir los cadáveres en el interior de las ánforas se siguió el procedimiento ya observado en otros cementerios púnicos sicilianos y sardos: se realizaba un corte transversal en la base o en la boca del recipiente que, posteriormente, era tapado con los propios fragmentos anfóricos. En relación con el proceso destinado a preparar el recipiente anfórico es, especialmente, interesante la T.19, ya que permite observar el cuidado con que se llevó a cabo. En este caso, tras cortar el fondo del ánfora, el borde fue limado con un instrumento abrasivo para suavizar las fracturas, probablemente, con la finalidad de facilitar la entrada del cuerpo y, especialmente, para no dañar el cadáver del niño o niña aquí inhumado (Salvi 1998: 26; 2000b: 70).

Tras introducir los cuerpos en el interior de las ánforas, estas generalmente (60%) fueron depositadas en fosas simples excavadas a poca profundidad en el terreno, hecho que ha condicionado el nivel de preservación de muchos contextos en los que los recipientes se han documentado muy fragmentados. No obstante, en otras ocasiones, los *enchytrismoí* fueron colocados en profundas tumbas a pozo (27%) o en las cámaras y los pozos de acceso a los hipogeos (13%).

La mayoría de los infantiles inhumados en el interior de los recipientes anfóricos (60%) fueron acompañados por algunos objetos. Entre estos destaca la presencia de joyas y amuletos, que podían adornar y proteger los cadáveres de los pequeños, así como también otros elementos, como las monedas. Asimismo, algunas niñas y niños también fueron acompañados por vasos cerámicos, entre los que destacan los relacionados con la preparación de comidas –como las ollas y las cazuelas–, con el servicio y vertido de líquidos –como las jarras– y con el cuidado del

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.19 1997 Mappale 187	<10a	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D7	Cazuela Biberón	7 cc pv 2 anillos hueso Tanit hueso 2 cabezas pv 2 colgantes cónicos metal	<i>Cypraea</i> <i>Pisside</i> Pb	IV-III	Salvi 1998; 2000b
2	T.237	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D7	-	-	-	IV-III	Salvi <i>et al.</i> 2016
3	T.2 1999	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Inédita
4	T.62 1999	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Inédita
5	<i>Enchytrismós</i> 1907	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	cc Falo Bes	3 <i>Cypraea</i> Moneda Espiral Br	No det.	Loddo 1907
6	<i>Enchytrismós</i> próx. Hip.14. 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	Olla	2 aretes Ag	-	No det.	Taramelli 1912
7	<i>Enchytrismós</i> Hip.22 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IECH	Ánf.com.pún.	-	Anillo Ag	-	No det.	Taramelli 1912
8	<i>Enchytris.</i> 1 TT.75 y 76 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	Biberón	-	-	No det.	Taramelli 1912
9	<i>Enchytris.</i> 2 TT.75 y 76 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
10	<i>Enchytrismós</i> próx. T.91 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún.	2 biberones	Bubast	-	No det.	Taramelli 1912
11	<i>Enchytrismós</i> Pozo T.93 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IETP	Ánf.com.pún.	Biberón Jarra cilíndrica	-	-	No det.	Taramelli 1912
12	<i>Enchytrismós</i> Pozo T.94 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IETP	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
13	<i>Enchytris.</i> 1 TT.113 y 114 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IETP	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
14	<i>Enchytris</i> . 2 TT.113 y 114 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IETP	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
15	<i>Enchytrismos</i> T.133 bis 1908 P. Ibba	<i>Bambino</i>	IEPH	Ánf.com.pún.	Biberón	cc	-	No det.	Taramelli 1912
16	<i>Enchytrismós</i> próx. Hip.14. 1908 P. Ibba	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
17	<i>Enchytrismós</i> próx. Hip.31 1908 P. Ibba	Probable	IE	Ánf.com.pún.	Biberón	-	-	No det.	Taramelli 1912
18	<i>Enchytrismós</i> próx. Hip.133 1908 P. Ibba	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Taramelli 1912
19	T.37 1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	Anillo Ag	2 frags. Fe 2 ganchos Br	No det.	Salvi 2000b
20	T.14	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Salvi 1998; 2000b
21	T.34 1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Inédita

Tab. 7.26 (viene de página anterior). Tuvixeddu. *Enchytrismo*i (ss. IV-III a.C.).

cuerpo, como los ungüentarios. Sin embargo, es interesante señalar que los recipientes cerámicos más habituales en este tipo de enterramientos fueron los biberones, que fueron depositados en cinco enterramientos.

En relación con los ajuares, destaca por su riqueza el de la T.19., donde la cantidad y la calidad de los objetos permiten sugerir que este niño o niña podía pertenecer a una familia de elevado estatus social (fig. 7.39, b). El pequeño/a fue acompañado por un vaso biberón, colocado dentro de la fosa en la que el ánfora fue depositada (Salvi 2000b: 71). Fuera de la fosa, en el margen superior izquierdo sobre unas pequeñas piedras, se depositó un collar compuesto por dos cabezas en pasta de vidrio, un símbolo de Tanit, dos colgantes cónicos en metal,

siete cuentas en pasta vítrea, dos discos de hueso y una *Cypraea* (fig. 7.39, b-c). Si en la mayoría de ocasiones, las joyas, amuletos y otros elementos de carácter apotropaico se han documentado en torno al cuerpo de los pequeños, en este caso, la colocación del collar en el exterior de la tumba podría indicar que este fue depositado, a modo de ofrenda para el difunto, por parte de uno de los participantes en el ritual funerario. Aparte del collar, en el exterior de la fosa, pero en este caso en el lado derecho de la misma, fue depositada una pisi-de de plomo, elemento vinculado al maquillaje y que, tradicionalmente, se ha asociado a la esfera femenina, lo que podría indicar que el individuo aquí inhumado era una niña. En último lugar, también fuera de la fosa

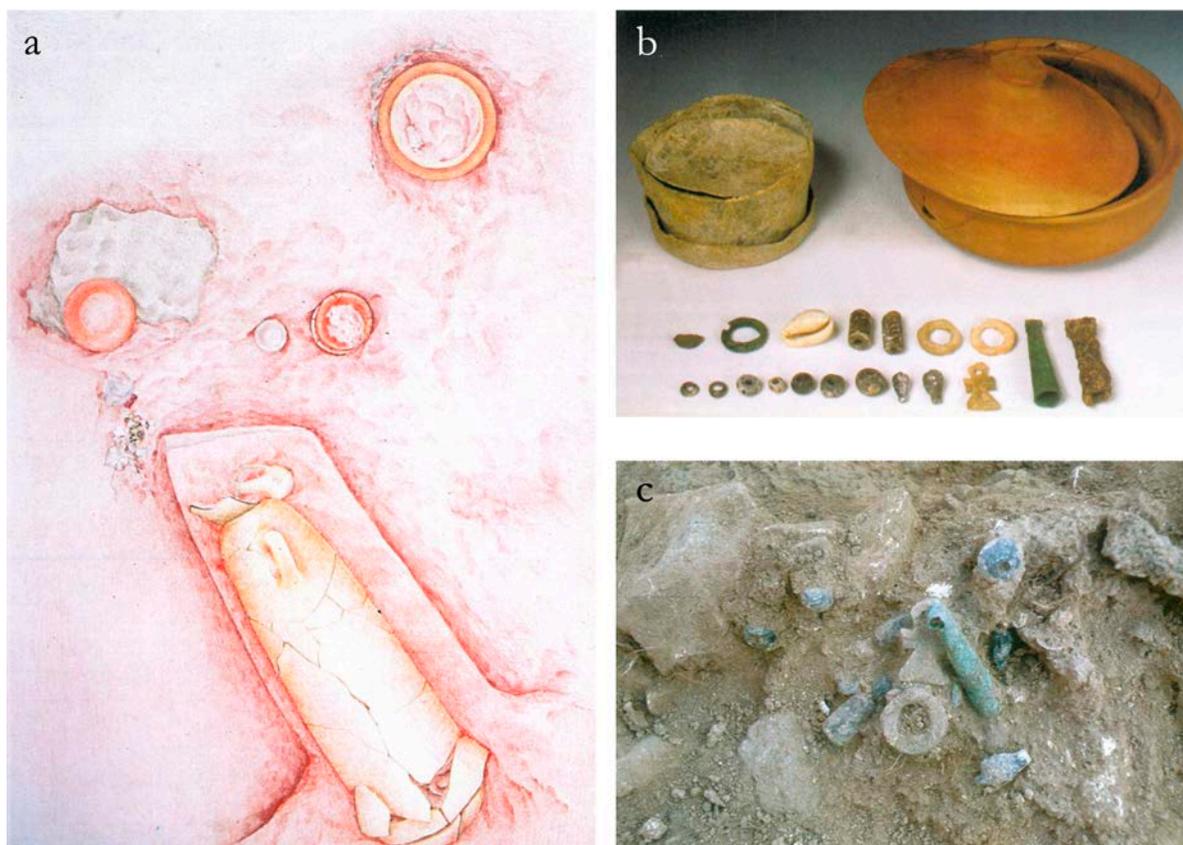


Fig. 7.39. Tuvixeddu. T.19, inhumación infantil en ánfora (a partir de Salvi 1998: 28-29; 2000b: tav. XX).

y en una posición un poco más alejada de la misma, se colocó una pequeña cazuela con una tapadera, que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas a la pequeña aquí inhumada.

a.3. Las inhumaciones en fosa

Aparte de ser inhumados en el interior de hipogeos y en *enchytrismoí*, una minoría de niñas y niños (19%) recibieron sepultura en el interior de simples fosas excavadas en el terreno de la necrópolis. En este tipo de sepulturas fueron enterrados desde individuos que fallecieron en edad fetal hasta infantiles que murieron con edades comprendidas en torno a los seis/siete años (tab. 7.27). A pesar de que la documentación sobre este tipo de enterramientos es parcial, los datos hasta el momento disponibles parecen indicar que las fosas fueron utilizadas para inhumar a los pequeños difuntos durante los ss. III y II a.C., lo que parece concordar con las dinámicas generales del cementerio, pues este tipo de tumbas, en Tuvixeddu, fueron especialmente utilizadas durante el período helénico y el tardo-púnico (Salvi 2013: 1101).

En la mayoría de ocasiones –TT.25, 31, 53 y 112– los infantiles fueron inhumados de forma individual en fosas excavadas, a poca profundidad, en el terreno. Si se compara con lo observado en los hipogeos y en los *enchytrismoí*, llama la atención la escasez de elementos de ajuar en estas sepulturas. De hecho, solamente el niño o niña inhumado en la T.25 fue acompañado por dos ungüentarios fusiformes, que pudieron ser utilizados para ungir el cadáver del difunto de forma previa a su sepelio (Salvi 1998: 29; 2000b: 70-71). Asimismo, las joyas y los amuletos u otros objetos que pudieron ser utilizados para adornar los cuerpos de los pequeños –como las conchas– solo han sido hallados en la T.25 y en la T.112 (Salvi 2001: 249). En la primera, junto al cuerpo de un *bambino*, se localizaron una gran cuenta de collar en pasta vítrea azul celeste con decoración oculada, una *Cypraea* agujereada y un anillo en bronce, que debieron formar parte de los ornamentos que adornaban el pequeño cadáver en el momento de su entierro. Asimismo, en el interior de la sepultura, a los pies del cuerpo, se documentó

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Biblio.
1	T.242 2003 Lotto 7	Ad. F	IF	-	-	-	III	Salvi <i>et al.</i> 2016
		Feto (34 semanas gestacionales)						
2	T.25 1997 Mappale 187	Bambino	IF	2 Ungüent.	Anillo Br cc pv	Cypraea Moneda	III-II	Salvi 1998; 2000b
3	T.173 2003 Lotto 7	Ad. F	IF	3 Ungüent. Copa bn Copa	-	Moneda Valva mejillón	III-II	Salvi <i>et al.</i> 2016
		Feto (36 semanas gestacionales)						
		Inf. (<1a)						
4	T.31	Bambino	IF	-	-	-	No det.	Salvi 2000b
5	T.112 1999	Inf. (>6-7a)	IF	-	Amuletos No det. cc	Moneda	No det.	Salvi 2001

Tab. 7.27. Tuvixeddu. Inhumaciones infantiles en fosas (ss. III-II a.C.).

una moneda (Salvi 1998: 29; Salvi 2000b: 70-71). En la segunda, la T.112, fue inhumado un infantil, que falleció alrededor de los seis o siete años, y que en el momento de su entierro debió ser inhumado con un collar, tal y como parece desprenderse de la presencia de algunos amuletos y cuentas, que se localizaron entre sus costillas (Salvi 2001: 249).

Frente a las fosas en que las niñas y niños fueron inhumados de forma individual, en dos sepulturas –T.242 y T.173– se han documentado los restos óseos de mujeres adultas enterradas junto a individuos fetales. En la primera de ellas, datada por la secuencia estratigráfica en el s. III a.C., en una fosa de pequeñas dimensiones fue depositada una mujer en posición decúbito supino. El pequeño tamaño de la fosa hizo que el cuerpo de la difunta tuviera que ser forzado para poder ser introducido en su interior, tal y como refleja la posición sobreelevada en la que se documentó el cráneo (Salvi *et al.* 2016: 350; 354-355). A la altura de la pelvis y en una posición transversal, se halló el esqueleto de un individuo fetal, parcialmente completo, que falleció con una edad estimada en torno a las 34 semanas gestacionales (fig. 7.40, b). Por tanto, si se tiene en cuenta la edad y la posición transversal del individuo fetal, es probable que la muerte de la mujer y de la criatura se diera por algún problema surgido en un momento bastante avanzado de la gestación o como consecuencia de un parto prematuro. Es interesante señalar que, en el interior de la sepultura, no se halló ningún elemento de ajuar que

podiera hacer alusión a la madre o al bebé que nunca llegó a nacer. Asimismo, la posición forzada en la que se colocó el cuerpo de la mujer parece reflejar que este enterramiento se hizo de una forma “rápida” y/o poco cuidadosa (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 64).

La T.173 proporcionó los restos óseos de una mujer adulta, con una edad comprendida entre los 25-30 años, junto a los relativos a dos individuos no-adultos. Como en el caso anterior, sobre la pelvis del sujeto femenino se documentaron los restos de un individuo fetal, incompleto y mal conservado, que falleció con una edad estimada en torno a las 36 semanas gestacionales (fig. 7.41, b). De este modo, esta sepultura también parece corresponderse con la de una madre y un hijo que pudieron fallecer durante un parto prematuro. La T.173 es especialmente interesante, ya que las evidencias documentadas parecen demostrar que el cadáver de la mujer recibió un tratamiento funerario especial. Junto a la difunta se colocaron dos copas, que pudieron albergar las ofrendas alimentarias. Asimismo, también se depositaron tres ungüentarios, que pudieron contener los aceites usados para limpiar y purificar el cadáver. Uno de ellos fue localizado junto a la cabeza de la mujer y los otros dos junto a su pelvis. Es interesante señalar que, precisamente, en esta zona del cuerpo también se apreciaron trazas de combustión, que parecen indicar que, a la altura de donde debió encontrarse el vientre abultado de la madre, se practicó un fuego ritual. Además, sobre la pelvis también fue colocada una gran piedra (Salvi *et al.* 2016).



Fig. 7.40. Tuvixeddu. T.242, inhumación de una mujer que posiblemente falleció durante el parto. a) Imagen en la que puede apreciarse la posición forzada del cráneo de la mujer; b) Individuo fetal que falleció en torno a las 34 semanas gestacionales (Fotografías: cortesía de Donatella Salvi).



Fig. 7.41. Tuvixeddu. T.173, inhumación de una mujer que posiblemente falleció durante el parto. a) Imagen en la que puede apreciarse el cadáver de la mujer junto a los diferentes elementos de ajuar; b) Individuo fetal que falleció en torno a las 36 semanas gestacionales (Fotografías: cortesía de Donatella Salvi).

La colocación de piedras sobre los muertos o en partes significativas de sus cuerpos, de forma previa al cierre de la tumba, constituye un gesto ritual que se ha registrado en otras necrópolis púnicas, como Monte Sirai, donde esta práctica se ha interpretado como un intento de contener los espíritus de los difuntos dentro de las tumbas para evitar que molestasen a los vivos (Bartoloni 2000). Este gesto ritual pudo estar asociado a las “malas” muertes o a las especialmente “impuras”, que se daban en momentos liminales, entre las que podrían encontrarse las que se producían durante el parto (Delgado y Rivera-Hernández

2018: 63). En esta sepultura, aparte de la mujer y el individuo prenatal, también fue inhumado un lactante que falleció entre los tres y los cinco meses de edad (Salvi *et al.* 2016: 354). La presencia de este último individuo, que murió de forma temprana, parece demostrar que en Tuvixeddu también se dio la práctica de inhumar a las mujeres, que fallecieron durante el parto o en un momento avanzado de la gestación, junto a niñas y niños que murieron a muy temprana edad, costumbre que también fue practicada en otros centros estudiados en este trabajo como Mozia y Monte Sirai.

7.2.8. LAS NECRÓPOLIS RURALES DEL CAMPIDANO

Tras la conquista cartaginesa de Cerdeña, la región del Campidano fue ocupada por personas de ascendencia norteafricana, que se asentaron sobre poblados nurágicos preexistentes o fundaron asentamientos *ex novo* con el fin de explotar los fértiles suelos del área. Reflejo de la existencia de estos asentamientos son las necrópolis rurales que conocemos en la actualidad, entre las que destacan las de San Sperate, Su Fraigu, Monte Luna y Villamar (Pompianu 2017c: 263-267). De estos cementerios, los mejor conocidos son los de Su Fraigu y Villamar, mientras que de las áreas funerarias de Monte Luna y San Sperate solamente contamos con algunas publicaciones de carácter preliminar (Costa 1980; 1983a; 1983b; 1983c; Ugas 1993). Esta circunstancia ha motivado que apenas tengamos información sobre las tumbas de los individuos no-adultos de estos dos últimos cementerios, lo que ha llevado a agrupar el estudio de ambos centros en el presente trabajo.

7.2.8.1. MONTE LUNA Y SAN SPERATE

La necrópolis de Monte Luna, ubicada a unos tres km del municipio actual de Senorbì, fue el área funeraria principal de un asentamiento localizado en la localidad de Santu Teru. Entre finales de los años 70 y comienzos de los 80 del s. XX, se desarrollaron cinco campañas arqueológicas en las que se exploraron más de 100 sepulturas. La mayoría de ellas habían sido expoliadas con anterioridad, por lo que en muchos casos no se conservaban ni los restos óseos de los difuntos ni los ajuares a ellos asociados (Costa 1980: 265; 1983b: 24; 1983c: 226). Pese a la fragmentariedad de la documentación, los materiales hallados en algunas de las tumbas han permitido datar el uso de este cementerio entre los ss. V y IV a.C. Durante este período, el ritual funerario practicado fue el de la inhumación, siendo la mayoría de los difuntos enterrados en hipogeos, cuya arquitectura presenta unas características muy similares a las tumbas de cámara de Tuvixeddu (Costa 1980: 266; 1983b: 31). Aparte de los

hipogeos, también fue habitual el uso de fosas simples excavadas en el terreno y de tumbas *a cassone* (Costa 1983b: 32).

Aunque las publicaciones no hacen referencia a la naturaleza de los restos óseos localizados en los hipogeos ni en las fosas, sí señalan que en este cementerio se realizaron numerosos enterramientos en *enchytrismoi* que pudieron pertenecer a niñas y niños: *Numerose, infine, le deposizioni in fosse terragne e le sepolture a enchytrismos molto superficiali, che hanno subito le stesse devastazioni delle tombe a cassone (...)* (Costa 1983b: 30). En el momento de su hallazgo, por tanto, este tipo de tumbas se localizaron en muy mal estado de conservación, no aportando los datos publicados más información sobre las mismas. Junto a estas inhumaciones en ánforas, también fue localizada una tumba *a cassone* –T.83– cuyo exiguo tamaño y el hallazgo en su interior de algunos restos óseos de pequeñas dimensiones han llevado a proponer que pudo tratarse de la sepultura perteneciente a un neonato (tab. 7.28). En su interior también se localizó un anillo de oro que, según el arqueólogo encargado de la excavación, debió de formar parte del ajuar del bebé aquí inhumado: *Le ridotte dimensioni del sepolcro, contenente solo poche tracce di ossa non combuste e una sottile lamina aurea chiusa ad anello, ci indicano che esso fu utilizzato, dato, anche, il modulo dei reperti ossei, per la deposizione di un neonato* (Costa 1983b: 30).

El asentamiento púnico de San Sperate fue establecido sobre un centro nurágico previo, ubicado a 18 km de Cagliari. Este centro contó con cuatro áreas sepulcrales: Bia de Deximu Beccia, Su Stradoni de Deximu, San Giovanni y Via Nuova (Ugas 1993: 27-29; 54), todas ellas excavadas mediante diversas intervenciones de urgencia, entre la década de 1960 y de 1980. Los resultados de estas actuaciones solamente han sido publicados a modo de noticia y, generalmente, en los informes no se hace referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las tumbas (Ugas 1993). Pese a estos inconvenientes, en el presente trabajo se ha podido localizar la presencia de dos tumbas en las que pudieron ser

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.83 1977-1982	Neonato	ITCas	-	Anillo Au	-	No det.	Costa 1983b

Tab. 7.28. Monte Luna. Inhumación infantil en tumba *a cassone* (cronología no determinable).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Cista n.e.	Probable	ICL	2 biberones	-	-	f. IV-III	Ugas 1993
2	<i>Enchytrismós</i> n.e.	Probable	IE	-	-	-	?	Ugas 1993

 Tab. 7.29. San Sperate, Su Stradoni de Deximu. Probables enterramientos infantiles en cista lítica y en *enchytrismós* (finales del s. IV-III a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.18 1975-76 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
2	T.19 1975-76 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
3	T.20 1975-76 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
4	T.21 1975-76 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
5	T.22 1983; 1986-87 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
6	T.23 1983; 1986-87 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993
7	T.24 1983; 1986-87 S. Giovanni	<i>Bambino</i>	IE	Ánf.com.pún. "a siluro"	-	-	-	?	Ugas 1993

 Tab. 7.30. San Sperate, San Giovanni. *Enchytrismo*i (cronología desconocida).

enterrados individuos de corta edad, en el área de Su Stradoni de Deximu, y otras siete en el sector funerario de San Giovanni.

En el área sepulcral de Su Stradoni de Deximu se excavaron dos sepulturas que pudieron pertenecer a infantiles, aunque en el momento del hallazgo no se conservaban restos óseos en su interior. La primera es una cista lítica, que presentaba una longitud de 0,8 m y una anchura de 0,4 m. Este exiguo tamaño de la tumba, junto al hallazgo de dos vasos biberones en su interior dados entre los ss. IV y III a.C., han llevado a interpretar que en esta pudo ser inhumado un niño o niña de pocos

años de edad (Ugas 1993: 61). Al lado de la cista lítica, fue colocada un ánfora *a sacco* cerrada con piedras, que también pudo contener los restos óseos de una criatura que, probablemente, fue inhumada según la práctica del *enchytrismós* (tab. 7.29).

La necrópolis de San Giovanni fue descubierta en 1966 durante unas obras urbanas realizadas en la red de alcantarillado del municipio de San Sperate. Desde su descubrimiento hasta 1986/87, se realizaron cuatro intervenciones en las que se excavaron 30 sepulturas, entre las que destacan algunos sarcófagos, tumbas *a cassone* y cistas líticas (Bartoloni 1967; Ugas 1993: 64-66).

En esta área funeraria, cuyo uso se ha datado entre los ss. V y III a.C., también se excavaron siete tumbas de *enchytrismo* que, en el momento del hallazgo, aún conservaban los restos óseos de los pequeños difuntos en su interior: *Quattro bambini furono inumati entro altrettanti anforoni a siluro* (Ugas 1993: 63); *Tre, del tipo enchytrismós, ospitavano altrettanti bambini* (Ugas 1993: 65). Aunque no hay estimaciones de edad sobre los niños y niñas inhumados, el hecho de que los arqueólogos siempre se refieran a ellos como *bambini* permite suponer que, del mismo modo que ocurrió en otros centros de la isla, en San Sperate este tipo de tumbas estaba principalmente destinado a inhumar a individuos que fallecieron en edad infantil (tab. 7.30).

7.2.8.2. SU FRAIGU

La necrópolis de Su Fraigu se localiza en el actual municipio de Serramanna, aproximadamente a 30 km al noroeste de Cagliari (fig. 7.42). En la actualidad, se desconoce el centro al que perteneció el área funeraria, sin embargo, la presencia de una notable concentración de material cerámico y constructivo, al oeste del cementerio, ha llevado a hipotetizar que el asentamiento debió ubicarse en esta zona (Cossu y Garau 2003a: 17; 2003b: 11). En Su Fraigu se efectuaron diversas campañas arqueológicas, entre 1988 y 1999, durante las que se excavaron 62 tumbas que pueden datarse entre el período púnico –s.V a.C.– y el

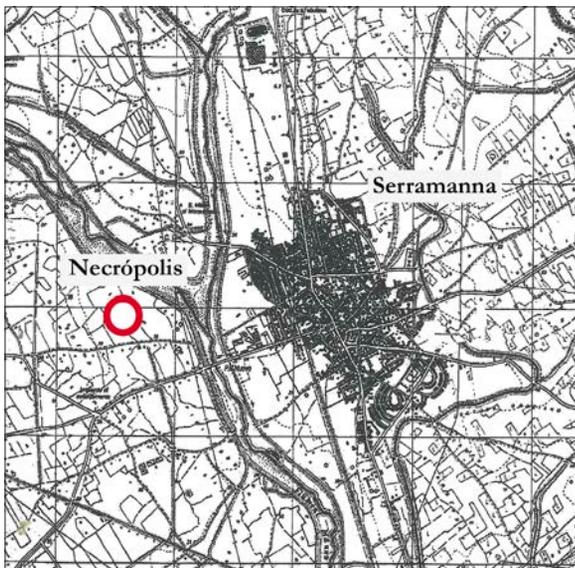


Fig. 7.42. Su Fraigu. Planimetría con la ubicación de la necrópolis (a partir de Cossu y Garau 2003a: tav.1).

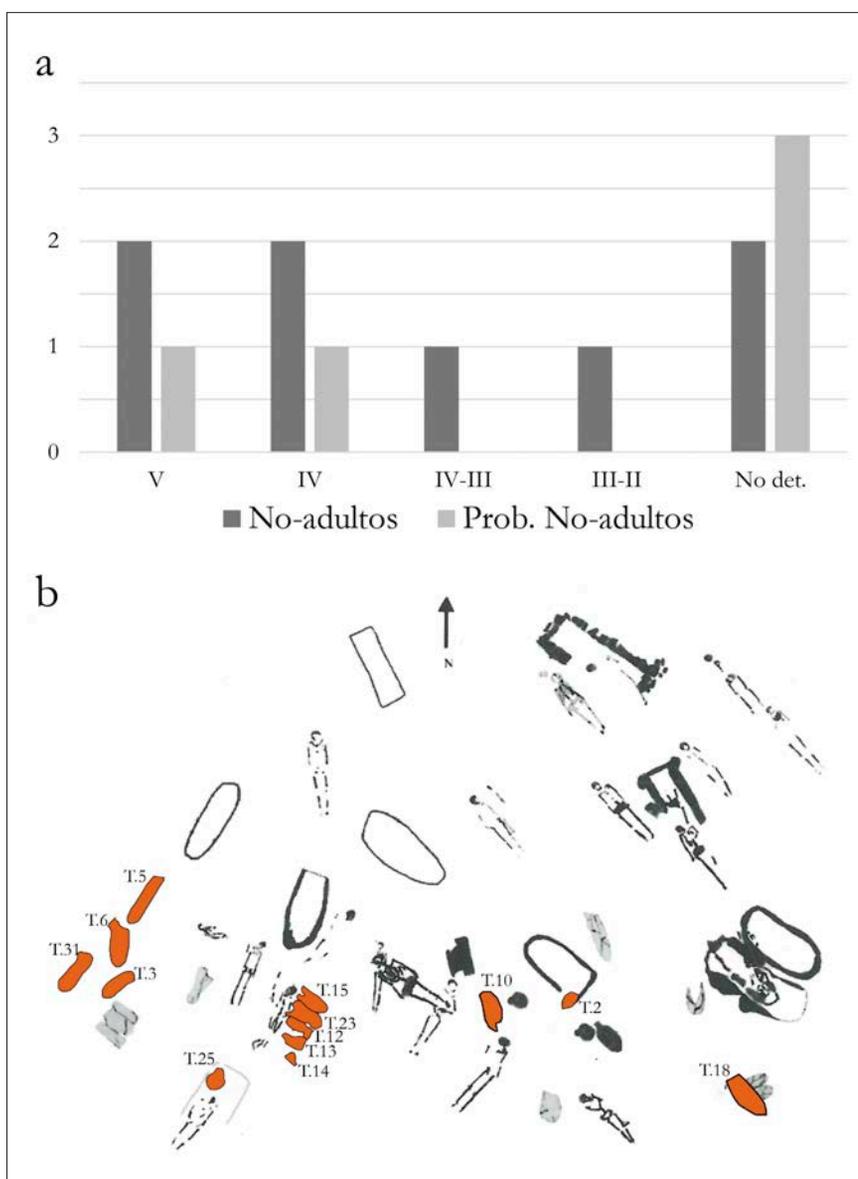
romano imperial –s.III d.C.– (Cossu y Garau 2003b: 11). Pese al largo período de vida del cementerio, la documentación disponible, hasta el momento, parece indicar que durante la época púnica este fue un sector funerario destinado, de forma casi exclusiva, a enterrar a individuos que fallecieron durante el período infantil (Cossu y Garau 2003a: 27-28).

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

Para la fase de utilización púnica de la necrópolis, ss. V-III/II a.C., se han documentado un total de 15 sepulturas. De estas, ocho pertenecieron a individuos *in età infantile* (Cossu y Garau 2003a: 17), cuyos restos óseos cremados o inhumados se depositaron en el interior de recipientes anfóricos –TT.2, 5, 6, 10, 14, 31, 18, 25–, mientras que otras cinco se corresponden con probables *enchytrismo* –TT.12, 13, 15, 23, 32– en cuyo interior no se han conservado los pequeños cadáveres (Cossu y Garau 2003a: 17-20). En las dos tumbas restantes fueron enterrados un individuo cuya edad y sexo no se han podido determinar –T.19– y una mujer –T.40– (Floris y Pala 2003: 33-35). Por tanto, estos datos reflejan que durante la fase de uso púnica esta constituyó un área funeraria destinada, principalmente, al enterramiento de niñas y niños que recibieron sepultura en el interior de recipientes anfóricos.

Otro aspecto interesante es que el análisis de la distribución cronológica de los enterramientos de los individuos infantiles refleja que estos fueron enterrados en el cementerio desde su primera fase de uso –s. V a.C.–, hasta los ss. III-II a.C. (fig. 7.43, a). Por el contrario, la única sepultura que, con seguridad, perteneció a una mujer adulta –T. 40– ha sido datada en el periodo tardo púnico, entre el 190-180 a.C. (Tronchetti 2003: 24). De este modo, la cronología de las diferentes tumbas documentadas permite plantear que, durante los ss. V y III a.C., el uso de la necrópolis, o al menos un sector de la misma, pudo estar restringido a la deposición de individuos de corta edad, cuyos enterramientos se concentraron, principalmente, en la parte meridional del área funeraria (fig. 7.43, b) (Cossu y Garau 2003a: 27). Esta concentración de sepulturas infantiles en ánforas puede compararse con la situación observada en el cementerio siciliano de Mozia donde, como se ha visto, existió un sector que estaba, principalmente, destinado a inhumar a los niños y niñas según el rito del *enchytrismós*.

Fig. 7.43. Su Fraigu. Representatividad de los individuos no-adultos. a) Distribución cronológica; b) Distribución espacial (a partir de Cossu y Garau 2003a: tav. II).



Por último, y en relación con el ritual utilizado para enterrar a los más pequeños en el cementerio de Su Fraigu, cabe señalar que la mayoría de infantiles fueron inhumados en el interior de los recipientes anfóricos (75%), mientras que solamente en dos casos fueron cremados siendo, posteriormente, sus restos óseos depositados en el interior de las ánforas.

b) Las inhumaciones en ánforas (ss. V-III/II a.C.)

La mayoría de niños y niñas enterrados en la necrópolis de Su Fraigu fueron inhumados en recipientes anfóricos, tal

y como refleja la presencia de seis vasos, en cuyo interior, se han documentado restos óseos inmaduros y de cinco ánforas, que pudieron contener los pequeños cuerpos de individuos infantiles (tab. 7.31). De este cementerio no se han publicado estimaciones de edad, que permitan observar si este tipo de tumbas estaba destinado a un grupo de edad determinado, no obstante, las arqueólogas responsables del estudio del cementerio han sugerido que *data l'esiguità o, in certi casi, l'assenza di resti ossei, le sepolture sono refribili quasi esclusivamente a bambini di età inferiore ai cinque anni* (Cossu y Garau 2003a: 27; nota 50).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.14 1988-1999	Infantile	IE	Ánf.com.pún. T-1.4.2.2	-	-	-	V	Cossu y Garau 2003a; 2003b
2	T.25 1988-1999	Neonato	IE	Ánf.com.griega Bertucchi 1	-	-	-	V	Cossu y Garau 2003a; 2003b
3	T.13 1988-1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	V	Cossu y Garau 2003a; 2003b
4	T.6 1988-1999	Infantile	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.10	-	-	-	IV	Cossu y Garau 2003a; 2003b
5	T.32 1988-1999	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.10	-	-	-	IV	Cossu y Garau 2003a; 2003b
6	T.5 1988-1999	Infantile	IE	Ánf.com.pún.	2 Jarras	O.udjat	-	f. IV	Cossu y Garau 2003a; 2003b
7	T.31 1988-1999	Infantile	IE	Ánf.com.pún. Bartoloni D10	-	6 cc	-	f. III-II	Cossu y Garau 2003a; 2003b
8	T.10 1988-1999	Infantile	IE	Ánf.com.pún.	-	Brazalete Br	-	No det.	Cossu y Garau 2003a; 2003b
9	T.12 1988-1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Cossu y Garau 2003a; 2003b
10	T.15 1988-1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Cossu y Garau 2003a; 2003b
11	T.23 1988-1999	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Cossu y Garau 2003a; 2003b

Tab. 7.31. Su Fraigu. *Enchytrismo* (ss. V-II a.C.).

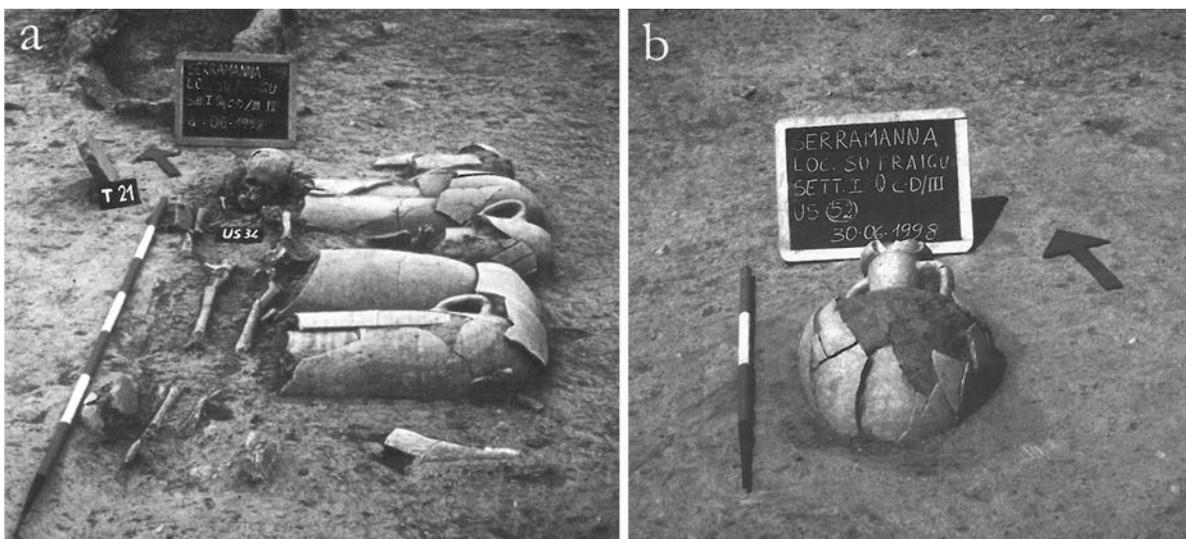


Fig. 7.44. Su Fraigu. *Enchytrismo*. a) Agrupación de ánforas; b) T.25, inhumación en el interior de un ánfora massaliota (a partir de Cossu y Garau 2003a: tav. III, 1; tav. IV).

Del mismo modo que en el resto de necrópolis sardas, en Su Fraigu, para introducir el cuerpo de los niños y niñas en el interior de los recipientes se practicaba un corte en el fondo o en la boca del ánfora (Cossu y Garau 2003a: 17). Frente a la situación observada en Tuvixeddu, donde los *enchytrismo*i en ocasiones fueron colocados en profundas tumbas a pozo, en este cementerio siempre fueron depositados en fosas superficiales. La distribución espacial de estas sepulturas permite observar que, en algunos casos, se localizaron de forma aislada –TT.2, 10, 18 y 25–, mientras que en otros fueron depositadas de forma próxima en el terreno del cementerio, tal y como muestra la agrupación de cinco ánforas –TT.12-15 y 23– que fueron colocadas de forma sucesiva (fig. 7.44, a) (Cossu y Garau 2003a: 27; 2003b: 13-14).

Como era habitual en otros centros púnicos, el tipo de vasos predominantemente utilizados para inhumar a los pequeños difuntos se corresponde con ánforas de tradición púnica. De hecho, en un único caso –T.25– se ha documentado un ánfora masaliota del tipo Bertucchi 1 que *poteva essere destinata a un neonato* (fig. 7.44, b) (Cossu y Garau 2003a: 19). Aparte de presentar un tipo anfórico foráneo, esta sepultura presenta otra peculiaridad que demuestra una mayor inversión temporal en este enterramiento: el contenedor, en lugar de ser depositado en una fosa simplemente excavada en la tierra, fue colocado en una tumba cuyo interior había sido cubierto y delimitado con arcilla (Cossu y Garau 2003a: 19).

El 50% de los niños y niñas inhumados en las ánforas fueron acompañados por elementos de ajuar (fig. 7.45). Entre estos destacan las joyas, como los brazaletes, así como los amuletos y las cuentas de pasta vítrea, que pudieron formar parte de collares y pulseras. Este tipo de objetos, en todos los casos, fueron hallados en el interior de las ánforas, lo que permite suponer que pudieron adornar los cadáveres de las criaturas en el momento de su enterramiento. Aparte de estos ornamentos, acompañando al infantil de la T.5,

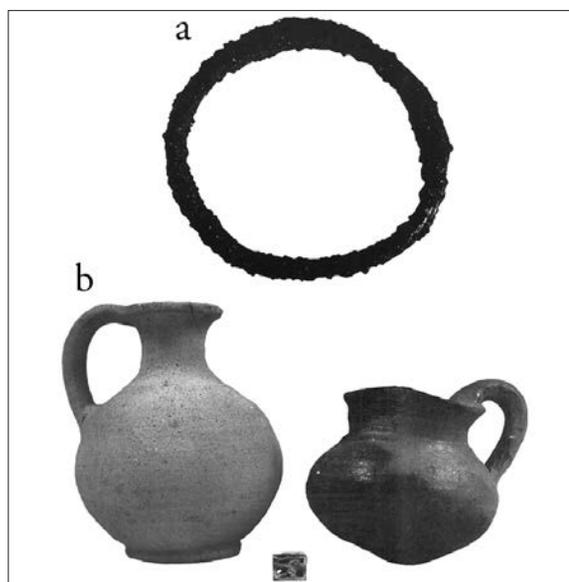


Fig. 7.45. Su Fraigu. Ajuares de las tumbas en *enchytrismo*. a) Brazaletes de bronce con que fue inhumado el individuo infantil de la T.5; b) Jarras y amuleto que acompañaron al infantil de la T.10 (a partir de Cossu y Garau 2003a: tav. V, 1; tav. V, 2).

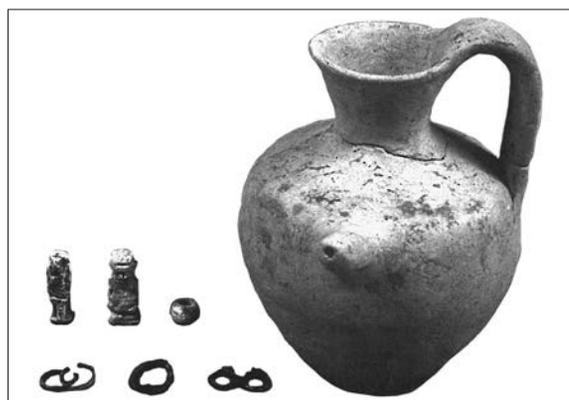


Fig. 7.46. Su Fraigu. Ajuar de la T.18 (a partir de Cossu y Garau 2003a: tav. VI, 2).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contened.	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.18 1988-1999	Infantile	CSU	Ánf.com.pún.	Biberón	Ptha Pateco Horus 2 Aretes Br Anillo Br	-	f.IV- i.III	Cossu y Garau 2003a; 2003b
2	T.2 1988-1999	Infantile	CSU	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Cossu y Garau 2003a; 2003b

Tab. 7.32. Su Fraigu. Cremaciones secundarias infantiles en urnas (finales del s. IV-inicios del III a.C.).

también fueron colocadas dos jarras, que pudieron contener los alimentos o bebidas destinadas al pequeño difunto o ser utilizadas para realizar libaciones durante el desarrollo del funeral (fig. 7.45, b) (Cossu y Garau 2003a: 17-18).

c) Las cremaciones secundarias en ánforas (finales del s. IV-inicios del s. III a.C.)

Del mismo modo que ocurrió en el cementerio de Monte Sirai, en Su Fraigu una minoría de individuos infantiles, que recibieron sepultura en el interior de las ánforas, fueron incinerados según la variable de la cremación secundaria (tab. 7.32). En este centro, este rito convivió con el de la inhumación, tal y como demuestra la cronología de la T.18, que ha sido datada entre finales del s. IV e inicios del s. III a.C. (Cossu y Garau 2003a: 20; 26). En esta sepultura, en el interior del ánfora y entre las cenizas del infante, se halló un vaso-biberón, que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas al pequeño difunto. Asimismo, entre los restos óseos también se documentaron dos amuletos en pasta de talco – Ptah Pateco y Horus–, una cuenta de collar, dos aretes y tres anillos en bronce, que debieron constituir las joyas y los ornamentos con los que el cadáver del niño o niña pudo ser adornado de forma previa a su quema en la pira (fig. 7.46) (Cossu y Garau 2003a: 20; tav. VI, 2).

7.2.8.3. VILLAMAR

El asentamiento de Villamar fue fundado, hacia mediados del s. IV a.C., en la región de la Baja Marmilla. Actualmente, apenas tenemos información sobre el hábitat de época púnica: solo se sabe que este fue establecido

sobre un centro indígena precedente, localizado en el casco antiguo del actual municipio. Por tanto, la mayor parte de documentación sobre este sitio proviene de su necrópolis, que fue ubicada al oeste del núcleo urbano en una zona caracterizada por afloramientos rocosos de arenisca (fig. 7.47) (Pompianu 2017a: 2; 2017b: 321; 2019a: 99; Pompianu y Murgia 2017: 457-458).

Los primeros trabajos arqueológicos realizados en el cementerio se dieron en la década de 1980, como consecuencia del hallazgo de un hipogeo durante la realización de unas obras urbanas (Paderi *et al.* 1993: 123-125). No obstante, no fue hasta 1991-1992 cuando se desarrollaron las primeras excavaciones extensivas en el área funeraria, cuyos resultados solamente han sido parcialmente publicados (Paderi *et al.* 1993). Tras más de veinte años de inactividad arqueológica, los trabajos fueron reemprendidos en 2013 y continúan desarrollándose hasta la actualidad. Estas últimas campañas de excavación primero fueron dirigidas por Piero Bartoloni y, actualmente, se desarrollan bajo la dirección de Elisa Pompianu (Bartoloni y Pompianu 2014; Pompianu y Murgia 2017: 456; Pompianu 2020: 1158).

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

La necrópolis de Villamar estuvo en funcionamiento desde la segunda mitad del s. IV a.C. hasta el comienzo de la dominación romana de Cerdeña (Pompianu 2019a). Como sucedió en el resto de cementerios sardos, el ritual predominantemente utilizado durante el período púnico fue el de la inhumación, aunque a partir de mediados/finales del s. III a.C., algunos difuntos recibieron sepultura según el rito de la cremación secundaria (Pompianu 2019a).

a) El ritual de la inhumación (mediados s. IV-II a.C.)

Para inhumar a los difuntos en el cementerio de Villamar se utilizaron una gran variedad de tumbas. Entre estas destacan los hipogeos que, desde un punto de vista arquitectónico, presentan unos rasgos muy similares a los de los cementerios sardos de Tuvixeddu, Nora y Monte Luna. Este tipo de sepulturas se caracterizaron por estar dotadas de un pozo de acceso vertical, de unos dos metros de profundidad, y por la presencia de una única habitación sepulcral que, generalmente, se utilizó para realizar deposiciones colectivas (Pompianu 2017b: 321; 2020: 1161).

Aparte de las cámaras hipogeicas, en Villamar también fue común el uso de las tumbas a pozo. Estas fueron cuidadosamente talladas en la roca y excavadas a la misma

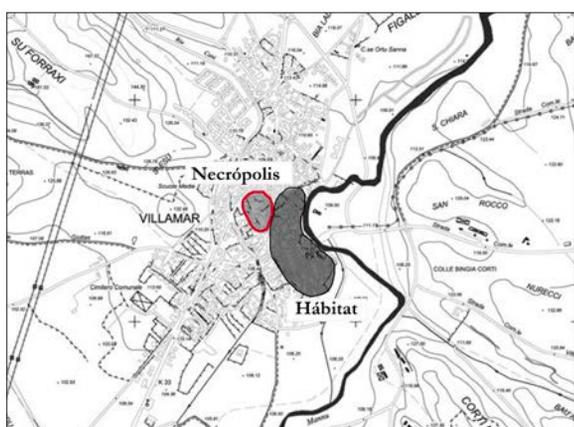


Fig. 7.47. Villamar. Planimetría con la ubicación de la necrópolis y del hábitat (a partir de Pompianu 2017b: fig.1).

profundidad que los pozos de acceso de los hipogeos. Junto a estas sepulturas, que constituyeron los tipos sepulcrales más complejos, destaca la presencia de fosas simples excavadas en la tierra o en la roca. Estas, en ocasiones, fueron forradas con losas en su parte interna, formando tumbas *a cassone*, análogas a las de las necrópolis rurales de San Sperate y Monte Luna. Cabe añadir que en el cementerio villamarensis, aunque con menos frecuencia, también fueron utilizados otros tipos de sepulturas, como las cistas líticas y las tumbas *alla capuccina* (Paderi *et al.* 1993: 126-129; Pompianu 2015: 1796; 2017a: 5-6; 2017b: 321; Pompianu y Murgia 2017: 463; Pompianu 2019a: 99).

b) El ritual de la incineración (mediados/finales del s. III-comienzos del s. II a.C.)

Pese a que el ritual de la inhumación fue el mayoritariamente utilizado, durante el período helenístico en Villamar también se practicaba el ritual de la cremación secundaria. Tras la cremación del cadáver, los restos óseos eran introducidos en urnas cerámicas –principalmente ánforas de mesa– que eran tapadas con arcilla cruda y/o algún vaso cerámico y, posteriormente, depositadas en las cámaras hipogeicas, en las tumbas a pozo o en las fosas (Pompianu 2019a).

Entre los diferentes objetos que acompañaron a los difuntos de Villamar destacan los vasos cerámicos relacionados con el servicio y consumo de comidas y bebidas. Entre estos fueron comunes las jarras, las ánforas de mesa, los platos y las copas de tradición púnica. Sin embargo, también fueron habituales las importaciones áticas, como los platos de pescado, y las etruscas, entre las que destacan los *askói*, las copas y las páteras. Junto a estos vasos vinculados a la esfera de la comensalidad, se dio la presencia de otra serie de recipientes cerámicos, que pueden relacionarse con el cuidado del cuerpo, como los unguentarios (Pompianu 2017a: 11, 2017b: 322-323). Aparte de vasos cerámicos, en una minoría de sepulturas, junto a los cadáveres se han documentado otro tipo de elementos como los estrígilos y las cuentas de collar, algunos amuletos y joyas, siendo sobre todo habitual la presencia de monedas, que solían colocarse a la altura del pecho de los difuntos (Pompianu 2017a: 11).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

Los resultados de las excavaciones realizadas en la necrópolis de Villamar, desde los años 80 hasta la actualidad, han demostrado que en este cementerio un elevado número de individuos no-adultos fueron enterrados en la

necrópolis comunitaria, compartiendo el espacio funerario con sus mayores. Es interesante señalar que esta elevada representatividad de sujetos inmaduros se ha podido observar, sobre todo, gracias a los resultados obtenidos en las campañas de excavación desarrolladas desde 2013, cuando en este cementerio se introdujo la realización de análisis antropológicos de forma sistemática (Pompianu 2017a; 2017b; Pompianu y Murgia 2017; Pompianu 2020; 2022; ep; Guirguis *et al.* 2018).

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

Partiendo de los datos publicados hasta el momento, en este trabajo ha sido posible localizar la presencia de 13 sepulturas en las que fueron enterrados 41 individuos inmaduros y de 24 tumbas, cuyas características parecen indicar que pertenecieron a sujetos de corta edad. Estas últimas se corresponden, en su mayoría, con probables enterramientos en ánforas, aunque también se han documentado dos fosas en cuyo interior no se conservaban restos esqueléticos. No obstante, su pequeño tamaño y un biberón, como ajuar, permiten pensar que pudieron pertenecer a criaturas que fallecieron de forma prematura.

Los estudios antropológicos realizados en este cementerio por Clizia Murgia han demostrado que los individuos infantiles (0-12 años) representan el 38 % y los juveniles (13-20 años) el 2,3% (Murgia 2023, citado en Pompianu ep). Por tanto, el conjunto de no-adultos ascendería al 40,3% del total de la población documentada en la necrópolis. Del mismo modo que ocurrió en otros centros estudiados en este trabajo, como Mozia y Palermo en Sicilia y Monte Sirai en Cerdeña, en Villamar la incidencia de la mortalidad infantil era especialmente elevada durante el periodo gestacional y los primeros meses de vida de los pequeños, tal y como demuestra la presencia de 26 criaturas que fallecieron en edad perinatal (0-3 meses) y que suponen el 52% de los individuos no-adultos. Asimismo, las tasas de mortalidad siguieron siendo muy elevadas durante los seis primeros años (36%), no dándose un descenso de las mismas (12%) hasta que los individuos superaban los siete años de edad (Murgia 2023, citado en Pompianu ep). De este modo, la ratio de mortalidad de Villamar es similar a la obtenida en otros cementerios, como Palermo, donde la incidencia de la mortandad infantil también era especialmente elevada durante el período perinatal y los primeros años de vida, descendiendo solamente a partir de los siete años de edad (Spatafora *et al.* 2019: 96-97).

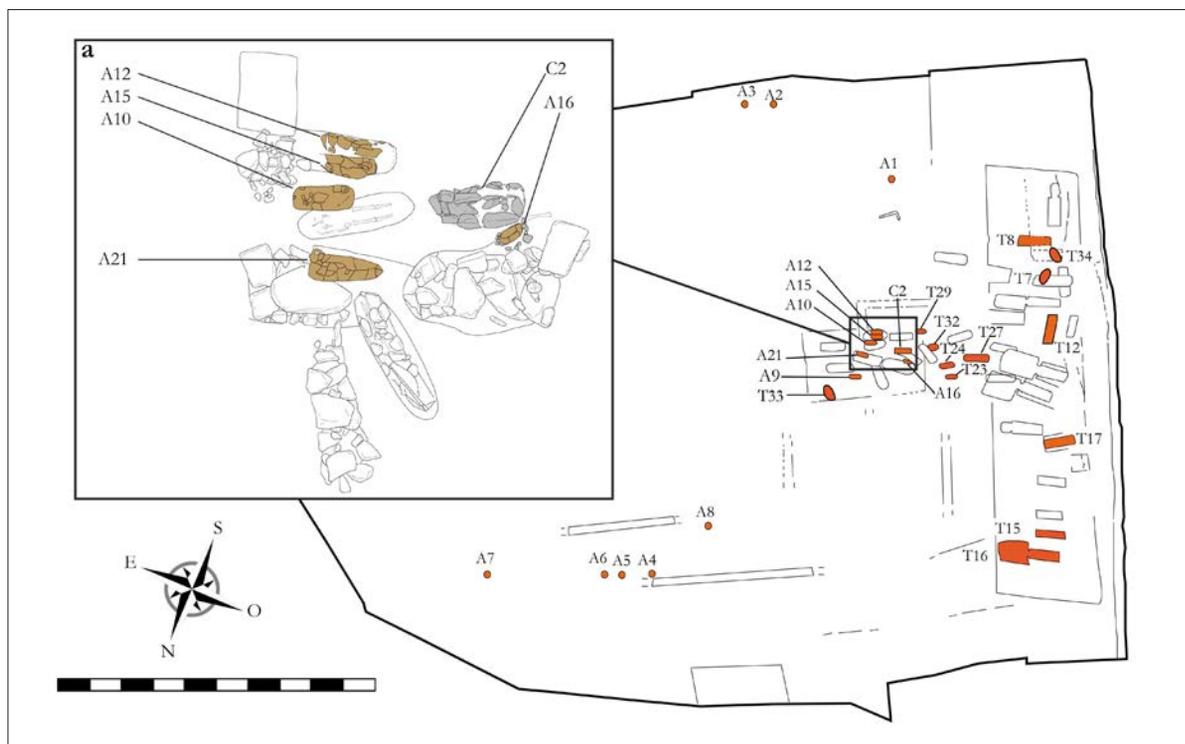


Fig. 7.48. Villamar. Planimetría con los enterramientos de los individuos no-adultos (con un círculo los probables enterramientos en ánforas). a) Detalle del sector A1, donde puede observarse la superposición de los *enchytrismoi* a otras sepulturas (a partir de Paderi *et al.* 1993: tavs. IV y VI; Pompianu y Murgia 2017: fig. 3; Guirguis *et al.* 2018; Pompianu ep).

Otro aspecto que parece reflejar que en esta comunidad no existían rígidas normas que regularan el acceso al espacio funerario, en función de la edad de los difuntos/as, es la distribución espacial de las sepulturas de los individuos no-adultos. Estas fueron ubicadas por toda el área funeraria, sin poder distinguirse espacios concretos o sectores destinados a enterrar a los niños y niñas que fallecían con menor edad (fig. 7.48; véase Pompianu ep: fig. 1). Además, otra característica que demuestra que los pequeños/as estaban aceptados en la comunidad de los difuntos es el modo en que se trataban sus cadáveres, pues estos, generalmente, recibieron sepultura según el rito de la inhumación, que fue el predominantemente utilizado en esta necrópolis durante el período púnico. De hecho, hasta la fecha, solo se ha documentado una incineración infantil que fue depositada en la cámara del hipogeo T.17, perteneciente a un niño o niña que falleció antes de alcanzar los seis años de vida (Pompianu ep). Debido a que este contexto, actualmente, continúa en fase de estudio, en el presente trabajo solo se analizarán las inhumaciones.

b) Las inhumaciones (mediados del s. IV-ss. III/II a.C.)

En el cementerio de Villamar para enterrar a los individuos que fallecieron antes de alcanzar la madurez se utilizaron diferentes tipos de tumbas. La mayoría (70%) recibieron sepultura en el interior de cámaras hipogeicas, sin embargo, otros (15% de los individuos seguros y 8,33% de los probables) fueron enterrados en sepulturas más sencillas como las fosas simples. Asimismo, algunas niñas y niños fueron inhumados según la práctica del *enchytrismoi* (7,5% de los individuos seguros y 91,6% de los probables) y en tipos menos comunes, como las cistas líticas (5%). En el período que se corresponde con el comienzo de la dominación romana en Cerdeña, algunos enterramientos infantiles se realizaron siguiendo las nuevas prácticas funerarias introducidas por las gentes itálicas, tal y como refleja la presencia de una inhumación infantil realizada en una tumba *alla capuccina* (2,5%) (Guirguis *et al.* 2018: tab. 6.3.1).

Tab. 7.33 (página siguiente). Villamar. Inhumaciones en cámaras hipogeicas de individuos no-adultos (segunda mitad del IV-III a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.16 2013-actualidad	0-3m	ICH	*	*	Restos cánidos y ovicápridos	s.m. IV-III	Pompianu 2017a; ep; Pompianu y Murgia 2017; Guirguis <i>et al.</i> 2018
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-3m						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		0-6a						
		7-12a (sep.3)	Ánf.com.pún. 2 Jarras	-				
7-12a	*	*						
13-20a F	*	*						
+ 7 Ad.	*	*						
+ 2 Ad.	CSUCH	*	*					
2	T.8 2013-actualidad	0-6m	ICH	?	?	?	?	Pompianu ep
		0-6a						
		+ 4 Ad.						
		+ 1 Ad.	CSUCH	?	?	?	?	
		+ 3 cremaciones	?	?	?	?		
3	T.12 2013-actualidad	0-3m	ICH	?	?	Restos cánidos y ovicápridos	?	Pompianu 2020; Pompianu ep
		0-3m						
		+ 3 Ad.	?	?				
4	T.17 2013-actualidad	0-3m	ICH	?	?	?	?	Pompianu ep
		0-3m						
		0-3m						
		0-6a	CSUCH	?	?	?	?	
		7-12a	ICH	?	?	?	?	
		6-14a	?	?	?	?		
		+ 4 Ad.	ICH	?	?	?	?	
		+ 4 Ad.	CSUCH	?	?	?	?	

b.1. Las inhumaciones en hipogeos

Del mismo modo que en otras necrópolis sardas, como Tuvixeddu, Othoca y Nora, en Villamar los individuos no-adultos también eran inhumados en cámaras hipogeicas. Muestra de ello es la presencia de 29 sujetos que fallecieron en edad inmadura y recibieron sepultura en cuatro tumbas de este tipo (tab. 7.33). En comparación con otros cementerios, como Tuvixeddu, donde era muy habitual enterrar a las niñas y niños en pequeños hipogeos individuales, en Villamar los pequeños siempre fueron enterrados en cámaras de carácter colectivo. Entre estas destaca, especialmente, la T.16, en la que fueron enterrados 18 infantiles y un juvenil femenino junto a nueve adultos, entre la segunda mitad del s. IV y el s. III a.C. (Pompianu y Murgia 2017: tab.1; Pompianu ep: fig. 4). En relación con la edad de los difuntos, es significativo señalar que en esta tumba fueron inhumadas ocho criaturas que murieron antes de alcanzar los tres meses de edad, ocho infantiles que fallecieron antes de cumplir los seis años de vida, dos niñas o niños de entre siete y doce años y una joven que falleció entre los 13 y los 20 años (fig. 7.49).

Desde un punto de vista arquitectónico este hipogeo no difiere del resto de cámaras sepulcrales de la necrópolis: tenía un pozo de acceso de dos metros de profundidad y una cámara de forma casi cuadrangular. Las dimensiones de la habitación sepulcral –2,4 m de longitud x 1,88 m de anchura y 1 m de altura– permiten suponer que, en un principio, fue concebida para realizar dos deposiciones como máximo. Sin embargo, fue reabierta en varias ocasiones, durante un siglo y medio, para acoger sepulturas de adultos; pero, sobre todo, de individuos infantiles (Pompianu 2017a: 9; 12-13; Pompianu y Murgia 2017: 468-469). En el momento del hallazgo, en el centro de la cámara, se localizó un bloque de arenisca, que había caído del techo afectando a la parte central de la sepultura. Asimismo, la roca en la que el hipogeo fue excavado presentaba varias fracturas que, con el paso del tiempo, habían favorecido la infiltración de humedad, perjudicando la conservación del contexto. A este carente estado de conservación de la sepultura, se debe añadir el hecho de que las sucesivas reutilizaciones motivaron el desplazamiento de los inhumados más antiguos para dejar espacio a los nuevos. Así, esta mecánica de utilización de la tumba, a modo de osario, ha impedido conocer en la mayoría de los casos algunos aspectos, como el orden sucesivo en que se dieron las diferentes deposiciones, durante el periodo de uso de la

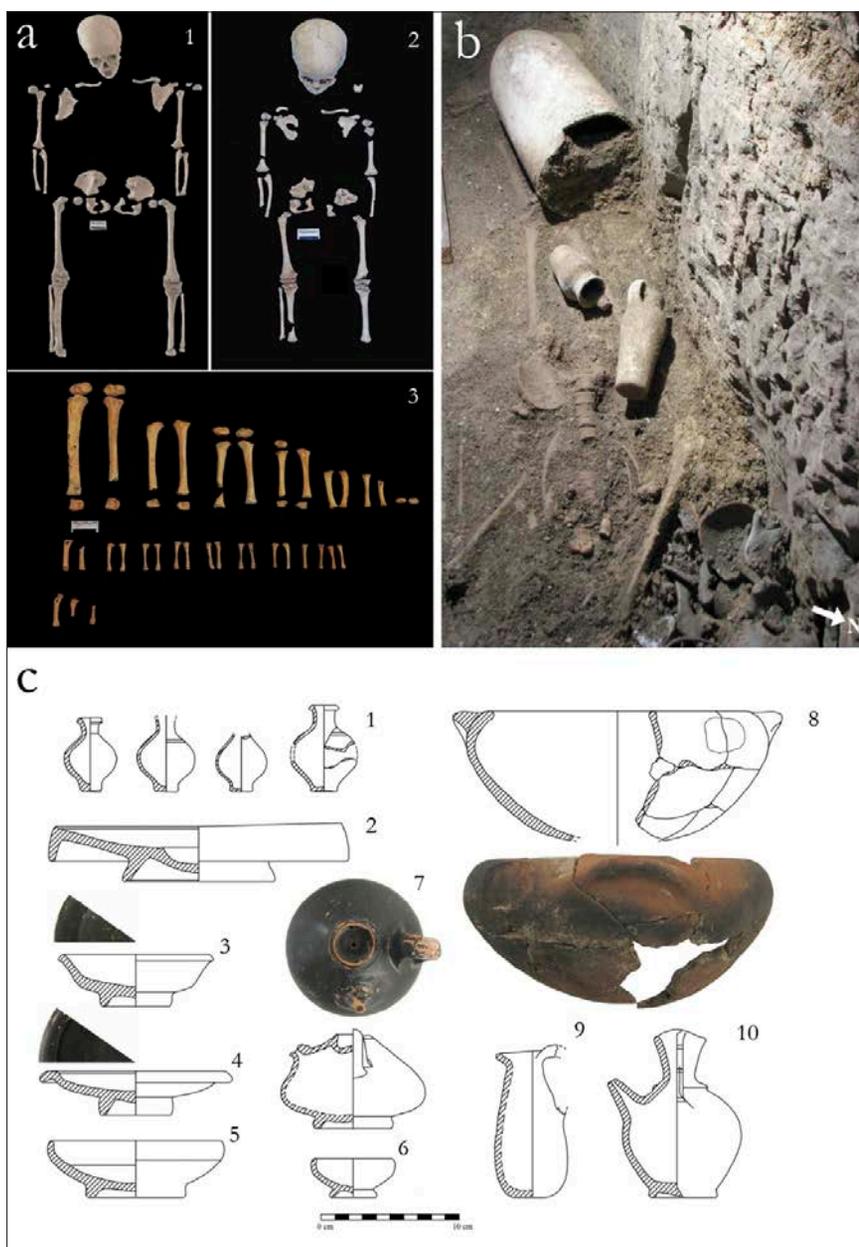
cámara, o la asociación entre los ajuares y las diferentes personas inhumadas en su interior (Pompianu 2017a: nota 40; Pompianu y Murgia 2017: 469-470).

De hecho, de los 26 individuos inhumados solamente dos fueron hallados en posición primaria. Uno de estos –sep.3– se corresponde con un infantil, que falleció con una edad comprendida entre los nueve y los diez años (Pompianu ep). Este fue inhumado junto a la pared izquierda del hipogeo, zona que no fue afectada por las remociones que alteraron el resto de la cámara. Dicha circunstancia ha permitido observar que el niño o niña fue cuidadosamente colocado en posición supina y, sobre sus piernas fue depositada un ánfora comercial cortada transversalmente a la altura de la panza. Asimismo, sobre el pequeño cuerpo se colocaron dos jarras que pudieron servir para realizar libaciones durante el desarrollo de la ceremonia fúnebre (fig. 7.49, b).

Pese a la imposibilidad de asociar a los difuntos con sus ajuares, las diversas materialidades halladas en el hipogeo permiten analizar, de un modo general, las diferentes acciones rituales que se pudieron desarrollar durante las ceremonias funerarias (fig. 7.49, c). Entre los objetos documentados destacan los ungüentarios, que permiten plantear que los aceites contenidos en su interior pudieron ser utilizados bien para ungir los cuerpos de los difuntos bien para mitigar “el olor a muerte”, que debió caracterizar esta sepultura como consecuencia de la descomposición de los cadáveres (Pompianu y Murgia 2017: 472). Junto a estos también fueron predominantes los vasos cerámicos conectados con la esfera de la comensalidad. Entre estos destacan una jarrita y diversas copas y páteras, que podrían relacionarse con el consumo del vino o de otras bebidas y/o comidas en estado líquido o semilíquido. Con los alimentos ofrecidos a los difuntos también podría relacionarse una olla y los restos de un pequeño pez, que fue colocado sobre un plato de pescado ático (Pompianu y Murgia 2017: 474-475). Por último, cabe destacar la presencia de un biberón y un *askós*, vasos que en otras necrópolis sardas, como Othoca, Tuvixeddu, San Sperate y Su Fraigu, estuvieron asociados a los individuos infantiles y que, en Villamar, también aparecieron acompañando adultos femeninos, lo que en el caso de las mujeres podría ser un *richiamo al suo ruolo –reale, mancato o simbolico– nell’ambito del contesto familiare* (Pompianu 2022: 146).

Sin lugar a duda, una de las características más interesantes de la T.16 es la presencia de restos óseos de ovi-cápridos y cánidos entre los inhumados en la sepultura.

Fig. 7.49. Villamar. T.16. a) Restos óseos no-adultos: 1. No-adulto de 8 años \pm 24 meses; 2. No-adulto de 2 años \pm 12 meses; 3. Tibias de individuos no-adultos de diversas edades: de la fase fetal a los 8 años; b) Sep.3. No-adulto 7-12 años. c) Materiales cerámicos hallados en el interior del hipogeo (Fotografías y dibujos: cortesía de Elisa Pompianu).



Los análisis zooarqueológicos realizados sobre estos últimos han permitido observar que pertenecieron a varios perros de mediano tamaño. Asimismo, el estudio zooarqueológico también ha revelado que no presentaban marcas en los huesos que permitan pensar que pudieron estar destinados al consumo cárnico, lo que ha llevado a plantear que, del mismo modo que las personas, los animales también fueron enterrados en el hipogeo (Pompianu 2017a: 12; 2019b: 261). La T.16 no constituye la única

sepultura en Villamar donde se dio la asociación entre criaturas, que fallecieron a corta edad, y animales, tal y como refleja el caso de la T.12. Esta constituye un hipogeo que presentaba una pequeña cámara en cuyo interior se realizaron cinco inhumaciones. El estudio estratigráfico de esta tumba ha demostrado que los primeros inhumados en la cámara fueron dos bebés, que fallecieron con una edad comprendida entre el nacimiento y los tres meses de edad. En este caso, junto a los cuerpos de los

pequeños, también se localizaron restos de ovicápridos y de *canis familiaris*. Como ha señalado Elisa Pompianu a partir de estos datos, en Villamar *non possiamo non ipotizzare l'associazione tra i resti animali (in particolare ovicapriini e cani) con le sepolture infantili riferibili a feti e neonati, nella T. 12 percepibile anche a livello stratigrafico* (2020: 1167).

En ámbito fenicio y púnico la presencia de animales, junto a niñas y niños que murieron a temprana edad, está muy bien atestiguada en los santuarios tofets, donde fue muy habitual que los restos óseos cremados de los pequeños fueran acompañados, generalmente, por ovicaprininos y aves (Xella 2009; D'Andrea 2018a). Por lo que respecta a los perros, cabe señalar que estos animales también han sido documentados con cierta frecuencia en diversos contextos funerarios, tanto orientales como occidentales. Recientemente, Bruno D'Andrea ha propuesto que el *canis familiaris* debió ser, principalmente, utilizado en el desarrollo de rituales destinados a divinidades ctónicas, debido a su valor apotropaico, profiláctico y tutelar (2018b: 202). Este autor también ha sugerido que es posible que este tipo de animales se asociaran con difuntos “especiales”, tanto por su estado como por las circunstancias de la muerte, que requerirían de ritos funerarios particulares (D'Andrea 2018b: 202-203). De este modo, se podría plantear que entre estos muertos “especiales” estuvieran las niñas y niños que fallecieron a muy temprana edad, como los fetos y perinatales, que fueron inhumados en las TT.12 y 16 de Villamar (Pompianu 2020: 1167). Esta hipótesis parece estar respaldada por la existencia de otros contextos funerarios fenicios y púnicos del Mediterráneo central en los que también se dio la asociación entre cánidos e individuos que fallecieron a muy corta edad. Entre estos destaca una tumba hipogeica –K/T7– de la necrópolis de Korba, donde fueron enterrados más de 100 fetos junto a una gran cantidad de animales, entre los que se dio la presencia de restos de hienas (Fantar 2002: 45). Asimismo, en la necrópolis de Santa Mónica en Cartago, en el interior del hipogeo nº6 fueron inhumados unos 40 individuos, entre los que destaca la presencia de niños, jóvenes y dos ancianos, que recibieron sepultura junto a varios animales. Entre estos destacan siete *canis familiaris*, un cráneo de *sus scrofa* y una mandíbula de *ovis /capra*, una enorme vértebra, que debió pertenecer a un cetáceo, y otro hueso de un gran animal marino (Delattre 1905: 29; fig. 61, citado en D'Andrea 2018b: 201).

Todos estos casos reflejan que la costumbre de enterrar a niños muy jóvenes –principalmente fetos y perinatales– junto a cánidos y otro tipo de animales estuvo relativamente extendida en las necrópolis de diversos centros púnicos del Mediterráneo centro occidental. Como se ha visto en el capítulo 2 del presente trabajo, la práctica de inhumar a criaturas muy pequeñas junto a restos de perros también fue muy común en algunos ámbitos culturales mediterráneos coetáneos al fenicio y púnico, como el griego, tal y como reflejan los casos de los pozos de Atenas y Messene, donde una gran cantidad de individuos no-adultos fueron enterrados junto a estos animales (Bourbou y Themelis 2010: 112; Liston y Rotroff 2013: 68; Liston *et al.* 2018: 27-32; 40). En ambos contextos, la presencia de perros junto a neonatos y fetos se ha relacionado con la práctica del sacrificio de estos animales, que habrían sido dedicados a divinidades relacionadas con el parto y con el nacimiento. Estos sacrificios, además, habrían tenido la finalidad de purificar a las criaturas enterradas en los pozos, ya que estas debieron constituir un caso particularmente grave de impureza, como consecuencia de la asociación de dos momentos fuertemente impuros: el parto y la muerte (Liston y Rotroff 2013: 68; Liston *et al.* 2018: 27-32; 40).

Del mismo modo que en el mundo griego, en ámbito fenicio y púnico el parto debió ser considerado un momento impuro, probablemente, por constituir un estado liminal entre la vida y la muerte, tanto para la madre como para el niño. Además, la impureza de este evento también podría relacionarse con la abundante presencia de sangre, de dolor y de gritos que caracterizaban este proceso (Oggiano 2012: 231). Esta percepción del parto como un momento impuro y liminal, dentro del registro arqueológico puede percibirse a partir de algunas sepulturas analizadas tanto en este trabajo, como en un estudio previo (Delgado y Rivera-Hernández 2018), que reflejan que la muerte de mujeres y fetos que fallecieron en la fase final del embarazo o, probablemente, durante el parto fueron consideradas anómalas.

Reflejo de ello sería la ubicación de estas tumbas en zonas especiales de las necrópolis, como se ha visto en el caso de la T.277 de Mozia, que fue colocada en un sector destinado exclusivamente al enterramiento de individuos infantiles (Sconzo 2020: 1098-1099) o de la T.316 de Monte Sirai, que se realizó en un espacio reservado al entierro de niños y otras mujeres (Pla Orquín 2014-2015: 146; Piga *et al.* 2015; Guirguis *et al.* 2018: 213). Otra sepultura que parece indicar que, en estas comunidades,

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
1	T.A9 1991-92 2013-actualidad	Probable	IE	Ánf.com.pún.	Plato Jarra	1 cc pv Ptah Pateco	-	u.c.IV- i.III	Paderi <i>et al.</i> 1993; Pompianu 2017a; 2022; ep; Guirguis <i>et al.</i> 2018
2	T.29 2013-actualidad	1-3a	IE	Ánf.com.pún. T-4.1.1.4	-	-	-	IV-II	Guirguis <i>et al.</i> 2018
3	T.34 2013-actualidad	4 ± 1a	IE	Ánf.com.pún. T-4.1.1.4	-	4 Ptah Pateco 3 O. <i>udjat</i> 1 No det. 4cc pv <i>Cypraea</i>	Moneda perf.	IV-II	Pompianu 2022; ep
4	<i>Enchytrismos</i> ID 2 T.7 2013-actualidad	3-4a	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	?	Pompianu 2022
5	A1 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
6	A2 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
7	A3 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
8	A4 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
9	A5 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
10	A6 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
11	A7 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
12	A8 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
13	A10 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	Anillo Ag	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993; Pompianu ep
14	A11 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
15	A12 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	Biberón	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
16	A13 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
17	A14 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
18	A15 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
19	A16 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
20	A17 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
21	A18 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
22	A19 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	2 monedas Br	?	Paderi <i>et al.</i> 1993; Pompianu ep
23	A20 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
24	A21 1991-1992	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	Brazaletes Br	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993
25	T.23 2013-actualidad	Probable	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Paderi <i>et al.</i> 1993

Tab. 7.34 (viene de página anterior). Villamar. *Enchytrismo* (ss. IV-II a.C.).

el parto era considerado un momento especialmente contaminante es la T.173 de Tuvixeddu, en la que a la altura de la pelvis, donde fue hallado un feto con una edad estimada en torno a las 36 semanas gestacionales, se practicó un fuego ritual, que pudo estar destinado a purificar el cadáver de la mujer (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 62). Por tanto, todos estos datos parecen apuntar a que la asociación de individuos que fallecieron entre el período fetal y perinatal con ovicápridos, cánidos y otros animales, podría estar vinculada a la concepción que existía sobre estas criaturas en estas comunidades, que pudieron ser percibidas como seres impuros, liminales e incompletos por haber fallecido como consecuencia de abortos, durante el proceso del parto y/o durante sus primeros meses de vida.

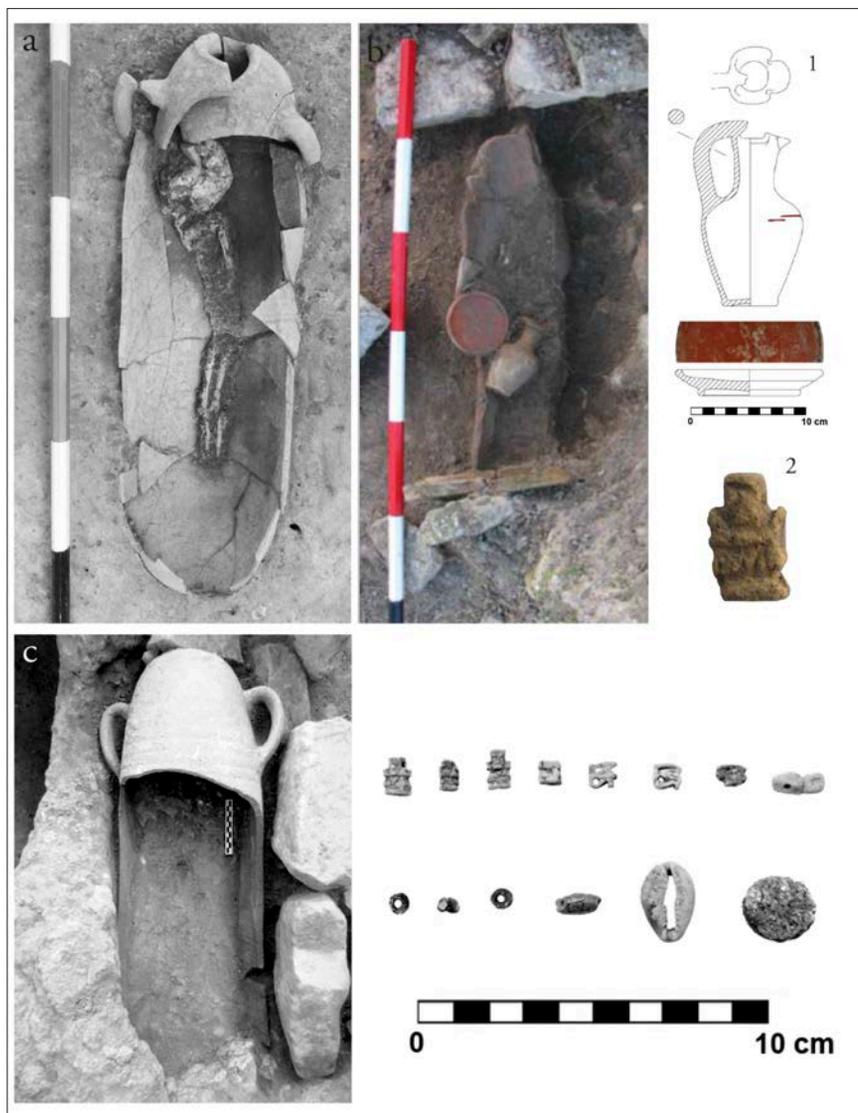
b.2. Las inhumaciones en ánforas

Inhumar a los individuos infantiles en ánforas fue una de las formas más común de dar sepultura a los sujetos de corta edad en la necrópolis de Villamar. Muestra de ello, es la presencia de 22 probables *enchytrismo* y de tres ánforas en las que, con seguridad, fueron inhumados infantiles que fallecieron entre uno y cinco años de edad (tab. 7.34). Desafortunadamente, la información relativa a este tipo de tumbas es bastante fragmentaria, debido a

que la mayoría de ellas fueron documentadas en la campaña de excavación desarrollada a comienzos de los noventa, cuyos datos están publicados de forma preliminar. Durante estos trabajos arqueológicos, se localizaron 21 ánforas –A1-A21– en las que, probablemente, se realizaron inhumaciones infantiles. De estos contextos, las publicaciones únicamente ofrecen una descripción general, situando algunas de las ánforas en la planimetría del sector excavado (Paderi *et al.* 1993).

El análisis de la distribución espacial de este tipo de sepulturas permite observar que, aunque estas se realizaron por todo el terreno de la necrópolis, en algunos casos los niños y niñas fueron colocados de forma próxima en el área funeraria. Muestra de ello es la agrupación de *enchytrismo* que puede observarse en el sector A1 del cementerio, donde se dio la concentración de, al menos, seis enterramientos en ánforas: A9-10, A12, A15-A17 y A21. Asimismo, fue habitual que este tipo de tumbas se superpusieran a las sepulturas en fosas, pudiendo subrayar dicha colocación la existencia de lazos familiares y/o afectivos entre las personas enterradas en las tumbas superpuestas (fig 7.48, a). De hecho, recientemente, Elisa Pompianu ha hecho notar que el probable *enchytrismo* T.A9 se superpuso sobre la T.35, perteneciente a una mujer

Fig. 7.50. Villamar. *Enchytrismoi*. a) T.29, inhumación en ánfora (Guirguis *et al.* 2018: fig. 6.3.4.); b) T.A9, probable inhumación en ánfora con su ajuar: 1. Jarrita y plato; 2. Amuleto de Ptha Pateco (Pompianu 2017a: figs. 21-23); c) T.34 con sus elementos de adorno personal y carácter apotropaico (Pompianu 2022: fig. 9a).



adulta (2022: 134). Según esta autora, esta costumbre de reunir o avecinar las sepulturas femeninas a las infantiles podría estar conectada a una *particolare partecipazione nei confronti delle morti premature, alla necessità di proteggerle simbolicamente e ricongiungerle secondo i legami familiari* (2022: 143).

La información procedente de la campaña de 1991-1992, junto a la de las nuevas excavaciones, demuestra que, como ocurrió en otras necrópolis sardas como Monte Sirai, Bitia y Su Fraigu, generalmente, los *enchytrismoi* eran depositados a poca profundidad en el terreno de la necrópolis, siendo en el caso de Villamar colocados en pequeñas fosas excavadas en el estrato de *humus*.

De hecho, en un único caso, se ha documentado la presencia de un *enchytrismós* en una fosa más profunda. Se trata de la T.7, una tumba en la que se inhumó una mujer adulta (ID 1), un niño o niña de unos tres o cuatro años en un *enchytrismós* (ID 2) y, posteriormente, un hombre adulto (sep. 1) en una tumba *alla cappuccina* (Pompianu 2022: 140; nota 53). En cuanto al tipo de recipientes utilizados para inhumar a los pequeños, los datos disponibles, hasta el momento, reflejan que en todos los casos se utilizaron ánforas de tipo púnico, que son descritas como: *del tipo «a siluro», senza collo, con orlo ingrossato verso l'interno e anse verticali disposte in alto; il colore dell'impasto è il rosso arancio, mentre la lunghezza supera abbondantemente il*

metro. Gli esemplari di questo tipo sono datati al IV sec. a.C., ma la loro diffusione continua nel III e nel II sec. a.C. (Paderi *et al.* 1993: 135).

Aparte de estos 22 *enchytrismoï*, que en el presente trabajo se han considerado probables debido a que muchos de ellos fueron identificados en el terreno pero no excavados durante las campañas de los años 90, desde 2013, se han excavado cinco enterramientos en ánforas –T. A9, T.23, T.29, T.34 y el *enchytrismós* de la T.7 (ID 2)– que han aportado más información relacionada con el uso de este tipo de tumbas (Pompianu 2017a; 2022; ep; Guirguis *et al.* 2018). De estas, las T.29 y T.34 y el ID 2 de la T.7 conservaban los restos óseos de individuos infantiles en su interior, que fallecieron entre uno y cinco años de edad. En relación con la posición de los pequeños cadáveres en el interior de las ánforas, es interesante la T.29, donde un niño o niña, de entre uno y tres años de edad, fue cuidadosamente colocado dentro del recipiente en una posición ligeramente flexionada sobre su costado derecho, como si estuviera dormido y hubiera sido colocado de esta forma para afrontar el sueño eterno (fig. 7.50, a).

Los *enchytrismoï* procedentes de las nuevas campañas también han permitido observar el modo en que se llevaban a cabo estos enterramientos. Para introducir el cuerpo de los pequeños difuntos en el interior de las ánforas, generalmente, se siguió el procedimiento habitual: se cortó la base o la boca del recipiente en sentido transversal, aunque, en algunos casos, el cuerpo del vaso fue seccionado en sentido longitudinal, tal y como también se ha atestiguado en la necrópolis siciliana de Palermo. Una vez introducido el cuerpo en el interior del recipiente, este era tapado con las paredes del ánfora o con fragmentos de ímbrices (fig. 7.50, b). Asimismo, en algunos casos, los recipientes anfóricos fueron rodeados por piedras cuidadosamente colocadas en torno a los vasos cerámicos –como en la A16– que pudieron funcionar como señalizadores de las sepulturas de los pequeños (fig. 7.48, a) (Paderi *et al.* 1993: tav.VI).

Los datos disponibles hasta el momento parecen indicar que algunas niñas y niños inhumados en las ánforas fueron acompañados por elementos de ajuar. Entre estos destaca la presencia de algún amuleto, anillo, brazaletes o cuenta de collar –TT. A.9, A.10, A.21 y 34– tipo de objetos que debieron adornar los pequeños cadáveres. Por lo que respecta a la presencia de ese tipo de elementos es de gran interés la T. 34, donde fue inhumado un infantil de 4 ± 1 años, que ha sido interpretado como femenino a partir de los ornamentos que portaba (fig. 7.50, c): ocho

amuletos –cuatro *Ptah Pateco*, tres ojos *udjat* y otro indeterminado–, cuatro cuentas de collar de pasta vítrea, una moneda perforada y, sobre todo, una *cypraea* (Pompianu 2022: 140-141; ep). Además, en algunas sepulturas se han documentado algunos recipientes cerámicos, que pudieron estar destinados a contener comidas para los pequeños o ser utilizados para la realización de libaciones, como el vaso-biberón de la A.12 y la jarra y el plato de la A.9 (fig. 7.50, b1).

b.3. Las inhumaciones en fosas

Aparte de ser inhumados en hipogeos y en ánforas, los individuos no-adultos de Villamar también recibieron sepultura en el interior de fosas excavadas en la tierra y en la roca. Muestra de ello es la presencia de seis infantiles, que fallecieron antes de alcanzar los 12 años de edad, y fueron enterrados en este tipo de tumbas y de otras dos fosas –T.32 y T.37– que, por sus exiguas dimensiones y por presentar un biberón como elemento de ajuar, pudieron estar destinadas a contener los cuerpos de individuos de corta edad (tab. 7.35).

En tres ocasiones –TT.15, 27 y 39– los infantiles fueron enterrados junto a personas adultas. La primera fue utilizada para inhumar a una mujer adulta-madura (sep. 1), a otra joven (Id. 1) y a un niño o niña, que falleció con una edad de 4 ± 1 años (sep. 2). El estudio estratigráfico ha permitido hipotetizar que la mujer adulto-madura y el infantil (seps. 1 y 2) fueron los primeros ocupantes de la fosa, que habría sido posteriormente reabierto para inhumar a la mujer más joven. Aunque es difícil conocer, de forma precisa, las dinámicas de enterramiento en este tipo de tumbas, lo interesante es que en esta sepultura volvió a darse la asociación de un infantil junto a dos mujeres (Pompianu 2022: 135).

El segundo caso en el que un niño o niña fue inhumado en una fosa colectiva se dio en la T. 27. En su interior se depositaron al menos cinco individuos, cuyos restos óseos fueron apartados para hacer espacio a la deposición de un infantil, que falleció entre los tres y los cinco años. Junto al pequeño/a, fue colocada una jarra piriforme, que pudo ser utilizada para realizar una libación durante el transcurso de la ceremonia funeraria, que permite datar el contexto entre finales del s. IV y el s. III a.C. (Pompianu 2017a: 2; Pompianu y Murgia 2017: 466; Guirguis *et al.* 2018: tab. 6.3.1).

En último lugar, destaca la T.39 donde fueron inhumados tres infantiles que fallecieron con mayor edad, entre los 10 y los 12 años, junto a un adulto. Aunque todavía no se han realizado los análisis antropológicos pertinentes, de forma preliminar, se ha propuesto que los

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	T.27 2013-actualidad NMI=6	3-5a	IF	Jarrita	-	-	IV-III	Pompianu 2017a; Pompianu y Murgia 2017; Guirguis <i>et al.</i> 2018
2	T.15 2013-actualidad	Ad. F 35-45a (sep.1)	IF	Copa Plato Jarra	*	Moneda Br	m.III	Pompianu 2017a; 2022; Pompianu y Murgia 2017; Guirguis <i>et al.</i> 2018
		4±1a (sep.2)		*	*	*		
		Ad. F (Id.1)		Biberón Ánfora fragm. Copa peq.dim.	*	*		
3	T.24 2013-actualidad	4±1a	IF	-	-	-	No det.	Pompianu 2017a; Pompianu y Murgia 2017
4	T.39 2013-actualidad	10-12a (sep.4)	IF	-	Anillo Ag	-	No det.	Pompianu ep
		Ad.		Jarra	-	-		
		10-12a (seps.2-3)		-	-	-		
		10-12a (sep.1)		-	-	-		
5	T. 32 2013-actualidad	Probable	IF	-	-	-	No det.	Guirguis <i>et al.</i> 2018
6	T. 37 2013-actualidad	Probable	IF	Biberón	-	-	No det.	Pompianu ep

Tab. 7.35. Villamar. Inhumaciones infantiles en fosas (ss. IV-III a.C.).

tres individuos inmaduros eran de sexo masculino. Asimismo, la documentación estratigráfica sugiere que las deposiciones se dieron en tres momentos diferentes. El primer inhumado (sep. 4) fue un infantil de unos 10 o 12 años, que fue enterrado con un anillo de plata, que todavía conservaba puesto en el dedo corazón o anular de la mano izquierda. Sobre este, fueron enterrados un adulto junto a otro niño de la misma edad (seps. 2 y 3), que como ajuar presentaban una jarra cerca de la cabeza. La última inhumación fue la de otro infantil (sep. 1), que en este caso fue enterrado sin ningún elemento de acompañamiento (Pompianu ep).

Como se ha visto anteriormente, los anillos digitales en algunos centros sardos, como Monte Sirai, generalmente, han aparecido asociados tanto a mujeres como a hombres adultos (Pla Orquín 2014-2015: 159; 2021b: 63-64). Esto ha llevado a plantear que la presencia de este tipo de joyas, en sepulturas de individuos prepuberales y puberales, podría marcar que estos ya eran considerados adultos cuando fallecieron o que se encontraban en un momento de transición hacia la adultez, en el momento de su muerte (Rivera-Hernández 2021b: 212; 218; 355; 2023). Esta hipótesis ha sido sucesivamente aceptada en Monte Sirai (Pla Orquín 2021b: 63-64; nota 46; Guirguis y Pla Orquín 2022: 189)

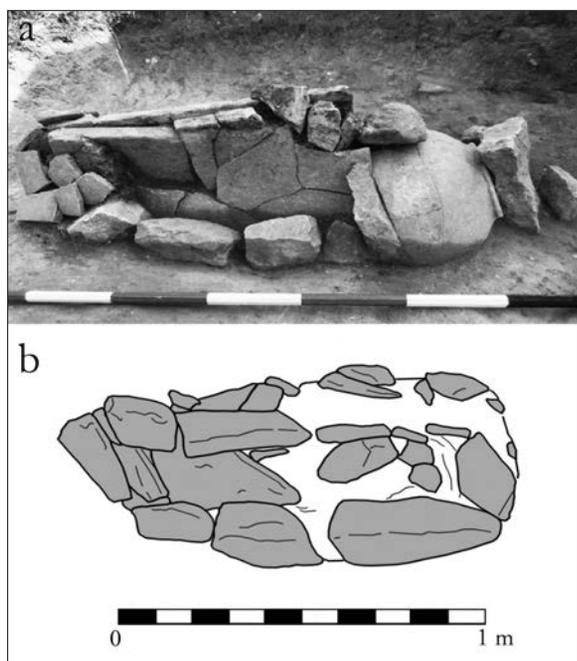


Fig. 7.51. Villamar. Otros tipos de tumbas utilizadas para enterrar a los individuos infantiles. a) T.33 Sepultura *alla cappuccina* (Guirguis *et al.* 2018: fig. 6.3.5.); b) C2 Cista lítica (a partir de Paderi *et al.* 1993: tav. VI).

y repropuesta en el caso de la T.39 de Villamar, donde se ha hipotetizado este uso de los anillos, como marcadores de la edad social: *è di grande interesse la scelta di seppellire insieme i tre giovani della stessa età insieme a un adulto, motivata da legami al momento sconosciuti, ma*

anche il significato dell'anello al dito della sep. 4, nel contesto del sepolcro e nella più ampia dimensione sociale di appartenenza (Pompianu ep).

Aparte de ser enterrados junto a otras personas, en algunos casos, los individuos infantiles fueron inhumados en tumbas individuales. Muestra de ello es la T.24, una fosa excavada superficialmente en la tierra, en la que fue inhumado un niño o niña, de una edad estimada en torno a los 4±1 años, sin ningún elemento de ajuar (Pompianu 2017a; Pompianu y Murgia 2017: 466; Guirguis *et al.* 2018: tab. 6.3.1). Por último, quedan por señalar las probables tumbas 32 y 37. La primera es una pequeña fosa excavada en la roca que presentaba una cobertura formada por losas, en la que también debió ser inhumado un individuo inmaduro que pudo fallecer con una edad inferior a los dos años de edad, tal y como parece desprenderse de las exiguas dimensiones de la estructura (Guirguis *et al.* 2018: tab.6.3.1). En el segundo caso ha sido el pequeño tamaño de la fosa, junto a la presencia de un biberón, lo que ha llevado a proponer que esta sepultura pudo pertenecer a un niño o niña (Pompianu ep).

b.4. Otros tipos de sepulturas: las cistas líticas y las tumbas alla cappuccina

Además de ser inhumados en los tipos de tumbas anteriormente señalados, se han documentado dos sepulturas de tipologías diferentes en las que fueron enterrados tres individuos no-adultos. La primera de ellas –C2– constituye una cista lítica en cuyo interior fueron hallados *due crani di bambini* (fig. 7.51, b), lo que parece demostrar que en ella se realizó una deposición doble

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	C2 1991-92	Bambino Bambino	ICL	Ánfora miniat.	-	-	?	Paderi <i>et al.</i> 1993; Pompianu ep

Tab. 7.36. Villamar. Inhumaciones infantiles en cistas líticas (cronología desconocida).

Nº	Tumba	Edad	Ritual T.sep	Vasos cerámicos	Joyas/ Amuletos	Otros	Crono	Bibliog.
1	T.33 2013-2019	5a±16m	ITCap	Jarra Olla con tapadera	-	-	III	Guirguis <i>et al.</i> 2018; Pompianu ep

Tab. 7.37. Villamar. Inhumación infantil en tumba *alla cappuccina* (s. III a.C.).

de dos infantiles, que fueron acompañados por un ánfora miniaturizada (Paderi *et al.* 1993: 128; Guirguis *et al.* 2018: 209; Pompianu ep) (tab. 7.36).

En último lugar, destaca una tumba –T.33– en la que el cuerpo de un niño o niña, que falleció con una edad estimada de 5 años \pm 16 meses, fue cubierto con tejas cerámicas –*imbrex*– y un gran fragmento de *dolium*, siendo todo el conjunto rodeado por pequeñas piedras (tab. 7.37). Como se ha visto, la práctica de circundar las sepulturas con piedras también se dio en sepulturas de tipo *enchytrismos* y podría reflejar la voluntad de delimitar los enterramientos y marcarlos con el fin de diferenciarlos para poder realizar ceremonias *post-mortem* en honor a los pequeños difuntos (fig. 7.51, a). Esta tumba, caracterizada por la presencia del fragmento de *dolium*, ha sido considerada una variable de las sepulturas *alla capuccina*, que fueron introducidas en Cerdeña con la llegada de gentes itálicas al comienzo de la dominación romana. Acompañando al individuo infantil fueron depositados un *oinochoe*, que pudo ser utilizado para la realización de una libación, o contener algún tipo de bebida, y una olla con una tapadera, que pudo albergar las ofrendas alimentarias destinadas al pequeño/a difunto/a. La presencia de esta tumba, datada en el s. III a.C., permitiría hablar de la existencia de una ritualidad mixta, pues en ella confluyen una tipología sepulcral típicamente griega y/o latina con un ajuar y unos rituales funerarios típicamente púnicos (Guirguis *et al.* 2018: 212).

7.3. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS RITUALES FUNERARIOS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS EN CERDEÑA

El estudio realizado en los cementerios sardos ha permitido localizar la presencia de 195 individuos no-adultos y de 57 sepulturas que, probablemente, pertenecieron a niñas y niños. El primer aspecto que se quiere remarcar es que en todas las necrópolis estudiadas algunos sujetos inmaduros recibieron sepultura en el mismo espacio funerario que el resto de miembros de la comunidad. En comparación con el caso siciliano, la documentación antropológica en la isla de Cerdeña es más fragmentaria, lo que ha impedido calcular, en la mayoría de centros estudiados, la representatividad de los no-adultos. Sin embargo, en aquellos cementerios donde se ha podido estimar, los porcentajes son muy elevados, tal y como ejemplifica la necrópolis de Monte Sirai, donde

los individuos infantiles –menores de 12 años de edad– supusieron el 33,3% (Guirguis *et al.* 2018: 215), o la de Villamar, donde los individuos de la misma franja de edad representaron el 38% (Pompianu ep). Aunque en el cementerio de Othoca los estudios antropológicos se han efectuado solamente sobre una pequeña muestra de individuos, los resultados obtenidos también reflejan que los infantiles y juveniles constituyeron gran parte de la población: el 65% de los difuntos enterrados en las TT. XXX y XXXI (Pusceddu *et al.* 2011; Floris y Pusceddu 2012).

En relación con la edad de los difuntos, los análisis antropológicos también han demostrado que en las necrópolis de Othoca, Monte Sirai, Tuvixeddu y Villamar fueron enterradas criaturas que fallecieron a muy temprana edad. Esta circunstancia es especialmente evidente en los tres últimos centros, donde las estimaciones de edad efectuadas sobre los restos óseos han demostrado que fueron enterrados individuos fetales y perinatales que, probablemente, murieron como consecuencia de problemas relacionados con el embarazo, el parto y el postparto. Como se ha visto, es posible que en algunos casos los bebés murieran durante el propio proceso del alumbramiento o en un momento muy próximo al mismo, lo que pudo provocar que recibieran un tratamiento funerario especial, siendo enterrados en sectores determinados de las áreas funerarias –tal y como ejemplifica la T.316 de Monte Sirai (Pla Orquín 2014-2015: 146; Piga *et al.* 2015; Guirguis *et al.* 2018: 213)– o en sepulturas que estaban prácticamente reservadas al enterramiento de las criaturas, junto a restos óseos de animales, como muestran los casos de las TT.12 y 16 de Villamar (Pompianu 2020).

El estudio de la distribución espacial de las sepulturas se ha podido realizar en Monte Sirai, en Su Fraigu y en Villamar. Los resultados obtenidos reflejan que en Monte Sirai y en Villamar la tendencia habitual era que las tumbas de los individuos no-adultos se alternaran con las de sus mayores, en el espacio funerario comunitario. No obstante, en Villamar se ha apreciado cierta tendencia a agrupar algunos enterramientos en *enchytrismoi*, pauta que también se dio en la necrópolis de Nora (fig. 7. 26). Este patrón también es sumamente claro en el cementerio de Su Fraigu que, durante los ss. V y III/II a.C., constituyó un área funeraria destinada de forma, casi exclusiva, a enterrar a infantiles cuyos cadáveres –inhumados o cremados– fueron resguardados en el interior de recipientes anfóricos.

RITO/TIPO	CS/CP?		CS		CP		SCF		SCU		ICL		IE		IF		ICH		ITCas		ITCap		Dep. Anf. Rito no det.		Fosas Rito no det.		N° Ind.		Representatividad			
	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.				
NECRÓPOLIS	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	?		
PORTOSCUSO	-	-	m.VIII	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	?	
M. SIRAI	-	-	6	1	8	4	4	4	1	-	1	-	10	-	21	-	-	-	-	-	-	-	8	3	-	1	59	9	33.3%			
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-		
Cronología	-	-	VII-VI	VII-VI	VII-VI	VII-VI	VII-VI	VII-VI	p.m.V	-	f.VI	-	V	-	VII-VI	-	-	-	-	-	-	-	V-IV	V-IV	-	no det.	-	-	-	-		
PANTLORIGA	-	-	5	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	5	?	
Cronología	-	-	VI	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
NORA	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	4	-	5	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	11	?	
Cronología	-	-	f.VII	-	-	-	-	-	-	-	-	-	IV-III	-	VII-VI	-	no det.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
BITLA	-	-	6	-	-	-	-	-	-	-	-	-	12	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	18	?	
Cronología	-	-	VII-VI	-	-	-	-	-	-	-	-	-	IV-III	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
OTHOCA	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	10	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	14	?		
Cronología	f.VIII	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	V	-	-	-	no det.	-	no det.	-	no det.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	
TUVKEDDU	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	15	6	6	-	10	10	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	31	16	?	
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	IV-III	no det.	III-II	-	V-III	IV-III	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
MONTE LINA	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	Nº no det.	no det.	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	?
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	no det.	-	-	-	-	-	no det.	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
SAN SPERATE	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	7	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	7	2	?		
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	IV-III	?	?	?	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
SU-FRAIGU	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	6	5	5	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	8	5	?		
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	V-II	V-IV	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
VILLAMAR	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	2	-	3	22	6	2	29	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	41	24	38% (0-12a) 23% (15-20 años) 40,3% no-adultos		
Cronología	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	no det.	-	IV-II	IV-II	IV-III	no det.	IV-III	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-

Tab. 7.38 (página anterior). Rituales y tipos de tumbas utilizados para enterrar a los individuos no-adultos en Cerdeña (mediados del s. VIII-mediados del s. III a.C.).

Por lo que respecta al tratamiento que recibieron los cadáveres de los individuos no-adultos cabe señalar que, generalmente, se les aplicaron los mismos ritos que al resto de los difuntos. Así, durante el período fenicio fueron incinerados, tal y como muestran los enterramientos de cremación –probables y seguros– procedentes de las necrópolis de San Giorgio di Portoscuso, Monte Sirai, Pani Loriga, Nora, Bitia y Othoca. Igualmente, en algunos centros donde se practicaron rituales particulares, como el de la semicombustión en Monte Sirai, algunos niños y niñas también recibieron sepultura según este rito. Este mismo patrón también se observa en el período en el que en las necrópolis sardas se dio la generalización de la inhumación, es decir, entre finales del s. VI a.C. y los ss. IV y III a.C., cuando los individuos no-adultos fueron enterrados según dicho ritual (tab. 7.38).

Del mismo modo que en el caso siciliano, el estudio realizado en las necrópolis sardas permite romper con la idea tradicional de que los más pequeños, generalmente, eran enterrados en los tipos de sepulturas más sencillos. De hecho, durante el período púnico para depositar los cadáveres de los bebés más pequeños, de los niños y niñas mayores, de los pubescentes y los juveniles se utilizaron diferentes tipos de tumbas, que variaron según los cementerios. Esta gran variabilidad se observa de manera clara en Nora o en Tuvixeddu, donde los infantiles fueron enterrados en ánforas, en fosas y en cámaras hipogeicas que, en este último centro, fueron habitualmente utilizadas para inhumar a los miembros más jóvenes de la comunidad. Asimismo, en Villamar también se usaron sepulturas muy diferentes para enterrar a los individuos no-adultos, entre las que destacaron los hipogeos, las ánforas, las fosas y las cistas líticas.

Durante el período púnico, en Othoca, algunos individuos inmaduros fueron enterrados en tumbas *a cassone* y en el interior de recipientes anfóricos, siendo excepcional la utilización de un hipogeo del tipo *caveau baté*, que constituye una de las sepulturas más monumentales de todo el cementerio, y estuvo predominantemente destinado a inhumar a niños y niñas que murieron antes de alcanzar los tres años de edad. En el centro de Monte Sirai, durante esta etapa, se utilizaron mayoritariamente las fosas, aunque también fue muy habitual la costumbre de enterrar a los infantiles en el interior de ánforas comerciales. En relación con este establecimiento, cabe

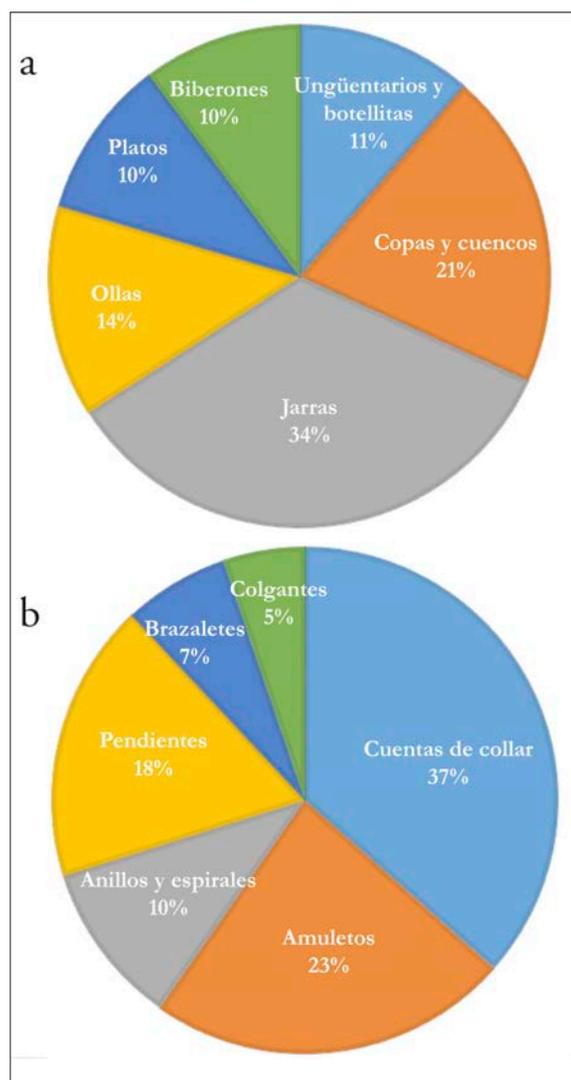


Fig. 7.52. Gráficos con representación de los materiales documentados en las sepulturas de los individuos no-adultos de las necrópolis sardas. a) Vasos cerámicos; b) Joyas, amuletos y otros elementos de carácter ornamental y apotropaico.

señalar una peculiaridad: durante el s. V a.C. una minoría de niñas y niños fueron cremados en lugar de inhumados y sus restos óseos fueron introducidos en el interior de vasos cerámicos. Esta forma de dar sepultura a los pequeños se dio en otros cementerios, pero de forma más tardía, como en el de Su Fraigu, donde durante el período helenístico los cuerpos de una minoría de infantiles fueron cremados y, posteriormente, depositados en el interior de recipientes anfóricos. Por lo que respecta a las tumbas utilizadas en la necrópolis de Bitia y en los cementerios de Monte Luna y San Sperate, durante el período púnico, solamente

contamos con algunos datos que permiten observar que en estos centros los pequeños eran inhumados, principalmente, en el interior de recipientes anfóricos. Por tanto, de toda esta documentación parece desprenderse que el único tipo de tumba que fue utilizado de forma común en todos los cementerios sardos para inhumar a los individuos inmaduros fue el del *enchytrismós*.

Para finalizar, el último aspecto que queda por tratar es el de la cultura material localizada en las sepulturas de los no-adultos. En los casos en que se ha podido observar la presencia o ausencia de objetos hallados en las tumbas, el 60% de individuos que fallecieron antes de alcanzar la madurez fueron acompañados por algún elemento de ajuar. Lo más habitual fue que fueran enterrados tanto con objetos de carácter apotropaico como con vasos cerámicos (44%), aunque en una minoría de los casos en sus tumbas solo se han localizado elementos de adorno personal (35%) o recipientes cerámicos (21%). Entre estos últimos destacó la presencia de vasos relacionados con la esfera de la comensalidad, como jarras, copas, cuencos, ollitas, platos y otros recipientes tradicionalmente asociados a la

alimentación infantil, como los biberones. Asimismo, también fue común la presencia de pequeños vasos, que pudieron estar relacionados con los cuidados que se otorgaron a los cadáveres de los pequeños, de forma previa al sepelio, como los ungüentarios y las botellitas (fig. 7.52, a).

Por lo que respecta a los elementos de adorno personal, los más comunes fueron las cuentas y los amuletos, que pudieron componer tanto los collares como los brazaletes que tuvieron la finalidad de adornar, pero, sobre todo, de proteger los cuerpos de los más vulnerables. Asimismo, también pudieron formar parte de los ornamentos de los peinados o incluso ir cosidos a sus ropitas. Junto a estos, también fue frecuente la presencia de pendientes de tipo arete, así como de anillos y espirales de diferentes metales, que bien pudieron funcionar como sortijas u ornamentar el cabello de los pequeños. Aparte de estos elementos, en una minoría de casos, los cadáveres infantiles también fueron adornados con brazaletes metálicos y con colgantes de diversa naturaleza (fig. 7.52, b).

INFANCIA(S) Y PRÁCTICAS FUNERARIAS EN IBIZA

Frente a la situación que se dio en Sicilia y Cerdeña, donde los migrantes fenicios convivieron con las poblaciones locales desde comienzos del s. VIII a.C., en Ibiza no fue hasta mediados del s. VII a.C. cuando grupos procedentes del Extremo Occidente fenicio se asentaron en la isla que, al parecer, se encontraba prácticamente deshabitada (Gómez Bellard y San Nicolás 1988; Gómez Bellard 2003 *contra* Costa y Benito 2000: 222-229; Costa y Guerrero 2002). A pesar de esta práctica ausencia de población indígena, las personas que habitaron este territorio, durante el período fenicio y púnico, mantuvieron intensas relaciones con otras comunidades coetáneas, como las talayóticas de las Baleares y las ibéricas de la costa oriental peninsular, lo que a veces se materializó en el registro funerario. Del mismo modo que ocurrió en Sicilia y Cerdeña, hacia finales del s. VI a.C., a Ibiza llegó población procedente de Cartago y su área de influencia, trayendo consigo sus propias costumbres funerarias para dar sepultura a los difuntos.

En el presente capítulo se abordará el estudio de las prácticas funerarias que recibieron los individuos inmaduros en Ibiza durante el período fenicio y púnico. Se prestará especial atención al tratamiento funerario de sus cuerpos, al tipo de tumbas en que fueron enterrados y a los objetos que los acompañaron en sus sepulcros.

Cabe destacar una particularidad que diferencia este territorio de los casos de estudio sardo y siciliano: Ibiza es el único espacio en el que no se ha registrado la presencia de santuarios tofets.

8.1. IBIZA DURANTE EL PERÍODO FENICIO Y PÚNICO (SS. VII-II/I A.C.)

Hacia mediados del s. VII a.C., personas procedentes del Extremo Occidente fenicio llegaron a Ibiza, donde fundaron los asentamientos de la bahía de Ibiza y de Sa Caleta que funcionaron de forma simultánea (Fernández y Costa 2004: 320-321; Gómez Bellard 2003: 222; Costa 2019: 573-574). La documentación arqueológica disponible sobre ambos asentamientos es dispar pues, si bien en la bahía de Ibiza la mayor parte de información procede de la necrópolis arcaica del Puig des Molins (Gómez Bellard 2003: 221), de Sa Caleta solamente contamos con datos relativos a las estructuras de un enclave comercial (Ramon 2005: 114).

El establecimiento de Sa Caleta fue ubicado en la costa suroeste de Ibiza, sobre una península separada de tierra firme por un antiguo torrente, cuya desembocadura debió configurar un puerto aceptable en la Antigüedad

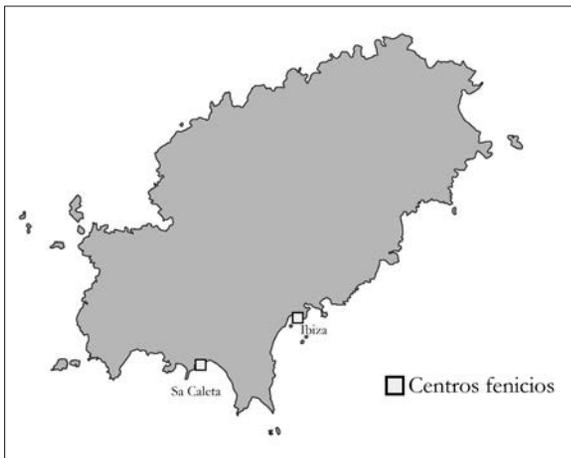


Fig. 8.1. Principales asentamientos fenicios de Ibiza, mediados del s. VII-s. VI a.C. (a partir de Costa 2019: map. 37.1).

(fig. 8.1) (Ramon 2005: 112; 2007: 21). Aunque este asentamiento fue fundado por gentes procedentes del suroeste peninsular fenicio, es probable que, en sus primeros momentos, integrara población indígena de otras zonas geográficas, tal y como muestra el notable repertorio de cerámicas a mano en el que confluyen piezas del Bronce Final y del Hierro Antiguo procedentes de las costas del noreste y del sudeste peninsular, junto con otras que apuntan a la cultura talayótica de las Baleares, cuya presencia podría reflejar el carácter multicultural de dicho enclave (Ramon 2007: 141). Este asentamiento tuvo un período de vida efímero, pues fue abandonado hacia el 590/580 a.C. de forma pacífica, completa y organizada, pudiendo trasladarse las personas que habitaban en este lugar a la vecina ciudad de Ibiza (Ramon 2007: 145; Costa 2018: 20).

Esta fue fundada en la parte alta del Puig de Vila, una colina que domina la gran bahía de Ibiza, que constituye el mejor puerto de toda la isla (entre otros, Ramon 1981; 1994-1996; Gómez Bellard *et al.* 1990; Ramon y Esquembre 2017: 422). La mayor parte de evidencias arqueológicas sobre esta ciudad, durante el período arcaico –finales del s. VII - s. VI a.C. –, proceden de la necrópolis del Puig des Molins, que fue ubicada a 500 m al oeste del Puig de Vila, ocupando un área concreta de unos 10.000 m², como máximo, que se extendía por la parte baja de la colina (Ramon 1996: 80). Durante el período arcaico, en este cementerio, siempre se siguió el ritual de la cremación. Sin embargo, para enterrar a los difuntos se utilizaron tipos de tumbas muy diversos, cuyo

uso podría reflejar la compleja composición social de la sociedad fenicio-ebusitana (Costa y Fernández 2003b: 89-100; Fernández y Costa 2004: 329-340).

Otro ejemplo de esta diversidad social y/o cultural en la isla, durante el período arcaico, podría ser la existencia de la necrópolis de la calle de Santa María. Si se compara con el Puig des Molins, este constituyó un pequeño cementerio ubicado en la parte media-alta del Puig de Vila, en una zona muy próxima al primer enclave fenicio, donde el único ritual utilizado durante el pleno s. VI a.C. fue el de la inhumación (Gurrea y Ramon 2000: 1558). De este modo, la existencia de esta pequeña área funeraria parece mostrar la presencia de un reducido grupo humano, que siguió el ritual de la inhumación, diferenciándose así de la mayoría de personas que habitaban en la ciudad, quienes incineraron a sus difuntos en la necrópolis del Puig des Molins (Fernández y Costa 2004).

Del mismo modo que sucedió en Sicilia y Cerdeña, a partir de la segunda mitad del s. VI a. C., a Ibiza llegaron gentes procedentes del Mediterráneo central, probablemente de Cartago y su área de influencia (Costa 2018: 26). En comparación con los casos siciliano y sardo, la documentación arqueológica disponible para este período en Ibiza es bastante escueta, pues prácticamente no hay datos relativos al desarrollo del núcleo urbano, constituyendo las principales evidencias para el estudio de esta época las procedentes de la necrópolis del Puig des Molins. Coincidiendo con la llegada de personas de la costa norteafricana, durante el último tercio del s. VI a.C., en este cementerio se introdujo el uso del rito de la inhumación, así como la utilización de tumbas de tipo hipogeico (Costa 2014: 183; 2018: 26; 2019: 575). También fue en este mismo período cuando comenzaron a utilizarse algunos santuarios cercanos a la ciudad, como el de l'Illa Plana y el Puig d'en Valls (Costa 2019: 576).

Desde un punto de vista económico, algunos hallazgos documentados en las cercanías del núcleo urbano también muestran que, entre mediados del s. VI y mediados del s. V a.C., la isla estuvo involucrada en una trama comercial importante con el sur, el sureste y el noreste peninsular. Reflejo de ello es la abundante presencia de ánforas ibéricas y fenicio-púnicas procedentes de la costa central andaluza y, en menor medida, de recipientes anfóricos de tipo jonio (Ramon 1990; 2004: 269-272; 2005: 122). Otra evidencia de estas conexiones intensas sería la elevada representatividad de materiales cerámicos de producción ibicenca en el área del levante peninsular, en la catalana y en las Baleares (Ramon 2005: 122).

De manera similar a lo que ocurrió en Cerdeña, la llegada de personas norteafricanas a Ibiza supuso que se diera el comienzo de la colonización del territorio rural, que sufrió su gran desarrollo, sobre todo, a partir de la segunda mitad del s. V a.C. (Gómez Bellard 2003: 223; 2008; Ramon y Costa 2021). Durante este período, se dio un rápido crecimiento demográfico que, según diversos autores, fue consecuencia de la llegada de un número importante de grupos poblacionales, que Cartago habría enviado para hacer posible la colonización integral de la isla (Costa *et al.* 2005: 1370; Costa 2018: 35-36). A nivel arqueológico, dicho crecimiento poblacional se observa, principalmente, en la necrópolis urbana del Puig des Molins donde, entre la segunda mitad del s. V y mediados del s. IV a.C., la superficie de enterramientos aumentó, aproximadamente, hasta las seis hectáreas (Costa 2018: 33).

Como se ha señalado, también fue en este momento cuando se consolidó la colonización del territorio rural (fig. 8.2). Si bien este proceso pudo comenzar de forma paulatina, durante la primera mitad del s. V a.C. (Ramon 1984: 29; Ramon y Costa 2021: 146), no fue hasta la segunda mitad de dicha centuria, cuando empezaron a ocuparse las mejores tierras de la isla con la finalidad de desarrollar la explotación agrícola y ganadera del campo ibicenco (Gómez Bellard 2003: 225-226). Pese a esta amplia ocupación de la isla, prácticamente, solo conocemos la red de asentamientos, que se establecieron por el territorio, a partir de la documentación de las pequeñas necrópolis rurales pues, hasta el momento, solamente han sido excavados tres sitios de hábitat (Ramon 1995a; González y Pacheco 2002; Puig *et al.* 2004; Gómez Bellard 2008: 48-49).

Esta intensificación de la explotación del territorio debió tener como consecuencia un crecimiento de la producción agrícola, que se tradujo en un aumento de las exportaciones ibicencas. Muestra de ello, es la fuerte presencia de ánforas ebusitanas, datadas a partir de la segunda mitad del s. V a.C. y durante todo el s. IV, en asentamientos ibéricos del levante y del noreste peninsular, así como en los poblados talayóticos de las Baleares (Ramon 2005: 124-125; Costa 2018: 37). Dicho panorama reflejaría el gran desarrollo del comercio exterior ebusitano con el mundo ibérico y las Islas Baleares que, aunque se inició en época arcaica, alcanzó su máximo apogeo en este momento.

El contexto histórico de Ibiza, durante el s. III a.C., estuvo marcado por el desarrollo de las dos primeras guerras púnicas. Sin embargo, no será hasta el último tercio

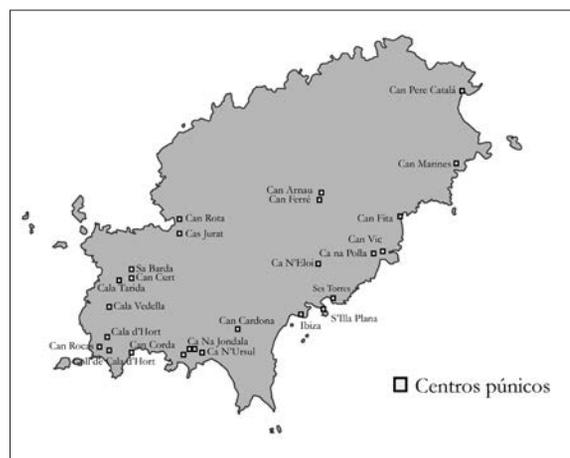


Fig. 8.2. Principales asentamientos púnicos de Ibiza, ss. V-II a.C. (a partir de Gómez Bellard 1985: fig. 1).

del s. III a.C. cuando la isla muestre síntomas de transformación, que pueden relacionarse con los acontecimientos de la segunda contienda romano-cartaginesa (Costa y Fernández 1997: 423; Ramon 2005: 128). Por lo que se refiere al cementerio del Puig des Molins, es interesante señalar que, frente al desarrollo observado en el período anterior, a partir de la segunda mitad del s. IV a.C. y, especialmente, durante el s. III a.C., se dejaron de abrir nuevos hipogeos y aquellos ya existentes fueron reutilizados a modo de osarios colectivos (Costa y Fernández 2003b: 119-121; Costa 2014: 176).

Desde un punto de vista económico, durante los dos primeros tercios del s. III a.C., el flujo comercial de Ibiza a sus mercados tradicionales de las Baleares y el área ibérica se mantuvo (Ramon 1991: 149), tal y como refleja la presencia de productos ebusitanos en la zona del noreste peninsular, así como el funcionamiento del asentamiento de Na Guardis, en la isla de Mallorca, que ha sido considerado un exponente del comercio empórico promovido por la misma Ibiza (Guerrero 1997: 247-255). El hecho de que, durante el s. III a.C., Ibiza siguiera manteniendo sus relaciones comerciales no quiere decir que no estuviera implicada en los episodios bélicos desarrollados durante la Segunda Guerra Púnica (*ca.* 218-201 a.C.). Tal y como narra Tito Livio, *ca.* el 217 a.C., llegó a la isla una flota romana al mando de Cneo Cornelio Escipión con el fin de conquistar la ciudad. Sin embargo, al no poder conseguirlo, tras dos días de asedio, los romanos saquearon las casas del campo regresando a sus naves con un gran botín (Tito

Livio XXII 20,7). Este mismo autor narra un segundo episodio en el que Ibiza se vio implicada poco tiempo después, *ca.* 205 a.C., cuando el general cartaginés Magón llegó con su flota a la isla y fue recibido por los ibicencos que le abastecieron con diversos suministros, hombres y armas (Tito Livio XXVIII 37, 3).

Finalizado el segundo enfrentamiento entre Cartago y Roma, con la victoria de esta última, cabría esperar que en Ibiza se apreciaran síntomas de represalias o de una profunda crisis. No obstante, el s. II a.C. constituyó una de las épocas más vitales de la isla (Costa y Fernández 1997: 425; Ramon 2005: 129), tal y como parece mostrar la expansión que se dio en el núcleo urbano que, según las estimaciones realizadas, habría llegado a alcanzar una extensión aproximada entre las 28 y las 30 hectáreas (Ramon 2010: 864). Esta vitalidad también puede observarse en el mundo rural ebusitano, donde no solo se mantuvieron las granjas implantadas en época anterior, sino que se crearon asentamientos *ex novo*, que supusieron la consolidación del proceso de colonización rural que se dio durante el periodo anterior (Gómez Bellard 2003: 224).

En relación con esta situación, algunos autores han planteado que, dada la aparente discrepancia entre el desarrollo económico y la derrota cartaginesa, la ciudad de Ibiza tras la Segunda Guerra Púnica pudo verse forzada a una *deditio*. Es decir, debió darse una rendición incondicional de Ibiza al poder de Roma, puesto que cuando esta se producía –de forma voluntaria– no suponía una pérdida de la libertad ni de la propia forma de gobierno (Costa y Fernández 1997: 428; Costa 2013). De este modo, es probable que tras su rendición Ibiza pasara a ser *civitas foederata* de Roma, tal y como relata Plinio el Viejo (*Historia Natural* III, 76-77, citado en Costa y Fernández 1997: 428), no siendo hasta la conquista romana de las Baleares (123/121 a.C.) cuando esta isla comenzó su largo proceso de integración en el estado romano (Costa y Fernández 1997: 432; Costa 2019: 581-582).

8.2. LAS NECRÓPOLIS IBICENCAS

Como se ha podido comprobar, gran parte de la información arqueológica existente sobre Ibiza, durante el período fenicio y púnico, procede de sus necrópolis. En este trabajo se ha incluido el estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos de los cementerios urbanos del Puig des Molins y de Santa María, así como de las

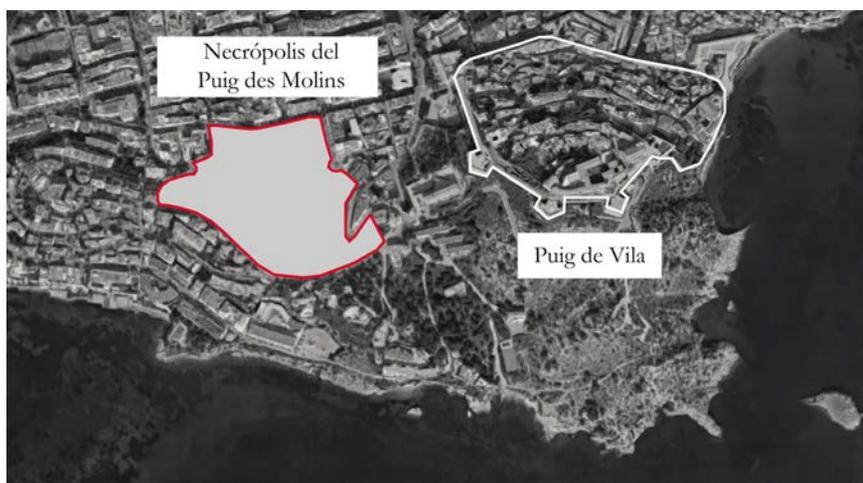
necrópolis rurales. El análisis de estas áreas funerarias se ha organizado siguiendo un criterio cronológico: en primer lugar, se llevará a cabo el estudio de la necrópolis del Puig des Molins, pues es la única que permite analizar de forma diacrónica el tratamiento funerario que recibieron los sujetos inmaduros entre el último cuarto del s. VII y el s. II a. C. En segundo lugar, se estudiará el pequeño cementerio de Santa María, datado en los dos cuartos centrales del s. VI y, para finalizar, se realizará el análisis de las tumbas de los individuos no-adultos de las necrópolis rurales por ser estas las más tardías, presentando cronologías que abarcan desde el s. V hasta los siglos II/I a.C.

8.2.1. EL PUIG DES MOLINS

El cementerio del Puig des Molins constituyó el área funeraria de la ciudad de Ibiza desde el período fenicio hasta la Antigüedad Tardía (fig. 8.3). Este fue establecido sobre un pequeño cerro calcáreo, ubicado a unos 500 m al oeste del Puig de Vila, donde se encontraba el núcleo urbano (Fernández 1992: I: 19). Antiguamente, el asentamiento y la necrópolis estaban separados por una vaguada que, en la actualidad, se corresponde con la calle de Joan Xicó. De este modo, la ciudad de los vivos y la de los muertos quedaban plenamente a la vista la una de la otra, aunque separadas por un pequeño accidente geográfico, que marcaba una separación física entre ambas (Fernández 1992: I: 19; Costa y Fernández 2003a: 24; Costa y Fernández 2003b: 91; Fernández y Costa 2004: 324).

Desde el s. XI hasta la década de 1960 del s. XX, el terreno del Puig des Molins estuvo destinado a uso agrícola. Esta circunstancia, unida a la expansión urbanística de la ciudad moderna, ha comprometido en gran medida la conservación del cementerio (Fernández 1992: I: 19; Costa y Fernández 2003a: 23-26). El conocimiento científico sobre esta necrópolis también se ha visto afectado por el temprano inicio de las excavaciones en la misma, pues las primeras intervenciones arqueológicas se dieron entre principios y mediados del s. XX. Durante este período, la arqueología ebusitana se definió por un fuerte carácter anticuarista, lo que provocó que el objetivo principal fuera la excavación de los hipogeos, ya que en este tipo de tumbas se encontraban los materiales más ricos y mejor conservados (Fernández 1992: I: 31-49). La información que nos ha llegado sobre estas primeras campañas es bastante parcial: en muchos casos se desconoce el lugar exacto donde

Fig. 8.3. Puig des Molins. Planimetría con la ubicación de la necrópolis respecto al hábitat (a partir de Costa 2019: map. 37.2).



se desarrollaron y los informes arqueológicos no suelen hacer referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las tumbas. Además, la información osteológica de estas excavaciones no puede recuperarse, pues como han señalado Jordi Fernández y Ana Mezquida *se ignora qué se hizo con los restos humanos que debieron encontrarse en las campañas de excavación antiguas* (Fernández y Mezquida 2004: 20; Mezquida 2016: 22). Pese a estos inconvenientes, algunos arqueólogos –como Carlos Román Ferrer y José María Mañá de Angulo– señalaron, en sus publicaciones, la presencia de niños en algunas sepulturas (entre otros, Román Ferrer 1920; 1921).

Tras estas primeras excavaciones, desde comienzos de la década de 1970 hasta el año 2006, se han desarrollado más de doce intervenciones arqueológicas, que han afectado a diversos sectores del cementerio (véase Mezquida 2016: 27-39; 2022: 31-36). Durante este período, gran parte de los avances científicos han sido consecuencia de la realización de hallazgos casuales, procediendo la mayor parte de la información arqueológica de excavaciones de urgencia, cuya documentación, generalmente, ha sido publicada de forma preliminar o aún permanece inédita (Fernández y Costa 2004: 321; Campo *et al.* 2011: 51). De hecho, hasta el momento, solamente han sido publicadas, de forma más o menos sistemática, las sepulturas de cremación de época arcaica (Gómez Bellard *et al.* 1990; Fernández y Costa 2004), las excavaciones desarrolladas en el Carrer Lleó 10-12 (Costa 2014) y la campaña de excavación realizada en la Zona I en 2006 (Mezquida 2016; 2022). Desde un punto de vista metodológico, cabe señalar que

ha sido, durante este período, cuando se ha introducido la realización de análisis antropológicos sobre los restos óseos hallados en las tumbas.

Pese a la parcialidad de la documentación sobre esta necrópolis, la información obtenida en las intervenciones modernas, junto a la procedente de la revisión de las campañas de excavación antiguas, ha permitido conocer las costumbres funerarias de las personas que habitaron la ciudad de Ibiza, entre el último cuarto del s. VII a.C. y el s. II a.C.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

De manera análoga a lo observado en algunas necrópolis sicilianas y sardas, en el Puig des Molins para dar sepultura a los difuntos, durante el período arcaico, se utilizó de forma exclusiva el ritual de la cremación. De hecho, se evidencia que fue a partir de la llegada de individuos provenientes del área norteafricana cuando, en este cementerio, se introdujo la inhumación, cuyo uso convivió con el de la incineración desde el último tercio del s. VI a.C. hasta el s. II a.C. Aunque la periodización de este cementerio se ha establecido en cinco fases: 1. Fase fenicia-arcaica (625/600-530/525 a.C.); 2. Fase púnico-arcaica (530/525-450 a.C.); 3. Fase púnico-clásica de apogeo (450/425-350/325 a.C.); 4. Fase púnico-clásica de decaimiento (350-200 a.C.) y 5. Fase púnico-tardía (200-30/25 a.C.) (Costa y Fernández 2003b), en el presente trabajo se ha preferido optar por una periodización, según el uso de los rituales de la incineración y de la inhumación, con el objetivo de mantener la coherencia con el resto de necrópolis estudiadas.

a) Las cremaciones arcaicas (último cuarto del s. VII- s. VI a.C.)

Los primeros habitantes de la ciudad de Ibiza eligieron un área concreta para enterrar a sus difuntos. Esta se localizó en la parte baja de la vertiente septentrional del Puig des Molins, ocupando la zona que, actualmente, se denomina Sector NO (Costa *et al.* 1991: 766-777; Gómez Bellard *et al.* 1990; Fernández y Costa 2004: 324). Durante esta primera fase de uso de la necrópolis, el único ritual funerario utilizado fue el de la incineración, tanto en su variable primaria como secundaria, aunque esta última fue predominante.

Para realizar las cremaciones secundarias se utilizaron piras individuales construidas con madera de pino y/o de ciruelo (Fernández y Costa 2004: 348). Los análisis antropológicos efectuados sobre las incineraciones secundarias del Puig des Molins han demostrado que el tratamiento de los cadáveres constituía un proceso largo y realizado con sumo cuidado. En la mayoría de los casos (66%), la calidad de cremación de los cuerpos fue buena, lo que parece demostrar que para realizarla se hizo una gran inversión de combustible y tiempo, que garantizó que en las piras se alcanzaran elevadas temperaturas (Fernández y Costa 2004: 349-351). Tras la quema de los cadáveres, se procedía a la recogida de los restos óseos de las piras que, generalmente, se realizó de forma minuciosa. Asimismo, es interesante señalar que los estudios antropológicos han permitido observar que, tras recoger los restos óseos, era habitual proceder a su lavado ritual, acción que se llevó a cabo en el 60% de las ocasiones (Fernández y Costa 2004: 351-361).

Una vez finalizado el tratamiento de los cadáveres, los restos óseos eran introducidos en las sepulturas. Para ello se siguieron dos modalidades: se depositaron, de forma directa, en la tumba, sin ningún elemento que los

protegera, o se recogieron en urnas cerámicas o en recipientes y envoltorios que, por su naturaleza perecedera, no se han conservado hasta la actualidad. Un testimonio indirecto del uso de estos últimos recipientes es la forma agrupada y compacta en que se han documentado algunas cremaciones, que parece sugerir la posible existencia de bolsas de tejido y/o cuero y de contenedores de cestería y madera. Asimismo, la presencia de clavos y agujas, en algunos enterramientos, también permite plantear que estos pudieron formar parte de los sistemas de cierre de los envoltorios o de los recipientes perecederos (Gómez Bellard *et al.* 1990: 156; Costa *et al.* 1991: 789; Fernández y Costa 2004: 365). Por lo que respecta a las deposiciones en vasos cerámicos, durante este período, principalmente se utilizaron urnas del tipo Cruz del Negro, aunque en una minoría de casos se usaron otro tipo de cinerarios, como urnas de marés o recipientes anfóricos (Gómez Bellard *et al.* 1990: 157; Fernández y Costa 2004: 364; Fernández y Mezquida 2010).

Para depositar los restos de las cremaciones secundarias se utilizaron una gran variedad de tumbas, que pueden dividirse en tres grupos: pequeñas cavidades, fosas o enterramientos directamente realizados sobre el terreno (tab. 8.1). El grupo de las cavidades, a su vez, ha sido dividido en cuatro subgrupos, en función del mayor o menor grado de intervención humana, distinguiéndose entre cavidades naturales, retocadas, artificiales y simples hoyos excavados en la tierra (Fernández y Costa 2004: 329-334). Dentro del grupo de las fosas, también se ha podido establecer una división entre las simples y otras más complejas, caracterizadas por presentar un breve escalón, en sus lados laterales, destinado a apoyar las losas de cobertura. Estas últimas han sido denominadas fosas con resaltes laterales. La tercera forma de deposición de las cremaciones

Cremaciones secundarias			Cremaciones primarias	
Pequeñas cavidades	Fosas	Sobre el terreno	Fosas	Sobre el terreno
Naturales	Simples	Irregularidades en la roca	Simples	Sobre la roca o en la tierra
Retocadas			Resaltes laterales	
Artificiales	Resaltes laterales			
Hoyos en la tierra	Con canal			

Tab. 8.1. Puig des Molins. Tipos de sepulturas utilizadas durante el período arcaico (último cuarto del s. VII-VI a.C.) (a partir de Fernández y Costa 2004).

secundarias consistía en colocarlas, directamente, en el terreno, aprovechando las irregularidades del suelo (Fernández y Costa 2004: 340).

Aunque el ritual de la cremación secundaria fue el predominante, una minoría de personas recibieron sepultura según el rito de la cremación primaria, siendo sus cadáveres cremados en fosas o, directamente, sobre la superficie del terreno. Para realizar las cremaciones primarias se utilizaron tanto fosas simples como con resaltes laterales, idénticas a las empleadas para depositar las cremaciones secundarias. Además, también se usaron fosas con canal. Estas últimas se caracterizaban por presentar un eje longitudinal, excavado en el suelo, que debió de tener como objetivo facilitar la circulación de aire con el fin de favorecer la combustión. Aparte del uso de fosas, algunas cremaciones primarias se realizaron directamente sobre la superficie del terreno, tanto en la roca como en la tierra, siendo en estos casos los restos óseos cubiertos por una capa de tierra y piedras tras la cremación (Fernández y Costa 2004: 340).

Durante el período arcaico, no era habitual colocar objetos de ajuar junto a los difuntos. De hecho, solo en una minoría de sepulturas fueron depositados algunos vasos cerámicos, que pudieron ser utilizados durante el desarrollo de los rituales funerarios. Entre estos destacan las *oil bottles*, que podían contener aceites perfumados y/o ungüentos, y algunos elementos de vajilla, que pueden relacionarse con la ofrenda de comidas y bebidas, así como también con la realización de libaciones. Asimismo, ciertas personas fueron acompañadas por otros objetos, como joyas y elementos de adorno personal (Gómez Bellard *et al.* 1990: 161-162; Fernández y Costa 2004: 377-381). Aparte de estos objetos, sobre algunas sepulturas de cremación arcaicas fueron colocados cipos funerarios, lo que parece mostrar que, probablemente un tiempo después del funeral, algunas de las tumbas fueron frecuentadas con la finalidad de rendir culto a los difuntos (Gómez Bellard *et al.* 1990: 161).

b) La introducción de la inhumación, su generalización y la pervivencia de la cremación (último tercio del s. VI-s. II a.C.)

Probablemente, coincidiendo con la llegada de gentes procedentes de la costa norteafricana, en el último tercio del s. VI a.C., en el Puig des Molins se introdujo el uso del ritual de la inhumación, siendo los difuntos principalmente inhumados en hipogeos y en fosas (Costa 2014: 183; 2018: 26). Si bien se ha estimado que el número de

cámaras hipogeicas, de esta fase del cementerio, rondaría en torno a las 300 (Campo *et al.* 2011: 29), el único conjunto funerario bien conocido, hasta el momento, es el del carrer Lleó 10-12 (Costa y Fernández 2003b: 104). Estos primeros hipogeos se caracterizaron por presentar una serie de rasgos diferentes a los de épocas posteriores, entre los que destacan la mayor dimensión de sus cámaras, así como la precisión de su talla y su orientación E-W (Gómez Bellard *et al.* 1990; Costa *et al.* 1991; Costa 2014: 180).

Entre mediados del s. V y mediados del s. IV a.C., los hipogeos se convirtieron en el tipo de sepultura más utilizado para inhumar a los difuntos, tal y como se desprende de las estimaciones hechas, para este período, que indican que el número de cámaras sepulcrales debió superar las 2500 (Campo *et al.* 2011: 30). Durante esta fase, los hipogeos funcionaban a modo de panteones colectivos, mientras que para realizar enterramientos individuales se utilizaron las fosas simples (Costa y Fernández 2003b: 110-111; Campo *et al.* 2011: 30; Mezquida 2016: 71). Frente al período arcaico, entre los ss. V y IV a.C., los difuntos fueron acompañados por diversos vasos relacionados con la esfera de la comensalidad, tanto de tradición púnica como de importación ática, ibérica y talayótica (Fernández 1992: II: 115-134), entre los que destacaron los elementos de vajilla, como las jarras, los platos, los cuencos, las *kylikes*, los *skyphoi*, los *kantharoi*, etc. (Fernández 1992: II: 280-282). Asimismo, en este momento, también era muy común la colocación de otro tipo de objetos en las sepulturas, como los huevos de avestruz, las navajas de afeitar, las joyas y otros elementos de ornamento personal y carácter apotropaico, como los amuletos (Costa y Fernández 2003b: 104; Campo *et al.* 2011: 29).

Un rasgo interesante del Puig des Molins es que la generalización del rito de la inhumación no supuso la desaparición de la cremación, que fue utilizada de forma residual desde finales del s. VI al s. II a.C. (Costa y Fernández 2003b: 102; Fernández y Costa 2004: 329; Campo *et al.* 2011: 29). Durante este período, siempre se utilizó el ritual de la cremación secundaria, siendo los restos óseos cremados de los difuntos depositados, directamente, en fosas excavadas en el terreno de la necrópolis, en cavidades o en vasos cerámicos. Como urnas cinerarias se utilizaron tanto vasos típicamente ebusitanos –como jarras del tipo Eb. 64– (Mezquida 2001: 79; 164), como recipientes pertenecientes a otras tradiciones, tal y como refleja el caso de las denominadas

Tumba	Campaña	Edad
Inc. XIVb	1985-1986	0-3m/fetal
Inh. Inf 4 (A2)	1982	<6m
Inc. XVa	1985-1986	<6m
Inc. nº5	1982	<6m
Tumba nº4	2006	<6m
Inc. nºV	1982	<12m
Tumba nº3	2006	0-24m
Tumba nº57	2006	4-6m
Cremación nº6	2000	4-8m
Tumba nº8	2006	7-9m
Tumba nº25	2006	6-18m
Tumba nº26	2006	6-18m
Inc. Ia	1985-1986	15-20m
Inh. Inf 1	1982	2-3a
Inc. XIII	1985-1986	2-3a
Inc. XVII	1985-1986	2-3a
Inc. XXV	1985-1986	2-3a
Tumba nº32	2006	2-3a
Inc. nºIII	1982	2-4a
Inc. IIa	1982	2-5a
U. orejetas	1949?	3-4a
Inh. Inf 2	1982	±5a
UE 38	?	<6a
Tumba nº22	2006	2-7a
Tumba nº 16 (2)	2006	±6a
Tumba nº63	2006	5-10a
Tumba nº67	2006	5-10a
Hipogeo IA (E1)	1983-1984	<10a
Inc. XI	1985-1986	6-7a
Tumba 43 (1)	2006	±10a
Tumba 43 (2)	2006	±10a
Inc. V	1985-1986	12-14a
Tumba nº65	2006	<15a
Inc. VIIb	1985-1986	15-18a
Inc. nº1	1976	17-18a

Tab. 8.2. Puig des Molins. Estimaciones de edad de los individuos no-adultos (referencias bibliográficas en tabs. 8.3-8.8).

urnas de orejetas, típicas del mundo ibérico peninsular, que fueron utilizadas con bastante frecuencia en el Puig des Molins (Fernández 1992: II: 37; Costa y Fernández 2003b: 109).

A partir de mediados del s. IV a.C., y durante todo el s. III a.C., en este cementerio se dejaron de abrir cámaras hipogeicas, dándose la reutilización de las preexistentes, que fueron utilizadas a modo de osarios colectivos, para

depositar tanto inhumaciones como cremaciones secundarias en recipientes cerámicos. Asimismo, continuó el uso de las fosas que, durante este período, fueron utilizadas para realizar tanto inhumaciones individuales como colectivas. A partir de mediados del s. IV a.C., también se dio una drástica disminución de los ajuares, que se redujeron a la presencia de elementos de carácter personal, como cuentas de collar, pendientes, amuletos, anillos y/o algún recipiente cerámico, como los unguentarios (Costa y Fernández 2003b: 116). Desde el s. II a.C., parece que se dio una etapa de recesión en la isla que, seguramente, pueda relacionarse con la conquista de Mallorca y Menorca por los romanos *ca.* 123-121 a.C. Esta época es, prácticamente, desconocida y apenas se tienen testimonios arqueológicos que permitan documentar las prácticas funerarias que se dieron durante el largo proceso de integración de la sociedad ebusitana en el estado romano (Costa y Fernández 2003b: 121).

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

El estudio de las sepulturas de los individuos no-adultos en el Puig des Molins se ha visto condicionado tanto por la antigüedad de las primeras excavaciones realizadas en este cementerio, como por el estado preliminar de la mayoría de publicaciones sobre los sectores excavados en las campañas modernas. A pesar de estas circunstancias, hay que señalar que algunos de los primeros estudios realizados sobre tumbas infantiles en ámbito fenicio y púnico se hicieron sobre esta necrópolis, suponiendo estas publicaciones un muy buen punto de partida para la realización de la presente investigación (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989; Gómez Bellard *et al.* 1992; 1995).

a) Representatividad, distribución cronológica y espacial

Partiendo de la documentación publicada, hasta el momento, sobre la necrópolis del Puig des Molins se han podido localizar un total de 63 sepulturas, en las que fueron enterrados 64 individuos no-adultos, y 57 tumbas que, probablemente, pertenecieron a sujetos inmaduros. Además, hay que considerar la presencia de, al menos, 27 individuos no-adultos más, procedentes de diversos sectores del cementerio, que antropológicamente han sido estudiados por Nicolás Márquez-Grant (2006; 2010: tab. 2), pero cuya documentación arqueológica aún permanece inédita y, debido a ello, no han podido ser considerados en el presente trabajo. Por lo que respecta a las sepulturas probables, se corresponden en su totalidad con enterramientos en ánforas, donde los restos óseos no se han conservado.

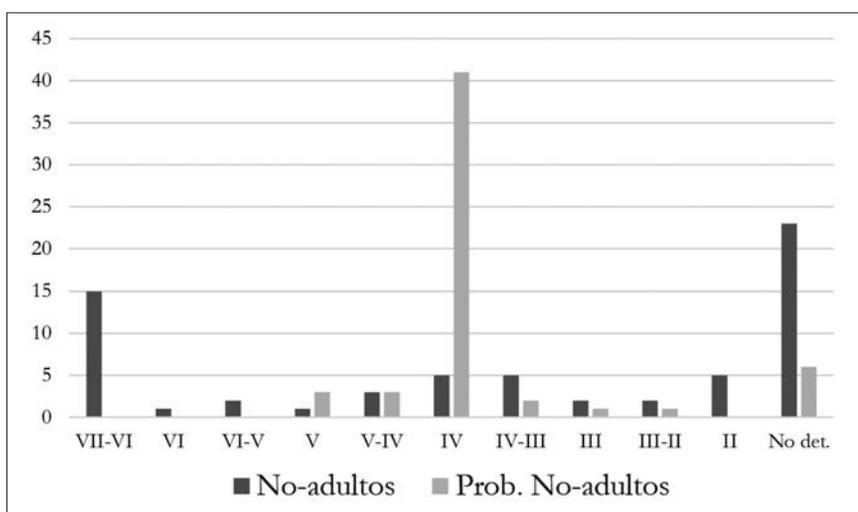
El estado preliminar de la mayoría de publicaciones sobre este cementerio también ha dificultado establecer la representatividad de los individuos no-adultos respecto a sus mayores. No obstante, los datos antropológicos obtenidos en la necrópolis de incineración arcaica (Gómez Bellard *et al.* 1990; Fernández y Costa 2004), en el sector del Carrer Lleó 10-12 (Costa 2014) y en la Zona I excavada en 2006 (Mezquida 2016; 2022) han permitido determinar que los sujetos inmaduros representaban, aproximadamente, el 31% de la población documentada en estas tres áreas del cementerio. De este modo, el porcentaje de individuos no-adultos enterrados en esta necrópolis es similar al obtenido en otros centros sicilianos, como Mozia y Palermo, y sardos, como Monte Sirai y Villamar, donde estos suponen un poco más de un tercio del total de personas documentadas hasta la fecha.

Los análisis antropológicos efectuados en el Puig des Molins también han demostrado que, en este cementerio, tuvieron derecho a ser enterrados desde bebés que fallecieron durante el período perinatal, e incluso fetal, hasta niñas y niños de mayor edad y puberales y juveniles, con edades comprendidas entre los 15 y los 18 años (tab. 8.2). Si se atiende a la edad de los sujetos no-adultos, se puede observar que la mortalidad infantil era especialmente elevada durante el primer año y medio de vida, cuando fallecieron en torno al 37.5% de los individuos inmaduros, probablemente, como consecuencia de problemas desarrollados con el proceso del parto y del postparto. Esta incidencia de la mortalidad siguió siendo muy elevada entre los dos y los cinco años (31%), período que debía ser especialmente peligroso

para los infantiles, que pudieron fallecer como consecuencia de desequilibrios en la dieta y otras carencias y enfermedades vinculadas al proceso del destete. Es interesante señalar que, del mismo modo que en otras necrópolis estudiadas en este trabajo, como Palermo, las tasas de mortalidad en el Puig des Molins descendieron cuando las niñas y niños se hacían más mayores, concretamente entre los cinco y los diez años de edad (18.75%) y durante el período puberal y juvenil (12.5%). Esta situación, por tanto, concuerda con los patrones demográficos de las sociedades preindustriales, donde la mortalidad era especialmente elevada durante los primeros años de vida (González-Martín 2008: 60).

La distribución cronológica de los enterramientos de los individuos no-adultos también ha permitido comprobar que estos fueron enterrados en el área funeraria comunitaria, desde que la necrópolis entró en uso hasta el período tardo-púnico. Como puede observarse en el gráfico (fig. 8.4), entre el último cuarto del s. VII y el s. VI se dio una concentración de los enterramientos. Posiblemente, esta mayor representación no responda a una cuestión de índole sociocultural, sino que podría ser consecuencia del hecho de que las sepulturas de época arcaica, a diferencia de las relativas a épocas posteriores, han sido publicadas de forma sistemática. La otra gran agrupación remite al conjunto de tumbas en las que los ajuares no han permitido establecer una datación de forma precisa, aunque las tipologías sepulcrales, la posición estratigráfica y algunos elementos de ajuar –cuentas de collar, campanitas, amuletos, etc.– permiten establecer que se trata de sepulturas cronológicamente

Fig. 8.4. Puig des Molins. Distribución cronológica de las sepulturas pertenecientes a los individuos no-adultos (referencias bibliográficas en tabs. 8.3-8.8).



encontrables entre los ss. VI y II a.C. Asimismo, también resalta la elevada presencia de enterramientos probables, que se dieron durante el s. IV a.C. Como se verá en el apartado destinado al estudio de los *enchytrismo* (véase § c.2, fig. 8.15.), esta concentración de probables sepulturas infantiles está relacionada con la excavación, durante las campañas de 1946-1951, de un sector en el que se localizaron 39 enterramientos en ánforas que, cronológicamente, podrían situarse en dicha centuria (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 225; Fernández 1992: II: 270).

Otro aspecto que parece demostrar que los individuos no-adultos fueron aceptados en el espacio funerario comunitario son los resultados obtenidos del análisis de la distribución espacial de sus tumbas. Las planimetrías han permitido localizar un total de 32 sepulturas en las que fueron enterrados sujetos inmaduros: 23 procedentes de la Zona I excavada en 2006 (fig. 8.5, a), una del Carrer Lleó 10-12 (fig. 8.5, b) y ocho procedentes del sector de Can Partit (fig. 8.5, c). Si se atiende a la

distribución espacial de las mismas, se puede comprobar que, en los tres sectores, estas se alternaban con las de los adultos, ocupando todo el espacio disponible en el cementerio.

Finalmente, el último aspecto que demuestra que los individuos inmaduros estaban aceptados en la comunidad de los difuntos es el modo en que se trataban sus cadáveres, pues estos fueron enterrados según los mismos rituales que los de sus mayores. Durante la primera fase de uso de la necrópolis –último cuarto del s.VII hasta finales del s. VI a.C.– siguieron la cremación secundaria, que fue el rito predominantemente utilizado en la fase arcaica. Cuando se dio la generalización de la inhumación, entre el último tercio del s. VI y el s. II a.C., los miembros más pequeños de la comunidad también pasaron a ser inhumados. Por último, cabe señalar que, aunque a partir de finales del s. VI a.C. se dio la generalización de la inhumación, una minoría de individuos inmaduros continuaron recibiendo sepultura según el rito de la incineración, entre finales del s. VI y el s. IV a.C.



Fig. 8.5. Puig des Molins. Distribución espacial de los individuos no-adultos. a) Zona I de 2006 (Mezquida 2022: figs. 7; 132); b) Sector del Carrer Lleó 10-12 (Gómez Bellard *et al.* 1990: fig. 74); c) Sector de Can Partit (Costa y Fernández 2003a: fig. 16a).

b) Las sepulturas de cremación arcaicas (último cuarto del s. VII-s. VI a.C.)

Durante la primera fase de uso de la necrópolis del Puig des Molins, los individuos no-adultos recibieron sepultura según el rito de la cremación secundaria, que fue el predominantemente utilizado para tratar los cadáveres de la mayoría de difuntos durante este período. Reflejo de ello, es la presencia de 15 sepulturas en las que fueron depositados los restos óseos de 15 sujetos inmaduros, con edades comprendidas entre el nacimiento y el período juvenil (tab. 8.3).

En relación con la edad de los individuos infantiles es significativo apuntar que, si hace algún tiempo se señaló la ausencia de individuos con edades comprendidas entre los seis y los doce años durante la fase arcaica de la necrópolis (Gómez Bellard *et al.* 1990: 199; Fernández y Costa 2004: 343-347), en la tumba nº63 de 2006 se ha documentado una cremación secundaria perteneciente a un infantil que murió con una edad estimada entre los cinco y los diez años. Así, este dato parece mostrar que las niñas y niños, que fallecieron en torno a esta edad, no estuvieron excluidos del cementerio (Mezquida 2016: 355-358; 2022: 67; 102).

Como ocurrió en otras necrópolis sicilianas y sardas, como Mozia y Monte Sirai, en el Puig des Molins, durante el período arcaico, era habitual que algunos individuos no-adultos fueran enterrados junto a personas de mayor edad en sepulturas dobles. En estas tumbas se dieron diferentes tipos de asociaciones, que podrían reflejar la diversidad de relaciones afectivas y/o familiares existentes entre los sujetos enterrados en un mismo espacio. En primer lugar, destacan aquellas sepulturas en las que se depositaron, de forma conjunta, los restos cremados de niñas y niños junto a mujeres adultas –Incineraciones II y XV de Can Partit– que, normalmente, han sido interpretadas como enterramientos de madres con sus hijos e hijas (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 227; Gómez Bellard *et al.* 1990: 94-96; 117-118; 199; Fernández y Costa 2004: 376).

Sin embargo, es interesante señalar que, en este cementerio, las sepulturas dobles no se limitaban al patrón de asociación mujer-niño/madre-hijo, tal y como muestra la Incineración I de Can Partit, en la que se depositaron los restos óseos de una criatura, que falleció antes de alcanzar los 18 meses, junto a los pertenecientes a un hombre adulto (Gómez Bellard *et al.* 1990: 93-94). Este tipo de enterramientos de hombres y niños, que también se dio en la necrópolis sarda de Monte Sirai, permite pensar

en la existencia de otro tipo de relaciones afectivas y/o familiares entre los individuos localizados en la misma tumba, como podrían ser las de paternidad (Fernández y Costa 2004: 376).

Además de estas sepulturas dobles, en las que se depositaron los restos óseos de infantiles de corta edad junto a los de personas adultas, es interesante señalar que en algunas tumbas se dio la asociación de hombres junto a puberales y juveniles femeninas, lo que ha llevado a plantear que, entre los individuos enterrados, pudieron darse relaciones de tipo conyugal (Gómez Bellard 1985: 146; Gómez Bellard *et al.* 1990: 190; 199; Fernández y Costa 2004: 376). Este es el caso de la Incineración nºVII de Can Partit, en la que fueron depositados los restos óseos cremados de un adulto masculino, que falleció entre los 20-25 años, junto a una juvenil femenina, con una edad comprendida entre los 15 y los 18 años (Gómez Bellard *et al.* 1990: 107). Se quiere recordar que estas sepulturas dobles, en las que se dio la asociación de una chica joven con un hombre de mayor edad, también fueron relativamente frecuentes en la necrópolis siciliana de Palermo (véase § 6.2.3, c.1). De este modo, si se acepta la hipótesis de la existencia de relaciones conyugales entre estos individuos y se tiene en cuenta la diferencia de edad entre el sujeto femenino y el masculino, esta disparidad podría reflejar una divergencia de edad en el acceso al matrimonio, al que las “jóvenes mujeres” o “niñas crecidas” accederían de forma más temprana que sus contrapartes masculinos, pudiendo ser la llegada de la menarquía uno de los momentos que marcaba el final de la infancia para las niñas.

Aunque, durante el período arcaico, fue habitual la realización de sepulturas dobles, la mayoría de individuos infantiles, puberales y juveniles recibieron sepultura de forma individual (73%). Los análisis antropológicos efectuados sobre los restos esqueléticos de los sujetos inmaduros han demostrado que el procedimiento seguido para tratar sus cadáveres era, exactamente, igual de cuidadoso que en el caso de los adultos (tab. 8.4). Los cuerpos de los pequeños fueron cremados en piras, que alcanzaban altas temperaturas, tal y como refleja el hecho de que la calidad de la incineración fue buena tanto para las criaturas, que fallecieron con edades inferiores a los seis meses, como para las niñas y niños de mayor edad y los puberales y juveniles. Asimismo, en la mayoría de

Tab. 8.3 (página siguiente). Puig des Molins. Cremaciones secundarias de individuos no-adultos (último cuarto del s. VII-VI a.C.).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Urna	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Inc. nº I NO-1976	17-18a	CSCA	CdN	-	-	-	u.c. VII-VI	Fernández <i>et al.</i> 1984
2	Inc. nº III NO/C2-82	2-4a	CSDT	-	-	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
3	Inc. nº V NO/AV-82	<12m	CSCR	-	<i>Oil Bottle</i>	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
4	Inc. nº I CP-85/86	15-20m (Ia)	CSCN	-	<i>Oil Bottle</i>	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
		Ad. M (Ib)			-	-	-		
5	Inc. nº II CP-85/86	2-5a (IIa)	CSFC	-	<i>Kanthalos bn</i>	2 aretes Ag	Aguja	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
		Ad. F (IIb)			-	-	-		
6	Inc. nº V CP-85/86	12-14a	CSCA	CdN	-	Anillo Ag Escarabeo 10cc; Ag; pv Colgante Ag	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
7	Inc. nº VII CP-85/86	15-18a F (VIIb)	CSCA	-	-	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
		Ad. M (VIIa)			-	-	-		
8	Inc. nº XI CP-85/86	6-7a	CSCN	-	-	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
9	Inc. nº XV CP-85/86	<6m (XVa)	CSCR	CdN	-	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
		Ad. F (XVb)			-	-	-		
10	Inc. nº XVII CP-85/86	2-3a	CSCR	-	Plato	-	-	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
11	Inc. nº XXV CP-85/86	2-3a	CSCR	-	-	Colgante Ag	Clavo	u.c. VII-VI	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
12	Inc. nº 5 ZG-88	0-6m	CSCN	-	<i>Oil Bottle</i>	El. Joyería y adorno (no det.)	-	u.c. VII-VI	Fernández y Costa 2004
13	Tumba nº 63 NO-2006	5-10a	CSHT	-	-	28 cc Ag; pv; fayenza, piedra Colgante Ag Cadena Ag 3 pendientes Ag 3 aretes Ag; Br	Frag. Br	u.c. VII-VI	Mezquida 2016; 2022
14	Tumba nº 67 NO-2006	5-10a	CSHT	-	-	-	Cipo	u.c. VII-VI	Mezquida, 2016; 2022
15	UE 38 VR47	<6a	?	?	-	Colgante <i>bird-cage</i> Cadenitas Br	2 <i>Cypraea</i>	u.c. VII-VI	Ramon 1996; 2008

Tumba	Edad	Cremación			Bibliografía
		Calidad combustión	Calidad recogida	Lavado	
Inc. nº I NO-1976	17-18a	Buena	Buena	Si	Fernández <i>et al.</i> 1984
Inc. nº III NO/C2-82	2-4a	Buena	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº V NO/AV-82	<12m	Buena	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº Ia CP-85/86	15-20m	Irregular	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº IIa CP-85/86	2-5a	Buena	Buena	No	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº V CP-85/86	12-14a	Buena	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº VIIb CP-85/86	15-18/20a	Buena	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº XI CP-85/86	6-7a	Buena	No det.	No	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº XVa CP-85/86	<6m	Buena	Buena	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº XVII CP-85/86	2-3a	Buena	No det.	Si	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº XXV CP-85/86	2-3a	Buena	Buena	No	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
Inc. nº 5 ZG-88	0-6m	Buena	Buena	No	Fernández y Costa 2004
Tumba nº 63 Zona I-2006	5-10a	?	?	?	Mezquida 2016; 2022
Tumba nº 67 Zona I-2006	5-10a	?	?	?	Mezquida 2016; 2022
UE 38 VR47	?	?	?	?	Ramon 1996; 2008

Tab. 8.4. Puig des Molins. Datos relativos a la calidad de la combustión, a la recogida de los restos óseos de la pira y al proceso de lavado de los restos esqueléticos no-adultos (último cuarto del s. VII-VI a.C.).

ocasiones, la selección de los restos óseos de los más pequeños de la pira se hizo de una forma muy minuciosa (Gómez Bellard *et al.* 1990: 155; Fernández y Costa 2004: 352). En relación con este cuidado otorgado a los cuerpos de los individuos no-adultos, también es interesante señalar que era habitual que sus restos incinerados fueran lavados antes de ser depositados en las sepulturas.

Una vez finalizado el tratamiento del cadáver, los restos óseos eran introducidos en el interior de las sepulturas, bien de forma directa, bien resguardados en envoltorios y/o recipientes de naturaleza perecedera o en el interior de vasos cerámicos. En relación con la posible existencia de saquitos o cajas elaborados con materiales orgánicos es relevante la presencia de clavos y agujas metálicas, localizadas entre los

restos óseos de algunas cremaciones infantiles, como reflejan las incineraciones IIa y XXV de Can Partit. En la primera, junto a los restos de un niño o niña, que murió con una edad estimada entre los dos y los cinco años, se documentaron fragmentos de una aguja (Gómez Bellard *et al.* 1990: 95), que pudo haber funcionado como elemento de cierre de una bolsa de cuero o de tela. Mientras que, en la segunda, acompañando a los restos óseos de un infantil, de unos dos o tres años, se hallaron fragmentos de un clavo de bronce (Gómez Bellard *et al.* 1990: 122), que podría haber formado parte de un contenedor de madera destinado a albergar los restos óseos del pequeño difunto.

Aparte de ser protegidos mediante el uso de saquitos y/o bolsas de cuero, tela o de cajas de madera, en tres ocasiones los restos óseos de los individuos no-adultos fueron depositados en el interior de urnas cerámicas del tipo Cruz del Negro. Este tipo de vasos, en esta necrópolis, fueron utilizados principalmente para resguardar las cenizas de mujeres adultas. Ejemplo de ello es la Incineración XV de Can Partit en la que fueron depositados los restos óseos de una mujer adulta, junto a los de un bebé, que murió con una edad inferior a los seis meses (Gómez Bellard *et al.* 1990: 117-118). En esta sepultura doble, en la que parece que tanto el proceso de cremación como el de deposición de los restos óseos se realizaron de forma simultánea, es probable que la mujer y el bebé enterrados fueran una madre y un hijo, que pudieron fallecer en un momento próximo al parto o posterior al mismo (Fernández y Costa 2004: 376). De este modo, la presencia de una criatura de tan corta edad (<6 meses) en un tipo de tumba que, principalmente, estaba reservado a las mujeres adultas podría estar justificada por la presencia de su madre.



Fig. 8.6. Puig des Molins. *Kantharos* de *bucchero nero*, documentado en los estratos de relleno de la Inc. n°IIa de Can Partit (Fotografía: MAEF).

Las otras dos cremaciones depositadas en urnas Cruz del Negro, pertenecientes a individuos no-adultos, son la Incineración n°1 de 1976 y la Incineración n°V de Can Partit. En la primera, se depositaron los restos óseos de un juvenil femenino, de unos 17-18 años (Fernández *et al.* 1984), mientras que en la segunda se documentaron los restos óseos de una puberal femenina, con una edad estimada entre los 12 y los 14 años (Gómez Bellard *et al.* 1990: 102-104). Por tanto, si se tiene en cuenta que esta forma de enterramiento estaba destinada, principalmente, a albergar los restos de mujeres adultas, el hecho de que una puberal y una juvenil recibieran sepultura, según esta variable del ritual, podría reflejar que ambas ya eran consideradas mujeres en el momento de su muerte, lo que refuerza la hipótesis de que la llegada de la pubertad podía ser uno de los momentos que podía marcar el paso de la infancia a la adultez en el caso de las niñas.

Con excepción de las sepulturas señaladas anteriormente, parece que en el resto de ocasiones los restos óseos de los individuos no-adultos fueron depositados directamente en las tumbas, sin presentar ningún recipiente ni envoltura que los protegiera. Como ocurrió en el caso de los adultos, los sujetos inmaduros fueron, predominantemente, enterrados en cavidades naturales, retocadas, artificiales, en hoyos en la tierra o, directamente, sobre el terreno (tab. 8.3). De hecho, hasta el momento, solamente se ha registrado un único caso en que los restos de un infantil fueron albergados en un tipo de tumba más monumental. Se trata de la Incineración IIa de Can Partit, una fosa con canal que, en primer lugar, fue utilizada para realizar la cremación primaria de una mujer adulta siendo reabierto, poco tiempo después, para depositar los restos óseos de una niña o niño, que murió entre los dos y los cinco años (Gómez Bellard *et al.* 1990: 94-96).

Aunque, durante el período arcaico, no era habitual colocar elementos de ajuar junto a los difuntos, en diversas sepulturas infantiles fueron depositados algunos objetos, que permiten plantear parte de las acciones rituales que pudieron desarrollarse durante sus funerales. Este es el caso de las *oil bottles*, documentadas en tres sepulturas de criaturas que murieron entre el momento del nacimiento y los dos años de edad. Esto parece indicar que la unción de los cadáveres era una práctica realizada en los rituales funerarios de algunas niñas y niños que fallecieron a muy corta edad. Aparte de estos elementos, otros vasos cerámicos localizados en las tumbas infantiles podrían relacionarse con la realización de ofrendas alimentarias, tal y como parece evidenciar el plato colocado en la Incineración n° XVII



Fig. 8.7. Puig des Molins. Elementos de adorno procedentes de diversas cremaciones arcaicas de individuos no-adultos. a) Colgante de plata en forma de nicho de la Inc. XXV (Gómez Bellard *et al.* 1990: lám. LXVIII); b) Colgante circular en plata de la Tumba nº63 (Mezquida 2022: lám. 8, 02/63); c) Dos *Cypraea*, varillas y *bird cage* de la UE 38 (Ramon 2008: fig. 9).

de Can Partit, junto a los restos óseos de un individuo que murió en torno a los dos o tres años (Gómez Bellard *et al.* 1990: 119).

Entre los vasos cerámicos depositados junto a los restos óseos de los más pequeños destaca, por su excepcionalidad, un *kantharos de bucchero nero*, que fue documentado en los niveles superficiales de la Incineración IIa de Can Partit, perteneciente a un niño o niña que falleció entre los dos y los cinco años (fig. 8.6). En el momento del hallazgo, el vaso estaba fragmentado. De este modo, su posición superficial en el contexto estratigráfico y su estado fragmentario, podrían señalar que fue utilizado para realizar una libación, durante la ceremonia de clausura de la sepultura (Gómez Bellard *et al.* 1990: 94-95; 144-147). En relación con este recipiente, es interesante señalar que constituye una de las únicas piezas de importación de la necrópolis arcaica (Gómez Bellard *et al.* 1990: 94-95; 144-147), por lo que su presencia en la sepultura de un individuo que falleció a temprana edad, permite sugerir que este podía pertenecer a una familia de cierto estatus social.

Durante el período arcaico, tampoco era habitual enterrar a los difuntos con elementos de joyería y/o adorno personal. Sin embargo, es interesante señalar que, en los



Fig. 8.8. Puig des Molins. Tumba nº67. a) Cremación secundaria en hoyo en la tierra de un individuo infantil, 5-10 años (Mezquida 2016: 372); b) Cipo colocado sobre la sepultura (Mezquida 2022: lám.13, 01/67).

casos en que este tipo de objetos se han documentado, siempre acompañaron a mujeres o a individuos no-adultos. Pese a la existencia de esta tendencia, pautada por criterios de género y edad, la presencia de este tipo de elementos no constituía una norma en los enterramientos de los sujetos inmaduros, pues solamente el 33% de ellos fueron acompañados por este tipo de objetos. Entre las joyas, las más habituales fueron los aretes, las cuentas de collar y los colgantes de plata. En relación con estos últimos, se utilizaron tanto tipos típicamente fenicios (Fig. 8.7, a-b), como procedentes de otras áreas geográficas, tal y como refleja el colgante jaula (*bird cage*) de la tumba UE38 de la Vía Romana 47, que apareció junto a dos varillas con anillos en los extremos, elementos característicos del Ibérico Antiguo peninsular, que pudieron llegar a Ibiza desde el área catalana (fig. 8.7, c) (Ramon 1994-1996: 416; 2008: 44-45). Este último tipo de colgantes es especialmente interesante pues, en su interior, solían albergar una bolita metálica con el objetivo de hacerlos sonar con el movimiento, por lo que pudieron ser agitados por las niñas y

niños a modo de sonajeros. De este modo, los colgantes de tipo jaula, debieron tener usos y funciones similares a los de las campanitas, funcionando como elementos lúdicos y apotropaicos, que con su tintineo distraían, pero también protegían a los más vulnerables de estas comunidades.

Volviendo a los funerales de los individuos no-adultos, es posible que, tras finalizar los entierros, algunas sepulturas pertenecientes a niñas y niños fueran visitadas por sus familiares y seres queridos. La materialización de estas visitas destinadas a honrar la memoria de los más pequeños se manifiesta en la presencia de marcadores funerarios, como el erigido en la Tumba nº67 (Mezquida 2016: 2: 370-373; 2022: lám. 13). Se trata de una cremación secundaria perteneciente a un infantil, que falleció con una edad comprendida entre los cinco y los diez años, sobre la que se colocó un cipo con la finalidad de hacer visible la tumba (fig. 8.8).

c) Las sepulturas de inhumación (finales del s. VI-s. II a.C.)

A partir del último tercio del s. VI a.C., la inhumación se convirtió en el ritual mayoritariamente utilizado para enterrar a los difuntos en la necrópolis del Puig des Molins. Por tanto, no es de extrañar que, entre finales del s. VI y el s. II a.C., los individuos no-adultos fueran predominantemente inhumados, principalmente en recipientes anfóricos (48%) y en fosas (45%) y, en una minoría de casos, en el interior de hipogeos (5%).

c.1. Los hipogeos

Frente a la situación observada en algunos cementerios sicilianos, como Palermo y Lilibeo, o sardos, como Tuvixeddu, Othoca y Villamar, en los que era bastante habitual enterrar a los individuos inmaduros en el interior de las cámaras hipogeicas, la documentación disponible en el Puig des Molins sobre las inhumaciones infantiles

en hipogeos es muy escasa. De hecho, hasta el momento, solo se conocen con seguridad dos tumbas de este tipo donde fueron inhumados dos individuos de corta edad (tab. 8.5). Aparte de estas dos sepulturas, también se han documentado tres enterramientos en ánforas, que fueron depositados en cámaras hipogeicas, pero sobre estos se hablará en el siguiente apartado, dedicado al estudio de los *enchytrismoi* (véase § c.2).

La primera tumba hipogeica, donde se ha localizado un enterramiento infantil, se encuentra en el sector del carrer Lleó 10-12, lugar donde fueron emplazados los primeros hipogeos excavados en la necrópolis (fig. 8.5, b). Se trata de un conjunto de seis sepulturas (5, 6, 7, 7a, 7b y 7c), de las que solamente fueron excavadas la 5, la 6 y la 7, siendo esta última de especial interés para la presente investigación (fig. 8.9, a). En su cámara sepulcral fue inhumado un adulto, que presentaba como ajuar un cuenco, una jarra y una navaja de afeitar de bronce (Gómez Bellard *et al.* 1990: 85; Costa 2014: 181). Tras la clausura de la cámara y, al parecer, poco tiempo después de la misma, el pozo del hipogeo fue reabierto para depositar en su interior una inhumación infantil (Gómez Bellard *et al.* 1990: 85).

Entre los materiales encontrados en el interior del pozo se han podido distinguir dos conjuntos. El primero de ellos estaba compuesto por un prótomo femenino, media cáscara de huevo de avestruz, un escarabeo de pasta azul de Naucratis, un amuleto con representación del dios Thot, 28 cuentas de collar de pasta vítrea y 2 conchas marinas (fig. 8.9, b). Estos elementos estaban perfectamente agrupados y fueron cuidadosamente depositados junto al cadáver infantil, lo que parece señalar que pudieron conformar el ajuar del niño o niña aquí inhumado. Por el contrario, el segundo grupo de materiales

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos cerámicos	Joyas y amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Pozo Hipogeo 7 Ll. 10/12 83/84	Infantil	IPH	Ungüent. Eb.12 3 platos 1 cuenco Ánfora PE-12 Ánfora R-1	28 cc pv Thot Escarabeo 2 conchas	Prótomo femenino Huevo de avestruz	f. VI-i.V	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Costa <i>et al.</i> 1991; Costa 2014
2	Hipogeo nº 52 1923	Huesos de un niño	ICH	-	cc	-	No det.	Fernández 1992

Tab. 8.5. Puig des Molins. Inhumaciones infantiles en hipogeos (finales s. VI-principios del V a.C.).

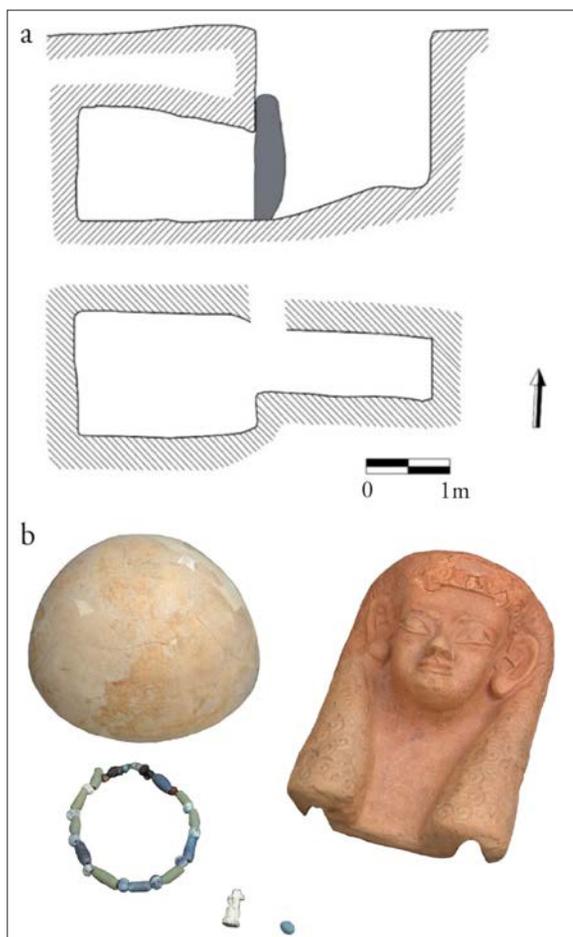


Fig. 8.9. Puig des Molins. Inhumación infantil del pozo del Hipogeo nº 7 del carrer Lleó 10-12. a) Sección y planta del hipogeo (Costa *et al.* 1991: fig. 25); b) Prótomo femenino, huevo de avestruz, amuleto del dios Thot, escarabeo y cuentas de collar de pasta vítrea (Fotografía: MAEF).

estaba formado por un conjunto de cerámicas revueltas, que ofrecen información sobre las prácticas funerarias que pudieron desarrollarse durante el sepelio. Entre estas destaca la presencia de un ungüentario, que pudo ser utilizado para ungir el cadáver antes de su deposición en la sepultura, mientras que el resto de vasos cerámicos se relacionan con la esfera de la comensalidad, destacando entre ellos la presencia de fragmentos de platos, de un cuenco y de dos ánforas (Gómez Bellard *et al.* 1990: 85-87). De este modo, estos elementos podrían constituir los restos materiales de las ofrendas alimentarias realizadas al pequeño/a difunto/a o de la celebración de un banquete, que pudo darse durante el desarrollo del funeral y de forma previa al cierre del pozo.

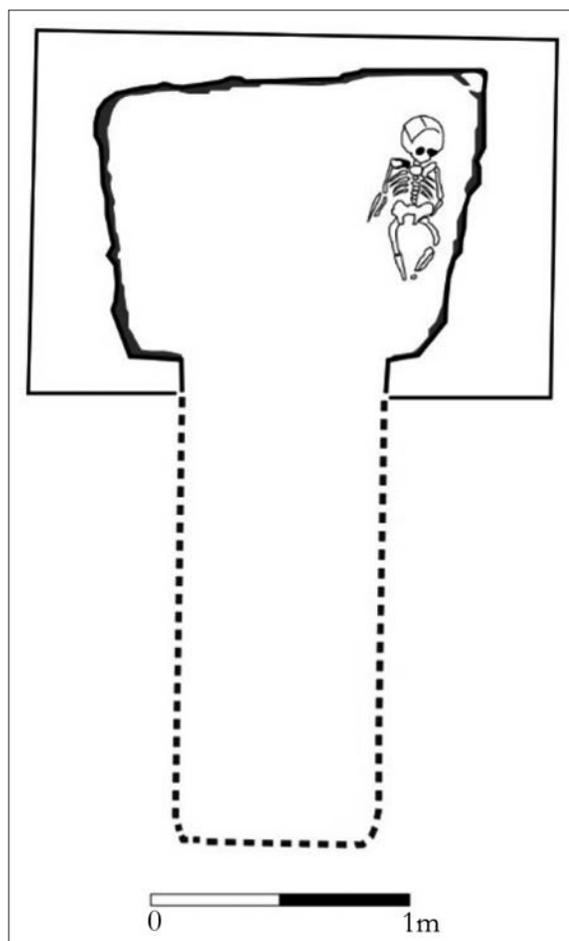


Fig. 8.10. Puig des Molins. Hipogeo nº 52 de 1923 (a partir de Costa y Fernández 2003b: lám. XII, 2).

Aparte de este enterramiento, en el Puig des Molins, solamente se ha documentado otro caso en que un infantil fue inhumado en el interior de una estructura hipogea. Se trata del Hipogeo nº52 de la campaña de excavaciones de 1923, cuyas exiguas dimensiones parecen indicar que fue construido de forma expresa para contener el cuerpo de un niño o niña, que falleció a temprana edad: *su cámara es de muy reducidas dimensiones, ya que en su cara anterior mide 1,25 m, en la posterior 1,50 m, en la lateral derecha, 1,10 m y en la izquierda 0,98 m* (Fernández 1992: I: 222). Además, en su interior, aparecieron únicamente *los huesos de un niño* (Fernández 1992: I: 222) y algunas cuentas, que pudieron formar parte de un collar y/o brazaletes con el que el pequeño cadáver pudo ser inhumado (fig. 8.10).

La escasez de datos disponibles sobre las inhumaciones infantiles en hipogeos, en este cementerio, ha sido considerada por algunos autores como una evidencia de que este tipo de tumbas habría estado destinado, preferentemente, a enterrar a personas adultas (Fernández 1992: II: 270). Sin embargo, esto parece constituir un tópico recurrente, que se ha mantenido en la tradición oral, pues, como ya se ha señalado, la mayoría de cámaras hipogeicas fueron excavadas durante las campañas desarrolladas durante la primera mitad del s. XX, momento en que no se realizaron análisis antropológicos y en el que las noticias arqueológicas, generalmente, no hacían referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las tumbas. De este modo, actualmente,

no existen evidencias osteológicas determinantes que permitan afirmar, con seguridad, que en esta necrópolis el uso de este tipo de sepulturas estaba destinado, principalmente, a inhumar a personas que fallecieron durante la adultez.

De hecho, algunos objetos localizados en diversas cámaras hipogeicas excavadas durante las campañas antiguas, como las campanitas de bronce, que en otro tipo de tumbas como los *enchytrismoi* y las fosas (véanse § c.2 y c.3), generalmente, han aparecido asociadas a individuos infantiles, permite plantear que es posible que en los hipogeos 26, 42 y 52, excavados por José M^a Mañá de Angulo en 1946 (Gómez Bellard 1984), y en las cámaras 12, 23, 47 y 48, excavadas por Carlos Román Ferrer entre 1921-1929 (Fernández 1992: I), también se llevara a cabo la inhumación de algunas niñas y niños.

Aparte de las campanitas, en las excavaciones realizadas durante la primera mitad del s. XX se hallaron otro tipo de objetos, posiblemente, procedentes de tumbas hipogeicas, que pudieron funcionar como juguetes y, por tanto, materializar la presencia infantil en las cámaras. Este es el caso de las muñecas que, en este cementerio, están representadas por dos modelos diferentes. Las primeras son las corintias, muy comunes en los asentamientos



Fig. 8.11. Puig des Molins. Juguets. a) Muñeca de tipo corintio, contexto desconocido; b) Muñeca acampanada, con piernas móviles, procedente del Hipogeo 17 de la campaña de 1946 (Fotografías: Aurora Rivera-Hernández).



Fig. 8.12. Puig des Molins. Juguets. a) *Askós* reconvertido en un carrito, contexto desconocido; b) Figurillas zoomorfas, que pudieron componer un móvil, procedentes del Hipogeo 2 de la campaña de 1924 (Fotografías: Aurora Rivera-Hernández).

griegos, sobre todo, durante el s. V a.C. (Almagro Gorbea 1980: 149). Estas se caracterizaban por tener las extremidades móviles, tal y como demuestra la presencia de orificios a los que estaban anudadas. Además, debieron estar pintadas con diversos colores, característica que las convertiría en elementos más atractivos para el juego, tal y como muestra el ejemplar procedente del Puig des Molins, que aún conserva policromía negra y marrón en la zona del polos y el cabello (fig. 8.11, a). Esta muñequita procede de la antigua colección de Juan Román y Calvet, quien excavó un número indeterminado de hipogeos durante 1909 (Fernández 1992: I: 34).

El segundo tipo de muñecas son las de tipo acampanado que, en este cementerio, generalmente, se han datado entre los ss. III y II a.C. (Almagro Gorbea 1980: 178-180; Gómez Bellard 1984: 68-69; Fernández 1992: II: 101). Como su nombre indica, estas se caracterizan por tener el cuerpo de forma campaniforme y por presentar dos perforaciones transversales en su parte baja, a las que debían ir anudadas las piernas móviles. Este tipo de muñecas también tenían una perforación, en la parte superior de la cabeza, o dos paralelas, más o menos a la altura de las sienas, probablemente, para ser suspendidas a modo de marionetas (fig. 8.11, b). Aunque las muñecas acampanadas del Puig des Molins no han conservado restos de policromía, un ejemplar de este mismo tipo, procedente de la necrópolis sarda de Tharros, se caracteriza por su rica decoración pintada, en la que destacan los tonos blanquecinos, negros y rojizos (Pla Orquín 2017: fig. 408). En el Puig des Molins, este tipo de muñecas se han documentado en diversas cámaras hipogeicas, excavadas tanto por Carlos Román Ferrer –Hipogeo 4 de 1922, Hipogeo 41 de 1923 e Hipogeo 11 de 1925– (Fernández 1992: I: 127; 212; 292; 294)– como por José M^a Mañá de Angulo –Hipogeo 17 e Hipogeo 21 de 1946– (Gómez Bellard 1984: 59; 77). En relación con la asociación contextual de estos objetos con las personas enterradas en las cámaras, destaca el Hipogeo 21 de 1946, en el que la muñeca fue hallada junto a un sarcófago, en el que fueron inhumados un niño –según Mañá en el interior de un ánfora (véase § c.2)– y un individuo adulto (Gómez Bellard 1984: 77).

En relación con los juguetes que pudieron proceder de las cámaras hipogeicas, en último lugar, destacan los carritos y las figurillas zoomorfas. Entre los primeros, destaca un *askós* que representa un caballito de terracota. Aunque su contexto exacto se desconoce, se sabe que fue descubierto durante las excavaciones de 1922, campaña

en la que se excavaron 29 hipogeos (Fernández 1992: I: 101-162). Esta figurilla presentaba las patas perforadas, posiblemente, para poder introducir un eje en el que colocar las ruedas, lo que parece indicar que pudo constituir un carrito zoomorfo, similar a los utilizados en ámbito griego y romano por algunas niñas y niños durante su primera infancia (fig. 8.12, a).

Por lo que respecta a las figurillas zoomorfas, es especialmente singular un conjunto de animalillos fabricados en cerámica procedentes del Hipogeo 2 de la campaña de excavación de 1924 (fig. 8.12, b). Estas terracotas, en cuestión, representan dos peces, un ave y una figura de difícil interpretación que, según diferentes autores/as, ha sido interpretada como un molusco, parte de una estrella de mar o una planta marina (Astruc 1957: 155; 175; Almagro Gorbea 1980: 293-295; Fernández 1992: I: 248-249). Sin embargo, el rasgo más llamativo de estas figurillas es que todas ellas presentan orificios de suspensión. Esta particularidad, junto a la posición agrupada en que fueron halladas en el interior de la cámara hipogeica, permite hipotetizar que pudieron formar parte de un mismo móvil –cuyas piezas pudieron estar unidas por elementos de naturaleza perecedera, como cuero, fibras vegetales y madera– que, con su movimiento, pudo servir para entretener a un niño o niña. Aunque, en este caso, no tenemos noticia sobre las personas inhumadas en este hipogeo, el hallazgo en su interior de diversos elementos relacionados con el ámbito femenino y de la primera infancia –como un amuleto del dios Bes, otro de la gata Bastet, dos de mujeres dando a luz y tres espejos– dan más fuerza a la interpretación lúdica de este conjunto de terracotas (Rivera-Hernández ep).

c.2. *Los enchytrismo*

Del mismo modo que ocurrió en la mayoría de necrópolis sardas y sicilianas, en el Puig des Molins, una de las prácticas más utilizadas para enterrar a los miembros más pequeños de la comunidad, a partir del s. V a.C., fue la de inhumarlos en el interior de recipientes anfóricos. Reflejo de ello es la presencia de 21 individuos infantiles, que fueron inhumados en el interior de ánforas, y de 57 vasos, que pudieron albergar los cadáveres de niñas y niños de corta edad, que no se conservaban en el momento de su excavación. Las estimaciones de edad realizadas demuestran que, en este cementerio, se seguía una pauta similar a la observada en otros centros, como Palermo y Monte Sirai, donde esta forma de enterramiento estaba destinada a enterrar a infantiles que fallecieron antes de alcanzar los siete años de edad (tab. 8.6).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Tumba nº3 Zona I-2006	0-2a	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.1.2/ T-1.3.2.3/ T-8.1.1.1	-	-	-	VI-IV	Mezquida 2016; 2022
2	Tumba nº5 Zona I-2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.1.2/ T-1.3.2.3/ T-8.1.1.1/ T-8.1.1.2.	-	-	-	VI-III	Mezquida 2016; 2022
3	Ánf. Fosa nº1 CP/85-86	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.2.3	-	-	-	V	Costa 1991
4	Tumba nº35 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún.	Cuenco	-	-	V	Mezquida 2016; 2022
5	Tumba nº18 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.2.3.	Cuenco	-	-	f. V	Mezquida 2016; 2022
6	Tumba nº44 Zona I-2006	Infantil	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.2.3/ T-8.1.1.1	-	-	Campanita Br	V-IV	Mezquida 2016; 2022
7	ALS-16 ALS-1978	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	-	-	-	V-IV	Ramon 1996
8	Tumba nº6 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	-	-	-	V-IV	Mezquida 2016; 2022
9	Tumba nº41 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	-	-	Concha	V-IV	Mezquida 2016; 2022
10	Tumba nº4 Zona I-2006	0-6m	IE	Ánfora Ibérica	-	-	-	V-II	Mezquida 2016; 2022
11	Tumba nº19 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-4.2.1.10.	-	Arete 5 Brazaletes	-	IV	Mezquida 2016; 2022
12	Tumba nº21 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	-	-	-	IV	Mezquida 2016; 2022
13	+16 Ánf. Sector Ánforas 1946	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	?	?	?	IV?	Gómez Bellard 1984; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989
14	+5 Ánf. Sector Ánforas 1950	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	?	?	?	IV?	Gómez Bellard 1984; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989
15	+18 Ánf. Sector Ánforas 1951	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	?	?	?	IV?	Gómez Bellard 1984; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
16	Tumba nº68 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	Biberón	-	-	IV-III	Mezquida 2016; 2022
17	Tumba nº9 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.2.1.	-	-	-	IV-III	Mezquida 2016; 2022
18	Tumba nº8 Zona I-2006	7-9m	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.2.1/ T-8.1.3.1/ T-8.1.3.2	-	1 cc pv	Concha	IV-II	Mezquida 2016; 2022
19	Tumba nº73 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	IV-II	Mezquida 2016; 2022
20	Inh. Inf.4 (A2) NO/C2-82	<6m	IE	Ánf.com.pún. T-1.3.2.3/ T-8.1.1.1	Ungüent.	2 Brazaletes 1 cc pv	2 monedas perf.	III	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990 Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989 Campo <i>et al.</i> 2011
21	Inh. Pún. nº1 LI.10/12-83/84	Infantil	IE	Ánf.com.pún.	-	-	Moneda perf. Concha	f. III	Costa 2014
22	Tumba nº14 Zona I -2006	Probable		Ánf.com.pún. T-8.1.1.1.	-	-	Ungüent.	III	Mezquida 2016
23	Tumba nº32 Zona I-2006	2-3a	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.3.1	Biberón	2 cc pv	-	III-II	Mezquida 2016
24	Tumba nº17 2007	Infantil	IE	Ánf.com.pún. T-7.2.1.1.	-	Cipo Mano figa Bellota 2 Paloma 13 cc pv Brazalete Br	-	f. III-II	Mezquida 2014
25	Tumba nº11 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.3.1/ T-8.1.3.2	-	1cc Anillo Arete	Campanita	III-II/I	Mezquida 2016; 2022
26	Tumba nº10 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún. T-9.2.1.1/ T-9.2.1.2	-	-	-	III-II	Mezquida 2016; 2022
27	Enchytrismós Hipogeo 21 1946	Niño	IECH	?	*	*	Figurilla acampanada*	III-II	Gómez Bellard 1984
28	Ánf.1 (Hip.1A) LI.10/12-83/84	Infantil	IECH	Ánf.com.pún. T-8.1.3.2.	-	-	Moneda perf. 2 medallones arcilla	II	Campo <i>et al.</i> 2011; Costa 2014
29	Ánf.2 (Hip. 1A) LI.10/12-83/84	Infantil	IECH	Ánf.com.pún. T-8.1.3.2.	?	?	?	II	Costa 2014

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
30	ALS-1 ALS-73	Infantil	IE	Ánf.com.pún. T-8.1.3.1./ T-8.1.3.2.	-	6 cc pv	Moneda perf.	II	Ramon 1996
31	Inh. Inf. Ánf. NO/AB-83	Infantil	IE	Ánf.com.pún.	?	?	?	?	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
32	Tumba nº22 Zona I -2006	2-7a	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
33	Inh. nº7 Subsuelo-2005	Infantil	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Mezquida 2006
34	Inh. nº16 Subsuelo-2005	Infantil	IE	Ánf.com.pún.	-	5 cc	-	No det.	Mezquida 2006
35	Inh. Inf. Ánf.1 Zanja1-1925	Infantil	IE	Ánf.com.pún.	-	Anillo Fe cc 2 aretes Ag	-	No det.	Fernández 1992
36	Inh. Inf. Ánf.2 1925	Infantil	IE	-	-	-	-	No det.	Román Ferrer 1927
37	Inh. Inf. Ánf.3 1925	Infantil	IE	-	-	-	-	No det.	Román Ferrer 1927
38	Inh. Inf. Ánf. 1926	Infantil	IE	-	-	cc	-	No det.	Fernández 1992
39	Inh. Inf. Ánf. 1929	Infantil	IE	-	-	-	-	No det.	Fernández 1992
40	Tumba nº17 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
41	Tumba nº34 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
42	Tumba nº54 Zona I -2006	Probable	IE	Ánf.com.pún.	-	-	-	No det.	Mezquida 2016; 2022

Tab. 8.6 (viene de páginas anteriores). Puig des Molins. *Enchytrismo* (ss. V-II a.C.).

Para introducir los cuerpos de los pequeños en el interior de los recipientes anfóricos, en el Puig des Molins, se realizó el mismo procedimiento ya visto en otros cementerios sardos y sicilianos: los vasos eran cortados transversalmente, se colocaban algunas piedras a modo de calzo para asegurar la estabilidad del recipiente y, tras introducir el cadáver, la fractura era tapada con una piedra grande o con los propios fragmentos anfóricos. Habitualmente, las ánforas que funcionaron como ataúdes

fueron contenedores púnicos, aunque en un caso –T. nº4 de 2006– se utilizó un ánfora ibérica (Mezquida 2016: 136-139; 418).

Generalmente, los enterramientos en *enchytrismo* fueron depositados en fosas poco profundas excavadas en el suelo de la necrópolis (96%), aunque en una minoría de ocasiones (4%) las ánforas se colocaron en el interior de cámaras hipogeicas. Entre estos últimos casos, destaca el *enchytrismós* realizado en el Hipogeo 21 de



Fig. 8.13. Puig des Molins. Elementos de adorno personal del niño o niña inhumado en el ánfora 2 (A2) de la cata C2: dos brazaletes, dos aretes, una cuenta de collar y dos monedas perforadas (Fotografías: MAEF).

1946, ya que el cadáver del individuo infantil no solo fue protegido con el ánfora, sino que esta también fue introducida en un sarcófago –ubicado en la pared norte del hipogeo– que el niño o niña compartió con un individuo adulto (Gómez Bellard 1984: 77).

Los pequeños/as que fueron inhumados según esta forma de enterramiento, habitualmente, fueron acompañados por joyas, amuletos y otros elementos, que pudieron estar dotados de carácter apotropaico. Este tipo de objetos se han registrado en el 52% de las sepulturas destacando, entre todos ellos, la presencia de aretes, brazaletes, cuentas de collar, amuletos de diversas tipologías, conchas y alguna campanita. Asimismo, también se ha documentado la presencia de monedas que siempre aparecen perforadas, lo que parece sugerir que debieron formar parte de los collares y pulseras con que los frágiles cadáveres pudieron ser inhumados (fig. 8.13).

En contraste con la elevada presencia de elementos de adorno personal, en este tipo de enterramientos los vasos cerámicos no fueron nada habituales. De hecho, solamente dos niños fueron acompañados por recipientes, que pudieron estar implicados en el desarrollo de las ceremonias fúnebres, tal y como refleja el ungüentario de la inhumación infantil (A2) (Gómez Bellard *et al.* 1990: 42), o relacionados con la realización de ofrendas alimentarias a los difuntos, como evidencia la presencia

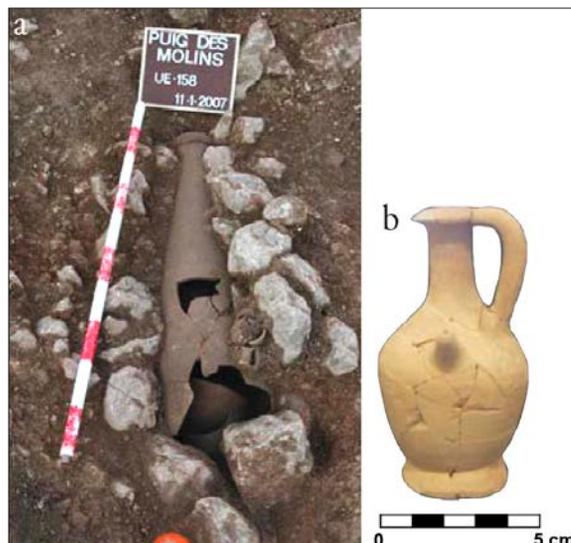


Fig. 8.14. Puig des Molins. Tumba nº32 de la Zona I de 2006. a) Inhumación en *enchytrismós* (Mezquida 2022: fig. 113); b) Biberón (Mezquida 2022: lám. 29, 04/32).

de un vaso-biberón localizado en la tumba nº32 de 2006 (fig. 8.14) (Mezquida 2016: 243-246; 463-466; 2022: lám. 29). Entre los elementos cerámicos presentes en este tipo de sepulturas, es excepcional la muñequita campaniforme, documentada cerca del sarcófago donde fue introducido el *enchytrismós* del Hipogeo 21 de 1946 (Gómez Bellard 1984: 77).

En el Puig des Molins, la totalidad de enterramientos infantiles que, en el presente trabajo, se han considerados probables son *enchytrismoi*. Ello se debe a que, en este cementerio, los contenedores que pudieron contener los restos óseos de los pequeños se han visto especialmente afectados por las labores agrícolas u otras remociones de terreno, pudiendo ser incluso destruidos durante las excavaciones arqueológicas, efectuadas a principios del s. XX, en las que la metodología de excavación empleada consistía en el trazado de trincheras paralelas, con el fin de localizar las bocas de acceso a los pozos de los hipogeos (Fernández 1992).

Pese a la ausencia de restos óseos en el interior de las ánforas, algunas características propias de los *enchytrismoi* –como la posición horizontal de los vasos, la presencia de piedras que pudieron funcionar a modo de calzo y el tipo de corte que presentan los recipientes– permitirían argumentar, con mayor seguridad, que estos pudieron haber contenido inhumaciones infantiles. Teniendo en

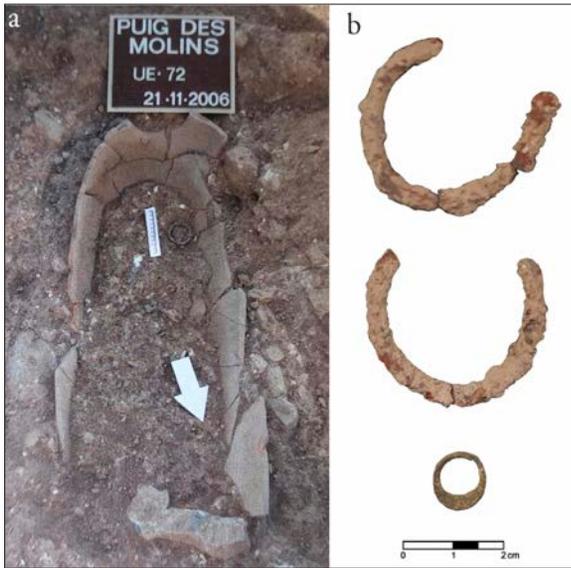


Fig. 8.15. Puig des Molins. Probable *enchytrismós* T.19 de la Zona I de 2006. a) Estado en el que se documentó el ánfora; b) Parte de los ornamentos personales, que debieron adornar el pequeño cuerpo: dos brazaletes y un arete (Mezquida 2022: lám. 22).

cuenta dichos criterios, en el presente trabajo, se ha podido comprobar que el 82% de los *enchytrismo*i probables, en el momento de su hallazgo, presentaban estas particularidades, lo que parece aumentar la probabilidad de que hubieran contenido pequeños cadáveres, que no se han conservado como consecuencia de diversos

procesos posdeposicionales (véanse, Costa 1991; Mezquida 2016). Esta hipótesis, asimismo, se ve reforzada a partir de la presencia de diversos elementos de ajuar en algunas de estas ánforas vacías, tal y como muestran las tumbas nº 11, 14, 18, 19, 35, 41 y 68 de 2006 (Mezquida 2016; 2022), donde se han documentado vasos cerámicos, joyas y otros objetos, como campanitas, que, precisamente, suelen aparecer acompañando a los niños y niñas inhumados en las ánforas (fig. 8.15).

Un último aspecto que analizar en relación con este tipo de enterramientos es el de su distribución espacial dentro del cementerio. En las campañas desarrolladas por José M^a Mañá de Angulo, entre 1946 y 1951, se localizó un área de la necrópolis que, al parecer, estuvo destinada de forma exclusiva a la deposición de enterramientos infantiles en el interior de recipientes anfóricos. Esta zona, conocida como “sector ánforas” o “zanjas chipriotas”, fue ubicada en un área superpuesta a la necrópolis arcaica de incineración y, en su interior, fueron depositados, al menos, 39 *enchytrismo*i. A partir de las descripciones realizadas por este arqueólogo en sus memorias, las ánforas han sido identificadas con el tipo T-8.1.1.1 de Joan Ramon, lo que permitiría datar la mayoría de estos enterramientos en torno al s. IV a.C. (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 225; Fernández 1992: II: 270). Aunque, en la presente investigación estas sepulturas se han considerado “probables”, es interesante señalar la existencia de esta concentración de *enchytrismo*i, descrita por su excavador como

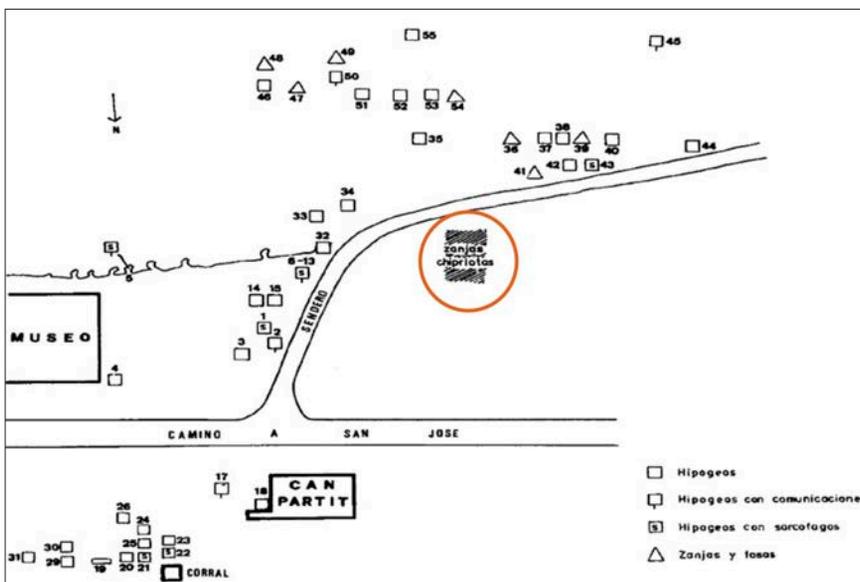


Fig. 8.16. Puig des Molins. Ubicación del “sector ánforas” o “zanjas chipriotas”, excavado por José María Mañá de Angulo entre 1946 y 1951 (a partir de Gómez Bellard 1984: fig. 3).

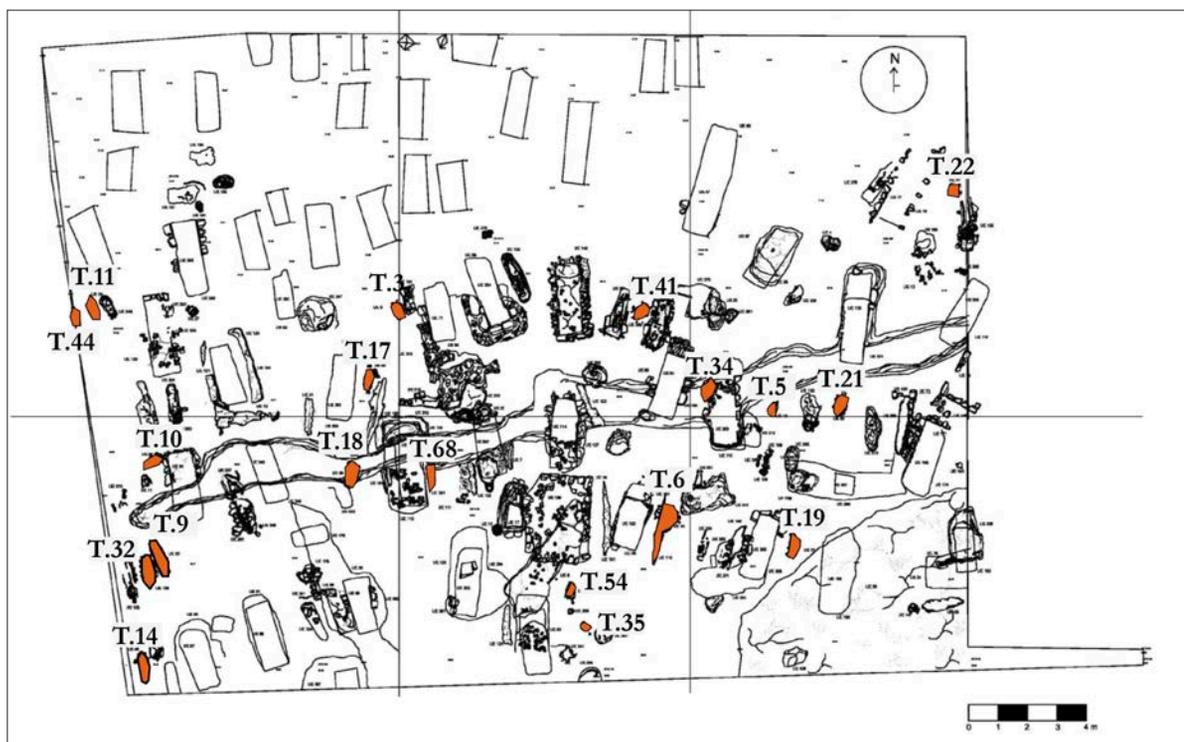


Fig. 8.17. Puig des Molins. Distribución de los *enchytrismo* en la Zona I excavada en 2006 (a partir de Mezquida 2022: figs. 7: 62).

una pequeña necrópolis infantil (Mañá 1953: 123), que podría tener sus mejores paralelos en la necrópolis sarda de Su Fraigu, en Cerdeña, o en el sector destinado a depositar este tipo de enterramientos del cementerio siciliano de Mozia (fig. 8.16).

Pese a la posible existencia de esta agrupación de *enchytrismo*, la documentación obtenida en las campañas de excavación modernas muestra que este tipo de tumbas no se concentraron, exclusivamente, en un sector determinado de la necrópolis, sino que también se distribuyeron por todo el área del cementerio, alternándose con las sepulturas de los adultos (fig. 8.17). De este modo, la existencia del “sector ánforas” podría indicar que, durante el s. IV a.C., se dio cierta tendencia a agrupar las inhumaciones infantiles en recipientes anfóricos en un área concreta de la necrópolis, aunque la utilización de esta zona para depositar este tipo de enterramientos no debió constituir una rígida norma.

c.3. Las fosas

Después de los *enchytrismo*, las fosas constituyeron la forma más habitual para dar sepultura a los individuos no-adultos en la necrópolis del Puig des Molins. Reflejo de ello es la presencia de 20 sujetos inmaduros, que fueron

enterrados en este tipo de tumbas. En contraposición con los enterramientos en ánfora, que estaban destinados de forma exclusiva a infantiles que fallecieron con edades comprendidas entre el nacimiento y los siete años, en las fosas fueron enterradas desde criaturas, que murieron entre los seis y los 18 meses, hasta niños y niñas mayores e incluso juveniles, que pudieron alcanzar los 18 años de edad (tab. 8.7).

En este cementerio la tendencia habitual fue la de enterrar a los individuos no-adultos, de forma individual, en fosas simples excavadas a poca profundidad e incluso en oquedades naturales del terreno. Este último caso está bien representado por la inhumación infantil documentada en la cata B2, excavada en 1982, en la que un individuo de unos dos o tres años fue inhumado en una oquedad de la roca, posiblemente retocada (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 225; fig.1; Gómez Bellard *et al.* 1990: 40). A pesar de esta predisposición a las inhumaciones individuales, en dos casos –TT. n.º 16 y 43 de 2006– los pequeños fueron enterrados en fosas dobles o colectivas, bien junto a otros niños y niñas, bien junto a personas adultas. En la primera, se realizó una inhumación de un infantil, de unos seis años de

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep.	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Tumba nº40 Zona I -2006	2-18a	IF	2 cazos	Isis C.carnero Másc.silén/dem. Anillo Br 2 cc pv 3 aretes Ag	Campanita Br Varilla Br 4 rollos Pb Recipiente Ag	V-IV	Mezquida 2016; 2022
2	Inh. Inf. 1 NO/B2-82	2-3a	ION	Biberón	O. <i>udjat</i> Br 2 falos Altar 2 anforitas pv 6 cc pv Brazaletes Ag Arete Br	Campanita Br 2 Monedas perf. Fragm. Br indet.	IV	Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989; Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
3	Tumba 43(1)	±10a	IF	Cazo	Cipo 6 cc pv; Br	-	IV	Mezquida 2016; 2022
	Tumba 43(2) Zona I -2006	±10a						
4	Tumba nº48 Zona I -2006	2-18a	IF	-	Cipo 86 cc fayenza, Ag, ámbar, pv	Campanita Br Huevo avestruz	IV	Mezquida 2016; 2022
5	Inh.Pún. nº9 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF (ánf.)	?	?	?	IV-III	Costa 2014
6	Inh. Pún. nº22 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF	Ungüent.	falo cc	Moneda perf. Gota de Br 2 Nódulos Fe	IV-III	Campo <i>et al.</i> 2011; Costa 2014
7	Inh. Pún. nº27 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF	?	?	?	IV-III	Costa 2014
8	Inh. Pún. nº29 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF	?	?	?	IV-III	Costa 2014
9	Inh. Pún. nº32 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF	?	?	?	IV-III	Costa 2014
10	Tumba nº42 Zona I -2006	2-18a	IF	Cazo Tap.	-	-	m. II	Mezquida 2016; 2022
11	Inh. Pún. nº3 Ll. 10/12 83/84	Inf.	IF	-	Falo 3 cc	-	f. II	Costa 2014

Nº	Tumba	Edad	Rit. Tsep.	Vasos cerámicos	Joyas/ amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
12	Inh. Inf NO/B2-82	±5a	IF	-	1 cc Brazalete Br	-	No det.	Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989; Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990
13	16(1)	Ad.	IF	-	-	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
	16(2)	±6a						
	16(3) Zona I -2006	No det.						
14	Tumba nº25 Zona I -2006	6-18m	IF	-	2 cc pv	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
15	Tumba nº26 Zona I -2006	6-18m	IF	-	4 cc pv; hueso	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
16	Tumba nº31 Zona I -2006	2-18a	IF	-	--	-	No det.	Mezquida 2016; 2022
17	Inhum. nº6 Subsuelo 2005	Inf.	IF	-	5 cc	Campanita Br	No det.	Mezquida 2016; 2022
18	Inhum. nº17 2000-2003	Inf.	IF	-	-	Navaja afeitar Aguja Br.	No det.	Fernández y Mezquida 2004
19	Inhum. nº22 2000-2003	Inf.	IF	-	-	-	No det.	Fernández y Mezquida 2004

Tab. 8.7 (viene de página anterior). Puig des Molins. Inhumaciones en fosas simples de individuos no-adultos (ss. V-II a.C.).

edad, junto a dos personas mayores. Si bien el sexo de los adultos no ha podido ser establecido, la asociación de estos tres individuos, en el interior de la misma fosa, permite suponer que estos pudieron mantener algún tipo de vínculo afectivo y/o familiar en vida (Mezquida 2016: 183-186).

En la segunda –T. nº 43– se realizó la inhumación doble de dos niñas o niños, que murieron con, aproximadamente, diez años de edad. Estos fueron acompañados por un cazo de cocina, que pudo contener las ofrendas alimentarias destinadas a los pequeños, y por un amuleto de un cipo y seis cuentas de collar, que debieron formar parte de los ornamentos con que los cadáveres fueron adornados (Mezquida 2016: 281-284; 2022: figs. 103-104). Tras depositar los cuerpos de los pequeños en

el interior de la fosa, estos fueron protegidos mediante la colocación de dos grandes fragmentos anfóricos (fig. 8.18). Esta forma de proteger los cadáveres también fue utilizada en otras inhumaciones infantiles del Puig des Molins –TT. nº9 y nº3 del carrer Lleó 10-12–, así como en algunas necrópolis sicilianas como Lilibeo, donde algunos niños y niñas inhumados en fosas fueron cubiertos con fragmentos de ánforas (Bechtold 1999: 337-342; Costa 2014). Si se tiene en cuenta que los individuos de la T.43 fallecieron en torno a los diez años se podría hipotetizar que el uso de fragmentos anfóricos, a modo de cubierta, podía constituir una variable de los *enchytrismoi* destinada a individuos de mayor edad, cuyos cuerpos eran demasiado grandes para poder ser introducidos en el interior de los recipientes anfóricos.



Fig. 8.18. Puig des Molins. Tumba nº43 de la Zona I de 2006. Doble inhumación infantil en fosa, los cuerpos fueron protegidos por fragmentos anfóricos (Mezquida 2022: fig. 55).

El 75% de los sujetos inmaduros inhumados en las fosas fueron acompañados por algún elemento de ajuar. Entre estos destacó la presencia de joyas y elementos de carácter apotropaico, como cuentas de collar, amuletos con diversas representaciones, brazaletes, aretes, campanitas y monedas perforadas, que se han documentado en el 63% de las sepulturas (fig. 8.19). Por el contrario, los recipientes cerámicos fueron menos habituales pues, solamente, acompañaron al 38% de los sujetos no-adultos. Entre estos destaca la presencia de diversos vasos que pueden relacionarse con la realización de ofrendas alimentarias a los difuntos, como los cazos depositados en las TT. 40, 42 y 43 (Mezquida 2016; 2022) y un biberón que acompañó a un niño o niña que murió en torno a los dos o tres años de edad (fig. 8.19) (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 217-219).



Fig. 8.19. Puig des Molins. Parte del ajuar de la inhumación infantil procedente de la cata B2 de 1982: biberón, cuentas de collar, dos falos, anforita, ojo *udjat*, altar, campanita y dos monedas perforadas (Fotografías: MAEF).

d) La pervivencia de la cremación (finales del s. VI- inicios del s. IV a.C.)

La generalización de la inhumación no supuso la desaparición completa del ritual de la cremación que, en el Puig des Molins, fue utilizado para dar sepultura a una minoría de difuntos durante todo el período púnico (Fernández y Costa 2004: 329; Mezquida 2016: 70; 2022). Así, del mismo modo que algunos adultos, una minoría de individuos inmaduros fueron enterrados según este rito, tal y como muestra la presencia de seis sepulturas de cremación secundaria, datadas entre finales del s. VI y el s. IV a.C., en las que fueron depositados los restos óseos de algunas niñas y niños que fallecieron antes de alcanzar los 15 años de edad (tab. 8.8).

Frente a la época arcaica, durante este período, lo habitual era que los restos óseos de los sujetos inmaduros fueran depositados, de forma individual, en el interior de las sepulturas. De hecho, hasta el momento, solamente se ha documentado el caso de una sepultura doble. Se trata de la Incineración nº XIV de Can Partit en la que, en el interior de una fosa, fueron colocados los restos óseos de una mujer adulta junto a una criatura, que falleció antes de alcanzar los tres meses de edad. Aunque los análisis antropológicos no han permitido estimar con seguridad si el bebé falleció durante el período fetal o perinatal, se ha considerado que la mujer, probablemente, se encontraba en un etapa avanzada del embarazo (entre los siete y nueve meses) con un feto a término (Gómez Bellard *et*

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos	Joyas / amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Inc. nºXIII CP-85/86	2-3a	CSFRL	Ánfora Plato	12 cc pv 2 aretes Ag Colgante Ag	Campanita Br Aguja Br Cipo	f. VI-V	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Fernández y Costa 2004
2	Inc. XIV	Ad. 20-25a F (XIVa)	CSF	Cuenco	-	Navaja de afeitar Pieza de hueso	f. VI-p.m. V	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Fernández y Costa 2004
		0-3m/fetal (XIVb)						
3	Crem. Nº6 NO-2000	4-8m	CSF	Jarrito Cuenco	-	-	f.V	Mezquida <i>et al.</i> 2014
4	Urna Orejetas 1949	3-4a	CSU Orejetas	-	Falo Bastet 1 cc pv 2 aretes Ag 2 conchas	-	f. V-IV	Gómez Bellard 1983; Fernández 1992; Fernández y Costa 2004
5	Tumba nº57 Zona I-2006	4-6m	CSCN	-	Thot Cipo 6 anforitas hueso 13 cc pv; piedra	-	p.m.IV	Mezquida 2016; 2022
6	Tumba nº65 Zona I -2006	<15a	CSCN	-	-	-	VI-IV	Mezquida 2016; 2022

Tab. 8.8. Puig des Molins. Cremaciones secundarias de individuos no-adultos (finales del s. VI-IV a.C.).

al. 1990: 116-117; 154). Por tanto, es posible que esta se corresponda con otra tumba de una mujer y una criatura, que pudieron morir durante el parto o en un momento próximo al mismo.

Junto a los restos óseos cremados, se hallaron un pequeño cuenco, que podía haber contenido las ofrendas alimentarias o ser utilizado para la realización de una libación, una pieza en hueso, que pudo funcionar como el tapón de un recipiente de naturaleza perecedera, y una navaja de afeitar en bronce, que podría relacionarse con la depilación ritual de los cadáveres para purificarlos (Gómez Bellard *et al.* 1990: 116-117). Sin embargo, el rasgo más distintivo de esta sepultura, que la diferencia de otras excavadas en la necrópolis, es la importancia que se dio a su cierre y a la protección de los huesos: el entierro fue sellado por una capa compacta de arcilla roja y protegido con una estructura circular de piedras, que formaba un pequeño montículo (Gómez Bellard 1990: 116).

Si se tiene en cuenta que es posible que la mujer y el niño fallecieran de forma próxima al parto, que en estas comunidades era considerado un momento altamente impuro y contaminante, esta estructura funeraria pudo haber tenido el mismo objetivo que la gran piedra colocada en el vientre de la embarazada en la tumba 173 de Tuvixeddu (véase § 7.2.7, a.3): evitar que el espíritu de la mujer saliera de su tumba y perturbara el mundo de los vivos (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 64).

Con la excepción de esta incineración doble, en el resto de casos los individuos inmaduros recibieron sepultura de forma individual. Generalmente, los restos óseos de los pequeños fueron depositados de forma directa en el interior cavidades naturales –TT. nº57 y 65 de 2006– (Mezquida 2016: 332-335; 363-366; 2022: 67), de fosas simples –Cremación nº6 del 2000– (Mezquida *et al.* 2013) o de fosas con resaltes laterales –Incineración nºXIII de Can Partit– (Gómez Bellard *et al.* 1990: 113).

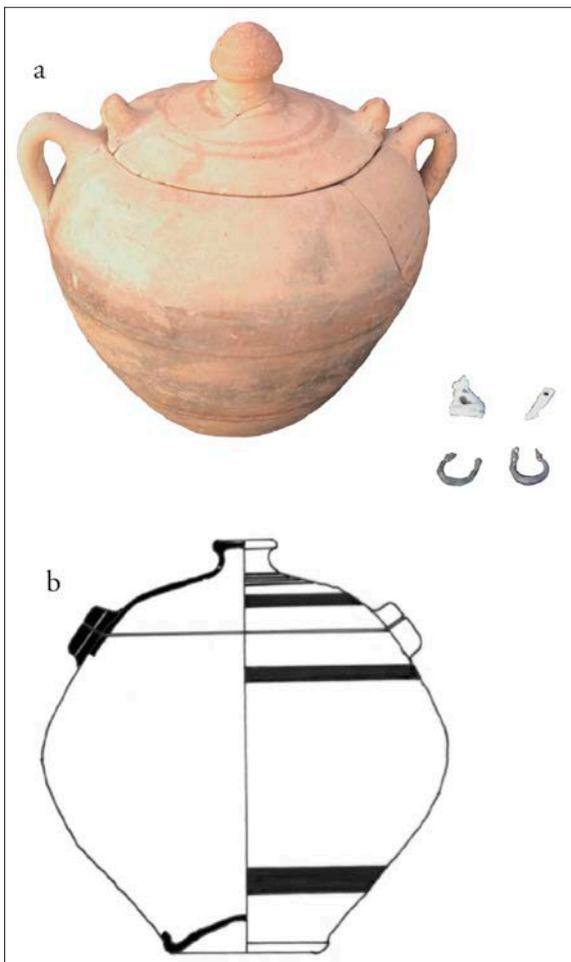


Fig. 8.20. Puig des Molins. a) Cremación secundaria en urna de orejetas con parte de los ornamentos que acompañaban al pequeño difunto/a (Fotografía: MAEF); Mas Nou de Bernabé, Castellón. b) Sepultura 3, en su interior se hallaron los restos de una mujer adulta y un infantil (Oliver Foix 2005: fig. 5).

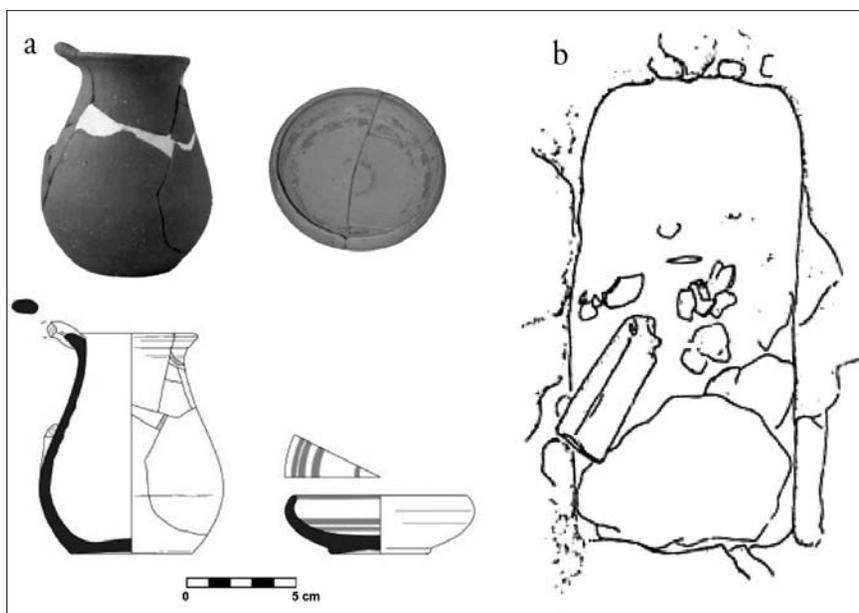
De hecho, hasta el momento, solamente se conoce un caso en el que los restos óseos de un infantil fueron depositados en el interior de una urna cerámica. Se trata de una urna de orejetas, que albergó las cenizas de un niño o niña que murió con una edad estimada entre los tres y los cuatro años. En el interior del recipiente, junto a los restos cremados, se hallaron un amuleto de un falo, otro de la diosa Bastet, una cuenta de collar de pasta vítrea, dos aretes de plata y dos conchas, que debieron constituir las joyas y ornamentos pertenecientes al pequeño aquí depositado (fig. 8.20, a) (Gómez Bellard 1983; Fernández 1992: II: 37-38; Fernández y Costa 2004: 327).

Respecto a las urnas de orejetas es interesante apuntar que este tipo de recipiente es uno de los más característicos de la alfarería ibérica, siendo documentado, frecuentemente, en las necrópolis del noreste y del sudeste peninsular, donde solían funcionar como urnas cinerarias, tanto de adultos como de individuos infantiles (López Bravo 2002: 97). Por ejemplo, en la Incineración nº19 de La Serreta (Alcoy, Alicante) dentro de una urna de este tipo, datada entre los siglos IV y III a.C., fueron depositados los restos óseos cremados de un individuo fetal, que murió con una edad estimada entre las 30 y 32 semanas gestacionales (Gómez Bellard y De Miguel 1996). Asimismo, en la Sepultura 3 de la necrópolis ibérica de Mas Nou de Bernabé (Castellón), una urna de orejetas albergó los restos incinerados de una mujer adulta y un sujeto infantil, que murió en torno a los dos años de edad (fig. 8.20, b) (Oliver Foix 2005: 55). La presencia de este tipo de vasos, de tradición ibérica, en el Puig des Molins, habitualmente, ha sido explicada como reflejo de la influencia ejercida desde la península ibérica hacia Ibiza (Gómez Bellard 1983: 14; Costa y Fernández 2003b: 109). No obstante, la cremación infantil del Puig des Molins parece replicar un ritual funerario, típicamente ibérico, en un momento en que, como se ha visto, la mayoría de niñas y niños enterrados en la necrópolis fueron inhumados, pudiendo esto reflejar la pertenencia del pequeño aquí incinerado a un grupo procedente de la península, que mantuvo sus costumbres funerarias al llegar al territorio ibicenco.

En relación con los objetos que fueron depositados junto a los restos cremados de los pequeños, cabe señalar la presencia de algunos vasos cerámicos cuyo estado fragmentario y aparición en los estratos de relleno parecen indicar que, más que formar parte del ajuar, pudieron ser utilizados en el transcurso de los rituales funerarios. Este es el caso de la Incineración nº XIII de Can Partit, perteneciente a un individuo infantil que murió entre los dos y los tres años de edad. En esta sepultura, bajo las losas de cobertura, se documentaron algunos fragmentos cerámicos, pertenecientes a un ánfora púnico-ebusitana del tipo PE-12 y a un plato de pocillo central, que podrían reflejar la realización de ofrendas alimentarias al fallecido o la celebración de un banquete funerario, realizado durante el sepelio por parte de los familiares y seres queridos del difunto (Gómez Bellard *et al.* 1990: 113-115; Fernández y Costa 2004: 338-339).

Entre las sepulturas que permiten observar la realización de prácticas rituales, que pudieron darse durante el

Fig. 8.21. Puig des Molins. Cremaciones secundarias de individuos no-adultos, finales del s. VI-IV a.C. a) Jarrito y cuenco de la cremación nº6 de 2000 (Mezquida *et al.* 2013: láms. 1-2); b) Incineración nºXIII de Can Partit, cremación en fosa con resaltes laterales (Gómez Bellard *et al.* 1990: fig.98).



transcurso del sepelio, también destaca la Cremación nº6 de 2000, perteneciente a una criatura que falleció entre los cuatro y los ocho meses de edad, en la que se documentaron un cuenco y un jarrito (fig. 8.21, a). Estos vasos no fueron localizados en el fondo de la fosa, próximos o en contacto con los restos del enterramiento, sino en el estrato de piedras que sellaba la sepultura. Asimismo, ambos se encontraron fragmentados, lo que ha llevado a suponer que pudieron ser utilizados para la realización de libaciones, durante la liturgia fúnebre, siendo posible que fueran rotos intencionalmente tras la realización de las mismas (Mezquida *et al.* 2013: 1187).

Aparte de vasos cerámicos, entre los restos incinerados de los individuos inmaduros, en ocasiones, se han localizado elementos de adorno personal y de carácter apotropaico, como cuentas de collar, colgantes, amuletos de diversas tipologías y campanitas, que pudieron ser utilizados para adornar los cuerpos de los pequeños de forma previa a su cremación. En último lugar, se quiere señalar que algunas sepulturas de incineración, pertenecientes a individuos infantiles, fueron señalizadas con monumentos funerarios, lo que evidencia la voluntad de hacerlas visibles. Este es el caso de la Incineración nº XIII de Can Partit en la que, por encima de las losas de cobertura, fue colocado un cipo de marés troncocónico que permite suponer que el niño o niña aquí enterrado pudo ser visitado por sus familiares y seres queridos, posiblemente, cierto tiempo después de su funeral (fig. 8.21, b).

8.2.2. SANTA MARÍA

La necrópolis de Santa María fue un pequeño cementerio urbano cuyo funcionamiento, datado en los dos cuartos centrales del s. VI a.C., se dio de forma sincrónica al de la primera necrópolis de incineración del Puig des Molins (Gurrea y Ramon 2000: 1559-1560). Este pequeño recinto funerario fue localizado en la parte media-alta del Puig de Vila, en una zona muy próxima al primer núcleo urbano establecido por los primeros migrantes fenicios (fig. 8.22).

A diferencia de la necrópolis del Puig des Molins, donde en esta época el único ritual utilizado fue el de la incineración, en este cementerio los difuntos recibieron sepultura según el rito de la inhumación (Gurrea y Ramon 2000: 1558). De este modo, esta divergencia podría evidenciar que esta pequeña área sepulcral fue usada por un grupo concreto de personas que, posiblemente, se diferenciaba social y/o culturalmente del resto de habitantes que residían en la ciudad de Ibiza y eran enterrados en la necrópolis del Puig des Molins (Fernández y Costa 2004: 321-323).

La ubicación del cementerio de Santa María, en la parte alta de la actual ciudad, ha provocado que la necrópolis haya sido prácticamente arrasada, como consecuencia del desarrollo urbano que se ha dado en esta zona durante el transcurso de los siglos. Esta circunstancia, a su vez, ha impedido conocer, de forma segura, el número

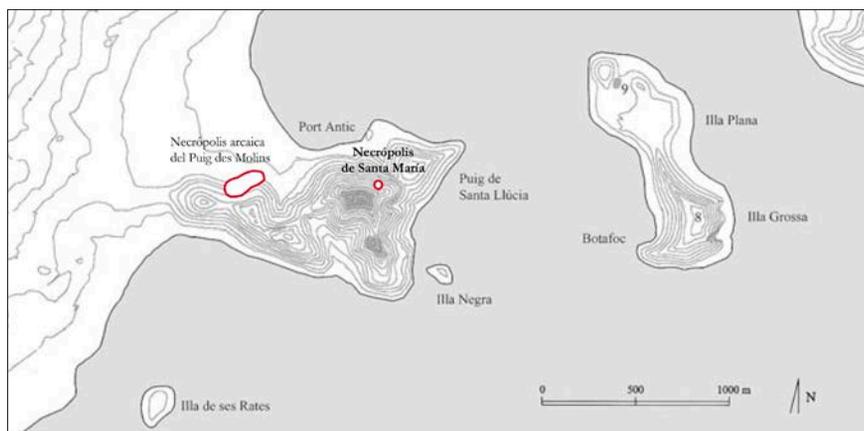


Fig. 8.22. Santa María. Ubicación de la necrópolis respecto al cementerio del Puig des Molins (Ramon 2005: fig. 3).

de sepulturas de esta área funeraria. El pésimo estado de conservación de las tumbas tampoco ha permitido comprobar si, en su interior, se dio la presencia de elementos de ajuar o relacionados con el desarrollo de las ceremonias funerarias (Gurrea y Ramon 2000: 1558). Pese a la existencia de estas carencias, durante las campañas de excavación realizadas entre 1992 y 1993 fueron documentados 13 enterramientos. De estos, nueve fueron hallados parcialmente destruidos o removidos, no conservándose en su interior los cadáveres de los difuntos. Por el contrario, en las cuatro sepulturas restantes los análisis antropológicos efectuados han permitido determinar la presencia de tres adultos y dos individuos no-adultos (González-Martín y Lalueza Fox 2000).

Pese a la parcialidad de los datos, la información obtenida durante 1992 y 1993, en este cementerio, ha permitido determinar que el ritual funerario consistía en inhumar a los difuntos en oquedades naturales de la roca que no fueron retocadas, tal y como muestra la posición forzada que presentaban los cuerpos en el interior de las sepulturas. Este mismo ritual fue el seguido para inhumar a los individuos no-adultos, quienes han sido localizados en las fosas 802 y 807/810 (tab. 8.9). En la primera –802–

fue inhumado un sujeto que falleció con una edad aproximada de 12 años. En el interior de la tumba, este presentaba las piernas flexionadas y el cráneo sobreelevado, debido a las exiguas dimensiones de la cavidad en la que fue depositado (fig. 8.23). En la segunda –807/810– fue inhumado un individuo infantil, cuya edad no ha podido ser determinada (Gurrea y Ramon 2000: 1556-1557; González-Martín y Lalueza Fox 2000: 1563).

A pesar de la escasa información que tenemos sobre esta necrópolis, es significativo que en un sector sepulcral, de reducidas dimensiones, en el que probablemente se enterraba un grupo socialmente y/o culturalmente diferenciado al del Puig des Molins, los individuos inmaduros también fueran aceptados, compartiendo el mismo tratamiento y espacio funerario que los adultos.

8.2.3. LAS NECRÓPOLIS RURALES

Durante el s. V a.C., en la isla de Ibiza se dio un gran desarrollo demográfico que, entre otras cosas, se manifestó en el proceso de expansión que se dio por todo el territorio rural (Gómez Bellard 1985: 187; Tarradell *et al.* 2000: 13). Como se ha señalado anteriormente, esta

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Vasos cerámicos	Joyas/amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	802 1992-93	±12a	ION	-	-	-	VI	Gurrea y Ramon 2000
2	807/810 1992-93	Inf.	ION	-	-	-	VI	Gurrea y Ramon 2000

Tab. 8.9. Santa María. Inhumaciones infantiles en oquedades (s. VI a.C.).

Fig. 8.23. Santa María. Fosa 802 en la que fue inhumado un infantil de unos 12 años de edad (Fotografía: cortesía de Joan Ramon y Rosa Gurrea).



colonización agrícola se conoce, sobre todo, gracias al entramado de necrópolis rurales, que se establecieron por todo el territorio de la isla, probablemente, ya desde la primera mitad del s. V a.C. (Ramon y Costa 2021: 146).

La gran mayoría de necrópolis rurales que, actualmente, conocemos en Ibiza fueron excavadas a inicios del s. XX, lo que ha supuesto que la información disponible sobre las mismas sea muy fragmentaria. A este temprano comienzo de las excavaciones hay que añadir el hecho de que muchas de estas áreas funerarias fueron reutilizadas durante el período romano, provocando que las sepulturas púnicas se hayan visto afectadas por estas reutilizaciones. Estas circunstancias han motivado que, de algunos cementerios, no se conozca el número total de tumbas excavadas y se ignore cómo se distribuían las diferentes sepulturas en el terreno. Asimismo, durante las antiguas campañas de excavación, no se recogieron los restos humanos y, en la mayoría de ocasiones, no se hizo referencia a la naturaleza de los restos óseos hallados en las mismas, lo que impide contar con información relativa a las personas que ocuparon las tumbas, así como conocer el número de individuos enterrados en cada necrópolis (Tarradell *et al.* 2000: 22-23). Pese a estas problemáticas, los trabajos realizados por Carlos Gómez Bellard (1985; 2003; 2008), Joan Ramon (1984; 1995a; 2001) y Miquel Tarradell y Matilde Font (2000) han permitido reconstruir las características generales de estos cementerios.

LAS DINÁMICAS FUNERARIAS: RITUALES, TIPOS DE TUMBAS Y MATERIALES

La mayoría de necrópolis rurales fueron utilizadas entre la segunda mitad del s. V y el s. II a. C. Del mismo modo que en el cementerio urbano del Puig des Molins, durante este período, el rito mayoritariamente utilizado en el campo ibicenco para dar sepultura a los difuntos fue el de la inhumación, siendo los cadáveres, principalmente, enterrados en el interior de cámaras hipogeicas, de fosas y de recipientes anfóricos (tab. 8.10). Además, la descripción de algunas sepulturas, en las antiguas memorias de excavación, ha llevado a proponer que en algunos cementerios, como Ca Na Jondala, Can Joanet y Ca N'Ursul, pudo darse el uso de cistas líticas (Tarradell *et al.* 2000: 157).

Los materiales que fueron colocados junto a los difuntos, en el interior de las tumbas, presentan una gran homogeneidad respecto a los localizados en el Puig des Molins. Entre estos destaca la presencia de vasos cerámicos relacionados con la esfera de la comensalidad, como las ánforas de mesa, los *oinochoai* y los platos, que pudieron ser utilizados para realizar ofrendas de bebida y comida a los difuntos. Junto a estos también fueron comunes los recipientes, que pueden vincularse con los cuidados ofrecidos a los cadáveres, como los ungüentarios y los *lekythoi*. Aparte de vasos cerámicos, formando parte de los ajuares, también se ha documentado la presencia de terracotas y otros elementos que pudieron ser utilizados durante los rituales funerarios,

Nº	Necrópolis	Número Tumbas	Tipología Sepulturas	Cronología	Bibliografía
1	Cala d'Hort 1917	>18	Hipogeos Fosas	V-II/I a.C.	Román Ferrer 1918 Tarradell <i>et al.</i> 2000 Ramon 1984; 1995a Gómez Bellard 1985
2	Coll de Cala d'Hort 1918-19	>4	Hipogeos Fosas	IV-I a.C.	Román Ferrer 1920; 1921 Tarradell <i>et al.</i> 2000 Gómez Bellard 1985
3	Cala Vedella 1921	>6	Hipogeos Fosas	IV-I a.C.	Román Ferrer 1922 Tarradell <i>et al.</i> 2000 Gómez Bellard 1985
4	Cala Tarida 1921	4	Hipogeos	IV-II a.C.	Román Ferrer 1922 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
5	Sa Barda 1903; 1921	>7	Hipogeos Fosas	V-II a.C.	Pérez Cabrero 1909; 1911 Román Ferrer 1922 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
6	Can Curt 1921	9?	Fosas	IV a.C.	Román Ferrer 1922 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
7	Ca na Jondala	>3	Fosas <i>Enchytrismoí</i> ¿cista?	IV-II a.C.	Román Ferrer 1920; 1921 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
8	Can Joanet 1918-19				
9	Cas Vildo 1919-20	2	Fosas	IV a.C.	Román Ferrer 1921 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
10	Ca N'Ursul 1918	>3	Hipogeo Fosas ¿Cista? <i>Enchytrismoí</i>	IV a.C.	Román Ferrer 1920 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
11	Can Cardona 1918	2	Fosas	IV a.C.	Román Ferrer 1920 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
12	Ca n'Arnau 1920	19	Hipogeo Fosas	II/I a.C.	Román Ferrer 1921 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
13	Ses Torres 1906	20?	Hipogeos	IV a.C.-I d.C.	Gómez Bellard 1985
14	Can Roques 1918	?	?	IV-II a. C.	Román Ferrer 1920
15	Can Rota ¿?	?	?	IV a.C.	Gómez Bellard 1985

Nº	Necrópolis	Número Tumbas	Tipología Sepulturas	Cronología	Bibliografía
16	Can Ferré 1920	1	Hipogeo	II a. C.	Román Ferrer 1921 Gómez Bellard 1985
17	Sa Torrassa 1919	?	?	II a.C.	Gómez Bellard 1985
18	Ca na Polla 1920	?	?	IV a.C.	Gómez Bellard 1985
19	Cala Tarida 1921	4	Hipogeos	IV-II a.C.	Román Ferrer 1922 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
20	Can Vic 1920	>3	Fosas	IV a.C.	Román Ferrer 1921 Gómez Bellard 1985 Tarradell <i>et al.</i> 2000
21	Can Pere Català 1956	1	Hipogeo	IV a.C.	Fernández 1980 Tarradell <i>et al.</i> 2000
22	Cas Jurat 1973	1	Hipogeo	III-II a.C.	Fernández y Ramon 1984
23	Can Marines 1980-90	2	Hipogeos	V-IV a.C.	Gómez Bellard 1985 Salazar-García 2011
24	Ca n'Eloi 1996	2	Hipogeo Fosa con sarcófago	III-II a.C.	Ramon 2001
25	Can Pep des Ferrer 2010	2	Hipogeo Fosa	V-III/II a.C.	Graziani <i>et al.</i> 2012

Tab. 8.10 (viene de página anterior). Necrópolis rurales. Tabla resumen de los tipos de tumbas y cronología.

como las navajas de afeitarse, así como de joyas y otros objetos de carácter ornamental y apotropaico, como los amuletos y las monedas (Tarradell *et al.* 2000).

A pesar de las limitaciones que presenta el estudio de las necrópolis rurales, algunas de las memorias de excavaciones antiguas hicieron referencia a la presencia de *tumbas de niño* (Román Ferrer 1920; 1921). Esta circunstancia, unida al hecho de que algunas de estas áreas funerarias se han excavado durante las últimas décadas –como Can'Eloi, Can Pep des Ferrer y Can Marines–, han permitido analizar el tratamiento funerario que recibieron algunos individuos inmaduros en el ámbito rural ibicenco, durante el período púnico. Debido a la escasez de documentación existente sobre estos cementerios, en el presente trabajo el estudio de las sepulturas pertenecientes a los sujetos no-adultos de las necrópolis rurales se ha realizado de forma conjunta.

LAS SEPULTURAS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS

Del total de 25 cementerios rurales estudiados solamente se han podido localizar sepulturas pertenecientes a individuos no-adultos en ocho de ellos, concretamente en Can Marines, Ca na Jondala, Can Joanet, Ca n'Ursul, Ca n'Eloi, Can Pep des Ferrer, Cala d'Hort y en Can Berri d'en Sergent. Esta baja representatividad de sujetos inmaduros en las necrópolis, probablemente, pueda relacionarse con la antigüedad de las campañas de excavación y de las publicaciones. Pese a esta circunstancia, a partir de la documentación publicada se ha podido identificar la presencia de seis individuos no-adultos seguros y de dos sepulturas probables, que pudieron pertenecer a infantiles. En todos los casos, los cuerpos de las niñas y niños y de los puberales y juveniles fueron tratados según el rito de la inhumación, siendo sus cadáveres depositados en el interior de hipogeos o de recipientes anfóricos.

a.1. Las inhumaciones en hipogeos (ss. V-II a.C.)

Del mismo modo que otras personas que fueron enterradas en los cementerios rurales, algunos individuos inmaduros, que fallecieron con edades comprendidas entre los tres años y el período puberal y juvenil, recibieron sepultura en el interior de cámaras hipogeicas. El uso de este tipo de tumbas se ha documentado en las necrópolis de Can Marines, Can Pep des Ferrer, Can'Eloi, Cala d'Hort y Can Berri d'en Sergent (tab. 8.11).

Generalmente, los pequeños difuntos fueron enterrados en cámaras de uso colectivo, que se utilizaron durante largos períodos de tiempo a modo de osarios. Este es el caso del Hipogeo de Ca n'Eloi, ubicado en el actual municipio de Santa Eulària des Riu, que fue utilizado entre la segunda mitad del s. III y el s. II a. C. para inhumar a 17 individuos. De estos, ocho eran hombres, cinco mujeres y tres indeterminados destacando, en último lugar, la presencia de un niño o niña, que falleció con aproximadamente tres años de edad, y fue acompañado por una cuenta de collar oculada, que pudo formar parte de un collar o brazaletes (Ramon 2001: 67).

Aparte del hipogeo de Ca n'Eloi, en otras dos tumbas de este tipo, procedentes de las necrópolis de Can Marines

y Can Pep des Ferrer, también localizadas en el municipio de Santa Eulària des Riu, fueron inhumados otros dos individuos no-adultos. El hipogeo de Can Marines fue utilizado, entre finales del s. V y la primera mitad del s. IV a. C., para inhumar a 28 personas. De estas, 27 eran adultos y el restante, un puberal femenino (Gómez Bellard 1989: 145-166). Por lo que respecta al hipogeo de Can Pep des Ferrer, este fue utilizado en una época más tardía, durante los ss. III y II a.C., para enterrar a un grupo más reducido de personas. Según los arqueólogos encargados de su excavación *en su interior fue enterrado un grupo de 14 individuos entre los cuales habría, al menos, un subadulto cuya edad oscilaría entre los 11 y los 18 años, dos adultos jóvenes de edades comprendidas entre los 18 y los 30 años, un adulto maduro de entre 30 y 45 años y, finalmente, un individuo de más de 45 años* (Graziani *et al.* 2012: 91). Aparte de estos casos, es probable que en otra tumba hipogeica de Can Berri d'en Sergent, excavada en 1921, fuera inhumado un niño o niña de corta edad en el interior de una cámara de uso colectivo, tal y como parece indicar la presencia *de un hipogeo en el que se documentaron tres sarcófagos, entre los cuales uno infantil* (Ramon y Costa 2021: 151).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep.	Vasos cerámicos	Joyas / amuletos	Otros	Crono.	Bibliog.
1	Hipogeo 1 Can Marines 1980 NMI= 28	Puberal	ICH	*	*	*	V-IV	Gómez Bellard 1985; 1989 Salazar García 2011
2	Hipogeo Can Pep des Ferrer 2010 NMI= 14	11-18a	ICH	*	*	*	III-II	Graziani <i>et al.</i> 2012
3	Hipogeo Ca n'Eloi 1996 NMI= 17	±3a	ICH	-	cc oculada	-	s.m. III-II	Ramon 2001
4	Hipogeo 1 Cala d'Hort 1918	Probable	ICH	-	-	-	No det.	Román Ferrer 1918; Ramon 1984; 1995a
5	Can Berri d'en Sergent 1921	Probable	ISCH	-	-	-	No det.	Ramon y Costa 2021

Tab. 8.11. Necrópolis rurales. Inhumaciones en hipogeos de individuos no-adultos (ss. V-II a.C.).

Frente a estos cuatro ejemplos, en los que los individuos inmaduros recibieron sepultura en cámaras de uso colectivo, destaca el Hipogeo 1 de la necrópolis de Cala d'Hort, ubicada en el actual municipio de Sant Josep de Sa Talaia. En este cementerio, excavado en 1917, se documentaron 18 hipogeos de los que el número 1 parece corresponderse con un hipogeo infantil (fig. 8.24). Ello se debe a que la cámara sepulcral *es anormalmente reducida pues presenta unas medidas máximas de 1,38 x 1,08 m* (Ramon 1984: 25-26). Aunque, actualmente, no se conserva información relativa a la persona que fue inhumada en el interior de esta sepultura, sus exiguas dimensiones parecen indicar que solamente pudo pertenecer a un individuo de pequeña talla, posiblemente a una niña o a un niño. Además, si se tiene en cuenta que el único hipogeo conocido del Puig des Molins destinado a contener una deposición infantil –hipogeo 52 de 1923– presenta unas dimensiones similares, aumenta la probabilidad de que la tumba de Cala d'Hort fuera construida, específicamente, para contener el cadáver de una criatura que falleció a temprana edad.

a.2. Las inhumaciones en ánforas (ss. IV-II a.C.)

Como ocurrió en la necrópolis del Puig des Molins, en los cementerios rurales la costumbre de inhumar a las niñas y niños en el interior de recipientes anfóricos también fue practicada. Desafortunadamente, todas las sepulturas en *enchytrismoi* fueron excavadas durante las campañas

desarrolladas a comienzos del s. XX, época en que este tipo de tumbas no interesaban mucho a los arqueólogos quienes, por el contrario, focalizaron su atención en la excavación de las ricas cámaras hipogeicas. Muestra de esta falta de interés por las inhumaciones infantiles en ánforas es el hecho de que estas tumbas, en ocasiones, ni se contabilizaron, tal y como informa Carlos Román Ferrer en su memoria de excavación sobre la necrópolis de Can Joanet: *fueron encontrados varios enterramientos de niños con ánforas que contenían amuletos, granos de collar y huesos* (Román Ferrer 1921: 6).

Este mismo autor señaló que en las necrópolis de Ca n'Ursul y de Ca na Jondala también se dieron enterramientos en *enchytrismoi*. En la primera de ellas, durante la campaña de excavación de 1918, *hallose una tumba de un niño y un ánfora conteniendo huesos y varios granos de collar* (Román Ferrer 1920: 5), mientras que en la segunda apuntó el hallazgo de *dos tumbas de niño con dos ánforas dentro de las cuales se encontraron un biberón, en una de ellas, y una jarrita de barro ordinario y boca redonda, en la otra* (Román Ferrer 1921: 5) (tab. 8.12). Si bien la información proporcionada en las memorias de excavación antiguas impide conocer el tipo de ánforas en que fueron inhumados los infantiles y, por tanto, establecer la cronología de los enterramientos, se conoce que la necrópolis de Ca n'Ursul fue utilizada durante el s. IV a.C., mientras que las áreas funerarias de Ca na Jondala y Can Joanet se han fechado entre los ss. IV y II a.C.

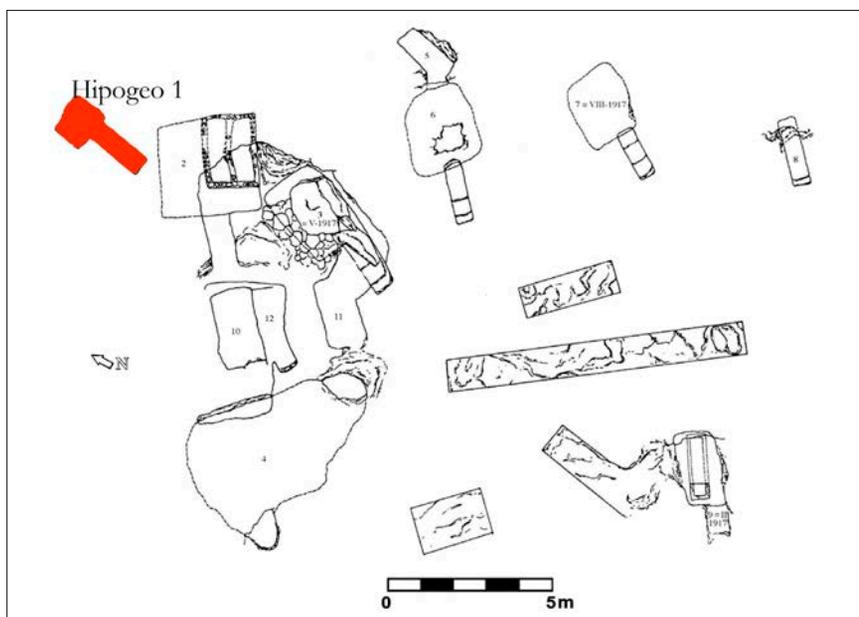


Fig. 8.24. Ses Païses de Cala d'Hort. Planimetría de la necrópolis, con la ubicación del probable hipogeo infantil (a partir de Ramon 1995a: fig. 47).

Nº	Tumba	Edad	Rit. T.sep	Contenedor	Vasos cerámicos	Joyas / amuletos	Crono .	Bibliog.
1	<i>Enchytrismos</i> Ca n' Ursul 1918	niño	IE	?	-	cc	IV?	Román Ferrer 1920
2	<i>Enchytrismos</i> Ca na Jondala 1919-1920	niño	IE	?	Biberón	-	IV-II?	Román Ferrer 1921
3	<i>Enchytrismos</i> Ca na Jondala 1919-1920	niño	IE	?	Jarrito	-	IV-II?	Román Ferrer 1921

Tab. 8.12. Necrópolis rurales. *Enchytrismo*i (ss. IV-II a.C.).

(Gómez Bellard 1985: 192; Tarradell *et al.* 2000). De este modo, es muy probable que las inhumaciones en ánforas realizadas en dichos cementerios se realizaran durante los ss. IV y II a.C., cronología que coincide con la que esta forma de enterramiento fue utilizada en la necrópolis del Puig des Molins.

8.3. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS RITUALES FUNERARIOS DE LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS EN IBIZA

El estudio realizado en los cementerios ibicencos ha permitido localizar la presencia de 72 individuos no-adultos y de 59 sepulturas que, probablemente, pertenecieron a niñas y niños. En comparación con el caso siciliano y sardo, la documentación antropológica en la isla de Ibiza es mucho más parcial, procediendo la mayor parte de los datos de la necrópolis urbana del Puig des Molins, donde se ha podido calcular que los sujetos inmaduros representaban, aproximadamente, el 31% de individuos documentados en el cementerio y enterrados entre los ss. VII y II a.C. Asimismo, los datos antropológicos obtenidos en esta necrópolis han demostrado que aquí recibieron sepultura desde criaturas, que fallecieron entre el período fetal y perinatal, hasta individuos puberales y juveniles, que murieron entre los 15 y los 18 años.

El análisis de la distribución espacial de las sepulturas solo se ha podido realizar en el Puig des Molins (fig. 8.5), donde la tendencia habitual fue que las tumbas de los individuos no-adultos se alternaran con las de sus mayores en el espacio funerario. No obstante, es posible que durante el s. IV a.C. existiera un sector destinado a

enterrar a las niñas y los niños, que recibieron sepultura en el interior de recipientes anfóricos, pauta que también se dio en otras necrópolis sardas, como Su Fraigu, y sicilianas, como Mozia.

Por lo que respecta al tratamiento funerario que recibieron los cadáveres de los sujetos inmaduros, era el mismo que se aplicaba al resto de los difuntos. En el Puig des Molins, durante el período arcaico –último cuarto del s. VII-s. VI a.C.–, fueron cremados según el rito de la incineración secundaria, que fue la variable prevalentemente utilizada durante esta fase, siendo sus restos óseos depositados, principalmente, en pequeñas cavidades. De forma sincrónica al uso de la necrópolis arcaica del Puig des Molins, un pequeño grupo de personas cultural y/o socialmente diferenciado del resto de habitantes de la ciudad de Ibiza enterró a sus difuntos en la pequeña necrópolis urbana de Santa María en oquedades naturales del terreno según el rito de la inhumación. Como ocurrió en el Puig des Molins, en esta pequeña área funeraria algunos sujetos inmaduros fueron inhumados en el mismo tipo de tumbas y compartiendo el mismo espacio funerario que los adultos, lo que parece mostrar que dentro de este grupo la edad tampoco se consideraba un factor discriminante para enterrar a los difuntos (tab. 8.13).

Esta misma pauta se observa durante el período púnico, cuando se dio la generalización de la inhumación –finales del s. VI a.C. y el s. II a.C.–, y la mayoría de individuos no-adultos recibieron sepultura según dicho ritual. En el Puig des Molins las tumbas más utilizadas para enterrar a los más jóvenes fueron los recipientes anfóricos (48%) y las fosas (45%), aunque en una minoría de casos ciertos individuos infantiles fueron inhumados en el interior de hipogeos (5%). Este mismo patrón se

RITO/TIPO	CS		IE		IH		IF		ION		Nº Ind.		Representatividad
	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	Seg.	Prob.	
NECRÓPOLIS													
P. D. MOLINS	21	0	21	57	2	0	19	0	1	0	64	57	31%
Cronología	f. VII-VII f. VI-IV		V-II		f. VI		V-II		IV				
S. MARÍA	-	-	-	-	-	-	-	-	2	-	2	0	?
Cronología	-		-		-		-		VI				
CAN MARINES	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	1	0	?
Cronología	-		-		V-IV		-		-				
C.P.D. FERRER	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	1	0	?
Cronología	-		-		III-II		-		-				
CA N'ELOI	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	1	0	?
Cronología	-		-		III-II		-		-				
CALA D'HORT	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	0	1	?
Cronología	-		-		no det.		-		-				
C.B. SERGENT	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	0	1	?
Cronología	-		-		no det.		-		-				
Can JOANET	-	-	Nº no det.		-	-	-	-	-	-	no det.	no det.	?
Cronología	-		IV-II?		-		-		-				
CA N'URSUL	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	1	-	?
Cronología	-		IV?		-		-		-				
CA NA JONDALA	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	2	-	?
Cronología	-		IV-II?		-		-		-				

Tab. 8.13. Rituales y tipos de tumbas utilizados para enterrar a los individuos no-adultos en Ibiza (último cuarto del s. VII-II a.C.).

dio en las necrópolis rurales donde, entre los ss. V y II a.C., los individuos no-adultos eran, principalmente, enterrados en recipientes anfóricos o en hipogeos de uso colectivo.

A pesar de que en el Puig des Molins la inhumación se convirtiera en el tratamiento funerario predominante a partir del último tercio del s. VI a.C., entre finales de dicha centuria y el s. II a.C., la cremación siguió utilizándose de forma residual. Del mismo modo que algunos adultos, durante este período, una minoría de individuos

inmaduros recibieron sepultura según el rito de la cremación secundaria, siendo sus restos óseos depositados en fosas, en cavidades o en urnas cerámicas. En relación con esta última forma de enterramiento destaca la presencia de una cremación infantil, depositada en una urna de orejetas, que parece reproducir un ritual funerario típicamente ibérico en un momento en que la mayoría de individuos infantiles del Puig des Molins estaban siendo inhumados en ánforas o en fosas. Esta circunstancia permite sugerir la posible coresidencia de personas de

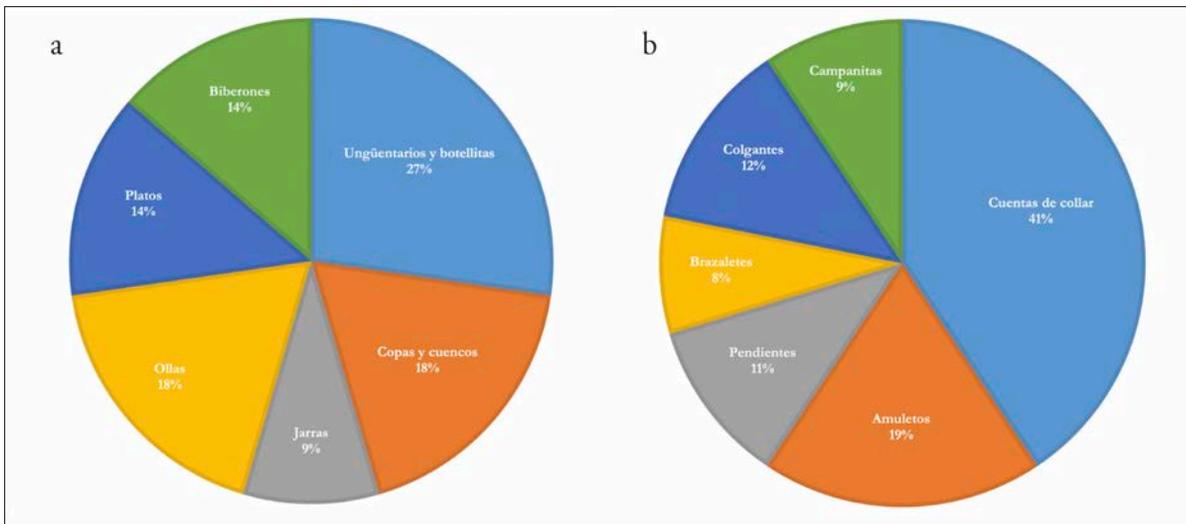


Fig. 8.25. Gráficos con representación de los materiales documentados en las sepulturas de los individuos no-adultos de las necrópolis ibicencas. a) Vasos cerámicos; b) Joyas, amuletos y otros elementos de carácter ornamental y apotropaico.

origen o descendencia no fenicia en esta necrópolis y, al mismo tiempo, observar que, aparte de la edad, otras cuestiones como la identidad o la ascendencia cultural pudieron determinar el modo en que los más jóvenes eran tratados en el momento de su muerte.

Para finalizar, el último aspecto que queda por tratar es el de la cultura material localizada en las sepulturas de los individuos no-adultos. En los casos en que se ha podido observar la presencia o ausencia de objetos hallados en las tumbas, la mayoría de individuos que fallecieron antes de alcanzar la madurez (71%) fueron acompañados por algún elemento de ajuar. En Ibiza, lo más habitual fue que los sujetos inmaduros fueran enterrados con elementos de carácter apotropaico, como las joyas y los amuletos (55%), siendo menos común la asociación entre este último tipo de objetos y los vasos cerámicos (26%). De hecho, la tendencia minoritaria fue la de que los infantiles, puberales y juveniles solamente fueran

enterrados con vasos cerámicos (19%). Entre estos últimos, los más comunes fueron los relacionados con la unción de los cuerpos, como las botellitas y los ungüentarios. Por el contrario, fueron menos habituales los recipientes que pueden vincularse con la esfera de la alimentación, como las copas y los cuencos, las ollas y/o cazos, los platos, las jarras y los vasos biberones (fig. 8.25, a).

Por lo que respecta a los elementos de carácter apotropaico, los más comunes fueron las cuentas, los amuletos y los colgantes, que pudieron componer los collares y/o brazaletes con los que los cadáveres de los individuos inmaduros fueron enterrados o ir cosidos a sus vestimentas. Junto a estos también fue frecuente la presencia de pendientes, de tipo arete, así como de brazaletes de bronce y plata. Por último, es interesante señalar el hallazgo de campanitas metálicas en algunas sepulturas infantiles, que debieron combinar una doble función lúdica y apotropaica (fig. 8.25, b).

CONCLUSIONES: LO QUE LAS TUMBAS CUENTAN SOBRE LOS NIÑOS EN LAS COMUNIDADES FENICIAS Y PÚNICAS DE SICILIA, CERDEÑA E IBIZA

En la primera parte de este libro se ha observado que durante la última década se ha dado un auge significativo en la investigación sobre la infancia en ámbito fenicio y púnico. No obstante, el estudio del tratamiento funerario que recibían los pequeños al fallecer y, por extensión, de su papel e importancia en estas comunidades constituyen temas todavía poco explorados en la literatura arqueológica. De hecho, actualmente, los trabajos centrados en estudiar a los individuos no-adultos en las necrópolis continúan siendo escasos y muchos de ellos se han desarrollado desde perspectivas tradicionales, que parten de la existencia de un concepto de infancia universal, compartido por todos los grupos humanos, independientemente de su configuración histórica y cultural (véase § 3.2). Esta concepción global de la infancia se ha basado en la definición moderna y occidental del ciclo de la vida, que enfatiza el desarrollo fisiológico y biológico común a todos los seres humanos y, en consecuencia, permite distinguir una serie de categorías o estadios vitales: neonato, lactante, niño, puberal, joven, adulto y anciano. Así, partiendo de este modelo evolutivo fuertemente jerarquizado se ha adoptado la premisa de que las niñas y niños, al ser seres biológicamente inmaduros, eran siempre percibidos como seres socialmente inferiores respecto a sus mayores.

La traslación acrítica de esta concepción, propia de nuestra sociedad moderna occidental, al pasado ha llevado al surgimiento de una serie de ideas preconcebidas sobre el modo en que eran tratados los individuos infantiles, en las comunidades fenicias y púnicas, en el momento de su muerte. En términos generales, se ha asumido que estos habrían recibido un tratamiento funerario más simple y descuidado respecto al ofrecido a los adultos, lo que reflejaría una menor consideración social hacia los pequeños/as, tanto en su vida como en su muerte (entre otros, Wagner *et al.* 2000: 615; Bénichou-Safar 2012: 267-268). Partiendo de esta premisa se ha propuesto que las niñas y niños estaban poco representados en los cementerios, especialmente, aquellas criaturas que morían a temprana edad quienes, teóricamente, habrían sido excluidas de las necrópolis como consecuencia de su estatus marginal. Asimismo, se ha planteado que los bebés que fallecían prematuramente habrían sido enterrados en los tofets considerados, por algunos especialistas durante mucho tiempo, como áreas funerarias especializadas destinadas a los individuos que, por su corta edad, carecían de una identidad social (Bénichou-Safar 1981: 6; 1982: 340-343; 2005: 129-130; 2012: 263; Moscati 1987; Ribichini 1987: 51; Bartoloni 1989: 77). Esta interpretación ha perdurado, en ciertos círculos académicos, hasta épocas relativamente recientes (Becker 2014: 13; 17; 2018: 63).

Esta asumida inferioridad de los más jóvenes también ha llevado a sugerir que sus funerales se desarrollaban con menos cuidado que los de sus mayores: *para evitar un coste demasiado gravoso en relación con la importancia del niño muerto* (Wagner *et al.* 2000: 615). Esta aparente falta de atenciones se reflejaría en el tratamiento funerario dispensado a sus cadáveres que, según diversos especialistas, fueron predominantemente inhumados incluso en los períodos en que el ritual utilizado para tratar los cuerpos de los adultos era el de la incineración (Tejera Gaspar 1975: 789-790; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263; D'Andrea 2018a: 50). Además, también se ha considerado que para depositar los restos óseos de los niños y niñas se utilizaban los tipos de tumbas más sencillos, mientras que su enterramiento en las sepulturas más monumentales, como los hipogeos, solamente se habría dado de forma excepcional (Tejera Gaspar 1975: 790; Bénichou-Safar 1981: 7-8; 1982: 340-343; Gómez Bellard 2014: 72).

Otro indicio que se ha considerado sintomático del bajo valor social atribuido a los individuos infantiles en estas comunidades es la ausencia o limitada presencia de ajuares en sus sepulturas. En la mayoría de casos, se ha sostenido que los pequeños habrían sido acompañados por joyas, amuletos y otros elementos de carácter personal y apotropaico, mientras que los vasos cerámicos habrían sido menos comunes, limitándose a biberones, jarritas, copitas o cuencos (Tejera Gaspar 1975: 782-786; 790; Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 230; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263-264). Por último, se ha señalado que otra característica que podría denotar el abandono e indiferencia hacia los pequeños, tras su muerte, es la carencia de marcadores funerarios sobre sus tumbas (Tejera Gaspar 1975: 787; Bénichou-Safar 2012: 267-268).

Todo este conjunto de estereotipos ha llevado a proponer que las niñas y niños recibían un tratamiento funerario más o menos homogéneo, caracterizado por realizar una menor inversión económica, temporal, de cuidados y afectivo emocional, que la realizada en los funerales destinados a los adultos. Sin embargo, a la hora de formular esta hipótesis, solamente se ha tenido en cuenta la edad inmadura de los individuos infantiles, en el momento que murieron, sin atender a la existencia de otras identidades interseccionales, como el género, el origen étnico y/o la clase social. Del mismo modo que sucedía en el caso de los adultos, estas identidades también condicionaron el tratamiento funerario que los pequeños/as recibían, así como el tipo de tumbas en las que eran depositados sus cadáveres y los objetos con que eran acompañados para

emprender su viaje al Más Allá. Como se verá en este capítulo de conclusiones, precisamente estas características diferenciales permiten narrar historias particulares de ciertos niños y niñas y reflejan la complejidad que se daba en la construcción identitaria de los más pequeños de estas comunidades.

En el presente trabajo se han estudiado las sepulturas de 461 individuos no-adultos, así como 160 tumbas cuyas características sugieren, con alta probabilidad, que pertenecieron a sujetos inmaduros. Las evidencias recopiladas en esta investigación, por tanto, conforman un corpus documental bastante significativo, que brinda la oportunidad de reexaminar algunas de las tesis que, de manera tradicional, se han sostenido respecto al tratamiento funerario dispensado a los individuos más jóvenes en los cementerios fenicios y púnicos. Este extenso conjunto de datos, enfocado especialmente en el análisis de los cuerpos de los individuos inmaduros, de los objetos a ellos asociados y de los espacios de sus sepulturas, ha posibilitado, asimismo, una reevaluación de la concepción de la infancia en las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas. En particular, ha permitido explorar cómo eran percibidos los niños y niñas por sus mayores y el trato que se les otorgaba, tanto en su vida como en su muerte. Además, se ha logrado obtener una comprensión más profunda sobre los procesos de crecimiento biológico y social experimentados por los pequeños, así como sobre las complejas relaciones que existían entre los niños/as, sus familias y las comunidades en las que residían.

9.1. LO QUE CUENTAN LOS CUERPOS

El estudio de los cuerpos de los individuos no-adultos en las necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas ha estado condicionado por la escasez de documentación antropológica disponible hasta el momento (véase § 5.2). A pesar de esta limitación, la realización de análisis osteoarqueológicos en algunos de los cementerios estudiados ha permitido obtener información relativa a la edad biológica de los sujetos inmaduros en el momento de su muerte. A partir de esta documentación, en el presente apartado se podrán realizar una serie de consideraciones sobre la representatividad de estos individuos en algunas de las áreas funerarias estudiadas, así como observar si las criaturas que fallecían a más temprana edad fueron incluidas en los espacios funerarios comunitarios o si, por el contrario, estuvieron excluidas de los mismos.

El estudio de los cuerpos desde una perspectiva cultural, asimismo, ha permitido obtener información relacionada tanto con el tratamiento funerario que recibieron los sujetos inmaduros como con el tipo de sepulturas que se eligieron, como última morada para sus pequeños cadáveres. En último lugar, el análisis de la posición y el modo en que fueron colocados los cuerpos de algunos individuos, tanto en sepulturas individuales como colectivas, ha consentido observar la existencia de algunas prácticas que pudieron estar pautadas tanto por la ascendencia cultural como por las identidades de género de algunos niños y niñas, así como por el modo en que estos eran percibidos en el seno de sus comunidades.

9.1.1. ¿ESTÁN LOS INDIVIDUOS NO-ADULTOS DE TODAS LAS EDADES INCLUIDOS EN LOS CEMENTERIOS?

Aunque, tradicionalmente, se había considerado que los individuos inmaduros estaban escasamente representados en las necrópolis fenicias y púnicas, los resultados obtenidos en diversos cementerios analizados en este trabajo han demostrado que estos, generalmente, representan en torno al 24% y el 40,3% de la población documentada en estas áreas funerarias (tab. 9.1). De hecho, solamente en el centro siciliano de Birgi se ha registrado una menor presencia de individuos inmaduros (19%) que, en este caso concreto, puede responder a la parcialidad de la documentación antropológica disponible para este sitio.

Es muy interesante señalar que, en algunos de estos centros, la mayor o menor representatividad de sujetos no-adultos parece que no estuvo condicionada por la presencia/ausencia de santuarios tofets. Este es el caso, por ejemplo, del cementerio de Mozia, donde se ha registrado uno de los porcentajes más elevados de individuos no-adultos (35%) a pesar de que, en este asentamiento, la necrópolis y el tofet estuvieron en uso de forma sincrónica, siendo ambos espacios utilizados para depositar los restos óseos de individuos que fallecieron en edad perinatal (véase § 6.2.1; fig. 6.5). Por el contrario, en la isla de Ibiza, que constituye el único territorio analizado donde no se han documentado este tipo de santuarios, el porcentaje de individuos no-adultos enterrados en el Puig des Molins es ligeramente inferior (31%) al obtenido en la necrópolis moziense.

Por lo que respecta a la edad de los individuos no-adultos, en aquellas necrópolis en las que se han realizado estimaciones precisas, se ha podido comprobar que fueron enterrados sujetos cuyas edades abarcan toda la etapa biológica subadulta, desde aquellos que fallecieron muy temprano –entre el período gestacional y el primer año de vida– hasta individuos en edad juvenil. En relación con los primeros, es interesante considerar, de nuevo, el caso de la necrópolis siciliana de Mozia, donde los individuos fetales suponen el 44,8% del total de subadultos y los perinatales el 10,3% (Lauria *et al.* 2018a: fig. 4; 2020: fig. 1, a). Asimismo, la presencia de individuos fetales, perinatales y neonatales también se ha constatado en otras

Isla	Necrópolis	Representatividad	Bibliografía
Sicilia	Mozia	35%	Lauria <i>et al.</i> 2018a
	Birgi	19%	Famà y Toti 2019
	Palermo	28,5%	Di Salvo 1998; Spatafora <i>et al.</i> 2019
	Solunto	23,6%	Di Salvo y Schimmenti 2019
	Lilibeo	24%	Di Salvo 1984; 2016; Becker 1995; 2018;
Cerdeña	Monte Sirai	33,3%*	Guirguis <i>et al.</i> 2018
	Villamar	40,3%	Pompianu <i>ep</i>
Ibiza	Puig des Molins	31%	Gómez Bellard <i>et al.</i> 1990; Fernández y Costa 2004; Costa 2014; Mezquida 2016; 2022

Tab. 9.1. Representatividad de los individuos no-adultos (edad fetal-18/21 años de edad) en las necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas (*en el caso de Monte Sirai el porcentaje presentado se corresponde con el de los individuos infantiles, que fallecieron antes de alcanzar los 12 años de edad).

áreas funerarias sicilianas –como Palermo y Lilibeo– y sardas –como Monte Sirai, Tuvixeddu y Villamar–, siendo también documentados en la necrópolis ibicenca del Puig des Molins.

La existencia de esta elevada mortalidad fetal e infantil tiene un claro reflejo en Monte Sirai, Palermo y Villamar. En Monte Sirai (tab. 7.2) y Palermo (fig. 6.16, b) las criaturas que fallecieron durante el primer año de vida constituyen respectivamente el 12% y el 20,6% de los subadultos, mientras que, en Villamar, el 52% de las muertes inmaduras se dieron durante el período perinatal (0-3 meses). Esta incidencia de la mortalidad infantil también fue muy elevada en Ibiza, tal y como muestran los resultados obtenidos en la necrópolis del Puig des Molins, donde el 37,5% de los individuos no-adultos también fallecieron durante su primer año y medio de vida (véase § 8.2.1; tab. 8.2). De este modo, los datos obtenidos permiten reevaluar la tesis tradicional de que las criaturas que fallecieron a temprana edad, como consecuencia de los peligros relacionados con el embarazo, el parto y el postparto, habrían estado excluidas de los cementerios donde fueron enterrados el resto de miembros de la comunidad (entre otros, Bénichou-Safar 1981: 6; 1982: 340-343; 2005: 129-130; 2012: 263; Moscati 1987; Ribichini 1987: 51; Bartoloni 1989: 77).

Aparte de los bebés que murieron antes de alcanzar el primer año de vida, las niñas y niños de mayor edad también tuvieron derecho a ser enterrados en los cementerios estudiados. Por ejemplo, en Palermo los individuos infantiles que fallecieron entre uno y cinco o seis años constituyen el 42,4% de los no-adultos, mientras que en Monte Sirai los de la misma franja de edad también están muy bien representados (46%). Asimismo, en el Puig des Molins y en Villamar los infantiles que perdieron la vida antes de alcanzar los cinco o seis años también recibieron sepultura en los espacios funerarios comunitarios, constituyendo respectivamente el 31% y el 36% de los individuos inmaduros enterrados en cada cementerio.

Aunque, actualmente, desconocemos la entidad demográfica de estas comunidades, se ha estimado que en el mundo antiguo la tasa de mortalidad infantil, es decir el total de defunciones de menores de un año de vida por cada 1000 nacidos vivos, estaría en torno a las 200-300 muertes por mil nacidos vivos, mientras que las muertes durante la primera infancia –entre uno y cinco años– habrían rondado en torno a las 350/450 por mil (Parkin 2013: 49-50). En relación con estas tasas estimadas, es

interesante señalar que los resultados obtenidos en algunas de las necrópolis estudiadas muestran un porcentaje similar e incluso superior al esperado, tal y como reflejan los casos de Palermo y el Puig des Molins donde el 20,6 y 28,57% de las criaturas fallecieron durante el primer año de vida o de Monte Sirai, Villamar y Palermo, donde los individuos infantiles que murieron antes de alcanzar los 5/6 años de edad representan, aproximadamente, entre el 36 y el 46% de los sujetos subadultos enterrados en los cementerios.

Además de los individuos infantiles que murieron hasta los cinco o seis años, en las necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas también tuvieron derecho a ser enterrados tanto niñas y niños que fallecieron con edades comprendidas entre los 7-12 años de edad, así como individuos puberales y juveniles. En relación con estos grupos de edad, los resultados antropológicos obtenidos en los cementerios de Palermo, Monte Sirai, Villamar y el Puig des Molins, reflejan que los sujetos que murieron a partir de los siete años y durante el período pubescente y juvenil, generalmente, están menos representados, situación que concuerda con los patrones demográficos esperados para las sociedades preindustriales, donde los valores de mortalidad fueron especialmente elevados en los grupos más jóvenes y más ancianos (González-Martín 2008: 60).

9.1.2. EL TRATAMIENTO FUNERARIO DE LOS CUERPOS

Otra de las tesis sostenidas por algunos especialistas es que los individuos infantiles recibieron un tratamiento funerario diferencial respecto al de sus mayores, siendo predominantemente inhumados (entre otros, Tejera Gaspar 1975: 789-790; Bechtold 1999: 230; Bénichou-Safar 2012: 263; D'Andrea 2018a: 50). La existencia de esta idea puede explicarse si se tiene en cuenta que en muchos cementerios fenicios y púnicos no se han realizado análisis antropológicos, de forma sistemática, sobre los enterramientos de incineración. Esta circunstancia, por ejemplo, está bien representada por el caso de la *necropoli arcaica* de Mozia (véase § 6.2.1.), donde entre las décadas de 1970 y 1980 se excavaron casi 200 urnas, de las que solo cinco han sido sometidas a la realización de análisis bioarqueológicos (Becker 2014). Esta ausencia de datos objetivos, unida a la creencia de que las niñas y niños habrían recibido un tratamiento funerario más sucinto que los adultos,

llevó a Antonia Ciasca a plantear que todas las incineraciones pertenecían a personas que fallecieron en edad adulta (1990: 10). Sin embargo, las nuevas excavaciones y análisis bioarqueológicos realizados en este cementerio están demostrando que algunos individuos infantiles también eran cremados (Sconzo 2016: 326-327; Lauria *et al.* 2017: tab. 1; Lauria *et al.* 2018b: 433; tab. 1; nota 11). Por tanto, es posible que la ausencia de análisis antropológicos sobre este tipo de enterramientos sea el principal motivo que ha llevado a subestimar el número de cremaciones pertenecientes a individuos que fallecieron a temprana edad.

De hecho, en el presente trabajo se ha podido comprobar que la tendencia general, en la mayoría de cementerios, fue que los cadáveres de los individuos no-adultos fueran tratados del mismo modo que los de sus mayores. De este modo, en las necrópolis que estuvieron en uso durante el período fenicio (finales del s. VIII a.C.–finales del s. VI a.C.), generalmente, recibieron sepultura según el rito de la cremación (fig. 9.1). Esta pauta es clara en el centro siciliano de Palermo, en las necrópolis sardas de Monte Sirai, Pani Loriga, Nora, Bitia y Othoca y en la ibicenca del Puig des Molins, donde los cuerpos de los individuos infantiles, puberales y juveniles eran incinerados según la variable –primaria o secundaria– predominantemente utilizada en cada área funeraria. En relación con el tratamiento de los cuerpos, también es interesante señalar que en el Puig des Molins, donde en el 60% de los casos tras cremar los cadáveres se procedía al lavado ritual de los restos óseos (Fernández y Costa 2004: 351-361), los no-adultos recibieron el mismo tratamiento, siendo en el 67% de ocasiones sus restos óseos lavados (tab. 8.4).

Si bien la tendencia habitual en los tres territorios, durante el período fenicio, fue que los individuos no-adultos fueran cremados, parece ser que en el centro siciliano de Mozia existieron una serie de normas o pautas locales específicas para dar sepultura a los miembros más pequeños de la comunidad. A pesar de que, en esta necrópolis, entre finales del s. VIII y mediados del s. VI a.C., el rito predominantemente utilizado fue el de la cremación secundaria, solamente algunos individuos infantiles fueron incinerados (29,5%), mientras que la mayoría fueron inhumados en el interior de vasos cerámicos (70,5%). La documentación disponible, hasta el momento, hace que sea complicado conocer con seguridad los criterios que pudieron regular la práctica de este rito diferenciado. No obstante, es muy probable que una

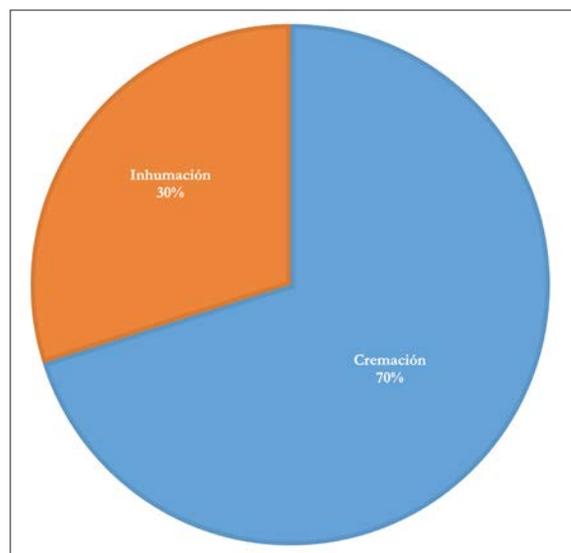


Fig. 9.1. Gráfico con la proporción de individuos no-adultos cremados e inhumados durante el período fenicio (finales del s. VIII–finales del s. VI a.C.).

de las pautas que pudo marcar el modo en que se trataba el cuerpo de los pequeños fuera la edad que estos tenían al fallecer, tal y como parece demostrar el hecho de que la inhumación se aplicaba, principalmente, a criaturas que murieron en edad fetal, perinatal y durante el primer año de vida (68%) mientras que, por el contrario, solo se ha documentado un caso en el que un individuo que falleció en edad fetal fue incinerado (tab. 6.1).

De forma análoga a la situación observada durante el período fenicio, en la posterior fase púnica los individuos no-adultos, generalmente, recibieron sepultura según el rito de la inhumación, que fue el mayoritariamente utilizado en las tres regiones, entre finales del s. VI y los ss. III/II a.C. (fig. 9.2). Esta habitual reproducción del mismo protocolo funerario dispensado a los adultos, a los individuos de menor edad, se evidencia igualmente en aquellos centros donde se practicaban rituales mortuorios particulares. Este es el caso de Monte Sirai donde, entre finales del s. VI a.C. y la primera mitad de la siguiente centuria, fue utilizada la práctica de la semicombustión, tanto para tratar los cuerpos de personas adultas como de individuos infantiles (tabs. 7.4 y 7.5). Lo mismo sucedió en el cementerio ibicenco del Puig des Molins, donde la generalización de la inhumación, entre finales del s. VI y el s. IV a.C., no supuso que la cremación dejara de utilizarse, siendo algunas niñas y niños enterrados según este rito durante este período (tab. 8.8).

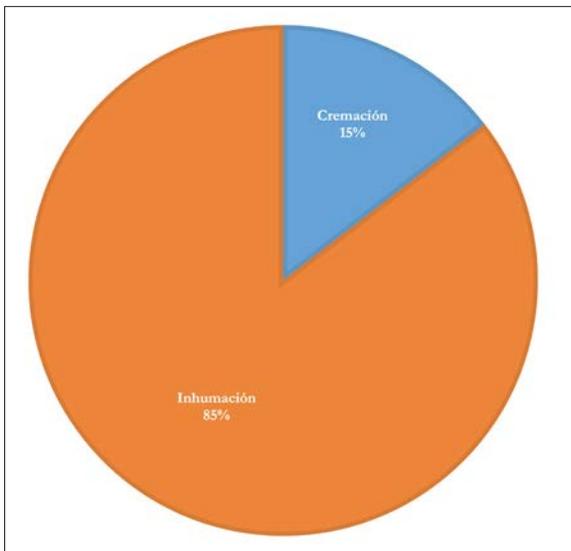


Fig. 9.2. Gráfico con la proporción de individuos no-adultos cremados e inhumados durante el período púnico (finales del s. VI-s. II a.C.).

Finalmente, durante el período helenístico, cuando en la mayoría de cementerios sicilianos y sardos se reintrodujo el ritual de la cremación secundaria, algunos individuos inmaduros también fueron cremados. Este rito fue especialmente utilizado en la necrópolis de Palermo para dar sepultura a sujetos que murieron entre el período neonatal y el juvenil (tab. 6.13). Asimismo, la utilización de la cremación secundaria también se dio en el cementerio de Lilibeo, donde algunas niñas y niños, puberales y juveniles recibieron sepultura según este rito durante el s. III a.C. (tab. 6.22) Del mismo modo que ocurrió en el caso siciliano, en algunas necrópolis sardas, como Monte Sirai (tab. 7.9) y Su Fraigu (tab. 7.32), durante los ss. V y IV a.C., algunos individuos infantiles fueron cremados siendo, posteriormente, sus restos óseos depositados en el interior de recipientes anfóricos u ollas. Por tanto, salvo en Mozia donde el rito mortuario utilizado durante el período arcaico parece que sí pudo estar pautado por la edad, en el resto de necrópolis estudiadas en este trabajo los cuerpos de los individuos inmaduros recibieron el mismo tratamiento funerario que el resto de miembros de la comunidad.

Aunque parece ser que la edad no determinó, generalmente, el tratamiento funerario que recibían las niñas y niños, en algunos cementerios ibicencos y sicilianos se ha documentado la práctica de diversos rituales, que pudieron estar pautados por otras identidades de

los pequeños, como su ascendencia cultural. En el capítulo 6 se ha visto que es probable que en los cementerios sicilianos de Solunto (tab. 6.17) y Lilibeo (tab. 6.23), algunos infantiles recibieran sepultura según el rito de la cremación primaria, durante el s. III a.C. Este tipo de ritual no fue común durante el período helenístico en las necrópolis fenicias y púnicas, sin embargo, sí fue más habitual en algunos cementerios griegos sicilianos, como Cefalù. De este modo, si se tiene en cuenta que tanto Solunto como Lilibeo fueron centros pluriétnicos, donde convivían personas púnicas junto a gente culturalmente diversa, el uso de la cremación primaria para dar sepultura a algunas niñas y niños podría indicar que los pequeños/as pudieron pertenecer a familias de ascendencia egea o estrechamente relacionadas con este mundo.

En relación con la existencia de rituales funerarios específicos que pudieron estar pautados por la identidad o ascendencia cultural de las niñas y los niños, en último lugar, es interesante destacar una tumba procedente del Puig des Molins, en la que los restos óseos de un infantil, que murió en torno a los tres o cuatro años de edad, fueron incinerados y, posteriormente, depositados en una urna de orejetas (Gómez Bellard 1983). Este enterramiento ha sido datado entre finales del s. V y el s. IV a.C., período en que en este cementerio la mayoría de individuos que fallecieron antes de alcanzar los siete años de edad fueron inhumados en el interior de recipientes anfóricos, según la práctica del *enchytrismós*. Aparte del hecho de que este niño o niña recibiera sepultura según el rito de la incineración, en un momento en que su uso no era predominante, otra peculiaridad que presenta este enterramiento es el tipo de vaso que sus progenitores y/o familiares escogieron para resguardar sus restos óseos. Como se ha señalado, las urnas de orejetas fueron ampliamente utilizadas entre mediados del s. VI y el s. III a.C. en las necrópolis ibéricas del noreste y el sudeste peninsular, donde funcionaron como cinerarios tanto de individuos adultos como de infantiles (Gómez Bellard y De Miguel Ibáñez 1996; López Bravo 2002: 97; Oliver Foix 2005). De este modo, es posible que en este enterramiento infantil la elección del rito y del tipo de vaso para dar sepultura al pequeño/a pudieran estar determinados por el deseo de sus seres queridos de remarcar la ascendencia cultural del pequeño, quien pudo pertenecer a una familia o grupo de personas procedente de la península ibérica, que mantuvo sus costumbres funerarias al llegar al territorio ibicenco.

9.1.3. EL ÚLTIMO LUGAR DE DESCANSO PARA LOS CUERPOS: LAS TUMBAS

Otro de los estereotipos que ha acompañado, recurrentemente, a los estudios sobre los individuos infantiles en las necrópolis fenicias y púnicas es que para enterrarlos se utilizaron los tipos de tumbas más sencillos, siendo esta otra de las características que podría reflejar la existencia de una menor consideración social de los más jóvenes respecto a los adultos en estas comunidades (entre otros, Tejera Gaspar 1975: 790; Bénichou-Safar 1981: 7-8; 1982: 340-343). Sin embargo, en el presente trabajo se ha podido advertir que para dar sepultura a los individuos inmaduros se utilizaron una gran diversidad de estructuras, cuyo uso varió según el período, el rito utilizado para tratar los cuerpos y/o las costumbres generales que cada comunidad tenía para enterrar a sus muertos. Además, también se ha podido comprobar que la elección de los tipos de tumbas y contenedores en los que eran enterrados los infantiles, puberales y juveniles también pudo estar pautada por el modo en que estos fueron percibidos en el seno de sus comunidades, así como por otras identidades que pudieron interseccionar con su edad, como su género, su origen étnico y/o su clase social.

Durante el período fenicio, cuando el ritual más practicado fue el de la cremación, los restos óseos incinerados de los individuos infantiles, puberales y juveniles fueron depositados en el mismo tipo de sepulturas que los de sus mayores. Así, en aquellos cementerios donde se practicó, predominantemente, el ritual de la cremación primaria –Palermo y Monte Sirai– los individuos inmaduros fueron cremados directamente en fosas excavadas en el terreno, análogas a las utilizadas para incinerar a los adultos, aunque de menor tamaño, adaptándose así a las propias dimensiones de sus pequeños cuerpos. De forma análoga, en las necrópolis donde se practicaba la cremación secundaria los restos óseos de los sujetos no-adultos fueron depositados en los tipos de tumbas, habitualmente, utilizadas en cada necrópolis. En los centros de Monte Sirai y Pani Loriga fueron colocados en fosas, en San Giorgio de Portoscuso y en Nora en cistas líticas, en Mozia y Bitia en *pozzetti* y en el Puig des Molins en cavidades artificiales, naturales, retocadas, en hoyos excavados en la tierra o, directamente, aprovechando oquedades naturales del terreno.

En este último cementerio, entre finales del s. VII y el s. VI a.C., para resguardar los restos óseos de algunas personas, antes de introducirlos en las tumbas, se utilizaron

contenedores cuyo uso estaba pautado por la edad y el género de los difuntos, aportando información sobre el modo en que eran percibidos determinados individuos inmaduros según estos criterios. Este es el caso de las urnas cerámicas del tipo Cruz del Negro que, en el Puig des Molins, parece que fueron principalmente utilizadas para depositar las cenizas de mujeres adultas. En relación con este aspecto, es interesante señalar que los restos óseos de una puberal, que murió entre los 12 y los 14 años de edad, y de una juvenil, que en el momento de su muerte contaba con 17-18 años, fueron resguardados en este tipo de vasos. De este modo, el hecho de que las dos muchachas recibieran sepultura según esta variable del ritual podría reflejar que ambas eran consideradas mujeres en el momento de su muerte. La existencia de esta pauta funeraria es muy interesante, ya que permite plantear que, del mismo modo que ocurría en el mundo levantino y próximo oriental (Ebeling 2010: 63), la pubertad y, concretamente la menarquía, podía constituir uno de los momentos que marcaba el final de la infancia social para las niñas quienes, al alcanzar su madurez sexual –y especialmente reproductiva–, podían comenzar su camino de integración en la vida adulta.

Del mismo modo que ocurrió con las cremaciones del período fenicio, cuando se reintrodujo el ritual de la incineración secundaria, durante el período helenístico, los individuos inmaduros, generalmente, recibieron sepultura en los mismos tipos de tumbas que los adultos. Esta tendencia es evidente en la necrópolis siciliana de Palermo donde, entre los ss. IV y III a.C., algunos sujetos que fallecieron durante el período neonatal y juvenil fueron cremados, siendo sus restos óseos recogidos en urnas cerámicas que, en el 85% de los casos, fueron depositadas en el interior de cámaras hipogeicas y, en el resto de ocasiones, en pequeñas cavidades excavadas en la roca (tab. 6.13). Una situación similar se dio en el cementerio de Lilibeo, donde las cremaciones secundarias de los individuos infantiles, puberales y juveniles también fueron recogidas en urnas cerámicas que, posteriormente, eran depositadas en fosas simples o en cámaras hipogeicas (tab. 6.22).

Por lo que respecta al rito de la inhumación, también se ha podido comprobar que los individuos no-adultos fueron enterrados en una gran diversidad de sepulturas, cuya elección en algunos casos pudo estar pautada en función de la edad de los pequeños/as, pero también por su estatus u otras identidades sociales y/o culturales. En relación con el tipo de tumbas, cuyo uso pudo estar regulado

por la edad que tenían los sujetos inmaduros al fallecer, destacan los *enchytrismoï*, que constituyeron el tipo de sepultura más utilizado en las tres regiones analizadas (41% de los individuos seguros). Aunque esta forma de enterramiento ya fue practicada en Mozia, entre finales del s. VIII y mediados del s. VI a.C., en el resto de necrópolis sicilianas, sardas e ibicencas no fue introducida hasta el período púnico, generalizándose su uso entre los ss. V y III/II a.C.

Habitualmente, el hecho de reutilizar vasos cerámicos para inhumar a los individuos infantiles ha sido interpretado como una forma económica, rápida y sencilla de dar sepultura a los individuos más pequeños de estas comunidades (entre otros, Tejera Gaspar 1975; Bénichou-Safar 1982: 340-343). No obstante, el análisis realizado en este trabajo ha permitido observar que, en la mayoría de cementerios, las inhumaciones en ánforas siguieron una cuidadosa preparación. Por norma general, se practicó un corte transversal en la boca o en el fondo del recipiente cuyo borde, en algunos casos, fue limado para evitar cortar y dañar el cuerpo de la criatura al introducirlo en su interior (véase § 7.2.7, a.2). Posteriormente, la fractura era tapada con los propios fragmentos anfóricos o con piedras y, en torno al recipiente, se colocaban algunos cantos a modo de calzo. Otro aspecto que parece reafirmar el cuidado y la atención puesta en este tipo de enterramientos es el hecho de que algunos fueran colocados en el interior de cámaras hipogeicas y tumbas a pozo, tal y como se ha atestiguado en el Puig des Molins, Tuvixeddu y Palermo.

De hecho, este tipo de tratamiento funerario, más que ser una forma de enterramiento descuidada reservada a los individuos infantiles, parece que fue un tipo de tumba destinado a dar sepultura a un grupo de edad socialmente pautado, tal y como reflejan los resultados obtenidos en los análisis antropológicos. Estos han demostrado que, en su interior, generalmente, fueron enterrados individuos que fallecieron entre el período fetal y perinatal y los seis o siete años de edad. Por tanto, esta tendencia parece indicar que este tipo de tumbas estaban dedicadas a enterrar a un conjunto de niñas y niños bien definido por su edad, que pudo constituir un grupo socialmente diferenciado dentro del conjunto de individuos infantiles. Esta categoría de edad social englobaba a los individuos más pequeños de estas comunidades, quienes, al no disfrutar de una gran autonomía ni madurez física y cognitiva, seguramente pasarían gran parte del tiempo en la esfera doméstica, bajo el cuidado de las

mujeres de la casa. En relación con este aspecto, es interesante considerar que para inhumar los cuerpos de los pequeños/as siempre se reutilizaron vasos cuyo uso era habitual en ámbito doméstico, entre los que destacan las ánforas de procedencia púnica (utilizadas en el 95% de los casos), mientras que en una minoría de casos también se utilizaron recipientes anfóricos de otras tradiciones u otro tipo de recipientes, como *dolia* y ollas, que pueden aportar información sobre la existencia de algunas identidades individuales de los pequeños/as que conformaban este grupo de edad.

Este es el caso de algunas tumbas en *enchytrismoï* procedentes de Mozia en las que los individuos fetales enterrados de forma individual fueron inhumados en ollas de cocina (fig. 6.8, d), cuando la tendencia habitual para inhumar a los infantiles de mayor edad, en este cementerio, fue la utilización de recipientes anfóricos fenicios (Lauria *et al.* 2020: 1839). Como se ha señalado, las ollas constituyen vasos que estuvieron estrechamente relacionados con la esfera doméstica, concretamente con la preparación de alimentos, siendo esta una actividad en la que las mujeres de las comunidades fenicias y púnicas tenían un especial protagonismo (entre otros, Delgado y Ferrer 2007a; Pla Orquín 2014-2015). De este modo, el uso de ollas de cocina parece materializar la percepción social de estas criaturas: posiblemente, los pequeños fallecidos en edad fetal no habrían gozado de una identidad individual, sino que pudieron ser percibidos como seres cuya existencia todavía estaba ligada a la de sus casas y, específicamente, a la de sus madres, siendo esta una de las razones por las que en su inhumación se utilizaron vasos domésticos estrechamente relacionados con el ámbito femenino.

Aparte del uso de ollas, en el cementerio de Mozia para inhumar a los individuos infantiles también se utilizaron otro tipo de recipientes, tal y como muestra la T.230, en la que el cadáver de un niño o niña fue inhumado en el interior de un *dolium* indígena (fig. 6.8, e). Como se ha visto con la cremación en urna de orejetas del Puig des Molins, la elección de este vaso de almacenamiento doméstico, de manufactura local, para inhumar al pequeño/a pudo estar motivada por la voluntad de sus progenitores y seres queridos de resaltar la ascendencia cultural del niño/a, quien pudo formar parte de una familia o grupo local que residía en el enclave moziense. Esta misma pauta pudo ser la que motivó la elección de los vasos en que fueron inhumados algunos individuos infantiles en otros centros sicilianos, como

Solunto, donde es bastante probable que convivieran gentes de ascendencia fenicia junto a personas griegas. En este asentamiento, para inhumar a los más jóvenes se utilizaron recipientes anfóricos tanto griegos como púnicos lo que permite, de nuevo, plantear que su uso diferenciado pudo utilizarse para señalar la identidad cultural de las familias a las que pertenecían las criaturas y, por extensión, la de los pequeños/as.

Aunque los *enchytrismoï* constituyeron el tipo de enterramiento más habitual para dar sepultura a las niñas y niños, que murieron entre el período fetal y los seis o siete años de edad, el uso de estas tumbas no constituyó una norma para enterrar a los individuos que fallecían durante los primeros años de vida. Reflejo de ello es la utilización de otras sepulturas para inhumar a las criaturas, como las fosas, que constituyen el segundo tipo más utilizado (25% de los individuos seguros). En contraposición con los *enchytrismoï*, cuyo uso estaba reservado a un grupo de edad socialmente diferenciado y muy bien definido, el uso de las fosas no estaba regulado por criterios de edad, siendo ampliamente utilizadas para inhumar los cadáveres tanto de individuos infantiles como de puberales y juveniles.

Tras los *enchytrismoï* y las fosas, el tercer tipo de tumba más empleado fueron los hipogeos (24% de los individuos seguros). Este dato es muy significativo, más si se tiene en cuenta que, habitualmente, se había sostenido que esta tipología de sepulturas era poco utilizada para inhumar a los individuos infantiles en las necrópolis fenicias y púnicas (entre otros, Bénichou-Safar 1981: 7-8; 1982: 340-343; Gómez Bellard 2014: 72). Sin embargo, los datos obtenidos en este trabajo han permitido observar que, en algunos cementerios sardos, como Villamar y Othoca, y sicilianos, como Lilibeo, en el interior de las cámaras hipogeicas tenían derecho a ser enterradas incluso las criaturas que morían durante el período fetal, neonatal y perinatal que, generalmente, fueron inhumadas en hipogeos de carácter colectivo. Aparte del uso de cámaras colectivas, los datos procedentes de algunas necrópolis como Palermo, Tuvixeddu, el Puig des Molins y la necrópolis rural de Cala d'Hort, han demostrado que algunos hipogeos fueron construidos, específica y especialmente, para inhumar los cadáveres de niñas y niños, que fallecieron a temprana edad, tal y como muestran las exiguas dimensiones de sus cámaras, cuyo tamaño se adaptaba al de los pequeños difuntos. De este modo, la inversión realizada en la construcción de estos pequeños hipogeos, aparte

de reflejar el cuidado que se puso para enterrar a determinados individuos infantiles, permite sugerir que las niñas y niños aquí inhumados pudieron pertenecer a familias de cierto estatus social, que disponían de los recursos necesarios para realizar esta gran inversión para enterrar a sus familiares más jóvenes.

Otro tipo de sepulturas, que reflejan el cuidado e inversión realizados en los funerales de algunos individuos infantiles, son los sarcófagos de arenisca, cuyo uso fue especialmente común en Sicilia, concretamente en Palermo y, probablemente, en la necrópolis de Birgi. En Palermo, este tipo de tumbas se utilizaron de forma más o menos sincrónica a los *enchytrismoï* y a las fosas para inhumar a niñas y niños que murieron, generalmente, entre el nacimiento y los seis años de edad (tab. 6.9). De este modo, el uso de sarcófagos para enterrar a ciertos infantiles que fallecieron a tan temprana edad podría indicar que éstos también pudieron formar parte de familias que gozaban de una buena posición económica y/o social, dentro de la sociedad palermitana, y pudieron permitirse comprar y/o mandar fabricar sarcófagos específicamente manufacturados para sus pequeños/as difuntos/as.

En otras necrópolis los individuos inmaduros fueron enterrados en tumbas, cuyo uso pudo depender de las costumbres funerarias locales que existían en cada comunidad. Este es el caso de las inhumaciones infantiles en oquedades naturales, que fueron utilizadas en la necrópolis ibicenca de Santa María, donde los niños y niñas, del mismo modo que el resto de difuntos, eran enterrados aprovechando las cavidades naturales de la roca. Por último, se quiere señalar que, en algunas necrópolis sardas, como Othoca y Monte Luna, y sicilianas, como Solunto, algunos inmaduros fueron inhumados en tumbas *a cassone*, que se utilizaban tanto para enterrar a adultos como a individuos que fallecieron durante el período infantil. Asimismo, otros sujetos que murieron prematuramente en algunos centros de Cerdeña, como Monte Sirai y Villamar, también fueron enterrados en el interior de cistas líticas, un tipo de sepultura que en esta isla fue especialmente utilizado tras la llegada de gentes procedentes del área norteafricana (Guirguis 2010: 132-134; Guirguis *et al.* 2017: 291). De hecho, como se verá en el siguiente apartado, el uso de este tipo de tumbas junto a la posición en que fueron colocados los cadáveres de las niñas y niños en su interior también podría aportar información relativa a la identidad cultural de los pequeños/as.

9.1.4. LA POSICIÓN Y COLOCACIÓN DE LOS CUERPOS

El último aspecto que ha aportado una preciosa información acerca de la percepción de los individuos inmaduros y sobre sus relaciones interpersonales con otros miembros de su grupo de pertenencia, es el estudio de la posición y el modo en que sus cuerpos fueron colocados en el interior de las sepulturas, tanto individuales como colectivas. Además, el análisis de este aspecto también ha arrojado luz sobre la existencia de diversas identidades individuales de ciertos niños y niñas.

Aunque la tendencia habitual en las necrópolis era que los sujetos no-adultos fueran enterrados en tumbas individuales, se ha podido advertir que en las tres regiones existía cierta preferencia por enterrar a las criaturas, que fallecieron entre el período fetal, perinatal y neonatal junto a otras personas y/o animales en tumbas dobles o colectivas. Esta pauta ha podido observarse, por ejemplo, en el cementerio siciliano de Mozia donde, durante el s. VI a.C., los fetales, que pudieron fallecer como consecuencia de abortos y/o partos prematuros, eran frecuentemente inhumados en *enchytrismo*i dobles junto a niñas o niños mayores (tab. 6.2.). Asimismo, esta costumbre de enterrar a los individuos que fallecieron más temprano con personas de mayor edad, también se dio en la necrópolis de Lilibeo donde, entre finales del s. IV y el s. III a.C., algunos neonatos recibieron sepultura en hipogeos de carácter familiar junto a mujeres y hombres adultos (tab. 6.19).

Esta preocupación por no dejar solos a los más pequeños, tras su muerte, también se ha advertido en diversas necrópolis sardas, donde era común la práctica de agrupar en las mismas tumbas los cuerpos de las criaturas, que fallecieron durante el período gestacional y los primeros meses de vida, tal y como ha podido observarse en el cementerio rural de Villamar. En este centro, entre finales del s. IV y el s. III a.C., los fetales y perinatales nunca fueron enterrados en sepulturas individuales, sino que sus pequeños cadáveres fueron colocados en cámaras hipogeicas de carácter colectivo, donde fueron enterrados junto a otras niñas y niños más mayores y personas adultas (tab. 7.33). Asimismo, parece que en este cementerio existió una práctica ritual específicamente asociada a las muertes prematuras, que consistía en realizar enterramientos de animales, concretamente de ovicápridos y cánidos, junto a los bebés (Pompianu 2017a: 12; 2019b: 261; Pompianu 2020: 1164; 1167; ep). Esta costumbre también pudo darse en

otras necrópolis sardas, como Othoca, donde en el interior de un hipogeo del tipo *caveau-bâti* fueron inhumados ocho individuos, que fallecieron a temprana edad, junto a los restos óseos de algunos animales (Pusceddu *et al.* 2011: 190; 193).

Además de ser enterrados en sepulcros colectivos, algunos bebés –que fallecieron durante el período fetal y neonatal– recibieron sepultura en tumbas dobles junto a mujeres adultas, lo que ha permitido sugerir que estos enterramientos pudieron pertenecer a madres e hijos/as, que murieron en un avanzado estado de gestación, durante el parto o en un momento próximo al mismo. Este tipo de tumbas han sido documentadas en las tres regiones analizadas y algunas de ellas presentan una serie de características, que permiten pensar que las criaturas –y las mujeres– fallecidas, en torno al momento del alumbramiento, pudieron ser percibidas como seres impuros y liminales (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 60). Entre estas destaca la T. 326.310 (fig. 7.20) de la necrópolis de Monte Sirai, en la que fue inhumada una mujer sobre cuyas tibias se colocó una olla, que contenía los restos óseos incinerados de un individuo perinatal y de, al menos, tres pajarillos de la familia *turdidae* (Piga *et al.* 2020: 5-6). Este caso, de nuevo, refleja la costumbre existente en el territorio sardo de asociar a los individuos que fallecieron a más temprana edad con animales.

De todos estos datos parece desprenderse la idea de que en las tres regiones era muy importante que las criaturas, que fallecían más temprano, fueran enterradas junto a otras personas de mayor edad, ya fueran niñas y niños mayores y/o personas adultas. Esta circunstancia, precisamente, podría reflejar la percepción social que existía sobre los más pequeños, quienes muy probablemente eran considerados como seres que todavía no gozaban de una identidad individual. Diversos paralelos etnográficos demuestran que, en muchas comunidades, los bebés recién nacidos solo gozan de una existencia social íntimamente relacionada con la de su madre. Este es el caso, por ejemplo, de los recién nacidos de la tribu somalí *Hawiyya*, quienes durante cierto tiempo después del nacimiento todavía se consideran parte de la carne y sangre de la madre (Cerulli 1959: 25). Asimismo, en otras comunidades, las criaturas no son consideradas completamente humanas, sino que son percibidas como seres cuya naturaleza se encuentra entre lo humano y lo animal, tal y como refleja el caso de los bebés *Lepcha* del Himalaya, que no son reconocidos como niños humanos, sino que son percibidos como “niños-ratas” (Gorer 1967: 289).

En el caso de las comunidades fenicias y púnicas, la evidencia procedente de las sepulturas parece indicar que, durante la gestación y cierto tiempo después del nacimiento, la existencia y la percepción de las criaturas debía estar intrínsecamente ligada a la de sus hogares, especialmente a sus madres y/o grupos familiares. Esto parece tener su reflejo en el hecho de que los individuos fetales, perinatales y neonatales nunca recibieran sepultura de forma individual en los cementerios. Esta percepción de los más pequeños también parece materializarse en las inhumaciones de los individuos fetales de Mozia, que fueron enterrados en ollas de cocina. Como se ha señalado en el apartado anterior, el uso de este tipo de contenedores refuerza la conexión entre los no nacidos y el ámbito doméstico, resaltando de manera significativa los lazos existentes entre los bebés y las mujeres de la casa y, más probablemente, entre las criaturas y sus madres.

La costumbre que se dio en Cerdeña de enterrar a los individuos fetales y perinatales junto a restos óseos animales, además de permitir sugerir que estas criaturas requerían de ritos funerarios particulares, probablemente por morir en un momento avanzado de la gestación o próximo al parto (véase § 7.2.8.3, b.1), también podría reflejar el modo en que los más pequeños fueron percibidos. Tal y como ha planteado Mireia López-Bertran, para la asociación entre niños y animales en los tofets y en los enterramientos domésticos del ámbito ibérico peninsular, la relación entre bebés y determinados animales podría entenderse en términos ontológicos (2018). De acuerdo con lo mencionado previamente, parece que los neonatos y fetos en las comunidades fenicias y púnicas no ostentaban aún una identidad individual independiente; en cambio, su personalidad social debía estar intrínsecamente vinculada a la de sus grupos de pertenencia y, particularmente, a la de sus progenitoras. Este fenómeno sugiere la posibilidad de que estos individuos aún no fueran concebidos como entidades plenamente humanas. De hecho, su asociación a determinadas especies animales, como ovicápridos, cánidos y ciertas aves, en determinadas sepulturas sardas podría reflejar que los más pequeños eran percibidos como seres cuya naturaleza se encontraba en la intersección entre lo humano y lo animal. Sin embargo, esta naturaleza especial de los más pequeños no implicó su exclusión de los cementerios ni la ausencia de cuidados tras su muerte.

En las necrópolis, las tumbas dobles y colectivas no solo estaban destinadas a enterrar a criaturas fetales, perinatales y neonatales, sino que otros individuos infantiles

también fueron enterrados junto a otras niñas y niños o con personas de mayor edad. Estas agrupaciones permiten pensar en la posible existencia de diferentes relaciones de tipo familiar y/o afectivo entre las personas inhumadas en el interior de la misma sepultura. De hecho, la existencia de relaciones de parentesco entre algunos sujetos depositados en el interior de tumbas colectivas ha sido recientemente confirmada gracias a los análisis de ADN realizados sobre algunos infantiles de Monte Sirai. Estos han demostrado que, en algunos casos, los pequeños/as inhumados, de forma conjunta en el interior de fosas colectivas, mantenían relaciones de consanguinidad, pudiendo ser primos por vía materna e incluso hermanos (Matisoo-Smith *et al.* 2018; Guirguis *et al.* 2018: 213; Guirguis *et al.* 2020: 1720-1721).

Por el momento, el caso de Monte Sirai constituye el único en que se han realizado análisis de ADN que permitan verificar la existencia real de relaciones de tipo familiar entre las personas enterradas en la misma tumba. Sin embargo, en otras necrópolis, el modo en que fueron colocados los cuerpos de las niñas y niños, respecto al resto de personas con las que fueron enterrados, consiente pensar en la posible existencia de relaciones afectivas y/o familiares entre los diferentes individuos. Este es el caso de algunas tumbas procedentes de los cementerios sardos de Nora (fig. 7.25, a) y Tuvixeddu (figs. 7.37; 7.38), donde los cuerpos de algunos infantiles fueron cuidadosamente colocados sobre los cadáveres de adultos o en ciertas posiciones, que parecen subrayar la existencia de vínculos afectivos entre los pequeños/as y las personas junto a las que recibieron sepultura. La presencia de esta gestualidad afectiva, por ejemplo, es bien perceptible en la T. 120 de Tuvixeddu, en la que en el interior de una cámara hipogeica fueron enterrados una mujer, inhumada en decúbito supino, y un niño, que fue cuidadosamente colocado con la cabeza apoyada sobre el hombro de la que pudo ser su madre (Salvi 2001: 248).

En otras sepulturas dobles de Palermo y del Puig des Molins se dio la asociación entre hombres adultos y puberales o juveniles femeninas (tabs. 6.9; 6.11; 8.3), lo que ha llevado a plantear que, entre estos, pudieron darse relaciones de tipo conyugal (Gómez Bellard 1985: 146; Gómez Bellard *et al.* 1990: 190; 199-200; Fernández y Costa 2004: 376). En relación con esta posibilidad, es interesante considerar que, en estas comunidades, pudo existir una disparidad de género respecto a la edad con que las mujeres y los hombres accedían al matrimonio.

Aunque la ausencia de análisis de ADN impide conocer con certeza el tipo de relación que pudo darse entre estas “niñas crecidas” o “jóvenes mujeres” y los hombres adultos, la posibilidad de que pudieran mantener una relación de tipo conyugal también encuentra apoyo en el relato sobre la cartaginesa Sofonisba (ca. 218-203 a.C.).

Esta princesa, durante su corta vida, tuvo tiempo de casarse dos veces: primero, a la tierna edad de 13 años (ca. 205 a.C.), con el viejo Sifax, quien entonces tenía 45 y, posteriormente, con Masinisa, al que estaba prometida desde su infancia (González Rolán 2014: 148-149). Esta narración, por tanto, sustenta que era habitual que las muchachas, al menos las de clase social elevada, accedieran muy jóvenes al matrimonio, a la vez que refleja que la diferenciación de edad entre los cónyuges debía ser algo normal. También es interesante notar que los relatos señalan que Sofonisba estaba prometida a Masinisa desde su infancia. Esto permite plantear que las niñas podían ser prometidas a una edad temprana, mientras que, por el contrario, solo podían acceder al matrimonio cuando ya eran aptas para la reproducción pues, tal y como afirma Tito Livio (XXIX 23, 4), en el momento de su primer matrimonio con Sifax, Sofonisba ya era núbil. De estas narraciones sobre la joven princesa, se puede inferir que los cimientos de la pubertad social, o adolescencia, en el caso de las niñas se establecían de forma temprana y progresiva durante la infancia, y mucho antes de la llegada de la pubertad biológica. Además, también permiten plantear que el paso de la infancia a la adultez femenina, en las comunidades fenicias y púnicas, pudo estar marcado por la triple ecuación: menarquía-matrimonio-parto (Rivera-Hernández 2023).

En relación con esta transición femenina de la infancia a la vida adulta son especialmente interesantes tres sepulturas, también procedentes de la necrópolis palermitana, pertenecientes a tres niñas que fallecieron durante el período prepuberal (véase § 6.2.3, c.1). Las tres fueron inhumadas en el interior de sarcófagos de marés de reducidas dimensiones, un tipo de sepultura que, como se ha señalado precedentemente, es posible que estuviera predominantemente destinado a inhumar a individuos infantiles pertenecientes a familias que gozaban de una buena posición económica y/o social dentro de la sociedad palermitana. Sin embargo, el rasgo más interesante de estas tumbas es que las tres niñas fueron enterradas en posición prona. A pesar de ser colocadas en esta postura no-normativa, parece ser que

estos enterramientos se realizaron de forma muy cuidadosa y con sumo respeto, tal y como permite observar la T.1, en la que el cuerpo fue adornado con un amuleto de Astarté y dos cuentas de collar. Asimismo, en torno al cadáver de la pequeña, se colocaron diversos vasos cerámicos relacionados tanto con los cuidados que debieron darse a su cuerpo, como con la realización de ofrendas alimentarias (fig. 6.20).

Aunque es complicado conocer la causa exacta que llevó a enterrar a las tres niñas en esta posición, los datos procedentes de otras necrópolis sicilianas de época púnica permiten sugerir que esta forma anómala de colocar los cuerpos pudo ser utilizada para marcar diferentes etapas del ciclo vital femenino. Reflejo de ello serían las tumbas 5 y 27 de la necrópolis de Solunto, en las que fueron cuidadosamente inhumadas dos mujeres en posición prona, que fallecieron entre la edad adulta y madura (Calascibetta 2020: 1075-1081). Esto permite plantear que el modo en que fueron colocados los cadáveres de las tres niñas pudo estar pautado tanto por su género femenino, como por su edad, pues las tres fallecieron durante el período prepuberal. Considerando la probabilidad significativa de que, en estas comunidades, la menarquía representara un hito crucial en la transición de las niñas a la adultez, el hecho de que las tres fallecieron antes de llegar a este momento crucial podría proporcionar una explicación para la disposición particular de sus cuerpos. El uso de esta postura, además, podría reflejar las expectativas frustradas de sus familiares y seres queridos, quienes mediante la utilización de esta posición quisieron marcar que las pequeñas no llegarían a convertirse en mujeres adultas y, por tanto, no podrían acceder al matrimonio ni reproducirse con el fin de garantizar la continuidad familiar (Rivera-Hernández 2023).

En último lugar, el modo en que fueron colocados los individuos infantiles en sus tumbas también refleja cómo la diversidad cultural —característica de la mayoría de estos enclaves— también pudo influir en la construcción de las identidades de los individuos más jóvenes. Este es el caso, por ejemplo, de la T. 301 de la necrópolis sarda de Monte Sirai en la que, hacia finales del s. VI a.C., fue inhumada una posible niña, de entre dos y seis años, cuyo cadáver fue colocado en posición decúbito lateral derecho en el interior de una cista lítica (tab. 7.6; fig. 7.14, a). Como se ha visto en el contexto de varias necrópolis sicilianas, como Palermo, Solunto y Lilibeo, la *posizione ranicchiata* ha sido principalmente interpretada como un posible indicio de

la presencia de individuos autóctonos o de ascendencia local en dichos centros (Bechtold 1999: 267; Calascibetta 2010: 60; 2019; 2020; Spatafora 2012b: 65). En el caso sardo, resulta interesante señalar que esta forma de colocar los cuerpos también se practicaba en algunas necrópolis nurágicas (Guirguis y Pla Orquín 2022: 175-176). No obstante, su uso también se ha asociado a la llegada de personas procedentes del área norteafricana (Guirguis 2010: 133-134; 2011: 102-103; 2012: 103).

Es interesante señalar que los paralelos más cercanos a la posición y al tipo de sepultura en la que fue inhumado el individuo infantil de la T.301 de Monte Sirai se encuentran en algunas áreas funerarias de influencia fenicia de la costa atlántica de Marruecos, como Djebila y Aïn Dalhia Kebira, donde las niñas y niños eran enterrados en decúbito lateral, dentro de cistas líticas (fig. 7.14, b). Además, también resulta significativo observar que, en otros cementerios del norte de África, donde esta posición era comúnmente empleada para el sepelio de los difuntos, los cuerpos de los pequeños eran adornados de manera similar al de la T.301. Un paralelo lo constituye el individuo infantil enterrado en la T.62 de Rachgoun, que fue dispuesto en decúbito lateral flexionado, y alrededor de su tibia derecha se colocó una tobillera elaborada en cobre o bronce (Vuillemot 1956: 54).

Hasta el momento, las inhumaciones en posición decúbito lateral flexionado en el cementerio de Monte Sirai solo han sido registradas en la T.50, una sepultura en fosa que corresponde a un individuo puberal, y en la T.256. En esta última, hacia el final del siglo VI a.C., fue inhumado un hombre en posición *ranicchiata*, también dentro de una especie de cista lítica. Desde el principio, estas características llevaron a la interpretación de este enterramiento como probablemente perteneciente a un individuo de origen norteafricano (Guirguis 2010: 133), hipótesis que ha sido recientemente respaldada gracias a los análisis antropológicos realizados sobre este sujeto (Guirguis *et al.* 2017: 291; nota 52).

De este modo, si se considera la posición en la que fue colocada la niña de la T.301, el tipo de sepultura utilizada, la ornamentación del cadáver y la cronología del enterramiento surge la posibilidad de que esta pudiera haber formado parte de un grupo de individuos originarios del norte de África que, hacia finales del siglo VI a.C., podrían haber llegado a Cerdeña como resultado de la conquista cartaginesa de la isla. Este escenario resulta de particular interés, ya que sugiere la participación de niñas y niños en los desplazamientos

migratorios, que tenían como objetivo el control del territorio insular. No obstante, es importante tener en cuenta que la posición *ranicchiata* también era común en algunas necrópolis nurágicas y se debe destacar que, junto a la pequeña, se registró la presencia de una ollita de tradición sarda (Guirguis y Pla Orquín 2022: 187). Por tanto, hasta que no se lleven a cabo análisis de ADN y/o de isótopos de estroncio, resulta desafiante proporcionar una explicación más concluyente acerca de los motivos que llevaron a la inhumación de la niña en esta posición. Sin embargo, esta sepultura emerge como un destacado ejemplo de la heterogeneidad cultural presente en esta comunidad y de cómo esta diversidad influía en la formación de las identidades de los individuos más jóvenes.

9.2. LO QUE CUENTAN LOS OBJETOS

Entre los tópicos que se han repetido de manera constante sobre las sepulturas infantiles en las necrópolis fenicias y púnicas, destaca la afirmación recurrente de que estas se caracterizaban por la ausencia o presencia limitada de ajuares (entre otros, Tejera Gaspar 1975: 782-786; 790; Bénichou-Safar 2012: 263-264). No obstante, los datos obtenidos sobre el total de enterramientos estudiados permiten romper con esta tesis tradicional, ya que en el 70% de los casos los individuos no-adultos fueron acompañados por diferentes objetos (fig. 9.3, a). Por lo que respecta a la naturaleza de los mismos, ha podido advertirse que el patrón habitual era que los sujetos inmaduros fueran enterrados tanto con joyas y/o amuletos como con vasos cerámicos (39%), siendo también común que fueran acompañados exclusivamente por elementos de carácter apotropaico (31%) o solamente por recipientes cerámicos (30%) (fig. 9.3, b).

Entre los objetos hallados en las tumbas de los individuos inmaduros de las tres regiones, se han podido reconocer, por un lado, algunos elementos que pudieron ser utilizados durante sus rituales funerarios, que aportan información sobre las atenciones dispensadas a los individuos más jóvenes a lo largo de todo el ciclo funerario. Por otro lado, también se han documentado otro tipo de artefactos que, probablemente, eran utilizados por sus seres queridos y familiares para cuidarlos, tanto en vida como después de su fallecimiento. Entre estos se incluyen algunos vasos cerámicos que pudieron ser utilizados para alimentarlos, como los biberones, así

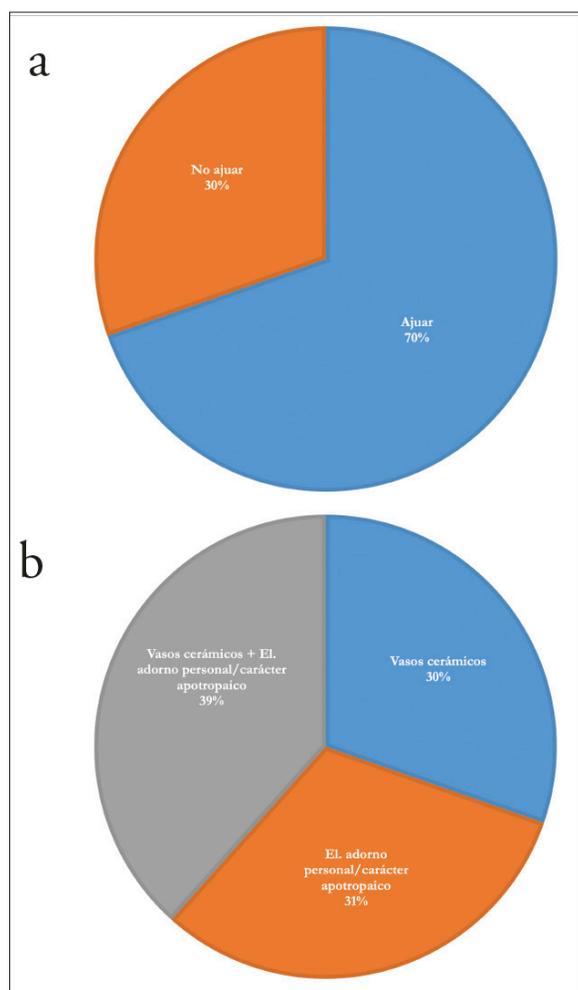


Fig. 9.3. Objetos en las tumbas de los individuos no-adultos. a) Gráfico que muestra la presencia/ausencia de objetos. b) Gráfico que refleja la composición de los ajuares.

como distintos ornamentos, como las joyas y los amuletos, que pudieron colocarse en sus cuerpos para mantenerlos seguros y protegidos. Finalmente, junto a estos objetos, también se han documentado algunos elementos que pudieron estar dotados de propiedades lúdicas y pueden relacionarse con los procesos de socialización y aprendizaje de las niñas y niños en estas comunidades. Como se expondrá a continuación, ciertos objetos depositados en determinadas sepulturas también podrían haber servido para expresar diversas identidades individuales de los infantiles, como su ascendencia cultural, género y estatus, e incluso para marcar la diferenciación social de su edad.

9.2.1. LOS CUIDADOS PARA EL MÁS ALLÁ

Aunque, tradicionalmente, se había considerado que el tratamiento funerario que se otorgaba a los individuos infantiles era menos cuidadoso que el ofrecido a los adultos, algunos de los objetos documentados en sus sepulturas han permitido comprobar que en las comunidades fenicias y púnicas sicilianas, sardas e ibicencas se trataba con bastante cuidado a las niñas y niños difuntos, con el fin de proporcionarles una buena muerte y un buen viaje al Más Allá. De hecho, los diferentes elementos colocados en las tumbas de los pequeños han permitido conocer las atenciones que estos recibieron durante todo el ritual mortuorio, es decir, de forma previa a su deposición en la sepultura, a lo largo de los rituales desarrollados durante el propio funeral y una vez fue clausurada la tumba.

Del mismo modo que ocurría con las personas adultas, cuando las niñas y niños morían recibían una serie de cuidados funerarios previos a su entierro, con el fin de preparar, transformar y purificar sus cuerpos antes de ser colocados en sus sepulturas. Muestra de ello es la elevada presencia de botellitas, ungüentarios y otros vasitos, que pudieron contener resinas, aceites y otro tipo de ungüentos. Su elevada presencia en las tumbas de los individuos inmaduros parece reflejar que, entre las acciones rituales que tuvieron la finalidad de preparar los cadáveres, destacaba la unción de los cuerpos (fig. 9.4). Este tipo de vasitos fueron bastante comunes en las sepulturas de los sujetos no-adultos de las tres regiones estudiadas, variando el tipo de recipientes utilizados según la cronología, pero también de acuerdo con las preferencias locales existentes en cada comunidad.

Esta diversidad en la elección del tipo de vaso utilizado para ungir los cuerpos de los pequeños difuntos se observa al comparar las distintas áreas estudiadas. Por ejemplo, en la necrópolis ibicenca del Puig des Molins, durante el período arcaico, se utilizaron preferentemente ungüentarios del tipo *oil Bottle*. Estos han aparecido acompañando a criaturas que fallecieron antes de alcanzar el año de edad, lo que parece indicar que incluso los cadáveres de los bebés que morían más temprano recibían los mismos cuidados que el resto de personas que fueron enterradas en este cementerio (tab. 8.3). Frente a la situación observada en el Puig des Molins, donde se utilizaron ungüentarios típicamente fenicios, en algunas necrópolis sicilianas, como Mozia, Birgi y Palermo, para tratar los cuerpos de los infantiles –igual que los de sus mayores– era más común el uso de contenedores de tipo griego, como los *lekythoi* y los *aryballoi* (tabs. 6.1; 6.7; 6.9; 6.10).

En relación con los vasos que pudieron ser utilizados durante el proceso de preparación de los cadáveres es especialmente significativo el caso de la necrópolis sarda de Monte Sirai, donde es posible reconocer algunos ungüentarios que, posiblemente, fueron fabricados de forma específica para contener los bálsamos destinados a tratar el cuerpo de las criaturas. En este cementerio los recipientes asociados a la acción de la unción de los cadáveres están, principalmente, representados por las jarras de boca de seta (Bartoloni 2000). Sin embargo, la presencia de este tipo de vasos no era nada común en las sepulturas de los individuos infantiles. De hecho, en el único caso donde una jarra de boca de seta acompañó a un infantil –T.120–, esta presentaba un tamaño miniaturizado, lo que permite plantear que pudo ser fabricada, de forma específica, para ungir el cuerpo del niño o niña aquí inhumado con el fin de adaptar la cantidad de aceites y/o ungüentos que pudo albergar al tamaño del pequeño cadáver (fig. 7.19, b).

Aparte de esta jarrita, es posible que en este centro otro tipo de vasos también fueran específicamente fabricados para contener los ungüentos destinados a tratar los cuerpos de los miembros más pequeños de la comunidad. Este es el caso de un anforisco miniaturizado, de tradición indígena, asociado a un bebé que falleció entre los nueve y los diez meses lunares, y fue cremado junto a la que pudo ser su madre en la T.158 de Monte Sirai (fig. 7.8, l). Los análisis fisicoquímicos realizados en el interior de este anforisco han permitido detectar la presencia de grasas animales, aceites y ceras vegetales, que debieron constituir los ingredientes de un bálsamo perfumado con funciones profilácticas y medicinales, que pudo ser utilizado para ungir el cuerpo de la criatura de forma previa a su cremación (Botto y Garnier 2018: 131). En relación con este pequeño ungüentario, también es interesante remarcar el hecho de que fuera de tradición indígena, lo que podría reflejar la voluntad de resaltar la ascendencia cultural del niño/a aquí cremado (Botto y Salvadei 2005: 104; Botto 2013: 1137-1138).

Además de ser ungidos, los cuerpos de algunos individuos infantiles recibieron otro tipo de cuidados corporales, entre los que pudo estar el maquillaje del cadáver, tal y como refleja un pie de copa, que funcionó como contenedor de ocre y acompañaba al niño o niña inhumado en la T.100 de la Caserma Tuköry de Palermo (fig. 6.25, f). En ámbito fenicio y púnico el ocre fue utilizado, en algunos casos, para maquillar los cadáveres de los difuntos, ya que su color rojizo, similar al de la sangre,

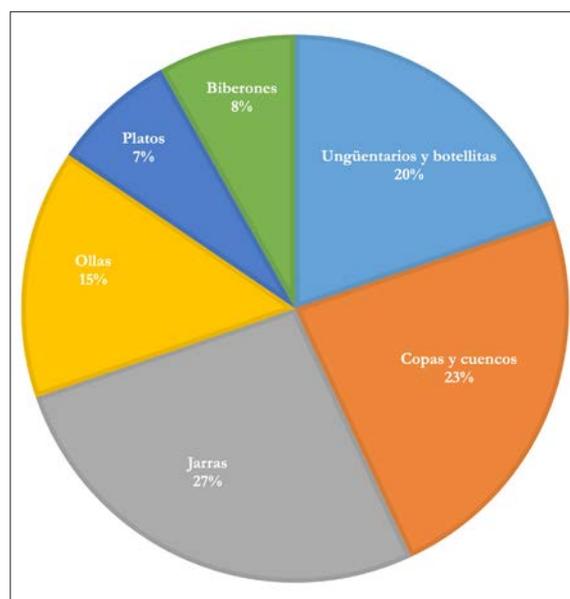


Fig. 9.4. Gráfico que muestra las principales formas cerámicas documentadas en las tumbas de los individuos no-adultos.

pudo motivar la creencia de que este producto estaba dotado de propiedades purificadoras (Bénichou-Safar 1982: 260; Bernardini 2004: 145; Spatafora 2014a: 296; López-Bertran 2019a: 298). Con esta práctica del maquillaje de los pequeños cadáveres también podrían relacionarse las *pissides*, ya que este tipo de recipientes, tradicionalmente, han sido interpretados como contenedores de ungüentos y/o cosméticos. Estas fueron colocadas en diversas tumbas infantiles de Lilibeo y Tuvixeddu, durante los ss. IV y III a.C. (tabs. 6.18; 6.19; 6.20; 7.26). En relación con estos objetos, también es interesante señalar que han sido asociados a la esfera femenina, tal y como demuestra el caso de la necrópolis de Lilibeo, donde las *pissides* fueron características de las sepulturas pertenecientes a mujeres (Bechtold 1999: 213-216). De este modo, su colocación en algunas tumbas infantiles, aparte de reflejar que los cadáveres pudieron ser maquillados, también podría marcar el género femenino de los pequeños individuos a los que acompañaban.

Tras ser ungidos –y en ciertos casos también maquillados– es probable que los cuerpos de las niñas y los niños fueran vestidos y/o envueltos en sudarios o mortajas. Si bien en ninguna de las tumbas estudiadas se han conservado los atuendos con que pudieron ser enterrados los pequeños/as, el uso de textiles para proteger sus cadáveres puede inferirse a partir de la presencia de algunos

objetos, como las agujas, los botones y las fíbulas. Este tipo de elementos se han hallado en algunas sepulturas infantiles de la necrópolis sarda de Monte Sirai, como la T.321 y la T.351. En la primera de ellas, perteneciente a un individuo de unos ocho años, fueron documentados algunos fragmentos de bronce, que se han relacionado con la presencia de una fíbula, que pudo funcionar como elemento de cierre de una mortaja o de las vestimentas con las que el pequeño/a fue enterrado/a (Murgia y Pla Orquín 2014: 47). En la segunda, sobre el húmero izquierdo de una posible niña, que falleció antes de alcanzar los tres años de edad, fue localizado un botón de tradición nurágica, que aún conservaba restos de tejido de lino adheridos, lo que ha llevado a hipotetizar que la pequeña pudo ser cuidadosamente enterrada con sus

ropitas cotidianas, elaboradas en este tejido (fig. 7.16). En este último caso, también es interesante señalar la utilización de un botón local, cuyo uso podría señalar la ascendencia indígena del niño o niña aquí inhumado/a (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1; Guirguis *et al.* 2018: 209; fig. 6.3.3; Guirguis y Pla Orquín 2019: 269; Pla Orquín *et al.* 2021).

Además de botones y fíbulas, en otros enterramientos de inhumación pertenecientes a infantiles se han documentado agujas de bronce o hierro, que también pudieron funcionar como elementos de sujeción de las mortajas o vestimentas con que los pequeños cadáveres pudieron ser envueltos. Este es el caso de la inhumación del hipogeo T.102 de Tuvixeddu, donde junto a un niño o niña, que murió en torno a los tres o cuatro años de edad, fue localizada una aguja de bronce que podría indicar que el pequeño/a aquí enterrado fue protegido mediante la utilización de un sudario u otro tipo de indumentaria (Taramelli 1912: 203). Es interesante señalar que este tipo de objetos no fueron exclusivos de las sepulturas infantiles de inhumación, siendo también localizados en algunas tumbas de incineración pertenecientes a niñas y niños procedentes de la necrópolis ibicenca del Puig des Molins (tab. 8.3). En el caso de las cremaciones, la presencia de agujas no solo puede relacionarse con el uso de sudarios y/o vestidos, durante la preparación del cuerpo, sino que también podría indicar que los restos óseos cremados de los infantes fueron envueltos en bolsas de tela y/o cuero de forma previa a su introducción en la sepultura.

Es interesante señalar que la presencia de estos objetos metálicos –agujas, botones, fíbulas, anillas, etc.– en las sepulturas de los bebés recién nacidos también podría constituir un reflejo material del uso de pañales para enterrar a las criaturas que murieron de forma prematura. En ámbito fenicio y púnico, el uso de pañales está atestiguado en diversas representaciones iconográficas de las estelas de los tofets. Entre estas destaca una procedente del santuario de Monte Sirai (fig. 9.5, c), donde aparecen representados una mujer junto a un bebé recién nacido. A pesar de la abstracción de la representación del niño, la forma de su cuerpo parece indicar que estaba envuelto en un pañal o faja, similar a los utilizados para proteger los cuerpos de las criaturas en otras sociedades más o menos contemporáneas de la Edad del Hierro, como la íbera o la romana, donde la costumbre de empañar a los bebés está perfectamente atestiguada en los exvotos (fig. 9.5, a-b). Otro ejemplo de la utilización de pañales u otras envolturas, como



Fig. 9.5. Evidencias iconográficas sobre el uso de pañales. a) Exvoto galo-romano del santuario de Apolo Moritasgus en Alesia (Musée d'archéologie nationale de Saint-Germain-en-Laye. Fotografía: cortesía de Olivier De Bigault De Cazanove); b) Exvotos íberos de criaturas en pañales (Fotografías: cortesía de Carmen Rueda Galán); c) Monte Sirai, bebé enfajado junto a un personaje femenino (Bartoloni 1986: tav. XLIX, 279); d) Cartago, bebé envuelto en pañales (a partir de Brown 1991: fig. 56, d); e) Cartago, estela con representación del denominado idolo a bottiglia, que realmente podría representar un bebé en pañales (Fotografía: Aurora Rivera- Hernández).

toquillas y/o fajas, puede observarse en la iconografía de una estela del tofet de Cartago, en la que está representado un bebé claramente envuelto, tal y como parecen mostrar la línea curva, que rodea el cuello de la criatura, y que supondría el límite de la envoltura y las otras dos líneas inferiores, que parecen representar los pliegues de la tela (fig. 9.5, d). En un reciente e interesante trabajo, Valentina Melchiorri ha propuesto que el símbolo conocido como *idolo a bottiglia*, muy común tanto en el mundo fenicio oriental como occidental y, especialmente, es los santuarios tofets, podría constituir la representación abstracta de un bebé humano (2023: 269-271). De hecho, este símbolo podría, concretamente, representar un bebé recién nacido, de pocos días de edad, envuelto en un pañal (fig. 9.5, e). Aunque en ámbito fenicio y púnico no contamos con fuentes escritas directas que nos informen sobre el uso de estas envolturas como parte de los cuidados neonatales, algunos relatos bíblicos nos informan de que, tras cortar el cordón umbilical de los bebés, estos eran lavados en agua salada, posiblemente para evitar y prevenir infecciones, y, posteriormente, envueltos en pañales (Ezequiel XVI, 4; Lucas II, 6-7).

En relación con la indumentaria, por último, es interesante señalar que, aparte de los objetos metálicos, en otras ocasiones, la posición en que se han documentado los cadáveres de los pequeños en el interior de las tumbas también puede aportar información sobre la existencia de sudarios, mortajas u otro tipo de vestimentas, tal y como refleja la T. 23 de Solunto. En esta sepultura fue inhumado un niño o niña que falleció en torno a los ocho o diez años, cuyas extremidades inferiores se hallaron cruzadas, lo que permite hipotetizar que pudo ser colocado en la sepultura envuelto en una tela o sudario (Calascibetta 2019: 170).

Una vez los cadáveres de los pequeños habían sido preparados y purificados eran llevados a los cementerios para recibir sepultura. La mayoría de vasos cerámicos localizados en las tumbas de los individuos inmaduros parece relacionarse, concretamente, con este momento, proporcionando información sobre las diferentes acciones rituales que pudieron realizarse durante sus funerales. Entre estos recipientes, los más habituales fueron los vasos relacionados con la esfera de la comensalidad, como las jarras, las copas, los cuencos y las ollas (fig. 9.4). Este tipo de cerámicas, generalmente, eran ubicadas en el interior de las sepulturas junto a los restos óseos, lo que permite suponer que pudieron contener las ofrendas alimentarias dedicadas a los pequeños/as difuntos/as.

Del mismo modo que ocurre en el caso de los unguentarios, los vasos utilizados para realizar ofrendas de alimentos y bebidas a los individuos no-adultos, en estos tres territorios, presentan una gran heterogeneidad a nivel local y regional, variando también su uso según la cronología y la idiosincrasia de cada comunidad. Por ejemplo, en la necrópolis siciliana de Palermo, entre finales del s. VII y el s. V a.C., los sujetos inmaduros, independientemente de su edad, fueron acompañados por un ajuar cerámico muy similar al de los adultos, tanto por el número de vasos como por la calidad de los mismos. Este, habitualmente, se caracterizaba por presentar recipientes de tradición griega conectados con el consumo del vino, entre los que destacan las jarras y jarritas, como las *oinochoai* y *olpai*, y algunas copas, como las *kylikes* y los *skyphoi*, siendo por el contrario menos común la presencia de copas fenicias. Junto a estos vasos, que pueden relacionarse con el consumo del vino, también era habitual la presencia de ollas, tanto de tradición fenicia como indígena, que podían contener las ofrendas alimentarias destinadas a los individuos más pequeños de la comunidad (Spatafora 2014a).

Frente a la situación observada en Palermo, en el cementerio sardo de Monte Sirai, los individuos infantiles, generalmente, fueron acompañados por un número de vasos menor que los adultos (Bartoloni 2000: 133; Pla Orquín 2017: 325). Entre estos destacan las copas de tipo fenicio, mientras que las copas de importación o que reproducían formas griegas eran menos habituales. En esta necrópolis también fue habitual que los individuos más pequeños de la comunidad fueran enterrados con ollas de pequeño tamaño, en ocasiones fabricadas a mano y caracterizadas por su escaso grado de estandarización, lo que ha permitido proponer una producción doméstica de las mismas, probablemente, vinculada al ámbito femenino (Pla Orquín 2014-2015: 69-71). Si se tiene en cuenta la posible producción doméstica de estos recipientes y el pequeño tamaño de los mismos, podría plantearse que estas ollitas pudieron ser específicamente fabricadas para cocinar determinadas recetas, posiblemente con ingredientes adaptados al paladar de los más pequeños, así como también a otras medidas, que reproducirían las raciones menores destinadas a las niñas y niños, tanto en vida como también en el momento de su muerte (Rivera-Hernández 2020b: 394).

Además de las ollitas, en Monte Sirai, también fue común colocar en las tumbas de los infantiles jarritas de pequeño tamaño. Estas últimas, en algunos casos, han

conservado los restos de los alimentos que pudieron contener, tal y como refleja el ejemplar que acompañó a la niña inhumada en la T. 334, en cuyo interior se hallaron un conjunto de semillas (Murgia y Pla Orquín 2014: 49-59). En relación con los alimentos ofrecidos a las niñas y niños en esta comunidad, también destaca la copita miniaturizada de producción indígena de la T. 158, que pudo ser específicamente fabricada para contener las ofrendas alimentarias destinadas a una criatura que falleció entre los nueve y los diez meses lunares, tal y como parece demostrar la presencia en su interior de grasas animales, que podrían constituir los restos de los alimentos ofrecidos al pequeño/a difunto/a (Botto y Garnier 2018: 133).

Aunque la tendencia habitual era que los vasos cerámicos fueran colocados en el interior de las tumbas, con el fin de proveer a los pequeños de alimentos en el Más Allá, en algunos casos los recipientes se han localizado en los estratos de relleno de las sepulturas en estado fragmentario, lo que parece sugerir que estos pudieron ser utilizados para realizar otra serie de acciones rituales, como libaciones, durante las ceremonias de clausura de las sepulturas. La realización de este tipo de acción ritual en tumbas infantiles se ha podido constatar en la necrópolis sarda de Monte Sirai (tab. 7.3; fig. 7.10) y en la ibicenca del Puig des Molins (tab. 8.3; fig. 8.6.), durante el período fenicio. Es interesante señalar que en ambos centros, para realizar estas ceremonias de clausura, se utilizaron copas de importación etrusca vinculadas al consumo del vino –respectivamente una *kylix* y un *kantharos*–, vasos que en ninguno de los dos cementerios fueron comunes, durante el período arcaico, lo que en este caso permite sugerir que las niñas y/o niños a los que se dedicaron dichas acciones rituales podían pertenecer a familias de cierto estatus social, que tenían acceso a este tipo de recipientes.

Tras la clausura de las tumbas, y posiblemente cierto tiempo después de los funerales, es probable que algunos niños y niñas fueran visitados por sus familiares y seres queridos, con el fin de conmemorarlos en el marco de aniversarios o festividades comunales relacionadas con el mundo de la muerte. Con la existencia de estas visitas *post mortem* pueden relacionarse los cipos y estelas, que fueron erigidos sobre algunas sepulturas infantiles procedentes del cementerio siciliano de Mozia, donde este tipo de elementos fueron utilizados incluso para marcar los *enchytrismoí* de criaturas que fallecieron durante el período fetal y perinatal (fig. 6.9, c.). El uso de marcadores

funerarios con este fin de visibilizar las tumbas de los individuos más pequeños de estas comunidades, también se dio en el cementerio siciliano de Palermo (tab. 6.9) y en el ibicenco del Puig des Molins (tab. 8.3; fig. 8.8; tab. 8.8; fig. 8.21, b). Aparte del uso de cipos y estelas, es posible que para señalar las tumbas de las niñas y niños se utilizaran otro tipo de marcadores, como elementos de madera y/o agrupaciones de piedras, así como vasos cerámicos de mediano y gran tamaño. En relación con estos últimos destaca el uso de jarras y ánforas en algunas tumbas infantiles de Mozia (tab. 6.5.; fig. 6.6, b) y de Monte Sirai (fig. 7.12), que pudieron ser utilizados no solo para otorgar visibilidad a las tumbas de los pequeños, sino también para que sus seres queridos pudieran alimentarlos de forma periódica, tras los funerales, mediante la realización de ofrendas alimentarias y libaciones.

En el presente apartado se ha demostrado que el estudio de los diferentes objetos documentados en las sepulturas de los individuos no-adultos refleja que en estas comunidades, habitualmente, se atendía con bastante cuidado a las niñas y niños fallecidos, desde el momento en que se producía su muerte biológica hasta que eran enterrados en sus sepulturas e, incluso también, un tiempo después de celebrar sus funerales. Por tanto, aunque tradicionalmente se había propuesto que los ajuares de las niñas y los niños se limitaban a algún biberón, jarrita o cuenco, el estudio realizado ha demostrado que los vasos cerámicos que acompañaron a los pequeños difuntos fueron mucho más variados y que las formas escogidas no solo pudieron variar dependiendo de las costumbres funerarias existentes en cada comunidad, sino también en función del estatus social de los pequeños/as y/o de su identidad cultural. En último lugar, también se quiere resaltar la presencia de marcadores funerarios en algunas tumbas infantiles, lo que permite romper con la idea tradicional de que los pequeños, tras su muerte, quedaron sometidos a un estado de abandono e indiferencia (Bénichou-Safar 2012: 267-268).

9.2.2. LOS CUIDADOS EN EL MÁS ACÁ Y EN EL MÁS ALLÁ

Además de hablarnos sobre las atenciones que recibieron las niñas y niños tras su muerte, los objetos depositados junto a los individuos inmaduros en sus sepulturas también pueden proporcionar información sobre algunos aspectos relacionados con los cuidados que estos recibieron durante su vida y que, en ocasiones, se

prolongaron cuando fallecieron. Entre estos elementos destacan los vasos biberones y diversos objetos de carácter ornamental y apotropaico, que ofrecen la oportunidad de analizar una serie de aspectos relacionados con la alimentación, el adorno y la protección de los más jóvenes en las comunidades fenicias y púnicas sicilianas, sardas e ibicencas.

Del mismo modo que en otras sociedades pasadas, en ámbito fenicio y púnico los biberones constituyen un tipo de vaso que se ha asociado, de forma universal, a la esfera infantil. No obstante, el estudio realizado por Boutheina Maraoui Telmini ha demostrado que los biberones en las necrópolis no se asociaban de forma exclusiva a las niñas y niños, sino que también fueron colocados en tumbas de personas que fallecieron en edad adulta (2009: 322). Este mismo trabajo también ha evidenciado que este tipo de recipientes no eran exclusivamente utilizados en ámbito funerario, pues también han sido localizados formando parte de la cultura material de algunos santuarios (Maraoui Telmini 2009: 6). De estos datos parece desprenderse que, del mismo modo que ocurría en el mundo greco-romano (véase § 4.3.2), estos vasos pudieron tener un carácter multifuncional, pudiendo ser utilizados para alimentar a individuos con ciertos impedimentos para ingerir la dieta habitual entre la población adulta, como los enfermos y los ancianos, e incluso para realizar libaciones durante determinadas ceremonias funerarias y/o religiosas (Maraoui Telmini 2009: 313-327).

Pese a esta multifuncionalidad de los biberones, es probable que uno de los usos principales de estos vasos fuera el de alimentar a las niñas y niños, tal y como parecen demostrar los datos recogidos en este trabajo que reflejan que estos recipientes acompañaron a un 8% de los individuos no-adultos de las tres regiones estudiadas. Por lo que respecta a su cronología, si bien parece que la utilización de este tipo de recipientes fue más habitual a partir del s. V a.C., estos vasos ya fueron utilizados para acompañar a algunos infantiles, en la necrópolis de Palermo, entre finales del s. VII y el s. VI a.C. (tab. 6.8).

Para conocer los posibles usos de los biberones durante la infancia es interesante atender a la edad de los individuos junto a los que se depositaron. En aquellos casos en que se han realizado estimaciones de edad precisas, parece que estos recipientes siempre acompañaron a infantiles que fallecieron entre período neonatal y los diez años de edad. Esta diferenciación en la edad de los niños parece reflejar que estos vasos pudieron usarse en diferentes momentos de su vida y como consecuencia

de diferentes motivaciones. Por ejemplo, la presencia de biberones asociados a bebés recién nacidos pudo responder a la incapacidad de las madres para amamantar a sus criaturas, a causa de su muerte durante el parto o el postparto e incluso por problemas médicos derivados de la lactancia, circunstancia que pudo llevar a buscar soluciones alternativas, como alimentar a los neonatos a base de otros alimentos líquidos y/o de leche animal.

En otras ocasiones, los biberones se han hallado en tumbas de niñas y niños que fallecieron, aproximadamente, entre los dos y los tres años (tabs. 6.18; 8.6.; 8.7), edad en torno a la cual se ha propuesto que pudo finalizar el proceso de destete en las comunidades fenicias y púnicas (Ferrer y López-Bertran 2020: 370; Ryan *et al.* 2020: 9). De este modo, en estos casos se puede proponer que estos vasos fueron colocados junto a los infantiles en sus tumbas porque constituyeron los recipientes que, habitualmente, se utilizaban para alimentarlos durante el proceso de destete, es decir, desde que se empezaban a introducir alimentos complementarios a la leche materna, como los realizados a base de cereales. En relación con este uso de los biberones son significativos los restos de harina hallados en el interior de un vaso-biberón procedente de Cartago (Maraoui Telmini 2009: 313; Ferrer y López-Bertran 2020: 370) y los análisis de isótopos estables efectuados en la necrópolis sarda de Villamar, que han permitido proponer que las papillas realizadas con cebada pudieron constituir uno de los principales alimentos consumidos por los pequeños durante el proceso de destete (Ryan *et al.* 2020: 9). En último lugar, la presencia de biberones en tumbas de individuos infantiles de mayor edad (tab. 7.25), del mismo modo que en el caso de los adultos, podría reflejar que pudieron ser utilizados para alimentar a los niños y niñas enfermos, que tenían dificultades a la hora de consumir los alimentos de forma autónoma y/o para administrarles medicamentos con el fin de sanarlos.

Otro aspecto interesante que también puede aportar información sobre el uso de los biberones y sobre la identidad de sus pequeños usuarios es el de su factura y tradición. Por ejemplo, en algunas necrópolis sicilianas, junto a los niños y niñas, fueron depositados biberones que, muy probablemente, se fabricaron en ámbito doméstico, lo que parece sustentar que este tipo de recipientes podían ser cotidianamente utilizados para alimentar a los más jóvenes en las casas. Este es el caso del biberón colocado junto al individuo infantil inhumado en la T. 100 de Birgi, caracterizado por estar fabricado a mano, con

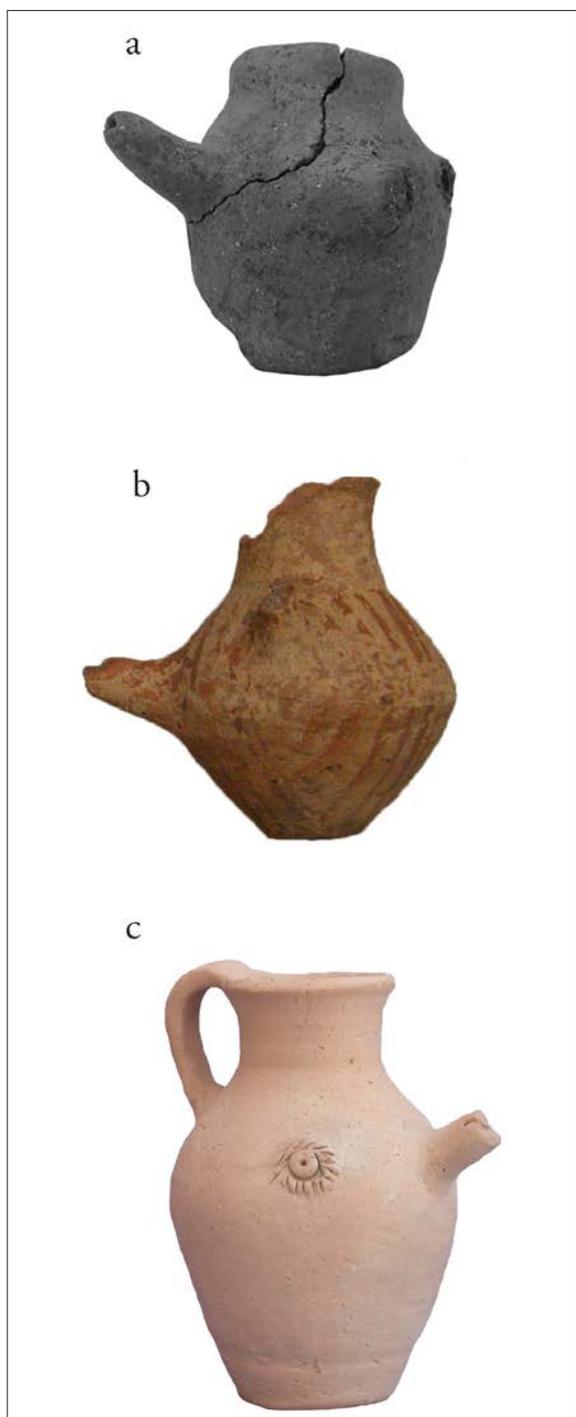


Fig. 9.6. Diferentes tipos de vasos biberones. a) Biberón fabricado a mano procedente de la T.100 de Birgi (Famà y Toti 2019: fig. 21); b) Biberón de producción indígena de la T.141 de Palermo (Spatafora 2014a: fig. 24); c) Biberón con decoración oculada de la inhumación infantil procedente de la cata B2 de 1982 del Puig des Molins (Fotografía: MAEF).

arcilla muy poco depurada, y por su morfología irregular (fig. 9.6, a). En la T.141 de Palermo también fue colocado un biberón fabricado a mano, que acompañaba a un infantil, que falleció entre el nacimiento y los seis años de edad. En este caso, tanto sus características morfológicas como su decoración reflejan que se trata de un vaso de producción indígena, lo que aparte de hacer referencia a la ascendencia local o mixta del niño, podría indicar que la pieza fue manufacturada en ámbito doméstico, donde pudo ser fabricada por las mujeres de la casa u otros miembros del grupo familiar (fig. 9.6, b). Frente a estos recipientes, que posiblemente fueron manufacturados en ámbito doméstico, destaca el biberón de barniz negro localizado en el hipogeo T.10 de la necrópolis sarda de Tuvixeddu. Este vasito importado podría reflejar que el niño/a al que acompañaba podía pertenecer a una familia de elevado estatus social, que tenía los recursos necesarios para acceder a este tipo de importaciones (fig. 7.36, c).

Como han señalado Meritxell Ferrer y Mireia López-Bertran, el destete era especialmente peligroso como consecuencia de la ingesta de nuevos alimentos, que podrían provocar ciertas intolerancias —como leche animal no tratada—, pero también por la utilización de distintos recipientes —como los propios biberones— cuyo uso aumentaba el riesgo de infecciones por agentes parásitos y patógenos (2020: 371). Debido a esta precariedad, otro aspecto interesante que analizar es el de la decoración de estos recipientes, ya que los motivos pintados o incisos en estos vasos pueden aportar información sobre el deseo de proteger tanto su contenido como a sus jóvenes usuarios y usuarias. Este parece ser el caso del biberón decorado con dos ojos incisos, situados en torno al pico vertedor, que acompañó a un infantil de dos o tres años, en la necrópolis del Puig des Molins (fig. 9.6, c). Como se verá a continuación, el motivo de los ojos y, concretamente, de la mirada era uno de los símbolos comúnmente utilizados para proteger a los individuos más frágiles y vulnerables de estas comunidades. Por tanto, no debe extrañar su uso para decorar un biberón, que pudo ser utilizado durante el proceso de destete con el fin de proteger a su pequeño usuario durante este período especialmente peligroso para su salud.

Aunque los biberones que nos han llegado a la actualidad son exclusivamente los cerámicos, es interesante considerar que en estas comunidades también pudieran utilizarse algunos recipientes fabricados en cuero, similares a los odres o botas de vino actuales. Una evidencia del uso de estos biberones manufacturados en materiales



Fig. 9.7. Terracota procedente del Puig des Molins representando a una mujer sentada alimentando a un niño/a con un biberón (Fotografía: MAEF); b) Bota de vino actual (Fotografía: Aurora Rivera-Hernández).

percederos procede de una terracota del Puig des Molins, que representa a una mujer que alimenta a un niño o niña con un recipiente cuya morfología, muy similar a una bota de vino actual, parece indicar que pudo estar fabricado en cuero u otro material de naturaleza perecedera (fig. 9.7). Aparte de su morfología, la posición de la mano derecha de la mujer, ejerciendo presión en la parte baja del recipiente, y la colocación poco inclinada que presenta el propio vaso, también sugieren que el material con que pudo estar fabricado el biberón era de naturaleza flexible.

Aparte de los biberones, otros objetos presentes en las sepulturas de los individuos no-adultos de Sicilia, Cerdeña e Ibiza, que pueden aportar información sobre los cuidados que los individuos más pequeños recibían tanto en su vida como en su muerte, son las joyas, los amuletos y otro tipo de elementos de carácter apotropaico (fig. 9.8). Se conoce que en las comunidades fenicias y púnicas este tipo de objetos fueron utilizados de manera habitual en la vida cotidiana, protegiendo a quienes los portaban de enfermedades, malos augurios o la acción indeseada de espíritus y demonios. El carácter mágico y protector de estos elementos era conferido tanto por los materiales en que eran fabricados como por el color de los mismos y

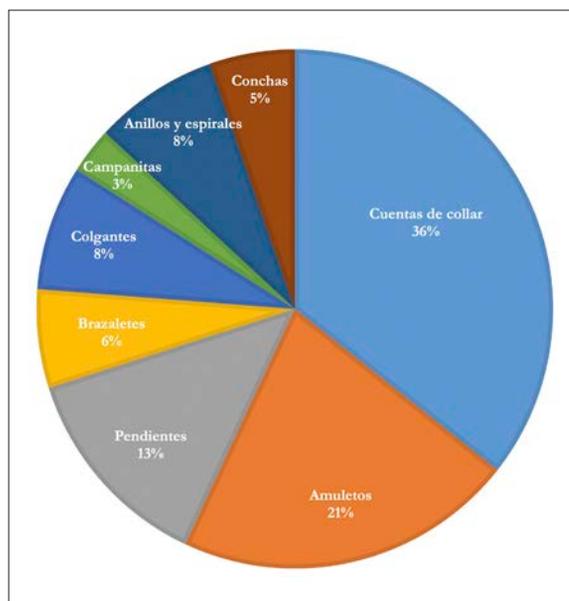


Fig. 9.8. Gráfico con los principales tipos de joyas, ornamentos y elementos de carácter apotropaico documentados en las sepulturas de los individuos no-adultos.

por las imágenes que representaban, protegiendo a sus portadores al entrar en contacto con sus cuerpos (Delgado y Ferrer 2012: 134-135; Delgado 2016b: 73). Por tanto, el hallazgo habitual de estos pequeños objetos en las sepulturas de las niñas y niños parece mostrar que, en estas comunidades, las madres y los padres eran muy conscientes de los numerosos peligros que amenazaban la vida de sus hijas e hijos.

Dentro de la gran variedad de ornamentos que se utilizaron para adornar y proteger a los infantiles, adolescentes y juveniles destacan, por ser las más numerosas, las cuentas de collar, que se han documentado en el 36% de los enterramientos pertenecientes a los individuos no-adultos. Este tipo de elementos fueron fabricados principalmente en pasta vítrea, aunque también se utilizaron otro tipo de materiales como la terracota, el hueso, el cristal de roca, el ámbar, la cornalina, la fayenza, y diversos metales, como el bronce, la plata y el oro. Además, como cuentas de collar, también se reutilizaron otros objetos menos elaborados como las piedras perforadas, las conchas del tipo *Cypraea* e incluso los bordes de algunos recipientes cerámicos de pequeño tamaño, como los ungüentarios. La existencia de esta gran diversidad de cuentas permite suponer que su elección pudo depender

de varios factores, que no solo respondieron a las propiedades apotropaicas de los materiales en que fueron fabricadas, sino también al nivel adquisitivo de las familias y/o seres queridos de los pequeños.

Aparte de los materiales en que fueron fabricadas, el poder apotropaico que tuvieron estos elementos pudo ser potenciado a partir de algunas iconografías. Este es el caso de las cuentas de pasta vítrea oculadas, cuyo poder de protección pudo ser mayor debido a sus características representaciones de ojos. En la antigüedad el ojo, y más concretamente la mirada, era considerado un elemento perturbador con el que se podía dañar a las personas. No obstante, este poder maléfico asociado a la mirada pudo combatirse mediante el uso de algunos objetos de carácter apotropaico que presentaban representaciones oculadas y que, por tanto, tenían la capacidad de desviar el mal de ojo de aquellos individuos que los portaban. Además, el uso de ornamentos decorados con ojos para proteger a las criaturas también podría simbolizar la fuerza protectora que mantiene a los niños a salvo, cuando los ojos de la madre se desvían temporalmente (Ruano Ruíz 1995: 272; López Grande *et al.* 2014: 515).

Un aspecto interesante que considerar sobre las cuentas es que, si bien tradicionalmente se había interpretado que estas formaban parte exclusivamente de los

collares, el análisis contextual de este tipo de ornamentos, en algunas sepulturas estudiadas, parece demostrar que tenían un uso más variado, pudiendo ser utilizadas para fabricar brazaletes e incluso como adornos del cabello. En relación con este último aspecto es especialmente interesante la T.351 de la necrópolis de Monte Sirai, en la que el cuerpo de una niña fue adornado con dos brazaletes, compuestos por cuentas de pasta vítrea y una concha del tipo *Cypraea*. Asimismo, sobre el cráneo de la pequeña se localizaron un anillo de bronce y una cuenta de pasta vítrea, cuya posición parece indicar que ambos elementos pudieron formar parte del peinado con que fue inhumada (Guirguis y Pla Orquín 2015: tab.1; Guirguis *et al.* 2018: 209; fig. 6.3.3; Pla Orquín *et al.* 2021). Además, también es posible que las cuentas y otro tipo de elementos de carácter apotropaico, como los amuletos, fueran cosidos en las vestimentas de los pequeños, tal y como parecen reflejar algunos paralelos etnográficos procedentes de Irán donde, aún durante el siglo pasado, era habitual la costumbre de adornar la ropa de los pequeños con diferentes artículos –como cuentas azules y blancas, *Cypraea*, huesos de gallo, monedas antiguas y botones de colores– con el fin de proteger a los más jóvenes del mal de ojo (Watson 1979: 233; 279).

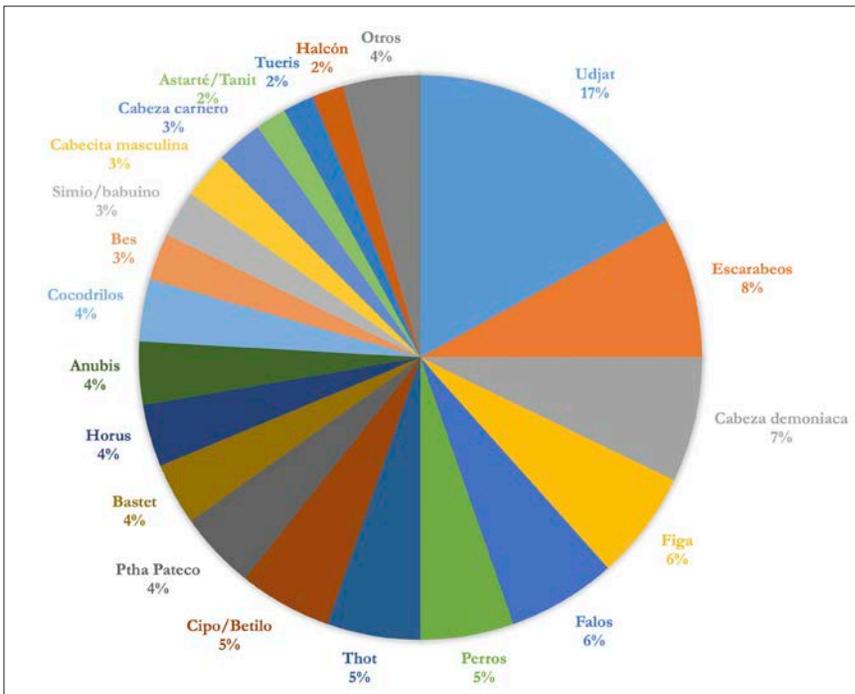


Fig. 9.9. Gráfico con los principales tipos de amuletos localizados en las tumbas de los individuos no-adultos.

Otro tipo de ornamentos, que pudieron formar parte de los collares y brazaletes de los niños y niñas y/o adornar sus ropitas y vestidos con el fin de protegerlos, son los amuletos que se han documentado acompañando al 21% de los individuos inmaduros. Del mismo modo que las cuentas de collar, los materiales en que estos eran fabricados presentan una gran variedad, destacando aquellos elaborados en pasta vítrea y talco, aunque también fueron muy comunes los manufacturados en hueso. Además, estos pequeños objetos también presentaban una gran diversidad de iconografías, cuyo estudio en algunos casos puede aportar información sobre los peligros de los que se quería proteger a los individuos más vulnerables de estas comunidades (fig. 9.9).

Entre los amuletos utilizados en las tres regiones el más popular fue el ojo *udjat*. Este amuleto de origen egipcio también fue ampliamente utilizado en el Levante Mediterráneo, durante la Edad del Hierro, y su valor apotropaico, como ya se ha mencionado, se relaciona con el fin de neutralizar el mal de ojo, al que los pequeños habrían sido especialmente vulnerables (Garroway 2018: 126). Aparte del *udjat*, es posible que otros amuletos típicamente púnicos también estuvieran destinados a combatir el mal de ojo, como parece ser el caso de las cabezitas barbadas masculinas en pasta vítrea, cuya principal característica es la presencia de sus grandes ojos (Costa y Fernández 2003c: 263). Además, es posible que los amuletos con representaciones de falos también tuvieran la finalidad de evitar esta mala influencia, tal y como parece demostrar su uso en ámbito romano donde este tipo de imágenes obscenas fueron ampliamente utilizadas, principalmente por los niños varones, con el fin de evitar el mal de ojo (Dasen 2003: 286-287; 2011a: 311).

Otro tipo de amuletos que se utilizaron para proteger a los individuos inmaduros en las comunidades fenicias y púnicas sicilianas, sardas e ibicencas fueron los que representaban divinidades enanas de tipo egipcio. Entre estas destaca Ptah Pateco, deidad menor que en Egipto se utilizó, principalmente, para prevenir a los más pequeños contra las mordeduras y picaduras de animales peligrosos, como las serpientes y los escorpiones (López Grande *et al.* 2014: 190; Dasen 2015: 40-41). Junto a Ptah Pateco, el otro dios egipcio que gozó de cierta popularidad para proteger a los individuos infantiles fue Bes, deidad protectora de las mujeres embarazadas y de la primera infancia (Velázquez Brieva 2007: 34). Es posible que otros amuletos que pudieron utilizarse para proteger a los niños y niñas, durante sus primeros años de vida, fueran

los que representan a divinidades egipcias relacionadas con la protección del embarazo, el parto y los niños más pequeños, como la diosa gata Bastet y la diosa hipopótamo Taweret (López Grande *et al.* 2014: 321-323; 462-464). Asimismo, para mantener a salvo a los infantiles, en ocasiones, también se utilizaron imágenes de diosas típicamente fenicias y púnicas, como Astarté y Tinnit, divinidades de carácter protector, también vinculadas con la fertilidad.

Con el objetivo de espantar la acción indeseada de espíritus y demonios también pudieron usarse otros amuletos típicamente fenicios, como las cabezas demoniacas, que fueron especialmente utilizadas para proteger a los individuos infantiles en Cerdeña, durante el período fenicio (Bartoloni 1973; Pla Orquín 2017: 325). Asimismo, es probable que con este mismo fin también se utilizaran algunos amuletos con representaciones de animales, como los perros. Este tipo de figurillas también fueron utilizadas para proteger a los miembros más pequeños de las casas en Mesopotamia, donde se consideraban como perros guardianes que tenían la finalidad de repeler a los espíritus y demonios no deseados (Garroway 2018: 128). Por último, es posible que con el fin de ahuyentar los malos presagios, o como signo de buena fortuna, también fueran utilizados los amuletos de la mano haciendo la higa, tal y como parecen indicar algunos datos etnográficos (Fernández *et al.* 2009: 109).

Si bien todos estos elementos pudieron ser utilizados para proteger a los individuos inmaduros durante sus breves vidas, pero también durante su paso y estancia en el Más Allá, parece que otro tipo de amuletos que acompañaron a los miembros más pequeños de estas comunidades pudieron tener un carácter estrictamente funerario. Este es el caso, por ejemplo, de los amuletos de Thot y Anubis, ambos dioses relacionados con el mundo de ultratumba que tenían funciones funerarias (López Grande *et al.* 2014: 272-274), lo que podría indicar que este tipo de imágenes se utilizaron de forma exclusiva para proteger a los niños y niñas en su camino hacia el Más Allá. Con esta protección en el mundo de ultratumba también podrían relacionarse los amuletos con representación de babuinos, animal que en ámbito egipcio se vinculaba al dios Thot (López Grande *et al.* 2014: 380-381).

Aparte de estos amuletos, que mayormente pudieron ser adquiridos a través del intercambio y del comercio, en Sicilia, Cerdeña e Ibiza las niñas y niños también fueron protegidos por otra serie de objetos, que pudieron estar

dotados de carácter apotropaico y que, posiblemente, eran fabricados en las casas. Entre estos amuletos de tipo doméstico destacan las monedas perforadas, que pudieron actuar como elementos de carácter protector, tanto por el material metálico en que fueron fabricadas, como por las imágenes que representaban. De los tres territorios estudiados, el uso de monedas perforadas para proteger a los miembros más pequeños de la comunidad se ha documentado, sobre todo, en Ibiza, donde las monedas se caracterizaron por presentar la imagen del dios Bes que, como se ha señalado, fue una divinidad protectora de la primera infancia. De este grupo de amuletos de carácter doméstico, también podrían formar parte algunas conchas y huesos de animales perforados, como los colmillos de suidos y los astrágalos.

Además de los amuletos y las cuentas, que pudieron conformar parte de los collares, brazaletes y ornamentos que adornaban y protegían a los más jóvenes, los cuerpos de algunas niñas y niños también fueron ornamentados mediante el uso de tobilleras y brazaletes rígidos de metal, principalmente fabricados en plata, hierro y bronce, cuyo uso se dio en las tres regiones analizadas, sobre todo, a partir del s. V a.C. Aparte del carácter apotropaico del que pudieron estar dotados estos elementos, por ser fabricados en metal y por el mismo tintineo que producirían al chocar entre ellos, la utilización de este tipo de ornamentos también podría marcar la ascendencia cultural de los pequeños, tal y como se ha visto en el caso de la T.301 de la necrópolis sarda de Monte Sirai, en la que el cuerpo de una niña fue adornado con una tobillera, un elemento habitual en algunas áreas funerarias norteafricanas para adornar los cadáveres de los pequeños, como Rachgoun (Vuillemot 1956: 54).

Otro tipo de joya relativamente habitual en las tumbas de los individuos no-adultos de Sicilia, Cerdeña e Ibiza fueron los pendientes, que acompañaron al 13% de sujetos que fallecieron antes de alcanzar la vida adulta. Generalmente, los más utilizados eran los metálicos de tipo arete, fabricados en plata y en bronce, que se han documentado tanto en sepulturas pertenecientes a criaturas que fallecieron a muy temprana edad –en torno a los seis meses– como de niñas y niños más mayores y de adolescentes y juveniles. Aunque, desde nuestra perspectiva occidental actual, tendemos a asociar la perforación de las orejas y la colocación de pendientes como un marcador de género femenino, sobre todo de las niñas más pequeñas, es probable que en ámbito fenicio y púnico este tipo de ornamentos fueran utilizados para ornamentar las

orejitas de los niños de ambos sexos, tal y como muestran las figurillas de los *temple boys*, que representan a niños varones adornados con este tipo de ornamentos. Frente a este uso indiscriminado de los aretes, es posible que otro tipo de pendientes sí pudieran ser utilizados para marcar el género de los individuos infantiles, tal y como refleja el caso de los pendientes de tipo *a cestello* en la necrópolis de Palermo. En este cementerio, este tipo de ornamentos, durante el período arcaico, han sido documentados en sepulturas de mujeres adultas (Spatafora 2016: 191), por lo que su presencia en algunas tumbas infantiles podría aludir al género femenino de los individuos en ellas depositados.

Además de poder aludir a las identidades de género, es posible que en algunos centros determinados tipos de joyas fueran utilizados como marcadores de la edad social, tal y como parece reflejar el uso de los anillos digitales en la necrópolis sarda de Monte Sirai. En este establecimiento este tipo de ornamentos, fabricados en plata o bronce, generalmente han aparecido asociados a mujeres y hombres adultos (Pla Orquín 2014-2015: 159; 2021b: 63-64). Debido a ello, su presencia en algunas tumbas pertenecientes a individuos infantiles y puberales ha permitido observar el momento en que estos pudieron pasar a ser considerados como personas adultas. Este es el caso de la T.162 en la que fue cremado un individuo puberal de sexo indeterminado, que falleció en torno a los 12-15 años, entre cuyos restos incinerados se halló un anillo digital de bronce (Botto y Salvadei 2005: 166). Del mismo modo, en la T.50 fue inhumado otro individuo, probablemente femenino, que falleció en torno a los 13-15 años de edad, y también fue enterrado con un anillo de bronce colocado en la mano izquierda (Bartoloni 2000: 167-169; Pla Orquín 2014-2015: 130-131). Así, ambos enterramientos parecen demostrar que en este centro es probable que los individuos puberales, principalmente femeninos, ya fueran considerados personas adultas en torno a esta edad.

En relación con la transición de la infancia a la vida adulta es especialmente interesante la T.334 de Monte Sirai, en la que fue inhumada una niña que falleció entre los ocho y los doce años. En este caso, el cuerpo de la pequeña fue adornado con una serie de elementos característicos de las tumbas infantiles: dos amuletos de máscara demoniaca, cinco *Cypraea*, una concha perforada, cuatro caracoles marinos y cinco cuentas de collar. Sobre su mano derecha, además, fue colocada una campanita de bronce, un tipo de objeto también común

en las tumbas de los más pequeños. Aunque el cadáver de la niña fue acompañado y adornado por una serie de elementos típicamente infantiles, es interesante señalar que este también fue ornamentado con una joya típicamente adulta: un anillo digital de bronce que fue colocado en la mano izquierda de la cría (Murgia y Pla Orquín 2014). De este modo, la confluencia de objetos típicamente infantiles junto a elementos característicos de las sepulturas de adultos, en este caso, podría reflejar que esta niña, que debió fallecer en un período próximo a la llegada de la menarquía, se encontraba en un momento de transición, es decir, en un estadio intermedio entre la infancia y la edad adulta. Precisamente, con este momento transicional en el que se hallaba la pequeña, podría relacionarse un canto colocado, muy cuidadosamente, en correspondencia con la pelvis. Si bien esta gestualidad es difícilmente comprensible, en Cerdeña este tipo de prácticas se han documentado en otros enterramientos de mujeres que fallecieron en momentos liminales de sus vidas, como el parto. De este modo, este gesto pudo estar asociado con muertes consideradas “malas” o “infelices”, como las muertes maternas (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 63) o las de las niñas que fallecieron antes de lograr su transición total a la vida adulta (Rivera-Hernández 2023).

9.2.3. LOS PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN

Junto al hallazgo de los objetos que han permitido conocer los cuidados que los individuos inmaduros de las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas recibieron tanto en vida como en el momento de su muerte, en algunos cementerios, se han documentado otra serie de elementos, que pudieron estar dotados de propiedades lúdicas. Estos objetos debieron constituir importantes herramientas de socialización, que nos informan sobre las habilidades que se esperaba que las niñas y niños adquirieran y sobre las diferentes etapas del proceso de crecimiento social en el que se hallaban.

Durante la primera infancia, es muy posible que los pequeños emplearan diversos juguetes diseñados para estimular sus habilidades sensoriales y motoras, tales como los carritos y sonajeros. En relación con estos últimos, destacan una serie de objetos que pudieron desempeñar una función similar, como las campanitas y los colgantes de tipo jaula (fig. 9.10, a). Estos elementos sonoros han sido documentados, especialmente, en el cementerio del Puig des Molins. En aquellos casos que hay estimaciones de edad precisas, se ha observado que las campanitas acompañaron a niños y niñas que fallecieron entre los dos y los tres años, mientras que el único colgante jaula

Fig. 9.10. Objetos con propiedades lúdicas que pudieron ser utilizados durante la primera infancia. a) Campanita (Fotografía: MAEF); aretes metálicos unidos por una plaquita rectangular (Gómez Bellard *et al.* 1990: fig. 102); Colgante jaula y varillas con anillos en los extremos (Ramon 2008: fig. 9); b) Exvoto, niño que lleva una campanita en la mano y sonajas y cascabeles colgando de un cinturón (VV.AA. 2013: 60); c) Ornamentos y amuletos procedentes de enterramientos infantiles del Puig des Molins (Fotografías: MAEF) y de Palermo (Spatafora 2010c: 45); d) Carrito zoomorfo procedente del Puig des Molins (Fotografías: Aurora Rivera-Hernández).



documentado, hasta el momento, acompañaba el cadáver de un individuo que murió antes de alcanzar los seis años de edad (Rivera-Hernández ep). Si bien este tipo de objetos debieron tener multitud de funciones (López-Grande *et al.* 2022), algunos paralelos históricos de la península ibérica sugieren que, tanto las campanitas como los colgantes jaula, podrían haber sido utilizados para adornar las ropitas de los individuos infantiles. Esto también puede deducirse a partir de su considerable peso, que hace que sea improbable que estos elementos pudieran integrar los collares y brazaletes (fig. 9.10, b). Otro indicio que respalda esta forma de utilizar las campanitas y los colgantes jaula es que, junto a ellos, suelen documentarse diferentes elementos metálicos, como varillas con anillas en los extremos o aretes, que podrían haber formado parte de las cadenas con las que estos elementos se suspendían y unían a la ropa.

Paralelamente, los ejemplos históricos de la península ibérica respaldan la posibilidad de que estos objetos tuvieran un carácter multifuncional durante la primera infancia, pudiendo haber sido utilizados como sonajeros, al tiempo que su sonido y tintineo podrían haber tenido propiedades apotropaicas, protegiendo a los niños más pequeños y vulnerables contra enfermedades, lesiones y espíritus malignos (Fariselli 2012-2013). Además, no se puede descartar que la colocación de estos objetos en la vestimenta, especialmente cuando los niños comenzaban a desarrollar una mayor autonomía psicomotora, sirviera como un medio de control por parte de sus cuidadores, quienes podrían localizarlos más fácilmente, mediante el tintineo que emitían al moverse por los diferentes espacios. Por último, también cabe la posibilidad de que los familiares y seres queridos de los pequeños emplearan estos objetos para calmar su llanto e incluso para acompañar canciones de cuna, integrándolos de esta manera en la esfera educativa de la música (Rivera-Hernández ep).

Otros artefactos que podrían constituir los vestigios materiales de una tradición oral perdida, que debió desempeñar un papel crucial en la transmisión de las costumbres, creencias y religiosidad a los niños y niñas, son los diferentes ornamentos y amuletos que conformaban los collares y brazaletes (fig. 9.10, c). Aunque, en sus orígenes, estos pequeños elementos no debieron ser concebidos con propiedades lúdicas ni socializadoras, sus vivos colores, los destellos que proyectarían al reflejarse la luz en ellos y los sonidos que generaban al chocar entre sí podrían haber captado la atención de los más pequeños, quienes pudieron

agitarlos a modo de sonajeros. Un aspecto particularmente interesante de los amuletos reside en que presentan diferentes elementos figurativos, lo que permite pensar que pudieron ser utilizados para contar “historietas” o cuentos a los niños y niñas y, de este modo, instruirles en los distintos significados, usos y funciones de los objetos que portaban, contribuyendo así a la transmisión de conocimientos mágicos dentro de la comunidad (Rivera-Hernández ep).

En lo concerniente a los carritos, destaca un *askós* zoomorfo que representa un caballo, también procedente del Puig des Molins (fig. 9.10, d). Aunque, en la actualidad, se desconoce el contexto preciso de este objeto, hallado durante las excavaciones de 1922 (Fernández 1992: I: 101-162), es posible que procediera de algún hipogeo o fosa. El aspecto más interesante de este *askós* es que parece que, ya en el momento de su fabricación, fue concebido como un carro de juguete, tal y como denota el remate final de las patas, notablemente más redondeadas que las que suelen presentar este tipo de recipientes en general. Asimismo, estas fueron perforadas en sus extremos, cuando la pieza aún estaba en crudo, con el objetivo de introducir las varillas transversales que, *posteriormente*, funcionarían como ejes para las ruedas. Estos detalles parecen reflejar que, en la Ibiza fenicia y púnica, algunos juguetes fueron pensados, diseñados y manufacturados a partir de otros vasos y recipientes, como los *askoi*, que debieron ser comúnmente utilizados en las actividades rituales cotidianas.

Otro tipo de objetos que pudieron ser utilizados tanto por las niñas como por los niños para jugar son las figurillas zoomorfas de terracota, similares a la colocada junto a una niña inhumada en el hipogeo T.29 de Tuvixeddu, que falleció aproximadamente a los diez años de edad (fig. 9.11, b). Entre los animales fabricados con barro también destaca un conjunto de figurillas, modeladas a mano, procedentes del Puig des Molins, cuyo rasgo más llamativo es que todas ellas presentan orificios de suspensión (Fernández 1992: I: 246-252). Esta peculiaridad, conjuntamente con su disposición agrupada en el interior de una cámara hipogeica, sugiere la posibilidad de que pudieran haber formado parte de un único móvil, cuyas piezas podrían haber estado unidas por elementos precederos como cuero, fibras vegetales y madera (fig. 9.11, a). Este móvil, con su potencial movimiento, podría haberse destinado a entretener a un niño o niña. Aunque la asociación de las figuritas de animales con el ámbito de la infancia puede tener distintas interpretaciones, ya que estas bien pudieron funcionar como juguetes, bien



Fig. 9.11. Terracotas zoomorfas que pudieron funcionar a modo de juguetes. a) Figurillas que pudieron componer un móvil, Hipogeo 2 de la campaña de 1924 del Puig des Molins (Fotografías: Aurora Rivera-Hernández); b) Paloma de terracota que acompañó a la niña inhumada en la T.29 de Tuvixeddu (Fotografía: cortesía de Donatella Salvi); c) Temple girl y temple boy jugando con animales (©The Metropolitan Museum of Art).

constituir los sustitutos funerarios de las mascotas de los pequeños en vida e incluso ser representaciones de los dioses o de los animales sacrificiales, se puede considerar que en ellas está implícita la dimensión lúdica, tal y como ilustran algunas figurillas chipriotas y levantinas de los *temple boys* y *girls* (fig. 9.11, c). De hecho, se puede argumentar que estos objetos pudieron amalgamar funciones lúdicas, económicas y rituales, desempeñando un papel crucial tanto en la socialización religiosa como en los procesos de aprendizaje de diversas destrezas vinculadas a actividades económicas y de subsistencia, tales como el cuidado de animales domésticos o la práctica de la pesca.

Otros objetos que pudieron estar dotados de propiedades lúdicas e intervenir en la socialización religiosa de los niños y niñas son los astrágalos. Estos han sido documentados en la T.255 de Monte Sirai, acompañando a un individuo infantil, que falleció entre los ocho y los diez años (Guirguis 2010: 127; Guirguis y Pla Orquín 2015: 44). En ámbito fenicio y púnico, estos elementos han sido relacionados con la práctica adivinatoria de la astragalomanía y se han documentado tanto en contextos domésticos, como en santuarios y en sepulturas, lo

que permite subrayar la relación entre juego, azar, domesticidad, adivinación, ritualidad, magia y el mundo del Más Allá, que debía confluir en estos pequeños objetos (fig.7.12). Su presencia en las sepulturas infantiles, como la T.255, podría indicar que algunas niñas y niños pudieron manipularlos y jugar con ellos en su vida cotidiana, socializándose, de este modo, en el conocimiento de las diversas prácticas mágicas y rituales, que se desarrollaban en sus comunidades, como la astragalomanía.

En otras tumbas infantiles se han identificado algunos juguetes de simulacro, a partir de los cuales los niños y niñas pudieron imitar las actividades adultas, anticipándose y educándose en los comportamientos que, más adelante, se esperaba de ellos como hombres y mujeres adultos/as (Dasen 2012: 9). Este es el caso de dos *skyphoi* miniaturizados, de producción ática, procedentes de las necrópolis de Palermo y Tuvixeddu, que han sido localizados en las tumbas de dos niñas, de entre siete y doce años (Di Stefano 2009: 49-51; Salvi 2006: 183-184). Estas debieron pertenecer a familias de cierto estatus, tal y como parece demostrar el elevado número y la calidad de los objetos con que fueron enterradas, así como el hecho



Fig. 9.12. Juguets de simulaci3n. a) *Skyphos* miniaturizado de Palermo (Di Stefano 2009: 202, 2); *Skyphos* miniaturizado de Tuvixeddu (Fotografía: cortesía de Donatella Salvi); b) Muñeca de tipo corintio, Puig des Molins; c) Muñeca de tipo acampnado, Puig des Molins (Fotografías: Aurora Rivera-Hernández).

de que ambas fueran inhumadas, de forma individual, en hipogeos (tab. 6.11; fig. 6.23; tab. 7.25; fig. 7.35). En ámbito griego las miniaturas cerámicas vinculadas al consumo del vino, como los *oinochoi*, se entregaban a los niños y niñas de tres años en las fiestas de las *Anthesteria*, celebradas en Atenas en honor a Dionisio. Estos vasitos eran utilizados por los pequeños, tanto para aprender los gestos relacionados con el consumo de esta bebida como para beber el nuevo vino, junto a los adultos, constituyendo este un ritual que implicaba su aceptación en la comunidad (Dasen 2011b: 55).

En relación con las funciones que pudieron desempeñar los *skyphoi* miniaturizados en el caso de las niñas enterradas en Palermo y Tuvixeddu, se puede suponer que, si estos vasitos funcionaron como juguetes para las pequeñas en vida, también pudieron ser utilizados para transmitirles valores, comportamientos y gestos relacionados con el consumo del vino (fig.9.12. a). Además, si se considera que estos *skyphoi* miniaturizados presentan unas dimensiones que no implican la pérdida de su función original, se podría proponer que estas copas pudieron ser utilizadas

por las niñas en vida, adaptándose su tamaño a las cantidades de bebida alcohólica que podrían ingerir, de acuerdo con su edad (Rivera-Hernández 2020b: 395). Este tipo de juguetes pudieron tener un papel central en la educaci3n de las niñas y niños, pues la socializaci3n en las reglas y valores del consumo del vino debía constituir un aspecto fundamental en las comunidades fenicias y púnicas, tal y como reflejan algunos textos ugaríticos y veterotestamentarios. De estos se puede inferir que la ingesta de bebidas alcohólicas era un comportamiento aprendido, y conectado con la adultez, al que pudo accederse a través de ritos iniciáticos (Zamora 2000: 577). De hecho, como recientemente han señalado Michele Guirguis y Rosana Pla Orquín, para el caso de Monte Sirai, en estas comunidades: *il passaggio all'età adulta potesse comportare per buona parte della comunità e indistintamente rispetto al sesso biologico o al genere, l'introduzione al consumo e alla degustazione del vino nei momenti conviviali di tipo comunitario e familiare, ma anche in occasione di particolari espressioni di commensalità come i durante i banchetti e i pasti rituali* (2022: 190).

Para concluir, es pertinente hablar de manera sucinta sobre otro género de juguetes de simulación: las muñecas y las marionetas. Aunque la carencia de datos contextuales en el Mediterráneo fenicio y púnico impide afirmar categóricamente que las usuarias principales de tales juguetes fueran las niñas, los paralelos procedentes de otras sociedades patriarcales mediterráneas, más o menos contemporáneas, como la griega y la romana sugieren la posibilidad de que, en estas comunidades, estos juguetes también pudieran ser predominantemente femeninos (entre otros, Dasen 2011b; Dolansky 2012; Sommer y Sommer 2016). Este tipo de objetos, en cuestión, se han documentado principalmente en el Puig des Molins, donde destacan dos modelos diferentes: las corintias y las de tipo acampado (fig.9.12. b-c). La característica fundamental que confería a ambas tipologías de muñecas su atractivo lúdico residía en la movilidad de sus extremidades, que permitieron que estos artefactos pasaran de ser objetos inanimados a ser objetos animados, pudiendo funcionar a modo de marionetas. De hecho, mediante la imaginación, sus usuarias pudieron identificarse con las muñecas e imitar, mediante el juego, las diferentes actividades cotidianas desempeñadas por las mujeres adultas de su comunidad. Es plausible que, en el marco de estas actividades lúdicas, las mujeres del hogar desempeñaran un papel fundamental, posiblemente participando de manera directa. Por ejemplo, podrían haber empleado las muñecas para representar funciones teatrales con el propósito de inculcar a las niñas nociones relacionadas con su futuro papel como esposas, madres y garantes de las economías y tradiciones familiares (Rivera-Hernández ep).

A pesar de la limitada presencia de objetos identificados como juguetes en las tumbas de los individuos inmaduros de Cerdeña, Sicilia e Ibiza, hay que considerar que es posible que, en el registro arqueológico, solamente se haya conservado un mínimo porcentaje de los que, realmente, pudieron existir. Ello se debe a que es muy probable que muchos juguetes fueran fabricados con materiales perecederos, como la madera, el hueso y la cera, así como con elementos textiles, como paños y trapos. A pesar de su escasez, la heterogeneidad y características que estos presentan han revelado que, en las comunidades fenicias y púnicas, la elección de distintos tipos de juguetes podría haber estado influenciada por las habilidades que se esperaba que niñas y niños adquirieran, así como por las diversas etapas del proceso de

crecimiento social en las que se encontraban. Además, otras identidades individuales de los pequeños, como su estatus social, también podrían haber desempeñado un papel determinante en la selección y utilización de estos objetos lúdicos.

9.3. LO QUE CUENTA EL ESPACIO

El último aspecto que puede aportar información sobre la percepción social que existía sobre los individuos no-adultos en estas comunidades es el de la distribución espacial de sus sepulturas dentro de los cementerios. Ello se debe a que el lugar elegido para enterrar a los miembros más pequeños de la comunidad pudo constituir otro de los criterios utilizados para expresar su edad social. En relación con esta cuestión, cabe señalar que la tendencia general observada en las tres regiones, primero durante el período fenicio y, posteriormente, durante el púnico, fue que tanto las niñas y los niños como los individuos puberales y juveniles fueran enterrados compartiendo el mismo espacio funerario que el resto de miembros de la comunidad.

Como se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este libro, la documentación antropológica publicada sobre la mayoría de necrópolis es muy limitada, lo que ha impedido conocer junto a quienes fueron colocadas las tumbas de los individuos inmaduros dentro de los cementerios. Sin embargo, es posible que algunas áreas funerarias estuvieran organizadas en parcelas o agrupaciones familiares, tal y como muestra el caso sardo de Monte Sirai (fig. 7.6, a). En este centro la organización del espacio funerario se realizó en agrupaciones de sepulturas que, probablemente, se correspondían con núcleos familiares, en los que las tumbas de las niñas y niños, puberales y juveniles fueron situadas deliberadamente junto a las de sus familiares y/o seres queridos (entre otros, Bartoloni 2000: 67-68; Guirguis 2011: 2; 2012: 100; Pla Orquín 2017: 324; Guirguis *et al.* 2018: 213).

Aunque la tendencia habitual en las tres regiones era que los individuos inmaduros fueran enterrados en el mismo espacio que el resto de miembros de la comunidad, en algunos centros sicilianos, sardos e ibicencos se han podido observar una serie de pautas espaciales concretas que afectaron, sobre todo, a los infantiles que fallecieron a más corta edad y que, principalmente, fueron enterrados en el interior de recipientes anfóricos, según la práctica del *enchytrismós*.

9.3.1. SECTORES DESTINADOS A LOS ENTERRAMIENTOS INFANTILES

La documentación espacial disponible sobre los cementerios estudiados ha permitido observar que, en algunos centros, se dio cierta tendencia a agrupar a las niñas y niños que fueron enterrados en el interior de ánforas. En algunas áreas funerarias, la entidad numérica de estas agrupaciones fue tal, que parece indicar que existieron verdaderos sectores destinados a enterrar a los miembros más pequeños de la comunidad que, en algunos casos, también fueron acompañados por otras personas que fallecieron en circunstancias especiales.

La existencia de este tipo de áreas es especialmente perceptible en el centro siciliano de Mozia, donde a partir del s. VII pero, sobre todo, durante el s. VI a.C., las niñas y niños inhumados en los *enchytrismo*i fueron colocados en una zona específica del cementerio. Esta fue ubicada en el sector meridional de la *necropoli arcaica*, concretamente bajo la Torre B8 (fig. 6.6, c), donde fueron enterrados, al menos, 48 individuos que murieron entre la edad fetal/ perinatal y el período infantil. A pesar de ser inhumados en un sector particular, las tumbas de las criaturas fueron señaladas mediante agrupaciones de piedras y cantos rodados o con cipos y estelas, que demuestran el deseo de hacer visible este espacio funerario que, probablemente, fue frecuentado tras la celebración de los funerales. Muestra de estas visitas periódicas sería la presencia de altares e incensarios, que pudieron ser utilizados durante las ceremonias *post mortem* destinadas a honrar la memoria de los más pequeños, tal y como parece demostrar su hallazgo en el exterior de las tumbas (Sconzo 2020: 1098). Al parecer, este sector no estaba exclusivamente reservado al enterramiento de niñas y niños en el interior de vasos cerámicos, sino que también acogió las sepulturas de algunas mujeres que murieron durante la gestación o el desarrollo del parto, tal y como muestra la T.277 perteneciente a un individuo femenino, sobre cuyas pelvis se documentaron los restos óseos pertenecientes a un feto (Sconzo 2020: 1099).

Esta costumbre de inhumar a las mujeres que fallecieron durante el embarazo y/o el parto junto a niñas y niños que murieron a temprana edad, también se dio en la necrópolis sarda de Monte Sirai (figs. 7.6, b; 7.11). En este centro una mujer que, probablemente, falleció como consecuencia de un parto distócico –T. 316– fue enterrada en la zona central de un pequeño sector del cementerio que, entre finales del s. VI y el s. IV a.C., estuvo

destinado exclusivamente a enterrar a ciertas mujeres y a niñas y niños, que fallecieron antes de alcanzar los seis años de edad, y que fueron inhumados tanto en fosas como en ánforas (Piga *et al.* 2015: 5; 12; Guirguis *et al.* 2018: 278-279).

Del mismo modo que ocurrió en la necrópolis siciliana de Mozia, en otros centros sardos de carácter urbano también se practicaba la costumbre de reunir a los infantiles inhumados en el interior de recipientes anfóricos, tal y como refleja el caso de Nora donde, entre los ss. IV y III a.C., los *enchytrismo*i fueron colocados, de forma próxima en el terreno del cementerio, formando una especie de agrupación (fig. 7.26.). Este hábito de concentrar a las niñas y niños enterrados en el interior de vasos cerámicos, en Cerdeña, no se limitó al ámbito urbano, como demuestra la necrópolis rural de Su Fraigu (véase § 7.2.8.2). Esta área funeraria, durante los ss. V y III/II a.C., constituyó un cementerio especializado y destinado a depositar, de forma exclusiva, tanto inhumaciones como cremaciones infantiles en el interior de recipientes cerámicos (Cossu y Garau 2003a: 27).

Esta tendencia de reunir o acumular las sepulturas en *enchytrismo*i también pudo darse en la necrópolis ibicenca del Puig des Molins, tal y como parece demostrar la existencia del denominado “sector ánforas” o “zanjas chipriotas”. De hecho, este espacio fue descrito por su excavador como una *pequeña necrópolis infantil* (Mañá 1953: 123), en la que se ha estimado que, en torno al s. IV a.C., fueron depositados unos 39 *enchytrismo*i (Gómez Bellard y Gómez Bellard 1989: 225; Fernández 1992: II: 270).

La existencia de estas agrupaciones de enterramientos infantiles en determinadas necrópolis ha sido interpretada por algunos autores como una forma de marginalización de los individuos más pequeños, quienes solamente habrían tenido derecho a ser inhumados en determinados sectores aislados de los cementerios, manteniendo así una clara diferenciación respecto a los espacios en que fueron enterrados los adultos (entre otros, Bartoloni y Tronchetti 1981: 26). No obstante, esta tendencia de agrupar los enterramientos en *enchytrismo*i pudo ser otra de las formas utilizadas para expresar que las niñas y niños, que fallecían antes de alcanzar los seis o siete años de edad y eran inhumados en el interior de recipientes cerámicos, fueron percibidos como un grupo de edad socialmente diferenciado, que englobaba especialmente a los individuos más pequeños de estas comunidades que, al no disfrutar de una gran autonomía, seguramente pasarían gran parte del tiempo en las casas bajo el cuidado de las mujeres.

Esta vinculación de los *enchytrismoí* con la esfera doméstica también proporciona una explicación plausible para la presencia de mujeres que, probablemente, fallecieron durante el parto o en un momento avanzado de la gestación, y fueron enterradas en estos sectores, rodeadas de niñas y niños que murieron antes de alcanzar los siete años. Esta dinámica encuentra su fundamento en el hecho de que el proceso del parto, tanto en las comunidades fenicias orientales como en las occidentales, se desarrollaba en las casas, dentro de la esfera de poder femenina, siendo las mujeres las principales responsables de garantizar que este momento llegara a buen término (Delgado y Rivera-Hernández 2018: 65-66). Por ende, es probable que en aquellos casos en los que las mujeres y las criaturas perdieron la vida durante el alumbramiento o en un momento próximo al mismo, se optara por enterrarlas en estos sectores infantiles de las necrópolis. Esta elección no respondería a un intento de excluirlas o de subrayar una marginalización, sino más bien a la intención de destacar y señalar que su deceso tuvo lugar durante un momento considerado impuro y liminal e intrínsecamente asociado al hogar y al ámbito femenino.

9.4. INFANCIA(S) EN SICILIA, CERDEÑA E IBIZA: IDENTIDADES INDIVIDUALES Y PERCEPCIONES SOCIALES

Mi objetivo a lo largo de este libro ha sido estudiar cómo era concebida la infancia en las comunidades sicilianas, sardas e ibicencas durante el período fenicio y púnico. De forma concreta, se ha tratado de observar cómo eran percibidos los niños y niñas por sus mayores y el trato que se les otorgaba, tanto en su vida como en su muerte. También se ha buscado entender cómo los pequeños pasaban por los procesos de crecimiento biológico y social y con qué personas, objetos y espacios se relacionaban, con el objetivo último de alcanzar una mayor comprensión sobre las relaciones existentes entre los niños/as, sus familias y sus grupos de pertenencia. Para poder alcanzar estos objetivos este estudio ha integrado, principalmente, evidencia arqueológica –procedente de las sepulturas de los individuos no-adultos de las necrópolis de los tres territorios estudiados–, pero también documentación iconográfica y paralelos antropológicos, etnográficos e históricos.

Todas estas evidencias han permitido generar una nueva visión sobre la concepción de la infancia que existía en estas comunidades. De hecho, en este trabajo se ha

demostrado cómo la percepción de la infancia en el mundo fenicio y púnico, lejos de presentarse como la reproducción de un ideal estático y universal compartido por todos los grupos humanos, responde a una construcción socio-cultural dinámica que, si bien remite a un universo cultural concreto –el fenicio y púnico–, en muchos casos también se adaptó a las propias realidades históricas que caracterizaron los distintos espacios estudiados a lo largo de todo el periodo analizado. De esta investigación emerge una imagen que se aleja bastante de la idea que, hasta el momento, había dominado los estudios fenicios y púnicos y que se sustentaba en el falso supuesto de que las niñas y niños, generalmente, recibieron un tratamiento funerario descuidado y marginal respecto al que gozaron sus mayores, que reflejaría que los pequeños/as eran percibidos, universalmente, como seres inferiores e incompletos en el seno de sus comunidades.

Pese a la hegemonía de esta idea, se ha demostrado cómo los individuos no-adultos que fueron enterrados en las necrópolis fenicias y púnicas de Sicilia, Cerdeña e Ibiza, habitualmente, fueron tratados del mismo modo que sus mayores, reproduciéndose en sus tratamientos mortuorios las mismas prácticas funerarias que caracterizaron los sepelios de los miembros adultos de sus grupos de pertenencia. Así, las niñas y niños, los puberales y los juveniles fueron enterrados en los cementerios –cremados o inhumados–, siendo sus cadáveres y restos óseos depositados en una gran variedad de tumbas, que reproducen la heterogeneidad que caracterizaba la esfera funeraria de estas sociedades a lo largo de todo el período analizado. Además, sus tumbas fueron visitadas, cierto tiempo después de los funerales, con el fin de alimentar a los pequeños difuntos y honrar y mantener viva su memoria.

Aparte de demostrar la inexistencia de una concepción universal y global de la infancia, el estudio de los cuerpos, las tumbas y los objetos de los no-adultos ha puesto de manifiesto que, en la construcción identitaria de los individuos más jóvenes de estas comunidades, aparte de la edad, jugaron un papel clave otras identidades individuales, como el género, el estatus y/o la ascendencia cultural. La existencia de esta interseccionalidad, del mismo modo que sucedió en el caso de los adultos, también condicionó, en algunos casos, el tratamiento funerario que los pequeños recibieron en el momento de su muerte, las tumbas en que fueron enterrados, el tipo de objetos con que sus cuerpos fueron adornados y los vasos cerámicos utilizados durante el desarrollo de sus funerales.

A pesar de la existencia de esta gran variabilidad en el tratamiento mortuorio otorgado a los individuos más pequeños de estas comunidades, este estudio también ha permitido demostrar que la infancia no era percibida como un proceso continuo y lineal, sino compuesto por diferentes etapas que, posiblemente, respondían al desarrollo biológico de los infantiles y pudieron estar reguladas, socialmente, a través de distintos ritos de paso, tanto familiares como comunales, que debían marcar la integración gradual de los niños y niñas en sus grupos de pertenencia. De hecho, esta investigación ha permitido vislumbrar la presencia de ciertos patrones compartidos, que podrían reflejar cómo eran percibidos los individuos, de ciertas edades, en estas comunidades.

En este sentido destaca el hecho de que en las tres regiones aquí estudiadas las niñas y niños, que fallecieron antes de alcanzar los seis o siete años, tendieron a ser inhumados en el interior de recipientes cerámicos, siendo en ocasiones este tipo de tumbas agrupadas en sectores concretos de los cementerios. Aunque, tradicionalmente, este tipo de enterramientos y su segregación espacial se habían considerado como un ejemplo perfecto del tratamiento funerario marginal y descuidado que recibieron los más jóvenes, su análisis detallado ha permitido comprobar las atenciones que se pusieron en la preparación –e incluso en la elección– de los recipientes que funcionaron como ataúdes de los pequeños cuerpos. Asimismo, la inversión realizada en este tipo de sepulturas también se materializa en el hecho de que algunos *enchytrismo* fueron marcados con cipos y estelas de arenisca, siendo también, en algunos casos, depositados en el interior de tumbas a pozo e hipogeos.

Además, la utilización en estos enterramientos de vasos estrechamente conectados con la esfera doméstica y, especialmente, con la alimentación cotidiana de los grupos a los que pertenecían estos individuos infantiles también permite vislumbrar la estrecha conexión que, posiblemente, existía entre los más pequeños y sus casas. En este sentido, si se considera que estos niños, posiblemente, aún no habían adquirido una completa autonomía y pasaban gran parte del tiempo en el ámbito doméstico, bajo el cuidado de las mujeres de la casa, la reutilización de estos recipientes –ánforas, ollas y *dolia*– más que ser interpretada como evidencia de la escasa inversión y atención en sus funerales, podría leerse como una muestra de la importancia de los niños y niñas en el seno de sus hogares a los que siguieron unidos, tras su muerte, a través del uso de estos vasos para su enterramiento.

Finalmente, el hecho de que este tipo de tratamiento funerario estuviera destinado, exclusivamente, a un conjunto de niñas y niños bien definido por razón de su edad biológica (menores de seis o siete años) permite inferir que esta pudo constituir una clase de edad culturalmente pautada, dentro del conjunto de individuos infantiles. De hecho, este grupo englobaría a los individuos más pequeños de estas comunidades, cuya arena social sería principalmente la esfera doméstica. Este límite de edad para este grupo socialmente diferenciado, entorno a los seis o siete años, tiene su apoyo en diversos paralelos etnográficos y estudios transculturales, que demuestran que es, precisamente, con esta edad cuando, en la mayoría de comunidades, los niños y niñas comienzan a adquirir sentido de las cosas y se “vuelven útiles”. Aunque es posible que estos ya intervinieran en las tareas domésticas previamente, precisamente, es a los seis o siete años cuando comienzan a tener responsabilidades más serias, como cuidar a otros niños y niñas más pequeños. Además, durante estos años también suelen incorporarse al trabajo y economía de sus grupos familiares, siendo también en este momento cuando aumentan las diferenciaciones de género: las niñas se unen, aún más, a la esfera doméstica, mientras que los niños obtienen más libertad y se van integrando, gradualmente, en los asuntos masculinos (Grove y Lancy 2018: 94-95).

En relación con esta integración gradual de los individuos infantiles en sus comunidades, también se ha podido observar la existencia de otra clase o grupo de edad socialmente pautado, cuyos integrantes pudieron ser percibidos de una forma especial como consecuencia de su inmadurez biológica. Se trata del subgrupo que abarcaría a las criaturas que fallecieron durante el periodo fetal, perinatal y neonatal. Si bien es cierto que los individuos fetales y perinatales eran aceptados en las necrópolis comunitarias, siendo enterrados en distintos tipos de tumbas –*enchytrismo*, hipogeos, fosas, etc.–, destaca el hecho de que, tanto en Sicilia como en Cerdeña e Ibiza, estos no eran enterrados de forma individual, sino que siempre recibieron sepultura junto a otras personas de mayor edad, ya fueran niñas y niños mayores y/o personas adultas.

Este constante acompañamiento, que parece que fue casi obligado para los más pequeños y vulnerables, podría reflejar que estos individuos eran percibidos como seres liminales, quienes todavía no gozaban de una identidad individual y cuya existencia podía estar ligada exclusivamente a la de sus madres u otros miembros de su grupo

familiar. En relación con esta percepción de los más pequeños es interesante señalar que, en Cerdeña, también fue habitual la costumbre de enterrar a los individuos fetales y perinatales junto a restos óseos animales. Esto permite sugerir que estas criaturas requirieron de ritos funerarios particulares, probablemente, por morir en un momento próximo al parto, circunstancia que podría reflejar que, estos sujetos, no solo eran percibidos como seres liminales que no poseían una identidad individual, sino también como seres impuros. Además, esta asociación entre fetos y bebés recién nacidos con animales también podría entenderse en términos ontológicos: puede que estas criaturas aún no fueran concebidas como entidades plenamente humanas, debido a ello, su asociación a determinadas especies animales, como cánidos, ovicápridos y ciertas aves, podría reflejar que los más pequeños eran percibidos como seres cuya naturaleza se encontraba en la intersección entre lo humano y lo animal. Sin embargo, esto no quiere decir que fueran individuos marginales o poco valorados, tal y como demuestra su inclusión en los cementerios y los cuidados que recibieron tras su muerte, sino que simplemente gozaban de una naturaleza particular por haber fallecido de forma prematura.

La existencia de esta construcción secuencial de la infancia también se ha podido observar en el tratamiento funerario diferencial que recibieron algunos individuos no-adultos de mayor edad. No obstante, en este caso la percepción social que existía sobre estos sujetos más mayores no solo dependía de su edad, sino que parece que su género también tuvo un papel fundamental. En este sentido, destaca el hecho de que en diversas necrópolis estudiadas ciertas niñas, que murieron durante el período prepuberal fueran tratadas de forma particular tras su muerte pues, en algunos casos, sus cuerpos fueron inhumados en posiciones anómalas, mientras que en otros sus cadáveres fueron adornados con una ornamentación mixta, que alternaba elementos típicamente infantiles con otros típicamente adultos. Esto podría materializar que las pequeñas se encontraban en un estadio intermedio entre la infancia y la edad adulta y que la pubertad social,

o adolescencia, en el caso de las niñas se establecía de forma temprana y progresiva durante la infancia, y antes de la llegada de la pubertad biológica.

Asimismo, se ha podido comprobar que las puberales y juveniles femeninas, en algunos cementerios, fueron enterradas reproduciendo los mismos patrones funerarios reservados a las mujeres adultas o junto a hombres de mayor edad, con los que pudieron mantener relaciones de tipo conyugal. Estos tratamientos diferenciales, que caracterizaron los enterramientos de ciertas niñas “mayores” y muchachas, podrían indicar que, como ocurría en el mundo levantino y próximo oriental (Ebeling 2010: 63), la pubertad y, concretamente la menarquía, pudo constituir uno de los momentos que marcaba el final de la infancia para las niñas quienes, al alcanzar su madurez sexual –y especialmente reproductiva–, pudieron comenzar su camino de integración en la vida adulta. Esto, también lleva a plantear que el paso de la infancia a la adultez femenina en las comunidades fenicias y púnicas pudo estar marcado por la triple ecuación: menarquía-matrimonio-parto (Rivera-Hernández 2023).

Para concluir, se quiere remarcar el inmenso valor social que las niñas y los niños ostentaron, como garantes de la continuidad familiar y cultural, así como impulsores del desarrollo demográfico y económico de los establecimientos fenicios y púnicos de Sicilia, Cerdeña e Ibiza. Sobre este papel central de los más pequeños, precisamente, nos han hablado sus propias tumbas, cuyo estudio ha demostrado que, lejos de ser marginalizados, fueron objeto de consideración, atención y cuidado, tanto en su vida como en su muerte. En definitiva, a través de este estudio se ha podido apreciar cómo en estas sociedades la historia no estaba conformada, de forma exclusiva, por los adultos –sobre todo hombres–, sino que en ella también participaron otros sujetos históricos, tradicionalmente, silenciados e invisibilizados en las narrativas académicas, como las mujeres, los ancianos o, como se ha visto a lo largo de todo este libro, las niñas y los niños.

BIBLIOGRAFÍA

- ACQUARO, E. (1986): Mozia 1985. La campagna del 1985, *RstudFen* 14, 83-89.
- ACQUARO, E. (2003): *I Fenici fra Oriente e Occidente*, Milán.
- ALARCÓN GARCÍA, E. (2010): Arqueología de las actividades de mantenimiento: un nuevo concepto en los estudios de las mujeres en el pasado, *Arqueología y Territorio* 7, 195-210.
- ALARCÓN GARCÍA, E.; PADILLA FERNÁNDEZ, J.J.; GARCÍA GARCÍA, A.; ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (2018): Learning to be...: learning and socialisation in ceramic productions during Bronze Age in peninsular southeast Spain, *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R.Mª. Cid López, eds.), Oxford-Filadelfia, 25-40. DOI: <http://10.2307/j.ctvh1dnj0.6>
- ALMAGRO GORBEA, M. (2021): El origen del juego. De Oriente a Occidente, *El guerrero ibero y el juego. Estrategia, azar y estatus* (R. Graells i Fabregat, M.F. Pérez Blasco, eds.), Elche, 37-41.
- ALMAGRO GORBEA, M.J. (1980): *Corpus de las terracotas de Ibiza*, Madrid.
- ALVIAR, J.J. (2009): El destino de los niños que mueren sin bautismo. Comentario al documento de la comisión teológica internacional, *ScrTheol* 41 (3), 711-743.
- AMADASI GUZZO, M.G. (1988): Dédicaces de femmes à Carthage, *Carthago. Acta colloquii bruxellensis habiti diebus 2 et 3 mensis Maii anni* (E. Lipinski ed.), Bruselas, 143-149.
- AMADASI GUZZO, M.G. (2019): Dedicatory Inscriptions by Women at Carthage, *Studi Epigrafici e Linguistici* 34-36, 181-193.
- AMADASI GUZZO, M.G.; BRANCOLI, I. (1965): La necropoli, *Monte Sirai-II. Rapporto preliminare della campagna di scavi di 1964* (M.G. Amadasi, F. Barreca, P. Bartoloni, I. Brancoli, S.M. Cecchini, G. Garbini, S. Moscati, G. Pesce, eds.), Roma, 95-121.
- AMADASI GUZZO, M.G.; ZAMORA LÓPEZ, J.Á. (2013): The epigraphy of the tophet, *The Tophet in the Phoenician Mediterranean* (P. Xella, ed.), Verona, 159-192.
- AMMAR, H. (2019): Enfants et chariots à roulettes, *Ludique. Jouer dans l'Antiquité: Catalogue de l'exposition présentée du 20 juin au 1er décembre 2019 à Lugdunum-musée et théâtres romains* (V. Dasen, dir.), Lyon, 36-37.
- ARDREN, T. (2011): Empowered children in Classic Maya Sacrificial Rites, *Childhood in the Past* 4 (1), 133-145.
- ARIÈS, Ph. ([1960] 1987): *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid.
- ARISTÓTELES: *Política*. [Introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés], Madrid.
- ARISTÓTELES: *Historia de los animales*. [Traducción de José Vara Donado], Madrid.
- ARMENDÁRIZ MARTIJA, J.; DE MIGUEL IBÁÑEZ, M.P. (2006): Los enterramientos infantiles del poblado de Las Eretas (Berbinzana) estudio paleoantropológico, *Trabajos de Arqueología de Navarra* 19, 5-44.
- ARNOLD, P.P. (1991): Eating landscape: human sacrifice and sustenance in Aztec Mexico, *Aztec Ceremonial Landscapes* (D. Carrasco ed.), Niwot-CO, 219-232.
- ASTRUC, M. (1957): Empreintes et reliefs de terre cuite d'Ibiza, *Archivo Español de Arqueología* 30, 139-191.

- AUBET, M.E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.
- AUBET, M.E. (1993): *Phoenicians and the West: Politics, Colonies and Trade*, Cambridge.
- BACVAROV, K. (2008): A long Way to the West: Earliest Jar Burials in Southeast Europe and the Near East, *Babies Reborn: Infant/Child Burials in Pre- and Protohistory* (K. Bacvarov, ed.), Oxford, 61-70.
- BAITZEL, S. (2018): Parental grief and mourning in the Ancient Andes, *Journal of Archaeological Method and Theory* 25, 178-201. DOI: <https://doi.org/10.1007/s10816-017-9333-3>
- BANTULÀ JANOT, J.; PAYÀ RICO, A. (2015): La cultura lúdica en los rituales funerarios infantiles: los juegos de velorio, *Children, Spaces and Identity* (M. Sánchez Romero, E. Alarcón García, G. Aranda Jiménez, eds.), Oxford, 342-354.
- BARRECA, F. (1964): La necropoli, *Monte Sirai-I. Rapporto preliminare della Missione archeologica dell'Università di Roma e della Soprintendenza alle Antichità di Cagliari* (F. Barreca, G. Garbini, eds.), Roma, 36-65.
- BARTOLONI, P. (1967): La necropoli di S. Sperate, *Monte Sirai-IV. Rapporto preliminare della Missione archeologica dell'Università di Roma e della Soprintendenza alle Antichità di Cagliari* (M.G. Amadasi, F. Barreca, P. Bartoloni, M. Fantar, D. Fantar, S. Moscati, eds.), Roma, 127-143.
- BARTOLONI, P. (1973): Gli amuleti punici del Tofet di Sulcis, *RStudFen* 1 (2), 181-203.
- BARTOLONI, P. (1981): Contributo alla cronologia delle necropoli fenicie e puniche di Sardegna, *RStudFen* 9 (1), 13-29.
- BARTOLONI, P. (1982a): La cerámica del Tofet, *RStudFen* 10 (2), 283-290.
- BARTOLONI, P. (1982b): La necropoli (campagna 1981), *RStudFen* 10 (2), 291-294.
- BARTOLONI, P. (1983): Monte Sirai 1982. La necropoli (campagna 1982), *RStudFen* 11(2), 205-217.
- BARTOLONI, P. (1985): Monte Sirai 1984. La necropoli (campagne 1983 e 1984), *RStudFen* 13 (2), 247-263.
- BARTOLONI, P. (1986): *Le stele di Sulcis: Catalogo*, Roma.
- BARTOLONI, P. (1987): La tomba 54 della necropoli di Monte Sirai, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 4 (1), 153-159.
- BARTOLONI, P. (1988): Tracce di coltura della vite nella Sardegna fenicia, *Stato, economia, lavoro nel Vicino Oriente antico: seminario di orientalistica antica* (A. Zanardo, A. Schafik, eds.), Milán, 410-413.
- BARTOLONI, P. (1989): Riti funerari fenici e punici nel Sulcis, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 6, 67-81.
- BARTOLONI, P. (1992): Ceramiche vascolari miniaturistiche dal tofet di Sulcis, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le province di Cagliari e Oristano* 9, 141-155.
- BARTOLONI, P. (1996): *La necropoli di Bitia-I*, Roma.
- BARTOLONI, P. (1998): La tomba 88 della necropoli arcaica di Monte Sirai, *Archäologische Studien in Kontaktzonen der antiken Welt* (R. Rolle, K. Schmidt, eds.), Göttingen, 353-358.
- BARTOLONI, P. (2000): *La necropoli di Monte Sirai-I*, Roma.
- BARTOLONI, P. (2004a): Le necropoli della Sardegna fenicia, *El mundo Funerario. Actas del III Seminario internacional sobre temas fenicios* (A. González Prats, ed.), Alicante, 117-130.
- BARTOLONI, P. (2004b): Per la cronologia dell'area urbana di Sulky, *Quaderni della Soprintendenza archeologica per le province di Cagliari e Oristano* 21, 51-55.
- BARTOLONI, P. (2012): Appunti sul tofet, *Antropologia e Archeologia a Confronto: rappresentazioni e pratiche del sacro, Atti dell'Incontro Internazionale di studi, Museo Nazionale Preistorico Etnografico "Luigi Pigorini"* (V. Nizzo, L. la Rocca, eds.), Roma, 215-221.
- BARTOLONI, P. (2015): Note e discussioni. Studi sul tofet, *RstudFen* 43, 161-167.
- BARTOLONI, P. (2016): La cerámica fenicia e punica di Sardegna: la necropoli di Tuvixeddu, *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 14, 9-81. DOI: <https://doi.org/10.19272/201609701001>
- BARTOLONI, P. (2017a): Bitia, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 123-127.
- BARTOLONI, P. (2017b): L'età dell'egemonia cartaginese (V-III sec. a.C.), *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 79-100.
- BARTOLONI, P. (2022): Giocattoli o simboli? Ceramiche vascolari miniaturistiche dal tofet di sulky, *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 20, 11-42.
- BARTOLONI, P.; POMPIANU, E. (2014): Nuovi scavi nella necropoli punica di Villamar, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 25, 440.
- BARTOLONI, P.; TRONCHETTI, C. (1979-1980): Su alcune testimonianze di Nora arcaica, *Habis* 10-11, 375-380.
- BARTOLONI, P.; TRONCHETTI, C. (1981): *La necropoli di Nora-I*, Roma.
- BAXTER, J.E. (2005): *The Archaeology of Childhood. Children, Gender and Material Culture*, Oxford.
- BAXTER, J.E. (2008): The Archaeology of Childhood, *Annual Review of Anthropology* 37, 159-175.
- BECHTOLD, B. (1999): *La necropoli di Lilybaeum*, Palermo-Roma.
- BECKER, M.J. (1995): Appendice II, En B. Bechtold y M.J. Becker, *Necropoli di Lilibeo*, *ASNP* 25, 118-187.
- BECKER, M.J. (2014): Tophets and their function. Clues from human skeletal remains at Mozia, Sicily of the Late VIII-early VII centuries BC, *International Journal of Anthropology* 29, 13-25.
- BECKER, M.J. (2018): Tophets as Normal burial Areas for Infants: inferences from Skeletal Data from the Punic Cemetery at Lilibeo (Marsala, TP), Sicily, *Sicilia Archeologica* 110, 47-69.

- BÉNICHOU-SAFAR, H. (1981): A propos des ossements humains du tophet de Carthage, *RStudFen* 9 (1), 5-9.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (1982): *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, París.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (1988): Sur l'incinération des enfants aux tophets de Carthage et de Sousse, *RHR* 205, 57-68.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (1995): Tophets et nécropoles puniques, *Monuments funéraires, institutions autochtones. L'Afrique du Nord antique et médiévale* (P. Troussset, ed.), París, 91-10.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (2004): *Le tophet de Salammbô à Carthage. Essai de reconstitution*, París.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (2005): Un au-delà pour les enfants carthaginois incinérés?, *Ktema* 30, 123-136.
- BÉNICHOU-SAFAR, H. (2012): Le statut de l'enfant punique et les objets funéraires, *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité III. Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermay, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 263-272.
- BÉRARD, R.M. (2016): Trouver sa place: les sépultures d'enfant dans les ensembles funéraires antiques, *Qu'est-ce Qu'une sépulture? Humanités et systèmes funéraires de la préhistoire à nos jours*. (M. Lauwers, A. Zémour, eds.), Antibes, 451-466.
- BERNARDINI, P. (1997): La necropoli fenicia di San Giorgio di Portoscuso, *Phoinikes b Shrdn. Nuove acquisizioni* (P. Bernardini, R. D'Oriano, P.G. Spanu, eds.), Oristano, 55-57.
- BERNARDINI, P. (2000): I Fenici nel Sulcis: la necropoli di San Giorgio di Portoscuso e l'insediamento del Cronicario di Sant'Antioco, *La Ceramica fenicia di Sardegna: dati, problematiche, confronti. Atti del primo congresso internazionale sulcitano* (P. Bartoloni, L. Campanella, eds.), Roma, 29-61.
- BERNARDINI, P. (2004): I roghi del passaggio, le camere del silenzio: aspetti rituali e ideologici del mondo funerario fenicio e punico di Sardegna, *El mundo Funerario. Actas del III Seminario internacional sobre temas fenicios* (A. González Prats, ed.), Alicante, 131-169.
- BERNARDINI, P. (2006): La Sardegna tra Cartagine e Roma: tradizioni puniche ed ellenizzazione, *Pallas* 70, 61-92.
- BERNARDINI, P. (2007): Nuragici, Sardi e Fenici. Tra storia (antica) e ideologia (moderna), *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 5, 11-30.
- BERNARDINI, P. (2008a): La morte consacrata. Spazi rituali e ideologia nella necropoli e nell'tofet di Sulki fenicia e púnica, *Saturnia Tellus: definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, italico, fenicio-punico, iberico e celtico. Atti del convegno internazionale* (X. Dupré Raventós, S. Ribichini, S. Verger, eds.), Roma, 639-658.
- BERNARDINI, P. (2008b): Sardinia: the chronology of the Phoenician and Punic presence from the Ninth to Fifth centuries BC, *Beyond the homeland: markers in Phoenician Chronology* (C. Sagona, ed.), Leuven-París, 537-596.
- BERNARDINI, P. (2009): Dati di cronologia sulla presenza fenicia e púnica in Sardegna (IX-V sec. a.C.), *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 7, 19-70.
- BERNARDINI, P. (2011): Urbanesimi precari: la Sardegna, i fenici e la fondazione della città, *RStudFen* 39 (2), 259-289.
- BERNARDINI, P. (2017a): Portoscuso, *La Sardegna Fenicia e Púnica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 139-142.
- BERNARDINI, P. (2017b): La Sardegna prima dei Fenici: Micenei, Ciprioti e Filistei, *La Sardegna Fenicia e Púnica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 39-43.
- BERNARDINI, P.; PERRA, C. (2001): *Monte Sirai. Le opere e i giorni giorni. La vita quotidiana e la cultura dei Fenici e dei Cartaginesi di Monte Sirai*, Carbonia.
- BERNARDINI, P.; SPANU, P.G.; ZUCCA, R. (2014): Santa Giusta-Othoca. Ricerche di archeologia urbana 2013, *The Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2014-312.pdf>> (Consulta 08-12-2023).
- BERSENEVA, N. (2017): Bronze Age Child Burials in the Southern Trans-Urals (21st-15th Centuries cal. BC), *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford, 125-146. DOI: <http://10.1016/j.aear.2014.03.008>
- BIANUCCI, R.; GALASSI, F.M.; LANZA, T.; MATTUTINO, G.; NERLICH, A.G. (2022): What lies behind the embalmed body of Rosalia Lombardo (1918-1920)?, *Italian Journal of Anatomy and Embryology* 126 (1), 5-13. DOI: 10.36253/ijae-13771
- BIRDSELL, J.B. (1968): Some predictions for the Pleistocene based on equilibrium systems among huntergatherers, *Man the Hunter* (R.B. Lee, I. Devore, eds.), Chicago, 229-240.
- BISI, A.M. (1968): Il ruolo di Lilibeo nel quadro della cultura artistica della Sicilia púnica, *Sicilia archeologica* 1 (2), 29-45.
- BISI, A.M. (1970): Lilibeo (Marsala). Scavi nella necropoli dei Cappuccini, *NSA* 24, 524-559.
- BISI, A.M. (1971): Nuovi scavi nella necropoli púnica di Lilibeo (Marsala). I corredi: conclusioni, *Sicilia Archeologica* 14, 17-26.
- BISI, A.M.; TUSA, A. (1971): Lilibeo (Marsala). Nuovi scavi nella necropoli púnica (1969-1970), *NSA* 25, 662-769.
- BOÉLDIEU-TREVET, J. (2018): Des nouveau-nés malformés et un roi boiteux: histoires Spartiates, *Pallas* 106, 213-228.
- BOËS, X. (1998): Étude des sols et du contexte archéologique de la nécropole de Sainte-Barbe, *Clinique Sainte-Barbe (Strasbourg), 29 rue du Faubourg National. Document Final de Synthèse* (P. Flotté, F. Blaizot, eds.), Estrasburgo, 23-34.
- BOGIN, B. (1997): Evolutionary hypotheses for human childhood, *American Journal of Physical Anthropology* 40, 63-89.
- BOGIN, B.; SMITH, B.H. (1996): Evolution of the human life cycle, *American Journal of Physical Anthropology* 8, 703-716.
- BONDÌ, S.F. (1972): *Le stele di Monte Sirai*, Roma.

- BONDÌ, S.F. (2009): Sicilia e Sardegna nel mondo punico: relazioni, funzioni, distinzioni, *Immagine e immagini della Sicilia e di altre isole del Mediterraneo antico. Atti delle seste giornate internazionali di studi sull'area elima e la Sicilia occidentale nel contesto mediterraneo* (C. Ampolo, ed.), Pisa, 457-465.
- BONDÌ, S.F. (2011): Il contesto storico (ante 397), *La Collezione Whitaker* (V. Tusa; L. Nigro, eds.), Palermo, 9-28.
- BONETTO, J. (2009): *Nora. Il foro romano. Storia di un'area urbana dall'età fenicia alla tarda antichità, 1997-2006, Volume I-Lo Scavo*, Padova.
- BONETTO, J. (2016): Vecchie e nuove conoscenze per lo studio delle necropoli fenicie e puniche di Nora, *Lo mio maestro e'l mio autore. Studi in onore di Sandro Filippo Bondì* (M. Botto, S. Finocchi, G. Garbati, I. Oggiano, eds.), Roma, 263-274.
- BONETTO, J. (2018): La necropoli fenicio-punica: indagini 2016-2017, *Quaderni Norensi* 7, 137-139.
- BONETTO, J.; BOTTO, M. (2017): Tra i primi a Nora. Una sepoltura a cremazione nella necropoli sull'Istmo, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Province di Cagliari e Oristano* 28, 193-214.
- BONETTO, J.; ANDREATTA, C.; BERTO, S.; BISON, L.; BRIDI, E.; COVOLAN, M.; DILARIA, S.; MAZZARIOL, A.; RANZATO, M. (2017): La necropoli fenicio-punica e le infrastrutture romane nell'area della ex Base della Marina Militare (Università degli Studi di Padova), *Quaderni Norensi* 6, 169-188.
- BONETTO, J.; BRIDI, E.; CARRARO, F.; DILARIA, S.; MAZZARIOL, A. (2020a): La necropoli fenicia e punica di Nora (Sardegna, Italia): nuovi dati dagli scavi 2014-2018, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1047-1064.
- BONETTO, J.; BALCON, S.; BRIDI, E.; CARRARO, F.; DILARIA, S.; MAZZARIOL, A.; RUBERTI, N. (2020b): La necropoli fenicia e punica occidentale: le indagini 2018-2019, *Quaderni Norensi* 8, 187-215.
- BONNET, C. (2011): On Gods and Earth: the Tophet and the Construction of a new Identity in Punic Carthage, *Cultural identity in the ancient Mediterranean* (E.S. Gruen, ed.), Los Angeles, 373-387.
- BONNICHSEN, R. (1973): Millie's Camp: An Experiment in Archaeology, *World Archaeology* 4, 277-291.
- BOSWORTH, D.A. (2019): Uncooperative breeders. Parental investment and infant abandonment in Hebrew and Greek narrative, *Children in the Bible and the Ancient World Comparative and Historical Methods in Reading Ancient Children* (S.W. Flynn, ed.), Londres, 35-58.
- BOTTO, M. (2008): Forme di interazione e contatti culturali fra Cartagine e la Sardegna sud-occidentale nell'ambito del mondo funerario, *L'Africa romana: le ricchezze dell'Africa: risorse, produzioni, scambi. Atti del XVII convegno di studio* (J. González, P. Ruggeri, C. Vismara, R. Zucca, eds.), Roma, 1625-1638.
- BOTTO, M. (2012): Alcune considerazioni sull'insediamento fenicio e punico di Paniloriga, *RstudFen* 40(2), 267-304.
- BOTTO, M. (2013): Fenici e indigeni nella necropoli arcaica di Monte Sirai: nuove evidenze, *Fenicios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso internacional de Estudos Fenicios e Púnicos* (A.M. Arruda, ed.), Lisboa, 1133-1145.
- BOTTO, M. (2016) *Il complesso archeologico di Pani Loriga*, Sassari.
- BOTTO, M. (2017): Pani Loriga, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 167-181.
- BOTTO, M.; GARNIER, N. (2018): Lo studio della tomba 158 di Monte Sirai. Fra indagine archaeologiche e analisi archeometriche, *Cercando con zelo di conoscere la storia fenicia. Atti della giornata di studi dedicata a Sergio Ribichini* (G. Garbati, ed.), Roma, 121-138.
- BOTTO, M.; SALVADEI, L. (2005): Indagini alla necropoli arcaica di Monte Sirai. Relazione preliminare sulla campagna di scavi del 2002, *RstudFen* 33 (1-2), 81-167.
- BOTTO, M.; CANDELATO, F.; OGGIANO, I.; PEDRAZZI, T. (2010): Le indagini 2007-2008 all'abitato fenicio-punico di Pani Loriga, *The Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2010-175.pdf>> (Consulta 08-12-2023).
- BOUFFIER, S. (2012): Mobilier funéraire et statut social des enfants dans les nécropoles grecques de Sicile, *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité III. Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermary, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 131-147.
- BOURBOU, C. (2013): The Imprint of Emotions Surrounding the Death of Children in Antiquity, *Unveiling Emotions II: Emotions in Greece and Rome: Texts, Images, Material Culture* (A. Chaniotis, P. Ducrey, eds.), Stuttgart, 331-350.
- BOURBOU, C.; THEMELIS, P. (2010): Child Burials at Ancient Messene, *L'enfant et la mort dans l'Antiquité I. Nouvelles recherches dans les nécropoles grecques. Le signalement des tombes d'enfants* (A.M. Guimier-Sorbets, Y. Morizot, eds.), Paris, 111-128.
- BRADLEY, K.R. (1986): Wet-Nursing at Rome: A Study in Social Relations, *The Family in Ancient Rome* (B. Rawson, ed.), Oxford, 201-229.
- BRIDI, E.; CARRARO, F.; MAZZARIOL, A. (2018): La tomba 8. Campagne di scavo 2016-2017, *Quaderni Norensi* 7, 157-164.
- BRIDI, E.; MAZZARIOL, A. (2018): Le tombe ad incinerazione (tombe 11, 15, 16, 18, 20, 21). Campagna di scavo 2016, *Quaderni Norensi* 7, 149-156.
- BROODBANK, C. (2013): *The Making of the Middle Sea. A History of the Mediterranean from the Beginning to the Emergence of the Classical World*, Londres.

- BROWN, S.S. (1991): *Late Carthaginian child sacrifice and sacrificial monuments in their Mediterranean context*, Sheffield.
- BUCKBERRY, J. (2018): Techniques for identifying the age and sex of Children at Death, *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford, 55-70. DOI: <http://10.1093/oxfordhb/9780199670697.013.3>
- BUIKSTRA, J.E.; UBELAKER, D.H. (1994): *Standards for data collection from human skeletal remains*, Fayetteville.
- CALASCIBETTA, A.M.^a. (2009): Nuovi dati sulla necropoli soluntina, *Atti delle seste Giornate Internazionali di studi sull'Area Elima e la Sicilia occidentale nel contesto mediterraneo* (C. Ampolo, ed.), Pisa, 633-643.
- CALASCIBETTA, A.M.^a. (2010): La necropoli di Solunto, *L'ultima città. Rituali e spazi funerari nella Sicilia nord-occidentale di età arcaica e classica* (F. Spatafora, S. Vasallo, eds.), Palermo, 53-63.
- CALASCIBETTA, A.M.^a. (2019): Solunto: nuovi rinvenimenti nella necropoli arcaica, *Nel Mondo di Ade. Ideologia, spazi e rituali funerari per l'eterno banchetto (secoli VIII-IV a.C.)* (R. Panvini, L. Sole, eds.), Caltanissetta, 165-182.
- CALASCIBETTA, A.M.^a. (2020): Sepolture atipiche nella necropoli punica di Solunto, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.) IV. Mytra, 5, Mérida, 1065-1091.
- CALASCIBETTA, A.M.^a. (2021): Contesti funerari del V secolo a.C. Nuove evidenze dalla necropoli di Solunto, *Il Mediterraneo Occidentale dalla fase fenicia all'egemonia cartaginese. Dinamiche insediative, forme rituali e cultura materiale nel V secolo a.C.* (A. Roppa, M. Botto, P. van Dommelen, eds.), Roma, 403-413.
- CAMERATA SCOVAZZO, R.; CASTELLANA, G. (1981): Palermo. Necropoli Punica, scavi 1980. Notizie preliminari, *Beni culturali e ambientali Sicilia 2* (1), 127-138.
- CAMERATA SCOVAZZO, R.; CASTELLANA, G. (1998): Scavi nell'area dei Vivaì Gitto (1980), *Palermo Punica (Catalogo della Mostra del Museo Regionale A. Salinas)*, Palermo, 196-219.
- CAMPANELLA, L.; MARTINI, D. (2000): Monte Sirai: una sepoltura infantile di età fenicia, *RStudFen* 28(1), 35-56.
- CAMPO, M.; COSTA, B.; MEZQUIDA, A. (2011): La moneda en la necrópolis de Ebusus, *Moneda para el más allá. Uso y significado de la moneda en las necrópolis tardopúnicas y romanas de Ebusus, Gades y Malaca* (A. Arévalo González, ed.), Cadiz-Málaga, 27-73.
- CANNON, A.; COOK, K. (2015): Infant Death and the Archaeology of Grief, *CArchJ* 25(2), 399-416. DOI: <http://doi.10.1017/S0959774315000049>
- CARCOPINO, J. (1932): Survivances par substitution des sacrifices d'enfants dans l'Afrique Romaine, *RHR* 106, 592-599.
- CARDOSO, H.F.V. (2010): Testing Discriminant Functions for Sex Determination from Deciduous Teeth, *Journal of Forensic Sciences* 55(6), 1557-1560. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1556-4029.2010.01530.x>
- CARROLL, M. (2018): *Infancy and earliest Childhood in the Roman World*, Oxford.
- CARUSO, E., (1995): L'abbazia basiliana di S. Maria della Grotta, *Federico e la Sicilia. Dalla terra alla corona. Archeologia Architettura* (M. Andaloro, ed.), Palermo, 239-245.
- CARUSO, E. (2000): Documenti e problemi di topografia storica nelle città fenicio puniche della Sicilia occidentale: la necropoli ed il tofet di Lilibeo (Marsala), *Atti delle terze giornate internazionali di studi sull'area elima*, Pisa-Gibellina, 217-262.
- CARUSO, E. (2003): Lilibeo-Marsala: Le Fortificazioni Puniche e Medievali, *Atti delle quarte Giornate Internazionali di Studi sull'area Elima*, Pisa, 171-207.
- CARUSO, E. (2008): Lilibeo punica e romana: storia e topografia, *Lilibeo e il suo territorio* (E. Caruso, A. Spanò Giammellaro, eds.), Marsala, 72-92
- CASSIDY, L.M.; MAOLDÚIN, R.O.; KADOR, T.; LYNCH, A.; JONES, C.; WOODMAN, P.C.; MURPHY, E.; RAMSEY, G.; DOWD, M.; NOONAN, A.; CAMPBELL, C.; JONES, E.R.; MATTIANGELI, V.; BRADLEY, D.G. (2020): A dynastic elite in monumental Neolithic society, *Nature* 582, 384-391.
- CAVALLARI, F.S. (1875): Solunto, *Bullettino della Commissione Antichità e Belle Arti* 7, 1-10.
- CAVE, C.; OXENHAM, M. (2017): Out of the Cradle and into the Grave: The Children of Anglo-Saxon Great Chesterford, Essex, England, *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford, 179-195. DOI: <http://doi.org/10.13140/RG.2.1.4816.9685>
- CERULLI, E. (1959): *How a Hawiye Tribe Used to Live*, Roma
- CERUTI, M.C. (2003): *Llullaillaco: sacrificios y ofrendas en un santuario inca de alta montaña*, Salta.
- CERUTI, M.C. (2004): Human bodies as objects of dedication at Inca mountain shrines (north-western Argentina), *World Archaeology* 36 (1), 103-122. DOI: <https://doi.org/10.1080/0043824042000192632>
- CERUTI, M.C. (2010): *Embajadores del pasado: los niños del Llullaillaco y otras momias del mundo*, Salta.
- CERUTI, M.C. (2012): Los niños de Llullaillaco y otras momias andinas: salud, folclore, identidad, *Scripta Ethnologica* 34, 89-104.
- CERUTI, M.C. (2017): Elementos rituales de la capacocha inca y su continuidad en el culto a las montañas andinas, *El concepto de lo sagrado en el mundo andino antiguo espacios y elementos pan-regionales* (A. Yopez, V. Moscovich, C. Astuhamán, eds.), Quito, 306-325.
- CERUTI, M.C. (2018): De momias y sacrificios infantiles: consideraciones para una arqueología de la niñez en sudamérica, *Revista de Arqueología. Especial Arqueología da Infância* 31 (2), 119-133. DOI: <https://doi.org/10.24885/sab.v31i2.592>

- CHAPA BRUNET, T. (2001-2002): La infancia en el mundo ibérico a través de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, Murcia), *Anales de Prehistoria y Arqueología* 17-18, 159-169.
- CHAPA BRUNET, T. (2003): La percepción de la infancia en el mundo ibérico, *Trabajos de Prehistoria* 60 (1), 115-138. DOI: <https://doi.org/10.3989/tp.2003.v60.i1.125>
- CIASCA, A. (1964): Il tophet. Lo scavo, *Mozia - I. Rapporto preliminare della Missione archeologica della Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale e dell'Università di Roma* (A. Ciasca, M. Forte, G. Garbini, S. Moscati, B. Pugliese, V. Tusa, eds.), Roma, 47-60.
- CIASCA, A. (1972): Il tophet. Lo scavo del 1970, *Mozia - VII, Rapporto preliminare della Missione congiunta con la Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale* (F. Bevilacqua, A. Ciasca, G. Matthiae Scandone, S. Moscati, V. Tusa, A. Tusa Cutroni, eds.), Roma, 89-100.
- CIASCA, A. (1980): Mozia 1979. Scavi alle mura (campagna 1979), *RstudFen* 8, 237-252.
- CIASCA, A. (1990): Sulle necropoli di Mozia, *Sicilia Archeologica* 72, 7-11.
- CIASCA, A. (1992): Mozia: Sguardo d'insieme sul tofet, *Vicino Oriente* 8/2, 113-155.
- CIASCA, A. (1993): Sulle mura di Mozia, *Studi sulla Sicilia Occidentale in onore di Vincenzo Tusa*, Padova, 27-31.
- CIASCA, A. (1998): Mozia: fortificazioni dell'insediamento fenicio, *Scavi e ricerche archeologiche dell'Università di Roma "La Sapienza"* (L. Drago Troccoli, ed.), Roma, 207-209.
- CIASCA, A.; DI SALVO, R.; CASTELLINO, M.; DI PATTI, C. (1996): Saggio preliminare sugli incinerati del tofet di Mozia, *Vicino Oriente* 10, 317-346.
- CICCONE, M.C. (2001): Alcune considerazioni su Bitia Domus de Maria (Cagliari), *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le province di Cagliari e Oristano* 18, 33-64.
- CICERÓN: *Disputaciones Tusculanas*. [Introducción, traducción y notas de Alberto Medina Gonzalez], Madrid.
- CINTAS, P. (1948): Fouilles puniques a Tipasa, *Revue Africaine* 92, 263-330.
- CINTAS, P. (1970): *Manuel d'archéologie punique, I. Histoire et archéologie comparées: Chronologie des temps archaïques de Carthage et des villes phéniciennes de l'ouest*, París.
- CINTAS, P.; JULLY, J.J. (1980): Onze sépultures de la nécropole archaïque de Motyé, *Cuadernos de trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* 14, 31-52.
- CONTENAU, G. (1949): *La civilisation phénicienne*, París.
- COSSU, C.; GARAU, E. (2003a): Complessità rituali e ideologia funeraria punica nella necropoli di Su Fraigu (Serramanna-Ca), *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Provincie di Cagliari e Oristano* 20, 17-45.
- COSSU, C.; GARAU, E. (2003b): *Tra cartaginesi e romani. Lo scavo della necropoli di Serramanna (Cagliari) (Catalogo della mostra del Museo Archeologico nazionali di Cagliari 15 aprile-30 settembre 2022)*, Cagliari.
- COSTA, A.M. (1980): Santu Teru-Monte Luna (Campagne di scavo 1977-79), *RstudFen* 8, 265-271.
- COSTA, A.M. (1983a): Monte Luna: Una necropoli punica di età ellenistica, *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 741-749.
- COSTA, A.M. (1983b): La necropoli punica di Monte Luna. Tipologia tombale, *RstudFen* 11, 21-38.
- COSTA, A.M. (1983c): Santu Teru-Monte Luna (campagne di scavo 1980-82), *RstudFen* 11, 223-234.
- COSTA, B. (1991): Las excavaciones arqueológicas en el solar nº38 de la Vía Romana (Can Partit). Nuevos datos para el conocimiento de la necrópolis del Puig des Molins, *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 29-58.
- COSTA, B. (2013): El procés d'integració d'YBOŠIM al Imperi Romà (I): qüestions jurídiques i polítiques, *Fites* 13, 16-31.
- COSTA, B. (2014): L'Àrea nord de la necrópolis del Puig des Molins. L'excavació del solar núm. 10-12 del carrer Lleó revisada, *In Amicitia. Miscel·lània d'estudis en homenatge a Jordi H. Fernández* (C. Ferrando, B. Costa, eds.), Ibiza, 163-186.
- COSTA, B. (2018): Ibiza en la política cartaginesa en el Mediterráneo Occidental ente los siglos VII y IV a.C., *Cartagine fuori da Cartagine: mobilità nordafricana nel Mediterraneo centro-occidentale fra VIII e II sec. a.C. Atti del Congresso Internazionale* (A.C. Fariselli, R. Zucca, eds.), Rávena, 15-47.
- COSTA, B. (2019): Ibiza, *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 570-582.
- COSTA, B.; BENITO, N. (2000): El poblament de les Illes Pitiüses durant la Prehistòria, *Colotnizació humana en ambients insulars. Interacció amb el medi i adaptació cultural* (V. Guerrero, S. Gornés, eds.), Palma de Mallorca, 215-322.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (1986-1989): Ibiza en época arcaica (650-475 a.C.): fundación fenicia-colonia cartaginesa. Estado actual de la cuestión, *Empúries* 48-50 (1), 254-263.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (1997): Ebusus Phoenissa et Poena. La isla de Ibiza en época fenicio-púnica, *Espacio, Tiempo y Forma* 10, 391-445.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (2003a): El Puig des Molins, de campos de cultivo a Patrimonio de la Humanidad: un siglo de Historia (1903-2003), *Misceláneas de Arqueología Ebusitana II. El Puig des Molins (Ibiza): Un siglo de Investigaciones* (B. Costa, J.H. Fernández, eds.), Ibiza, 23-86.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (2003b): Las fases fenicio-púnicas, *Misceláneas de Arqueología Ebusitana II. El Puig des Molins (Ibiza): Un siglo de Investigaciones* (B. Costa, J.H. Fernández, eds.), Ibiza, 87-147.
- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H. (2003c): Consideraciones en torno a las cabecitas de pasta vítrea fenicio-púnicas: dos piezas singulares de la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza), *Misceláneas de Arqueología Ebusitana II. El Puig des Molins (Ibiza): Un siglo de Investigaciones* (B. Costa, J.H. Fernández, eds.), Ibiza, 251-276.

- COSTA, B.; FERNÁNDEZ, J.H.; GÓMEZ BELLARD, C. (1991): Ibiza Fenicia: la primera fase de la colonización de la isla (siglos VII y VI a.C.), *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (E. Acquaro, ed.), II, Roma, 759-795.
- COSTA, B.; GUERRERO, V.M. (2002): Balance y nuevas perspectivas en la investigación prehistórica de las Islas Pitiusas, *World Islands in Prehistory. International Insular Investigations* (W. Waldren, J.A. Ensenyat, eds.), Oxford, 484-501.
- COSTA, B.; MARÍ, V.; BENITO, N. (2005): Territorio y poder: la construcción de una $\chi\acute{o}\rho\alpha$ insular en la Ibiza púnica, *Actas del V Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (A. Spanò Giammellaro, ed.), Palermo, 1359-1372.
- CRAWFORD, S. (1991): When do Anglo-Saxon children count?, *Journal of Theoretical Archaeology* 2, 17-24.
- CRAWFORD, S. (1999): *Childhood in Anglo-Saxon England*, Sutton.
- CRAWFORD, S.; LEWIS, C. (2009): Childhood Studies and the Society for the Study of Childhood in the Past, *Childhood in the Past* 1 (1), 5-16.
- CRAWFORD, S.; HADLEY, D.M.; SHEPHERD, G. (2018): The Archaeology of Childhood: The Birth and development of a discipline, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 3-37.
- CRESPI, V. (1862a): Scoperta di due tombe cartaginesi, *Bullettino Archeologico Sardo* 8, 81-84.
- CRESPI, V. (1862b): Topografía dell'antica Karalis, *Bullettino Archeologico Sardo* 8, 5-10.
- D'ANDREA, B. (2014): *I tofet del Nord Africa dall'età arcaica all'età romana (VIII sec. a.C.-II sec. d.C.)*, Pisa-Roma.
- D'ANDREA, B. (2018a): *Bambini nel «limbo». Dati e proposte interpretative sui tofet fenici e púnicos*, Roma.
- D'ANDREA, B. (2018b): Le chien dans la religion et dans la vie quotidienne des communautés phéniciennes et puniques de la Méditerranée occidentale, *MEFRA* 130 (1), 185-217. <<https://journals.openedition.org/mefra/4811>> (Consulta 07-12-2023).
- D'ANDREA, B.; GIARDINO, S. (2013): Il Tofet dove e perché. L'identità fenicia, il Circolo di Cartagine e la Fase Tardo Púnica, *Bollettino di Archeologia on line. Direzione generale per le Antichità* IV. <<https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-01908626/document>> (Consulta 07-12-2023).
- DASEN, V. (1997): Multiple births in Graeco-Roman antiquity, *OJA* 16 (1), 49-63.
- DASEN, V. (2003): Les amulettes d'enfants dans le monde greco-romain, *Latomus* 62 (2), 275-289.
- DASEN, V. (2008): All children are dwarfs. Medical discourse and iconography of children's bodies, *OJA* 27(1), 49-62.
- DASEN, V. (2010): Archéologie funéraire et histoire de l'enfance dans l'Antiquité: nouveaux enjeux, nouvelles perspectives, *L'enfant et la mort dans l'Antiquité I. Nouvelles recherches dans les nécropoles grecques. Le signalement des tombes d'enfants* (A.M. Guimier-Sorbets, Y. Morizot, eds.), Paris, 19-44.
- DASEN, V. (2011a): Childbirth and Infancy in Greek and Roman Antiquity, *A Companion to Families in the Greek and Roman Worlds* (B. Rawson, ed.), Malden, 291-314.
- DASEN, V. (2011b): De la Grèce á Rome des jouets pour grandir?, *Des jouets et des homes* (D. Charles, B. Girveau, eds.), Paris, 53-59.
- DASEN, V. (2012): Cherchez l'enfant! La question de l'identité à partir du matériel funéraire, *L'enfant et la mort dans l'Antiquité*, III. *Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermary, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 9-22.
- DASEN, V. (2015): Des Patèques aux «nains ventrus»: circulation et transformation d'une image, *Figurines grecques en contexte. Présence muette dans le sanctuaire, la tombe et la maison* (S. Huysecom-Haxhi, A. Muller, eds.), Lille, 39-55.
- DEDET, B. (2012): Mobilier funéraire et statut des enfants dans le monde indigène protohistorique du Sud de la France, *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité*, III. *Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermary, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 149-169.
- DEKKER, J.J.H. (2010): Entre Rousseau y el pecado original. El modelo holandés de protección de la infancia en el s. XIX, *La educación revisitada: ensayos de hermenéutica pedagógica* (A.C. Moreu Calvo, E. Prats, eds.), Barcelona, 73-88.
- DELATTRE, A.L. (1905): *La nécropole des rabs, prêtres et prêtresses de Carthage: deuxième année des fouilles*, Paris.
- DELGADO, A. (2008): Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, 163-188.
- DELGADO, A. (2010): De las cocinas coloniales y otras historias silenciadas: domesticidad, subalternidad e hibridación en las cocinas fenicias occidentales, *De la cuina a la taula: IV Reunió d'economia en el primer millenni a.C.* (C. Mata Parreño, G. Pérez Jordà, J. Vicens-Ferrándiz, eds.), Valencia, 28-43.
- DELGADO, A. (2016a): Mujeres, grupos domésticos y prácticas cotidianas en las comunidades fenicias y púnicas occidentales, *Aspectos de la vida y de la muerte en las sociedades fenicio-púnicas: XXIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 47-84.
- DELGADO, A. (2016b): Producción artesanal y trabajo femenino en las comunidades fenicias occidentales: una mirada crítica a la teoría de las esferas separadas, *Los trabajos de las mujeres en el mundo antiguo: cuidado y mantenimiento de la vida* (A. Delgado, M. Picazo Gurina, eds.), Tarragona, 67-75.
- DELGADO, A. (2017): Migrations phéniciennes vers l'Extrême-Occident: communautés de diasporas et groupes familiaux, *Archéologie des migrations* (D. Garcia, H. Le Bras, eds.), Paris, 183-196.
- DELGADO, A.; FERRER, M. (2007a): Alimentos para los muertos: mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales, *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities* (P. González Marcén, C. Masdival, S. Montón, M. Picazo, eds.), Barcelona, 29-68.

- DELGADO, A.; FERRER, M. (2007b): Cultural Contacts in colonial settings: The construction of New identities in Phoenicians Settlements of the Western Mediterranean, *Standford Journal Archaeology* 5, 18-42.
- DELGADO, A.; FERRER, M. (2012): La muerte visita la casa: mujeres, cuidados y memorias familiares en los rituales funerarios fenicio-púnicos, *La Arqueología Funeraria desde una perspectiva de género* (L. Prados, C. López Ruiz, J. Parra Camacho eds.), Madrid, 123-156.
- DELGADO, A.; RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2018): Death in Birth: Pregnancy, Maternal Death and Funerary Practices in the Phoenician and Punic World, *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R.Mª. Cid López, eds.), Oxford-Filadelfia, 55-70.
- DEMAUSE, LI. ([1974] 1994): *Historia de la Infancia*, Madrid.
- DE JONGHE, M. (2017): *Les nécropoles phéniciennes de Méditerranée occidentale. Architectures et pratiques funéraires*. [Tesis de doctorado inédita] Université Paris I, París.
- DE LISLE, C. (2019): The Punic Wars (264–146 bce), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 170-181.
- DE LUCIA, K. (2010): A Child's House: Social Memory, Identity, and the Construction of Childhood in Early Postclassic Mexican Households, *American Anthropologist* 112 (4), 607-624.
- DE MIGUEL IBÁÑEZ, Mª. P. (2010): Una visión de la infancia desde la osteoarqueología: de la Prehistoria reciente a la Edad Media, *Infancia y cultura material en arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 135-154.
- DE SANTERRE, H.G.; SLIM, L. (1983): *Recherches sur les nécropoles puniques de Kerkouane*, Túnez.
- DE VINCENZO, S. (2013): *Tra Cartagine e Roma. I centri urbani dell'eparchia punica di Sicilia tra VI e I sec. a.C.*, Berlin-Boston.
- DEL VAIS, C. (2010): L'abitato fenicio-punico e romano, *La Cattedrale di Santa Giusta. Architettura e arredi dall'XI al XIX secolo* (R. Coroneo, ed.), Cagliari, 35-46.
- DEL VAIS, C. (2012): Tomba ad inumazione di età arcaica nella necropoli di Othoca (loc. Santa Severa, Santa Giusta-OR), *Epi Oinopa Ponton. Studi sul Mediterraneo antico in ricordo di Giovanni Tore*, Oristano (C. Del Vais, ed.), Oristano, 457-472.
- DEL VAIS, C. (2019): *Tharros, Il Tempo dei Fenici. Incontri in Sardegna dall'VIII al III secolo a.C. Cultura, storia, archeologia della Sardegna* (C. Del Vais, M. Guirguis, A. Stiglitz, eds.), Nuoro, 74-78.
- DEL VAIS, C.; FARISELLI, A.C. (2010): Tipi tombali e pratiche funerarie nella necropoli settentrionale di Tharros (San Giovanni di Sinis, Cabras-Or), *Ocnus* 18, 9-22.
- DEL VAIS, C.; USAI, E. (2005): La necropoli di Othoca (Santa Giusta-Or): campagne di scavo 1994-95 e 1997-98. Note preliminari, *Atti del V Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici* (A. Spanò Giammellaro, ed.), Palermo, 965-973.
- DEL VAIS, C.; USAI, E. (2013): La necropoli di Othoca (S. Giusta-OR): la campagna di scavo del 2003, *Fenicios e Púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos* (A.M. Arruda, ed.), Lisboa, 1154-1161.
- DILARIA, S. (2018): La tomba 9. Campagne di scavo 2016-2017, *Quaderni Norensi* 7, 165-173.
- DI SALVO, R. (1984): Note Antropologiche, *Lilibeo. Testimonianze archeologiche dal IV sec. a.C. al V sec. d.C.* (C.A. Di Stefano, ed.), Marsala, 78-102.
- DI SALVO, R. (1998): Nota antropologica e paleopatologica del gruppo umano del Vivavi Gitto, *Palermo Punica. Catalogo della Mostra del Museo Regionale A. Salinas*, Palermo, 238-245.
- DI SALVO, R. (2004): Antropologia e paleopatologia dei gruppi umani di età fenicio-punica della Sicilia Occidentale, *El mundo Funerario. Actas del III Seminario internacional sobre temas fenicios* (A. González Prats, ed.), Alicante, 253-266.
- DI SALVO, R. (2009): Il gruppo umano della Caserma Tuköry, *La necropoli punica di Palermo. Dieci anni di scavi nell'area della Caserma Tuköry* (C.A. Di Stefano, ed.), Pisa-Roma, 232-249.
- DI SALVO, R. (2010): Indagine antropologica e paleopatologica nella necropoli punica di Palermo, *L'ultima città. Rituali e spazi funerari nella Sicilia nord-occidentale di età arcaica e classica* (F. Spatafora, S. Vasallo, eds.), Palermo, 51-52.
- DI SALVO, R. (2016): L'indagine antropologica nella necropoli di Lilibeo, *Se cerchi la tua strada verso Itaca... Omaggio a Lina Di Stefano* (E. Lattanzi, R. Spadea, eds.), Roma, 115-128.
- DI SALVO, R.; DI PATTI, C. (2005): Gli esemplari incinerati del tofet di Mozia. Indagine osteologica, *Atti del V congresso internazionale di studi fenici e punici* (A. Spanò Giammellaro, ed.), Palermo, 635-652.
- DI SALVO, R.; SCHIMMENTI, V. (2019): Il gruppo umano della necropoli arcaica di Solunto, *Nel Mondo di Ade. Ideologia, spazi e rituali funerari per l'eterno banchetto (secoli VIII-IV a.C.)* (R. Panvini, L. Sole, eds.), Caltanissetta, 189-196.
- DI STEFANO, C.A. (1974): Scoperte nella necropoli di Lilibeo, *Kokalos* 20, 162-171.
- DI STEFANO, C.A. (1984): *Lilibeo. Testimonianze Archeologiche dal IV a.C. al V d.C.*, Marsala.
- DI STEFANO, C.A. (1993): *Lilibeo Punica*, Marsala.
- DI STEFANO, C.A. (2009): *La necropoli punica di Palermo. Dieci anni di scavi nell'area della Caserma Tuköry*, Pisa-Roma.
- DIXON, S. (1988): *The Roman Mother*, Londres.
- DOAK, B.R.; LÓPEZ-RUIZ, C. (2019): Introduction, *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 4-8.
- DOCTER, R.F.; SMITS, E.; HAKBIJL, T.; STUIJTS, I.L.M.; VAN DER PLICHT, J. (2003): Interdisciplinary research on urns from the Carthaginian tophet and their contents, *Palaeohistoria* 43-44, 417-433.

- DOE, D.M.; RASCÓN PÉREZ, J.; CAMBRA-MOO, O.; CAMPO MARTÍN, M.; GONZÁLEZ MARTÍN, A. (2019): Assessing pubertal stage in adolescent remains: an investigation of the San Nicolás Maqbara burial site (Murcia, Spain), *Archaeological Anthropological Science* 11, 541-554. DOI: 10.1007/s12520-017-0543-0
- DOLANSKY, F. (2012): Playing with Gender: Girls, Dolls, and Adult Ideals in the Roman World, *Classical Antiquity* 31, 256-292.
- D'ORIANO, R. (2010): Indigeni, Fenici e Greci a Olbia, *Bollettino d'Archeologia on-line* 17, 10-25.
- D'ORIANO, R. (2019): Olbia fenicia, greca e punica, *Il Tempo dei Fenici. Incontri in Sardegna dall'VIII al III secolo a.C. Cultura, storia, archeologia della Sardegna* (C. Del Vais, M. Guirguis, A. Stiglitz, eds.), Nuoro, 82-83.
- DRIDI, H. (2019): Early Carthage: from its foundation to the Battle of Himera (ca. 814–480 BCE), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 142-154.
- DUBOIS, C. (2012): Des objets pour les bébés? Le dépôt de mobilier dans les sépultures d'enfants en bas âge du monde grec archaïque et classique, *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité*, III. *Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermary, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 329-342.
- DUCAT, J. (2006): *Spartan Education: Youth and Society in the Classical Period*, Swansea.
- DUDAY, H. (1997): Antropología biológica “de campo”, tafonomía y arqueología de la muerte, *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario* (E. Malvido, G. Pereira, V. Tiesler, coords.), Ciudad de México, 91-126. DOI: <https://doi.org/10.4000/books.cemca.2515>
- DUDAY, H.; BÉRARD, R.M.; SOURISSEAU, J.C. (2013): Les vases en céramique utilisés comme réceptacles funéraires: sépultures primaires à inhumation ou dépôts secondaires à crémation? *Quelques réflexions à propos de la nécropole méridionale de Mégara Hyblaea*, *Le occident Grec. De Marseille à Megara Hyblaea* (S. Bouffier, A. Hermary, eds.), Aix-en-Provence, 215-227.
- DUDAY, H.; LAUBENHEIMER, F.; TILLIER, A.M. (1995): *Sallèles d'Aude. Nouveau-nés et nourrissons gallo-romains*, Paris. DOI: <https://doi.org/10.3406/ista.1995.2609>
- DUNNE, J.; REBAY-SALISBURY, K.; SALISBURY, R.B.; FRISCH, A.; WALTON-DOYLE, C.; EVERSHED, R.P. (2019): Milk of ruminants in ceramic baby bottles from prehistoric child graves, *Nature* 574, 246-248.
- DURAND, R. (2008): Données paléodémographiques et classes d'âge immatures: recrutement et gestion des enfants dans les espaces funéraires gallo-romains, *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi i Jener, S. Muriel, C.R. Olaria Puyoles, eds.), Castellón, 41-56.
- EBELING, J.R. (2010): *Women's Lives in Biblical Times*, Londres-Nueva York.
- EISSFELDT, O. ([1935] 2002): *Molk als Opferbegriff im Punischen und Hebräischen und das Ende des Gottes Moloch* (primera edición Halle, 1935), *El Molk como concepto del Sacrificio Púnico y Hebreo y el final del Dios Moloch* (C.G. Wagner, L. Ruiz Cabrero, eds.), Madrid, 1-44.
- ELENA, P.F. (1868): *Scavi nella necropoli occidentale di Cagliari*, Cagliari.
- ESPARZA ARROYO, A.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; DEL NOGAL SÁNCHEZ, M.; CASAS FERREIRAC, A.M.A.; PÉREZ PAVÓN, J.L. (2022): Una contribución a la problemática del sexo bioantropológico mediante análisis proteómico del esmalte dental de restos humanos de la Prehistoria reciente de la submeseta norte ibérica, *Trabajos de Prehistoria* 79(2), 274-290.
- ESTÉVEZ CAMPO, E.J. (2018): *Estimación del sexo en individuos subadultos. Aplicación de técnicas morfogeométricas en una población mediterránea* [Tesis de doctorado en línea] Universidad de Granada, Granada. <<https://digibug.ugr.es/handle/10481/52760>> (Consulta 07-12-2023).
- EVERS, C. (2019): Chevaux à roulettes, *Ludique. Jouer dans l'Antiquité: catalogue de l'exposition présentée du 20 juin au 1er décembre 2019 à Lugdunum-musée et théâtres romains* (V. Dasen, dir.), Lyon, 38-39.
- FAERMAN, M.; KAHILA, G.; SMITH, P.; GREENBLATT, C.; STAGER, L.; FILON, D.; OPPENHEIM, A. (1997): DNA Analysis Reveals the Sex of Infanticide Victims, *Nature* 385, 212-213.
- FAERMAN, M.; FILON, D.; KAHILA BARGAL, G.; GREENBLATT, C.L.; STAGER, L.; OPPENHEIM, A.; SMITH, P. (1998): Determination of the Sex of Infanticide Victims from the Late Roman Era through DNA Analysis, *Journal of Archaeological Science* 25, 861-865.
- FAERMAN, M.; SMITH, P. (2008): Has society changed its attitude to infants and children? Evidence from Archaeological Sites in the Southern Levant, *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi i Jener, S. Muriel, C.R. Olaria Puyoles, eds.), Castellón, 211-229.
- FALSONE, G. (1987): Birgi, S. Teodoro e Salina Infersa rivisitati. Recenti esplorazioni intorno a Mozia e allo Stagnone di Marsala, *Da Mozia a Marsala. Un crocevia della civiltà mediterranea. Atti del convegno nazionale a Marsala*, Roma, 45-66.
- FALSONE, G.; SCONZO, P. (2017): New investigations in the North-East quarter of Motya: the archaic cemetery and Building J, *From the Mediterranean to the Atlantic. People, Goods and Ideas between East and West. 8th International Congress of Phoenician and Punic Studies* (M. Guiguis, ed.), Pisa-Roma, 62-69.
- FAMÀ, M.L.; TOTI, P. (2019): La necropoli di Birgi. Un esempio d'interazione culturale tra Fenici e Greci nell'eterno banchetto, *Il Mondo di Ade. Ideologie, spazi e rituali funerari per l'eterno banchetto (secolo VIII-IV a.C.)* (R. Panvini, L. Sole, eds.), Roma, 395-409.

- FANTAR, M.H. (1990-1992): Fouilles a Kerkouane, *BCTH* 23b, 51-60.
- FANTAR, M.H. (2002): Résumé: Recherches sur l'architecture funéraire punique au Cap Bon, *Revue du Centre d'Etudes de la Civilisation Phénicienne-Punique et des Antiquités Libyques* 12, 39-55.
- FANTAR, M.H.; FANTAR, D. (1966): La necropoli, *Monte Sirai-III. Rapporto preliminare della Missione archeologica dell'Università di Roma e della Soprintendenza alle Antichità di Cagliari* (M.G. Amadasi, F. Barreca, G. Garbini, M. Fantar, S. Sord, eds.), Roma, 63-82.
- FARISELLI, A.C. (2008): Tipologie tombali e rituali funerari a Tharros, tra Africa e Sardegna, *L'Africa romana. Le ricchezze dell'Africa. Risorse, produzioni, scambi. Atti del XVII convegno di studio* (J. González, P. Ruggeri, C. Vismara, R. Zucca, eds.), Roma, 1707-1718.
- FARISELLI, A.C. (2012-2013): Bambini e campanelli: note preliminari su alcuni "effetti sonori" nei rituali funerari e votivi punici, *Byrsa* 21-22, 29-44.
- FARISELLI, A.C. (2019): Musica e gioco nel culto funerario e nei rituali per l'infanzia del mundo punico, *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique. Actes du VIIIème Congrès international des études Phéniciennes et Puniques* (A. Ferjaoui, T. Redissi, eds.), Túnez, 1941-1952.
- FEDELE, F.; FOSTER, G.V. (1988): Tharros: ovicaprini sacrificali e rituale del tofet, *RStudFen* 16 (1), 29-46.
- FERNÁNDEZ, J.H. (1980): *El hipogeo de Can Pere Català des Port (Sant Vicent de Sa Cala)*, Ibiza.
- FERNÁNDEZ, J.H. (1992): *Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza). Las campañas de D. Carlos Román Ferrer (1921-1929)*, Ibiza.
- FERNÁNDEZ, J.H.; COSTA, B. (2004): Mundo funerario y sociedad en la Ibiza arcaica. Una aproximación al análisis de los enterramientos de cremación en la necrópolis del Puig des Molins, *El mundo Funerario. Actas del III Seminario internacional sobre temas fenicios* (A. González Prats, ed.), Alicante, 315-407.
- FERNÁNDEZ, J.H.; MEZQUIDA, A. (2004): Excavaciones en la necrópolis del Puig des Molins (2000-2003), *Fites* 4, 9-20.
- FERNÁNDEZ, J.H.; MEZQUIDA, A. (2010): Una incineración excepcional arcaica en urna lítica de la necrópolis del Puig des Molins, *Mainake* 32 (1), 499-523.
- FERNÁNDEZ, J.H.; RAMON, J. (1984): Hallazgo de una necrópolis en Sant Antoni de Portmany, *Ibiza* 6, 30-34.
- FERNÁNDEZ, J.H.; GÓMEZ BELLARD, C.; GURREA, R. (1984): La première periode de la colonization punique à Ibiza, *The Deya Conference of Prehistory: Early settlement in the Western mediterranean Islands and the Peripheral Areas* (W.H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite, R. Kennard, eds.), Oxford, 785-796.
- FERNÁNDEZ, J.H.; LÓPEZ GRANDE, M.J.; MEZQUIDA, A.; VELÁZQUEZ, F. (2009): *Amuletos púnicos de hueso hallados en Ibiza*, Ibiza.
- FERNÁNDEZ CRESPO, T. (2008): Los enterramientos infantiles en contextos domésticos en la Cuenca Alta/Media del Ebro: a propósito de la inhumación del despoblado altomedieval de Aistra (Álava), *Munibe* 59, 199-217.
- FERRER, M. (2012): *Acrópolis sicilianas: rituales, comunidades y poderes (ss. X-V a.C.)*, [Tesis de doctorado en línea] Universitat Pompeu Fabra, Barcelona. < <https://www.tdx.cat/handle/10803/83650#page=1> > (Consulta 08-12-2023).
- FERRER, M. (2018): Looking after dead infants: the materialisation of care in Sicilian child burials (10th-7th centuries BC), *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R.M^a Cid López eds.), Oxford-Philadelphia, 71-86.
- FERRER, M. (2021): Reshaping Identities in Times of Crisis: a View from Sicilian Punic Cemeteries, 6th-4th centuries BC, *Transformations and Crisis in the Mediterranean. "Identity" and Interculturality in the Levant and Phoenician West during the 5th-2nd centuries BCE* (G. Garbati, T. Pedrazi, eds.), Roma, 213-230.
- FERRER, M.; LÓPEZ-BERTRAN, M. (2020): Desde el nacer hasta el morir: la leche materna en el mundo fenicio-púnico, *La alimentación en el mundo fenicio-púnico. Producciones, procesos y consumos* (C. Gómez Bellard, G. Pérez-Jordà, A. Vendrell Betí, eds.), Sevilla, 363-384.
- FLORIS, R.; PALA, E. (2003): I resti scheletrici umani, *Tra cartaginesi e romani. Lo scavo della necropoli di Serramanna (Cagliari)* (C. Cossu, E. Garau, eds.), Cagliari, 33-35.
- FLORIS, R.; PUSCEDDU, V. (2012): Appendice I. Resti ossei, *Epi Oinopa Ponton. Studi sul Mediterraneo antico in ricordo di Giovanni Tore* (C. Del Vais, ed.), Oristano, 463-464.
- FLORIS, S. (2022): *Il Tofet di Tharros*, Roma.
- FLYNN, S.W. (2018): *Children in Ancient Israel: The Hebrew Bible and Mesopotamia in Comparative Perspective*, Oxford.
- FREUD, S. (1965) Infantile sexuality, *The Child* (W. Kessen, ed.), Nueva York
- GARNAND, B. (2022): Phoenician synthesis. Patterns of human sacrifice and problems with ritual killing, *The Value of a Human Life. Ritual Killing and Human Sacrifice in Antiquity* (K.C. Innemée, ed.), Leiden, 69-93.
- GARNAND, B.; GREENE, J.A.; XELLA, P. (2023): Introduction to the Special Issue, *Journal of Ancient History* 11(2), 149-189. DOI: <https://doi.org/10.1515/jah-2023-2001>
- GARROWAY, K. (2017): Children and religion in the Archaeological record of Ancient Israel, *Journal of Ancient Near Eastern Religions* 17, 116-138.
- GARROWAY, K. (2018): *Growing Up in Ancient Israel: Children in Material Culture and Biblical Texts*, Atlanta.
- GIBAJA, J.F.; MAJÓ, T.; CHAMBON, P.; RUIZ, J.; SUBIRÀ, M.E. (2010): Prácticas funerarias durante el neolítico. Los enterramientos infantiles en el noreste de la Península Ibérica, *Infancia y Cultura Material en Arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 47-68.

- GIGLIO, R. (1997): Lilibeo-Marsala. Nuove scoperte archeologiche nell'area di Santa Maria della Grotta e del Complesso dei Niccolini, *Sicilia Archeologica* 30 (93-95), 45-58.
- GIGLIO, R. (2016): La necropoli di Lilibeo alla luce delle ultime scoperte, *Se cerchi la tua strada verso Itaca... Omaggio a Lina Di Stefano* (E. Lattanzi, R. Spadea, eds.), Roma, 101-114.
- GIGLIO, R.; CANZIONERI, E. (2009): Nuovi dati dalle necropoli ellenistiche e tardo antiche di Lilibeo, *Immagine e immagini della Sicilia e di altre isole del Mediterraneo antico. Atti delle seste giornate internazionali di studi sull'area elima e la Sicilia occidentale nel contesto mediterraneo* (C. Ampolo, ed.), Pisa, 573-580.
- GIGLIO, R.; VECCHIO, P. (2000): Lilibeo (Marsala). Area di Santa Maria della Grotta e Complesso dei Niccolini: recenti rinvenimenti archeologici, *Atti delle terze giornate internazionali di studi sull'area elima*, Pisa-Gibellina, 655-680.
- GILMOUR, G.H. (1997): The Nature and Function of Astragalus bones from Archaeological Contexts in the Levant and Eastern Mediterranean, *OJA* 16(2), 167-175. DOI: <https://doi.org/10.1111/1468-0092.00032>
- GITTINS, D. (2009): The historical construction of Childhood, *An Introduction to Childhood Studies*, Maidenhead (M.J. Keily, ed.), 35-49.
- GOLDEN, M. (1988): Did the Ancients Care When their Children Died?, *G&R* 35, 152-163.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1983): Urna de orejetas con incineración infantil del Puig des Molins, *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza* 9, 5-26.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1984): *La necropolis del Puig des Molins (Ibiza). Campaña de 1946*, Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, C. (1985): Asentamientos rurales de la Ibiza púnica, *Aula Orientalis* 3, 177-199.
- GÓMEZ BELLARD, C. (2003): Colonos sin indígenas: el campo ibicenco en época fenicio-púnica, *Ecohistoria del paisaje agrario: la agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo* (C. Gómez Bellard, ed.), Valencia, 219-235.
- GÓMEZ BELLARD, C. (2008): Ibiza: the Making of New Landscapes, *Rural Landscapes of the Punic World* (P. van Dommelen, C. Gómez Bellard, eds.), Londres, 44-75.
- GÓMEZ BELLARD, C. (2014): Death among the Punic, *The Punic Mediterranean. Identities and Identification from Phoenician Settlement to Roman Rule* (J. Crawley Quinn, N. Vella, eds.), Cambridge, 69-75.
- GÓMEZ BELLARD, C.; GÓMEZ BELLARD, F. (1989): Enterramientos infantiles en la Ibiza fenicio-púnica, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanenses* 14, 211-238.
- GÓMEZ BELLARD, C.; SAN NICOLÁS PEDRAZ, M^a.P. (1988): La Prehistoria de Ibiza y Formentera: estado actual de la investigación, *Trabajos de Prehistoria* 45, 202-228.
- GÓMEZ BELLARD, C.; HACHUEL FERNÁNDEZ, E.; MARÍ I COSTA, V. (1992): Más allá del Tophet: hacia una sistematización del estudio de las tumbas infantiles en las necrópolis fenicias, *Saguntum* 25, 85-102.
- GÓMEZ BELLARD, C.; HACHUEL FERNÁNDEZ, E.; MARÍ I COSTA, V. (1995): Les tombes d'enfants dans les nécropoles phéniciennes et puniques, *Actas del III Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (M.H. Fantar, M. Ghaki, eds.), Túnez, 88-96.
- GÓMEZ BELLARD, C.; COSTA RIBAS, B.; GÓMEZ BELLARD, F.; GURREA BARRICARTE, R.; GRAU ALMERO, E.; MARTÍNEZ VALLE, R. (1990): *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, F. (1985): Estudio antropológico de algunas incineraciones púnicas del Puig des Molins. Ibiza, *Saguntum* 19, 141-151.
- GÓMEZ BELLARD, F. (1989): *Antropología Médica en Ibiza* [Tesis de doctorado inédita] Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- GÓMEZ BELLARD, F.; DE MIGUEL IBÁÑEZ, F. (1996): Aproximación al estudio de una cremación perinatal de la necrópolis ibérica de la Serreta (Alcoy-Cocentaina-Penaguila. Alicante), *Salud, enfermedad y muerte en el pasado. Consecuencias biológicas del estrés y la patología* (A. Pérez-Pérez, ed.), Barcelona, 281-285.
- GONZÁLEZ GUTIÉRREZ, P. (2015): *El vientre controlado: anticoncepción y aborto en la sociedad romana*. [Tesis de doctorado en línea] Universidad Complutense de Madrid, Madrid. < <https://eprints.ucm.es/id/eprint/33667/>> (Consulta 07-12-2023).
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (2018): The child is dead: decision-making and emigration in Bronze Age Iberia, *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R.M^a. Cid López, eds.), Oxford-Philadelphia, 12-24.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN-SUBÍAS, S.; PICAZO, M. (2008): Towards an archaeology of maintenance activities, *Engendering Social Dynamics: The Archaeology of Maintenance Activities* (S. Montón-Subías, M. Sánchez-Romero, eds.), Oxford, 3-8.
- GONZÁLEZ-MARTÍN, A. (2008): Mitos y realidades en torno a la excavación, el tratamiento y el estudio de los restos arqueológicos no-adultos, *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi i Jener, S. Muriel, C.R. Olaria Puyoles, eds.), Castellón, 57-76.
- GONZÁLEZ-MARTÍN, A., LALUEZA FOX, C. (2000): Informe antropológico de los restos humanos de la calle Santa María (Ibiza), En R. Gurrea y J. Ramon, Excavaciones arqueológicas en la acrópolis d'Ibiza (calle de Santa María). El horizonte arcaico, *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (M.E. Aubet, M. Barthélemy, eds.), Cádiz: 1563-1564.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T. (2014): La cartaginesa Sofonisba (c. 218-203 a.C.), un ejemplo de patriotismo, fortaleza de ánimo y dignidad personal, *Asparkia* 25, 145-162.
- GONZÁLEZ, R.; PACHECO, P.E. (2002): *Can Fita, onze segles d'un assentament rural de l'antiguitat ebusitana (segle IV a.C. - segle VII d.C.)*, Ibiza.

- GOODISON, L. (1989): *Death, Women and the Sun: Symbolism of Regeneration in Early Aegean Religion*, Londres.
- GORER, G. (1967): *Himalayan Village: An Account of the Lepchas of Sikkim*, New York.
- GOWLAND, R.L. (2001): Playing Dead: Implications of Mortuary Evidence for the Social Construction of Childhood in Roman Britain, *TRAC 2000: Proceedings of the Tenth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference* (D. Davies, A. Gardner, K. Lockyear, eds.), Londres, 152-168.
- GOWLAND, R.L. (2016): Ideas of Childhood in Roman Britain: the bioarchaeological and material evidence, *The Oxford Handbook of Roman Britain* (M. Millet, L. Revell, A. Moore, eds.), Oxford, 303-320.
- GOWLAND, R.L. (2018). Infants and mothers: linked lives and embodied life courses, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 104-121.
- GOWLAND, R.L.; CHAMBERLAIN, A.; REDFERN, R.C. (2014): On the brink of being: re-evaluating infanticide and infant burial in Roman Britain, *Journal of Roman archaeology supplementary series* 96, 69-88.
- GOWLAND, R.; STEWART, N.A.; CROWDER, K.D.; HODSON, C.; SHAW, H.; GRON, K.J.; MONTGOMERY, J. (2021): Sex estimation of teeth at different developmental stages using dimorphic enamel peptide analysis, *American Journal of Physical Anthropology* 174 (4), 859-869. DOI: <https://doi.org/10.1002/ajpa.24231>
- GRAS, M.; ROUILLARD, P.; TEIXIDOR, J. (1989): *L'univers phénicien*, Paris.
- GRÄSLUND, A.S. (1973): Barn i Birka I, *Tor* 15, 161-179.
- GRAZIANI, G.; MARÍ CASANOVA, J.J.; CASTRO ORELLANA, J. (2012): La necrópolis rural de Can Pep des Ferrer: nuevas aportaciones sobre necrópolis rurales en la isla de Ibiza, *IV Jornades d'Arqueologia de les Illes Balears* (M. Riera Rullan, coord.), Palma de Mallorca, 89-98.
- GRECO, C. (1997a): Solunto. Scavi e ricerche nel biennio 1992-93, *Atti delle seconde giornate internazionali di studi sull'area elima*, Pisa, 889-908.
- GRECO, C. (1997b): Materiale dalla necropoli punica di Solunto: studi preliminari, *Archeologia e Territorio*, Palermo, 25-33.
- GRECO, C. (2000): La necropoli punica di Solunto, *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (M.E. Aubet, M. Barthélemy, eds.), Cádiz, 1319-1335.
- GRECO, C. (2005): *Solunto, Guida Breve*, Palermo.
- GRECO, C. (2009): Nuovi dati su Solunto Fenicia, *La Sicilia in età arcaica. Dalle apoikiai al 480 a.C.* (R. Panvini, L. Sole, eds.), Palermo, 287-290.
- GRIFFO, M.G. (1997): La necropoli di Birgi, *Atti delle seconde giornate internazionali di studi sull'area elima*, Roma, 909-921.
- GRIFFO, M.G. (2009): Per la conoscenza di una fase arcaica nella necropoli di Birgi attraverso i reperti della collezione "Giuseppe Whitaker", *La Sicilia in età arcaica. Dalle apoikiai al 480 a.C.* (R. Panvini, L. Sole, eds.), Palermo, 273-275.
- GRIFFO, M.G. (2018): Nuovi dati sulla fase arcaica della necropoli fenicio-punica di Birgi (Marsala), *Mare Internum: archeologia e cultura del Mediterraneo* 10, 23-43.
- GROVE, M.A.; LANCY, D.F. (2018): Cultural Models of Stages in the Life Course, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 90-103.
- GROVES, S.E.; ROBERTS, C.A.; LUCY, S.; PEARSON, G.; GRÖCKE, D.; NOWELL, G.; MACPHERSON, C.G.; YOUNG, G. (2013): Mobility Histories of 7th-9th Century AD People Buried at Early Medieval Bamburgh, Northumberland, England, *American Journal of Physical Anthropology* 151 (3), 462-476.
- GRUBBS, J.E. (2013): Infant Exposure and Infanticide, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J.E. Grubbs, T. Parkin, eds.), Oxford, 83-107.
- GUERRERO, V.M. (1997): *Colonización púnica de Mallorca. La documentación arqueológica y el contexto histórico*, Palma de Mallorca.
- GUIRGUIS, M. (2007): Contesti funerari con ceramica ionica e attica da Monte Sirai (campagne di scavo 2005-2008), *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 5, 121-132.
- GUIRGUIS, M. (2010): *Necropoli fenicia e punica di Monte Sirai. Indagini archeologiche 2005-2007*, Ortacesus.
- GUIRGUIS, M. (2011): Gli spazi della morte a Monte Sirai (Carbonia-Sardegna). Rituali e ideologie funerarie nella necropoli fenicia e punica (Scavi 2005-2010), *Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2011-230.pdf>> (Consulta 07-12-2023).
- GUIRGUIS, M. (2012): Monte Sirai 2005-2010. Bilanci e Prospettive, *Vicino Oriente* 16, 97-129.
- GUIRGUIS, M. (2017a): Le forme della presenza fenicia in età arcaica (VIII-VI sec. a.C.), *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 55-61.
- GUIRGUIS, M. (2017b): Villasimius, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 241-243.
- GUIRGUIS, M. (2017c): Monte Sirai, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 147-159.
- GUIRGUIS, M. (2017d): La necropoli e i riti funerari, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 293-301.
- GUIRGUIS, M. (2019): Central North Africa and Sardinian connections (end of 9th-8th century BC). The multi-ethnic and multicultural facies of the earliest western Phoenician communities, *Archaeology in Africa. Potentials and perspectives on laboratory & fieldwork research* (S. di Lernia, M. Gallinaro, eds.), Florencia, 111-125.
- GUIRGUIS, M.; PLA ORQUÍÑ, R. (2015): Morti Innocenti e fragili resti. I. Le Sepolture infantili della necropoli fenicia e púnica di Monte Sirai (VII-IV sec. a.C.), *Sardinia, Corsica*

- et Baleares Antiquae, An International Journal of Archaeology* 13, 37-65.
- GUIRGUIS, M.; PLA ORQUÍN, R. (2019): Le tombe infantili, *Il Tempo dei Fenici. Incontri in Sardegna dall'VIII al III secolo a.C. Cultura, storia, archeologia della Sardegna* (C. Del Vais, M. Guirguis, A. Stiglitz, eds.), Nuoro, 268-270.
- GUIRGUIS, M.; PLA ORQUÍN, R. (2022): "More than a Woman": Riflessioni sulla Visibilità delle Donne nelle Necropoli Sarde del I millennio a.C., *Contextualizando la tumba de la Dama de Baza. Arqueología funeraria y jerarquía en el ámbito femenino en la Protohistoria occidental* (A. M. Adroher Auroux, F. Mermati, eds.), Granada, 173-198.
- GUIRGUIS, M.; UNALI, A. (2016): La fondazione di Sulky tra IX e VIII sec. a.C.: riflessioni sulla cultura materiale dei più antichi livelli fenici (area del Cronicario-settore II-scavi 2013-2014), *Ubi minor... Le isole minori del Mediterraneo centrale dal Neolitico ai primi contatti coloniali. Atti del Convegno di Studi in ricordo di Giorgio Buchner, a 100 anni dalla nascita (1914-2014)* (A. Cazzella, A. Guidi, F. Nomi, eds.), Roma, 81-96.
- GUIRGUIS, M.; MURGIA, C.; PLA ORQUÍN, R. (2017): Archeoantropologia e bioarcheologia nella necropoli di Monte Sirai (Carbonia-Italia). Risultati delle analisi su alcuni contesti della prima età punica (fine VI-inizi IV sec. a.C.), *Folia Phoenicia. An International Journal* 1, 282-299.
- GUIRGUIS, M.; PIGA, G.; PLA ORQUÍN, R. (2020): La necropoli di Monte Sirai come laboratorio bio-archeometrico: nuove datazioni al 14C e analisi del DNA antico, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1715-1723.
- GUIRGUIS, M.; PLA ORQUÍN, R.; PIGA, G. (2018): Sepolture atipiche e ritualità anomala nella necropoli fenicio-punica di Monte Sirai (Carbonia, Sardegna-Italia): nuove evidenze, *Antropologia e archeologia a confronto. Archeologia e antropologia della morte. I. La regola dell'eccezione. Atti del terzo Incontro Internazionale di Studi* (V. Nizzo, ed.), Roma, 273-293.
- GUIRGUIS, M.; PLA ORQUÍN, R.; POMPIANU, E. (2018): Premature deaths in Punic Sardinia. The perception of Childhood in funerary contexts from Monte Sirai and Villamar, *From Invisible to Visible. New Methods and Data for the Archaeology of Infant and Child Burials in Pre-Roman Italy and Beyond* (J. Tabolli, ed.), Nicosia, 207-215.
- GURREA, R.; RAMON, J. (2000): Excavaciones arqueológicas en la acrópolis d'Ibiza (calle de Santa María). El horizonte arcaico, *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (M.E. Aubet, M. Barthélemy, eds.), Cádiz, 1555-1579.
- GUY, H.; MASSET, C.; BAUD, C.A. (1997). Infant taphonomy, *International Journal of Osteoarchaeology* 7(3), 221-229.
- HALCROW, S.E. (2019): Early European babies bottle-fed animal milk, *Nature* 574, 182-183.
- HALCROW, S.E.; TAYLES, N. (2008): The Bioarchaeological Investigation of Childhood and Social Age: Problems and Prospects, *Journal of Archaeological Method and Theory* 15, 190-215.
- HAMMOND, G.; HAMMOND, N. (1981): Child's Play: A Distorting Factor in Archaeological Distribution, *American Antiquity* 46 (3), 634-636.
- HARRINGTON, L.; OSIPOV, B. (2018): The Developing Forager: Reconstructing Childhood Activity Patterns from Long Bone Cross-sectional Geometry, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 429-446.
- HARRISON, R.G.; CONNOLLY, R.C.; AHMED, S.; ABDALLA, A.B.; EL GHAWABY, M. (1979): A mummified foetus from the tomb of Tutankhamun, *Antiquity* 53, 19-21.
- HEMER, K.A.; EVANS, J.A. (2018): The Contribution of Stable Isotope Analysis to the Study of Childhood Movement and Migration, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 505-520.
- HERÓDOTO: *Historia, Libros V-VI*. [Introducción, traducción y notas de Carlos Schrader (2000)], Madrid.
- HOYOS, D. (2019): Classical-Hellenistic Carthage Before the Punic Wars (479–265 BCE), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 156-168.
- IALONGO, N. (2013): L'inizio dell'età del ferro in Sardegna. Verso la definizione di una cronologia comparata, *RStudFen* 41 (1-2), 43-53.
- INGALLS, W. (2002): Demography and Dowries: Perspectives on Female Infanticide in Classical Greece, *Phoenix* 56(3/4), 246-254.
- ISSERLIN, B.S.J.; DU PLAT TAYLOR, J. (1974): *Motya. A Phoenician and Carthaginian City in Sicily. A report of the excavations undertaken during the years 1961-65 on behalf of the University of Leeds, the Institute of Archaeology of London University and Fairleigh Dickinson University, New Jersey. I. Field Work and Excavation*, Leiden.
- ISSERLIN, B.S.J.; CULICAN, W.; BROWN, W.L.; TUSA-CUTRONI, A. (1958): Motya: 1955. Report of the 1955 trial Excavations at Motya near Marsala (Sicily) undertaken by the Oxford University Archaeological Expedition to Motya, *PBSR* 26, Londres, 1-29.
- JAEGGI, S.; WITTMANN, A.; GARNIER, N.; FRÈRE, D. (2015): ¿Biberon o no biberon? Les analyses biochimiques de contenus et la question de la fonction de vases gallo-romains communément appelés biberons, *Actes du congrès de la SFECAG* (L. Rivet, ed.), Nyon, 561-576.
- JAMES, A.; PROUT, A. (1990): *Constructing and Reconstructing Childhood*, Basingstoke.
- JENKS, C. (2009): Constructing childhood sociologically, *An Introduction to Childhood Studies*, (M.J. Keily, ed.), Berkshire, 93-111.

- JENSEN, J.J. (2017): Emotional Act, Superstition or Ritual? Evidence from Child Burials in the Medieval period. A Case Study from St Clemens Churchyard, Copenhagen, Denmark, *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford, 197-209.
- JIMÉNEZ BARRIENTOS, J.C. (1990): Aspectos rituales funerarios de la necrópolis de la Cruz del Negro. Carmona (Sevilla), *Zephyrus* 43, 215-222.
- JUVENAL: *Sátiras*. [Introducción, traducción y notas de Manuel Balasch i Recort y Miquel Dolç (1991)], Madrid.
- KAMP, K. (2001a): Prehistoric Children Working and Playing: A Southwestern Case Study in Learning Ceramics, *Journal of Anthropological Research* 57 (4), 427-450.
- KAMP, K. (2001b): Where have all the children gone? The Archaeology of Childhood, *Journal of Archaeological Method and Theory* 8 (1), 1-34.
- KAMP, K. (2005): Dominant discourses; lived experiences: studying the Archaeology of Children and Childhood, *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 15, 115-122.
- KAMP, K. (2010): Entre el trabajo y el juego: perspectivas sobre la infancia en el suroeste norteamericano, *Infancia y Cultura Material en Arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 103-120.
- KENNEL, N.M. (2013): Boys, girls, family and the state at Esparta, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J.E. Grubbs, T. Parkin, eds.), Oxford, 381-395.
- KONSTANTI, K. (2017): "Missing infants": giving life to aspects of Childhood in Mycenaean Greece via Intramural Burials, *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford, 107-123.
- KRAUSE, J.U. (2011): Children in the Roman Family and Beyond, *The Oxford Handbook of Social Relations in the Roman World* (M. Peachin, ed.), Oxford, 623-642.
- KRENZER, U. (2006): *Compendio de métodos antropológico forenses para la reconstrucción del perfil osteo biológico*, Guatemala.
- LAES, C. (2013): Raising a Disabled Child, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J. Evans Grubbs, T. Parkin, R. Bell, eds.), Oxford, 125-144.
- LANGDOM, S. (2013): Children as learners and producers in early Greece, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J.E. Grubbs, T. Parkin, eds.), Oxford, 172-194.
- LANGDOM, S. (2015): The Ends and Means of Childhood. Mourning Children in Early Greece, *The Archaeology of Childhood. Interdisciplinary Perspectives on an Archaeological Enigma* (G. Coşkun, ed.), Nueva York, 217-233.
- LANTIER, R.; POINSSOT, L. (1923): Un sanctuaire de Tanit à Carthage, *Revue de l'histoire des religions* 87, 32-68.
- LAURIA, G.; SCONZO, P.; FALSONE, G.; SINEO, L. (2017): Human Remains and Funerary Rites in the Phoenician Necropolis of Motya (Sicily), *International Journal of Osteoarchaeology* 27, 1003-1011.
- LAURIA, G.; SCONZO, P.; FALSONE, G.; SINEO, L. (2018a): Child inhumations at the Archaic Necropolis of Motya (Excavation Seasons 2013-2017), Póster presentado en el *IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Mérida (22/26-10-2022).
- LAURIA, G.; SCONZO, P.; FALSONE, G.; SINEO, L. (2018b): New anthropological data from the Archaic necropolis at Motya (2013 excavation season), *Folia Phoenicia. An International Journal* 2, 433-435.
- LAURIA, G.; SCONZO, P.; FALSONE, G.; SINEO, L. (2020): Child Inhumations on the Island of Motya. New evidence from the Archaic Cemetery, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1837-1842.
- LEVI, D. (1950): Le necropoli Puniche di Olbia, *SS* 9, 5-120.
- LEWIS, M.E. (2007): *Bioarchaeology of children: perspectives from biological and forensic anthropology*, Cambridge.
- LEWIS, M.E. (2010): Life and Death in a civitas Capital: Metabolic Disease and Trauma in the Children from Late Roman Dorchester, Dorset, *American Journal of Physical Anthropology* 142, 405-416.
- LEWIS, M.E. (2011): Thalassaemia: its Diagnosis and Interpretation in Past Skeletal Populations, *International Journal of Osteoarchaeology* 22 (2), 685-693.
- LEWIS, M.E. (2018): Disease and Trauma in the Children from Roman Britain, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 467-482.
- LILLEHAMMER, G. (1989): A child is born. The child's world in an archaeological perspective, *Norwegian Archaeological Review* 22 (2), 89-105.
- LILLEHAMMER, G. (2000): The world of children, *Children and material Culture* (J. Sofaer Derevenski, ed.), Londres, 17-36.
- LILLEHAMMER, G. (2010): Archaeology of Children, *Infancia y Cultura Material en Arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 15-45.
- LILLEHAMMER, G. (2018): The History of the Archaeology of Childhood, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 38-51.
- LINGER-RQUIER, S.; GARNIER, N.; JAEGGI, S.; DODINET, E. (2016): Toubib or not toubib? À propos des analyses organiques de quelques vases en contexte funéraire en Touraine et en Berry, *Société française d'étude de la céramique antique en Gaule* (L. Rivet, dir.), Marsella, 315-328.

- LIPINSKI, E. (1988): Sacrifices d'enfants à Carthage et dans le monde sémitique oriental, *Carthago. Acta colloquii bruxellensis habiti diebus 2 et 3 mensis Maii anni* (E. Lipiński ed.), Bruselas, 151-162.
- LISTON, M.A.; ROTROFF, S. (2013): Babies in the Well: Archaeological Evidence for Newborn Disposal in Hellenistic Greece, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J.E. Grubbs, T. Parkin, eds.), Oxford, 62-82.
- LISTON, M.A.; ROTROFF, S.I.; SNYDER, L.M. (2018): *The Agora Bone Well*, Princeton.
- LODDO, R. (1907): Tombe puniche e romane nella necropoli occidentale di Cagliari presso S. Avendrace, *ASSard* 3, 427-431.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2018): Creating beings: relations between children and animals in the Iron Age Western Mediterranean, *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R.M^a. Cid López, eds.), Oxford-Philadelphia, 87-103.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2019a): Funerary Ritual, *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 294-309.
- LÓPEZ-BERTRAN, M. (2019b): Campanillas púnicas del Puig des Molins. Música y magia, *La música en el Museo*, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.
- LÓPEZ BRAVO, F. (2002): La urna ibérica de orejetas perforadas, *Complutum* 13, 97-116.
- LÓPEZ DÍAZ, Y. (2011): De la inocencia del niño a la sexualidad infantil, *El descubrimiento freudiano* (S. de Castro Korgy, ed.), Bogotá, 85-112.
- LÓPEZ-GRANDE, M.J.; VELÁZQUEZ, F.; FERNÁNDEZ, J.H.; MEZQUIDA, A. (2014): *Amuletos de iconografía egipcia procedentes de Ibiza*, Ibiza.
- LÓPEZ-GRANDE, M.J.; VELÁZQUEZ, F.; MEZQUIDA, A.; FERNÁNDEZ, J.H. (2022): *Campanitas halladas en Ibiza en contexto púnico*, Ibiza.
- LÓPEZ-RUIZ, C. (2021): *Phoenicians and the Making of the Mediterranean*, Cambridge.
- LUCY, S. (1994): Children in early medieval cemeteries, *Archaeological Review from Cambridge* 13, 21-34.
- LUCY, S. (2005): The archaeology of age, *The Archaeology of Identity. Approaches to Gender, Age, Status, Ethnicity and Religion* (M. Díaz-Andreu, S. Lucy, S. Babic, D.N. Edwards, eds.), Londres, 43-66.
- MACÍAS LÓPEZ, M.M. (2010): Estudio bioantropológico de los restos óseos humanos cremados procedentes de la excavación del solar de Tolosa-Latour 1996 (Cádiz). Identificación de un agrupamiento familiar en una urna de incineración fenicia, *Las necrópolis de Cádiz. Apuntes de Arqueología Gaditana en Homenaje a J.F. Sibón Olano* (A.M^a Niveau-de-Villedary y Mariñas, V. Gómez Fernández, coords.), Cádiz, 531- 555.
- MACÍAS LÓPEZ, M.M.; NIVEAU-DE-VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M^a; SICRE GONZÁLEZ, P.; LÓPEZ SÁNCHEZ, N.; PÉREZ INFANTES, C. (ep): Estudio antropológico de las incineraciones fenicias de la Calle Mirador/Santo Domingo (Cádiz), *Actas del X Coloquio Internacional de Estudios fenicios y púnicos*, Ibiza.
- MACKENSEN, M. (1978): Körperbestattete Neonaten in der römischen Nekropole von Šempeter, *Arheološki Vestnik* 29, 336-341.
- MADRIGALI, E. (2016): Presenza e stanzialità fenicia in Sardegna. Quando e come? Una rilettura delle evidenze archeologiche, *Forum Romanum Belgicum*, Roma, 1-10.
- MANCINELLI, D. (2006): I resti ossei umani, *La necropoli meridionale di Tharros-Tharria I* (E. Acquaro, C. del Vais, A.C. Fariselli, eds.), Sarzana, 259-265.
- MAÑÁ, J.M^a (1953): Excavaciones arqueológicas en el Puig des Molins (Ibiza), *Noticario Arqueológico Hispánico* 1-3, 121-125.
- MARAOUI TELMINI, B. (2009): *Les vases-biberons puniques du bassin occidental de la Méditerranée: Monographie d'une forme*, Manouba.
- MARCONI, P. (1930): Marsala-Scoperte di tombe puniche a camera, *Notizie degli Scavi di Antichità* 8, 413-415.
- MARIAUD, O. (2012): Mobilier funéraire et classe d'âge dans les cités grecques d'Égée orientale à l'époque archaïque, *L'Enfant et la mort dans l'Antiquité*, III. *Le matériel associé aux tombes d'enfants* (A. Hermay, C. Dubois, eds.), Aix-en-Provence, 23-37.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (1983): La religión fenicia en Cadiz, *Cádiz en su Historia, II Jornadas de Historia de Cádiz*, Cádiz, 35-38.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (2003): El niño, *El Hombre Fenicio: estudios y materiales* (J. Ángel Zamora, ed.), Roma, 199-215.
- MARÍN CEBALLOS, M.C. (2016): La infancia en el mundo fenicio-púnico, *Aspectos de la vida y de la muerte en las sociedades fenicio-púnicas: XXIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 85-105.
- MÁRQUEZ-GRANT, N. (2006): *A Bioanthropological Perspective on the Punic Period in Ibiza (Spain) as evidenced by Human Skeletal Remains* [Tesis de doctorado inédita] University of Oxford, Oxford.
- MÁRQUEZ-GRANT, N. (2010): La época púnica desde una perspectiva biológica: aportaciones del estudio de restos humanos de la isla de Ibiza, *Mainake* 32 (1), 159-203.
- MARTINDALE, A. (1994): The Child in the Picture: a Medieval Perspective, *Studies in church History* 31, 198-200.
- MARTÍN RUIZ, J.A. (2020): Enterramientos infantiles en las necrópolis fenicias de Andalucía (España), *Byrsa* 35-36, 13-34.
- MASSAR, N. (2019): Poupée hellénistique, *Ludique. Jouer dans l'Antiquité: catalogue de l'exposition présentée du 20 juin au 1er décembre 2019 à Lugdunum-musée et théâtres romains* (V. Dasen dir.), Lyon, 40-41.
- MATISOO-SMITH, E.; GOSLING, A.; BOOCOCK, J.; KARDAILSKY, O.; KURUMILIAN, Y.; ROUESLI-CHEBBI, S.; BADRE, L.; MOREL, J.P.; SEBAÏ, L.L.; ZALLOUA, P.A. (2018): Ancient mitogenomes of Phoenicians from

- Sardinia and Lebanon: A story of settlement, integration, and female mobility, *PLoS ONE* 13 (1) <<https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0190169>> (Consulta 07-12-2023).
- MAYOR FERRÁNDIZ, T. M^a (2011): La imagen de la mujer en la Prehistoria y en la Protohistoria, *Claseshistoria, Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales* 236, 2-22.
- MAYS, S. (1993): Infanticide in Roman Britain, *Antiquity* 67, 883-888.
- MAYS, S. (2003): Comment on A Bayesian Approach to Ageing Perinatal Skeletal Material from Archaeological Sites: Implications for the Evidence for Infanticide in Roman Britain, *Journal of Archaeological Science* 30, 1695-1700.
- MAYS, S.; EYERS, J. (2011): Perinatal Infant Death at the Roman Villa Site at Hambleden, Buckinghamshire, England, *Journal of Archaeological Science* 38, 1931-1938.
- MAZZARIOL, A.; BONETTO, J. (2017): Nuovi dati d'archivio e nuove evidenze archeologiche sulla necropoli punica orientale di Nora (Cagliari), *The Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2017-390.pdf>> (Consulta 07-12-2023).
- MAZZARIOL, A.; GIGANTE, M. (2022): Storie di vite interrotte. Sepolture infantili a Nora tra tofet e necropoli, *Storie interrotte. Riconoscere e valorizzare il patrimonio dimenticato* (V. Gallo, M. Previti, C. Sbrolli, G. Taschetti, L. Zamparo, eds.), Padova, 17-27.
- MCCARTY, M.M. (2019): The Tophet and Infant Sacrifice, *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 311-328.
- McGEORGE, P.J.P. (2011): Intramural infant burials in the Aegean Bronze age. Reflections on symbolism and eschatology with particular reference to Crete, *Le Mort dans la ville. Pratiques, contextes et impacts des inhumations intramuros en Anatolie, du début de l'Age du Bronze à l'époque romaine* (O. Henry, ed.), Estambul, 1-20.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2021): El santuario fenicio de la calle Méndez Núñez-plaza de las Monjas (Huelva, España) y el inicio de los asentamientos fenicios en la península Ibérica, *SAGVNTVM (P.L.A.V.)* 53, 35-57.
- MELCHIORRI, V. (2008-2009): *Il tofet di Sulci nel Mediterraneo centrale fenicio: lettura incrociata dei materiali archeologici e analisi integrata delle componenti*. [Tesis de doctorado en línea] Università degli Studi di Sassari, Sassari. <<https://123dok.org/document/6zkr561y-mediterraneo-centrale-fenicio-incrociata-materiali-archeologici-integrata-componenti.html>> (Consulta 07-12-2023).
- MELCHIORRI, V. (2013): Osteological analysis in the study of the Phoenician and Punic Tophet: a history of research, *The Tophet in the Phoenician Mediterranean* (P. Xella, ed.), Verona, 223-258.
- MELCHIORRI, V. (2023): The Iconography of Children as Cultic Characters in Mediterranean tophet Precincts, *Journal of Ancient History* 11(2), 259-276.
- MELI, F.; FARISELLI, A.C.; SINEO, L. (2020): Il popolamento di Tharros in età fenicia e punica. Analisi antropologiche preliminari dalla necropoli meridionale di Capo San Marco (Penisola del Sinis - Or), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1761-1768.
- MESKELL, L. (1994): Dying Young: The Experience of Death at Deir el Medina, *Archaeological Review from Cambridge* 13 (2), 35-45.
- MESKELL, L. (2001): Archaeologies of identities, *Archaeological Theory Today* (I. Hodder, ed.), Cambridge, 187-213.
- MEZQUIDA, A. (2001): *La forma Eb. 64/65 de la cerámica púnico-ebusitana*, Ibiza.
- MEZQUIDA, A. (2006): Excavaciones en el subsuelo del museo Monográfico del Puig des Molins, *Fites* 6, 15-24.
- MEZQUIDA, A. (2016): *Ritual funerario en la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza): La excavación de 2006*. [Tesis de doctorado en línea] Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona. <<https://www.tdx.cat/handle/10803/402234#page=1>> (Consulta 07-12-2023).
- MEZQUIDA, A. (2022): *Ritual funerario en la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza): La excavación de 2006*, Ibiza.
- MEZQUIDA, A.; FERNÁNDEZ, J.H.; COSTA, B. (2013): Una fosa de cremación de la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza), *Fenicios e Púnicos, por terra e Mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenícios e Púnicos* (A.M. Arruda, ed.), Lisboa, 1182-1189.
- MICHALAKI-KOLLIA, M. (2010): Un ensemble exceptionnel d'enchytrismes de nouveau-nés, de fœtus et de nourrissons découvert dans l'île d'Astypalée, Grèce: cimetière de bébés ou sanctuaire?, *L'enfant et la mort dans l'Antiquité, I. Nouvelles recherches dans les nécropoles grecques. Le signalement des tombes d'enfants* (A.M. Guimier-Sorbets, Y. Morizot, eds.), Paris, 161-205.
- MINNITI, C.; PEYRONEL, L. (2005): Symbolic or Functional Astragali from Tell Mardikh-Ebla (Syria), *Archaeofauna* 14, 7-26.
- MOLINA MORENO, M. (2021): *Muerte y mortalidad perinatal en las poblaciones del pasado. Cambio morfológico e histológico en el desarrollo temprano del esqueleto humano: cuando la estimación de la edad es igual a cero*. [Tesis de doctorado en línea] Universitat Autònoma de Madrid, Madrid. <<http://hdl.handle.net/10486/700825>> (Consulta 07-12-2023).
- MOLLESON, T.I. (1989): Social Implications of Mortality Patterns of Juveniles from Poundbury Camp, Romano-British Cemetery, *Anthropologischer Anzeiger* 47, 27-38.
- MOORE, A. (2009): Hearth and Home: The Burial of Infants within Romano-British Domestic Contexts, *Childhood in the Past* 2, 33-54.
- MORRIS, I. (2003): Mediterraneanization, *MHR* 18 (2), 30-55.
- MOSCATI, S. (1987): *Il sacrificio punico dei fanciulli: realtà o invenzione?*, Roma.

- MOSCATI, S.; RIBICHINI, S. (1991): *Il sacrificio dei bambini: un aggiornamento*, Roma.
- MOSCATI, S.; UBERTI, M.L. (1981): *Scavi a Mozia. Le stele*, Roma.
- MURA, B. (2020): Subadult inhumations in the necropolis of Khaldé (Beirut, Lebanon): a review of Roger Saidah's documentation, *RStudFen* 48, 53-64.
- MURGIA, G.; PLA ORQUÍN, R. (2014): Due tombe infantili dalla necropoli punica di Monte Sirai, *Summer School di Archeologia fenicio-punica* (M. Guirguis, A. Unali, eds.), Carbonia, 46-88.
- MURGIA, G. (2023): *La necrópolis del Villamar: estudio antropológico de una población púnica del interior de Cerdeña*, [Tesis de doctorado inédita] Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- MURPHY, E.; DONNELLY, C.J. (2010): Cillíní: lugares para el enterramiento de individuos infantiles en Irlanda, *Infancia y Cultura Material en Arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 163-179.
- MURPHY, E.; LE ROY, M. (2017): Introduction: Archaeological Children, Death and Burial, *Children, Death and Burial* (E. Murphy, M. Le Roy, eds.), Oxford-Filadelfia, 1-18.
- NÁJERA, T.; MOLINA, F.; JIMÉNEZ-BROBEIL S.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; AL OUMAOU, I.; ARANDA, G.; DELGADO-HUERTAS, A.; LAFFRANCHI, Z. (2010): La población infantil de la Motilla del Azuer: un estudio bioarqueológico, *Infancia y Cultura Material en Arqueología* (M. Sánchez Romero, ed.), Madrid, 69-102.
- NAKHAI, B.A. (2008): Female Infanticide in Iron II Israel and Judah, *Sacred History, Sacred Literature: Essays on Ancient Israel, the Bible, and Religion in Honor of R. E. Friedman on His Sixtieth Birthday* (S. Dolansky, ed.), Winona Lake, 257-272. DOI: <https://doi.org/10.1515/9781575065953-024>
- NAVA, A.; COPPA, A.; COPPOLA, D.; MANCINI, L.; DREOSI, D.; ZANINI, F.; BERNARDINI, F.; TUNIZ, C.; BONDIOLI, L. (2017): Virtual histological assessment of the prenatal life history and age at death of the Upper Paleolithic fetus from Ostuni (Italy), *Scientific Reports* 7 (1), 9427. DOI:10.1038/s41598-017-09773-2
- NEILS, J. (2003): Children and Greek religion, *Coming of age in ancient Greece* (J. Neils, J.H. Oakley, eds.), New Haven, 139-170.
- NELSON, J.L. (1994): Parents, children and the church in earlier Middle Ages, *Studies in Church History* 31, 81-114.
- NIEDDU, G.; ZUCCA, R. (1991): *Othoca. Una città sulla laguna*, Oristano.
- NIGRO, L. (2013): Before the Greeks: The earliest Phoenician settlement in Motya-Recent discoveries by Rome «La Sapienza» Expedition, *Vicino Oriente* 17, 39-74.
- NIGRO, L. (2016): Mozia nella preistoria e le rotte levantine: i prodromi della colonizzazione fenicia tra secondo e primo millennio a.C. nei recenti scavi della Sapienza, *Ubi minor... Le isole minori del Mediterraneo centrale dal Neolitico ai primi contatti coloniali. Atti del Convegno di Studi in ricordo di Giorgio Buchner, a 100 anni dalla nascita (1914-2014)* (A. Cazzella, A. Guidi, F. Nomi, eds.), Roma, 339-362.
- NIGRO, L. (2018): La Sapienza a Mozia 2010-2016: il primo insediamento fenicio, l'area sacra di Baal e Astarte, il tofet, la necropoli, l'abitato, i nuovi scavi alle mura-una sintesi, *Folia Phoenicia* 2, 253-277.
- NIGRO, L.; SPAGNOLI, F. (2017): *Landing on Mozia. The earliest Phoenician Settlement of the 8th century BC and the creation of a West Phoenician cultural identity in the Excavations of Sapienza University of Rome. 2012-2016*, Roma.
- NILSSON STUTZ, L. (2016): Building Bridges Between Burial Archaeology and the Archaeology of Death. Where is the Archaeological Study of the Dead Going?, *Current Swedish Archaeology* 24, 13-35.
- NILSSON STUTZ, L.; TARLOW, S. (2013): Beautiful Things and Bones of Desire, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Death and Burial* (L. Nilsson Stutz, S. Tarlow, eds.), Oxford, 2-14.
- NIVEAU-DE-VILLEDARY Y MARIÑAS, A.M^a; MACÍAS LÓPEZ, M^aM.; LÓPEZ SÁNCHEZ, N.; SICRE GONZÁLEZ, P.; PÉREZ INFANTES, C. (2022): Avance a la caracterización de la sociedad fenicio extremo-occidental a través de los datos aportados por las necrópolis fenicias de Tolosa Latour, San Severiano/Guardia Civil y Mirador/Santo Domingo (Cádiz), Conferencia en sesión Mundo funerario, *X Coloquio Internacional de Estudios fenicios y púnicos*, Ibiza (18-10-2022).
- OAKLEY, A. (1994): Women and children first and last: parallels and differences between women's and children's studies, *Children's Childhoods* (B. Mayall, ed.), Londres, 13-33.
- OGGIANO, I. (2012): Scopi e modalità delle azioni rituali femminili nell'area siro-palestinese del I millennio a.C. Il contributo dell'archeologia, *Antropologia e Archeologia a Confronto: rappresentazioni e pratiche del sacro. Atti del 2° Congresso Internazionale di Studi* (V. Nizzo, L. La Rocca, eds.), Roma, 222-249.
- OGGIANO, I. (2022): The Sacred Representation of a Miniature World: Rituals with Figurines and Small and Miniaturized Pottery at the Phoenician cult place of Kharayeb, *Oxford Journal of Archaeology* 41(3), 303-321. DOI: <https://doi.org/10.1111/ojoa.12249>
- OLIVER FOIX, A. (2005): La necrópolis ibérica de mas Nou de Bernabé, *Sagvntvm* 37, 45-58.
- ORRELLE, E. (2008): Infant Jar Burials-A ritual associated with Early Agriculture?, *Babies Reborn: Infant/Child Burials in Pre- and Protohistory* (K. Bacvarov, ed.), Oxford, 71-78.
- ORSINGER, A. (2015): Vessels in tophet sanctuaries: the archaic evidence and the Levantine connection, *Cult and ritual on the Levantine coast and its impact on the Eastern Mediterranean realm. Proceedings of the International Symposium* (A.M. Maïla-Afeiche, ed.), Beirut, 561-590.

- ORSINGHER, A. (2016): The ceramic repertoire of Motya: origins and development between the 8th and 6th centuries BC, *Karthago Dialogue. Karthago und der punische Mittelmeerraum – Kulturkontakte und Kulturtransfers im 1. Jahrtausend vor Christus* (F. Schön, H. Töpfer, eds.), Tübingen, 283-312.
- ORSINGHER, A. (2017): Othoca, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis ed.), Nuoro, 203-207.
- ORSINGHER, A. (2018a): Understanding Tophets: a short introduction, *The Ancient Near East Today. Current News About the Ancient Past* 6 (2). <<https://www.asor.org/anetoday/2018/02>> (Consulta 07-12-2023).
- ORSINGHER, A. (2018b): The Chapelle Cintas Revisited and the Tophet of Carthage between Ancestors and New Identities, *Babesch* 93, 49-74.
- ORSINGHER, A. (2018c): Forever young: rethinking infancy and childhood at Motya, *From Invisible to Visible. New Methods and Data for the Archaeology of Infant and Child Burials in Pre-Roman Italy and Beyond* (J. Tabolli, ed.), Nicosia, 197-206.
- ORSINGHER, A. (2021): Il «Secolo breve»: Mozia tra le due battaglie di Himera (c. 480-409 a.C.), *Il Mediterraneo occidentale dalla fase fenicia all'egemonia cartaginese. Dinamiche insediative, forme rituali e cultura materiale nel V secolo a.C.* (A. Roppa, M. Botto, P. van Dommelen, eds.), Roma, 203-214.
- ORSINGHER, A.; RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2021): Play and Ritual at Carthage. Some Remarks on a Terracotta Doll, *RStudFen* 49, 79-95.
- PACE, B. (1915): Mozia. Prime note sugli scavi eseguiti negli anni 1906-1914, *Notizie degli Scavi di Antichità* 5 (12), 431-466.
- PACE, B. (1919): Marsala: bolli fittili nell'antico Lilibeo e necropoli di tipo punico, *Notizie degli Scavi di Antichità* 16, 80-86.
- PACE, B. (1925): Ricerche cartaginesi, *Monumenti Antichi dell'Accademia dei Lincei* 30, 129-208.
- PACE, B. (1929): Scavi a Mozia, *Studi siciliani*, Palermo, 76-79.
- PADERI, M.C.; UGAS, G.; SIDDU, A. (1993): Ricerche nell'abitato di Mara. Notizia preliminare sull'area della necropoli punica di S. Pietro, *Villamar, una comunità, la sua storia* (G. Murgia, ed.), Dolianova, 121-157.
- PALLARY, P. (1922): Note sur les urnes funéraires trouvées à Salammbô près Carthage, *Revue tunisienne* 29, 206-211.
- PANZER, S.; GILL-FRERKING, H.; ROSENDAHL, W.; ZINK, A.R.; PIOMBINO-MASCALI, D. (2013): Multidetector CT investigation of the mummy of Rosalia Lombardo (1918–1920), *Annals of Anatomy* 195, 401-408.
- PAPAC, L.; DE MIGUEL IBÁÑEZ, P.; ROHRLACH, A.B.; ARMENDÁRIZ, J.; PERES, M.; LAMNIDIS, T.C.; MOTSCH, A.; SCHIFFELS, S.; RISCH, R. (2023): Intramural child burials in Iron Age Navarra: How ancient DNA can contribute to household archaeology, *Kinship, Sex, and Biological Relatedness. The contribution of archaeogenetics to the understanding of social and biological relations* (H. Meller, J. Krause, W. Haak, R. Risch, coords.), Halle, 263-295.
- PAPAICONOMOU, I.D. (2008): Enfance et identité sexuée dans les citées grecques, *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi i Jener, S. Muriel, C.R. Olaria Puyoles, eds.), Castellón, 683-710.
- PARKIN, T. (2013): The demography of Infancy and Early Childhood in the Ancient World, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J.E. Grubbs, T. Parkin, eds.), Oxford, 40-61.
- PATRONI, G. (1902): Nora. Scavi eseguiti durante il mese de luglio, 1901, *Notizie Scavi*, 71-82.
- PATRONI, G. (1904): Nora. Colonia fenicia in Sardegna, *Monumenti Antichi dell'Accademia dei Lincei* 14, 39-268.
- PÉREZ CABRERO, A. (1909): *Ibiza: Arte, agricultura, comercio, costumbres, historia, topografía. Guia del Turista*, Barcelona.
- PÉREZ CABRERO, A. (1911): *Ibiza Arqueológica*, Barcelona.
- PERIPOLI, B.; GIGANTE, M.; MAHONEY, P.; MCFARLANE, G.; COPPA, A.; LUGLI, F.; LAURIA, G.; BONDIOLI, L.; SCONZO, P.; SINEO, L.; NAVA, A. (2023): Exploring prenatal and neonatal life history through dental histology in infants from the Phoenician necropolis of Motya (7th–6th century BCE). *Journal of Archaeological Science* 49 DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2023.104024>
- PERRY, M.A. (2006): Redefining Childhood through Bioarchaeology: Toward an Archaeological and Biological Understanding of Children in Antiquity, *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 15, 89-111.
- PESCE, G. (1968): Chia (Cagliari). Scavi nel territorio, *Notizie degli Scavi di Antichità* 1968, 309-345.
- PICAZO, M. (1997): Hearth and home: the timing of maintenance activities, *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology* (J. Moore, E. Scott, eds.), Londres, 59-67.
- PIGA, G.; GUIRGUIS, M.; BARTOLONI, P.; MALGOSA, A.; ENZO, E. (2010): A Funerary Rite Study of the Phoenician-Punic Necropolis of Mount Sirai (Sardinia, Italy), *International Journal of Osteoarchaeology* 20, 144-157. DOI: <https://doi.org/10.1002/oa.1012>
- PIGA, G.; GUIRGUIS, M.; THOMPSON, T.J.U.; ISIDRO, A.; ENZO, S.; MALGOSA, A. (2015): A case of semi-combusted pregnant female in the Phoenician-Punic necropolis of Monte Sirai (Carbonia, Sardinia, Italy), *Homo. Journal of Comparative Human Biology* 67, 50-64.
- PIGA, G.; PLA ORQUÍN, R.; GUIRGUIS, M.; GONÇALVES, D.; PIMENTA, C.; TERESO, J.P.; BRUNETTI, A. (2020): Woman and child: The singular testimony of a Punic tomb in the necropolis of Monte Sirai (Carbonia-Sardinia, Italy), *Journal of Archaeological Science* 29, 1-11. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2019.102095>

- PLA ORQUÍN, R. (2014-2015): *Le donne nella Sardegna fenicia e punica: tradizioni ed evoluzione delle identità. Il caso di Monte Sirai*. [Tesis de doctorado en línea] Università degli Studi di Sassari, Sassari. <<https://123dok.org/document/1y90gldy-donne-sardegna-fenicia-punica-tradizioni-evoluzione-identita-monte.html>> (Consulta 07-12-2023).
- PLA ORQUÍN, R. (2017): Il mondo femminile e l'infanzia, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 317-325.
- PLA ORQUÍN, R. (2021a): Oltre la toeletta... studi e ricerche sulle donne puniche di Cartagine, *Corpus des objets de toilette de la femme à l'époque punique d'après le matériel déposé au Musée de Carthage* (SAIC, ed.), Sassari, 11-35.
- PLA ORQUÍN, R. (2021b): Paesaggi funerari nella necropoli di Monte Sirai (Carbonia): il contesto della Tomba 324, *Folia Phoenicia. An International Journal* 5, 53-66.
- PLA ORQUÍN, R.; GUIRGUIS, M.; MAZZARELLO, V. (2021): Trame di dialogo e tessuti di relazioni nel Mediterraneo del I millennio a.C. La produzione tessile nelle comunità fenicie della Sardegna tra cultura levantina e tradizioni autoctone, *Tessuti sociali. Del filare e del tessere nel mondo Fenicio e Punico* (L.I. Manfredi, A. Mezzolani Andreose, S. Festucia, eds.), Roma, 57-76.
- PLATÓN: *Teeteto*. [Introducción, traducción y notas de Marcelo Boeri (2006)], Buenos Aires.
- PLAUTO: *Cistellaria (Comedia de la Cestita)*. [Traducción de Pedro Sáenz Almeida (2002)], Sevilla.
- PLINIO EL VIEJO: *Historia Natural*. [Traducción y edición de J. Cantó, I. Gómez Santamaría; S. González Martín; E. Tarrío], Madrid.
- PLUTARCO: *Vidas Paralelas, I, Teseo-Rómulo, Licurgo-Numa*. [Introducción General, Traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez (1985)], Madrid.
- POLITIS, G. (1999): La actividad infantil en la producción del registro arqueológico de cazadores-recolectores, *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia* 3, 263-283.
- POMEROY, S. (1997): *Families in Classical and Hellenistic Greece: Representations and Realities*, Oxford.
- POMPIANU, E. (2010): Sulky fenicia (Sardegna): nuove ricerche nell'abitato, *Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2010-212.pdf>> (Consulta 07-12-2023).
- POMPIANU, E. (2015): La necropoli di Villamar nel contesto della presenza cartaginese nella Marmilla, *L'Africa romana. Momenti di continuità e rottura: bilancio di trent'anni di convegni. Atti del XX convegno di Studio* (P. Ruggeri, ed.), Roma, 1795-1805.
- POMPIANU, E. (2017a): Nuovi scavi nella necropoli punica di Villamar (2013-2015), *Journal of Fasti Online*. <<http://www.fastionline.org/docs/FOLDER-it-2017-395.pdf>> (Consulta 07-12-2023).
- POMPIANU, E. (2017b): La necropoli ipogea di Villamar (Sardegna-Vs.): tombe e corredi funerari di età punica, *From the Mediterranean to the Atlantic. People, Goods and Ideas between East and West. 8th International Congress of Phoenician and Punic Studies* (M. Guirguis, ed.), Pisa-Roma, 321-328.
- POMPIANU, E. (2017c): La presenza punica nel Campidano, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 263-270.
- POMPIANU, E. (2019a): Cartagine in Sardegna. Nota su alcuni contesti con incinerazioni dalla necropoli di Villamar, *Folia Phoenicia* 3, 99-118.
- POMPIANU, E. (2019b): Villamar, *Il Tempo dei Fenici. Incontri in Sardegna dall'VIII al III secolo a.C. Cultura, storia, archeologia della Sardegna* (C. Del Vais, M. Guirguis, A. Stiglitz, eds.), Nuoro, 260-261.
- POMPIANU, E. (2020): Nuove tombe dalla necropoli punica di Villamar (Sardegna). Alcuni aspetti del rituale funerario, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1157-1171.
- POMPIANU, E. (2022): Morire donna in età punica a Villamar (Sardegna): tombe, corredi e gestualità funerarie, *Folia Phoenicia. An International Journal* 6, 129-150.
- POMPIANU, E. (ep): Piccole storie dimenticate: i bambini della necropoli di Villamar (Sardegna). *Actas del X Congreso Internacional de Estudios fenicios y púnicos*, Ibiza.
- POMPIANU, E.; MURGIA, C. (2017): Nuovi scavi nella necropoli punica di Villamar. Un primo bilancio delle ricerche 2013-2015, *Sa Massaria. Ecologia storica dei sistemi di lavoro contadino in Sardegna* (G. Serreli, R.T. Melis, C. French, F. Sulas, eds.), Cagliari: 455-504.
- PONSICH, M. (1967): *Nécropoles Phéniciennes de la région de Tanger*, Tànger.
- PROUT, A. (1999): Childhood bodies: construction, agency and hybridity, *Body, Childhood and Society* (A. Prout, ed.), Londres, 1-18.
- PUGLISI, S. (1942): Cagliari. Scavi nella necropoli punica a inumazione di S. Avendrace, *Notizie degli scavi di Antichità*, 92-106.
- PUIG, R.M.; DÍES, E.; GÓMEZ, C. (2004): *Can Corda. Un asentamiento rural púnico-romano en el suroeste de Ibiza*, Ibiza.
- PUSCEDDU, V.; MARTELLA, P.; FLORIS, R.; DEL VAIS, C. (2011): Phoenician-Punic Inhumations from Othoca Necropolis (Santa Severa, Santa Giusta - Or), *Journal of Biological Research* 84 (1), 190-193.
- QUEVEDO SÁNCHEZ, A. (2010): Hayes 121 e 123. Due forme poco frequenti di TSA A a Carthago Nova, *Africa Romana* 18, 2071-2082.
- QUINN, J.C. (2011): The cultures of the Tophet: Identification and Identity in the Phoenician Diaspora, *Cultural identity in the ancient Mediterranean* (E.S. Gruen, ed.), Los Ángeles, 388-413.

- QUINN, J.C. (2018): *In Search of the Phoenicians*, Princeton.
- RAMON, J. (1981): Sobre el origen de la colonia fenicia d'Ibiza, *Ibiza* 12, 24-31.
- RAMON, J. (1984): *L'assentament rural púnico-romà de ses Païses de cala d'Hort (Can Sorà) a Sant Josep (Ibiza)*, Ibiza.
- RAMON, J. (1990): Ánforas masaliotas en el archipiélago Pitiuso-Balear, *Études Massaliètes* 2, 183-188.
- RAMON, J. (1991): *Las ánforas púnicas de Ibiza*, Ibiza.
- RAMON, J. (1994-1996): Las relaciones d'Ibiza en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro antiguo de Catalunya, *Gala* 3-5, 399-422.
- RAMON, J. (1995a): *Ses Païses de Cala d'Hort. Un establiment rural d'època antiga al sud-oest d'Ibiza*, Ibiza.
- RAMON, J. (1995b): *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona.
- RAMON, J. (1996): Puig des Molins (Ibiza). El límite NW de la necrópolis fenicio-púnica, *Pyrenae* 27, 53-82.
- RAMON, J. (2001): El asentamiento rural y los enterramientos púnicos de Ca n'Eloi (Santa Eulària des Riu, Ibiza), *RStudFen* 29 (1), 53-101.
- RAMON, J. (2004): Les ànfores d'importació a l'Ibiza fenicio-púnica (s. -VII/-IV), *La circulació d'ànfores al Mediterrani occidental durant la protohistòria (segles VIII-III a.C.): aspectes quantitius i anàlisi de continguts. Actes de la II Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell* (J. Sanmartí, ed.), Barcelona, 265-282.
- RAMON, J. (2005): Ibiza fenicio punica, vint-i-cinc anys d'investigació, *Fonaments* 12, 107-138.
- RAMON, J. (2007): *Excavaciones arqueológicas en el asentamiento fenicio de sa Caleta (Ibiza)*, Barcelona.
- RAMON, J. (2008): Ibiza fenicia i les comunitats indígenes del sud-est, *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a.n.e. Actes del Simposi d'Arqueologia estatal* (D. García i Rubert, I. Moreno Martínez, F. Gracia Alonso, eds.), Alcanar, 39-53.
- RAMON, J. (2010): La ciudad púnica de Ibiza: estado de la cuestión desde una perspectiva histórico-arqueológica actual, *Mai-nake* 32 (2), 837-866.
- RAMON, J.; ESQUEMBRE, M.A. (2017): Estructuras urbanas fundacionales de época fenicia en el Castillo de Ibiza, *El oriente de occidente. Fenicios y púnicos en el área ibérica. VIII edición del coloquio internacional del CEFYP en Alicante* (F. Prados Martínez, Feliciano Sala Sellés, eds.), Alicante, 405-432.
- RAMON, J.; COSTA, B. (2021): Praxis funerarias en el ámbito rural de la Ibiza púnica, *La muerte y el Más Allá entre Fenicios y Púnicos. XI Coloquio Internacional del CEFYP. Homenaje al profesor Manuel Pellicer Catalán* (B. Costa Ribas, L.A. Ruiz Cabrero, M. Bofill Martínez, eds.), Ibiza, 145-160.
- REDFERN, R.C. (2018): Feeding Infants from the Iron Age to the Early Medieval Period in Britain, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 447-466.
- REINHARD, J.; CERUTI, M^a.C. (2005): Sacred Mountains, Ceremonial Sites and Human Sacrifice Among the Incas, *Archeoastronomy* 19, 1-43.
- RIBICHINI, S. (1987): *Il tofet e il sacrificio dei fanciulli*, Sassari.
- RIBICHINI, S. (2000): La questione del «tofet» punico, *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen: étude comparée à partir du sanctuaire d'Acy-Romance (Ardennes, France)* (S. Verger, ed.), Roma, 293-304.
- RIBICHINI, S. (2004): Sui riti funerari fenici e punic. Tra archeologia e storia delle religioni, *El mundo Funerario. Actas del III Seminario internacional sobre temas fenicios* (A. González Prats, ed.), Alicante, 43-76.
- RIBICHINI, S. (2013): Histoires de Moloch, le roi effroyable, *Sacrifice humains. Dossiers, discours, comparaisons. Actes du colloque tenu à l'Université de Genève* (A.A. Nagy, F. Prescendi, eds.), Turnhout, 209-230.
- RIBICHINI, S. (2020): Saisons du molk, *Cartagine, il Mediterraneo centro-occidentale e la Sardegna. Società, economia e cultura materiale tra Fenici e autoctoni. Studi in onore di Piero Bartoloni* (M. Guirguis, S. Muscuso, R. Pla Orquín, eds.), Sassari, 237-258.
- RISSECH, C.; GARCIA, M.; MALGOSA, A. (2003): Sex and age diagnosis by ischium morphometric analysis, *Forensic Science International* 135(3), 188-196.
- RIVARA, P. (2004): Annotazioni sulle necropoli puniche olbiensi: per una rilettura delle necropoli puniche di Olbia di Doro Levi, *Da Olbia ad Olbia. 2500 anni di storia di una città mediterranea* (A. Mastino, P. Ruggeri, eds.), Sassari, 219-234.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2020a): Infancia y prácticas funerarias en la necrópolis del Puig des Molins, Ibiza (ss. VII-II a.C.), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1921-1934.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2020b): La compleja definición de las cosas pequeñas. Miniaturas relacionadas con la alimentación en espacios asociados a la presencia infantil en ámbito fenicio-púnico, *La alimentación en el mundo fenicio-púnico. Producciones, procesos y consumos* (C. Gómez Bellard, G. Pérez-Jordà, A. Vendrell Betí, eds.), Sevilla, 385-403.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2021a): El ciclo funerario de los más pequeños. Los cuidados para el Más Allá, *La muerte y el Más Allá entre Fenicios y Púnicos. XI Coloquio Internacional del CEFYP. Homenaje al profesor Manuel Pellicer Catalán* (B. Costa Ribas, L.A. Ruiz Cabrero, M. Bofill Martínez, eds.), Ibiza, 379-409.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2021b): *Infancia(s) y prácticas funerarias en el Mediterráneo centro occidental*. [Tesis de doctorado inédita] Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (2023): Becoming Women: The Materialisation of the Transition from Childhood to Adulthood in Phoenician/Punic Cemeteries, *Thauma. Festschrift para*

- Dirce Marzoli* (R. Graells i Fabregat, J. Bermejo Tirado, F.B. Gomes, eds.), Alicante, 312-323.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A. (ep): Crecer y aprender jugando. Los juguetes y el juego en la necrópolis del Puig des Molins (Ibiza), *Actas del X Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Ibiza.
- RIVERA-HERNÁNDEZ, A.; ORSINGHER, A. (2023): Toys' Stories. Playing with Dolls in the Phoenician/Punic Mediterranean and Beyond, Conferencia en *Articulated Figurines in Ancient Greece and beyond. Archaeological and Regional Contexts*, Fribourg (24-06-2023).
- RIVOLLAT, M.; CASTEX, D.; HAURET, L.; TILLIER, A.M. (2014): Ancient Down syndrome: An osteological case from Saint-Jean-des-Vignes, northeastern France, from the 5–6th century AD, *International Journal of Paleopathology* 7, 8-14. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.ijpp.2014.05.004>
- ROHN, P. (1950): *Détermination de l'âge des enfants incinérés à Carthage et à Sousse*, Université de Lille, Lille.
- ROMÁN FERRER, C. (1918): *Excavaciones en cala d'Hort. Ibiza-Baleares. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones y exploraciones practicas en el año 1917*, Madrid.
- ROMÁN FERRER, C. (1920): Excavaciones en diversos lugares de la isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en 1918, *Junta superior de excavaciones y antigüedades* 28, 3-11.
- ROMÁN FERRER, C. (1921): Excavaciones en diversos lugares de la isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en 1919 y 1920, *Junta superior de excavaciones y antigüedades* 43, 3-30.
- ROMÁN FERRER, C. (1922): Excavaciones en diversos lugares de la isla de Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en 1921, *Junta superior de excavaciones y antigüedades* 46, 3-39.
- ROMÁN FERRER, C. (1927): *Excavaciones en Ibiza. Memoria de los resultados obtenidos en las excavaciones practicadas en el año 1925*, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades 91, 3-22.
- ROPPA, A. (2019): Sardinia, *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean* (B.R. Doak, C. López-Ruiz, eds.), Oxford, 522-536.
- ROTH, M.T. (1987): Age at Marriage and the Household: A Study of Neo-Babylonian and Neo-Assyrian Forms, *Comparative Studies in Society and History* 29 (4), 715-747.
- ROUQUET, N. (2003): Biberons, les tire-lait ou les tribulations d'une tubulure, *Maternité et petite enfance dans l'Antiquité romaine* (D. Gourevitch, A. Moirin, N. Rouquet, eds.), Bourges, 171-178.
- ROUQUET, N. (2004): Du nouveau sur les tire-laits, *L'Archéologue* 75, 10-11.
- RUANO RUIZ, E. (1995): Cuentas policromas prerromanas decoradas con «ojos», *ETF (arqueol)* 8, 255-286.
- RUBERTI, N. (2020): Il record odontoscheletrico umano delle Tombe 8 e 9, *Quaderno Norense* 8, 217-222.
- RUIZ CABRERO, L.A. (2009): Sociedad, jerarquía y clases sociales de Cartago, *Instituciones, demos y ejército en Cartago. XXIII Jornadas de arqueología fenicio-púnica* (B. Costa, J.H. Fernández, eds.), Ibiza, 31-98.
- RYAN, S.E.; REYNARD, L.M.; POMPIANU, E.; VAN DOMMELEN, P.; MURCIA, C.; SUBIRÀ, M.E.; TUROSS, N. (2020): Growing up in Ancient Sardinia: Infant-toddler dietary changes revealed by the novel use of hydrogen isotopes ($\delta^2\text{H}$), *PlosOne* 15 (7) <<https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0235080>> (Consulta 07-12-2023).
- SADER, H. (2019): *The History and Archaeology of Phoenicia*, Atlanta.
- SALAZAR-GARCÍA, D.C. (2011): Patrón de dieta en la población púnica de Can Marines (Ibiza) a través del análisis de isótopos estables (C y N) en colágeno óseo, *Sagvntvm* 43, 95-102.
- SALINAS, A. (1872): Camera sepolcrale scoperta in S. Flavia, *Rivista Sicula* 7, 66-67.
- SALINAS, A. (1884): *Solunto. Ricordi storici e archeologici*, Palermo
- SALVI, D. (1998): Un nuovo settore della necropoli di Tuvixeddu, *Tuvixeddu Tomba su Tomba. Sepolture dal V secolo a. C. al I secolo d.C. in un nuovo settore della necropoli punico-romana. Mostra temporanea (Cagliari, Museo Archeologico Nazionale, 30 marzo/30 settembre 1998)*, Cagliari, 7-53.
- SALVI, D. (2000a): Tuvixeddu. Vicende di una necropoli, *Tuvixeddu: la necropoli occidentale di Karales. Atti della Tavola rotonda internazionale La necropoli antica di Karales nell'ambiente mediterraneo*, Cagliari, 139-182.
- SALVI, D. (2000b): Tomba su Tomba: Indagini di Scavo condotte a Tuvixeddu nel 1997. Relazione preliminare, *RStudFen* 28 (1), 57-78.
- SALVI, D. (2001): Tipologie funerarie nei nuovi settori della necropoli di Tuvixeddu, *Architettura arte e artigianato nel Mediterraneo dalla preistoria all'Alto Medioevo. Atti della tavola rotonda internazionale in memoria di Giovanni Tore*, Oristano, 245-261.
- SALVI, D. (2005): Per il parco di Tuvixeddu: nuove tombe a pozzo nella *Karalis* punica, *Atti del V congresso internazionale di studi fenici e punici* (A. Spanò Giammellaro, ed.), Palermo, 1091-1102.
- SALVI, D. (2006): I bambini e i giocattoli nelle tombe di V sec. a.C. di Tuvixeddu, *Il greco, il barbaro e la ceramica attica. Immaginario del diverso, processi di scambio e autorappresentazione degli indigeni. Atti del Convegno Internazionale di Studi* (F. Giudice, R. Panvini, eds.), Roma, 183-190.
- SALVI, D. (2012): Tuvixeddu, un parco fra ieri e oggi. Qualche aggiornamento, *Epi Oinopa Ponton. Studi sul Mediterraneo antico in ricordo di Giovanni Tore* (C. Del Vais, ed.), Oristano, 435-449.

- SALVI, D. (2013): Cagliari, Tuvixeddu-Quatucciu, Pill'e Matta. Notizie da due necropoli puniche, *Fenicios e púnicos, por terra e mar. Actas do VI Congresso Internacional de Estudos Fenicios e Púnicos* (A.M. Arruda, ed.), Lisboa, 1101-1117.
- SALVI, D. (2017): Cagliari, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 223-231.
- SALVI, D. (2019a): Tombe a pozzo con decorazioni dipinte e a rilievo dai nuovi settori della necropoli di Tuvixeddu a Cagliari (campagne di scavo 2004-2007), *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique. Actes du VIIème Congrès International des études Phéniciennes et Puniqes* (A. Ferjaoui, T. Redissi, eds.), Túnez, 1325-1343.
- SALVI, D. (2019b): Uno scavo del 1971 nella necropoli di Tuvixeddu a Cagliari. Appunti inediti, *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique. Actes du VIIème Congrès International des études Phéniciennes et Puniqes* (A. Ferjaoui, T. Redissi, eds.), Túnez, 1347-1364.
- SALVI, D. (2020): Le tombe a pozzo del lotto 7 nella necropoli di Tuvixeddu a Cagliari, *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1183-1191.
- SALVI, D.; SARIGGU, M.; PUSCEDDU, V.; ZAMORA, J.A. (2016): Sepolture tardo puniche dal lotto 7 da Tuvixeddu: due stori dei bambini mai nati e alcune osservazione epigrafiche, *Quaderni della Soprintendenza Archeologica per le Provincie di Cagliari e Oristano* 27, 247-367.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2004): Children in south east of Iberian Peninsula during Bronze Age, *EAZ* 45, 377-387.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2006): Maternidad y Prehistoria: prácticas de reproducción, relación y socialización, *Las Mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante, Museo de Prehistoria de Valencia*, Valencia, 119-137.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2007): Actividades de mantenimiento en la Edad del Bronce del sur peninsular: el cuidado y la socialización de individuos infantiles, *Complutum* 18, 185-194.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2008b): Childhood and the Construction of Gender Identities through Material Culture, *Childhood in the Past* 1 (1), 17-37.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2010a): *Infancia y cultura material en arqueología*, Madrid.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2010b): ¡Eso no se toca! Infancia y cultura material en arqueología, *Infancia y cultura material en arqueología* (M. Sánchez Romero ed.), Madrid, 9-13.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2018a): Cuerpos, infancias e identidades: una mirada particular a las sociedades prehistóricas, *Revista de Arqueología. Especial Arqueología da Infância* 31 (2), 134-146.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2018b): Care and Socialization of Children in the European Bronze Age, *The Oxford Handbook of the Archaeology of Childhood* (S. Crawford, D.M. Hadley, G. Shepherd, eds.), Oxford, 338-351.
- SÁNCHEZ ROMERO, M.; ALARCÓN GARCÍA, E. (2012): Lo que los niños nos cuentan: individuos infantiles durante la Edad del Bronce en el sur de la Península Ibérica, *Niños en la Antigüedad. Estudios sobre la infancia en el Mediterráneo antiguo* (D. Justel Vicente, ed.), Zaragoza, 57-98.
- SÁNCHEZ ROMERO, M.; CID LÓPEZ, R.M^a. (2018): Motherhood and infancies: archaeological and historical approaches, *Motherhood and Infancies in the Mediterranean in Antiquity* (M. Sánchez Romero, R. M^a Cid López, eds.), Oxford-Philadelphia, 1-11.
- SÁNCHEZ ROMERO, M.; ALARCÓN GARCÍA, E.; ARANDA JIMÉNEZ, G. (2015): Children, Childhood and Space: Multidisciplinary Approaches to Identity, *Children, Spaces and Identity* (M. Sánchez Romero, E. Alarcón García, G. Aranda Jiménez, eds.), Oxford-Philadelphia, 2-9.
- SCHECHTER, J.M. (1994): Divergent Perspectives on the "Volorio del Angelito": Ritual Imagery, Artistic Condemnation, and Ethnographic Value, *Journal of Ritual Studies* 8 (2), 43-84.
- SCHEIDEL, W. (2010): Greco-Roman Sex Ratios and Femicide in Comparative Perspective, *Princeton and Stanford Working Papers in Classics* 1, 2-12.
- SCHEPER-HUGHES, N. (1989): Death Without Weeping, *Natural History* 10, 8-16.
- SCHEPER-HUGHES, N. (2013): No More Angel Babies on the Alto, *Natural History* June 2013, 25-38.
- SCHEUER, L.; BLACK, S. (2000): *Developmental Juvenile Osteology*, Londres.
- SCHIMMENTI, V. (2018): Appendice. Studio antropologico sul gruppo umano della necropoli arcaica di Birgi Vecchi, *Mare Internum: archeologia e culture del Mediterraneo* 10, 40-43.
- SCHWARTZ, J.H. (2016): The mythology of Carthaginian child sacrifice, *Diversity of sacrifice: form and function of sacrificial practices in the Ancient World and beyond* (C. A. Murray, ed.), Albany, 103-126.
- SCHWARTZ, J.H.; HOUGHTON, F.; MACCHIARELLI, R.; BONDIOLI, L. (2010): Skeletal remains from Punic Carthage do not support systematic sacrifice of infants, *PlosOne* 5 (2) <<https://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0009177>> (Consulta 07-12-2023)
- SCHWARTZ, J.H.; HOUGHTON, F.; MACCHIARELLI, R.; BONDIOLI, L. (2012): Bones, teeth, and estimating age of perinates: Carthaginian infant sacrifice revisited, *Antiquity* 86 (333), 738-745.
- SCONZO, P. (2016): The Archaic cremation cemetery on the island of Motya. A case-study for tracing early colonial Phoenician culture and mortuary traditions in the west Mediterranean, *Karthago Dialoge. Karthago und der punische Mittelmeerraum-Kulturkontakte und Kulturtransfers im 1. Jahrtausend vor Christus* (F. Schön, H. Töpfer, eds.), Tübingen, 315-330.

- SCONZO, P. (2020): Nuovi dati dalla necropoli arcaica di Mozia (Campagne, 2013-2017), *Un viaje entre el Oriente y el Occidente del Mediterráneo. Actas del IX Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos*, (S. Celestino Pérez, E. Rodríguez González, eds.), Mérida, 1091-1103.
- SCONZO (2022). Mozia prima e dopo Mozia. Scavi ricerche della Missione dell'Università di Palermo nello Stagione di Marsala (2021-2022), Conferencia en sesión Mundo funerario, *X Coloquio Internacional de Estudios fenicios y púnicos*, Santa Eulària des Riu, Ibiza (18-10-2022).
- SCOTT, E. (1999): *The Archaeology of Infancy and Infant Death*, Oxford.
- SCOTT, E. (2001): Unpicking a Myth: The Infanticide of Female and Disabled Infants in Antiquity, *TRAC 2000: Proceedings of the Tenth Annual Theoretical Roman Archaeology Conference* (G. Davies, A. Gardner, K. Lockyear, eds.), Oxford, 143-151.
- SÉNECA: *Escritos consolatorios*. [Traducción de Perfecto Cid Luna. Clásicos de Grecia y Roma], Madrid.
- SHEPHERD G. (2005): Dead men tell no tales: Ethnic diversity in Sicilian colonies and the evidence of the cemeteries, *Oxford Journal of Archaeology* 24(2): 115-136.
- SHORTER, E. (1975): *The Making of the Modern Family*, Nueva York.
- SMITH, P.; KAHILA, G. (1992): Identification of Infanticide in Archaeological Sites: A Case Study from the Late Roman-Early Byzantine Periods at Ashkelon, Israel, *Journal of Archaeological Science* 19 (6), 667-675.
- SMITH, P.; AVISHAI, G.; GREENE, J.A.; STAGER, L.E. (2011): Aging cremated infants: the problem of sacrifice at the tophet of Carthage, *Antiquity* 85 (329), 859-874.
- SNEED, D. (2021): Disability and Infanticide in Ancient Greece, *Hesperia: The Journal of the American School of Classical Studies at Athens* 90 (4), 747-772.
- SOFAER DEREVENSKI, J. (1994): Where are the Children? Accessing Children in the Past, *Archaeological Review from Cambridge* 13, 7-33.
- SOFAER DEREVENSKI, J. (1997): Engendering children: engendering archaeology, *Invisible People and Processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology* (J. Moore, E. Scott, eds.), Londres, 192-202.
- SOFAER DEREVENSKI, J. (2000a): *Children and Material Culture*, Londres.
- SOFAER DEREVENSKI, J. (2000b): Material culture shock: confronting expectations in the material culture of children, *Children and material culture* (J. Sofaer Derevenski, ed.), Londres, 3-16.
- SOFAER DEREVENSKI, J. (2006): *The body as material culture: A theoretical osteoarchaeology*, Cambridge.
- SOMMER, M.; SOMMER, D. (2016): Archaeology and Developmental Psychology. A Brief Survey of Ancient Athenian Toys, *American Journal of Play* 9, 341-355.
- SPAGNOLI, F. (2007-2008): Sepolture intramurali a Mozia, *Sepolture tra i vivi: evidenza ed interpretazione di contesti funerari in abitato. Atti del convegno internazionale* (G. Bartoloni, M.G. Benedettini, eds.), Roma, 323-346.
- SPANÒ, G. (1861): *Guida della città e dintorni di Cagliari*. Cagliari.
- SPANÒ GIAMMELLARO, A.; SPATAFORA F.; VAN DOMMELEN P. (2008): Sicily and Malta. Between sea and countryside, *Rural landscapes of the Punic World* (P. van Dommelen, C. Gómez Bellard, eds.), Londres, 129-158.
- SPARKES, B.A.; TALCOTT, L. (1970): *The Athenian Agora XII. Black and Plain Pottery of the 6th, 5th and 4th centuries B.C.*, Princeton.
- SPATAFORA, F. (2004): Das Grab aus der Via Maggiore Amari, *Hannibal ad portas. Macht und Reichtum Karthagos* (S. Peters, ed.), Stuttgart, 196-199.
- SPATAFORA, F. (2005): *Palermo. La città punico-romana. Guida Breve*, Palermo.
- SPATAFORA, F. (2009): Dagli emporia fenici alle città puniche: elementi di continuità e discontinuità nell'organizzazione urbanistica di Palermo e Solunto, *Phonizisches und punisches Städtewesen. Akten der internationalen Tagung in Rom* (S. Helas, D. Marzoli, eds.), Mainz, 219-239.
- SPATAFORA, F. (2010a): Indigeni e Greci negli emporia fenici della Sicilia, *Bollettino d'archeologia online* 1, 34-46.
- SPATAFORA, F. (2010b): Ritualità e simbolismo nella necropoli punica di Palermo, *Atti della Giornata di Studi in onore di Antonella Spanò* (R. Dolce, ed.), Palermo, 23-39.
- SPATAFORA, F. (2010c): La necropoli di Panormos, *L'ultima città: rituali e spazi funerari nella Sicilia nord-occidentale di età arcaica e classica* (F. Spatafora, S. Vassallo, eds.), Palermo, 31-50.
- SPATAFORA, F. (2012a): Incontri 'coloniali' nella Sicilia arcaica, *La Sicilia antica e la Collezione archeologica della Fondazione Banco di Sicilia* (G. Volpe, F. Spatafora, eds.), Milán, 101-109.
- SPATAFORA, F. (2012b): Interrelazioni e commistioni nella Sicilia nord-occidentale di età arcaica: i contesti funerari come indicatori archeologici, *Convivenze etniche, scontri e contatti di culture in Sicilia e Magna Grecia* (F. Cordano, G. Bagnasco, T.G. Alfieri, dir.), Trento, 59-90.
- SPATAFORA, F. (2013): La necropoli di Palermo tra primo ellenismo ed età repubblicana, *Ritual, Religion and Reason: Studies in the Ancient World in Honour of Paolo Xella* (O. Loretz, S. Ribichini, W.G.E. Watson, J.Á. Zamora, eds.), Münster, 137-147.
- SPATAFORA, F. (2014a): Seppellimenti infantili nella necropoli punica di Palermo, *La presenza dei bambini nelle religioni del Mediterraneo antico. La vita e la morte, i rituali e i culti tra archeologia, antropologia e storia delle religioni* (C. Terranova, ed.), Roma, 291-309.
- SPATAFORA, F. (2014b): Palermo: la necropoli punica (scavi 2000-2005). Spazio funerario, rituali e tipologie funerarie, *Sicilia Antiqua* 11 (2), 445-451.

- SPATAFORA, F. (2016): Identità di genere nella necropoli punica di Palermo: indicatori archeologici e dati antropologici, *Lo mio maestro e' l' mio autore. Studi in onore di Sandro Filippo Bondì* (M. Botto, S. Finocchi, G. Garbati, I. Oggiano, eds.), Roma, 187-199.
- SPATAFORA, F. (2018a): Phoenicians, Greeks and “Indigenous peoples” in the Emporia of Sicily, *The Emporion in the Ancient Western Mediterranean. Trade and Colonial Encounters from the Archaic to the Hellenistic Period* (É. Gailledrat, M. Dietler, R. Plana-Mallart, eds.), Montpellier, 181-190.
- SPATAFORA, F. (2018b): Cartagine en la Sicilia: il contributo dell'archeologia, *Cartagine fuori da Cartagine: mobilità nordafricana nel Mediterraneo centro-occidentale fra VIII e II sec. a.C. Atti del Congresso Internazionale* (A.C. Farielli, R. Zucca, eds.), Rávena, 365-379.
- SPATAFORA, F.; SCIORTINO, G. (2015): Identities Under Construction: Sicily in the first centuries of the First Millennium BCE, *Transformations and Crisis in the Mediterranean “Identity” and Interculturality in the Levant and Phoenician West during the 12th-8th Centuries BCE* (G. Garbati, T. Pedrazzi, eds.), Roma, 221-232.
- SPATAFORA, F.; DI SALVO, R.; SCHIMMENTI, V. (2019): Gli esemplari subadulti della necropoli punica di Palermo. Dati archeologici e antropologici, *Una favola breve. Archeologia e antropologia per la storia dell'infanzia* (C. Lambrugo, ed.), Sesto Fiorentino, 93-99.
- SPIESER, C. (2008): Cercueils d'enfants dans l'Égypte ancienne et tardive, *Nasciturus, infans, puerulus vobis mater terra. La muerte en la infancia* (F. Gusi i Jener, S. Muriel, C.R. Orlaria Puyoles, eds.), Castellón, 513-550.
- STAGER, L.E. (1980): The rite of child sacrifice at Carthage, *New light on ancient Carthage. Papers of a symposium sponsored by Kelsey museum of archaeology, University of Michigan marking the 50th anniversary* (J.G. Pedley, ed.), Ann Arbor, 1-11.
- STAGER, L.E. (1982): Carthage: a view from the tophet, *Phonizer in Western* (H.G. Niemeyer, ed.), Maguncia, 155-166.
- STAGER, L.E. (2014): *Rites of Spring in the Carthaginian Tophet*, Leiden.
- STAGER, L.E.; WOLFF, S.R. (1984): Child sacrifice at Carthage: religious rite or population control? (Archaeological evidence for a new analysis), *Biblical Archaeological Review* 10 (1), 30-51.
- STAVRAKAPOLOU, F. (2013): The Jerusalem tophet. Ideological dispute and religious transformation, *The Tophet in the Phoenician Mediterranean* (P. Xella ed.), Verona: 136-158.
- STEVENS, S.T. (2013): Stages of Infancy in Roman Amphora Burial, *The Oxford Handbook of Childhood and Education in the Classical World* (J. Evans Grubbs, T. Parkin, R. Bell, eds.), Oxford, 625-643.
- STIGLITZ, A. (1999): *La necropoli punica di Cagliari. Tuvixeddu, un colle e la sua memoria*, Cagliari.
- STIGLITZ, A. (2004): La città punica in Sardegna: una rilettura, *Aristeo* 1, 57-111.
- STIGLITZ, A. (2017): Madre de forasteros: Cagliari in età fenicia e punica, *Folia Phoenicia. An International Journal* 1, 125-131.
- STIGLITZ, A. (2019): I fenici nel golfo di Cagliari (Sardegna), *La vie, la mort et la religion dans l'univers phénicien et punique. Actes du VIIème Congrès International des études Phéniciennes et Puniques* (A. Ferjaoui, T. Redissi, eds.), Túnez, 131-146.
- STONE, L. (1977): *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Londres.
- STROSZECK, J. (2012): Grave Gifts in Child Burials in the Athenian Kerameikos: The Evidence of Sea Shells, *L'enfant et la mort dans l'Antiquité, I. Nouvelles recherches dans les nécropoles grecques. Le signalement des tombes d'enfants* (A.M. Guimier-Sorbets, Y. Morizot, eds.), Paris, 57-75.
- TAMBURELLO, I. (1966a): Palermo. Necropoli. Rinvenimenti casuali del 1965, *Notizie degli Scavi di Antichità* 20, 288-297.
- TAMBURELLO, I. (1966b): Punici e Greci a Palermo nell'età arcaica?, *Κοινωνία* 12, 234-239.
- TAMBURELLO, I. (1967): Palermo. Necropoli. L'esplorazione 1953-1954, *Notizie degli Scavi di Antichità* 21, 354-378.
- TAMBURELLO, I. (1968a): I rinvenimenti nella necropoli di Palermo dal 1746 al 1953, *ArchClass* 20, 302-320.
- TAMBURELLO, I. (1968b): Palermo. Necropoli (parte II): loculi e sarcofagi, *Notizie degli Scavi di Antichità* 28, 243-271.
- TAMBURELLO, I. (1968c): Palermo. Tombe puniche rinvenute in via Denisinni, *ArchClass* 20, 126-133.
- TAMBURELLO, I. (1968-1969): Palermo. Rinvenimenti nella necropoli. Lavori di scavo e restauro in piazza della Vittoria, *Κοινωνία* 14, 458-461.
- TAMBURELLO, I. (1969a): Palermo. Necropoli. Rinvenimenti del Dicembre 1966, *Notizie degli Scavi di Antichità* 23, 277-304.
- TAMBURELLO, I. (1969b): Palermo. Necropoli, campagna di scavo 1967, *Notizie degli Scavi di Antichità* 23, 305-315.
- TAMBURELLO, I. (1974): Palermo. Osservazioni sulla necropoli punica, *Κοινωνία* 20, 152-161.
- TAMBURELLO, I. (1986): Necropoli punico-romana di Palermo. Rinvenimenti occasionali e scavi sino al 1980, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 16 (4), 993-1027.
- TAMBURELLO, I. (1998a): Rinvenimenti e storia degli scavi, *Palermo Punica. Catalogo della Mostra del Museo Regionale A.Salinas*, Palermo, 108-118.
- TAMBURELLO, I. (1998b): Osservazioni sui corredi funerari, *Palermo Punica. Catalogo della Mostra del Museo Regionale A.Salinas*, Palermo, 119-195.
- TARAMELLI, A. (1912): *La necropoli púnica del Predio Ibba a S. Avendrace, a Cagliari (Scavi del 1908)*, Roma.
- TARAMELLI, A. ([1933] 1985): Scavi nell'antica Bithia a Chia (Domus De Maria), *Scavi e scoperte 1922-1939* (A. Moravetti, ed.), Sassari, 488-491.

- TARLOW, S. (2012): The Archaeology of emotion and affect, *Annual Review of Anthropology* 41, 169-185.
- TARRADELL, M.; FONT, M.; ROCA, M.; FERNÁNDEZ, J.H.; TARRADELL FONT, N.; ENSEÑAT, C. (2000): *Necrópolis rurales en Ibiza*, Ibiza.
- TEJERA GASPAS, A. (1975): Enterramientos infantiles de inhumación en las necrópolis fenicio-púnicas del Mediterráneo Occidental, *Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 781-790.
- TEJERA GASPAS, A. (1979): *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo occidental: estudio tipológico*, Sevilla.
- TEMKIN, O. (1956): *Soranus' Gynecology*, Baltimore.
- TERTULIANO: *Acerca del alma*. [Traducción de J. Javier Ramos Pasalodos (2001)], Madrid.
- TISSEYRE, PH. (1995): Un'abbazia basiliana nel XIII secolo, Santa Maria della Grotta a Marsala: lo scavo e i materiali, *Federico e la Sicilia. Dalla terra alla corona. Archeologia Architettura* (M. Andaloro, ed.), Palermo, 247-254.
- TOOLEY, M. (1983): *Abortion and Infanticide*, Oxford.
- TORE, G. (1975): Ricerche puniche in Sardegna: I (1970-1974). Scoperte e Scavi. A) Pani Loriga. Santadi (Cagliari), *SS* 23(1), 365-374.
- TORE, G. (1995): L'insediamento fenicio-punico di Pani Loriga di Santadi (Cagliari), *Carbonia e il Sulcis. Archeologia e territorio* (V. Santoni, ed.), Oristano, 239-252.
- TORE, G. (2000): L'insediamento fenicio-punico di Paniloriga di Santadi (Cagliari), *La Ceramica fenicia di Sardegna: dati, problematiche, confronti. Atti del primo congresso internazionale sulcitano* (P. Bartoloni, L. Campanella, eds.), Roma, 333-344.
- TRELLISÓ CARREÑO, L. (2001): La acción del fuego sobre el cuerpo humano: la antropología física y el análisis de las cremaciones antiguas, *Cypsela* 13, 87-98.
- TRONCHETTI, C. (2003): Materiali di importazione e corredi tombali di età romana, *Quaderni del Museo* 1, 23-28.
- TRONCHETTI, C. (2014): Cultural interactions in Iron Age Sardinia, *The Cambridge Prehistory of the Bronze and Iron Age Mediterranean* (A.B. Knapp, P. van Dommelen, eds.), Nueva York, 366-384.
- TRONCHETTI, C. (2016): La necropoli di Tuvixeddu. Le ceramiche di importazione, *Sardinia, Corsica et Baleares Antiquae* 14, 83-106.
- TULLIO, A. (1980): La necropoli ellenistico-romana di Cefalù. Scavi 1976-1979, *Beni culturali e ambientali. Sicilia* 1, 83-88.
- TURCAN, R. (2001): *The Gods of ancient Rome: Religion in everyday life from archaic to imperial times*, Edimburgo.
- TUSA, V. (1971): Solunto. Nuovi contributi alla soluzione del problema storico-topografico, *Kokalos* 17, 33-48.
- TUSA, V. (1972): La necropoli arcaica e adiacenze. Lo scavo del 1970, *Rapporto preliminare della Missione congiunta con la Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale* (F. Bevilacqua, A. Ciasca, G. Matthiae Scandone, S. Moscatti, V. Tusa, A. Tusa Cutroni, eds.), Roma, 7-81.
- TUSA, V. (1973): Il luogo di arsione. Lo scavo del 1971, *Mozia-VIII. Rapporto preliminare della Missione congiunta con la Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale* (A. Ciasca, V. Tusa, M.L. Uberti, eds.), Roma, 33-56.
- TUSA, V. (1978): La necropoli arcaica e adiacenze. Relazione preliminare degli scavi eseguiti a Mozia negli anni 1972, 1973, 1974, *Mozia-IX. Rapporto preliminare della Missione congiunta con la Soprintendenza alle Antichità della Sicilia Occidentale* (A. Ciasca, G.C. Polselli, N.U. di Caprio, M.G. Amadassi Guzzo, G.M. Scandone, V. Tusa, A. Tusa Cutroni, M.L. Uberti, eds.), Roma, 7-98.
- TUSA, V. (2012): Le armi dei corredi tombali della necropoli arcaica di Mozia, *Vicino Oriente* 16, 131-150.
- TUSA, V. (2016): *La Necropoli di Mozia (Sicilia): aspetti topografici, articolazione cronologica e composizione dei corredi*. [Tesis de doctorado en línea] Università degli Studi di Sassari, Sassari. < <https://123dok.org/document/7qvxlddy-necropoli-sicilia-aspetti-topografici-articolazione-cronologica-composizione-corredi.html> > (Consulta 07-12-2023).
- UGAS, G. (1993): *San Sperate dalle origini ai baroni*, Cagliari.
- UZIEL, J.; AVISSAR LEWIS, R. S. (2013): The Tel Nagila Middle Bronze Age Homes-studying household activities and identifying children in the archaeological record, *Palestine Exploration Quarterly* 145 (4), 268-293.
- VALLOIS H.V. (1960): Vital statistics in prehistoric populations as determined from archaeological data, *The Application of Quantitative Methods in Archaeology* (R.F. Heizer, S.F. Cook, eds.), Chicago, 186-222.
- VAN, P.; MELEIS, P. (2003): Coping With Grief After Involuntary Pregnancy Loss: Perspectives of African American Women, *Journal of Obstetric, Gynecologic, and Neonatal Nursing* 32 (1), 28-39.
- VAN DOMMELEN, P. (1998): *On Colonial Grounds. A Comparative Study of Colonialism and Rural Settlement in First Millennium BC West Central Sardinia*, Leiden.
- VAN DOMMELEN, P. (2005): Urban Foundations? Colonial Settlement and Urbanization in the Western Mediterranean, *Mediterranean Urbanization 800-600 B.C.* (R. Osborne, B. Cunliffe, eds.), Oxford, 143-167.
- VAN DOMMELEN, P. (2012): Colonialism and Migration in the Ancient Mediterranean, *Annual Review of Anthropology* 41 (1), 393-409.
- VAN GENNEP, A. (1909): *Les rites de passage*, Paris.
- VASSALLO, V. (2010): La necropoli di Himera, *L'ultima città: rituali e spazi funerari nella Sicilia nord-occidentale di età arcaica e classica* (F. Spatafora, S. Vassallo, eds.), Palermo, 65-101.
- VASSALLO, S. (2014): Le sepolture dei bambini nelle necropoli di Himera: dati preliminari, *La presenza dei bambini nelle religioni del Mediterraneo antico. La vita e la morte, i rituali e i culti tra archeologia, antropologia e storia delle religioni* (C. Terranova, ed.), Roma, 257-290.

- VECCHIO, P. (2013): Morte e società a Mozia. Ipotesi preliminari sulla base della documentazione archeologica della necropoli, *MDAI(R)* 119, 43-67.
- VELÁZQUEZ BRIEVA, F. (2007): *El dios Bes: de Egipto a Ibiza*, Ibiza.
- VILLA, A. (1993): La necropoli di Solunto, *Studi sulla Sicilia occidentale in onore di Vincenzo Tusa*, Padova, 215-218.
- VIRGILIO: *Eneida*. [Introducción, traducción y notas de V. Cristóbal y J. de Echave-Sustaeta (2005)], Madrid.
- VIVANET, F. (1892): Cagliari. Oggetti di suppellettile funebre provenienti da una tomba scoperta nella regione Tuvixeddu, *Notizie degli scavi di Antichità*, 60-61.
- VUILLEMOT, G. (1956): *La nécropole punique du Phare dans l'île de Rachgoun (Oran)*, Alger.
- VV. AA (2013): *Bebés. Usos y costumbres sobre el nacimiento*, Madrid.
- WAGNER, C.G. (1991): El sacrificio del moloch en Fenicia. Una respuesta cultural adaptativa a la presión demográfica, *Actas del II Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (E. Acquaro, ed.), Roma, 411-416.
- WAGNER, C.G. (1992): En torno al supuesto carácter incruento e iniciático del molok, *Gerión* 10, 11-12.
- WAGNER, C.G. (1995): El sacrificio fenicio-púnico MLK: la ritualización del infanticidio, *La problemática del infanticidio en las sociedades púnicas: IX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 23-54.
- WAGNER, C.G.; RUIZ, L.A.; PEÑA, V. (2000): Molok y Tofet aspectos de crítica metodológica, *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos* (M. Barthélemy, M.E. Aubet Semmler, eds.), Cádiz, 613-618.
- WALDRON, T. (1994): *Counting the dead: the epidemiology of skeletal populations*. Chichester.
- WALSH, M. (2005): *Roman Catholicism*, Abingdon.
- WATSON, P.J. (1979): *Archaeological Ethnography in Western Iran*, Nueva York.
- WATTS, D.J. (1989): Infant burials and Romano-British Christianity, *Archaeological Journal* 46, 372-383.
- WEISS-KREJCI, E. (2011): The Formation of Mortuary Deposits: Implications for Understanding Mortuary Behavior of Past Populations, *Social Bioarchaeology* (C.S. Agarwal, B.A. Glenncross, eds.), Chichester, 68-106.
- WHITAKER, J.I.S. (1921): *Motya. A Phoenician Colony in Sicily*, Londres.
- WILLEMANN, J. (2005): *Hide and seek. The archaeology of childhood*, Stroud.
- XELLA, P. (2009): Sacrifici di bambini nel mondo fenicio-púnico nelle testimonianze in lingua greca e latina-I, *Studi epigrafici e linguistici sul Vicino Oriente antico* 26, 59-100.
- XELLA, P. (2013): «Tophet». An overall interpretation, *The Tophet in the Phoenician Mediterranean* (P. Xella, ed.), Verona, 259-281.
- XELLA, P.; QUINN, J.; MELCHIORRI, V.; VAN DOMMELEN, P. (2013): Phoenician bones of contention, *Antiquity* 87, 1199-1207.
- ZALLOUA, P.; COLLINS, C.J.; GOSLING, A.; BIAGINI, S.A.; COSTA, B.; KARDAILSKY, O.; NIGRO, L.; KHALIL, W.; CALAFELL, F.; MATISOO-SMITH, E. (2018): Ancient DNA of Phoenician remains indicates discontinuity in the settlement history of Ibiza, *Nature. Scientific Reports* 8 (1), 1-15.
- ZAMORA, J.A. (2000): *La vid y el vino en Ugarit*, Madrid.
- ZAMORA, J.A. (2016): Hijos y padres, cazadores y guerreros, reyes y héroes. Masculinidades en las construcciones culturales fenicio-púnicas (a través de la tradición literaria ugarítica), *Aspectos de la vida y de la muerte en las sociedades fenicio-púnicas: XXIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, 9-45.
- ZUCCA, R. (2017): Tharros, *La Sardegna Fenicia e Punica: storia e materiali. Corpora delle antichità della Sardegna* (M. Guirguis, ed.), Nuoro, 195-201.



VNIVERSITATĪ VALÈNCIA

FACULTAT DE GEOGRAFIA I HISTÒRIA
**Departament de Prehistòria,
Arqueologia i Història Antiga**